

UNA CONSPIRACIÓN PARA DERROCAR AL CÉSAR Y REINSTAURAR LA REPÚBLICA.
UNA INTRIGA POLÍTICA. LA LUCHA POR EL PODER EN ROMA NO HA HECHO MÁS QUE EMPEZAR

PAN Y CIRCO

YEYO BALBÁS



Año 23 a.C. Augusto está gravemente enfermo y sus dos herederos se disputan la sucesión. Para ganarse el favor de la plebe, Marco Claudio Marcelo dilapidará su fortuna en juegos circenses, obras de teatro y combates entre gladiadores, mientras una atroz sequía hace peligrar el suministro de trigo a Roma. A esta amenaza se suma la conspiración de un grupo de senadores, liderados por Fanio Cepión y Licinio Varrón Murena, que pretenden reinstaurar la República.

Como agente al servicio de Tiberio, Marco Vitruvio Rufiano deberá infiltrarse en la escuela de gladiadores de Varrón Murena para averiguar sus planes y tratar de desbaratarlos. Una misión que le llevará desde los bajos fondos de la capital hasta la arena de los anfiteatros, en los que se decide el futuro de la República. Pronto descubrirá que su hermanastra Vitruvia, que regenta un negocio editorial, y Cintia, una actriz de mimo, desempeñan un importante papel en la despiadada lucha por el control de la opinión pública.

Lectulandia

Yeyo Balbás

Pan y circo

Pax Romana 2

ePUB r1.1

Escipión 06.07.13

Título original: *Pan y circo*
Yeyo Balbás, 2013
© de los mapas: Yeyo Balbás

Editor digital: Escipión
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

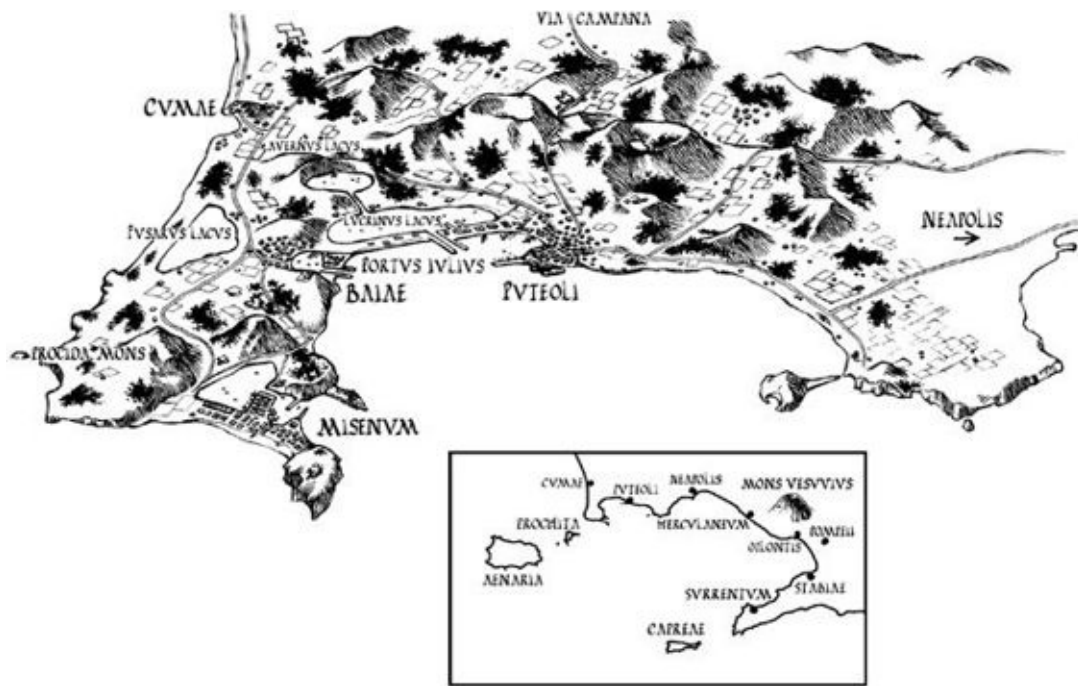
A Silvia, Clío y Calíope, compañeras en este largo viaje.

«El bushido es morir. Es lo que he descubierto. En una encrucijada entre la vida y la muerte, supone optar por la muerte. [...] Todo hombre prefiere la vida a la muerte, por lo que suele inventarse buenos pretextos para conservarla. Pero si alguien sobrevive sin haber alcanzado sus objetivos, solo será un cobarde. Si, por el contrario, muere sin alcanzar sus objetivos, puede que sea una muerte en vano, pero jamás será una deshonra. Será la realización del bushido. Solo cuando uno consiga día y noche pensar en la propia muerte, aceptar la propia muerte y vivir asumiendo a toda hora que su destino consiste en morir, habrá alcanzado la libertad en el camino del bushi».

**Hagakure,
YAMAMOTO TSUNETOMO**

«Nuestra vida es en todo instante y, antes que nada, conciencia de lo que nos es posible. Si en cada momento no tuviéramos delante más que una única posibilidad, carecería de sentido llamarla así. Sería más bien pura necesidad. Pero ahí está: este extrañísimo hecho de nuestra vida posee la condición radical de que siempre encuentra ante sí varias salidas, que por ser varias adquieren el carácter de posibilidades entre las que hemos de decidir. (En el peor caso, y cuando el mundo pareciera reducido a una única salida, siempre habría dos: esa y salirse del mundo. Pero la salida del mundo forma tan parte de este como de una habitación la puerta).»

**La rebelión de las masas,
JOSÉ ORTEGA Y GASSET**



BAHÍA DE NÁPOLES AÑO 23 A. C.

I

El dolor siempre llegaba primero.

Una lacerante punzada recorrió su espalda cuando las tiras de cuero azotaron su piel y la dejaron en carne viva. Luego oyó el restallido del látigo, justo detrás de la nuca, como el sonido del trueno tras el fulgor del relámpago. Solo entonces descubrió el motivo: se había rezagado para ayudar a un compañero que apenas podía mantenerse en pie, y el capataz se lo había hecho saber.

En la vida de un hombre libre, la conciencia de un acto siempre precede a sus consecuencias. Para un esclavo esa cadena se invierte, y muchas veces solo responde al capricho. Marco ayudó a Niñato a reunirse con el resto de los prisioneros: una veintena de hombres y mujeres encadenados, tan harapientos como él. Era mediodía y el sol derramaba sobre sus cabezas una abrasadora cortina de plomo fundido.

Llevaban dos días atravesando aquel desolado paraje del Samnio y todavía no les habían dado nada para comer. Solo pudieron recoger unas raíces del suelo cuando pasaron la noche encadenados a un olivo. Para entonces, las quemaduras del sol se confundían con las marcas del látigo y muchos habían comenzado a beberse sus propios orines. Marco se preguntó si aún estaban lejos de su destino: en aquellas condiciones, la mayoría no podría soportar otra jornada más.

—Esta es la recompensa de Tiberio —masculló Annio—. El premio de ese bastardo a cambio de jugarnos la vida por él.

Su menudo camarada se humedeció los labios con el sudor que le caía por el rostro, que tenía lleno de marcas de viruela.

Tiempo atrás habían sido soldados, legionarios de la Novena. Hasta que se interpusieron en el camino de su legado, un ambicioso noble que ansiaba enriquecerse gracias a la guerra cántabra. La situación se les fue de las manos cuando ordenó asesinarlos durante el transcurso de una misión y se les dio por muertos. Entonces, Tiberio Claudio Nerón les ofreció una posibilidad para vengarse, a cambio de matar a un líder insurgente. Sin embargo, a pesar de haber cumplido con su misión, habían terminado de aquel modo.

Marco observó a Niñato. El muchacho, pálido, alto y desgarbado, se había cortado la planta del pie con una roca afilada.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Apenas puedo caminar.

Era médico, sabía lo que eso significaba. Y también sabía qué les ocurría a quienes no podían aguantar la marcha. Annio y Marco tuvieron que cargar con él.

A medida que avanzaban hacia poniente, el paisaje se fue poblando de viñedos, olivares y campos de cultivo. Junto al camino, desde el interior de un conglomerado de miserables cabañas, unas criaturas famélicas los observaron en silencio. Vestidos

con túnicas raídas y pieles sin curtir, muchos tenían el cabello rapado, y les habían tatuado el nombre de su dueño en la frente.

La hacienda se extendía por un amplio valle. Hacia el sur, en lo alto de un áspero cerro de roca volcánica, una enorme mansión se erguía orgullosa sobre las míseras dependencias de la servidumbre. Durante un instante, los tres veteranos pudieron sumergir el rostro en el abrevadero mientras el resto de los prisioneros trataba de abrirse paso entre ellos. El agua, tibia como un caldo y tan turbia que apenas se veía el fondo, tenía un amargo regusto a azufre. Al contemplarse reflejado en ella, Marco apenas se reconoció; la cicatriz que recorría su rostro en diagonal fue lo único familiar que encontró en él.

Empapó un jirón de la túnica y se lo dio a Niñato para que se lavara la herida. El joven esbozó un gesto de alivio. Los arrastraron hacia un grupo de cabañas en torno a un patio de tierra batida. Allí, un individuo pelirrojo se reunió con el líder de sus captores. Cejas depiladas, mandíbula fuerte y unos labios carnosos componían un rostro bermejo que surgía de la elegante túnica como la erupción de un volcán. Los ojos, verdes, con los párpados oscurecidos con carbón, los escrutaron con atención. Le acompañaba un tipo enorme de piel oscura y media docena de guardianes.

Los dos grupos discutieron, mientras los prisioneros los observaban con ansiedad. Por un momento, dio la impresión de que iban a regresar por donde habían venido. Entonces alguien sacó una bolsa y el jefe de sus captores la aceptó a regañadientes. Sin mediar palabra, la cuadrilla de matones que los había conducido hasta allí se marchó.

El pelirrojo se dirigió hacia ellos.

—Vuestras vidas ya no os pertenecen —les dijo—. A partir de ahora, seréis una propiedad hasta el día en que estéis muertos.

Uno de los cautivos, un tipo escuálido de aspecto apocado, se aproximó a él hasta que las cadenas le impidieron avanzar.

—Señor..., ha habido un error —aseguró, tratando de amortiguar la sequedad de su garganta—. Mi esposa y yo somos ciudadanos libres. Fuimos capturados por esos bandidos cuando viajábamos a Roma.

Señaló a una de las mujeres, mientras se estrujaba las manos con nerviosismo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el capataz.

—Lucio Hirtio Aquila, de la tribu quirina.

El pelirrojo hizo un gesto al gigante que lo acompañaba. Su piel era oscura, casi negra, aunque las facciones, ocultas por una enmarañada barba, no tenían ningún rasgo africano. Su bastón giró en el aire. Hirtio Aquila cayó de bruces, tras recibir un brutal golpe; un reguero de sangre resbaló desde su nariz hasta empaparle la túnica.

—A partir de ahora te llamarás Asno —le dijo el capataz—. ¿Lo has entendido, Asno?

El bastón crujió de nuevo al hundirse en sus costillas. Esta vez el enjuto individuo no pudo contener el llanto.

—¿Cuál es tu nombre, esclavo? —le preguntaron de nuevo.

—Asno —respondió él, sollozando—. Me llamo Asno.

Se encontraban en un *ergastulum*, la cárcel donde se encerraba a los esclavos más conflictivos de un latifundio. Y aquel gigante de ébano era el *ergastularius*, el elegido por el amo para dirigirlo. Solo existía un modo para que el dueño depositara su confianza en un esclavo: demostrar con creces que podía ser más brutal y despiadado con los presos de lo que jamás sería un hombre libre.

Pasaron la noche en un angosto corredor abovedado excavado en el suelo, al que accedieron a través de unas toscas escaleras. Apiñados y sumidos en una penumbra perpetua, solo interrumpida por unas minúsculas claraboyas, tuvieron que permanecer sentados, al no haber espacio para tumbarse.

—¡Yo no debería estar aquí! —gritó el flacucho—. ¡Todo esto es un error!

—Cállate, Asno —le dijo un tipo con canas y de acento osco—. ¿O es que crees que los demás estamos aquí de vacaciones?

El tipo se humedeció los labios antes de contestar:

—Tuvimos que abandonar nuestro hogar —aseguró, tratando de justificarse—. El año pasado la cosecha fue mala y apenas reservamos grano para la siembra. Pude vender algo en el foro, pero no lo suficiente para comprar las semillas.

Otro prisionero asintió:

—Te rompes la espalda cavando la parcela que tu padre ganó luchando en la Galia, pero no puedes sacar más de un sestercio por cada libra de aceite. A esos malditos latifundistas no les importa vender a ese precio, pues cuentan con cientos de esclavos a los que no tienen que pagar, a los que apenas tienen que alimentar...

—Sí —añadió el tipo canoso—. Como nosotros.

—Tuve que pedirle prestado a un terrateniente —prosiguió Asno—. Pensaba que podría devolverle el dinero. Pero este otoño apenas ha llovido, y tampoco en lo que va de primavera. La cosecha iba a ser peor, así que decidí venderle mis tierras; si descubría que estaba arruinado, me hubiera dado aún menos por ellas.

Nadie prestaba atención a sus palabras.

—Decidimos mudarnos a Roma. Esperábamos que, gracias a la generosidad de Augusto..., pero unos bandidos nos asaltaron en el camino. Nos lo robaron todo y hemos acabado aquí. —Se dejó caer hacia atrás, para apoyar la espalda en la pared—. Yo solo quería cultivar la tierra.

—Ahora te aburrirás de hacerlo —le dijo el canoso—. Solo que esta vez no será tuya.

Marco había oído cientos de historias como aquella; podría haber sido la de su propio padre. Cada año, millares de campesinos arruinados emigraban a la capital

para malvivir a costa de las entregas de trigo del Estado, y tampoco faltaban los esclavos sin patrimonio que acababan de obtener la manumisión. Habían transcurrido 731 años desde la fundación de la urbe y Augusto era el primer ciudadano de Roma. Su victoria sobre Marco Antonio y Cleopatra había significado la pacificación del Mediterráneo tras un siglo de cruentas guerras civiles, pero la paz y prosperidad que había prometido estaban aún muy lejos de llegar.

El oro y la plata extraídos en tres continentes se concentraban en Roma, donde se empleaban para sufragar todo lo que su millón de habitantes necesitaba. Los barcos que remontaban el Tíber llegaban cargados de ánforas de vino y aceite, sacos de cereal, madera para construir enormes bloques de viviendas y mármol para los templos. En el foro se vendían toda clase de productos de lujo traídos desde Oriente: seda india, especias de Arabia o mirra etíope. Allí, el dinero pasaba de mano en mano o se dilapidaba en las fiestas de las suntuosas mansiones, y las vías de toda Italia eran recorridas a diario por cientos de desposeídos que ansiaban alimentarse de las sobras de aquel festín; en caso de que jamás llegasen a su destino, nadie los echaría en falta. Para mantener los latifundios, Italia debía importar más de cien mil esclavos al año; con seis millones de habitantes, la tercera parte de su población era esclava y las necesidades de mano de obra no dejaban de aumentar.

Todo cuadraba con lo que esperaba encontrar allí.

—¿Creéis que volveré a ver a mi mujer?

—Olvídate de eso, Asno —le dijo el tipo canoso—. A estas horas se la estará tirando el capataz. Si cierras la boca, tal vez puedas oír sus gritos.

A pesar del cansancio, Marco se mantuvo despierto hasta la segunda vigilia. Los lamentos que llegaban desde más allá del corredor le ayudaron.

Pronto se acostumbraron a aquella rutina. Cada mañana, una columna de famélicos prisioneros se arrastraba hacia el exterior, como un gigantesco hormiguero, para que el capataz les expusiera las labores del día. Mientras tanto, arrojaban al vertedero los cadáveres de los que no habían sobrevivido a la noche.

La hacienda poseía viñedos y olivares, además de campos de trigo y pastizales para el ganado, aunque la mayor parte de ella se dedicaba al centeno. Eran las calendas de marzo y aún estaba lejos la cosecha, la trilla o el prensado de la uva y las aceitunas, pero había que atender los hornos para cocer el pan, además de dedicarse a lo más duro de todo: hacer girar las piedras del molino desde el amanecer hasta la puesta de sol.

—Debéis construir una presa —les dijo el capataz.

Sus compañeros de decuria eran un par de prisioneros de guerra, un viejo llamado Hilario, un muchacho de rizos, Asno y aquel tipo osco y canoso, cuyo nombre era Fides. Era obvio que el capataz lo había elegido para dirigir aquella cuadrilla a causa de su actitud adulatora y servil hacia él, aunque también que le despreciaba por ello.

Debían clavar dos hileras de troncos que atravesarían el río hasta formar un enorme cajón estanco. Una vez desecado el interior, construirían los muros del dique.

—Formaremos dos grupos —les dijo Fides—. Vosotros comenzaréis desde aquí. Nosotros lo haremos desde la otra orilla.

Marco recogió una pala. A pesar de su corpulencia, tuvo que emplear todo su peso para hundirla en el suelo. El invierno apenas había traído lluvias y la primavera estaba resultando igual de seca; la tierra tenía la consistencia de una roca. Pasaron buena parte de la mañana excavando aquella zanja de tres pies de profundidad para construir una doble empalizada. Cuando ya habían alcanzado una docena de pasos, abandonaron sus herramientas y otearon a su alrededor.

—No hay nadie a la vista —dijo Annio.

Se dispersaron por los alrededores. La falta de alimento los obligaba a dedicar varias horas al día a buscar algo que llevarse a la boca. Las cuadrillas de matones no podían evitar que engulleran buena parte de las semillas destinadas a la siembra o aquello que cosechaban. Si los descubrían los azotarían, lo cual los haría aún más inútiles para el trabajo, pero a esas alturas todos temían mucho más al hambre que al látigo. Marco recordó que los tratados de agricultura consideraban aquellos hurtos y ausencias algo inherente a la bajeza moral del esclavo, y se vio atrapado en una realidad caprichosa y absurda; en manos de hombres libres, aquella hacienda se convertiría en un vergel.

Annio buscó entre unos arbustos. Había trenzado un cordel con la fibra de sus sandalias de esparto, con el que más tarde elaboró un pequeño lazo para cazar pájaros. Descubrió atrapado a un pequeño petirrojo. Annio capturó un par de pececillos del río, y Niñato, que había leído infinidad de tratados de plantas, traía consigo un puñado de bayas silvestres.

De regreso a las obras, se dispusieron a devorarlo todo con avidez. Un muchacho de cabello rizado, llamado Félix, no dejaba de parlotear mientras masticaba un manojo de raíces.

—Yo antes era aprendiz de repostero. Si logro ganarme la confianza del capataz, tal vez pueda trabajar en el servicio doméstico. ¿Os lo imagináis? Dormir bajo un auténtico techo, vestir ropa limpia y, de vez en cuando, disfrutar de una mujer...

Entonces, el prisionero que se encontraba a su lado comenzó a gritar de dolor. Cayó al suelo, encogiéndose sobre sí mismo, con las manos sobre el vientre:

—¡Me arden! ¡Dioses, me arden!

Niñato corrió hacia él y observó sus extremidades, ajadas y ennegrecidas: apestaban a carne corrompida y sufría convulsiones.

—Gangrena —murmuró—. No puedo hacer nada por él.

Los demás habían formado un círculo en torno al enfermo. Hilario se inclinó sobre él, le aferró por el cuello de la túnica y le zarandeó con fuerza.

—Has estado en la casa, ¿verdad? —le preguntó—. ¡Maldito estúpido! Te dije que, aunque te murieras de hambre, no comieses nada de lo que encontraras allí.

El muchacho gimoteaba, con las manos ocultas bajo las axilas.

—¿Qué le ocurre? —interrogó Marco—. Ayer dijo que las tenía heladas.

—Es la maldición del amo —aseguró Hilario, mientras tocaba el suelo con la palma de la mano; un gesto inconsciente para apaciguar al señor del Hades—. Desde hace un año, todos los que trabajan en la casa enferman.

—¿Trabajar? ¿En qué?

—Los envían a los almacenes, y cargan sacos de grano en los carros. Una vez allí, el fuego del Tártaro los consume por dentro. Ese lugar está maldito.

Hicieron gestos contra el mal de ojo. Marco se giró hacia la mansión, asentada en lo alto de unas peñas de roca oscura, visible desde toda la hacienda, como una amenaza constante. Cada mañana, los guardianes sacaban a rastras algún cadáver del corredor en el que dormían. La mayoría había muerto de aquella extraña enfermedad, aquejados de convulsiones mientras se les pudrían los miembros.

Annio le asió del brazo y lo arrastró a un lado.

—Aun así, hay que encontrar un modo de llegar a ella —le dijo en voz baja.

Estudiaron el progreso de las obras. Tal como había imaginado, Fides dirigía los trabajos con tanta arrogancia como ineptitud. Habían comenzado a trabajar divididos en dos grupos, sin haber realizado ninguna clase de medición previa, así que era una simple cuestión de azar que las dos empalizadas formaran una línea recta y se encontraran en el centro. No hacía falta saber de agrimensura; un simple cordel habría bastado.

—Si no lo logramos, habrá que empezar de nuevo.

Marco recogió dos listones de madera del suelo y los unió por la mitad, formando un ángulo recto. Ató cuatro piedras en los extremos de aquella cruceta para que hicieran de nivel y la colocó sobre un mango de azada. Niñato y Annio escogieron un par de varas rectas y se dirigieron hacia el arroyo. La precisión de aquella improvisada groma dejaba mucho que desear, pero serviría para definir la perpendicular al río. El resto de los esclavos se aproximaron a él con curiosidad.

—¿Fuiste arquitecto? —le preguntó Félix.

—Tal vez aprendió en el ejército —dijo un bárbaro de complexión fibrosa, cabello largo y nariz aguileña. Bajo su barba destacaba una barbilla alargada que colgaba de su rostro de pómulos hundidos como una estalactita. Hasta entonces, apenas le había prestado atención.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó Marco.

—Por vuestras cáligas —respondió él, antes de darles la espalda.

Al bajar la vista, Marco descubrió marcas de sol en los pies con el contorno propio del calzado militar que había llevado durante años.

—Es uno de los prisioneros de guerra cántabros —masculló Annio en su oído—. Hay que andarse con ojo. Si se corre la voz de que fuimos legionarios, son capaces de estrangularnos mientras dormimos.

Aquel bárbaro les había hecho recordar los motivos por los que se encontraban allí. Una voz familiar resonó tras ellos:

—¡Dejad de perder el tiempo!

En los últimos días, Marco había llegado a la conclusión de que, para Fides, pensar siempre resultaba una pérdida de tiempo. No le faltaban motivos para creerlo. A su lado, rodeado por una caterva de matones, el capataz los observaba con curiosidad, con la mirada fija en la tosca groma que sostenía en las manos. El *ergastularius* se disponía a golpearle, pero su superior le detuvo con un gesto:

—¿Sabes algo de arquitectura?

En un primer momento, Marco no supo qué responder. Reconocer que no había sido un simple campesino resultaba arriesgado, aunque fuese el único modo de abandonar aquel agujero.

—Sí —contestó.

—Entonces acompañadme —dijo a toda la decuria—. Tengo una misión para vosotros.

Los esclavos recogieron sus herramientas del suelo y dedicaron a Marco un vago gesto de gratitud. Por primera vez desde hacía días, parecían contentos. Cargada de odio, la mirada de Fides permanecía fija en él.

—Parece que hemos logrado un ascenso —soltó Annio, con el zapapico al hombro.

El capataz los condujo hacia la cima donde se asentaba la casa. Marco sabía que cualquier cambio en su situación solo podía ser para mejor, y, sin embargo, su instinto le decía que debían mantenerse alerta. Había que añadir dos nuevas preocupaciones a la lista: el odio de Fides hacia él y que se extendiera el rumor de que habían sido legionarios, en cuyo caso su vida no valdría nada.

A ambos lados del camino, unas enormes cruces de madera se recortaban contra el cielo. De ellas colgaban varios cuerpos sin vida, como las presas de un gigantesco alcaudón. Arrastrado por la brisa, les llegó el hedor de la carne corrompida. El sol había desfigurado aquellos rostros hasta convertirlos en calaveras cubiertas por una máscara de piel cuarteada. Por un momento, solo oyeron el zumbido de las moscas que entraban y salían de sus bocas entreabiertas. Entonces uno de los cadáveres balbuceó algo y los esclavos apretaron el paso, sin atreverse a mirarle, mientras hacían gestos contra los lémures, las almas que vagaban errantes para atormentar a los vivos.

La cumbre era un páramo de cenizas y azufre. El calor de las profundidades de la tierra surgía de entre las grietas, que vomitaban un vapor asfixiante. Se hallaban en

las últimas estribaciones de los campos Flégreos, al noroeste de la bahía de Neápolis. No muy lejos de allí se encontraba el lago Averno, considerado una de las entradas al Hades.

Llegaron hasta las puertas de una suntuosa villa. La rodeaban unos muros altos como los de una fortaleza, con todas las estancias orientadas hacia el patio y el peristilo; la fachada era sobria e imponente. Atravesaron las fauces de aquella antigua construcción de roca volcánica y hormigón de puzolana, que las reformas habían convertido en el palacio de un déspota oriental. En el patio porticado, silencioso como un cementerio, un ejército de estatuas se erguía entre un vergel sin que el paso del tiempo lograra hacer mella en ellas. Su pintura permanecía intacta, ajena a la acción del sol y de la lluvia, de una forma antinatural; ni siquiera la hiedra se atrevía a trepar por sus pedestales. Zeus, con la forma de toro, violaba a Europa; a su lado, Saturno devoraba a sus hijos. Bajo el pórtico, una siniestra figura los observaba desde su trono.

Marco se sintió atraído por aquella imagen; rara vez se representaba al señor del Hades. Jamás se pronunciaba su nombre, por miedo a despertar su cólera; por ello se le aludía mediante eufemismos. El más corriente era Plutón, *el Rico*, nombre que recibía por las inagotables riquezas que albergaba la tierra.

—No puede ser —murmuró al acercarse.

No se trataba de bronce o travertino, ni tan siquiera de algún exótico mármol del Egeo: era una escultura crisoelefantina de ébano, oro y marfil con incrustaciones de amatista, realizada en el hierático estilo arcaico. Una obra maestra de cinco siglos de antigüedad, sin duda expoliada de algún templo griego. A su lado, la hornacina destinada a las imágenes de los lares y penates estaba vacía; los espíritus protectores del hogar habían abandonado aquella casa, dejando tras de sí una hermosa carcasa sin vida.

—Pertenece al hermano del amo —aseguró Hilario—. Dicen que él mismo lo delató durante las proscripciones. Ordenó que torturaran a sus esclavos, durante días, hasta que logró arrancarles una declaración inculpatoria. Hizo que emplearan las «cuerdas de lira» con su propia ama de cría; con una sonrisa en los labios, contempló cómo desmembraban a la mujer que lo había amamantado.

Atravesaron aquel laberinto de figuras atormentadas en dirección a unos baños contruidos sobre unas fuentes termales. La sequía no había impedido que el amo llenara el estanque, aunque supusiera dejar sin agua a la servidumbre. Más allá de aquel soberbio edificio de mármol, una docena de carpinteros y albañiles trabajaba en la ampliación de los almacenes. El capataz se dispuso a hablar con ellos. En sus rostros morenos cubiertos de polvo aparecieron turbias miradas de resentimiento.

Uno de ellos escupió a Marco en la cara.

—Fuera de mi vista —espetó el obrero. Sus manos, ajadas y encallecidas por el

trabajo, se alzaron, crispadas.

Dos hombres le sujetaron de los brazos para separarlos.

—¡Llevo veinte años en el oficio! —aulló el albañil—. ¿Quién va a alimentar ahora a mi familia?

Uno de sus compañeros tomó su rostro entre las manos, para decirle algo en voz baja. Él no dejaba de mirarlos con odio. Mientras le arrastraban hacia la salida, alzó de nuevo la voz:

—¡Todo esto es por vuestra culpa! —gritó con rabia—. ¡Malditos esclavos...!

La decuria permaneció en silencio, todos con la mirada perdida en el suelo. El capataz se presentó ante ellos.

—Debéis terminar los almacenes —dijo—. El amo regresará pronto; si las obras no están concluidas, se enfurecerá.

Los cuatro años que Marco había estado en la Novena Legión lo habían llevado de guerra en guerra. Durante ese tiempo, había presenciado toda clase de atrocidades: hombres a los que se amputaban las manos para que jamás volvieran a empuñar un arma, mujeres violadas junto a sus hijas, prisioneros agonizando durante días en la cruz. Creía conocer el miedo, la angustia y la desesperación en toda su enorme y retorcida variedad de formas. Pero jamás había presenciado una expresión de horror semejante a la de aquellos esclavos al oír hablar de su amo.

No era una labor difícil, aunque sí pesada. Los bloques de piedra se amontonaban en el patio y debían cargar con ellos hasta el andamiaje de troncos apoyado en los muros en construcción. Un grupo de esclavos mezclaba la ceniza volcánica extraída de la sierra con cal, en una proporción de dos a uno, y le añadían agua para obtener el mortero; mezclado con piedras, servía de relleno entre los dos paramentos de mampostería. No había carros ni grúas, solo una sencilla polea, por lo que todo debía llevarse en cubos hasta aquella sobria construcción de ciento treinta pies.

Parecía que de un momento a otro Hilario iba a vomitar los pulmones. A pesar de su edad trabajaba con una determinación enfermiza. Sin duda, su mayor miedo era dejar de serle útil al amo, pues entonces sería sacrificado como un animal.

A veinte pasos, en el borde del desnivel donde moría la cumbre, otro almacén permanecía cerrado a cal y canto; al parecer contenía el cereal cosechado el año anterior. Desde lo alto del andamio, los tres antiguos soldados vieron pasar una docena de carros cargados de sacos.

—Ese camino lleva a Puteoli —dijo Marco. Era el principal puerto de llegada de mercancías a Roma.

—Es extraño —masculló Annio.

—¿El qué?

—Lo que se siembra en la hacienda. —Su compañero se había criado en una granja—. Lo que se supone que guardan esos almacenes. El amo construye diques

para anegar las vegas próximas al río y en ellas cultiva centeno. Ese cereal no necesita tanta agua y resulta muy poco rentable, pues solo sirve para alimentar al ganado. A pesar de la sequía, esa tierra es fértil. Si cultivase olivo o vid obtendría muchos más beneficios.

—Debemos descubrir qué hay en ese granero.

Marco observó a una pareja de guardianes sentados a la sombra y descendió por la escalera para encaminarse hacia el otro almacén. Ató un extremo de un cordel a la base del muro, para fingir que tomaba unas medidas, y quedó oculto de su vista. Apretó el paso hasta situarse frente al portalón del granero. Estaba cerrado con llave. Escudriñó el interior por un resquicio de la madera, pero no pudo ver nada.

Una sirvienta les trajo un par de ollas con comida. Los prisioneros formaron una cola frente a ella, ansiosos por llevarse algo a la boca. Marco tuvo que unirse a ellos; de lo contrario habría despertado sospechas.

—La comida del amo —anunció la criada, recitando una frase aprendida. La sencilla túnica de lino ocultaba un cuerpo menudo que todos observaron con ansiedad. La mayoría hacía meses que no veía a una mujer.

Félix le entregó un cuenco de madera que ella le devolvió con gachas, higos secos y una miserable porción de queso. A Marco le sirvió una ración de *pulmentarium*, un puré de aceitunas y manzanas secas mezcladas con aceite y vinagre: el fruto de su miserable ascenso. Al descubrir las ávidas miradas que los demás dirigían al contenido de su plato, comprendió su finalidad; todos serían capaces de delatar a cualquiera a cambio de un pedazo de tocino.

—Cuando trabaje en las cocinas —aseguraba Félix, sin dejar de masticar—, podré comer hasta hartarme...

Marco sintió un codazo en el costado y Annio le hizo un gesto: la criada había servido a Asno una generosa ración de gachas, y, por un momento, sus manos se estrecharon. Supo que se trataba de su esposa, de la que le habían separado días atrás. No fueron los únicos en darse cuenta. Fides se levantó y, tras derribar a Asno de un empujón, aferró a la mujer del brazo.

—¿Qué tienes ahí?

Apretó su muñeca con fuerza hasta obligarla a abrir el puño, donde ocultaba un trozo de corteza de sauce, con unas letras garabateadas. Fides tiró de ella hasta que sus cuerpos casi quedaron pegados; la mujer le golpeó con el cazo de hierro que aún llevaba en las manos. De la brecha en la frente comenzó a manar sangre.

—¡Maldita zorra!

Los ojos de Fides parecían salirse de las órbitas. Ella, aterrorizada, no pudo articular palabra. Niñato dejó a un lado su comida, dispuesto a levantarse. Annio le sujetó del hombro para detenerlo.

—¿Estás mal de la cabeza? —espetó en voz baja.

El joven dirigió una mirada a Marco, en busca de apoyo, tal como habría hecho en el pasado. Pero él bajó la vista: sabía que, si se interponía una vez más en el camino de Fides, podría perder su *pulmentarium*.

Tenía hambre. No era algo nuevo para él. Se había criado en la Suburra, el peor barrio de Roma, y durante el bloqueo naval de Sexto Pompeyo, que hizo imposible la llegada de alimentos a la capital, había llegado a comer ratas. Pero ahora una atroz ansiedad se había adueñado de su voluntad, de modo que todos sus pensamientos giraban en torno a satisfacer un único deseo y, para ello, cualquier otra consideración era desterrada.

Al descubrir en qué se había convertido al cabo de tan solo seis días de cautiverio, Marco sintió un hondo desprecio por sí mismo.

—¿Qué está pasando? —El capataz se dirigía hacia ellos con decisión, acompañado por el *ergastularius*.

Al observar aquellas hermosas facciones arruinadas en la pubertad, Marco pudo imaginar cómo había podido ganarse la confianza de su dueño; esa clase de confianza que solo se adquiere con el culo en pompa y la cara hundida en la almohada.

—He descubierto a estos dos planeando una cita —dijo Fides.

—¡Eso no es cierto! —protestó la mujer.

Fides entregó al capataz el mensaje que le había arrebatado. Mientras lo leía, su expresión permaneció inmutable, como la de un retrato pintado. Al cabo, sus ojos crueles se alzaron hacia ella. Asno se interpuso entre ambos.

—Mi señor, yo solo...

Cuando el capataz dio un paso al frente, la frase murió en sus labios. Los esclavos se congregaron a su alrededor, atentos a lo que iba a suceder.

—¿Cuál ha sido tu trabajo aquí? —preguntó el pelirrojo.

—Cargar piedras para construir el muro —respondió Asno, desconcertado.

—Es decir, transportas cosas de un sitio a otro —concluyó el capataz—. ¿Y qué otros animales tenemos para desempeñar esa misma labor?

—Mulas —respondió Asno, tragando saliva—, y también bueyes.

—¿Y sabes qué tienen en común?

Asno cabeceó una negativa. El *ergastularius* le aferró la entrepierna por encima de la túnica.

—Las mulas son estériles —le dijo el pelirrojo entre dientes—. Y a los bueyes se les cortan sus atributos, para convertirlos en simples bestias de carga.

El *ergastularius* dio un fuerte tirón hacia abajo, como un ratero al robar una bolsa de monedas. El aullido de Asno resonó en todo el patio.

—Como vuelvas a poner tus ojos sobre ella, haré que te castren con un cuchillo mellado —dijo el capataz en voz alta, para que todos pudieran oírle—. ¿Me has entendido?

Con el rostro congestionado por el dolor y las manos aferrando su ingle, Asno solo pudo murmurar un asentimiento.

—Encerradle —ordenó el pelirrojo—. El amo decidirá qué hacer con él.

La mujer trató de impedir que los matones se llevaran a Asno a una celda de castigo. El capataz la empujó para entregársela a Fides:

—A partir de ahora, él será tu esposo.

Fides la sujetó por el brazo para arrastrarla hasta una de las estancias, mientras llevaban a Asno a una oscura sima con las paredes cubiertas de sales de azufre, donde el aire era vapor venenoso y el calor resultaba asfixiante.

Anochecía, y el resto de la decuria atravesó el portón de la vivienda para regresar al *ergastulum*.

La esclavitud había creado una sociedad dentro de la sociedad, regida por sus propias normas y jerarquías. Un simple jornalero podía ascender al servicio doméstico, y entonces el amo le entregaba a una mujer para su disfrute. De este modo, cualquier unión entre hombre y mujer se convertía en un obsequio del amo, aunque el precio que pagar fuera la condena de su descendencia a la peor de las servidumbres.

El capataz era mucho más que el esclavo que dirigía la hacienda durante la ausencia del amo. Era el portavoz del tiránico dios que ahora regía su existencia; un ser todopoderoso que había creado para ellos un Tártaro en el interior de aquella sima y un Elíseo en lo alto de la colina.

Se sentaron en un oscuro corredor del *ergastulum*. Marco, Niñato y Annio apoyaron la espalda en la pared para descansar. Cada vez había más espacio; todas las mañanas retiraban algún cadáver. A media docena de pasos, los cántabros no dejaban de observarlos.

—Tres turnos de guardia —dijo Marco a sus camaradas.

Niñato haría la primera vigilia. Al fin pudo cerrar los ojos. Estaba agotado.

Volvió a ser un niño, aquella tarde en la que su madre le entregó una estola para que se la llevara a un cliente. Una vez más, bajó las escaleras del miserable bloque de viviendas en el que vivían para salir a la calle y se adentró en el laberinto de callejones que formaba la Suburra, una montaña de edificios en ruinas que se extendía por la insalubre vaguada situada a los pies del monte Esquilino, el Viminal y el Quirinal, hogar de inmigrantes, prófugos, prostitutas y fueras de la ley.

Se encontró ante un borracho que gritaba bajo una ventana con una jarra en la mano. No tuvo más remedio que pasar junto a él.

Marco sabía lo que iba a pasar, pero no podía hacer nada para evitarlo. Le hizo una pregunta. Sintió que algo desgarraba su rostro y perdió la consciencia.

Tac-tac-toc-toc.

Tac-tac-toc-toc.

Pasó meses entrenándose con una espada de madera. Golpeaba aquel poste de encina que había encontrado en un vertedero. Poco a poco, su brazo fue cobrando vigor. Ya no sentía miedo.

Se hizo de noche. A contraluz, una amenazadora figura, con el rostro en penumbra, le observaba. No recordaba su cara, pero sabía que era él. Algún resorte de su mente lo identificaba, sin necesidad de distinguir sus facciones. En el fondo sabía que no era el borracho que le había desfigurado; sin embargo, los rasgos de ambos se fundieron hasta formar un único rostro.

Caos. Confusión. Una sucesión de golpes en la oscuridad. De pronto se encontró ante un enorme cuerpo tendido sobre el suelo de una pequeña plaza. Él parecía asustado y una estaca de fresno en la mano le otorgaba una embriagadora sensación de poder.

Se ensañó con el cadáver hasta que sus facciones se convirtieron en un amasijo de carne. Su rabia se desvanecía a cada golpe; por ello, le apaleó con una cadencia enfermiza hasta que logró conjurar todo su miedo e impotencia. Se detuvo, jadeando, satisfecho. Y observó sus manos, manchadas de sangre, llenas de cicatrices, incapaces de sostener un cálamo. A su lado se encontraba Fanio Cepión, el legado, riéndose de él: «No somos tan distintos».

Las carcajadas resonaban en su mente. Sabía que solo era un sueño, una amalgama inconexa de recuerdos, pero eso no lo hacía menos real. Marco abrió los ojos y buscó a tientas la espada que le colgaba de la cintura. No la encontró. Estaba de nuevo en el *ergastulum*. Jadeaba.

Se frotó los ojos. A los seis años, había rogado a su madre que lo llevara a las *feriae latinae* del monte Albano. Con la vista fija en el telar, ella le contestó que no podía dejar su trabajo. Aquella misma noche, Marco soñó que participaba en el banquete y comía la carne de los sacrificios en la montaña sagrada.

Dicen que debemos luchar para alcanzar nuestros sueños. Pero solo son un regalo que nos otorga Morfeo, en un lugar donde se cumple todo aquello que la realidad nos niega. Aun así, sirven para mostrarnos nuestros más recónditos deseos; desde hacía tiempo, Marco solo conocía pesadillas como aquella.

Se secó el sudor de la frente con el antebrazo y pasó las yemas de los dedos sobre la cicatriz que atravesaba su rostro. Sabía que, en algún lugar, se encontraba el hombre que le había hecho aquello. Bajo el mismo sol, respirando el mismo aire que él. En el Campo de Marte, había aporreado el poste de entrenamiento como si cada golpe fuera dirigido contra él. Con el tiempo, le había olvidado; ahora había regresado.

¿Estaba proyectando toda su rabia sobre Fanio Cepión al igual que en su día lo hizo con aquel hombre?

Al alzar la vista, descubrió al prisionero cántabro observándole. Ahogó una

carcajada.

—¿Esto te divierte? —preguntó el hispano, en un razonable latín.

—Solo me preguntaba qué haces aquí —respondió, sarcástico—. No es frecuente ver a alguien de tu pueblo en sitios como este.

Recordó la bolsa de veneno que los bárbaros del norte de Hispania siempre llevaban al cinto, para usarlo llegado el caso. No era fácil capturar a un guerrero con vida; incluso las madres negaban a sus hijos aquel destino.

—El año pasado ofrecimos trigo a Lucio Emilio —dijo el cántabro—. Era nuestro tributo anual, pero en su lugar preparamos una emboscada. Caímos sobre aquella cohorte como lobos y no dejamos a nadie con vida. Luego nos refugiamos en las montañas. Cuando regresamos al poblado, lo habían arrasado. Mi mujer e hijos colgaban de las vigas de nuestra cabaña calcinada. Poco después, me capturaron.

Según el *ius gentium*, la «ley de las naciones», los prisioneros de guerra pasaban a ser propiedad del vencedor por derecho de conquista, al haberse rendido, en lugar de cumplir con la obligación de morir empuñando las armas. De este modo, la esclavitud no era más que una muerte aplazada; la de aquel que ha renunciado a morir. A partir de ese momento, se convertía en un esclavo, pero no de su dueño, sino de su propio instinto de supervivencia.

—Pensé en quitarme la vida, pero decidí esperar —añadió el cántabro, interpretando su expresión—. No quería reunirme con mi familia sin haberlos vengado.

—¿De quién?

La mirada del cántabro le dijo que eso no le importaba. Deseaba matar a alguien. A cualquiera, con tal de ahogar su rabia y poder sentirse en paz.

La puerta del corredor se abrió con un estridente chirrido y el *ergastularius* los despertó con un látigo en la mano.

—¡En pie! —gritó—. ¡Todos en pie!

Aún no había amanecido. Tanto el capataz como sus ayudantes parecían presos de una agitación que rayaba el pánico. Cuando los llevaron al patio, se dio cuenta de que habían reunido a los peones de la hacienda; a todos excepto a los más veteranos. Asno, arrodillado, respiraba con dificultad. También habían traído a Fides y a buena parte de las mujeres. Resultaba anómalo y a lo largo de los últimos días Marco había aprendido a desconfiar de cualquier novedad en su rutina.

—Al parecer, han recibido un soplo —le dijo Niñato, tras hablar con uno de los esclavos domésticos—. El cuestor está haciendo una inspección por los latifundios de Campania.

El capataz había decidido deshacerse de ellos, para eliminar cualquier prueba de su procedencia ilegal. Se preguntó de qué modo pretendía hacerlo. Ninguna de las respuestas resultaba alentadora.

Los llevaron encadenados por una pedregosa senda, en dirección a la puesta de sol, hasta desembocar en una vía mucho más transitada. A ambos lados de la calzada había pequeñas granjas de aspecto próspero, huertas en torno a los arroyos y viñedos que ascendían hasta la parte alta de las colinas. Las vides crecían sobre los troncos de álamos y olmos, o en estacas clavadas en aquella oscura tierra semejante a ceniza. Campania Felix. Sin duda, aquella fértil región era la más afortunada de Italia, aunque aquellos que trabajaban en ella no pensaban lo mismo.

Los guardias los obligaron a hacerse a un lado para dejar paso a un lujoso carruaje de cedro tingitano con incrustaciones de marfil. Una niña se asomó entre las cortinas para arrojarles un pedazo de fruta. Algunos esclavos saltaron a la calzada para disputársela y el *ergastularius* los obligó a reunirse con el resto a latigazos. A lo lejos, resonó una risa infantil.

—Según los filósofos estoicos debemos olvidarnos de nuestras circunstancias, pues son incontrolables —aseguró Niñato—. La única libertad que importa es la del espíritu: sin sabiduría, ningún hombre es realmente libre.

—Me gustaría ver a esos barbudos meapilas aquí —espetó Annio.

Marcharon en dirección sur. Hacia el este, se erguía una enorme montaña cónica: era el Mons Vesuvius, lugar sagrado de Hércules. Un miliario los informó de que aquella era la vía Campana, que atravesaba los campos Flégreos desde la ciudad de Capua hasta Puteoli. El vuelo de las gaviotas sobre sus cabezas evidenciaba la proximidad del mar.

Cuando llegaron a su destino, ya estaba anocheciendo.

En lo alto de un promontorio incrustado entre dos playas, Puteoli constituía un enorme cúmulo multicolor de edificios y viviendas. Junto a Bizancio, Éfeso, Delos y la misma Roma, aquella ciudad de doscientos mil habitantes era en el mercado de esclavos la más importante del mundo romano. Atravesaron el paseo marítimo, que desembocaba en un enorme espigón, hasta llegar a un edificio de ladrillo pintado de estridentes colores.

—Una casa de subastas —masculló Annio.

Pasaron frente a una sucesión de cubículos que hacían las veces de oficinas y los amontonaron en un angosto patio de la parte trasera, junto a cientos de esclavos. Un tipo grueso vestido de forma ostentosa inspeccionó su aspecto, acompañado de una pareja de muchachas. A los más demacrados les aplicaron resina de terebintos en la piel. Al resto les entregaron un cuenco con gachas.

Famosos por su avaricia y falta de escrúpulos, los mercaderes de esclavos conocían infinidad de trucos para mejorar la apariencia de su mercancía. Se imitaba el rubor del ejercicio mediante tinte rojo y se cubría con maquillaje las cicatrices e imperfecciones. Para rejuvenecer a los muchachos se empleaban depilatorios preparados con sangre, hígado y hiel de atún. Incluso se recurría a la castración para

evitar que la pubertad arruinara el aspecto de un joven hermoso; un arte propio del oficio.

Antes de irse, el mercader les echó un último vistazo, con el ceño fruncido. Les alojaron en celdas, separados por sexos. Cansado por todo un día de marcha, Marco se recostó sobre un montón de paja y se rindió al sueño.

Le despertó el bullicio de la mañana. Tras un parco desayuno, el capataz y sus hombres los arrastraron hasta el pórtico interior. Sobre el mugriento suelo enlosado habían construido varias plataformas de madera para exponer la mercancía; unos toldos colgados de la fachada protegían del sol al público que abarrotaba aquel angosto recinto. Las paredes estaban recubiertas por rótulos que elogiaban los productos de cada tratante; sobre ellos, algunos clientes insatisfechos habían garabateado advertencias.

Docenas de vendedores ambulantes anunciaban a voz en grito sus productos. Los mendigos trataban de abrirse paso entre la comitiva de los adinerados terratenientes en busca de mano de obra para sus latifundios. Matronas deseosas de ampliar su servicio doméstico; proxenetas evaluando su próxima inversión (la belleza de un adolescente imberbe pronto se echaba a perder, por lo que debían renovar constantemente su oferta).

—Fíjate en este joven egipcio —dijo alguien a su lado—: puede ser tuyo por tan solo ocho mil sestercios. Hará cualquier cosa que le pidas, es arcilla húmeda en tus manos.

Les asaltó el olor a humanidad en todas sus variantes y formas; desde el rancio sudor de los peones de granja vestidos con raídas túnicas, hasta el perfume de las cortesanas envueltas en seda india. El constante bullicio del público, apiñado en torno a las plataformas, empujaba y discutía entre sí. Y sobre todo la excitación del dinero. Al contrario que una parcela de tierra, aquel era un patrimonio fungible, una apuesta arriesgada. Unas fiebres podían arruinar al inversor más experto o hacer rico a cualquier incauto, de la noche a la mañana.

—Nada me fuerza a vender —aseguró un mercader—. No soy rico, pero tampoco estoy en deuda con nadie. Ninguno de los demás te haría este precio, y yo no le haría este favor a cualquiera.

En un corral, llevaron a las mujeres y a los niños a rastras hacia otro patio. De ese modo separaron a madres de hijos, a maridos de esposas, sin importar el lote. A Marco le llevaron a empujones hasta una tarima y le colgaron un rótulo del cuello. Tuvo que desnudarse para que lo inspeccionaran: el subastador le zarandeó, a la espera de cualquier gesto violento.

—Tiene una cicatriz en la cara —masculló—. ¿Se ha fugado alguna vez?

—Jamás —aseguró el capataz—. Es dócil, trabajador y digno de toda confianza.

El subastador se encogió de hombros, escéptico, y abrió la boca de Marco para

comprobar el número de dientes. Le palpó las amígdalas y agitó una mano frente a sus ojos para asegurarse de que no bizqueaba o era corto de vista.

Entonces vio llegar a un individuo imponente, rodeado por una comitiva que se abría paso entre el tumulto con la disciplina de un ejército. De cuerpo compacto y cabello oscuro, el físico y la indumentaria de aquel senador resultaban disonantes: el rostro austero no armonizaba con la elegante toga. Era un aristócrata surgido del más descabellado sueño de Catón, la sublimación de los antiguos valores romanos. Daba la impresión de que, al igual que Cincinato, en cualquier momento se despojaría de la toga para regresar a las labores del campo. La escolta parecía formada por gladiadores.

Una atractiva mujer caminaba a su lado. El parasol de seda le teñía el rostro de azul y en él destacaba una nariz afilada. Las caderas oscilaban caprichosamente a cada paso bajo su *palla* de brocado de seda. Por un instante, sus ojos verdes, con los párpados cubiertos con polvo de amatista, se entrecerraron para escrutar a Marco y él no pudo evitar fijar la vista en ella, tras pasar siete días entre esclavos famélicos apestando a sudor.

El *ergastularius* le golpeó en la cabeza con su bastón y tuvo que bajar la vista. Intuyó la cínica sonrisa que brotaba de aquel altivo rostro; la travesura de una niña caprichosa, irritada y al mismo tiempo halagada por su atrevimiento.

—Lucio Licinio Varrón Murena y su hermana Terencia —les dijo el capataz—, es un honor teneros aquí.

El senador observó a los cautivos; su frente arrugada dejaba patente su desagrado.

—Están famélicos —escupió cada sílaba a medida que se le formaba en la boca.

—Necesitabas cuarenta hombres y aquí los tienes —respondió el pelirrojo.

—Hablaba de prisioneros de guerra, no de peones de granja —espetó Varrón Murena—. Busco algo digno de los funerales de mi hermano.

—Hay varios guerreros entre ellos —insistió el capataz—. Son cántabros, pueblo famoso por su valor.

La mirada de Varrón Murena deambuló entre los hispanos, que le devolvieron el escrutinio con arrogancia.

—Está bien —dijo, y se situó frente a la plataforma de madera, mientras conducían a Annio hasta ella.

—Aquí tenemos al primero —anunció el responsable de la subasta—. Partimos de diez denarios como precio de salida.

Varrón Murena alzó su mano derecha.

—¿Alguien ofrece más? —El subastador recorrió el patio con la mirada; el público había enmudecido, pues la mayoría había decidido marcharse—. Está bien, ese será el precio de venta.

—¿Diez denarios? —espetó Annio—. Yo valgo al menos ochocientos.

Un golpe en la cara le hizo callar, pero Marco penso que su camarada tenía razón; supo que aquello no era una subasta, sino una farsa. Se escenificaba un acuerdo establecido a un precio ridículo; únicamente hombres jóvenes y fuertes, la mayoría con experiencia en el uso de armas. Su destino solo podía ser uno.

II

El anfiteatro era de estructura simple; no contaba con sótanos ni subterráneos, ni con elevadores para acceder a la arena. Por ello, los prisioneros aguardaban en la galería abovedada que rodeaba la pista y servía de sustento a las gradas. Sentado en el empedrado, Marco permanecía en silencio, con la atención fija en el muro lleno de pintadas obscenas, sobre la mugre que caía en regueros entre salpicaduras de sangre. Recorrió con la vista a todos y cada uno de los cuarenta hombres que, encadenados, aguardaban la muerte con nerviosismo. Los habían despojado de las túnicas y solo vestían calzones de lino.

Bajo la lúgubre arcada, los leones, leopardos y hienas que habían sobrevivido a un largo viaje en barco aguardaban enjaulados, junto a jabalíes y ciervos capturados por toda Italia. Sin duda, Varrón Murena contaba con buenos amigos en provincias que le proveían de bestias, bajo la expectativa de recibir futuros favores. Las *venationes* o cacerías comenzaban por la mañana, y los gladiadores eran el plato fuerte de la tarde, cuando el calor no resultaba sofocante. De este modo, las ejecuciones de prisioneros de guerra y de criminales tenían lugar durante el descanso para comer; eran la parte más aburrida del espectáculo, y por ello a los *noxii* se los llamaba con sorna «los gladiadores del mediodía».

Annio se despojó de un pequeño colgante de barro cocido para entregárselo a Marco.

—Toma —le dijo—. Si sobrevives, dáselo a Lesbia.

Su amigo estaba débil, y lo sabía. A pesar de su corta altura, Annio era terco como un onagro, pero se encontraba al borde de la extenuación. A su lado, Niñato, con el pie infectado, no tenía mejor aspecto.

El sonido de unas trompetas, acompañado de vítores y aplausos, anunció el inicio de los juegos. La *venatio* dio comienzo con una exhibición de animales exóticos: media docena de *bestiarii* arrastraron hasta la pista a un par de jirafas traídas de Egipto y a un elefante libio que, usando la trompa, escribió varias letras en la arena.

En el oscuro corredor, hombres y bestias aguardaban. Los domadores condujeron hacia la puerta a una leona, acosándola con bastones de punta metálica. Solo se oían gritos, lamentos y rugidos. A los demacrados cautivos les temblaban las manos y apenas podían contener el llanto; los animales se revolvían cada vez más inquietos dentro de las jaulas.

—Huelen la sangre —dijo el miembro cántabro de su decuria, como si aquello no fuera con él.

Los soldados tiraron de las cadenas para arrastrarlos en dirección a las puertas y liberaron a media docena de ellos. Había llegado la *damnatio ad bestias*. Hilario se arrodilló para abrazar las piernas de su guardián. Le llevaron a rastras hasta el

umbral.

Las puertas se abrieron. Un grupo de *bestiarii* entró con los cuerpos sin vida de un par de hienas; los cadáveres se amontonaban bajo la bóveda. El resto de los domadores empujó cuatro jaulas con varios felinos hasta la pista. Vieron que ataban a los seis prisioneros a un poste clavado en la arena, para dejarlos ante una jauría de fieras hambrientas.

Cerraron las puertas y de nuevo se encontraron a oscuras. A través de la abertura que formaban las dos hojas vieron a Hilario tratando de librarse de las ataduras. Un leopardo saltó sobre él y sus fauces le desgarraron el rostro.

Marco se sentó en el suelo. El hedor a orín era cada vez más intenso. Ante ellos desfiló un grupo de hombres armados con una panoplia similar a la de los gladiadores. El enfrentamiento entre *venatores* y animales estaba a punto de empezar. Pronto llegaría su turno. No importaba qué les aguardaba más allá de aquella puerta: no tendrían oportunidad de sobrevivir. Sus planes se habían truncado. Morta, la más cruel de las tres diosas que tejían el destino de los hombres, iba a cortar en cualquier momento el hilo de sus vidas. Las parcas se habían burlado de ellos y su deseo de venganza los había llevado hasta las puertas del Hades. Pronto Caronte conduciría su alma a través del Estigia.

Una docena de legionarios se presentó ante ellos para dividirlos en dos grupos. Apenas quedaban treinta prisioneros con vida. Marco atisbó la aterrorizada expresión de Félix cuando los despojaron de los grilletes para entregarles las armas: lanzas de caza, escudos ajados y espadas melladas.

Damnatio ad gladium. Aquello no sería un combate, sino una ejecución en masa.

—Debéis saludar al organizador como «los que van a morir» —les dijo uno de los soldados.

El sol ya casi había alcanzado su cénit; las sombras proyectadas sobre la arena menguaban. Súbitamente, las puertas se abrieron con un nuevo estruendo y la mitad de los cautivos fueron conducidos a la pista.

Marco se apoyó sobre el portón para observar a través del resquicio. La mayor parte de los prisioneros arrojó sus armas para salir corriendo. Félix trató de trepar por el muro que los separaba de las gradas, pero allí le esperaban los guardias. Le golpearon con las lanzas en la cabeza y cayó de bruces sobre la arena. Un gladiador apareció de la nada para degollarle con su sica. La multitud estalló en carcajadas.

«Quien ha aprendido a morir ha aprendido a no ser esclavo», decía un antiguo proverbio estoico, que tantas veces le repetía su padre adoptivo. Tuvo que apretar los puños para amortiguar el temblor de las manos. Alguien palmeó su hombro. Se giró para tomar el *gladius* que le ofrecía Niñato.

Lo sopesó. La hoja estaba oxidada y la madera de la empuñadura se había agrietado por el sol. Sin embargo, su tacto le transmitía una sensación agradable. Se

sintió vacío de emociones; su mente se concentró en hacer lo que le habían enseñado durante años. Solo entonces fue consciente del tiempo que había permanecido desarmado. La euforia que aquel *gladius* le transmitía se entremezclaba con la certeza de su dependencia de él, como el amor y el rechazo que experimenta un borracho hacia una jarra de vino.

Desde el fondo del pasillo, cinco individuos vestidos como Caronte arrastraron los cadáveres de sus compañeros con unas cadenas provistas de ganchos. Marco observó de nuevo la pista: era elíptica, de unos cuarenta pasos por veinte. Se encontraban tras la puerta libitinense; en el otro extremo del eje mayor, estaba la puerta triunfal, tras la cual los aguardaban sus verdugos. Entre ambas, habían construido una escenografía teatral: un montículo con palmeras y árboles exóticos que simulaba un paisaje fantástico.

Aquello podría servirles.

Contempló a los catorce hombres que iban a morir junto a él. Demacrados, sostenían con sus miembros escuálidos las viejas armas que les habían entregado. De entre ellos, solo cinco poseían escudos de legionario; el resto contaba con otros circulares de dos pies de diámetro o sostenía una lanza con ambas manos. Fides apenas podía contener el llanto. Toda su mezquina adulación no iba a salvarle de compartir su destino.

Marco se presentó ante él:

—Dame tu escudo.

El otro alzó la mirada, incapaz de creer lo que acababa de oír.

—Ni lo sueñes —respondió.

Recibió el impacto del puño en plena mandíbula y cayó al suelo, como un fardo lleno de estiércol. Marco le arrebató el escudo y se dirigió hacia el resto. Por un momento, su atención recayó sobre los cántabros: conocía bien su forma de combatir. Había luchado contra ellos solo un par de años atrás; ahora, por algún capricho de Némesis, lo haría a su lado.

—Hispano, ¿cómo te llamas? —preguntó al miembro de su decuria, en ese áspero dialecto celta que había aprendido en Cantabria.

—Boutio, hijo de Talaius.

—¿Sabes usar una espada, Boutio?

—¿Sabes ceñirte una toga, romano?

No pudo contener una sonrisa. Aquella actitud le resultaba familiar.

—Coged los escudos circulares —dijo a los hispanos—. Nosotros tres nos desplegaremos formando una línea, con el flanco izquierdo cubierto por el muro de las gradas —añadió, refiriéndose a sus camaradas—. Vosotros combatiréis a nuestra derecha, pegados a la escenografía.

Los bárbaros tomaron las armas de las manos de los otros cautivos, que los

observaban atónitos, sin pronunciar palabra.

—El resto lucharéis por detrás de nosotros con las lanzas —dijo Marco, esta vez en latín. Al ver la desconcertada expresión de Asno, se dirigió hacia él—: ¿Cuál es tu nombre?

Hubo un gesto de duda. Solo durante un instante.

—Lucio Hirtio Aquila, de la tribu quirina —respondió.

—Lucharás a mi lado, Lucio Hirtio Aquila. Deberás mantener la línea en todo momento. ¿Crees que serás capaz?

El escuálido prisionero asintió con determinación. Marco se encaró al resto.

—Esperan contemplar otra cacería —les dijo, alzando la voz—, que nos preocupemos tan solo de nuestra piel, para acabar uno tras otro con todos. Pero ya les habéis oído: vamos a morir y eso nos hace libres. Durante todo este tiempo han tratado de arrebatarnos lo único que nos quedaba. Si huis, si renunciáis a luchar, les demostraréis que lo han logrado.

Niñato afilaba su espada sobre una piedra del dintel. Annoio remachó a golpes la espiga de la suya y la sostuvo con ambas manos, el pomo apoyado en la frente, para recitar en griego:

—«Tú, que en las batallas otorgas la corona, precio del triunfo, distintivo de la gloria. Por ti, divina Niké, todo cambia. Ven, deidad poderosa, y protege a los que te suplican».

«Nadie tiene el control absoluto sobre un combate. Por muy bueno que seas, el contrario siempre tendrá una oportunidad para matarte. Por eso, con una espada en la mano, nadie está completamente indefenso». Marco recordó aquellas palabras del gladiador ilirio que había conocido en su niñez. La compañía de sus dos contubernales le reconfortaba. Durante años, se habían enfrentado juntos a los mismos peligros, desde la lluvia que les congelaba hasta un ejército de bárbaros ansiosos por hacer de sus cabezas un trofeo.

Fuera, el presentador se dirigía al público:

—Si de tiempos remotos venía nuestro anterior combate, este se remonta a los mismos orígenes de Grecia: la lucha entre aqueos y troyanos. Gracias a la generosidad de Licinio Varrón Murena...

Las puertas se abrieron y una intensa luz los cegó. Un rugido ensordecedor llegó hasta ellos junto a la música de trompetas y flautas. El perfume de rosas mezclado con el olor de la sangre, el sudor y la podredumbre. Por encima del muro de diez pies de altura que los rodeaba, las gradas estaban vacías, en gran parte. Marco señaló un estrechamiento hacia el eje menor del recinto, entre el muro y la colina artificial con árboles plantados. Los prisioneros corrieron hacia él, sin molestarse en saludar al palco.

Todos se detuvieron. Marco les hizo formar en línea. Los tres soldados, codo con

codo, con el muro a su izquierda; los cántabros solaparon escudos a su derecha; media docena de lanceros por detrás.

Del otro extremo de la arena aparecieron ocho gladiadores.

Eran *gregarii*, luchadores de tercera, púgiles fracasados, con un buen número de derrotas a su espalda o que acababan de iniciar su carrera. Casi los doblaban en número, pero ellos contaban con una panoplia completa y no se habían pasado los últimos días en el interior de un agujero, alimentándose con gachas de centeno.

Por un instante, Marco examinó su formación: todos los prisioneros permanecían en su lugar.

Los gladiadores se aproximaron. A pesar de los yelmos que les ocultaban el rostro, era posible intuir su desconcierto. No se encontraban ante las presas que esperaban. Se detuvieron a cinco pasos, para tantearlos. A pesar de su tosquedad, las picas otorgaban a los condenados un mayor alcance.

Entonces un gladiador cargó contra ellos. La lanza de Lucio Hirtio Aquila se hundió en la protección acolchada de su brazo. Otra se le clavó en el vientre. El *gregarius* cayó al suelo y sus compañeros retrocedieron, sin saber qué hacer.

—«Muchas tretas conoce la zorra. Solo una el erizo, pero es la importante». — Marco sonrió al oír las palabras de Annio.

Los *gregarii* retrocedían mientras el público murmuraba, desconcertado. Marco corrió hacia el gladiador que yacía en el suelo y le propinó una patada en la cabeza con la planta del pie. El yelmo amortiguó el golpe, pero el cuello crujió como una rama. Tras arrebatarse el *gladius*, recogió del suelo su pesado escudo. Arrojó el suyo a Fides, para devolvérselo.

Alzando sus nuevas armas, se encaró a sus enemigos:

—¡Venid aquí, hijos de puta!

El resto de los prisioneros comenzó a insultar a sus enemigos. En situaciones como aquella, no acostumbraba a malgastar el aliento, pero deseaba provocar esa reacción.

—¡Vais a morir! —les dijo un gladiador.

—¡Sí, pero antes me comerás la polla! —gritó Lucio Hirtio Aquila.

Sus compañeros estallaron en carcajadas, desahogando toda la ansiedad contenida. No tenían nada que demostrar, ni tampoco nada que perder, y aquellos profesionales de la arena se jugaban su reputación. El tiempo avanzaba en su contra, cada instante que pasaba les dejaba más en evidencia. El público seguía desconcertado, se habían salido del guion. En aquella recreación de la *Ilíada*, Héctor enviaba a los aqueos de regreso a Grecia a patadas en el culo.

Uno de los hispanos se adelantó y, tras levantarse la túnica, comenzó a orinar sobre el cadáver. El respetable se mostró escandalizado. Los gladiadores se vieron obligados a atacar de nuevo.

Falange. «Muro de escudos». Daba igual cómo se llamara: formar codo con codo hacía de aquella escaramuza algo muy distinto a una suma de combates individuales. No solo hacía posible luchar en grupo y desarrollar aquella táctica, tan rudimentaria como efectiva, sino que, por encima de todo, les hacía ser conscientes de la existencia de un «nosotros» y un «ellos»; y eso, en cualquier enfrentamiento armado, era algo inestimable.

Se sucedieron las acciones de tanteo. Annio retrocedió, ante la presión de un gladiador:

—¡Cebo!

Su enemigo dio dos pasos hacia él. Marco lo estaba esperando. La hoja de su *gladius* se abrió paso entre las costillas del *gregarius*, que aulló de dolor.

Sin experiencia en el combate en línea, los gladiadores solo trataban de herir a quien tenían enfrente. Era lo más inmediato. Como sus enemigos estaban cubiertos por un escudo desde la rodilla hasta el hombro, eso resultaba casi imposible, a no ser que cometieran un error. Los contubernales luchaban en equipo, buscando un fallo en el adversario de su derecha. Ese extremo de una formación siempre tendía a envolver al izquierdo de la opuesta. Por ese motivo, Marco había decidido apoyar su flanco más débil en el muro de las gradas.

Se giró un instante, para ver el combate en conjunto, y descubrió que estaba dando resultado.

—¡Cuidado!

La advertencia de Annio llegó tarde: sintió un tremendo dolor en el muslo. En la parte de atrás; no podía ser un *gregarius*. Al girarse, se encontró ante Fides, empuñando su espada con los ojos encendidos por la rabia. Niñato le apuñaló en el cuello. Sin embargo, al hacerlo se había descubierto y uno de los gladiadores le acuchilló en el costado.

Una vez abierta una brecha, la línea se vino abajo. La escaramuza degeneró en un caos de combates individuales, sin ningún orden, en el que los prisioneros se llevaron la peor parte. Solo los cántabros, haciendo un círculo en torno al cadáver de Boutio, mantenían el orden.

Había cometido el error de menospreciar el fabuloso potencial de la estupidez humana. Tras ahogar una maldición, Marco desgarró su túnica para vendarse el corte en la pierna, tratando de detener la hemorragia. Recogió su *gladius* del suelo y se incorporó, apoyado en el escudo. Todo estaba visto para sentencia: Niñato permanecía en el suelo, aferrando su herida con las manos. El cuerpo de Lucio Hirtio Aquila yacía sin vida a su lado. Annio trepaba por la escenografía perseguido por un *gregarius*. Los hispanos habían caído empuñando sus armas, tras llevarse a un par de gladiadores consigo. La arena estaba cubierta de cuerpos sin vida. Él no tardaría en acompañarlos.

En la guerra, resulta fácil encarar a la muerte: puede justificarse por algún noble fin. La suya solo serviría de entretenimiento a una chusma ociosa. Tenía que enfrentarse él solo a tres gladiadores.

Marco buscó a tientas la pared de la tribuna, para tener cubierta la espalda. Cojeaba, la sangre no dejaba de manar. Aun así, no parecía tener afectado ningún tendón; podía apoyar todo el peso en la pierna. El dolor era lo de menos. A pesar de la herida, esperaba moverse más rápido que sus enemigos acorazados. Estudió la complexión de sus oponentes: eran jóvenes, casi adolescentes. No actuaban de forma coordinada; iban a disputarse el honor de acabar con él. El primero estaba casi a tres pasos. Marco dejó caer levemente su escudo.

El gladiador no esperaba otra cosa, era una torpeza digna de un esclavo rústico. Encajaba muy bien en lo que esperaba de él. Su demacrado aspecto lo decía todo: herido y exhausto, el peón de granja era incapaz de sostener su escudo.

En un combate, puedes planear una estrategia. Pero, llegado el momento, es el entrenamiento lo que hace que tu cuerpo responda por sí solo ante un estímulo. Ves un hueco en la guardia y lanzas una cuchillada directa al pecho; cuando quieres darte cuenta, tu enemigo está agonizando. Si piensas en hacerlo, jamás lo lograrás.

Eso, en ocasiones, te conduce a una trampa.

Al ver cómo se descubría el rostro, el gladiador trató de golpearle con el canto de su escudo.

Una vez iniciada, es fácil corregir la trayectoria de una espada; con un escudo de quince libras, resulta imposible. Marco dio un paso a la derecha y se agachó. El escudo pasó por encima de su hombro, y le introdujo dos palmos de hierro en el pecho. La voz del gladiador se transformó en un alarido metálico, pues el yelmo hizo de caja de resonancia.

Al incorporarse le derribó de una patada para extraer el arma. El segundo *gregarius* tuvo que rodear el cadáver y eso le dio tiempo a prepararse. Gritó hasta quedarse afónico. Él también lo hizo. Ambos cargaron, escudo contra escudo.

Marco dio un paso atrás; cedió ante su empuje con la zurda y lanzó un gancho con la diestra, desde abajo, girando el torso, en un único movimiento. Al adelantar su defensa, el gladiador había dejado el costado al descubierto. Esta vez no hubo grito, pero la puñalada atravesó el bazo. Se situó a su espalda, tiró de la cimera hacia atrás y deslizó el filo por la garganta desnuda. La presión arterial hizo que la sangre salpicara al tercer gladiador; los espectadores rugieron de júbilo. El último *gregarius* dio un paso atrás.

Ante lo familiar no existen las dudas. Frente a lo inesperado se desconfía de todo.

—¡Annio, búscale la espalda! —gritó Marco, con la vista perdida a su izquierda.

A pesar de no distinguirle el rostro, casi pudo leerle el pensamiento. La visera del casco le anulaba la visión periférica; no sabía si tenía a alguien en el costado. Su

petición de ayuda podía ser un truco. Si se giraba, le regalaría un precioso instante.

El gladiador aulló de dolor cuando Annio le rejoneó como a un jabalí, esgrimiendo una lanza con ambas manos. El *gregarius* cayó de rodillas y alzó la mano para solicitar clemencia.

—*¡Missum! ¡Missum!*

El público, puesto en pie, hacía un gesto con el pulgar, para que su vida fuera respetada. Annio les mostró otro dedo y, tras degollarle con una sica, escupió sobre el cadáver.

En medio de aquella carnicería, con veinte cuerpos yaciendo a sus pies, Annio empezó a entonar el grito de guerra de la Legión IX Hispana. Marco no dejaba de observar el rostro del senador que había patrocinado aquellos juegos.

Varrón Murena deambulaba frente a ellos como horas antes lo habían hecho las fieras enjauladas. Los rasgos austeros, inalterados hasta ese momento, se resquebrajaron dejando entrever su furia. Y eso, en un noble, siempre resultaba alarmante.

Marco y Annio yacían exhaustos en el corredor del anfiteatro, mientras Niñato examinaba su herida con preocupación. La hoja apenas había entrado dos pulgadas entre las costillas y, sin embargo, tenía muy mal aspecto. Los ojos verdes del capataz saltaban de uno a otro con embarazo.

—¿De dónde los has sacado? —le preguntó Varrón Murena—. No me dijiste que había desertores.

—¿Desertores?

—Estos tres —añadió, mientras los señalaba—. ¿Es que no te has dado cuenta?

El pelirrojo entreabrió la boca, sin comprender.

—Se los compré a unos bandidos —dijo. Súbitamente inspirado añadió—: Tal vez puedan sustituir a los hombres que has perdido.

—Para convertirlos en gladiadores, habría que invertir mucho tiempo y dinero. Pronto habrá unos grandes juegos en Roma y necesito...

A pesar del cansancio, Marco percibió algo en la expresión del noble que le resultó inquietante. Antes de que pudiera reaccionar, una pareja de soldados los condujo de nuevo a la casa de subastas.

Esta vez no tuvieron problemas de espacio. La jaula del patio trasero, separada de la calle por un sucio muro de mampostería, estaba vacía. Marco se dejó caer sobre el montón de paja y tomó un puñado de barro del suelo. Habían logrado sobrevivir aquel día, pero el futuro era incierto: Annio parecía exhausto y, a juzgar por la mancha de su túnica, Niñato había perdido mucha sangre.

—¿Cómo va todo? —le preguntó.

—Si no recibo atención médica en algún sitio limpio, la herida puede corromperse —dijo el aprendiz de médico.

Asintió, ensimismado, mientras contemplaba el pequeño altar consagrado al *genius venalicii*, el espíritu protector de aquel mercado de esclavos, a quien realizaban ofrendas para obtener un buen negocio. Al bajar la vista, descubrió que, de forma inconsciente, sus manos habían modelado la arcilla hasta crear un rostro de mujer.

Era un escultor que no esculpía. Y, sin embargo, eso era lo único que le quedaba: la capacidad de otorgar una forma física a sus emociones. No tenía nada, su propia vida había dejado de pertenecerle, pero todavía conservaba ese poder. Aquella figura, nacida en sus manos a partir de una imagen de su mente, siempre sería suya.

Había crecido como una rata callejera en el barrio más miserable de Roma. Hasta el día en el que un arquitecto le dio la oportunidad de convertirse en su aprendiz. Más tarde, incluso lo tomó como hijo adoptivo. El futuro parecía prometedor, pero las parcas tejen caprichosamente nuestro destino: los sentimientos se rebelan contra nuestra voluntad, no son fruto de decisiones conscientes. Tuvo que elegir entre ligar su destino al de su hermanastra, en una relación que muchos considerarían incestuosa, o ese futuro que le aguardaba. Incapaz de traicionar al hombre que se lo había dado todo, tomó la única decisión honorable, pero no pudo aceptar las consecuencias. Obligado a abandonar la casa, se enroló en la Novena: había perdido ambas cosas sin obtener nada a cambio.

Había tocado fondo, ya no tenía nada más que perder. Al menos, a partir de ese momento, podría construir una nueva vida sin caer en los mismos errores.

Cambió de opinión al ver llegar a un adolescente y a una docena de hombres armados. El encargado de la casa de subastas le acompañaba con una actitud solícita y servil: sin duda, conocía los vínculos familiares de aquel lacónico patricio con acné que, a pesar de contar con tan solo diecinueve años, desempeñaba el cargo de cuestor. Corpulento y ancho de espaldas, su postura encorvada disimulaba en parte su altura. Le acompañaba un joven de facciones agraciadas con un *gladius* apenas oculto bajo los pliegues de una elegante toga. Los modales educados que mostraba no enmascaraban la fría arrogancia militar.

—¿A qué debemos su visita, mi señor? —preguntó el mercader, mientras abría la puerta de la celda.

—Os habéis dado mucha prisa en vender esta partida de esclavos. —Los ojos saltones del adolescente escrutaban a los cautivos, que acababan de ponerse en pie. Marco experimentó una siniestra satisfacción al contemplar el azoramiento del hombre que había regido su destino durante las últimas horas.

—¿Puedo hablarle con franqueza? —preguntó el encargado.

—No, prefiero que me mientas —replicó el cuestor con sequedad.

Por un instante, las delicadas facciones del funcionario evidenciaron su desconcierto. Recompuso su actitud rastrera para continuar:

—Al parecer, su amo debía devolver un préstamo. Por eso deseaba vender cuanto antes esta mercancía.

Marco tuvo que admitir que tenía talento. El temblor de la voz podía interpretarse como el típico deseo de agradar a un aristócrata. La sonrisa estúpida parecía la de alguien incapaz de mentir.

—Quizá su urgencia esté relacionada con la inspección que estoy realizando por los latifundios de Campania —señaló el noble con desdén—. ¿Puedes mostrarme la documentación de estos esclavos?

Marco observó a través de los barrotes el rollo de papiro que le entregaban. Más que un documento oficial, parecía un apresurado ejercicio de caligrafía. El cuestor lo estudió detenidamente antes de continuar.

—Supongo que comprenderás que debo interrogarlos.

El encargado no pudo interponer ninguna objeción. Marco y sus dos compañeros fueron arrastrados por el corredor hacia un edificio contiguo.

Dada su naturaleza mezquina, el testimonio de un esclavo solo era válido bajo tortura. Por ello, la ley autorizaba a utilizar el potro y los hierros candentes. Incluso existían empresas especializadas en la ejecución y tormento de la servidumbre. El fraude no era algo inusual.

Entraron en una sombría estancia, iluminada por una pareja de candiles que colgaban del techo. Su austero mobiliario consistía en una estantería llena de cuchillos, un manojo de hierros hundidos en un brasero y un potro de tortura capaz de desmembrar a un hombre en unos instantes. Sobre una mesa, había una jarra, un par de copas, queso y algo de fruta.

A sus espaldas resonó un portazo, y se quedaron a solas con el cuestor y el joven individuo que lo acompañaba. Marco se escanció un vaso de vino y apuró el contenido de un solo trago. Mientras tanto, sus camaradas daban buena cuenta de la comida.

—Habéis tardado en llegar —dijo.

—El capataz tiene buenos informadores —respondió el cuestor—. Nuestra llegada a Neápolis bastó para levantar la liebre, no fue fácil averiguar vuestro paradero.

Era lo más parecido a una disculpa que saldría de la boca de aquel noble, así que tuvo que conformarse con eso.

—¿Qué habéis averiguado? —le preguntó el patricio.

Marco tomó de sus manos el documento que le acababan de entregar. Lo leyó despacio, hasta llegar al nombre de aquel que, durante días, había sido su dueño. Lo había visto escrito cientos de veces, tatuado en las frentes de sus esclavos, cincelado en los collares de hierro que ceñían sus cuellos, grabados a fuego en su piel como en las reses conducidas al mercado.

El mismo nombre que había visto durante casi tres años al final de todos los documentos de la Novena Legión: Fanio Cepión. Trece letras rodeando un trono de azufre, un cetro negro y una horca, símbolos de Plutón, dios guardián del Inframundo.

Tuvo que dar un nuevo sorbo a su copa para continuar:

—Todo es tal y como sospechabas. Un bandido vende a Cepión un cautivo por un puñado de denarios. En la hacienda se le redacta documentación falsa y más tarde es vendido de nuevo. Por supuesto, en la subasta solo participan las sociedades de publicanos de Cepión, sin hacer preguntas sobre su procedencia. Más tarde, su precio en el mercado será mucho mayor.

—Blanqueo de capital humano —concluyó el cuestor, con un asentimiento.

Se llamaba Tiberio Claudio Nerón y era hijo de Livia Drusila, la esposa de Augusto. Dos años antes había desempeñado el cargo de tribuno en la Legión IX Hispana, como un paso más dentro de su carrera política. Su misión también había sido controlar los oscuros negocios que Cepión mantenía con las sociedades de publicanos que los abastecían. Cuando Marco y sus camaradas se habían interpuesto en las maquinaciones del legado, este trató de quitarlos de en medio. No tuvo éxito, pero fueron dados por muertos. Entonces Tiberio les ofreció la posibilidad de convertirse en *speculatores*, agentes secretos bajo su mando directo. Desde entonces, llevaban casi dos años investigando los turbios negocios de Cepión, sin demasiado éxito. Su carrera política proseguía, cada vez era más poderoso e influyente, y la esperanza de vengarse de él se volvía más y más remota.

—¿Será suficiente para inculparle? —preguntó Annio, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—Ahora mismo, Cepión no está en Italia —aseguró Tiberio—. Si le llevamos ante un tribunal, podría aducir que, durante su ausencia, el capataz ha estado actuando a sus espaldas para enriquecerse.

—Este negocio esclavista no es lo mismo que alquilar una recua de bueyes sin que figure en el libro de cuentas —señaló Marco.

—Aun así, sería la palabra de senador contra la de un esclavo. ¿Habéis visto a Fanio Cepión dar la orden de retener a esos hombres contra su voluntad? —les preguntó el joven patricio. Ante su silencio, añadió—: Es mejor actuar cuando tengamos algo sólido, por el bien de todos.

¿Por el bien de todos o por el suyo? La primera fase en la instrucción de un crimen requería de pruebas que incriminaran al acusado, y el testimonio de tres legionarios tal vez no fuera suficiente. Juzgar un senador sin obtener una condena sería un duro revés para la carrera política de Tiberio.

A pesar de no haber cumplido aún los diecinueve años, como cuestor ostiense debía supervisar la recepción, almacenaje y transporte del grano llegado desde las

provincias hasta la capital. A Marcelo, de su misma edad, el hijo de Octavia y sobrino carnal de Augusto, le había correspondido el puesto de edil. Se encargaba de la supervisión de los mercados, de resolver pleitos menores y de la organización de los juegos y festivales. Con esa decisión, el dueño de la República había dejado bien claro cuáles eran sus preferencias en lo tocante a sus jóvenes herederos: mientras que el edilato permitiría a Marcelo organizar espectáculos y ganar popularidad, la cuestura de Tiberio le obligaba a garantizar el suministro de trigo a Roma, bajo el riesgo de convertirse en el blanco de las iras de la plebe.

Marco sabía que Tiberio no tenía un especial interés por el poder, pero necesitaba ganarse una reputación. Hasta entonces, su carrera política se había desarrollado entre la clientela de su madre, y deseaba librarse de su opresiva tutela. Livia tenía muchos planes para su hijo, tal vez demasiados. Por ese motivo, su relación con él era tensa.

—Ha habido un cambio de planes. —Quinto le habló por primera vez.

Quinto Celio Bíbulo, centurión de la Novena y también su amigo, se había convertido en uno de los hombres de confianza de Tiberio. El hijo adoptivo del *princeps* deseaba rodearse de sangre nueva, ajena a la influencia de su progenitora, y Quinto era, en el sentido más literal, un «hombre nuevo». El estar oficialmente muerto hacía que no estuviera atado a ningún vínculo familiar o clientelar.

—Como sabéis —añadió Quinto—, este año Augusto ha sido nombrado cónsul por undécima vez, junto a Aulo Terencio Varrón Murena. Mientras estabais en la hacienda, Calpurnio Pisón le ha sustituido.

—¿Otro Varrón Murena? —preguntó Marco, al recordar al senador que había organizado los espectáculos del anfiteatro—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Acabáis de combatir en sus funerales.

—¿Un cónsul muerto?

—Esta vez ha sido por causas naturales —señaló su amigo con sarcasmo.

Los magistrados tomaban posesión de su cargo a principios de enero. Apenas habían transcurrido tres meses y uno de los dos cónsules había muerto, Tiberio había iniciado su investigación en Campania, Marcelo celebraba por todo lo alto los festivales de Atis en Roma y Fanio Cepión regresaba a Italia tras haber sido el propretor de Macedonia.

Todo ocurría demasiado rápido. Tiberio les habló de nuevo:

—No podemos desperdiciar la oportunidad que tenemos a nuestro alcance. Debéis infiltraros en la escuela de gladiadores de Varrón Murena para tratar de ganaros su confianza. Creemos que anda metido en turbios negocios con Fanio Cepión.

Tenía sentido. Gracias a la falsa subasta del día anterior, Varrón Murena había obtenido carnaza para sus funerales, y a cambio Cepión pudo deshacerse de cualquier prueba de su negocio ilegal. Estaba claro que existía algún tipo de acuerdo entre

ambos.

—Estamos convencidos de que planean una conspiración contra el *princeps* —concluyó Tiberio—: debéis averiguar qué están tramando.

Marco esbozó un ademán de incredulidad. Cuatro años antes, en una sesión del Senado cuidadosamente coreografiada, Augusto había devuelto a la cámara sus antiguos poderes, renunciando así a sus privilegios tras castigar a los asesinos de César. La Curia, agradecida, le nombró «padre de la patria», *princeps* y Augusto. De este modo, reconstruidas las instituciones republicanas, respetaba su forma, pero adulteraba su esencia: respaldado por el ejército y la plebe, Augusto era uno de los dos cónsules elegidos cada año y gobernaba las provincias donde se concentraban la mayor parte de las legiones. Gracias a ello, controlaba la Galia, Siria y dos de las Hispanias; reinaba en Egipto, suministradora de grano a la capital, y era el hombre más rico de una república que, de este a oeste, se extendía desde el desierto sirio hasta el finisterre atlántico. Solo los gobernadores de Ilírico, Macedonia y África poseían una fuerza militar relevante, y solo el otro cónsul elegido cada año podía replicarle en el Senado. Pero todos ellos eran hombres de su confianza.

Únicamente los optimates, la rancia aristocracia que había controlado la República durante generaciones, suponían una amenaza para su régimen. Y Fanio Cepión era uno de ellos. Sin embargo, tratar de derrocar al primer ciudadano de Roma parecía una empresa descabellada.

—¿Qué sabéis de Varrón Murena? —preguntó Marco.

—Es un senador muy rico, buen orador y reputado jurista —aseguró Quinto—. Partidario de César y admirador de Catón; el clásico romano chapado a la antigua, aunque con buenos contactos dentro del partido augústeo. Procede de una familia de optimates que supieron adaptarse al nuevo régimen. Al parecer, siente una gran devoción por su hermana Terencia, la esposa de Mecenas, uno de los confidentes del *princeps*. Además..., en fin, ella y Augusto son amantes, por lo que su influencia se extiende hasta lo más alto: solo tiene que formular una petición, y ella se lo susurrará al dueño de la República en el lecho.

A juzgar por su expresión, a Tiberio no le importaba demasiado la infidelidad de Augusto hacia su madre. Posiblemente, a la propia Livia Drusila tampoco.

—No parece responder al perfil de conspirador —concluyó Marco.

—Por eso debemos ser cautos —replicó Quinto—. Fanio Cepión ha logrado involucrarle en sus intrigas, aunque ignoramos cómo.

—¿Alguna conexión con los publicanos?

—Todos los senadores la tienen —dijo el antiguo centurión—. Los negocios de Cepión son los habituales entre todos los «hombres nuevos» que se beneficiaron de las contrataciones estatales asignadas a dedo: comercio de mármol para obras públicas, abastecimiento de las legiones, explotación del *ager publicus* en provincias y, sobre

todo, tráfico de esclavos. Sin embargo, la fortuna de Varrón Murena se basa en bienes raíces: posee latifundios, minas, bloques de viviendas...

—Su patrimonio no depende de vaivenes políticos —concluyó Marco—. No tiene por qué arriesgar.

—Y tampoco ha demostrado excesivas ambiciones políticas.

Los contubernales intercambiaron varias miradas de preocupación.

—¿Y si no logramos averiguar nada? —preguntó Annio, ceñudo.

—Entonces significará que no habéis conseguido acceder a determinados círculos —respondió Tiberio—. De momento no puedo deciros nada más, espero que lo entendáis.

Marco lo entendía a la perfección. Si los descubrían, podían ser torturados; por tanto, cuanto menos supieran sobre su misión, tanto mejor para él. Eso evidenciaba hasta qué punto Tiberio confiaba en su éxito.

—Todo esto es una locura —espetó Annio.

Sabían que Tiberio los estaba manipulando. Hacía tiempo que utilizaba su deuda de sangre en su provecho. Habían realizado una *devotio*, un juramento sobre la espada, mediante el cual solicitaron la ayuda de los dioses del Inframundo para matar al legado. A pesar de que aquel ritual les otorgaba el poder que necesitaban, también les obligaba a cumplir con su objetivo, o se enfrentarían a la cólera de los manes. Tal vez habían sido ellos quienes los habían ayudado en aquel día demencial y ahora les ofrecían una oportunidad para saldar su deuda. Aunque también era posible que todo se debiera al azar. Marco observó el lamentable aspecto de Niñato y de Annio: esta vez no podrían acompañarle.

—Es algo que debo hacer solo —dijo, y al hacerlo creyó ver comprensión en el rostro de Tiberio; había esperado que fuera él quien lo dijera.

Annio iba a objetar algo, pero finalmente enmudeció. Todos sabían que era cierto, era el único de los tres en condiciones de soportar el despiadado entrenamiento de una *ludus gladiatoria*. El único que, llegado el caso, tendría alguna posibilidad de sobrevivir en la arena.

Gracias a la carnicería de aquella misma mañana, Marco era consciente de que su deseo de venganza podía destruirle. También sabía que jamás alcanzaría la paz interior si no lo intentaba. Nunca había sido especialmente piadoso y ahora, por primera vez en su vida, esperaba una señal de los dioses. Y no sería sensato esperar la llegada de Mercurio rodeado de una deslumbrante aura con un mensaje del Olimpo. Debía tomar su decisión de otro modo; así que se decantó por la más simple:

—¿Tienes una moneda? —preguntó a Quinto.

Su amigo no supo cómo encajar aquella pregunta, así que extrajo una de la bolsa.

—Arrójala —le dijo.

El metal acuñado describió una parábola en el aire antes de caer sobre el suelo

con un tintineo apagado. Marco había elegido cara, pero no se atrevía a mirar.

—¿Ha salido cara o cruz?

—Cara —respondió Quinto—. Dos caras.

Marco dio un paso al frente para observar la moneda: era un desgastado as de bronce. Mostraba una efigie con los dos rostros de Jano; el dios de las puertas, de los comienzos y de los finales. La deidad protectora de los arquitectos.

III

Las librerías estaban en los distritos comerciales más selectos, como el Argileto de Roma, y servían de lugar de reunión para eruditos y bibliófilos. Vitruvia había elegido para la suya una antigua casa de dos plantas en una de las calles más transitadas de Puteoli. No era un mercado tan extenso como el de la capital, pero se encontraba en el corazón de la bahía de Neápolis, lugar de veraneo de la aristocracia romana y puerto de llegada del papiro egipcio, gracias a lo cual podía elegir entre las mejores remesas.

Se apeó de su litera, hizo un gesto para que sus esclavos la esperasen junto a la puerta y entró en la tienda. Casi de la altura de un hombre, su delgado cuerpo transmitía una fría elegancia o una serena fragilidad, en función del momento. Dedicó un somero saludo al dependiente antes de pasar a la trastienda. Su cabello negro y rizado, recogido en la nuca, permaneció cubierto por la palla, incluso allí dentro, donde el decoro no lo exigía; concesiones a cambio de desempeñar un oficio masculino.

En el taller, media docena de escribas transcribían el poema que Anteo les dictaba. Al verla, el encargado se detuvo e hizo un gesto hacia la estantería donde habían depositado centenares de rollos de papiro.

—Ya hemos terminado —dijo el liberto.

Vitruvia asintió complacida. De sus correctas facciones destacaban aquellos ojos grises que se clavaban con una intensidad que nunca llegaba a ser íntima. Ningún pigmento cubría su rostro moreno, más allá de ensombrecer los párpados para reforzar una mirada que ahora examinaba con satisfacción los volúmenes recién terminados.

Los copistas habían trabajado hasta la madrugada. Meses atrás, la editora había concedido la manumisión al encargado y había decidido entregar al resto un porcentaje por cada copia realizada. Al cabo de pocos meses, la productividad se había duplicado.

Tomó un ejemplar al azar para comprobar la etiqueta de cuero donde se hallaba el título. Lo aproximó a su rostro, para olisquearlo con deleite: *charta regia*, papiro de la mejor calidad, pulido con piedra pómez. Fabricado a partir de la fibra de una planta acuática egipcia, su laboriosa manufactura era monopolio del *princeps*, por lo que estaba gravado con impuestos. No resultaba barato.

Desenrolló el volumen con la mano derecha mientras lo recogía con la zurda, para admirar la elegante caligrafía distribuida en columnas.

—¿Todo en orden? —le preguntó a Anteo.

Al ser un pliego continuo de más de treinta pies de longitud, cualquier pequeño error en una sola línea podía echar a perder todo el libro.

—Hemos encontrado un par de erratas —respondió el liberto—. Farnaces y Timaios se han encargado de corregirlas.

Mientras admiraba el título trazado con tinta roja, Vitruvia asintió de nuevo. En su última visita a Atenas, había encontrado una mohosa copia de los versos de Corina de Tanagra, considerada, junto a Safo de Lesbos, una de las dos grandes poetisas griegas. Tuvo que pagar una fortuna por aquel ajado rollo de papiro, lleno de hongos y carcomido por la polilla: no existía ninguna otra copia, al menos en Pérgamo y Alejandría. Tras deducir algunas palabras perdidas y cotejar con versiones abreviadas los pasajes en los que la tinta se había desvanecido, el fruto de meses de trabajo era aquel espléndido volumen.

Su mayor preocupación era la pervivencia de lo antiguo. La desaparición de un libro no solo podía ser el resultado de un incendio; el papiro era muy vulnerable a la polilla, a los ratones y a la humedad. Por ello, mantener una biblioteca requería de un cuerpo de escribas que realizaran continuas copias. Era excepcional que una obra sobreviviera más de doscientos años, y solo lo hacían las que despertaban mayor interés. La *Iliada* aún constituía casi la mitad de la producción editorial; después de Homero, Demóstenes era el autor más popular, al igual que Eurípides, Menandro y Platón. Otros no tenían tanta suerte. Se trataba de una interminable guerra contra el paso del tiempo, en la que no siempre triunfaba la calidad literaria.

Descubrió sobre la mesa el estuche de cuero que contenía su manuscrito; era pequeño, algo habitual en obras de poesía.

—¿Lo has leído?

Anteo guardó silencio. Por un momento, Vitruvia se sintió como una muchacha aguardando el veredicto de su maestro. Trató de desterrar esa idea: era una matrona de veinticuatro años y él solo era un liberto.

—Merecería estar escrito en griego —aseguró el *servus literatus*, y ella le obsequió con una sonrisa; era un momento excepcional que Anteo eligió para disculparse—: Cintia echó un vistazo al manuscrito. No pudo evitarlo, ya sabes lo persuasiva que puede llegar a ser.

Vitruvia lo sabía muy bien; se habían criado juntas. También conocía las expectativas de aquel liberto griego hacia ella, y el modo en que Cintia las empleaba en su provecho. Hay mujeres que no juegan limpio con el otro sexo, aunque se recordó que las reglas de aquel juego las habían inventado hombres.

En el pasado, Cintia había sido su criada; una simple esclava, la hija de su ama de cría. A medida que se hizo adulta, su parecido con el dueño de la casa en la que vivían acabó resultando insoportable para su esposa. Para su madre, aquella niña era el recordatorio constante de una relación que ni siquiera podía considerarse ilegítima, de modo que, cuando Vitruvia contrajo matrimonio, Cintia la acompañó como doncella.

A ambas las unía un complejo vínculo trenzado con hebras de afecto, celos y una desigualdad que ella había tratado de mitigar otorgándole la manumisión. Sin embargo, para un esclavo la libertad nunca es absoluta, siempre mantiene lazos legales de dependencia hacia su antiguo dueño. Tal vez por eso Cintia había aceptado ingresar en la compañía teatral propiedad de su esposo Tito Fabricio. Un trabajo que le permitía contar con cierta libertad económica, aunque había comenzado a erosionar el estrecho nexo que existía entre ambas.

Para Cintia, el trabajo como actriz suponía convertirse en una esclava de su cuerpo y de la disciplina que se había impuesto. El mimo era, en gran medida, improvisación; por ello solo habían esbozado el argumento de aquel ensayo: una respetable matrona descubre a su esposo con una joven cortesana y trata de recuperar su interés hacia ella.

Sobre la plataforma, Neera y Batilo realizaban sus elaborados pasos de danza. La actriz, ya madura, se movía en torno al joven en un elaborado ritual de seducción. Hacía tiempo que Neera había cruzado esa intangible barrera que separaba los papeles de heroína de los de madre o esposa deshonrada. Era una reina a punto de ser destronada, y la tensión entre las dos intérpretes, a medida que sus cuerpos se mecían al ritmo de la sensual música, resultaba cada vez más palpable.

Cintia tuvo que reconocer que aquel cuerpo era más expresivo que el suyo; dominaba mejor el espacio, se movía con más seguridad: había llegado a ese punto en el que, gracias a dominar la técnica, podía entregarse por completo a la danza. Aquella pugna por un amante ficticio se había convertido en una disputa real entre ellas. La joven, deseosa de disputarle su puesto; Neera, celosa de que se lo arrebatara. Ambas proyectaban sus emociones sobre el personaje y gracias a ello la escena cobró vida.

A medida que la cadencia de la melodía aumentaba, el desgaste físico resultaba mayor. A sus veintiún años, ahí era donde Cintia la superaba: la atención del hombre se desplazó hacia ella. La joven se mostraba exultante y extendió el brazo para reclamar a su amante. Neera se interpuso entre ambos, aferró su muñeca y, obligándola a inclinarse, se adueñó de su boca: la lengua se abrió paso entre sus labios hasta encontrar la suya.

Cintia contuvo el aliento.

En el teatro griego, jamás se mostraba sexo o violencia; se consideraba «obsceno», algo que debía suceder «fuera de escena». Sin embargo, el mimo romano se caracterizaba por sus escenas de humor, erotismo y violencia. Lo que antes era obviado, ahora constituía la esencia del espectáculo.

—Cintia, ¿qué te he dicho mil veces? —dijo Batilo—. Debes incorporar cualquier suceso inesperado al acto escénico.

Como *archimimus*, el actor dirigía el ensayo. La joven se había sonrojado; el

gesto de su competidora la había sorprendido, y la interpretación exigía una concentración constante.

Sintió un gran alivio cuando uno de los criados se presentó ante ella.

—El amo quiere verte —le dijo.

Mientras atravesaba los jardines en dirección al estanque, Cintia evaluó la situación: Vitruvia no estaba en la casa, y esa circunstancia no podía ser casual.

Durante los últimos años, aquella mansión a las afueras de Puteoli se había ido llenando de antigüedades griegas; recargados frescos cubrían sus paredes y había sido ampliada con nuevas dependencias destinadas a los almacenes y a la cada vez más numerosa servidumbre. Sabía que Fabricio utilizaba aquel lujo como una herramienta de intimidación, y alejarla de su entorno familiar, reuniéndose con ella en sus aposentos, sin duda también era deliberado.

Lo encontró sentado ante una mesa, junto al estanque en cuyo fondo serpenteaban las morenas. Tito Fabricio era su *dominus gregis*, el propietario de la compañía teatral en la que trabajaba. Superados los cuarenta, su cabello rizado había encanecido de forma prematura, como un campo nevado en octubre. De su magro rostro sobresalía una nariz carnosa como la espiga de un reloj de sol, que proyectaba una sombra afilada sobre una exigua boca de labios teñidos con cinabrio.

Fabricio había acompañado a Augusto durante su campaña de Egipto y, gracias a ello, pudo crearse una nutrida clientela en las ciudades griegas de Oriente. El fin de las guerras civiles había traído consigo el auge del comercio, y él poseía los contactos y el talento necesarios para explotarlo. Los mercaderes helenos habían sido relegados por la nueva aristocracia itálica, y cientos de familias arruinadas se veían obligadas a desprenderse de su patrimonio artístico. Fabricio compraba barato y vendía caro; sus naves llegaban a Puteoli con las bodegas llenas de estatuas, pinturas, joyas y sedas, y comenzaban a surcar el mar de Eritrea para traer productos cada vez más exóticos desde la India.

Su sofisticación y elocuencia le habían abierto las puertas de las mansiones de Baiae y el Palatino, donde la aristocracia dilapidaba su fortuna en caprichos cada vez más extravagantes. Oportunista especializado en la reventa, conocedor de los gustos de hasta el último noble, ya fueran los amantes de la música griega capaces de pagar una fortuna por alguna bella joven que tocara la tibia, ya fueran aquellos que sucumbían ante el pálido encanto de los muchachos nórdicos, sabía que cualquier peculiaridad podía valer una fortuna si se llamaba a la puerta adecuada. Gracias a ello, se había ganado la confianza de Mecenas y de los grandes amantes del arte.

Nada más verla llegar, Fabricio sonrió. Cintia tuvo que soportar que sus ojos recorrieran su cuerpo con insolencia. Sabía de su escaso interés por las mujeres; aquel solo era un modo de ejercer su dominio. El comerciante de arte no era aficionado a emplear el látigo con la servidumbre; prefería demostrar quién era el amo de otro

modo, y su esposa fingía no darse cuenta a cambio de librarse de sus deberes conyugales.

Rodeado por su séquito de esclavos, Fabricio hizo un ademán al *minister*.

—¿Una copa de vino?

La joven negó con un gesto, tratando de ahogar su irritación. Jamás hubiera hecho esa oferta a una mujer respetable, pero su condición de actriz, soltera y liberta hacía que con ella los límites de la corrección se desdibujaran.

Descubrió que el *minister* la observaba. «A pesar de esas joyas, no hace mucho eras igual que yo», le decía su mirada. Recordó el cortejo de aquel criado al poco de llegar a la casa y, al sumergirse en sus ojos, pudo ver toda su mezquindad y su desprecio. Inclino la cabeza para recogerse el cabello en un gesto deliberadamente sensual, para abofetearle con su atractivo. Un leve estiramiento en la comisura de los labios de Fabricio le hizo saber que se había dado cuenta:

—Odiamos todo aquello que deseamos y no conseguimos —dijo, sin importarle que el esclavo le oyera—. Lo amamos a la vez que lo despreciamos, y eso hace que lo deseemos aún más.

La mirada de la actriz se volvió opaca. «No hay peor amo que quien ha sido esclavo». El trato que el dueño de la casa le dedicaba parecía despertar, a partes iguales, el resentimiento y la envidia de la servidumbre. Y ahora ella, sin darse cuenta, le había seguido el juego.

—Este tipo de reuniones siempre dan que hablar —dijo.

—A una mujer como tú no deberían importarle las habladurías.

Cintia encajó aquel nuevo insulto sin parpadear; las de los actores, prostitutas y gladiadores eran profesiones que se consideraban infames.

—¿Y qué hay de ti? —respondió, bajando la voz—. ¿Qué pensarán si te ven hablando con la liberta de tu esposa?

—Supongo que pensarán que tengo buen gusto —repuso él de inmediato.

Se decía que los actores eran gente en la que no se podía confiar, pues son capaces de fingir unos sentimientos que no son reales. Cintia empleaba ese talento en el día a día, y el papel que había concebido para ella era el de joven ingenua, algo que le permitía ignorar las insinuaciones masculinas sin necesidad de mostrarse cortante. Ante una insistente mirada, bastaba una cándida sonrisa para ignorarla. Aquella simpleza era una pieza que encajaba demasiado bien en el conjunto como para que alguien la cuestionara y, de ese modo, todos salvaguardaban su orgullo.

Sin embargo, con Fabricio ese papel solo era una convención que ambos aceptaban sin creerla realmente: ella aparentaba no percibir el sutil asedio realizado a espaldas de su esposa, y él fingía creer que ella no se daba cuenta. Era como interpretar a una actriz que a su vez encarnaba a un personaje y, a un nivel más profundo, también fingía ignorar que la verdadera intención de Fabricio no era más

que romper el lazo que la unía con su antigua dueña.

¿Era consciente de que conocía su propósito? ¿A cuál de las dos mujeres pretendía aislar?

—¿Para qué me has hecho llamar? —Las palabras de Cintia sonaron más duras de lo que a ella le hubiera gustado.

—Como sabes, este año Marcelo desempeña el cargo de edil...

Cintia recordaba al hijo de Octavia, la hermana de Augusto, pues había presenciado su primera obra de mimo, en la celebración del triunfo de la guerra cántabra: un atractivo aristócrata adolescente. Tras su regreso de Hispania, se había desposado con Julia, la hija carnal del *princeps*, y se convirtió en su sucesor, algo que había disgustado a Marco Vipsanio Agripa, mano derecha del primer ciudadano de Roma.

—Marcelo se dispone a celebrar por todo lo alto los Juegos Megalenses —prosiguió Fabricio—. Organizará un concurso teatral dotado de un importante premio. Vamos a participar: he encargado una obra a Lucio Vario Rufo.

La actriz pudo leer fácilmente entre líneas: Fabricio trabajaba para Mecenas, el otro consejero y hombre de confianza de Augusto, protector de un buen número de artistas y poetas. Su antigua rivalidad con Agripa para disputarse el favor del *princeps* sin duda le obligaba a apoyar al joven heredero.

A pesar de su popularidad, al mimo se le consideraba un género menor, el único en el que los personajes femeninos eran interpretados por mujeres y no se empleaban máscaras. Resultaba insólito que Fabricio apostara tan fuerte por una obra de ese tipo y que un autor del prestigio de Vario Rufo hubiera aceptado escribirla: seis años atrás, gracias a su obra *Tiestes*, había sido galardonado durante el triple triunfo celebrado por Augusto. Eso le había reportado un millón de sestercios y había elevado su fama hasta el nivel de los grandes maestros.

—Me gustaría saber tu opinión sobre ella —dijo Fabricio.

Cintia apenas logró ocultar su sorpresa.

—Si quieres, puedo leerla —respondió con cautela.

Percibió que su tono de voz se había suavizado, y eso la inquietó: lo que ella entendía como diplomacia él podría interpretarlo como claudicación.

—Me temo que he de presentársela al edil mañana —señaló Fabricio—. Me gustaría que la leyeras ahora.

Cintia vaciló. Una vez que el autor vendía su obra, dejaba de tener control sobre ella. Cualquier rival podría plagiarla si tenía acceso al manuscrito antes de que se representara, como le sucedió a Terencio con su comedia *El eunuco*. Los celos de Fabricio estaban hasta cierto punto justificados, pero detestaba su compañía.

Como liberta, Cintia era una *diurna* y, por tanto, cobraba por cada representación; aquella obra podía suponer el espaldarazo definitivo para su carrera. Hasta entonces,

solo había interpretado grandes papeles en obras pequeñas, así como pequeños papeles en obras grandes. En los últimos años, la fama de los actores se había acrecentado, al igual que su sueldo: Quinto Roscio Galo, el más famoso de su tiempo, había llegado a cobrar cuatro mil sestercios por actuación y los honorarios no dejaban de aumentar. Un modo de obtener fama y fortuna impensable para cualquier otro esclavo..., especialmente si era mujer.

La oportunidad que se presentaba ante ella era demasiado tentadora como para echarla a perder: Fabricio le había tendido una trampa y no le quedaba más remedio que aceptar.

—Está bien —accedió.

Tomó el rollo de papiro y comenzó a leer. Cuando el comerciante de arte se sentó a su lado, no encontró un modo de evitarlo. Tuvo que claudicar de nuevo y concentrarse en la lectura.

A partir de la primera escena supo que se trataba de una gran obra.

Narraba la historia de la reina Ónfale, que había accedido al trono de Lidia tras la muerte de su esposo. En uno de sus viajes, Hércules se detuvo en su palacio y quedó tan prendado de ella que se abandonó a los placeres del amor. Siguiendo la tradición, la obra presentaba al héroe con el atuendo propio de una cortesana, borracho y rodeado de mujeres que se burlaban de él. Tras arrebatarse su maza, Ónfale se había vestido con su piel de león y, en ocasiones, le golpeaba con una sandalia.

Resultaba fácil ver la analogía. A causa de su corpulencia y su carácter campechano, Marco Antonio se había hecho retratar con los atributos de Hércules, héroe guerrero vinculado a su linaje. Ese tipo de identificaciones simbólicas eran habituales en un lenguaje iconográfico destinado a una plebe iletrada.

Bebedor, mujeriego y admirador de las costumbres griegas, más tarde el triunviro cometió el error de adoptar la imagen de Dionisio en Oriente. Entonces la propaganda de Augusto le presentó sucumbiendo a los encantos de Cleopatra, esclavizado por el hedonismo oriental. Le asestó el golpe de gracia cuando se hizo con su testamento tras profanar el templo de Vesta y lo leyó en el Senado: en él, Antonio convertía a la reina egipcia en su única heredera y expresaba su voluntad de ser enterrado en Alejandría. La guerra entre ambos triunviros no tardaría en llegar.

La victoria de Augusto sobre Marco Antonio y Cleopatra se había convertido en el mito fundacional del nuevo régimen. Gracias a él, el dueño de la República se autoerigía como restaurador de la moral pública. Aquella obra de mimo mostraba al héroe guerrero denigrado tras sucumbir al encanto femenino: arrastrado por la pasión, Hércules, al igual que Marco Antonio, se veía sometido a toda clase de vejaciones, hasta darse cuenta de que, al negarse a ejercer su dominio sobre la mujer, también había renunciado a su hombría.

No resultaba difícil ver la mano de Fabricio tras aquel sutil malabarismo.

Mostrarse provocador y, al mismo tiempo, adular al poder; utilizar un cuento moralizador para recrearse en la depravación y el morbo; todo ello encajaba muy bien con su enorme talento para la hipocresía.

—Es una gran obra —dijo Cintia.

—He decidido que Batilo haga de Hércules, y tú, de Ónfale.

Aquello la sobresaltó de nuevo. A pesar del sórdido argumento, aquel mimo sin duda tendría una buena acogida en el Palatino; podía lograr el primer premio, y ella tal vez obtendría la hoja de palmera a la mejor intérprete. Si el manuscrito lo hubiera comprado el edil, solo se representaría en los festivales; para amortizar la inversión. Sin embargo, Fabricio organizaría alguna gira por municipios y provincias: Atenas, Alejandría...

—¿Alguna idea sobre la puesta en escena? —le preguntó su *dominus gregis*.

Cintia se limitó a describir la imagen que se había formado en su mente:

—Ónfale podría llevar un tocado con un disco solar y un sistro en la mano.

El dueño de la casa sonrió complacido. Con frecuencia se representaba a Cleopatra con los atributos de Isis, deidad egipcia cuyo culto se había difundido por Roma. Otorgar a Ónfale el aspecto de Isis haría que, en definitiva, el público viera en ella a la reina de Egipto.

—No sé cómo no se me había ocurrido —dijo Fabricio—. Además de belleza, posees una refinada inteligencia.

Aun sabiendo que solo pretendía halagarla, Cintia no pudo evitar que una cálida satisfacción la invadiera. Fabricio se levantó de su asiento para escanciar dos copas de vino, y esta vez no pudo negarse a beber. Tras el primer sorbo, sintió que un agradable calor recorría su cuerpo. A pesar de no ser una experta en caldos, dedujo que debía de ser obscenamente caro.

—¿No crees que la obra resulta algo arriesgada? —preguntó el comerciante de arte—. Como defensor de la moral pública, Augusto podría considerarla... inapropiada.

—Creo que mostrar la degradación de Hércules es la mejor crítica a sus excesos.

Fabricio le prestaba atención. Una vez más, la actriz se cuestionó sus intenciones. Un adinerado équite escuchando las opiniones de una liberta era algo demasiado anómalo como para que su interés fuera real, al menos en parte. Hacía tiempo que había dejado de lado el papel de muchacha ingenua y ahora sentía cómo su segunda barrera se desmoronaba.

—Mañana he de marchar a Roma para organizar los festivales —anunció Fabricio—. Necesitaré un *archimimus*, alguien que haga de director...

Cintia sintió su mano sobre el hombro y no reaccionó, temía arruinar la oportunidad que vislumbraba ante ella. Fabricio la contempló durante un instante sin concluir la frase; quería que fuera ella quien se rebajara a preguntar. El silencio se

prolongó hasta que se vio obligada hacerlo:

—¿Quién...?

—He decidido que tú serás la actriz principal —dijo, mientras le acariciaba el hombro—. Por supuesto, tu remuneración estará acorde con ello.

En unos grandes festivales de la capital, eso significaba al menos veinte mil sestercios. Cintia se sintió desbordada, presa de una embriagadora euforia.

—Te agradezco esta oportunidad —respondió.

Había bajado las defensas, algo que él aprovechó. Sintió cómo su mano la acariciaba como a una mascota y trató de convertirlo en un gesto desprovisto de significado. Al descubrir la sonrisa del *minister*, imaginó los rumores que pronto correrían entre la servidumbre. No tardarían en llegar a oídos de Vitruvia.

La actriz regresó a los ensayos tratando de dejar atrás la inquietud, pero esos pensamientos la persiguieron. Su antigua dueña jamás debía saber que había dado el primer paso hacia el destino que había elegido. Usaría a Fabricio en su provecho; solo era un obstáculo más en su camino. Trató de serenarse, pero su mente era un torrente de emociones contradictorias: la alegría de poder dirigir una obra a su antojo unida a la inquietud por un asedio que no había hecho más que empezar.

IV

Capua era famosa por sus perfumes y sus mataderos; por sus refinados bronceos y sus escuelas de gladiadores. Situada en una meseta a los pies de los Apeninos, junto a un meandro del Volturnus, aquella opulenta ciudad de calles rectilíneas era la segunda más importante de Italia, después de la propia Roma. Llamada «la pérfida Capua» tras pasarse al bando de Aníbal, era la mayor productora de perfumes de la parte occidental del imperio; los más famosos eran los de pétalos de rosa. El refinamiento de los capuanos contrastaba con los toscos hábitos de los montañeses que vivían en la cordillera que se erguía al este.

Marco había recorrido la vía Campana encadenado a un carro junto a cuatro prisioneros germanos, entre granjas de cerdos y rebaños de ovejas. Era marzo, e incluso aquella fértil tierra había adquirido un color parduzco; la falta de lluvias había despojado de verdor a los prados y las cumbres de los Apeninos no estaban cubiertas por el acostumbrado manto de nieve. Solo los campos de espelta conservaban su tono esmeralda, aunque no era necesario saber de agricultura para reconocer una pésima cosecha.

Observó a los bárbaros que lo acompañaban, traídos desde los confines del imperio, arrancados de sociedades tribales que desconocían la vida urbana. Sus largas cabelleras de color pajizo se mecían por el traqueteo; el sol había quemado su pálida piel, que había adquirido un tono rosáceo. De vez en cuando, los cautivos murmuraban algo entre sí en su gutural lengua norteña.

Hacia el mediodía llegaron a la capital de Campania, región considerada el lugar de origen de los combates entre gladiadores. O al menos donde se habían construido los primeros anfiteatros de piedra y se hallaban las mejores escuelas. La *ludus gladiatoria* de Varrón Murena, un bastión erigido a las afueras de la ciudad cuyos muros se elevaban treinta pies del suelo. Apenas contaba con ventanas al exterior, y una sucesión de puertas de roble cerraban el acceso, custodiadas por una nutrida guarnición. Cincuenta años antes, doscientos esclavos de la familia gladiatoria Léntulo Batiato, armados con cuchillos de cocina y espetones, se habían sublevado contra sus carceleros. Los setenta y cuatro supervivientes, liderados por un tracio llamado Espartaco, se refugiaron en el Mons Vesuvius y durante dos años un ejército de sesenta mil esclavos mantuvo en jaque a la República. Aquella insurrección había encarnado el peor temor de los romanos, el *terror servilis*: miedo a que sus esclavos se volvieran contra ellos como un perro de caza mal adiestrado.

Nada más atravesar el umbral, los guardianes los condujeron ante un liberto que sostenía unas tablillas de cera para escribir.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Marco... Castricio.

—Se os grabará el nombre de la *ludus gladiatoria* en el brazo —los informó el liberto, tras realizar una apresurada anotación—. No podréis abandonar la escuela mientras seáis novicios. En la segunda planta se encuentra el comedor: el almuerzo se sirve a la hora sexta. Las letrinas están al final de aquel pasillo. Si intentáis huir, seréis crucificados.

Los novicios llegaron a un pórtico al que daban las celdas de los gladiadores y el resto de las dependencias. En el centro del gran patio rectangular, se había construido una pista en forma de elipse con un graderío de madera para un centenar de espectadores. A su alrededor había una veintena de postes de seis pies de altura clavados en el suelo, cuya finalidad conocía bien.

Treinta hombres medio desnudos los observaban. Marco y los cuatro germanos se vieron sometidos al despiadado escrutinio de los veteranos.

—Aguardad aquí —les dijo el encargado—. El *doctor* desea veros.

Los combates entre gladiadores eran populares entre la soldadesca, poco aficionada a espectáculos tan refinados como el teatro. Hacía ochenta años que el cónsul Rutilio Rufo había recurrido a los instructores de la escuela de Cayo Aurelio Escauro para adiestrar a sus soldados, ante la amenaza de cimbrios y teutones. Su sucesor, Cayo Mario, utilizó aquel adiestramiento para derrotar a ambos pueblos, y tras ello profesionalizó las legiones. Desde entonces, los *doctores armorum* de las escuelas de gladiadores se habían convertido en una leyenda dentro del ejército romano.

Cuando vio aparecer al que sería su maestro, Marco sintió que se le erizaba el cabello. No era la primera vez que lo veía. En su memoria era enorme como un cíclope, pues la visión infantil lo magnifica todo. Ahora tenía su misma altura; el paso del tiempo había arrugado su rostro y había aclarado aún más aquel cabello pajizo, hasta convertirlo en una mata albina asentada sobre un cráneo alargado.

Pero era él.

Le había visto por última vez antes de cumplir los once años, en una de tantas visitas a aquella escuela de gladiadores del Aventino. Allí conoció al ilirio que ahora, quince años después, sería de nuevo su maestro.

—Me llamo Hermes —les dijo, alternando su mirada de un novicio a otro—. Y os ofrezco algo que jamás nadie ha hecho por vosotros: una oportunidad de cambiar vuestro futuro. En Puteoli perdimos a ocho novicios. Si hubieran superado aquella prueba, ahora serían parte de la familia Varrón Murena. No lo hicieron, y ahora vosotros ocupáis su lugar. No os voy a engañar: la mayoría de vosotros moriréis antes de que haya transcurrido el primer año. Pero si sois lo suficientemente buenos y tenéis suerte, tal vez podáis ganaros la libertad.

Hermes se detuvo ante él, con un *rudis* y un escudo de mimbre en las manos. Tal como recordaba, era zurdo. Le hizo un gesto para que recogiera una panoplia

idéntica. En Roma, los niños jugaban con espadas de madera y más tarde se preparaban para la guerra con ellas sin poder precisar en qué momento había dejado de ser un juego. Para Marco, el cambio fue prematuro y nació junto a la cicatriz que desfiguraba su rostro, y que ahora hacía que, a pesar de los años transcurridos, le resultara familiar a su maestro de armas.

Se encaró a él. Había crecido en muchos aspectos; se había enfrentado multitud de veces a la adversidad, al miedo y al dolor. Frente al poste, en la calle y de esa infinidad de formas que solo permite la guerra; un largo historial de triunfos y fracasos, escrito con sudor y sangre. Pero Hermes era ya una leyenda cuando él jugaba con su espada de madera, y, aunque su cuerpo ya no fuera el mismo, no había permanecido ocioso durante los últimos quince años. Había entrenado de sol a sol, en un patio como aquel, bajo la constante amenaza del bastón y del látigo, mientras Marco asistía a sus clases de dibujo y de aritmética.

Iba a enfrentarse a un fantasma de su pasado.

—¡*Pugnate!*

Le bastó ver cómo controlaba la distancia que los separaba para saber que era mejor que él, por lo que decidió actuar con cautela. En una lucha con armas blancas se ha de ser conservador: incluso un rasguño puede gangrenarse. Sin embargo, el objetivo de un ejercicio era practicar las técnicas. Mantener una guardia bien cerrada, en busca de un error del adversario, podía ser útil para sobrevivir, pero no para aprender, y se suponía que estaba allí para eso.

Marco amagó un ataque a la cabeza y cambió el plano para buscar el hombro. Sin saber cómo, recibió un impacto en el cuello. Empezaron de nuevo; esta vez intentó una estocada. Su hombro izquierdo aulló de dolor.

Hermes era zurdo, y eso suponía una ventaja. Un luchador diestro rara vez se enfrenta a un zurdo, pero un zurdo estaba acostumbrado a luchar contra diestros; había desarrollado su técnica para ello. En lugar de encontrar un escudo en el lado de su espada, Marco tenía ante sí otra espada. Era como luchar ante un espejo. En el ejército, para poder mantener la línea de batalla, todos los legionarios debían llevar el escudo a la izquierda, y se había habituado a ello... De repente, recibió un nuevo golpe en la sien.

Había algo más: Hermes siempre iba un paso por delante de él. Solo le dejaba una opción a su alcance. Buscó una apertura y el arma de su adversario le golpeó en las costillas. Parecía capaz de leerle el pensamiento. Entonces comprendió.

La tercera intención.

Los luchadores mediocres solo conocen una intención: si desean tajar en la cabeza, dirigen su ataque hacia ella. Es algo fácil de intuir y de contrarrestar. Pero aquellos que han escalado un peldaño pueden recurrir a la segunda intención: ese primer ataque es solo un medio para forzar una reacción del contrario. Lo más

habitual es realizar una finta: un tajo alto hará que se proteja la cabeza, y de ese modo descubrirá el costado. También es posible emplear un cebo, tal y como él mismo había hecho en Puteoli.

Solo unos pocos luchadores son capaces de luchar a tercera intención. Intuyes que su ataque es solo un engaño, y, gracias a ello, logras desbaratar el segundo. Cuando crees que le has desenmascarado y te dispones a acabar con él, te encuentras con una cuchillada en el vientre.

Así luchaba Hermes.

Marco tuvo la certeza de que aquello le superaba: había sobrevivido de milagro como *noxius* y, en lo sucesivo, debería enfrentarse a los mejores gladiadores de la República. Siguió luchando. Vio un hueco y trató de emplear su mayor fuerza para atacar con el canto del escudo. No supo qué ocurrió. Algo le golpeó en el muslo, a tres pulgadas de la herida. Apretó los dientes para ahogar un grito de dolor. Un palmo más abajo y le habría roto la rodilla.

La sangre comenzó a manar de un corte que ya había empezado a cicatrizar.

—Has estado en el ejército. —Hermes le observaba fijamente, tal vez evaluando si se encontraba ante un desertor.

Guardó silencio. Era posible que Varrón Murena le hubiera dicho algo al respecto. Más allá de eso, lo único que aquel hombre podía saber de su vida era algo asociado a la imagen de un niño miserable, nacido en uno de los barrios populares de Roma, que exhibía una cicatriz en el rostro y quería aprender a luchar. Más tarde, se habría alistado en el ejército para huir de la miseria y, de algún modo, habría acabado por desertar. Eso era lo único anómalo en una historia, que, por lo demás, bien podría ser la de uno de tantos que componían la plebe romana.

—Te cubres demasiado la cabeza... —El maestro de armas le habló con ese tenue acento bárbaro que recordaba—. Si extiendes el brazo hasta formar un ángulo recto con el cuerpo, lograrás el máximo alcance. Eso hace que la cabeza sea la mejor elección en un combate al límite de distancia. Pero ponte esto... —Le entregó un casco de *myrmillo*. Su enorme peso le sorprendió—. Los yelmos de gladiador son los más pesados que existen: de ocho a quince libras —dijo Hermes—. A pesar de su decoración, el grosor de la lámina de bronce en su parte frontal es de casi media pulgada. Están concebidos para ser empleados durante un breve lapso de tiempo. Por eso, no debe preocuparte un ataque dirigido a tu cabeza si no posee mucha fuerza.

»La *manica* cubre el brazo con el que esgrimes el arma. La *greba* protege la pierna izquierda adelantada que asoma bajo el escudo. El resto de tu cuerpo estará desnudo: no llevarás coraza ni cota de malla. Tus órganos vitales estarán al descubierto.

»La panoplia del gladiador está diseñada para evitar que un simple corte te incapacite para el combate, pero no te salvará de una estocada mortal. Cualquier truco

sucio, como buscar el brazo adelantado, no tendrá éxito. Deberás alcanzarle de lleno en el torso, en el vientre o en los muslos, y tendrás que hacerlo mediante una acción clara.

»Será una lucha individual. No contarás con nadie que cubra tu costado; tampoco hay ninguna línea de batalla que mantener. Por eso, debes cambiar tu forma de combatir.

»Y una cosa más: esta vez habrá público. Si eres derrotado, de él dependerá si vives o mueres. No combates por ti, sino para ellos, y si les ofreces un buen espectáculo tus posibilidades de supervivencia aumentarán. En la arena, verás acciones que no obedecen a ningún sentido táctico; no son útiles, pero sí vistosas. El público las aprecia y deberás aprenderlas. —Iba a darse la vuelta cuando recordó algo —: No retrocedas. No des ni un solo paso atrás: aunque a veces sea lo más sensato, creerán que eres un cobarde. Y si no logras vencer a tu enemigo, nadie moverá el pulgar por ti. El público quiere ver un combate a vida o muerte, y quien sufraga los juegos, que es quien toma la decisión final, tendrá que dárselo. Ha de pagar por cada gladiador muerto, pero prescindir de alguien como tú es algo que puede permitirse, si con ello logra ganarse el favor del público. Y jamás olvides que esa es su única obsesión.

Había llegado el momento del juramento. Los cinco novicios se dirigieron hacia un bloque de piedra oscura, que se erguía entre los postes. Marco no pudo leer la inscripción, prefirió ignorar a qué deidad estaba consagrada el ara. Sobre sus cabezas, el cielo se mostraba gris, plomizo; un viento agitó sus ropas y levantó una nube de polvo. Se arrodilló ante el altar y depositó su antebrazo derecho sobre él. Sabía qué palabras debía pronunciar, no hacía falta que se las dictaran:

—Acepto ser quemado, encadenado, golpeado y muerto por el hierro.

Al ver llegar a un guardia con un acero candente, supo que se iba a cumplir la primera parte. Cuando la barra de metal se aproximó a su piel, tuvo que recurrir a toda su voluntad para mantenerse inmóvil, sin apartar la vista. Sentía cómo el calor aumentaba a medida que se acercaba el hierro incandescente, hasta que le abrasó.

El dolor le llegó hasta la médula. Tuvo que morder el cuello de la túnica para que no se le escapara un alarido. Toda su realidad se concentró en aquella parte de su cuerpo. Solo existía el dolor, el hedor de su carne quemada y el del humo gris que desprendía.

Cuando todo terminó, depositó la extremidad sobre su regazo: escocía como si una bestia le hubiera dado una dentellada. Observó la herida: le habían grabado a fuego un *stigma* con la efigie de Némesis, el símbolo de la familia Varrón Murena. Por una ironía del destino, quedaría marcado de por vida con la imagen de la diosa de la venganza.

Le llevaron a rastras al dispensario, un oscuro cubículo con las paredes ocultas

por estanterías llenas de recipientes repletos de ungüentos y de hierbas. Había conocido otros lugares como aquel; de nuevo se preguntó si su inquietud obedecía a la gravedad de sus heridas, o más bien a la sombría exposición de aquellos útiles —cuchillos y sierras para amputar, pinzas y tenazas— que apenas se diferenciaban de los de un carnicero.

Cuando los guardias le dejaron tirado sobre un camastro, los ojillos de un enjuto individuo entrado en años se fijaron en él, entre un mar de arrugas y dos profundas ojeras; el rostro ajado y amarillento, como los rollos de papiro que se amontonaban sobre su mesa.

—Me llamo Critias —dijo—. Para tu desgracia, soy vuestro matasanos.

Con manos trémulas, el médico aplicó crema de caléndula en las quemaduras y estudió atentamente la herida de su pierna. Buscó un recipiente en una estantería y dio un largo trago. Tras ello, vertió un generoso chorro sobre el corte en el muslo. Escocía.

Critias tomó una enorme aguja de su botiquín y trató de enhebrarla. Le resultó imposible; sus dedos temblaban como un manojo de ramas mecidas por el viento. Dio un nuevo trago del recipiente que había dejado sobre la mesa y su rugoso gahate engulló con avidez. Por un momento cerró los ojos. Al abrirlos, extendió la mano. Al comprobar que había recuperado el pulso, clavó la aguja en la herida. Marco esbozó un gesto de dolor.

—¿Quieres opio? —le preguntó Critias, ofreciéndole un vaso con una infusión.

Él negó con la cabeza.

—Tú te lo pierdes —dijo el médico, apurando el contenido. Rio como un chiflado.

Parecía borracho; poco después, Marco supo que lo estaba.

—«Mente sana en cuerpo sano» —recitó, esbozando una mueca; Marco le observaba con desconcierto—. Solo era un chiste. Puedes reírte, si quieres.

Sonrió para exhibir dos hileras de dientes. La falta de dulces hacía que, a pesar de la edad, conservaran la blancura; aunque el polvo que desprendían los molinos con los que elaboraban la harina los había desgastado hasta casi las encías.

—Te preguntarás cómo he llegado hasta aquí —le dijo Critias mientras le zurcía el corte—. Formé parte de la Legión XIII Gémina. Estuve en la Galia, Dirraquio, Tapso, Accio, Iliria... Dioses, vaya mierda de vino que había allí. —Su rostro se ensombreció al recordar—. Me expulsaron con deshonor. Recuerdo que me dijeron algo acerca de «comportamiento indigno», como si acuchillar mujeres y niños para arrebatarnos el oro fuera algo digno. —Le terminó de coser la herida y cortó el cordel con lo que le quedaba de dientes—. Listo —concluyó—. Y ahora hazme un favor: si te preguntan, di que te dolía la pierna y que tuve que darte opio. Creo que sabrás guardarme un secreto...

Aquella noche, sobre un colchón de paja, Marco pudo dormir tranquilo por primera vez en mucho tiempo.

Diez días después, había ganado peso y comenzaba a recuperar la forma; pero no era suficiente. Al recibir una estocada en el estómago, se encogió de dolor. Una vez más, se preguntó qué estaba haciendo en aquella escuela. En Puteoli, pudo sacar partido a su experiencia en escaramuzas ante unos luchadores de tercera; le subestimaron, y pagaron ese error con su vida. Ahora, en un combate cara a cara, sin subterfugios, no hacía más que recibir una paliza tras otra. Si el bastón que hacía de lanza no hubiera contado con un acolchado en la punta, el *hoplómaco* le habría sacado las entrañas.

Marco combatía con la panoplia de *myrmillo*; sus armas eran idénticas a las que había empleado como legionario, aunque no sus protecciones, y era algo a lo que le costaba acostumbrarse. La visera del yelmo le restaba visibilidad: contemplaba el mundo a través de una rejilla que le hacía difícil respirar. A causa del grosor, la lámina de bronce y el acolchado de fieltro apenas podía oír nada, y el peso de aquel maldito artilugio amenazaba con hundirle las vértebras del cuello.

La *manica* que protegía su brazo derecho le hacía perder el tacto del arma. Había aprendido lo engañosa que resultaba aquella privación sensorial, y la inexistencia de ese peso familiar sobre los hombros le recordaba que cualquier fallo en su guardia podía ser fatal.

—Solo existen dos clases de dolor —le recordó Hermes—: el efímero de la disciplina y el eterno del fracaso. ¡Es hora del almuerzo!

Treinta gladiadores se sentaron en el suelo del pórtico y los esclavos les entregaron unos cuencos con comida. Marco observó el contenido del suyo sin entusiasmo: «comedores de cebada». Ahora entendía aquel maldito apodo, aunque la *manduca* resultaba abundante; a decir verdad, era mejor que la de cualquier campesino.

Estudió a los hombres que lo rodeaban: allí solo había líderes, seguidores, confidentes y, ante todo, rivales. En una legión existía un enemigo común y eso forjaba un estrecho vínculo entre sus miembros; en una escuela de gladiadores, cualquier compañero podía ser un futuro adversario.

—Así que eres tú quien ha matado a Cynus y al resto de los *gregarii*. —Una enorme sombra se proyectaba sobre la arena ante él.

Al alzar la vista del plato, Marco descubrió a un gigante de rostro sonrosado, con una gruesa nariz en forma de tubérculo aplastado y dos ojillos entrecerrados. Sus gruesos labios, amarrotados como uvas maduras, esbozaban una extraña mueca que quiso interpretar como sonrisa.

—¡Bah! Se lo merecían... —añadió el hombretón—. Eran unas nenazas... —El corpulento gladiador estalló en carcajadas—. Bienvenido a la familia Varrón —le

dijo, ofreciéndole la mano para que se levantara—. Mi nombre es Mucro. Ese de ahí con pinta de maricón se llama Pulcher, y es exactamente lo que parece.

Señalaba a un joven de complexión atlética, con unas facciones agraciadas de las que destacaban unos gruesos labios. No le extrañó verle con un tridente y una red en la mano: los retiarios solían ser elegidos por su atractivo, pues eran los únicos gladiadores que no cubrían su rostro con un yelmo.

—No es más que un tirón —espetó Pulcher, refiriéndose a él—. Todavía no se ha ganado el *stigma*.

—No le hagas caso —intervino Mucro—. Se daba por el culo con una de esas locas que acuchillasteis en Puteoli.

Le tomó del hombro para llevarle hacia la pista elíptica del patio. Iba a dar comienzo una exhibición con armas de madera y un centenar de curiosos se amontonaba en el graderío.

—Pulcher era un esclavo doméstico —aseguró el gigante, mientras caminaban—. Su amo le vendió a la escuela cuando descubrió que se acostaba con su hijo. —Resonó una nueva carcajada—. Por supuesto, Pulcher tampoco es su verdadero nombre. Más vale que te vayas acostumbrando...

Marco observaba la lucha que tenía lugar ante un público formado en su mayoría por mujeres. Un hoplómaco, armado con un bastón largo y un escudo circular, derribó a su oponente con facilidad.

—Es Perseo —dijo Mucro. Al ver su expresión añadió—: Veo que has oído hablar de él. Es de Celsa, una colonia del noreste de Hispania. Se metió en esto para pagar los funerales de su padre, que era militar. Yo habría hecho lo mismo, si hubiera conocido al mío. Pero mi madre se veía con demasiados hombres... —bromeó, y soltó otra zafia risotada.

—¿De la Suburra? —preguntó Marco.

Mucro asintió antes de contestar:

—*Damnatio ad ludum*. Me condenaron por apuñalar a un comerciante de seda. ¿Tú también eres del barrio?

Se apoyaron en la balaustrada para observar los combates. Supuso que no le creería si decía que jamás había dejado el suburbio donde había pasado la infancia. Marco había abandonado la jerga propia de las clases bajas.

—Crecí en la Suburra y luego me mudé al Quirinal —dijo Marco. Ante su mirada inquisitiva, añadió—: Conservo algunos amigos; uno de ellos se llama Numerio. ¿Lo conoces?

Estaba muerto, no corría ningún riesgo. A decir verdad, él mismo lo había matado.

—Sí, recuerdo a Numerio —respondió Mucro, sonriendo—. Un tipo alto y rizado... La última vez que lo vi trabajaba para un figurín del Aventino llamado Tito

Fabricio.

El corazón de Marco dio un repentino vuelco. Dos años antes, Numerio había tratado de asesinarle. Había supuesto que fue un encargo del legado, o de alguno de sus socios. Ahora estaba claro quién había contratado a su viejo amigo: Tito Fabricio, el esposo de su hermanastra, que jamás le había perdonado una humillación pasada.

Le dio la impresión de que había ganado cierta confianza con Mucro. Decidió sacarle partido:

—¿Recuerdas el «caballo de octubre» de hace diez años?

—La Suburra contra esos maricones de la vía Sacra... —asintió Mucro—. Creo que esa vez les dimos una buena tunda para conseguir la dichosa cabeza de caballo. Si el pobre animal hubiera sabido lo que le esperaba, no hubiera corrido tanto por el Campo de Marte.

—Numerio fue quien se hizo con ella —recordó Marco—. Había un tumulto enorme, él se abrió paso a gatas entre toda esa gente y logró sujetarla por las crines. Yo le agarré por los tobillos y tiré de él hacia atrás. Salimos volando como Hermes. La gente todavía se peleaba por conseguir la maldita cabeza mientras nosotros corríamos con ella bajo el brazo. Ese año pudimos colgarla en la torre Mamilia. Luego nos emborrachamos para celebrarlo. —Sonrió nostálgico. Aquella historia estaba afectando a su estado de ánimo—. Cuando volví a casa de madrugada, tuve que vomitar a escondidas para que mi madre no se diera cuenta —aseguró Marco—. A la mañana siguiente, descubrí que lo había hecho en su cesto de costura...

Mucro le palmeó la espalda y estalló en carcajadas.

Luchar te obliga a recurrir al engaño. Un adversario te presiona, trata de arrinconarte. Y al dar un paso para buscar tu flanco, deliberadamente abres un hueco en la guardia. Tu arma ya no le apunta; cree que te ha ganado el lado exterior. Entonces no duda. Cuando trata de segar tu antebrazo, descubre que has apartado su hoja para atravesarle la garganta.

Pero si tu error es demasiado obvio, sospechará que solo es un cebo. La clave reside en simular que ese fallo es la consecuencia de su acción. De ese modo, no sospechará nada: se sentirá demasiado orgulloso de sí mismo para hacerlo.

A partir de ese momento, Marco debía emplear esa misma estrategia. Si mentía más allá de lo necesario, cualquiera de sus compañeros de escuela podría sospechar. Solo tenía que dejar que completaran por sí mismos el complejo mosaico de su vida, a partir de lo único que conocían de él. «La verdad se corrompe tanto por la mentira como por el silencio». Cicerón no se equivocaba.

—Si necesitas algo —le dijo Mucro—, Perseo o cualquiera de los *auctorati* puede conseguirte lo que sea. Entran y salen de la escuela a su antojo, aunque te advierto de que no será barato...

—No tengo dinero.

—Para eso, puedes hablar con Velox. Es el hombre de confianza de Hermes.

Le condujo hasta un fibroso gladiador de cabello rizado. La comisura izquierda de su boca se prolongaba a lo largo de la mejilla por una enorme cicatriz que le hacía mostrar dos hileras de dientes. Al verlos llegar, les dirigió un saludo.

Los miembros de la escuela parecían divididos en tres facciones. Los *auctorati* eran una pequeña camarilla de hombres libres, convertidos en gladiadores por voluntad propia, a pesar de que significaba caer en la infamia. El grupo más numeroso estaba formado por prisioneros de guerra germanos, galos, hispanos y orientales. Parecían tener problemas de liderazgo. De entre los orientales destacan los zelotes judíos, fanáticos religiosos que no se llevaban bien con nadie. Los hispanos formaban un grupo aislado, compuesto por astures y cántabros.

Velox parecía liderar a los convictos procedentes de los bajos fondos de Roma, casi todos de origen itálico. A pesar de no ser tan numerosos como los bárbaros, algunos aún formaban parte de algún *collegium* del hampa, y por ello poseían contactos en el exterior. Habían sobornado a los guardianes que controlaban el acceso a la armería, lo cual les otorgaba mucho poder dentro de la escuela.

—Me llamo Marco Castricio —dijo, a modo de saludo.

—Dicen que fuiste legionario —señaló Velox—. ¿Cómo acabaste aquí?

Era la pregunta que más temía.

—Me enemisté con mi legado —respondió—. Andaba en negocios con la sociedad de publicanos que abastecía a mi legión. Sus hombres le pegaron una paliza a un camarada, cuando se negó a que su mujer trabajara de puta para él. Los matamos. Nos condenaron por ello.

Velox asintió, satisfecho. Le había dicho la verdad, pero sin duda sospechaba que la historia no terminaba ahí.

—¿Cuál era tu legión? —preguntó Marco; aun sin cingulo ni cáligas, la actitud y jerga militar de Velox eran inconfundibles.

—Formé parte de la Legión VIII que Marco Antonio reclutó entre los veteranos de César en Campania —aseguró sonriendo—. Luego marchamos a Oriente. Antonio había movilizado un ejército de diez legiones y treinta mil auxiliares, además de diez mil jinetes.

—Su objetivo era invadir el Imperio parto.

Los tres gladiadores se sentaron bajo la sombra del pórtico.

—Nuestros dominios están separados por mil millas de desierto —prosiguió Velox—. Hacia septentrión, por el cauce del Éufrates y, más al norte, por el reino de Armenia, un territorio tan disputado como la Media Atropatene, situada al sureste. Antonio creyó que aquel territorio montañoso era idóneo para anular la ventaja de los arqueros a caballo partos, que, hace treinta años, exterminaron a las legiones de Craso en Carras.

»Armenia es una tierra fácil de conquistar, pero difícil de mantener. Llegamos a su capital, y así logramos el apoyo del rey Artavasdes. Desde allí nos adentramos en el Imperio parto, en dirección a Fraaspa, la capital de la Media Atropatene. Marchamos durante casi dos mil millas, siempre hacia el este; creíamos emular a Alejandro. La poliorcética nos hacía superiores en cualquier asedio y la población griega de las ciudades de Oriente nos recibía como libertadores.

»En Fraaspa todo cambió. A pesar de dominar las grandes ciudades de Asia, los partos no han abandonado su modo de lucha nómada. Para ellos, la guerra no es una cuestión de avanzar o retroceder, ni de controlar un territorio. Los nómadas deambulan por las estepas con su ganado; sus ciudades son tiendas de campaña. No tienen campos que cultivar, ni ninguna tierra que considerar su patria. No les importa rehuir el combate para atacar a su adversario en el momento en el que sea más débil. Para ellos, la aniquilación del enemigo es la única forma de victoria.

»Nos atacaron durante el cerco a Fraaspa. Decenas de miles de jinetes a caballo cargando contra nosotros al galope. Giraban sobre sí mismos y nos disparaban por encima de la grupa. Bajo su nube de flechas, apenas se veía el sol. Al ver que éramos incapaces de darles alcance, Marco Antonio hizo cargar a nuestros jinetes árabes. Sumidos en una lucha cuerpo a cuerpo, nuestros enemigos perdieron su movilidad y corrimos hacia ellos espada en mano. Los derribamos de sus monturas para acuchillarlos en el suelo. Al fin combatíamos a nuestro modo e hicimos una carnicería.

»Entonces vimos los destellos entre una inmensa nube de polvo.

La expresión del gladiador se había vuelto vacía, como si todo atisbo de vida hubiera abandonado su cuerpo. Marco conocía bien aquella mirada dirigida hacia algún lugar perdido a millas de distancia: era la del soldado incapaz de dormir por las noches, que ha visto morir a las tres cuartas partes de sus compañeros.

—Escuchamos un rumor continuo que se fue convirtiendo en el estruendo de millares de cascos, como en una tormenta —dijo Velox, con voz abatida—. Miles de catafractos, cubiertos de hierro y bronce desde la testa a los pies, incluidos los caballos. Con los costados casi tocándose, formaban una avalancha de bestias y metal de la que sobresalían sus lanzas de catorce pies. Nuestro centurión apenas tuvo tiempo de dar la orden. Cuando los *cornua* resonaron en aquella llanura frente a las murallas de Fraaspa, formamos en *duplex acies*.

»El ejército romano es sólido como una roca; sus hordas son como una marea que fluye por encima de las peñas y arrasa todo a su paso. El choque fue brutal... Masacraron a dos legiones y destruyeron nuestras máquinas de asedio.

»El regreso fue como descender al Tártaro. Acosados por los arqueros a caballo, bajo una incesante lluvia de saetas, Marco Antonio nos hizo formar creando un techo con los escudos, rodeados por nuestros jinetes y arqueros.

»Mientras atravesábamos pueblo tras pueblo, fue cuando comencé a recolectar orejas. Así podía llevar la cuenta de los que había matado. Otros recogían brazaletes o pendientes, pero yo prefería las orejas, ¿sabéis? Siempre cortaba la del lado derecho, no encontrarías dos iguales. Algunos se reían de mí, pero los mandos me ponían como ejemplo.

»Transcurrieron veintisiete días hasta que pisamos de nuevo Armenia: habíamos dejado a la cuarta parte de nuestro ejército por el camino. Los partos se llevaron tres águilas, que hay que sumar a los siete estandartes perdidos por Craso en Carras. En mi bolsa, yo tenía dieciséis orejas.

»Por supuesto, Antonio culpó al rey armenio de su fracaso y se lo llevó a Egipto, donde fue ejecutado. Luego se reconcilió con el rey de la Atropatene, y casó a su vástago con una de las hijas de este para proclamarlo rey de Armenia. Entonces Marco Antonio tuvo que enfrentarse a Augusto. —La mirada de Velox se volvió aún más turbia—. Fuimos derrotados en Accio. El *princeps* licenció a buena parte de las legiones de Marco Antonio —señaló con tristeza—. De regreso a Roma, la gente me acusaba de haber traicionado a la República. Decían que no estaba bien llevar encima una bolsa llena de orejas humanas. Creían que me había vuelto loco. Tuve que acuchillar a uno de ellos para que se callara. Cuando me apresaron los vigiles, encontraron una oreja recién cortada en mi bolsa. Me las quitaron, y fui condenado a este *ludus*. Pero mira... —Abrió una bolsa de cuero para volcar el contenido sobre su regazo: varios fragmentos de piel, arrugados y amarillentos, con figuras impresas en un tono oscuro—. Ahora colecciono *stigmae*. Fíjate, ya tengo una docena —dijo, con una sonrisa.

Después de eso, se pusieron los yelmos para reanudar los ejercicios.

Mucro insistió en entrenar con Marco; al sentir la primera estocada en el costado, este se preguntó una vez más qué estaba pasando. A cada golpe que recibía, tenía la sensación de que el ataque no debería haber tenido éxito. Allí, pegado a su izquierda, le faltaba algo.

—En ocasiones dejas tu lado exterior al descubierto —le dijo Mucro a través de la rejilla—. Recuerda que ahora no tienes a nadie cubriendo tu costado. Debes cambiar tu modo de combatir.

De nuevo Marco fue consciente de aquel defecto, fruto de sus años como legionario. Debía trabajar en ello.

El suburano bajó su arma y él, siguiendo su mirada, se dio la vuelta. Descubrió que el propietario de la escuela había entrado en el patio, rodeado por una nutrida clientela. Los gladiadores le saludaron mientras caminaba con determinación hacia donde estaba Marco. Junto a Licinio Varrón Murena, había otro noble al que ya conocía: su cabello, rubio y rizado, enmarcaba un rostro de fauno que exhibía una turbadora sonrisa, como una máscara trágica a la que se ha desfigurado para esculpir

una mueca burlona.

Marco permaneció de pie, desmadejado; su espada de madera a punto estuvo de caer al suelo.

Dividimos el día en doce horas, desde que amanece hasta la puesta de sol, y nos regimos en función de ellas, aun cuando sabemos que no tienen el mismo valor en invierno que en verano. El tiempo es elástico, no siempre avanza a la misma velocidad. Dicen que, al ver llegar a la muerte, toda la vida de un hombre puede transcurrir ante sus ojos en un único instante. Mientras la pareja de senadores caminaba en su dirección, Marco pudo recordar los cientos de atrocidades que había visto cometer a aquel refinado patricio durante los tres años en los que había dirigido a la Novena Legión: hombres desmembrados, mujeres violadas, niños arrojados a los cerdos.

Cuando Fanio Cepión se plantó ante él, vio que le observaba durante un eterno instante. A través de la celosía del yelmo, sintió que aquella gélida mirada atravesaba el metal para escudriñar hasta el último de sus pensamientos. Entonces pasó de largo, para entrar en el cubículo del lanista.

Ni siquiera se atrevió a girarse. Al oír el sonido de la puerta, el tiempo recuperó su ritmo habitual y su corazón comenzó a latir de nuevo. Había estado a punto de orinarse encima.

Quiso alejarse del patio, así que empleó la herida como excusa para visitar el dispensario. Critias le pidió que se sentara sobre un camastro. Le dio a elegir entre desinfectarle la pierna o el estómago, y esta vez prefirió lo último. El líquido, agrio como el vinagre, solo avivó la acidez de su estómago.

—¿Te sigue doliendo? —le preguntó el médico.

Fue incapaz de otra cosa más que asentir.

—No debería —añadió Critias—. La herida parece haber cicatrizado.

Su vista se perdía más allá de la puerta. Marco siguió su dirección; al parecer, el anciano malinterpretó su interés.

—Hermes no hace nada sin que lo diga Varrón Murena.

El gladiador retirado dirigía los entrenamientos, aunque era el propietario de la escuela quien la gobernaba a su antojo. Los lanistas tenían una reputación tan pésima como los proxenetas, y sin duda el noble no deseaba que su imagen pública se resintiera. En Roma todo el mundo acudía al anfiteatro, al igual que frecuentaba los lupanares, pero despreciaba a quienes regentaban esos lugares.

Un joven cargado con una bolsa con hierbas entró en la clínica.

—Es Cnemo, mi ayudante —le informó el médico, al ver su inquietud—. No te preocupes: no muerde.

—Hermes ha dicho que hay una reunión —dijo el recién llegado.

Al regresar al patio, todos los gladiadores se habían sentado en las gradas en

silencio. El ilirio permanecía de pie frente a ellos, apoyado en la barandilla. Al parecer, Varrón Murena y su socio se habían marchado.

Marco tomó asiento junto a Mucro.

—Vamos a participar en los grandes Juegos Megalenses que Marcelo está organizado en la capital —anunció Hermes—. Mañana saldremos hacia Roma.

Los Juegos Megalenses eran el primer gran festival del año. Celebrados en honor a la diosa Cibeles, daban comienzo antes de las nonas de abril y tendrían lugar a lo largo de siete días. El mes anterior, Marcelo ya había celebrado por todo lo alto la fiesta en honor a Atis, que aseguraba la fertilidad de los campos. Todos sabían ya que aquel año las cosechas iban a ser nefastas, y de ese modo el joven heredero trataba de aparentar que hacía todo lo posible para evitarlo.

No era habitual organizar combates gladiatorios durante los Juegos Megalenses. Marcelo no había perdido el tiempo en busca de popularidad.

La calzada había sido construida tres siglos atrás por el censor Apio Claudio, para abastecer a las legiones durante la guerra que libraban contra los samnitas de las montañas del norte de Capua. La vía Apia era una de las pocas totalmente empedradas: sobre las capas de grava unidas con cemento, las losas de roca volcánica estaban tan perfectamente ensambladas que apenas se veían las juntas. Formaba una línea recta perfecta que se perdía en aquella llanura que se extendía entre las montañas y la costa.

Los gladiadores viajaban en cinco robustos carros de tipo *raeda* tirados por mulas, con una docena de hombres armados como única escolta. Solo era una medida disuasoria; si alguno de ellos huía, su nombre y descripción aparecería en las listas de fugitivos en todos los foros de Italia, y los cazarrecompensas se encargarían de encontrarlos. Sin dinero, y con el *stigma* grabado en el brazo, las posibilidades de escapar de Italia eran remotas.

Marco viajaba en el primer carro, sentado junto a Mucro. Le agradaba su compañía. A pesar de que la escuela no era un lugar propicio para la amistad, tampoco era un *ergastulum*. Cualquiera que entrenara día tras día con otro hombre acababa respetándole, sin importar que más tarde tuviera que enfrentarse a él en un anfiteatro. Para los gladiadores, la arena era un mundo aparte donde la muerte era su compañera y las normas creadas para satisfacer al populacho adquirían un carácter sagrado. Se habían convertido en un código de honor; si se ceñían a ellas, matar a un compañero podía ser algo honesto, si a cambio se le ofrecía un final digno de ser recordado.

La gloria de la arena. El pequeño universo que delimitaban los muros de aquella escuela le había ayudado a comprender el mundo real.

—¿Cómo va tu entrenamiento? —le preguntó Mucro.

—Demasiado rápido.

—En Puteoli, Varrón Murena recibió el aplauso de toda Campania..., tal como deseaba —señaló Mucro, bajando la voz—. Como propietario de la escuela, la materia prima le resultó barata... La escuela no solo ha perdido a ocho *tertius palus* de forma inesperada, en lo que iba a ser una ejecución en masa.

En la *gladiatura* existían tres niveles en función de la habilidad e historial de cada luchador, denominados *palus*, y cada uno de ellos suponía un mayor coste al organizador de los juegos. El alquiler de un *primus palus* podía llegar a cinco mil sestercios y se disparaba a los quince mil en un gran espectáculo de la capital. Además, el promotor debía pagar el precio de cada gladiador muerto. El sueldo de Marco como legionario había sido de novecientos sestercios al año, y una familia de campesinos podía vivir durante todo ese tiempo con menos de la mitad.

—Ahora, los únicos *primus palus* que quedamos con vida somos Perseo, Pulcher, Velox y yo —añadió Mucro—. ¿Sabes lo que eso significa?

Gracias a su experiencia en el ejército, Marco se lo imaginaba. Sabía muy bien lo que ocurría en una unidad que había sido recientemente diezmada: los ascensos resultaban más fáciles de obtener. Aunque esta vez no sabía si sentirse afortunado.

A pesar de todo, tuvo que reconocer que aquella vida no era tan mala, salvo por el hecho de que en cualquier momento podía perderla. El trato de los guardias era correcto; nadie los golpeaba, salvo ellos mismos, y no había jaulas ni grilletes. De vez en cuando, tenían acceso a rameras e incluso les entregaban una parte de lo que el patrón cobraba por ellos. De aquel modo, y ante la perspectiva de recobrar la libertad, Varrón Murena se había ganado la lealtad de muchos de aquellos hombres.

—El patrón deposita una gran confianza en Hermes —masculló Marco.

—Fue el más grande —respondió Mucro—. ¿Lo conociste?

—De niño, solía visitar su escuela cuando entrenaba.

—En la arena, la fama significa supervivencia. Para él fue una maldición. Un gladiador puede ganar mucho dinero; sin embargo, a medida que aumenta su reputación, también lo hace el precio que ha de pagar por su libertad. El único modo de conseguirla es ganar la maldita espada de madera.

—La mayoría muere antes.

—Normalmente un gladiador solo realiza cuatro o cinco combates al año —asintió el suburano—. Hermes participaba en más de veinte: se había convertido en una fuente de dinero para su dueño. Rondaba los cuarenta años y sus posibilidades de supervivencia eran cada vez menores, así que reunió todos sus ahorros para tratar de obtener la manumisión. Su amo se negó: iba a exprimirle hasta que exhalara su último aliento en la arena. —Mucro carraspeó—. Varrón Murena le compró para su *ludus* y poco después le concedió la libertad. Dicen que Hermes viajó a Iliria, su tierra natal, pero regresó meses después. Desde entonces, ha dirigido la escuela.

Marco se preguntó cuál había sido el precio que el senador había pagado por

Hermes y, sobre todo, qué había tenido que hacer él para ganarse la manumisión.

Capua y Roma estaban separadas por ciento treinta millas, así que el viaje se prolongó durante cuatro días. Tuvieron que atravesar los pestilentes pantanos Pontinos para llegar al monte Albano, una amalgama de colinas cubiertas por un inmenso bosque esmeralda, a doce millas al sureste de Roma. Anochecía, y desde allí se percibía la tenue neblina que flotaba sobre la urbe de forma constante, creada por cientos de miles de candiles, braseros y hornos que resplandecían en la noche como un mar de luciérnagas.

Se detuvieron en un prado próximo a la calzada. Marco fue incapaz de entender por qué habían elegido aquel lugar para acampar: forzando marchas durante una hora, habrían podido pasar la noche en alguna *mansio*. Se recostó junto a uno de los carruajes, con la espalda apoyada en la rueda. Había un anómalo ajeteo en el campamento.

Velox se aproximó a ellos con su cruel sonrisa, que se prolongaba hasta la mitad de su mejilla izquierda. Al pasar junto a una pareja de caballos que se habían soltado del atelaje, uno de ellos se encabritó y coceó en el aire. Los relinchos hicieron que el gladiador gateara por el suelo, aterrado, para esconderse bajo un carromato.

—¡Nos aplastan! —gritó tapándose el rostro con las manos—. ¡Esos hijos de puta nos van a aplastar!

Sus compañeros bromeaban entre carcajadas. Vesto, el mozo de cuadra, llegó corriendo y tomó al animal por las riendas:

—No pasa nada, señor —afirmó mientras acariciaba el cuello de la bestia—. Solo se ha puesto nervioso.

Critias se arrodilló ante Velox para calmarlo.

—Tranquilo —le dijo—. Todo está en orden. —Alzó la voz para dirigirse al resto—: ¡Y vosotros, volved a lo vuestro!

Velox jadeaba. Se incorporó a duras penas, tomó el vaso de vino que Mucro le ofrecía y se sentó a su lado. Tenía el rostro descompuesto. Cerró los ojos e inspiró profundamente, tratando de serenarse, y apuró el contenido de un solo trago. Antes de hablar, se secó el sudor de la frente.

—Hermes necesita una docena de hombres para esta noche —les dijo.

Marco comprendió a qué se debían todos aquellos preparativos y bajó la vista para contemplar el arma que su camarada afilaba. Fuera lo que fuese, sin duda se trataba de un encargo de Varrón Murena. Era habitual que la clase senatorial utilizara las escuelas de gladiadores como ejércitos de sicarios para servir a sus intereses. Así lo hicieron tanto César como Pompeyo, y desempeñaron un papel tan destacado en la conspiración de Lucio Sergio Catilina que el Senado aprobó una ley para que las *ludi gladiatoria* fueran trasladadas lejos de la capital.

—Necesito dinero —respondió Marco, y era cierto.

—Salimos a un par de denarios por cabeza —dijo Velox—. Es un trabajo fácil, nada de riesgos.

—¿«Salimos»?

—Yo me llevo una comisión —reconoció el antiguo legionario—. Ya sabes, gastos de representación.

Vio que una decena de gladiadores se colgaban armas a la cintura y se fueron reuniendo con Hermes. Marco se incorporó para acompañarlos. El lanista había decidido prescindir de los prisioneros de guerra; en su lugar, se decantó por los criminales. Aquella misión, les dijo, estaba hecha a su medida.

—¿No vais a darme un puñal? —preguntó Marco.

—Coge esa porra —dijo Hermes—. No necesitarás más.

Se abrieron paso entre los robles, iluminados por la luna llena, entre el chirrido de los grillos y el murmullo del bosque. Caminaron a tientas hasta llegar a una villa, de cuyo interior se escapaban las luces de los candiles. Hermes les hizo un gesto para que guardaran silencio; atravesaron a toda prisa un pequeño huerto en dirección a los muros que cerraban la pequeña hacienda.

Iban a cometer un robo, o tal vez un asesinato. Marco se preguntó si sería capaz de matar a un inocente solo por guardar las apariencias. Hasta entonces, su código moral era lo único que le había diferenciado de la vida que había dejado atrás en la Suburra. Al ver a Fanio Cepión regresar a Roma enriquecido, y que sus crímenes quedaban impunes, descubrió que, en contra de lo que hasta entonces había pensado, ceñirse a esa ética no servía para nada. Daba lo mismo tener la conciencia limpia que no tener conciencia.

Su juramento a Némesis no llegaba a ocultar la verdad: necesitaba matar a Fanio Cepión para recuperar esa antigua ficción perdida, la idea de que, a la larga, siempre impera alguna clase de justicia. La historia que había dejado atrás era decepcionante, inacabada. Tenía que darle otro final o, de lo contrario, jamás podría vivir en paz. ¿Qué otro sentido tenía la venganza?

¿Y si, para alcanzar ese sosiego, tuviera que asesinar a un inocente? Si había ido hasta allí para acabar con el dueño de la hacienda, Varrón Murena no querría testigos. Eludió enfrentarse a aquel interrogante. Sin embargo, se había planteado por primera vez las posibles consecuencias de formar parte de aquel grupo de sicarios.

Saltaron el muro encalado para acceder al patio. Desde allí, pudieron ojear el edificio: las jambas de la puerta habían sido decoradas con lazos de colores y guirnaldas de flores. Permanecía abierta, y una animada música salía del interior. Hermes y Mucro se adelantaron al resto y atravesaron el vestíbulo para acceder al atrio. Cuando Marco se reunió con ellos, el suburano apuntaba con un cuchillo al cuello de una doncella, mientras le hacía un gesto para que guardara silencio.

Camaron por el estrecho corredor, hasta llegar al peristilo, donde tenía lugar una

boda. Un muchacho con una melena recogida en seis largas trenzas hacía de novia, con una guirnalda de flores y un velo anaranjado como tocado. Vestía túnica femenina, blanca, ceñida a la cintura con el clásico nudo nupcial. Su esposo era un individuo de mediana edad con una estridente toga y una corona de laurel ceñida en las sienes. Un muchacho sostenía una antorcha entre ambos. Con una voz melosa, el augur dirigía unas súplicas a Juno y a la diosa Fides. Los diez testigos y el resto de los invitados eran todos hombres de aspecto amanerado.

A pesar de la estricta política religiosa impuesta por el *princeps*, los matrimonios paródicos eran cada vez más populares en Roma.

—¡*Feliciter!* ¡*Feliciter!* —gritaban al son de la flauta.

La novia abrazó a un travesti que hacía las veces de madre, fingiendo buscar su protección, mientras su esposo tiraba de su brazo para separarlos. Al fin lo logró. Acompañados por un cortejo nupcial de bailarines invertidos, saltimbanquis y hermafroditas, los cónyuges se dirigieron a la alcoba. Tres jóvenes acompañaban a la esposa portando un huso, una rueca y una antorcha de espino blanco. Ante el umbral, el marido entregó a su erómeno una redoma de aceite con la que ungió los goznes de la puerta.

—¿Quién eres? —le preguntó el sacerdote.

—Donde tú eres Manio, yo soy Mania —respondió el muchacho, fingiendo pudor, lo cual fue celebrado por los invitados al enlace pederasta.

Mientras alzaban a la novia para que no pisase el umbral, los gladiadores se desplegaron por ambos lados del pórtico. Frente a la puerta del dormitorio, el marido colocó al efebo a cuatro patas sobre el tálamo nupcial y a continuación se desnudó, dispuesto a consumir el sacrílego enlace ante los invitados.

Cuando los gladiadores se presentaron ante ellos, la música de flauta cesó. Todos se giraron, atónitos.

—¿Quién es Manio Agrícola? —preguntó Hermes, alzando la voz.

Los asistentes señalaron al novio.

—El resto podéis iros —les dijo el lanista.

Nadie parecía dispuesto a discutir, así que huyeron en desbandada. Al cabo de unos momentos, el atrio se vació de invitados. Totalmente desnudo, Manio Agrícola parecía incapaz de reaccionar. Su virilidad perdía vigor por momentos.

—Se me ha hecho tarde —se excusó su nueva esposa, mientras recogía su ropa del suelo a toda prisa.

Cinco esclavos armados con puñales aparecieron en el patio. Se detuvieron al descubrir a los gladiadores. Envalentonado, Agrícola se encaró a Hermes con arrogancia.

—¡Soy un funcionario de la Res Publica! —le recriminó—. ¿Se puede saber qué significa esto?

—Que alguien le dé un guantazo —dijo Hermes.

Velox dio dos pasos para darle un bofetón con la mano abierta y su corona de laurel salió volando. El lanista siguió la mirada que el noble dirigía a sus esclavos mientras, aterrado, trataba de taparse la entrepierna.

—Sabéis quiénes somos, ¿verdad? —preguntó a la servidumbre.

Todos asintieron en silencio, inmóviles.

Hermes se dirigió de nuevo a Manio Agrícola:

—Mi amo me ha pedido que te dé esto.

Le entregó un pliego de papiro, que el otro desenrolló con nerviosismo. Apenas había escritas una docena de líneas. Manio Agrícola las leyó dos veces; al parecer, no podía creer lo que decían. Cuando alzó la vista, el lanista tomó la carta, la arrojó a un brasero y depositó una bolsa de cuero en sus manos. Al abrirla, el propietario de la casa quedó boquiabierto.

—Acepta este oro y piensa en lo frágil que es tu vida —dijo Hermes.

Uno tras otro, los gladiadores abandonaron la casa.

V

Los libros estaban por todas partes. Abarrotaban las estanterías de la enorme habitación hasta formar un auténtico bosque provisto de sendas y claros; se amontonaban sobre las mesas y en el suelo hasta convertirse en maleza. Dos mil rollos de papiro ordenados en función del afecto y otros extraños vínculos, desconocidos por todos salvo por su dueña. Volúmenes que jamás abría por miedo a deteriorarlos se apilaban junto a otros repletos de anotaciones; múltiples ediciones de una misma obra entremezcladas con legajos que ella misma había transcrito. La biblioteca de Vitruvia crecía a un ritmo casi imperceptible, pero poco a poco se había ido extendiendo por las dependencias que rodeaban el peristilo de la casa, cubriendo las paredes como la hiedra.

«Si tienes una biblioteca con jardín, nada te faltará». Cicerón no se equivocaba. La mansión de su esposo no dejaba de ser una celda, y aquel era su refugio, un viejo sueño hecho realidad. Compartirlo con su hija suponía una felicidad añadida.

Fabricia acababa de cumplir seis años y se había empeñado en enseñarla a leer ella misma, guiando sus deditos manchados de tinta para que esbozara una letra tras otra. En ocasiones, se encontraba ante alguna mirada condescendiente que le decía que educar a una niña era tiempo perdido. Sin embargo, aquella criatura de ojos negros no solo se había convertido en el eje en torno al que giraba su vida, sino también en una proyección de sí misma.

No recordaba cómo había aprendido a leer. Era como si aquella facultad siempre hubiera estado ligada a ella. Sus primeros recuerdos estaban relacionados con la lectura; horas de estudio compartiendo mesa con su padre, en su biblioteca. Como cualquier muchacha de clase acomodada, Vitruvia apenas pudo franquear los muros de la casa familiar. La lectura expandía su realidad, le permitía trasladarse a regiones y épocas remotas; conocer los pensamientos de personas que llevaban siglos muertas. Aquellos rollos de papiro creaban para ella un universo sin límites. Más tarde, descubrió que los libros no solo servían para escapar de la realidad, sino también para entenderla. Y ahora, como editora, podía hacer algo para cambiarla, aunque solo fuera en una ínfima parte.

Una música procedente del exterior hizo que en el rostro de la niña se dibujase una radiante sonrisa. Saltó del escabel para salir corriendo en dirección al jardín. En un claro, habían erigido un modesto escenario de madera pintado de vivos colores: una plataforma con un cuerpo central y otros dos laterales donde se hallaban las puertas de entrada y salida para los actores. Del frente escénico sobresalía un porche sostenido por seis columnas; tras él, un paisaje fantástico mostraba varios edificios en perspectiva. Ante aquel fabuloso decorado, Ónfale se despedía de Hércules. Cubierta por una piel de león, la reina de Lidia cargaba una porra sobre el hombro, y en la otra

mano sostenía un sistro de bronce. Sobre su vestido de seda translúcida, en su parte superior, del cuello colgaba una cruz con un óvalo. El héroe, cubierto de joyas y arrodillado ante ella, vestía una túnica amarilla: una convención escénica para representar a las prostitutas.

Vitruvia enseguida comprendió el significado. Tanto Virgilio como Propertio habían descrito a Cleopatra con un sistro, instrumento musical empleado por Isis, «la de los diez mil hombres». Vestir a Ónfale con los atributos de aquella diosa asociada a la reina egipcia convertía a Hércules en Marco Antonio, y hacía de aquel mimo una clara apología política. Las Doce Tablas castigaban la difamación con la pena de muerte; dos siglos antes, bastó una vaga alusión a la familia de los Metelos en una de las tragedias de Nevio para que el dramaturgo fuera exiliado. Desde entonces, la tradición escénica romana recurría a alegorías mitológicas para la sátira política.

Cuando Ónfale abandonó el escenario por la puerta derecha, Hércules se acostó en su lecho. Entonces, desde la otra entrada, un nuevo personaje apareció en escena: tenía una larga barba, dos pequeños cuernos en la frente y hacía sonar una flauta con una sensual melodía; entre sus peludas piernas de macho cabrío exhibía una enorme erección. Era Pan, dios de la fecundidad masculina, que, al ver a Hércules dormido, esbozó una mueca lasciva. Era obvio que, a causa de su vestido, creía encontrarse ante la reina de Lidia.

Pan entró en el lecho para tratar de poseer al hijo de Zeus como si fuera una ninfa. Vitruvia oyó una risa infantil a su lado y trató de tapar los ojos de su hija; ella le apartó la mano con enfado.

Al sentir aquellas ávidas manos sobre él, Hércules se despertó furioso y propinó a Pan una tremenda patada en la entrepierna. Él rodó por el suelo, vociferando, encogido sobre sí mismo. Fabricia rio de nuevo ante sus cómicos gestos de dolor. Alarmada por los gritos, Ónfale apareció de nuevo en escena con un candil en la mano y, tras descubrir lo que había sucedido, estalló en carcajadas.

Aristóteles creía que el teatro suponía una catarsis: las emociones experimentadas por los espectadores —ya fuera miedo, angustia o tristeza— se desvanecían al finalizar la obra. Vitruvia supo que era cierto, incluso con un simple ensayo.

—¡Bravo! ¡Bravo!

La niña no dejaba de aplaudir, y los actores, agradecidos, le hicieron una reverencia. Cuando Cintia bajó las escaleras, la chiquilla corrió hacia ella para abrazar sus rodillas, y ella la alzó para besarla. Como dama de compañía, la actriz había ayudado a criar a Fabricia. Por un momento, Vitruvia experimentó una extraña mezcla de satisfacción y de celos, al ser testigo de aquel afecto compartido y de la fascinación de su hija hacia el deslumbrante mundo del teatro.

—Ve a jugar al jardín —le ordenó a Fabricia.

Cintia se la entregó al ama de cría para girarse hacia el escenario:

—Batilo..., no vamos a actuar en un triclinio —dijo al actor que hacía de Hércules—. Debes dar más amplitud a los gestos, para que los distinga el público de la última cávea.

Vitruvia observó la expresión contrariada de Batilo. Sabía que había aspirado al cargo de *archimimus* para aquella obra; que su esposo se lo hubiera dado a Cintia parecía despertar en él cierto resentimiento.

—Eso se llama «sobreactuar» —respondió Batilo—. Fui yo quien te lo enseñó, ¿recuerdas? El teatro que buscas murió gracias a Menandro. Trato de dar vida a un personaje real.

—Es difícil hacerlo con un semidiós que deambula desnudo con una piel de león —replicó Cintia—, que roba las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides y captura al can Cerbero del Hades.

—¿Prefieres una falsa y fría declamación? —le preguntó el actor, irritado—. Esta es una obra de mimo. De lo contrario, tu papel lo desempeñaría un hombre.

Aquella frase tenía un doble sentido que Cintia no estaba dispuesta a pasar por alto.

—No puedes apelar a tu experiencia emocional para interpretar a un viril guerrero —le dijo—. Te resultaría tan difícil como saber qué hacer con una mujer en el lecho.

Por un instante, Vitruvia se encontró ante una desconocida. Los gruesos labios de la actriz esbozaron una sonrisa cruel que jamás había visto en ella; algo que le produjo una vaga y remota inquietud.

El joven actor se sonrojó.

—¿Qué quieres que haga?

—Cíñete al guion y deja de improvisar —espetó Cintia—. Construye un personaje gracias a armonizar gesto, movimiento, tono de voz y reacción, para que el diálogo parezca nacer a cada instante y logre una ilusión de realidad. Deja de revivir emociones y límitate a actuar.

Batilo acabó de vestirse y se marchó. Vitruvia no dejaba de observar el aspecto de Cintia. Ella le formuló una muda pregunta.

—Resultas muy poco sutil, ¿no crees? —dijo la editora.

—¿Qué quieres decir?

—Que pareces salida de un lupanar corintio.

Su expresión fue la de César al recibir la última puñalada de Bruto; Vitruvia se arrepintió de sus palabras. Al considerar la causa de su irritación, descubrió que le molestaba que la actriz empleara su talento para denigrar a otra mujer. Tal vez estaba proyectando demasiadas emociones sobre la reina egipcia.

—Damos al público lo que desea —dijo Cintia.

—Tal vez deberíais darle lo que necesita.

—Apolo frente a Dionisio —relató la actriz—. El conflicto entre lo irrefrenable

de la condición humana y nuestro ser racional...

—Tal como escribió Cicerón.

Cintia arrugó la frente. En el pasado, habría reaccionado de otra forma; la manumisión la había cambiado, tal vez sin que ella misma se diera cuenta.

—Has heredado de tu padre algo más que las citas a ese carcamal.

—Y tú has... —Súbitamente, Vitruvia enmudeció.

La actriz escrutó su rostro con una inusitada dureza y ternura. Cuando habló, parecía contemplar algún lugar remoto.

—Aunque jamás lo hayamos dicho en voz alta, ambas sabemos lo que somos.

Considerar a una esclava como hermana resultaba obsceno, sin que importara su parecido con tu propio padre. Sin embargo, Vitruvia jamás había dejado de hacerlo. Se habían criado juntas, habían compartido mucho más que juegos. Los ojos oscuros de la actriz escudriñaron su expresión, y supo que era capaz de percibir su incomodidad. Decidió cambiar de tema:

—Has leído el manuscrito —no era una pregunta.

—Solo por encima.

Vitruvia había compuesto aquellas cuatro elegías a lo largo del último año. Las dos primeras hablaban de una pareja de jóvenes que habían crecido juntos, hasta que el destino hace que su relación sea imposible. El tercer poema era un lamento por su traición con una esclava; el último describía la definitiva pérdida del ser amado. A pesar del seudónimo, el argumento resultaba demasiado vívido como para que obedeciera a un simple patrón lírico.

—Para interpretar debes desnudar tu cuerpo; para escribir debes desnudar tu alma —dijo Cintia—. No deberías avergonzarte de ello. Él no se lo merece.

Por primera vez, la actriz encontró una grieta en aquella máscara de templanza. Irritación. Tal vez celos. Se sintió halagada y molesta al mismo tiempo.

—¿Aún no me has perdonado? —añadió—. Era una esclava, no tenía elección.

Se veía asediada en aquella mentira, inmersa en una rivalidad que ya no tenía sentido. Las dos habían compartido con él intimidad, aunque de distinta naturaleza. Solo una fracción de lo que ambas hubiesen deseado. Cintia recordó el día en que Marco le entregó aquel colgante de ámbar, y lo que sintió por él desde entonces. Cuando la madre de Vitruvia le ordenó que acudiera a su lecho, supo que solo trataba de alejarlo de su hermanastra. Aun así, recordaba cada momento de sus encuentros nocturnos, a pesar de que para él no significaran nada.

—¿Tampoco tienes elección ahora? —Vitruvia hizo un vago gesto a su alrededor.

Otra vez esa mirada; desde su pedestal. Como si estuviera traicionando al género femenino.

—¿Ves a esa muchacha tan hermosa? —Cintia señaló a una de las actrices de reparto—. Hace tiempo, comenzó a verse con Cimón. Pero era requerida por tu

esposo, por el mayordomo, por los sirvientes que pagaban al amo a cambio de sus favores, hasta que él la abandonó. Ahora Cimón está con otra, menos agraciada, a la que puede considerar suya.

La mirada de la editora siguió a la joven mientras se alejaba del escenario.

—Para una esclava, la belleza es una maldición —concluyó Cintia—. Pero puede convertirse en la base de su poder.

Los ojos grises de Vitruvia la escrutaron.

—Me han dicho que hace unos días te reuniste con mi esposo...

—¿Quieres que, como liberta tuya, te dé explicaciones? —preguntó Cintia, sarcástica.

—Nunca te las he pedido.

La mayoría de los actores eran esclavos o libertos, como Cintia, que aún debían prestar servicios a su antiguo dueño, el cual podía cederlos en alquiler para cualquier obra. A pesar de que Vitruvia había renunciado a ese derecho, tenía la potestad de impedir que la actriz interpretara a Ónfale en aquel mimo. Aunque, si lo hacía, ella jamás se lo perdonaría.

—Me ofreció dirigir la obra y acepté —dijo Cintia.

—¿Te está molestando de nuevo? Tal vez, a causa de estos festivales, vuelva a intentar...

Trataba de mostrarse conciliadora. Sin embargo, los gestos nos delatan. Una persona puede mentir con sus palabras, pero no con su expresión. Gesticulamos sin darnos cuenta, para dar énfasis a nuestras palabras, sin ser conscientes de que en ocasiones las contradicen, o añaden matices no deseados. La formación actoral de Cintia le hacía ser consciente de ello; era su herramienta de trabajo.

—¿Me crees capaz de eso? —A través de sus gruesos labios, la actriz mostró los dientes—. ¿O es que estás celosa?

—Eres libre —respondió la editora con sequedad—. Tú sabrás lo que haces.

Cintia observó sus resueltos ademanes mientras se alejaba. Había descubierto que la libertad también supone una maldición. Para un esclavo, la incapacidad de elegir su propio destino al menos le otorga una enorme serenidad de conciencia. Una paz interior que ella hacía tiempo que había perdido.

Vitruvia se dirigió hacia la puerta de la casa, donde le aguardaban los esclavos con su litera. Tras acomodarse en ella, observó la senda que serpenteaba a lo largo de la costa, desde la diminuta ensenada de la mansión de Fabricio hasta Puteoli; el azul del mar contrastaba con el ocre de los acantilados, cubiertos por manchas de color esmeralda.

El trayecto se le hizo largo. Trató de ahuyentar su malestar centrándose en sus obligaciones como editora. Aunque, al llegar a la librería, otras ocuparon su lugar. Nada más atravesar la puerta, Anteo le dirigió una mirada de inquietud. Le

acompañaba una figura a contraluz, sentada sobre un escaño próximo a la ventana. Un rostro de fauno de cabello rubio rizado le dedicaba una mirada gélida e inexpresiva, como si estuviese muerto por dentro. Como si la muerte habitase en él. Sus labios se despegaron sin abandonar aquella sonrisa burlona:

—Busco un libro.

—La lista está junto a la puerta —respondió con cautela.

Fanio Cepión se levantó de su asiento para pasar junto al mostrador y dirigirse a las estanterías de la trastienda. Nadie se atrevió a detenerle.

—Me han dicho que aquí es posible encontrar otra clase de libros —afirmó el senador.

Vitruvia se había visto obligada a seguirle. Una biblioteca refleja el carácter de su dueño, que es quien la ha creado y le ha dado forma. Cepión lo sabía y por ello estudiaba las repisas con la meticulosidad de un estadista. La editora percibió aquel ávido escrutinio como una invasión de su intimidad; una idea absurda, aunque inquietante.

El noble se detuvo para coger un rollo de papiro. Vitruvia conocía la ubicación de todas sus obras: se trataba del sexto volumen de la *Historia* de Polibio. Tras desenrollarlo, Fanio Cepión comenzó a leerlo en voz alta:

—«... incapaces de alcanzar sus objetivos por sus propios medios, emplean sus bienes para corromper al pueblo. Una vez que este se ha habituado a dejarse sobornar y a vivir a costa del afán de honores de sus dirigentes, el carácter esencial de la democracia queda destruido y evoluciona hacia la violencia y el gobierno por la fuerza. El populacho, acostumbrado a vivir a cargo de las propiedades de otros, y ante la expectativa de vivir de las de sus vecinos, seguirá a cualquier líder ambicioso y carente de cargos públicos. Se entregará a los últimos excesos y todo serán muertes, destierros y expropiaciones de tierras, hasta que al fin vuelve a vivir al modo de las bestias, para hallar un señor y monarca que lo domine».

Vitruvia permaneció en silencio. Augusto trataba de controlar todo libro que se editara, y no dudaba en suprimir las intervenciones de sus adversarios políticos de las *populi acta diurna*, la gaceta que resumía las actas del Senado, el único modo que tenía el pueblo de saber qué se hablaba en la Curia. Tras el suicidio de Cornelio Galo, prefecto de Egipto, decretó una *damnatio memoriae* para su obra poética, que fue destruida, e incluso ordenó a Virgilio que omitiera el elogio que le dedicaba en sus *Geórgicas*. Antes ya había prohibido que se leyeran los discursos de Cicerón en público.

De momento, Augusto trataba de no crear mártires, aunque no dudaba en recurrir a las multas y al destierro. Se rumoreaba que tarde o temprano utilizaría la cláusula de las Doce Tablas que proscribía los escritos difamatorios, o incluso las *leges maiestatis*, que penaban incitar a la sedición, para proscribir cualquier escrito

incómodo.

Si eso ocurría, una de las primeras bibliotecas que visitarían los ediles sería la suya.

—Virgilio y Horacio nos muestran un idílico pasado, una Roma regida por unos nobles valores —ironizó Cepión—. De la mujer que no es hermosa, se dice que está bien educada y, si no es ninguna de las dos cosas, se ensalza su bondad. Ante el esplendor del mundo oriental, solo podemos presumir de una sencillez de costumbres que Augusto pretende recuperar. Es algo más bien ingenuo, ¿no crees?

—En literatura no hay nada ingenuo —respondió la editora—. Sirve para construir nuestra imagen del pasado, del presente y del futuro.

Los libros cohesionan y dan forma a la sociedad. Permiten que miles de personas compartan las mismas ideas, en un lazo intangible que une a los más remotos ancestros con las generaciones venideras. Por ello, se habían convertido en una herramienta política.

Los sucesores de Alejandro crearon la biblioteca de Alejandría como un medio para imponer la cultura griega en Egipto; en ella no tenía cabida la riquísima cultura local. En más de dos siglos, Cleopatra fue la única de su dinastía que se tomó la molestia de aprender la lengua hablada por la mayor parte de sus súbditos. Esta institución se había disputado con la biblioteca de Pérgamo la hegemonía como centro cultural; para menoscabar sus fondos, los ptolomeos llegaron a impedir la exportación de papiro y, por ese motivo, los eolios tuvieron que escribir sobre pergamino.

Dieciséis años antes, gracias al botín de la conquista de Dalmacia, Asinio Polión había creado la primera biblioteca pública en Roma. Más tarde, Augusto había hecho construir otra aún más espléndida junto al templo de Apolo, y el contenido de sus estanterías no era casual: reflejaban la realidad que el primer ciudadano de la República deseaba construir.

Cepión depositó el volumen de Polibio en la estantería.

—Griegos y egipcios viven anclados en el ayer —dijo el senador—; justifican su grandeza en función de lo que fueron. El *princeps*, por el contrario, nos muestra lo que Roma podría llegar a ser gracias a él. Una Roma eterna.

—Es fácil mentir sobre el pasado, pero resulta imposible no hacerlo sobre el futuro —dijo Vitruvia—. Puede ser maleado a voluntad.

—Te veo escéptica. —El antiguo propretor de Macedonia ojeaba un nuevo libro, aunque al mismo tiempo escrutaba su rostro.

—En política, los mayores excesos siempre han sido fruto de las utopías, de aquellos que supeditaron los derechos del individuo al advenimiento de una nueva era. Bajo una promesa de paz y prosperidad, cualquier acto es justificable.

—Tú crees que ese futuro jamás llegará.

—¿Qué estás buscando? —insistió la editora.

—Poder. La capacidad de satisfacer nuestros deseos. En ocasiones, no es necesario ejercerlo: basta con saber que puedes.

La vista de Cepión se desplazó hacia el retrato de una niña pintado en encáustica sobre una tabla colgada en la pared. Era una velada amenaza que Vitruvia no estaba dispuesta a tolerar.

—Mi esposo...

—Tu esposo —asintió Cepión—. Lo peor no es el dolor, ¿verdad? Sino la indiferencia. Encierras a una esclava durante meses en una celda sin ventanas, alimentándola con pan mojado a través de una reja. Ordenas que nadie se dirija a ella, bajo pena de muerte. Y durante todo ese tiempo, no ve a nadie, no oye nada. Ni tan siquiera se atreven a mirarla. Al final, cuando la arrastras hasta el lecho para forzarla, en sus ojos puedes ver un destello de gratitud.

Se creó un silencio. Vitruvia sintió los latidos que golpeaban su pecho y un leve temblor que esperaba que no fuera perceptible. El senador observó de nuevo el retrato de su hija.

—La moral es una barrera intangible, ¿no crees? Muchas veces, ni siquiera somos conscientes de su existencia. Sin embargo, pone límites a nuestro poder. De niño, mi hermano Gayo siempre me censuraba; decía que un buen romano debe anteponer la moral por encima de todo. Era el hijo perfecto; mi familia estaba orgullosa de él.

»Cuando pedí dinero a nuestro padre para acceder al vigintisexvirato, me respondió que solo podría costear la carrera política de uno de sus dos vástagos, y que Gayo era el primogénito. Quería que me mantuviera a su lado; que fuera como él, un anodino équite dedicado a sus negocios. Pero se trataba de mí. Tenía derecho a mi herencia. —Cuando se apoyó sobre una silla, la madera crujió al recibir su peso—. Durante las proscripciones, descubrí las simpatías de mi hermano hacia Marco Junio Bruto —murmuró—. Así que rebusqué en su correspondencia y le hice llegar a Augusto varios documentos. Dos días después, una veintena de soldados entraron en nuestra casa. Al ver cómo se llevaban a rastras a mi hermano, una voz en mi interior me dijo que aquello no estaba bien; que al menos debía sentirme culpable. Pero yo era feliz, me sentía libre. Y cuando aquellos hombres cerraron la puerta tras de sí, esa voz se fue extinguiendo y jamás he vuelto a oírla.

El senador pasó a su lado para dirigirse hacia la puerta. Ella le sostuvo la mirada, desafiante. Sin embargo, su agitada respiración la delataba.

—Necesito tu talento para reescribir una obra de teatro —dijo Cepión, a apenas dos palmos de su rostro—. Si aceptas, envíame esto.

Tomó su mano para depositar en ella un camafeo. Mostraba la efigie de una mujer con una corona de espigas de trigo en los cabellos y un cuerno de la abundancia sobre el regazo. Era Ceres, la diosa de las cosechas.

Fanio Cepión se despidió de ella con un beso en la mejilla.

VI

Hacia más de un siglo que Roma había comenzado a desbordar sus murallas, engullendo a docenas de villas y aldeas. Los edificios se construyeron a ambos lados de las vías que abandonaban sus puertas, para extenderse por el Campo de Marte y el Trastévere, en la otra orilla del Tíber. Un millón de seres humanos vivían hacinados en torno a las siete colinas. Los bloques de viviendas se amontonaban en las laderas y los valles, creando un laberinto de angostos callejones y sinuosas travesías que ascendían hacia las cumbres, donde emergían las espléndidas mansiones de équites y senadores.

Tras apearse de los carros, los gladiadores cruzaron las murallas Servianas por una puerta Capena abarrotada de mendigos. Toda la ciudad parecía en obras. Los antiguos templos, cubiertos de andamios, eran restaurados y pintados de nuevo con colores chillones; ocre sobre mugre, mármol sobre toba, estuco sobre adobe enmascaraban la miseria de una ciudad capaz de asombrar con los mayores logros y perversiones. La dominadora del mundo crecía tanto en vertical como en horizontal. Con cada generación, los bloques de pisos fueron ganando altura: aquellos de tres plantas que habían maravillado a sus habitantes en el pasado ahora se les antojaban minúsculos. Una cascada de vegetación cubría sus balcones de madera y ladrillo, engullía las fachadas pintadas con frescos y colgaba de las ventanas sin vidrios. A sus pies, las calles atestadas de comercios, almacenes, talleres y tabernas resultaban intransitables.

La familia Varrón Murena se abrió paso por la vaguada que se extendía entre el Palatino y el Aventino, donde una marea humana se amontonaba en los accesos del circo Máximo. Los seguidores de las distintas facciones —blancos, rojos, verdes y azules— se disputaban el privilegio de animar a sus ídolos. Vendedores ambulantes junto a comerciantes de seda, jóvenes casaderas entre prostitutas en busca de clientes, todos con la esperanza de hacerse con un sitio próximo a la pista. Las pendientes del alargado valle de Murcia habían sido acondicionadas como graderíos para albergar a más de ciento cincuenta mil espectadores.

Un individuo de mediana edad salió al encuentro de Marco:

—¿Buscáis un sitio donde alojaros?

Sin duda, era uno de tantos inquilinos que, abrumados por el elevado alquiler, arrendaban habitaciones a los forasteros. A causa de los Juegos Megalenses, la población de la ciudad se había duplicado y los rústicos recién llegados de la campiña eran presa fácil para oportunistas y timadores.

—¡Venid a mi burdel! —les gritó una oronda alcahueta—. ¡Todas mis putas están sanas y limpias! ¡Las trato como si fueran mis hijas!

—Seguro que tu madre decía lo mismo de ti —espetó Mucro.

La mayor parte de los forasteros se alojaba en tiendas de campaña levantadas en plena calle. El rumor de la muchedumbre, el repiqueteo de los herreros y caldereros, los gritos de los vendedores ambulantes y las melodías de los titiriteros componían una caótica sinfonía de ruido. En aquel universo majestuoso, confuso, sórdido y seductor, esplendor y mezquindad se entremezclaban en una amalgama sin sentido. Los esclavos germanos que los acompañaban contemplaban a su captora, a su más odiado enemigo, boquiabiertos y con los ojos desorbitados. Jamás hubieran creído posible que existieran tantos hombres sobre la Tierra.

La casa de Varrón Murena se encontraba en la isla Tiberina, un alargado islote de apenas ciento ochenta pasos, unido por dos puentes al Trastévere y al Campo de Marte. Con muros de travertino en las orillas y un obelisco en el centro, se asemejaba a un enorme barco fondeado en el Tíber. Las leyendas aseguraban que se había formado con la tierra acumulada sobre el cadáver de Tarquinio el Soberbio, el último rey de Roma. Por ello, se trataba de un lugar de mal augurio, a pesar de haberse edificado un templo consagrado a Esculapio, en cuya puerta hacían cola docenas de enfermos para depositar exvotos y realizar sacrificios.

Cuando llegaron a una imponente fachada de tres plantas, Marco comprendió que no era la piedad lo que había hecho que Varrón Murena eligiera aquel lugar como residencia: bastaba un pequeño destacamento para convertir aquello en una fortaleza. Al adentrarse en el patio porticado, apenas encontró concesiones al lujo, más allá de algunas reliquias familiares: cuatro espolones de trirremes cartagineses en las esquinas. Sin duda los trofeos de algún remoto antepasado.

El edificio parecía jerarquizado por niveles: el dueño vivía en la tercera planta, donde solo recibía a sus hombres de confianza. Marco dejó caer su petate en uno de los cubículos del pórtico. Se sentó sobre un camastro y descubrió a Critias a su lado. El médico se inclinó sobre él para escudriñar su herida.

—Creo que podrás participar en los juegos —dictaminó, como si se tratase de una sentencia de muerte.

Sus manos temblaban. Extrajo un pequeño odre de su zurrón y dio un largo trago. Marco estudió su demacrado aspecto. Hacía días que el anciano recurría al opio para dormir, y su único alimento era aquel avinagrado mejunje en el que invertía todo su dinero. Quizás aquel era un buen momento para tratar de sonsacarle algo.

—¿Qué debería saber sobre nuestro amo?

—Desprecia en lo que se ha convertido Roma —respondió el médico griego, acomodándose a su lado—. Convive con sus hombres, pero no tolera muestras de confianza. Nunca castiga sin motivo, pero cuando lo hace es despiadado.

Cada día que pasaba, las posibilidades de encontrarse con Fanio Cepión eran mayores, y Marco no deseaba tentar de nuevo a la suerte. Tenía que averiguar por qué Varrón Murena, un destacado miembro del partido augústeo, había decidido

traicionar al amo de la República. ¿Había llegado a la conclusión, al igual que tantos nobles, de que el nuevo régimen no podría colmar sus ambiciones?

El consulado era la magistratura a la que aspiraban todos los senadores y un requisito necesario para ser elegido gobernador provincial. Antes de que Augusto se hiciera con el poder, eso permitía esquilmarse a una provincia o recurrir a cualquier excusa para iniciar una guerra y enriquecerse con el botín. Sin embargo, el *princeps* había prometido una nueva era de paz y prosperidad, además de la consolidación de las fronteras. La imposibilidad de lucrarse gracias a la guerra cántabra había llevado a Fanio Cepión a la sedición. Pero a juzgar por el sobrio aspecto de aquella casa, Varrón Murena no parecía compartir su codicia.

Una criada abrió la puerta del cubículo para traerle unas gachas, algo de queso y una jarra con agua. Mucro salió a su encuentro y le dio las gracias. Durante un rato ambos conversaron en el umbral. Ella se despidió con una sonrisa y el gladiador se sentó junto a Marco, dejándole la comida sobre el camastro. Se dispusieron a almorzar.

—Es el ama de llaves —dijo Mucro, ante la elocuente mirada de su compañero de escuela—. Se llama Herennia, la viuda de un antiguo compañero. Petraites y yo éramos como hermanos. Antes de que saltara a la arena, le juré que cuidaría de ella.

—Es guapa —murmuró Marco.

Mucro desvió su mirada en dirección la puerta.

—Procuro no buscar líos fuera de la arena —dijo en voz baja—. Te ayuda a sobrevivir.

—Si renuncias a elegir otra vida, esta se convertirá en la única. Y eso no ayuda a sobrevivir.

Más allá de la puerta, Critias comenzó a vomitar entre espasmos, como si su estómago se hubiese convertido en una madriguera de ratas. Entre toses, el médico echó mano a su odre y engulló el contenido con avidez. El vino resbaló por las comisuras de su boca y le empapó la túnica.

Los gladiadores terminaron su almuerzo sin pronunciar palabra.

Los entrenamientos supusieron recuperar una rutina que le era familiar. Marco golpeaba el poste clavado en el suelo del patio mientras estudiaba los movimientos de sus compañeros de escuela, esta vez como potenciales enemigos. Aunque en los espectáculos de provincias era habitual que solo participara una familia gladiatoria, en los grandes juegos de la capital se enfrentaban miembros de distintas escuelas. La rivalidad entre los diferentes estilos de lucha era algo que agradaba al público. De momento, era improbable que se topara con alguno de sus camaradas en la arena, pero tampoco podía descartarlo.

En su origen, los gladiadores fueron prisioneros de guerra obligados a luchar en los funerales de grandes dignatarios. Cada cual empleaba las armas propias de su

pueblo, lo que dio lugar a una serie de categorías estables, como el galo, el tracio o el samnita, que Marco había conocido durante su infancia. Con el tiempo, los emparejamientos entre ciertos tipos de gladiador se hicieron estables. Ante la continua demanda de novedades, en los últimos años habían surgido nuevas clases. El samnita había desaparecido, mientras que el galo evolucionó hasta un nuevo tipo de contendiente llamado *myrmillo*. Los yelmos ahora contaban con una rejilla para proteger el rostro y habían creado panoplias fantásticas, como la del retiario, provisto de la red y el tridente de un pescador.

Los emparejamientos tenían como objeto que se enfrentaran dos filosofías de lucha totalmente distintas; el armamento del gladiador no tenía sentido más allá de la arena. Los yelmos restaban mucha visibilidad y eran demasiado pesados como para emplearse durante más de un combate. Las protecciones en las extremidades, y su ausencia en el torso y el vientre, evitaban las heridas leves que pudieran incapacitarlos para la lucha, pero dejaban los órganos vitales a la vista.

Como *myrmillo*, Marco debía enfrentarse a un tracio o a un hoplómaco. Ambos iban armados con escudos más pequeños que el suyo, lo cual les permitía moverse con más agilidad. Además, para compensar su menor defensa, contaban con dos grebas altas y un acolchado en los muslos. Sin embargo, mientras que el tracio utilizaba una espada corta y curva, llamada «sica», y un pequeño escudo rectangular de madera, las armas del hoplómaco eran una reducida versión de la panoplia griega: una lanza y un escudo circular de metal.

En principio, eso hacía imposible que tuviera que enfrentarse a Mucro, pues él también era *myrmillo*. Quizás esa circunstancia había servido para afianzar su amistad con él. Tal vez algún día tuviera que enfrentarse a Perseo, pues, al fin y al cabo, era hoplómaco. Por otro lado, un simple cambio de yelmo por otro desprovisto de aristas le convertiría en *secutor*, el habitual enemigo del retiario, y entonces podría encontrarse con Pulcher. Sin embargo, dado que lo normal era emparejar a gladiadores del mismo nivel, era improbable que tuviera que encontrarse con un *primus palus*.

—¡Hora del descanso! —gritó Hermes.

Marco dejó su espada de madera en el cesto y colocó el escudo de mimbre apoyado en la pared. Se sentó junto a un gigantón de cabello pajizo, uno de los prisioneros de guerra germanos.

—¿De qué pueblo eres? —le preguntó.

—Que te den por el culo —respondió el norteño.

Los veteranos de la familia Varrón Murena no pudieron contener la risa.

—Olvídate de esos rubiales, blancos como la leche —dijo Perseo—: son unos bárbaros estúpidos que solo sirven como bestias de carga. Todo su vocabulario consiste en «hijoputa», «cerveza», «cabrón», «mierda», «vino» y «follar». —Se

dirigió al aludido—: ¿A que no tienes ni idea de lo que estoy hablando?

—Que te den por el culo.

—No sabes decir otra cosa, ¿verdad?

—Hijoputa.

Los gladiadores rieron de nuevo. Cicerón ya había señalado lo difícil que resultaba encontrar un experto en literatura entre los esclavos de origen britano.

—No seáis racistas —intervino Mucro—. Todos los hombres estamos hechos de la misma mierda, no importa el color de la piel.

—¿Y qué me dices de los griegos? —le preguntó Pulcher.

—Que son más maricones que tú.

Un elegante patricio de rango senatorial entró en el patio, acompañado de un nutrido séquito. Su escolta se detuvo en la puerta mientras él ascendía por las escaleras para ser recibido por el mayordomo. Marco vio llegar a un niño de unos nueve años; jorobado, de muy corta estatura; su pequeño cuerpo deforme oculto bajo una elegante túnica y una expresión extrañamente serena para su edad. Le acompañaba una pareja de esclavos, mientras observaba con curiosidad a los gladiadores que aún practicaban en parejas.

El niño se detuvo ante él. Marco le saludó con una inclinación de cabeza y se creó un momentáneo silencio. La presencia de un gladiador en aquel patio estaba justificada; era el recién llegado quien debía romperlo:

—Soy Servio Sulpicio Galba.

Cuando alguien se sonroja al pronunciar el nombre de su familia, puede que se avergüence de ella, o puede que lo haga de sí mismo. Los Sulpicio Galba eran uno de los más nobles linajes patricios de Roma.

El niño se dio cuenta de que la mirada de Marco se había desplazado hasta su joroba.

—Sexto Hortensio dice que ha sido un castigo de los dioses —aseguró—. Me gustaría ser como tú para ponerle en su lugar.

—Sexto Hortensio ya se ha puesto él mismo en su lugar, cuando te ha dicho eso.

Castigo de los dioses. Debemos encontrar una razón para todo y, ante la desgracia, nos resistimos a cuestionar los desaciertos de la naturaleza o los crueles caprichos de los dioses. Es más fácil culpar a las víctimas.

El joven Sulpicio Galba prestaba atención al patio. Perseo había tomado sus armas para enfrentarse a Mucro.

—¿No os hacéis daño? —preguntó.

—A veces.

—Perseo no dejaría que nadie le dijera esas cosas —dijo el niño, observando a su ídolo.

Marco decidió sentarse junto a él.

—Es fácil identificarse con los «héroes»; son todo lo que nos gustaría ser. Pero, por muy bueno que seas, el contrario siempre tendrá una oportunidad de matarte. La *armatura* no enseña a vencer en cualquier situación. Eso es imposible. Te enseña a soportar el dolor, a controlar tu miedo, a dominar tu ira. Te enseña que los golpes son solo golpes y que las palabras son solo palabras.

—Mi padre no quiere que practique con otros niños —dijo Servio—. Cree que me harán daño.

—Tu padre se preocupa por ti.

Las Doce Tablas, las leyes escritas más antiguas de Roma, consideraban a los recién nacidos lisiados como una carga. Por ello, en los tiempos antiguos se los arrojaba desde la roca Tarpeya del Capitolio. Ahora, los niños no deseados eran abandonados a los pies de la columna Lactaria o en algún vertedero. Su destino era la muerte; o, si tenían suerte, trabajar como mendigos o bufones. Resultaba poco frecuente que un hombre de la posición de Sulpicio Galba hubiera aceptado a su hijo tal como era.

—Siempre está ocupado con sus negocios —se lamentó el niño—. Antes me leía historias que él mismo escribía. Ahora se reúne con el dueño de esta casa y con otro hombre de cara rara. Sonríe por todo, aunque no tenga gracia.

Tenía miedo. No le faltaban motivos.

—¿Se llama Fanio Cepión? —le preguntó.

Servio asintió en silencio.

La familia Sulpicio Galba era propietaria de los Horrea Sulpicia, los más importantes almacenes de Roma. Unas gigantescas naves junto a Emporium, el puerto fluvial del sur del Aventino, donde se descargaban las mercancías que llegaban remontando el Tíber: vino y aceite de la Bética, pescados, alimentos e incluso mármol. Los comerciantes depositaban allí sus mercancías a cambio de pagar un alquiler.

Y también se almacenaba el trigo de los subsidios del Estado.



Una vez que los Sulpicio Galba abandonaron la casa, Hermes se presentó ante ellos. Llegaba de la tercera planta, donde se alojaba Varrón Murena. El antiguo gladiador demostraba una lealtad hacia él que iba más allá de lo exigido por su cargo y oficio. Sin duda la gratitud hacia alguien que, en el pasado, le había otorgado la libertad.

—Mañana saldremos a la arena —les dijo—. Pugnax y Scorpio ascienden a *primus palus*. Clemens, Astus y Columbus pasan a la segunda categoría. Marco, ya

tienes experiencia, así que entras en la tercera. Habrá que buscarte un nombre.

—¿Qué tal «Palus»? —preguntó Pulcher.

Los gladiadores estallaron en carcajadas ante la idea de llamarle igual que el poste de entrenamiento. No le dio importancia; conocía bien esa histeria contenida en la que cualquier estupidez era celebrada con risas. Un deseo inconsciente de demostrarse a sí mismo y a los demás que no había nada de qué preocuparse. Un modo de sepultar el miedo.

—¿Alguna pregunta? —añadió Hermes.

Marco había dejado de ser novicio para convertirse en *tertius palus* y, aunque era cierto que ya había participado en unos juegos, lo había hecho como *noxius*. Aquello no era más que un subterfugio legal para subirle de categoría, y tendría que enfrentarse a otros gladiadores con más experiencia.

—Vestíos con vuestras mejores galas —concluyó lanista—. Debemos ir al foro.

Poco después, los treinta gladiadores atravesaron el Velabro, el valle que se extendía entre la colina Capitolina y el Palatino, repleto de mercados y talleres. La calle de los toscanos parecía abarrotada de hombres y mujeres de todas las razas que poblaban la Tierra, a pie o a caballo, en literas o en sillas a hombros de sus esclavos. El séquito de clientes que rodeaba a los opulentos patricios debía abrirse paso a empujones entre el aluvión de visitantes llegados desde toda Italia. Velox sonreía como un niño al comprobar que todos se apartaban al verlos. Un próspero liberto de origen griego, acompañado de su esposa y un nutrido séquito de esclavos, se negó a hacerlo. Cuando casi se da de bruces con Mucro, se plantó ante él, esperando que se hiciera a un lado.

—Apártate de mi camino —masculló el gladiador.

—Apártate tú —respondió el liberto con orgullo—. Yo soy un ciudadano respetable.

Mucro escupió a su esposa en la cara, y el liberto, atónito, fue incapaz de reaccionar. Mientras la mujer se limpiaba la flema del rostro con la estola, su hijo de diez años los observaba boquiabierto.

El griego se giró hacia su séquito, que permanecía quieto tras él.

—¿De qué te sirve ahora ser respetable? —le preguntó Mucro—. ¿Crees que se jugarán la vida por ti?

Amedrentado, el liberto se hizo a un lado, y los gladiadores reanudaron su marcha sin mirar atrás. Al darse la vuelta, Marco vio que el griego trataba de tranquilizar a su esposa, que había comenzado a llorar.

—¿Qué le ocurre? —preguntó a Perseo.

—Su padre era soplador de vidrio —respondió el hoplómaco—. Tenía un pequeño taller en la vía Sacra, hasta que un par de libertos griegos montaron otro no muy lejos del suyo. Hacían mejores productos, y él apenas sabía llevar un libro de

cuentas. Acabó arruinado. Desde entonces, Mucro odia a los griegos.

Las continuas conquistas habían traído a la capital a millares de esclavos de Oriente, que, una vez lograda la manumisión, adquirirían la ciudadanía. Marco observó la multitud de comercios regentados por libertos de origen griego o sirio que había en esa misma calle. Cuando era niño, solo había artesanos locales. «La Grecia conquistada acabó derrotando a su fiero vencedor», había escrito Horacio, y no le faltaba razón. Aunque la nobleza se hubiera enriquecido gracias a las conquistas, en los barrios populares la realidad era distinta.

Al fin llegaron al foro Romano. Aquella plaza de apenas setenta pasos por cincuenta constituía el corazón político y económico de la República. Una angosta vaguada entre la colina Capitolina, la Velia y el Palatino donde se realizaban toda clase de transacciones, desde las más sacras a las más infames. Rateros, mendigos, putas y ociosos se mezclaban con senadores, sacerdotes, abogados y usureros que abandonaban los templos y las basílicas. Marco descubrió que, entre la basílica Julia y la Emilia, se había construido un enorme anfiteatro de madera, cubierto con toldos para proteger del sol a los espectadores. Grandes rótulos escritos con pintura roja en las paredes anunciaban los combates. Entre la multitud, deambulaban los esclavos que portaban carteles con el programa.

Los gladiadores subieron a la Rostra. Era una gran tribuna, decorada con los espolones de las naves de guerra capturadas en la batalla de Antium tres siglos antes; el lugar desde donde los magistrados se dirigían al pueblo. En su extremo norte se encontraba el *umbilicus urbis*, considerado el centro del mundo: una pequeña cripta de mampostería recubierta de mármol que albergaba un pozo por el que era posible descender al Inframundo. El día antes de los combates, acostumbraban a exponer a los gladiadores ante el pueblo; por ello, a su alrededor se amontonaban cientos de curiosos.

Aliquem pro rostris laudare. Ser elogiado en público era sinónimo de subir a la Rostra. En ocasiones, Marco se había imaginado en aquel lugar y, sin embargo, los motivos que le habían conducido hasta allí eran distintos; se sentía como una res expuesta en el foro Boario.

—Se pulverizarán aromas para refrescar el ambiente —anunciaba un pregonero a voz en grito—. El público recibirá regalos: comida, monedas y cupones que podrán canjear por perlas o piedras preciosas.

Concluido el formalismo, los gladiadores descendieron por las escaleras para mezclarse con la multitud. Hermes no dejaba de observarle.

—Mucro me ha dicho que conoces bien estas calles —le dijo, señalando hacia el norte.

Incluso un romano podía perderse en Roma. Especialmente en aquella intrincada selva de callejones, pasadizos y vertederos, que nadie se había molestado en registrar

en un plano. Los barrios comprendidos entre la vía Sacra y el Quirinal, entre ellos la Suburra, eran los de peor reputación de la capital, y su fama estaba justificada. No eran un buen lugar para una cita a ciegas.

—Crecí en la Suburra —respondió.

—Te necesito a mi lado —dijo Hermes—. Iremos Mucro, Velox y yo.

Era de suponer que se trataba de algún nuevo encargo de Varrón Murena. Esta vez podría sacarle algún provecho a sus años de miseria.

—Toma. —Hermes le entregó un cuchillo, que él guardó dentro de su túnica. Intuyó que había escalado un nivel de confianza.

Se separaron del resto para adentrarse en aquel tumulto de charlatanes, bufones, adivinos y proxenetes que ofrecían a voces su mercancía. En aquellos barrios superpoblados, donde cohabitaban pequeños artesanos con ladrones y malhechores, los bloques de viviendas se amontonaban sin ningún orden sobre otros en ruinas. Formaban una red de tortuosos callejones cubiertos por una bóveda de ropa tendida y cientos de macetas que trataban de mitigar la nostalgia de la vida campestre que sus inquilinos habían dejado atrás. Algunas callejuelas desembocaban en una fosa séptica o en algún vertedero, donde los vecinos vaciaban sus orinales y se abandonaban a los hijos ilegítimos. El resto eran el terreno de caza de las rameras que pasaban el día sentadas en los soportales, a la espera de los adolescentes de buena familia que, recién estrenada la toga viril, aún no podían permitirse una cortesana. Niños de ambos sexos mendigaban en plena calle, dispuestos a acompañar a cualquiera que les ofreciera una moneda. En sus miserables mercados se revendía la mercancía robada en el resto de la ciudad. El hedor a pescado podrido y heces se mezclaba con el humo de los tugurios, formando una pestilente amalgama.

Pasaron frente al portal de su antiguo hogar, un ruinoso bloque de viviendas del Argileto que contra toda lógica se mantenía en pie. A su lado, aún seguía abierta la librería donde le permitían presenciar las lecturas públicas. Los relatos que allí escuchaba le transportaban a un mundo muy distinto del suyo; uno en el que los héroes no regresaban de la guerra borrachos y con una pierna lisiada, ni trataban de arañar algo de autoestima golpeando a su esposa. Cuando acuchillaron a su padre en una taberna a causa de una disputa de dados, Marco se avergonzó de no sentir nada; solo alivio. Por entonces, se llamaba Marco Rufo.

Años después, en casa de Vitruvio halló un nuevo hogar. Podía aprender un oficio y olvidarse de aquel barrio. Mientras experimentaba ese trasvase de una identidad a otra, llegó a detestar la compañía de su madre. No podía soportar su mezquindad, su estrechez de miras y su olor a col hervida; toda la miseria que la rodeaba.

Una noche, al regresar a casa, descubrió su cadáver. Había muerto de fiebre, totalmente sola. Supo que la había abandonado, y que el dinero que le había estado entregando para afrontar el abusivo alquiler solo era una tasa para acallar su

conciencia. Apenas podía recordar su rostro, y su mente quiso desterrarla aún más de su recuerdo. Como si no hubiera existido, como si no debiera existir, al igual que ya había hecho con el hombre que lo había engendrado. A partir de entonces, como Marco Vitruvio Rufiano, su vida sería tal y como debería haber sido desde el principio.

Pero esa nueva vida también se había esfumado.

—Aquí es —les dijo Mucro.

Habían llegado a una taberna adosada a un antiguo templo en ruinas, con la fachada apuntalada con vigas de roble. En aquel minúsculo santuario provisto de una cúpula, estaba teniendo lugar un taurobolio. Tres sacerdotes arrastraron un toro hasta la segunda planta; una vez allí, lo degollaron con cuchillos de carnicero. La sangre cayó a través de unas aberturas en el suelo hasta que el neófito, situado en la planta baja, quedó completamente empapado de ella.

Se dirigieron hacia la puerta del local adosado. La hiedra reptaba por encima del ladrillo y un rótulo mostraba la efigie de Cibeles acompañada de una pareja de leonas, que alguien había travestido garabateando un falo en su entrepierna. En el interior, un mostrador y media docena de mesas hacían que se asemejara a una cantina. Un rebaño de gatos deambulaba a la espera de las sobras de los escasos parroquianos. Acompañado por una pareja de matones, un adolescente vestido de mujer se acercó a recibirlos:

—Lo siento, pero debéis marcharos.

—¿Ya no os queda vino? —preguntó Mucro.

—Este es un local respetable.

Hermes dio una patada a un borracho para hacerse con su mesa y los gladiadores se sentaron en torno a ella.

—Dile a tu jefe que venga él mismo a decírnoslo. —El lanista alzó el antebrazo derecho, dejando a la vista su *stigma*.

El joven dio un paso atrás con el rostro desencajado.

—No pasa nada, Néstor —dijo una voz—. Sírvales vino a cuenta de la casa.

El ostentoso aspecto del recién llegado contrastaba con el destartado ambiente. Iba cubierto de oro de pies a cabeza, como si un príncipe galo se hubiese encontrado con el tesoro de Jerjes. Una holgada túnica de seda reteñida, cosida con cáñamo, envolvía su flácido cuerpo de eunuco. Se sentó junto a ellos con cautela.

—Estáis en la sede del colegio de canéforos de Cibeles —los informó—. Soy Demetrio, su *magister*. ¿En qué puedo ayudaros?

En el transcurso de una ceremonia, los novicios de Cibeles debían castrarse a sí mismos con un cuchillo de sílex. A cambio, se les entregaba ropajes y abalorios de mujer, y se convertían en sacerdotes: era su homenaje a Atis, el amante de la Diosa Madre, que se amputó su virilidad a causa del remordimiento por haberle sido infiel.

Dado que el derecho romano prohibía esa clase de mutilaciones, aquellos clérigos travestidos solían ser de origen oriental.

—Venimos a solicitar la ayuda de la Diosa Madre —manifestó Hermes—. Estamos dispuestos a hacer una donación para restaurar su templo.

Demetrio sonrió, mostrando tres dientes postizos de marfil unidos mediante hilos de oro.

—Sois gente piadosa —dijo con satisfacción—. ¿De qué clase de ayuda habláis?

—Mañana, en el teatro de Pompeyo, durante los festejos de Cibele, se estrenará una obra inmoral. Mi amo confía en que la diosa sabrá manifestar su descontento.

—¿El *princeps* estará presente?

—Eso parece.

—No veo por qué...

Hermes depositó una bolsa de cuero sobre la mesa. El *magister* inspeccionó su contenido antes de proseguir.

—Sin duda, es un escándalo —aseguró, rotundo—. Estoy convencido de que Cibele no lo pasará por alto.

Como tantos otros, aquel colegio sacerdotal se había convertido en una tapadera para la mafia. Redes de prostitución y comercio ilegal; sicarios y matones a sueldo. Durante la República, aquellas bandas habían protagonizado toda clase de altercados y linchamientos. Difundían rumores que culminaban en desórdenes callejeros e incluso habían llegado a entorpecer los comicios e incendiar la Curia. Por ese motivo, los *collegia* fueron proscritos.

Treinta y cinco años antes, un populista llamado Publio Clodio Pulcro logró legalizarlos y dirigió a una multitud para protestar por la escasez de grano durante el transcurso de los Juegos Apolinales y los Juegos Romanos. El Senado se vio obligado a entregar a Pompeyo el suministro de grano a la capital. En la siguiente legislatura, con Clodio como edil, los *collegia* expulsaron a los équites y senadores de las primeras catorce filas del teatro durante los Juegos Megalenses.

El circo y el teatro eran el lugar donde los dirigentes acostumbraban a mostrarse ante la ciudadanía. Se consideraba el momento más propicio, pues no había otro en el que el pueblo mostrara mayor entusiasmo. Los políticos podían ser recibidos con aplausos o silbidos y, por ello, en ocasiones, se negaban a acudir, por miedo a que su reputación se viera dañada. Dado que las asambleas populares habían perdido buena parte de las funciones de antaño, la proximidad de las gradas del teatro hacía de él un lugar idóneo para que Augusto se mostrara en público.

Allí se pondría a prueba la imagen del primer ciudadano de Roma.

VII

Los Juegos Megalenses eran la primera gran cita escénica del año. Y a pesar de que el teatro no fuera tan popular como las carreras de carros o los gladiadores, *Hércules* y *Ónfale* había despertado una gran expectación. Un gentío de ciudadanos togados y elegantes matronas, acompañados de esclavos con cojines y parasoles, atravesaba aquella enorme plaza ajardinada en dirección al teatro de Pompeyo. Era el lugar de paseo más frecuentado de Roma; un gigantesco pórtico rectangular de columnas de granito con salas adosadas en las que se exponía una fastuosa colección de pinturas y estatuas griegas, expoliadas durante la conquista de Oriente.

Vitruvia no se sentía contagiada por el entusiasmo imperante. Su irritación no solo obedecía a la tensa relación con la liberta que, a pesar de sus esfuerzos, seguía sintiendo como hermana. El principal responsable de su agitado estado de ánimo era el burdo rollo de papiro que acababa de adquirir en una librería de la Saepta.

Ante ella, cerrando uno de los lados de aquel gigantesco pórtico, vio el edificio más impresionante de Roma.

Los griegos acostumbraban a construir sus escenarios en vaguadas o en faldas de montaña; aprovechaban la pendiente natural para los graderíos. Sin embargo, la cávea del teatro de Pompeyo estaba sostenida por una sucesión de galerías abovedadas, de forma que aquella soberbia construcción de mármol se elevaba majestuosa sobre el Campo de Marte hasta ciento treinta pies de altura. Las palomas que anidaban en el tejado del pórtico volaban a su alrededor sin alcanzar la última arcada.

Atravesó una de las puertas para subir por las escaleras de los corredores. Al atravesar la galería de acceso al auditorio, contuvo el aliento. Resultaba difícil concebir que aquel gigantesco espacio hubiese sido creado por la mano del hombre. El graderío semicircular, dispuesto en tres niveles, poseía quinientos pies de diámetro y se decía que podía dar asiento a casi treinta mil espectadores; el escenario de trescientos pies de ancho contaba con un frente escénico en tres niveles pintado de vivos colores. Por encima del auditorio y a espaldas del público, se erguía un templo consagrado a Venus Victrix, de forma que las gradas constituían sus escaleras de acceso.

Ciento treinta años antes, había tenido lugar el primer intento de construir un teatro permanente en Roma. Los cónsules abortaron el proyecto, argumentando que suponía un atentado contra la moral pública. La existencia de un escenario estable significaba que una obra podría representarse sin la necesidad de asumir el enorme coste que suponía la construcción de unas gradas. El teatro era el principal medio para transmitir ideas a una plebe analfabeta, y el mundo escénico podía dejar de estar en manos de los nobles.

Una vez apagados los ecos de su sonoro triunfo en Asia, Pompeyo descubrió que

el mejor modo de preservar su gloria era construir un monumento como aquel. Demostrando su sutileza política, incorporó un templo al edificio y le añadió una curia para el Senado. Los padres conscriptos no encontraron un modo de justificar que fuera deplorable o subversivo un complejo que incluía un santuario para la deidad protectora de Roma, además de un lugar donde ellos mismos se reunirían.

Como en cualquier otro auditorio, los esclavos podían tomar asiento en la zona alta, a condición de que no osaran sentarse con los ciudadanos libres. El grueso de la plebe ocupaba las filas centrales, tras las catorce primeras, reservadas a la clase ecuestre y la senatorial. Normalmente las mujeres debían acomodarse en las últimas gradas, aunque, al ser esposa de un équite, Vitruvia podría hacerlo junto a los de su rango.

Mientras descendía por las escaleras, descubrió varias miradas indiscretas sobre ella. De nuevo, acudir sola a un acto público daría que hablar. Esta vez se estrenaba una obra de la compañía de Fabricio, y eso en parte lo justificaba. Su esposo sabía delegar en sus subordinados, salvo cuando debía afrontar la embarazosa labor de recibir los aplausos. Ahora, tal como se esperaba de un promotor cultural, se encontraría en algún lugar fingiendo estar atareado.

Al fin encontró a quien buscaba. Cuando se disponía a sentarse a su lado, se topó con los hermanos Sosii y su séquito de aduladores. Tuvo que pasar ante aquella docena de rostros que la escrutaban de pies a cabeza. Los ojillos saltones del mayor de los Sosii brincaron inquietos al verla; bajo la nariz carnosa, sus labios sonrosados esbozaban una sonrisa cínica. A su lado, su hermano permanecía recostado sobre una montaña de cojines, con un ademán de suficiencia. A pesar de la diferencia de edad entre ambos, se diría que eran gemelos, fruto de un parto durante años postergado.

—Mi querida Vitruvia..., qué agradable sorpresa —le dijo el mayor de los Sosii—. Es un placer verte por aquí. Esperamos ansiosos tu próximo libro.

—Imagino que para hacer más reediciones llenas de erratas. —Su voz rasgó la melosa entonación del editor como un cuchillo. Arrojó un burdo rollo de papiro sobre su regazo.

—Nos cuesta creer que una amante de la literatura pueda estar en contra de que la gente lea los clásicos a un precio razonable —dijo el menor de los Sosii.

Cuando una obra salía a la luz era habitual que surgieran tiradas ilícitas a cargo de editores que de aquel modo se ahorraban los costes del original. Se publicaba la obra de los autores más cotizados sin su consentimiento, e incluso se les atribuía la autoría de cualquier bodrio para así otorgarle valor. Los discursos de los oradores eran transcritos a escondidas, y algunos alumnos se lucraban vendiendo los apuntes de sus maestros, en ocasiones bajo su propia firma. Se empleaba el nombre de reputados eruditos de forma fraudulenta para otorgar legitimidad a los libelos, sin que nadie se molestase en comprobar su procedencia.

Se llamaba *plagiarius* a quien recurría a esas prácticas, algo que en derecho aludía al rapto y al robo. Sin embargo, ni tan siquiera Marco Tulio Cicerón, el más reputado abogado de la República, había podido recurrir a la ley para impedir las apresuradas reediciones de sus obras, en las que en ocasiones desaparecían líneas o pasajes completos.

Los hermanos Sosii observaban a Vitruvia como si en cualquier momento fueran a escupir una flema. Una elegante joven se aproximó a ella y tuvieron que dejarle paso. Tomó a la editora del brazo y juntas se reunieron con un senador rodeado de una numerosa clientela.

—La literatura solo otorga renombre —murmuró la recién llegada—. En ocasiones, ni siquiera eso. —Su cabello cobrizo recogido en la nuca enmarcaba un pálido y delgado rostro de rasgos regulares, provisto de una boca ancha que esbozaba una sonrisa triste.

—Pagué una fortuna por ese manuscrito de Corina de Tanagra —respondió Vitruvia—. He pasado los últimos dos meses trabajando en él. Una tirada de mil ejemplares, revisados uno a uno. Solo han tenido que comprar un ejemplar para inundar el mercado con millares de copias baratas.

—¿Y qué hay de tus elegías?

—No voy a editarlas —respondió Vitruvia con sequedad.

Publicar una obra significaba leerla en público. Tal vez escribir un poema sobre la muerte del hombre al que amas no debiera ser motivo de vergüenza, ni tampoco hacerlo por la pérdida de un hermanastro. Pero que esa persona fuera ambas cosas a la vez no era algo que pudiera reconocerse ante un auditorio, en especial por parte de una mujer casada. Ni siquiera un nombre ficticio podría ocultarlo.

—Lamento lo de tu hermanastro —dijo el senador sentado junto a la joven—. Sabes que en Aquitania hice todo lo que pude por él...

Cuatro años antes, Valerio Mesala Corvino había comandado la Legión IX durante una revuelta de los aquitanos, gracias a lo que había obtenido un gran prestigio. La mansión de aquel noble de cuarenta años era la sede del Círculo de Mesala, un cenáculo de escritores entre los que figuraba Tíbulo y su sobrina Sulpicia, poetisa a la que había adoptado tras la prematura muerte de sus padres. Educado en Atenas junto a Horacio, era autor de unas memorias sobre las guerras civiles, varios ensayos de gramática y diversos poemas bucólicos en griego, además de versos eróticos y satíricos. Muchos le consideraban un orador de mayor valía que Marco Tulio Cicerón.

—¿Este asiento está libre?

Al girarse, Vitruvia descubrió a un atractivo joven de veinte años, envuelto en una elegante toga. Decidió ignorarle.

—¿Me desprecias? —dijo él, mientras se acomodaba a su lado—. Ni tan siquiera

me conoces...

—Todas las mujeres de Roma conocen a Publio Ovidio Nasón. —La editora tuvo que reconocer que su risa resultaba agradable. Poseía un gran talento como poeta, aunque solo lo dedicara a escribir obscenidades.

—Las mujeres se negarán o aceptarán —aseguró Ovidio—, pero siempre desean que lo intentes.

—¿Incluso una casada? —preguntó Sulpicia.

—Fijaos en ellas, ataviadas con sus mejores galas —apuntó el joven, señalando el auditorio—. Vienen a ver, pero también a que se las vea. Este lugar supone un quebranto para el pudor: es posible sentarte cerca de alguna de tu elección sin que nadie te lo impida, e incluso rozar su piel a causa de la aglomeración...

—¿Por eso has venido? —preguntó Vitruvia.

—Y a causa de una deuda de gratitud hacia Mesala Corvino, el primero en apreciar mi obra —dijo, dedicándole una reverencia—. ¿Acudirás a la fiesta de Mecenas?

Una vez más, decidió ignorar la pregunta. Observó el altar situado en la orquesta, donde se habían celebrado los sacrificios y ahora se quemaba incienso mezclado con azafrán. Aquella mañana había tenido lugar la procesión desde el templo de Cibeles, deidad a quien estaban dedicados los juegos, y una silla evidenciaba la presencia simbólica de la Diosa Madre.

—La gota no horada la piedra por su fuerza, sino por su constancia —dijo Ovidio a su lado.

Fueron interrumpidos por un repentino clamor. Precedido por una docena de lictores, Cayo Julio César Octaviano caminaba por el espacio semicircular situado a los pies del escenario, acompañado de su esposa Livia, de Marcelo y de Julia, su hija carnal. A pesar de su espléndido atuendo, Augusto no era capaz de ocultar los síntomas de su enfermedad.

Buena parte del público se levantó para ovacionarle, agitando en el aire el extremo de sus togas. Vitruvia supuso que el *princeps* había contratado a aplaudidores profesionales. Aquello solo era otra farsa que, en lugar de representarse en el escenario, lo hacía en las gradas. Un episodio más de lo que él mismo llamaba el «mimo de la vida»: en ocasiones, los espectadores a sueldo le reclamaban algo a gritos y él fingía condescender y satisfacerles. Una decisión previamente estudiada para fingir que obedecía a la voluntad del pueblo.

Entonces, en la parte media del auditorio, un centenar de espectadores comenzó a silbar y abuchearle. La editora se preguntó si aquella reacción también era espontánea o si se trataba de algún grupo de provocadores asalariados. Sus pitidos parecían contagiar a otros sectores de las gradas, y los abucheos comenzaron a convertirse en palabras:

—¡Pan! ¡Pan! ¡Pan!

Esa era la mayor preocupación del pueblo romano. A lo largo de los últimos meses, no habían dejado de circular rumores acerca de las paupérrimas cosechas, y todos sabían que el precio del trigo iba a dispararse. Un centenar de hombres armados con estacas y unos cascabeles sujetos al cinturón surgieron de los accesos, para expulsar a los alborotadores de la cávea. Eran miembros de las cohortes urbanas, las nuevas fuerzas de orden público bajo el mando del prefecto urbano.

Mesala Corvino observaba la escena con preocupación. Augusto había creado aquella prefectura para «poner freno a los esclavos y a los desórdenes de aquellos que solo temen la fuerza». Hasta entonces, los pretores se habían encargado de la administración de justicia, pero quedaron relegados ante el nuevo magistrado, cuya jurisdicción llegaba hasta cien millas de Roma. Tres años antes, Augusto había decidido conceder a Mesala Corvino ese cargo. Él dimitió seis días después, alegando una *inciviles potestas*. En otras palabras: el poder que se le había otorgado era ilegal.

Augusto aún permanecía en pie. Tras dirigirse al centro de la orquesta, hizo un solemne ademán con el brazo; un gesto paternalista, con el que pretendía ahuyentar sus temores.

—¡Ciudadanos! —dijo, elevando la voz—. ¡Me comprometo a que el precio del trigo se mantenga en cuatro sestercios el modio a lo largo de todo el año! ¡Realizaré repartos a costa de mi propio patrimonio, y esto no afectará a las entregas ordinarias!

El público comenzó a aplaudir con entusiasmo. Al contemplar aquella euforia desatada, la expresión de Vitruvia se ensombreció. El *princeps* controlaba las arcas públicas y gobernaba Egipto como un feudo privado, no como una provincia tributaria al Estado. La mayor parte del grano de los subsidios procedía del Nilo, y Augusto apenas hacía distinción entre patrimonio público y privado; ahora les regalaba un pan comprado con el dinero que antes les había robado, y todos le ovacionaban por ello.

Los aplausos se hacían cada vez más fuertes y ella permanecía sentada, ajena a la farsa. Entonces descubrió que los hermanos Sosii la observaban; uno de ellos murmuraba algo. Eran amigos de Mecenas y estaban bien relacionados con el régimen. Temerosa de las posibles consecuencias, la editora no tuvo más remedio que unirse a los aplausos.

Cuando el primer ciudadano de Roma tomó asiento junto a la silla reservada para Cibeles, comenzó a sonar la obertura a cargo del *tibicen*. Con su flauta doble, el músico interpretaba una amanerada melodía; fue la señal para que se alzara el telón.

Cintia, como *archimima*, apareció en escena para recitar el habitual prólogo:

—¿Acaso puede este escenario albergar el palacio del rey de Lidia? Ni siquiera las musas nos han otorgado ese don. —Hubo regocijo en la parte alta del auditorio; la joven se expresaba con el lenguaje vulgar de la plebe—. Imaginemos, pues, que estos

son los muros entre los que Hércules conoció a la reina Ónfale, y quedó tan prendado de su belleza que dejó de lado su hombría y se abandonó a los placeres de Venus.

La joven se retiró y la música cobró intensidad. Sobre el escenario, apareció una embarcación dorada con un cisne labrado en la proa y las velas teñidas de púrpura. Los remos de plata se movían al compás de una sensual melodía en modo lidio. Sentada sobre un trono de bronce bruñido, con un disco argénteo flanqueado por dos serpientes sobre la cabeza, Cintia había reaparecido como Ónfale. Su túnica translúcida de lino era blanca como las nubes, amarilla como el azafrán y roja como la llama. Sobre ella, un manto negro le envolvía el cuerpo; pasaba bajo el brazo derecho para subir hasta el hombro izquierdo, donde su extremo libre caía hacia el frente formando un nudo. En la mano derecha sostenía un sistro de bronce que, a cada sacudida, producía un débil tintineo. A su alrededor, un cortejo de hermosas muchachas bailaba sensualmente en distintos grados de desnudez.

El reparto habitual en un mimo solían ser dos o tres actores, lo cual, unido a la brevedad de las obras, hacía de él un género versátil, capaz de representarse en fiestas privadas o en el intermedio de obras extensas. En ese momento, en el escenario había más de una docena de bailarinas. En aquella lucha constante para superar la grandiosidad de la puesta en escena, en la *Clytaemnestra*, de Accio, se reunieron seiscientas mulas para acarrear el botín del saqueo de Troya. En el *Equos Troianus*, de Nevio, se expusieron tres mil copas labradas.

Rendido ante aquella grandiosa visión, Hércules se despojó de su piel de león y su garrote para entregárselos a Ónfale. Mudó sus ropas por un vestido de cortesana y, para afeminar aún más su aspecto, tres doncellas le ciñeron un collar y varios brazaletes de oro. Entonces se arrodilló ante la reina.

Vitruvia experimentó una súbita náusea ante aquella escena que evocaba el primer encuentro entre Marco Antonio y Cleopatra. A su lado, Ovidio admiraba a Cintia, embobado. Bajo la piel de león, el cabello negro caía formando una cascada sobre los hombros y sus pechos se agitaban inquietos a causa de su entrecortada respiración. La reina lidia hundió sus largas uñas en el cabello del héroe y le tomó de las sienes para conducirlo hasta su regazo. En su afán de complacerla, Hércules, arrodillado ante ella, cubierto de joyas y travestido como una prostituta, consumó la mayor degradación en la que podía caer un hombre: practicarle sexo oral a una mujer.

Con miles de miradas sobre ella, Ónfale observaba a su amante a través de sus largas pestañas, con los ojos entrecerrados y las mejillas encendidas. Siguiendo la cacofonía de la música, las bailarinas danzaban a su alrededor con un ritmo cada vez más intenso y extendieron los brazos hacia los amantes. Ella arqueó su espalda y se llevó una mano a la boca, tratando de ahogar los gritos, y entonces se dejó caer hacia atrás. La música cesó; su cuerpo quedó desmadejado sobre el trono. Tomándole del mentón, la reina alzó el rostro de Hércules para mostrarle su satisfacción mediante

una maliciosa sonrisa. Él, ruborizado, bajó la vista sin poder ocultar su orgullo por haberla complacido.

El simbolismo de la escena era demoledor. Representaba la facilidad con la que el hombre, a causa del amor, podía convertirse en esclavo de una mujer ambiciosa, capaz de emplear aquella debilidad a su antojo. Era una imagen que había quedado grabada en la mente de todos. A partir de entonces, nadie de entre los veinte mil espectadores que habían presenciado la escena dudaría jamás de lo ocurrido en Alejandría.

La obra prosiguió. Como *archimima*, Cintia en ocasiones rompía el «cuarto muro» para comentar los sucesos con el público, contaba chistes e instaba al resto de los personajes a obrar según sus deseos. Las carcajadas de los espectadores, especialmente los sentados en la última cávea, fueron constantes; tampoco faltaron los piropos y algunos comentarios que hicieron que Vitruvia se sonrojase. Sin embargo, tuvo que reconocer el talento de su antigua doncella. La comedia estaba articulada en planos de atención dirigidos a distintos sectores del público. El vulgo prefería la acción a los versos, mientras que los eruditos se recreaban en las figuras retóricas. A pesar de su aspecto lascivo, el argumento era capaz de satisfacer todos los gustos, desde los más refinados a los más groseros.

La obra concluyó cuando Apolo descendió del cielo para redimir a Hércules. Mientras un actor era descolgado hasta el escenario, la meliflua melodía fue sustituida por otra en modo dorio, más austera y marcial. El dios llevaba una coraza dorada sobre el pecho y su aspecto era deslumbrante; no resultaba difícil reconocer, tras aquella nueva maniobra simbólica, al primer ciudadano de Roma.

Deus ex machina: «Dios mediante la máquina». Eurípides fue el primer dramaturgo en emplear una grúa para hacer llegar a una deidad a escena con el objeto de resolver una situación sin salida. Algo que fue criticado por Aristóteles en su *Poética*, pues consideraba que el desenlace de una historia debe surgir de su lógica interna, no de un artificio.

En el escenario, Apolo devolvió a Hércules la piel de león y el garrote que Ónfale le había arrebatado. De este modo, le enseñaba que, al renunciar a ejercer su dominio sobre su consorte, había renunciado a su virilidad. El héroe, redimido, decidió castigar a la reina por su soberbia: tras ser azotada en público, Ónfale fue llevada a rastras por el carro triunfal del dios de la luz, la verdad y la profecía. La función se había convertido en una metáfora de la victoria del *princeps* sobre Marco Antonio y Cleopatra, y esta vez mostraba la humillación que la reina egipcia les había arrebatado al suicidarse.

Deus ex machina. Un simple hombre ensalzado mediante un artificio, solo para alterar la lógica de la historia.

La bajada del telón trajo la oscuridad al escenario.

Cintia estaba desnuda, al igual que el resto de los actores. Despojarse de la ropa al ritmo de la música suponía el clásico colofón a cada obra de mimo y, en aquella gigantesca cávea abarrotada de un público puesto en pie, los aplausos resonaron como una tormenta.

Al principio, todo había sido ansiedad. Superado el hito del primer punto de humor, todo cambió; los momentos más tensos siempre eran cuando se esperaba alguna reacción del público. Al comenzar a oír las risas tras su primera intervención cómica, pudo olvidarse de los espectadores y disfrutar de la obra. Los aplausos supusieron la apoteosis final. Ahora se sentía eufórica. Solo el teatro podía zarandear su ánimo de una forma tan radical, arrastrándola desde la más profunda depresión hasta esa embriagadora euforia que ahora la embargaba.

Los operarios comenzaron a recoger la escenografía oculta tras el *siparium*, la cortina que cubría los fondos de escena. La compañía de Fabricio comenzó a vestirse entre gente que iba y venía a través de decorados y grúas. Batilo se despojó de su túnica de cortesana, y las actrices de reparto se sentaron para despojarse de las pelucas y limpiar su rostro de aceites, mientras comentaban las anécdotas del día.

Uno de los asistentes se aproximó a Cintia para señalarle algo. Ella le interrumpió con un gesto cuando vio llegar a Fabricio:

—Ya hablaremos más tarde.

Trató de recomponer sus defensas, serenar su ánimo y aplacar esa traicionera gratitud que, en contra de toda lógica, experimentaba hacia él. Los aplausos que aún resonaban en el auditorio eran suyos. El *dominus gregis* solo era un intermediario entre ella y su público; él aportaba el dinero que hacía posible esa alquimia, pero solo para obtener más a cambio.

Le acompañaba Cayo Cilnio Mecenas. Cuarenta y siete años, mediana estatura, rostro severo y nariz ancha, ojos muy separados entre sí y una avanzada alopecia. Miembro de la clase ecuestre, era inmensamente rico y descendía de una estirpe real etrusca. Diplomático hábil y hombre de estado, se había convertido en consejero y confidente de Augusto. Amante de las artes y de las letras, patrón de docenas de poetas, le acompañaba su habitual séquito de aduladores, esclavos, parásitos y clientes.

Cintia estaba totalmente desnuda ante él.

—Una gran obra —exclamó Mecenas.

Su rostro se iluminó ante la presencia de Batilo, y ambos se besaron en la boca. La actriz conocía esa relación, no era ningún secreto, pero no era lo mismo saber que su compañero de reparto era el amante de Mecenas que ser testigo de ello.

Al fin, el adinerado équite le prestó atención y Cintia se vio rodeada por una veintena de hombres envueltos en togas.

—Marcelo me ha hablado mucho de ti —aseguró Mecenas. Sus ojos recorrían su

cuerpo evaluando cada detalle. Tuvo que fingir indiferencia.

Cintia había sido esclava, conocía esa sensación. Era la misma que cuando recogía la mesa mientras sus amos hablaban de ella sin importarles que los oyera, o cuando alguien aseguraba estar solo pese a su compañía, o incluso cuando hacía de vientre ante ella sin ningún pudor. Sabía lo que era sentirse un objeto, pero esta vez había un matiz añadido. No era lo mismo contemplar un desnudo que ver a alguien desnudo. Para ella, exhibirse en escena era hacer de la piel un disfraz, convertirla en su vestuario. Sin embargo, aquella escrutadora mirada era la de quien estudia la dentadura de un caballo.

La actriz carraspeó, irritada, y el équite arrugó el rostro con desagrado.

—Escucha, Cintia..., la obra ha sido espléndida —dijo Mecenas—. Vuestra propuesta ha sido original y arriesgada. Tenéis muchas posibilidades de ganar, pero es conveniente que acudas a la fiesta para que puedas hablar con Marcelo en privado.

El subtexto es la herramienta del actor. Las palabras nos informan de lo que un intelecto dice, pero son los gestos y la entonación los que transmiten las emociones. Una conversación puede fluir a dos niveles, como un mar tranquilo que oculta una violenta corriente en su interior.

Mecenas esbozó un somero gesto de despedida y su séquito le acompañó hasta la puerta. La plácida expresión de Fabricio se esfumó mientras el adulator consumado daba paso al taimado déspota. Cintia, que a diario veía rostros mudar de un registro a otro, no pudo evitar un estremecimiento.

El director de la compañía la tomó del brazo para llevarla hasta un cuarto.

—No seas niña, Cintia —espetó Fabricio—. Has quedado como una remilgada y me has dejado en evidencia.

Podía sentir su aliento en el rostro. Su corazón latía con violencia, y un reguero de sudor resbalaba entre sus senos. Diez días antes no hubiera tolerado algo así, y ahora solo deseaba vestirse.

—Mecenas es un cliente importante —prosiguió Fabricio—. Está acostumbrado a recibir cierta clase de trato; no podemos defraudarle.

La actriz aguardó inmóvil, sin bajar la vista, a la espera de que todo terminara. El director teatral suspiró; hubo un cambio de actitud:

—Marcelo te ha visto y quiere conocerte —dijo, bajando el tono de voz—. Créeme, no atendía a razones.

Una sucesión de expresiones desfilaron por su rostro. «He hecho muchas cosas por ti, tienes que compensármelo». «Los dos estamos en el mismo barco». «No sería la primera vez». «Sé que conoces muchas formas de agradar a un hombre». «Recuerda que puedo destruir tu carrera en cualquier momento».

Sabía que su relación con Mecenas se encontraba en un momento decisivo. Ese año, Marcelo invertiría una obscena cantidad de dinero en festivales y él podría ser el

mayor beneficiario. Cualquier paso en falso podía echarlo todo a perder. Cintia comprendía la manipulación a la que se veía sometida: su *dominus gregis* le ofrecía una oportunidad que no podía rechazar y más tarde reclamaba la contrapartida. Se veía forzada a acceder y eso la comprometería aún más ante la siguiente petición. Era un círculo vicioso, y Fabricio era un experto en aquel juego.

Ella también se encontraba en un momento decisivo, todo su futuro dependía de cómo actuara en él. En el escenario, cada acción ha de ir acompañada de una reacción; la interpretación ha de ser la consecuencia del mundo exterior y no de algo premeditado. De ese modo, cada gesto nace en cada instante y se convierte en algo inherente al personaje.

La actriz bajó la vista y asintió.

Fabricio acarició su mejilla y le dio un beso para despedirse. Al fin pudo ponerse una túnica, tomó asiento e inspiró. Solo entonces dejó de sentirse como una esclava desnuda y se convirtió de nuevo en una actriz triunfadora.

Más allá de la puerta, un elegante équite de cabello entrecano y sonrisa de estafador la observaba.

—Hubo algunos errores en el texto de la tercera escena, y Batilo no ha estado a la altura. Hay actores que pueden afrontar cualquier papel, pero él no es tan versátil. Si no se hace una obra a su medida, debería adoptar alguno de los personajes habituales de la tradición escénica.

Se trataba de Apio Valerio, un afamado promotor cultural afín a Agripa, propietario de la compañía de teatro que actuaría a continuación. Se había convertido en el mayor rival de Fabricio y acostumbraba a acosar a cualquier actor con talento. Hacía tiempo que había ofrecido a Cintia trabajar para él.

—Sabes que llegará un momento en el que ya no habrá marcha atrás, ¿verdad? —dijo Valerio, observando el corredor por donde se había marchado Fabricio—. Si vas a esa fiesta, ten cuidado. Dicen que Marcelo tiene gustos dionisiacos y frecuenta malas compañías.

—No hay nada que no pueda controlar —respondió la actriz.

—Por cierto, yo de ti no perdería de vista a tu antigua dueña.

Vitruvia observaba el enjambre de aduladores y parásitos que había rodeado a Fabricio para felicitarle. Terminada una farsa, daba comienzo otra. Durante unas horas, la editora había llevado las riendas de su vida, y ahora debía sumergirse de nuevo en aquella otra, hecha a la medida de su esposo. Mientras ascendían por las escaleras de la cávea, se toparon con los hermanos Sosii.

—Tito Fabricio, enhorabuena por tu mimo —dijo el menor de los Sosii—. Ha sido muy... estimulante. Veo que tu esposa te ha contagiado de su gusto literario.

El comentario rezumaba sarcasmo. Sabían que la obra había sido escrita por Vario Rufo, a pesar de que él la hubiera modificado a su antojo.

—Mi esposa..., siempre obstinada en publicar libros que nadie lee —respondió Fabricio con suficiencia—. Obras que aburren a causa de su profundidad. Yo cortejo a las musas para que convivan con la plebe.

Ante el pueblo, las obras de Fabricio denunciaban las imposturas eruditas. Ante los aristócratas, se presentaba a sí mismo como un sofisticado diletante que mostraba hacia la plebe una condescendencia elitista.

—La cultura siempre ha sido patrimonio de la élite —dijo el mayor de los Sosii—. El filósofo, el médico o el jurisconsulto están expuestos solo a la censura de sus iguales. Pero ¿qué hombre, por rústico que sea, confiesa no entender el teatro? Muchos autores, por conveniencia, convierten el grosero gusto del vulgo en las leyes del arte. Sin embargo, la única forma de hacer llegar la cultura a la plebe es empobreciéndola.

—Un promotor cultural ha de compartir los gustos del pueblo para identificar aquello que tendrá éxito. Imagino que sabéis a qué me refiero...

—Sí —replicó el mayor de los Sosii—. A la cama de Procusto.

—¿Quién? —preguntó Fabricio, desconcertado.

—Un posadero de Ática, que cortaba las piernas de sus huéspedes para que se ajustaran a la longitud de su propio lecho —le explicó Vitruvia—. Se utilizaba a sí mismo como modelo ideal y trataba de rebajar al resto a su altura. Hay quien cree que todo aquello que ignora no merece la pena saberse. En algunos casos, se ignora tanto que se acaba despreciando a cuantos le rodean.

La pareja de editores estalló en carcajadas. El mayor palmeó el hombro del comerciante de arte para hablarle:

—Si admites un consejo, deja que sea tu mujer quien hable de literatura. Tú sigue escribiendo mimos con chascarrillos y juvenzuelas desnudas. El Velabro y la Suburra te lo agradecerán.

Fabricio dedicó a su esposa una furibunda mirada, pero se encontró ante un muro de hielo. Atravesaron en silencio los jardines del teatro.

Solo había sido una nueva advertencia, con la que habían establecido otro límite a su farsa. Un episodio más dentro de una pugna constante, en la que ella se mantenía firme, cercada como una fortaleza. Y, sin embargo, tal como había dicho una hora antes aquel joven poeta, con el paso del tiempo incluso la más dura roca se erosiona.

Cuando Vitruvia se recostó en su litera, agradeció la intimidad que le otorgaban las cortinas. Los porteadores la llevaron hacia la puerta Fontinal a través del Campo de Marte. Buscó un rollo de papiro oculto entre los cojines.

Le costaba deshacerse de un libro. Era como traicionar a un viejo amigo, o vender a un esclavo que te ha servido fielmente durante años. Cada volumen era un confidente que te revela un misterio. Vitruvia desenrolló *Las suplicantes*, de Eurípides: «Forastero, para empezar, te equivocas al buscar aquí un tirano. Esta

ciudad no la manda un solo hombre, es una ciudad libre. El pueblo es soberano mediante magistraturas anuales alternas y no concede el poder a la riqueza, sino que también el pobre tiene igualdad de derechos».

Un libro nos permite conversar con gente que lleva siglos muerta. También vincula a una persona con su pasado. Gracias a las anotaciones de sus márgenes, la editora había redescubierto sus pensamientos de hacía una década; un mapa de la geografía de su memoria, un testimonio de su mente años atrás.

Aunque no fue muy popular en su tiempo, Eurípides se había convertido en el dramaturgo más respetado. De Sófocles se dijo que retrataba a las personas como deberían ser, mientras que él lo hacía tal y como eran. Sus personajes femeninos — Electra, Medea o Hécuba— poseían una gran fuerza; no le resultó difícil comprender por qué, siendo una niña, le habían fascinado tanto.

Al contrario que los poetas arcaicos, como Homero o Píndaro, que ensalzaban los ideales aristocráticos, el teatro ateniense recurrió al mito heroico para mostrar las imperfecciones humanas. Las tragedias impartían enseñanzas acerca de las consecuencias de nuestros actos, sobre conflicto entre los lazos de sangre y el poder político, las leyes divinas frente a las humanas; las ambiciones individuales contra el bien común, la búsqueda de justicia, el deber cívico y la obediencia a las leyes frente a los privilegios de clase.

El teatro de Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes se benefició del intercambio libre de ideas y sirvió para educar a la ciudadanía en los valores de la democracia, la libertad y la igualdad de todos ante la ley. En las gradas no existían clases sociales. El Estado costeaba las obras, los dramaturgos no dependían de mecenas. Tanto los actores como los miembros del coro eran elegidos entre el pueblo. Los premios eran la decisión de unos jueces seleccionados entre las diez tribus de Ática, que, sin embargo, debían ignorar el vocerío del populacho.

Tras la conquista de Grecia por los macedonios, aquel teatro dejó de lado su contenido político y evolucionó hacia un nuevo drama, del que destacó Menandro. Comedias de enredos que retrataban las pasiones humanas, e influyeron a Plauto y Terencio, los dos grandes autores latinos. Pero esas obras, escritas hacía más de un siglo, apenas se representaban. Su lugar lo había ocupado el mimo: escenificado en soberbios escenarios como el que había dejado atrás, el teatro clásico agonizaba. Una deslumbrante puesta en escena para historias vacuas que sustituían la sustancia por espectáculo, y la verdad por artificio; una actuación cada vez más histriónica, más lasciva y más violenta.

Vitruvia observó el camafeo de vidrio con la imagen de Ceres que Fanio Cepión le había entregado.

Desde que Augusto había alcanzado el poder, el teatro se había convertido en un fármaco para adormecer al intelecto. Solo llegarían al futuro una ficción desprovista

de honestidad, concebida para el aplauso fácil. El *princeps* no podía tolerar cualquier obra que cuestionara los cimientos de su poder, y editarlas constituía un riesgo inasumible para los hermanos Sosii. Eso también suponía una ventaja.

Las decisiones más fuertes son aquellas capaces de otorgar una respuesta a todos nuestros interrogantes. Son la tesela que nos permite completar un complejo mosaico; son nuestra única vía de escape, aquella que tomamos aun a sabiendas de que solo nos lleva a una senda sin retorno.

VIII

En el pasado, la *cena libera* había sido un acto simbólico de compensación; el organizador de los juegos concedía un último festín a los condenados la víspera de los combates. Sin embargo, al igual que estos habían dejado de ser un ritual funerario hacía mucho tiempo, para el lanista aquella celebración se había convertido en un modo de exponer su mercancía al público; para el organizador, en una forma de demostrar su generosidad ante el pueblo.

La fiesta tenía lugar en uno de los jardines del Palatino con vistas al foro, de modo que los gritos y la música llegaban incluso a la residencia de las vestales. Deseoso de cultivar una imagen marcial, a Marcelo le gustaba rodearse de gladiadores. Pero a pesar de que en ese momento se encontraba a menos de veinte de pasos de él, rodeado por su habitual séquito de aduladores, parásitos y clientes, a Marco le hubiera sido más fácil disfrutar de la compañía de Hércules. Estimó que habría una centuria de pretorianos en torno al jardín, y tal vez otras dos más en las inmediaciones, equipadas con la panoplia completa. Un insulto a la ciudadanía romana, a la que se trataba como una ciudad conquistada; se suponía que la prohibición de portar armas dentro de las murallas debería bastar para garantizar el orden público. Aunque esas medidas, concebidas cuando Roma era solo una aldea, no tenían sentido con tres familias gladiatorias reunidas. Entre todas sumaban casi un centenar de criminales, prisioneros de guerra y asesinos meticulosamente entrenados para matar.

Los curiosos deambulaban entre las mesas para observar de cerca a sus ídolos, que yacían recostados mientras les servían en vajillas de plata. Aquella noche, Mucro había decidido emborracharse y lo hacía con una dedicación encomiable.

—Si la diño —dijo—, quiero una bonita estela de mármol junto a la vía Apia. Que exponga mi historial en grandes letras: Mucro, *el asesino*. No estaría de más que hubiera un rosal junto a ella.

—No te preocupes: yo lo regaré —terció Pulcher—. Iré a mear tu tumba todos los días.

El resto de la familia Varrón estaba a su lado. Reían, tratando de ahuyentar el miedo, y no faltaban los que, ajenos a la fiesta, dictaban a un escriba su testamento. Velox tenía a una joven en su regazo:

—Estate quieto —le dijo la muchacha, mientras apartaba su manaza del pecho.

—Claro, pequeña —replicó él, zalamero—. Solo hasta donde acordamos.

—Ahora no —insistió ella—. Sigo enfadada.

Los gladiadores se vieron sometidos al escrutinio de tres jóvenes de clase alta. Una de ellas se acercó a su mesa. Sus ornatrices habían logrado construir un rostro de serena inocencia, desacreditada por su generoso busto, aprisionado en la parte

superior del vestido mediante una sucesión de cintas.

—Busco a Perseo —les dijo, con la suficiencia propia de su clase.

—Eres Helva, ¿verdad? —respondió Mucro—. Perseo nos ha hablado mucho de ti.

—¿De verdad?

—No te hagas muchas ilusiones, monada —le advirtió la mujer que acompañaba a Velox.

—Dijo que me prefería por encima del resto.

—Una declaración de amor en toda regla —replicó la acompañante de Velox—.

Al principio, yo también lo vi como un sueño.

Como si hubieran invocado su presencia, Perseo acudió junto a ellos. Como ídolo de su escuela, se había reunido con varios senadores en compañía de Varrón Murena.

—Helva... —murmuró—. Qué guapa estás esta noche.

—Gracias, me miras con buenos ojos. —Un delicioso rubor tiñó sus mejillas.

Ante ellos se presentó un musculoso individuo de origen griego, moreno y ancho de espaldas. Su cuerpo era un amasijo de fibra y tendones.

—Perseo... —dijo, esbozando un saludo—. Siempre rodeado de mujeres.

Nadie pasó por alto la ironía.

—Anda, reúnete con Marcelo. ¿No ves que está esperando a que le beses el culo?

—Mucro no parecía seguidor ni de Cicerón ni de Hortensio; su escuela de oratoria había sido la Suburra—. Mañana nos veremos en la arena, y entonces te subiré la mierda a pollazos.

El aludido prefirió ignorarlos y se dirigió hacia la mesa del heredero de la República.

—Es el Arcadio —explicó el suburano a Marco—, uno de los gladiadores del *princeps*. Compite como tracio.

Augusto había heredado de César su escuela de gladiadores en Capua, la Ludus Iulianus. Al parecer, el enfrentamiento entre la escuela de Varrón Murena y la del primer ciudadano de Roma adquiriría un enorme significado político. Pulcher no paraba de observar a Marcelo.

—Olvídate de él, guaperas —espetó Mucro—. Marcelo solo se codea con triunfadores. Jamás enculará a un antiguo esclavo doméstico.

—Soy *primus palus* de la familia Varrón Murena —respondió Pulcher con orgullo—. He vencido en veinte ocasiones y no he conocido la derrota en mis últimos doce combates. He ganado tres ramas de palma y una corona de laurel.

—Cierra la boca, maricón.

—Y si no, ¿qué? —respondió el retiario, encarándose a él—. ¿A mí también me subirás la mierda a pollazos?

—No, porque a ti te gustaría.

Perseo cogió la mano de Helva para besarla. Ella sonrió y ambos se levantaron para dirigirse a un cubículo. La boca de la joven, ancha y de labios perfilados, sonreía con arrogancia.

Un remilgado joven se presentó ante ellos; tal vez el hijo de algún próspero comerciante. Sonreía, tras haber presenciado la escena.

—Me llamo Lucio Ahala —les dijo—. Si no os importa, me gustaría sentarme con vosotros.

Marco asintió y él se acomodó en una silla a su lado. Al ser un simple *tertius palus*, había esperado pasar desapercibido. Pronto descubrió que los rumores sobre la victoria de unos simples *noxii* ante unos gladiadores en Puteoli habían pasado de boca en boca, algo que le otorgaba cierta popularidad.

—¿Qué clase de gladiador eres? —le preguntó Ahala.

—*Myrmillo*.

El muchacho sonrió con satisfacción.

—Estupendo, yo soy *scutarius*.

Al igual que los seguidores de las carreras de carros se dividían en cuatro facciones, entre los aficionados a los gladiadores existían los *scutarii* y los *parmularii*, que mostraban su predilección por los combatientes con escudo grande o pequeño.

—¿Puedo ver tu espada? —preguntó Ahala con avidez.

Marco tomó un arma al azar del expositor que se encontraba a su lado y se la entregó. Él la acarició como si fuera la reliquia de un santuario.

—¿A cuántos has matado con ella?

—He quitado la vida a cuatro hombres en la arena —respondió Marco, lacónico—. Antes de ser gladiador, a muchos más.

—Dime, ¿cómo prefieres acabar con ellos cuando están de rodillas? Dicen que lo más doloroso es clavársela en la espada.

—Jamás me lo he preguntado.

—Yo creo que es mejor en el cuello —aseguró Ahala, rotundo—. He visto degollamientos de todo tipo, y en la espalda siempre tardan más en morir. En ocasiones, he podido contar hasta cien antes de que dejaran de respirar.

Parecía un muchacho corriente, y eso era lo peor. Debió de interpretar su silencio como alguna clase de complicidad y se mostró más animado:

—Hermes es vuestro *doctor armorum*, ¿verdad? A los ocho años le vi en un *munera sine missione*. Cuando entró en la arena, el gladiador que quedaba en pie había acabado con dos adversarios. El cansancio hace que los que salen al principio apenas tengan posibilidades, pero Hermes mató a una docena, uno tras otro. Fue el único superviviente. ¡Dioses, jamás he visto tanta sangre! Las gradas se convirtieron en una fiesta: todos se amontonaban en la balaustrada para verle de cerca. Es toda una

leyenda.

Decían que los gladiadores aportan un ejemplo útil de valor. Gracias a ellos, los romanos podían habituarse a la sangre desde niños. Si un simple esclavo, un bárbaro o un criminal, podía soportar el dolor y enfrentarse sin temor a la muerte, ¿qué no sería capaz el pueblo elegido para gobernar el mundo?

El gladiador era alguien al que, al mismo tiempo, se le admiraba y se le despreciaba. Junto a actores y aurigas se habían convertido en héroes. A pesar de ser profesiones infames, los luchadores encarnaban la valentía y la habilidad marcial; las actrices, la sofisticación y la belleza. Incluso los más adinerados aristócratas deseaban ser histriones, aurigas o bestiarios, para vergüenza de sus familias. La sangre de gladiador se consideraba un preciado talismán y su sudor un afrodisíaco; mujeres respetables deseaban yacer con ellos después de los combates, sin que llegaran a lavarse. Una matrona incluso se cortó el cabello para convertirse en esclava al servicio del actor Estefanión, a quien Augusto hizo azotar en público. El *princeps* tuvo que prohibir por ley que los équites formaran parte del cortejo de los actores.

Marco observó la expresión fascinada de Ahala cuando sus compañeros de escuela se retiraron a los cubículos, todos ellos acompañados. Un muchacho es una persona a medio hacer; necesita un modelo. ¿Y quién desearía ser como un filósofo estoico, a pesar de su virtud? Roma se estaba convirtiendo en una sociedad de eternos adolescentes.

Experimentó un gran alivio cuando Hermes acudió para rescatarle de la compañía del muchacho.

—¿Algún capricho en especial? —le preguntó.

—Quisiera pasar la noche con una mujer.

Poco después, acompañado por dos libertos, Marco caminaba por el *Submemmum*, la «calle de las putas», que atravesaba la Suburra de un extremo a otro. Una hilera de sucios y angostos cubículos, con la entrada apenas velada por unas cortinas hechas jirones, se sucedía por ambos lados. Junto a la entrada, mujeres y muchachos desnudos aguardaban en pie entre los talleres de artesanos. Nadie se atrevía a adentrarse en aquel lugar tras la puesta del sol sin una escolta provista de antorchas. No solo había que temer a ladrones y sicarios, también a las bandas de jóvenes de buena familia enfervorecidos por el vino.

Según Cicerón, la fuerza es el derecho de las bestias. Sin embargo, decir que en aquel lugar imperaba esa ley resultaba generoso. Los animales solo atacan a otros para alimentarse, mientras que en la Suburra la violencia siempre era algo gratuito e iba acompañada por el hambre. A pesar de las eternas disputas del hampa, la miseria era la única dueña de sus calles, y cuando entraba en los hogares, los niños de más corta edad salían por la puerta de atrás. Crecer allí suponía enfrentarse a toda clase de depredadores, y las muchachas eran las presas más fáciles. Para la mayoría de ellas,

trabajar en alguno de los lupanares que atestaban aquel suburbio no suponía ningún cambio en su vida. Salvo, tal vez, que el proxeneta les entregaba una parte de las ganancias y que el matón a sueldo solo las golpeaba de vez en cuando.

Llegaron hasta un edificio que ocupaba una esquina; la segunda planta sobresalía sobre la deslucida fachada y creaba una especie de soportal. Una tosca pintura junto a la puerta, iluminada por un farol de aceite, mostraba a Príapo alzando su túnica para depositar un colosal miembro viril sobre uno de los platillos de una báscula. En el otro, una enorme bolsa de sestercios competía con su peso: el fiel de la balanza no se decantaba por ninguno de los dos. Bajo aquella imagen, un rótulo rezaba «Aquí habita la felicidad».

—Te esperamos —dijo uno de sus guardias—. Disfruta de tu última noche.

En el recibidor, varias ramerales aguardaban desnudas bajo los candiles que colgaban del techo. Los frescos de las paredes mostraban toda clase de acrobacias sexuales; un explícito catálogo de posturas amoratorias que dejaría corto el tratado de la hetaira Filenis de Samos. En los prostíbulos de esclavas de origen bárbaro, había barrotes en las ventanas. Allí no hacían falta. La prisión de aquellas mujeres era el hambre y la miseria.

Marco sintió una presencia a su lado.

—¿Vienes conmigo? —No era la forma más original de abordar a un cliente. Lo que la hacía especial era el cuerpo que acompañaba a aquellas palabras: alto y pálido como el de una ninfa, con una melena rubia cayendo por su espalda.

Su precio eran dos ases. El mismo que un vaso de buen vino en cualquier taberna, el doble que el de uno corriente y la mitad que uno de Falerno. Las más cotizadas podían llegar a los dieciséis.

Decidió acompañarla. Iluminado por la mísera luz de una lucerna, el pasillo conducía a una sucesión de estancias con las puertas cubiertas con cortinas, en las que había un cartel que señalaba la especialidad de su inquilina. Escuchó gemidos y groseros gruñidos de placer. Olor a perfume barato. A juzgar por otro más intenso, bajo las escaleras se encontraban las letrinas. Fue conducido hasta un cubículo de la segunda planta con una puerta entreabierta. En su interior, apenas había espacio para un lecho de ladrillo cubierto con una esterilla, que se lavaría al finalizar la jornada, y una palangana con agua sobre una banqueta. La espartana sencillez de aquel mobiliario resultaba, en sí misma, elocuente.

La mujer cerró la puerta dejándole a solas con Quinto.

—¿Confías en ella? —le preguntó.

—Tanto como en mi propio padre.

Sonreía. Años atrás, había sido desheredado a causa de su conducta licenciosa y el ejército se convirtió en su única salida. No le importaba que su familia le creyera muerto. Tampoco mostraba demasiado interés en un reencuentro; su carácter cínico

hacia de él alguien inmune al autoengaño. Quinto era el producto de una rebeldía juvenil frustrada por la derrota y de un temprano idealismo domesticado por el fracaso. Se sabía incapaz de cambiar nada.

Su amistad había nacido a altas horas de la noche, en una taberna regentada por una prostituta siria, al amparo de un local cerrado al público. Surgió con esa descarnada sinceridad solo posible cuando dos personas están totalmente borrachas.

—¿Alguna novedad? —le preguntó Quinto.

—Varrón Murena nos envió a chantajear a un funcionario llamado Manio Agrícola —aseguró—. Y al parecer anda en tratos con Sulpicio Galba.

Su amigo esbozó un gesto de preocupación.

—Es el dueño de los Horrea Sulpicia —dijo—, los almacenes más grandes de Roma, donde se guarda el trigo destinado a los repartos gratuitos entre la plebe.

Marco ya lo sabía. Era otra cosa lo que se preguntaba:

—¿Es leal a Augusto?

—Su padre, Servio Sulpicio Galba, fue legado de Julio César durante la guerra de las Galias. Aunque más tarde fue condenado a muerte por participar en el magnicidio. Digamos que él no es un férreo defensor de Augusto, y por ello no ha ascendido más allá del cargo de pretor.

—No alcanzo a entender la gravedad del problema.

—La cosecha egipcia será muy mala. Y según los nilómetros de la isla Elefantina, este año el Nilo apenas subirá de nivel.

El limo que arrastraban las crecidas del río, que tenían lugar entre julio y septiembre, fertilizaba los campos egipcios, que suministraban a Roma el grano necesario para casi seis meses. La urbe contaba con casi un millón de habitantes y cada uno de ellos consumía cuarenta modios de trigo al año. En condiciones normales, Egipto generaba un excedente de unos veinte millones, aunque también debía abastecer a las grandes ciudades de Oriente. Dos años de malas cosechas hacían que el suministro de pan corriera un serio peligro.

—Por si fuera poco —añadió Quinto—, también hay sequía en África y Sicilia: allí las cosechas serán igual de pésimas. La isla paga sus impuestos en especie y aporta la décima parte de su producción de cereal. No se le puede exigir más.

La temporada de lluvias daba comienzo entre principios de septiembre y finales de octubre. Aquel otoño, la ausencia de lluvias hizo que la mayor parte de las semillas no germinaran, al encontrarse sobre una tierra dura y seca. Las precipitaciones concluían entre principios de abril y finales de mayo. Se trataba de otro momento crítico: lo ideal era que se prolongaran todo lo posible para que el cereal creciera, pero, de momento, apenas habían caído cuatro gotas. Como cuestor ostiense, Tiberio supervisaba la recepción y el almacenaje del grano que llegaba a la capital, y Quinto le ayudaba en sus funciones. Su preocupación era comprensible.

—Si hay malas cosechas en todo el Mediterráneo, el precio del trigo se disparará —concluyó Marco—. Y si escasea el pan, habrá revueltas en Roma. La quinta parte de los habitantes depende de las entregas gratuitas de pan. En el pasado Augusto ya estuvo a punto de perder la ciudad, a causa del bloqueo naval de Sexto Pompeyo. ¿Acaso lo has olvidado?

Recordaba como si fuera ayer las hambrunas de su niñez, que se cebaron con los barrios populares de la urbe. Con la hogaza de pan a casi un denario, los robos se hicieron habituales y los disturbios se sucedieron hasta colapsar el comercio.

—Sabemos que se avecina una grave crisis y estamos preparados para ello —aseguró Quinto para tranquilizarlo.

Hacía cuatro años que el *princeps* había trasladado su guardia personal a la capital para crear las Cohortes Pretorianas, y había prohibido que las legiones pisaran Italia. Para ayudar a los pretorianos, había creado las Cohortes Urbanas. También estaban los vigiles, que se encargaban además de la extinción de incendios. Hasta entonces, Roma no había conocido ninguna fuerza de orden público; durante más de un siglo de guerras civiles y enfrentamientos entre líderes del hampa, los disturbios habían sido habituales. Ahora, todas estas nuevas instituciones dependían de un solo hombre.

—Roma necesita cuarenta millones de modios de trigo al año, que han de traerse en barco —prosiguió Quinto—. Las naves fondean en Puteoli y, desde allí, otras de menor tamaño lo llevan a Roma remontando el Tíber. El grano se descarga en Emporium, el puerto fluvial del Aventino, y es almacenado en los Horrea Sulpicia hasta que se reparte en el templo de Ceres en forma de pan. Es posible que Fanio Cepión trate de romper algún eslabón de esa cadena.

—¿Qué hay de la flota?

—Como sabes, el Estado solo posee naves de guerra —replicó Quinto, ante aquella pregunta envenenada—. Los barcos mercantes están en manos privadas: las compañías de *navicularii*.

—Es decir, en manos de los publicanos.

—Y también en las de modestos propietarios de una o dos embarcaciones, cuyo sustento depende de los contratos estatales. Y de comerciantes griegos, con intereses enfrentados a las sociedades mercantiles romanas. Sé lo que estás pensando, pero los publicanos no pueden cortar el suministro de grano a la capital.

—En Egipto, el trigo se cosecha entre abril y mayo —reflexionó Marco—. La flota de Alejandría fondea en Puteoli hacia las calendas de junio. ¿Qué pasará si no trae grano suficiente?

—Creo que la pregunta es: ¿qué tienen entre manos Fanio Cepión y Varrón Murena con el propietario de los almacenes? A partir de ahora, tu misión será averiguarlo.

Quinto le ofreció la mano para despedirse. Al estrechársela, se percató del *stigma*

en su antebrazo. Le entregó un pequeño rollo de papiro y su amigo lo desenrolló para leerlo:

D·M
MARCVS·VITRVVIVS·RVFIANVS
VET·S·V·F·C·MILITAV
MENSOR·IN·LEG·VIII·HISP
TI·CLAUVIVS·NERO·FACTVS
SPECVLATOR·QVOD
CEPISSET·COROCVTAM

—El texto de mi lápida —le explicó, de forma innecesaria—. He hecho un boceto del relieve para el cantero, creo que le servirá.

Quinto no dejaba de observarle, tal vez considerando si aquella conversación era la última.

—Es solo por lo que pudiera pasar —añadió Marco.

—¿He de decirles algo a tus padres?

—Ya han perdido a su hijo una vez. No quiero que pasen por ello de nuevo.

—¿Y a tu hermanastra?

Marco estrechó su mano con fuerza.

—Soy *tertius palus*: me enfrentaré a gladiadores de poco nivel. Creo que sobreviviré.

Su amigo asintió, sin pronunciar palabra. Mientras bajaba por las escaleras en dirección a la calle, trató de convencerse de que lo que acababa de decir era cierto.

El anfiteatro estaba teñido de ocre, con escenas venatorias pintadas en vivos colores. El muro que separaba la arena del graderío había sido decorado con hiedra y guirnaldas de flores. La fragancia de los perfumes trataba de mitigar el sudor de los diez mil espectadores que se agolpaban en las gradas, y unos toldos desplegados sobre mástiles les protegían del sol. Por encima ellos —asentados sobre la cima del Capitolio—, el templo de Júpiter Óptimo Máximo y las arcadas del Tabularium creaban un majestuoso fondo escénico.

Incrustada entre dos basílicas, a los pies de sus más venerados santuarios, aquella colosal construcción de madera había engullido el corazón político, económico y espiritual de la urbe; la Curia, donde se reunía el Senado, parecía insignificante a su lado. A pesar de que Roma contaba con un anfiteatro permanente construido por Estatilio Tauro en el Campo de Marte, el ritual de erigir y dismantelar una colosal estructura como aquella simbolizaba su vinculación con el patrocinador de los juegos. Por ese motivo, todas las miradas convergían sobre Marco Claudio Marcelo.

Acompañado por una docena de músicos, fue el primero en pisar la arena. Las

trompetas resonaron cuando atravesó la puerta triunfal y una lluvia de pétalos de rosa cayó desde la parte alta de la cávea; el público comenzó a rugir entusiasmado. El joven heredero iba acompañado de dos criados que sostenían las tablillas de cera en las que figuraban los emparejamientos entre gladiadores y los castigos para los criminales. Tras ellos, varios libertos cargaban con las plataformas de madera con las estatuas de Marte, Hércules, Némesis y Niké. Precedidos por el portador de la rama de palmera destinada al vencedor, desfilaban los gladiadores en doble fila, seguidos de los *venatores*. Por último, un grupo de esclavos cargaba con sus armas para exhibirlas ante el público.

Marco bajó el rostro, temiendo que alguien le reconociera. Desde niño, había presenciado decenas de desfiles como aquel, pero jamás imaginó que alguna vez formaría parte de uno. Inquieto, observó el graderío, dividido en tres zonas concéntricas. La primera fila, ante la balaustrada, estaba reservada a los senadores, y las siguientes a los équitos: no encontró el rostro de Fanio Cepión.

—¡Arcadio! ¡Arcadio!

El público ovacionaba al gladiador con quien Marcelo se dejaba ver; una farsa de amistad de la que la plebe parecía convencida. Mecenas se había sentado en el palco y, como una sombra, Tito Fabricio permanecía detrás. Marco trató de ocultarse tras el corpachón de Mucro. Por fortuna, la atención del esposo de su hermanastra no recaía sobre la arena.

—El *princeps* no ha acudido —masculló Perseo.

Tenía razón. Augusto rara vez se ausentaba de un espectáculo público, y eso evidenciaba que su enfermedad se había agravado.

La plebe gritaba entusiasmada, acomodada sobre camastros y cojines. Muchos habían llevado ánforas de vino o parrillas para asar, y realizaban apuestas, por lo que eran frecuentes las peleas. Entre aquella vociferante multitud deambulaban los vendedores ambulantes con dulces, refrescos y mercancías con imágenes de gladiadores: lucernas, vasijas, espejos y lámparas, que reproducían escenas acaecidas en la arena. Varias centurias de pretorianos habían formado un perímetro para controlar a los gladiadores y las bestias destinadas a las cacerías.

Una vez que dieron la vuelta a la pista, las tubas anunciaron el comienzo del espectáculo. Los gladiadores atravesaron de nuevo la puerta triunfal para dirigirse al hipogeo, un complejo de pasadizos y celdas bajo la plataforma que sustentaba la arena. Habían excavado varios túneles sorteando la Cloaca Máxima, y su proximidad hacía que el hedor resultara insoportable.

Marco se sentó junto a uno de los pilares de roble para ajustar las correas de la *manica* de su brazo derecho, tratando de que no ahogara la circulación. Los miembros de la familia Varrón aguardaban en los bancos adosados a la mugrienta pared de ladrillo, bajo la luz de las lucernas. El corredor era tan angosto que entre las rodillas

de unos y otros apenas había espacio para avanzar. Sobre sus cabezas, entre las grietas de la estructura de madera, se filtraba la arena de la pista. El rugido procedente de las gradas resultaba ensordecedor y, en ocasiones, los obligaba a comunicarse mediante gestos.

A su izquierda, Mucro dormitaba con la espada apoyada en la pared, y Velox manoseaba su desgastada bolsa de cuero, llena de pedazos de piel humana. Marco ojeaba los elevadores por los que los gladiadores accedían a la arena cuando Hermes llegó a través del estrecho corredor para hablarles:

—Lucharemos contra la Ludus Iulianus, la escuela de Augusto —les dijo—. He de reunirme con Varrón Murena para que me diga a quién os enfrentaréis.

Al oír la noticia, Mucro observó a un luchador con armamento tracio que se encontraba al final del corredor.

—El Arcadio —le recordó—. Uno de los mejores hombres de la Ludus Iulianus.

Siendo *myrmillo* y *primus palus*, era probable que Mucro tuviera que enfrentarse a él, pues se solía emparejar a luchadores del mismo nivel. Desde el fondo del pasillo, el aludido le saludó con un gesto confiado, tal vez recordándole su promesa de subirle la mierda a pollazos.

—A pesar de todo, me cae bien —reconoció el suburano—. Procuraré que sea una muerte rápida.

Buena parte de su campechana arrogancia se había esfumado. Si Marcelo había escogido al Arcadio como campeón, sin duda era por algún motivo, y sería muy ingenuo esperar un arbitraje justo. Derrotar al protegido del heredero de la República podría acarrearle unas consecuencias incómodas.

Resonaron las tubas. Habían tenido lugar los *noxii* y las cacerías; era el momento del preludeo, en el que algunos ciudadanos de clase acomodada combatirían con armas de madera, deseosos de pisar la arena sin correr demasiados riesgos.

Marco observó a Perseo, apoyado en el asta de fresno de su lanza. Esperaba encontrarse ante su habitual serenidad; sin embargo, había algo en su postura que delataba inquietud. Por muy bueno que fuera luchando, en una situación como aquella solo un loco podría mostrarse confiado.

De nuevo resonaron las tubas: había llegado la *probatio armorum*. El juez de arena inspeccionaría las armas que iban a entregarles, para asegurarse de que estaban bien afiladas.

Un esclavo llegó con un par de ánforas.

—¿Queréis agua? —les preguntó.

—Dame la de vino —dijo Perseo.

Sus compañeros de escuela rieron mientras él bebía, en lo que sin duda era una vieja costumbre. Hermes se abrió paso por el túnel, inusualmente serio.

—Perseo, te ha tocado aquel *myrmillo*. Mucro luchará contra Mercurio. —El

lanista se detuvo ante él—: Marco, tú combatirás contra el Arcadio.

No supo cómo reaccionar.

—Marco no está preparado para enfrentarse a un *primus palus* —masculló Mucro.

—Es una decisión de Varrón Murena —le dijo Hermes.

—Ya sé de quién es la decisión.

A lo largo de los últimos días, Marcelo se había dejado ver junto al Arcadio. No le interesaba que su campeón saliera derrotado, por lo que le había buscado un adversario fácil. El incidente en Puteoli había sido muy comentado: un esclavo había logrado derrotar a tres gladiadores. Era algo demasiado anómalo como para no despertar la fantasía popular, y el boca a boca no había hecho más que magnificar el número de muertos. Eso podía maquillar la diferencia de nivel entre ambos.

La *compositio* se establecía de común acuerdo entre el organizador de los juegos y los propietarios de las escuelas gladiatorias. Al parecer, Varrón Murena había dado aquel combate por perdido, evitaba el riesgo de quedarse sin un valioso veterano. En su lugar, había puesto al superviviente de Puteoli, pues sin duda no le guardaba simpatía: de este modo, la pérdida económica sería mucho menor.

Un muro de expresiones sombrías se extendió entre los gladiadores al ver cómo su dueño especulaba con la vida de uno de ellos. Quizás en otro momento les tocaría a ellos. Perseo observaba a Marco con atención, sin que el gesto delatara sus emociones:

—Así que hoy serás el campeón de la familia Varrón Murena...

—Solo es un cadáver —espetó Pulcher.

Fueron saliendo por turnos. Primero los *tertius palus*, más tarde los *secundus palus*. A medida que el corredor se fue vaciando, los gladiadores se estudiaban más entre sí.

—Es tu turno.

Marco se dirigió hacia la plataforma que le tenía que elevar hasta la arena mediante un sistema de poleas accionado por unos esclavos. Entonces sintió una mano sobre su hombro: era Perseo.

—El Arcadio emplea la sica con su brazo derecho formando un gancho, sin llegar nunca a estirarlo —le advirtió—. Acuchilla con todo el cuerpo formando un único bloque. Parar sus golpes es como tratar de detener la embestida de un toro. Pero eso le hace perder alcance. Debes combatir en todo momento en el límite de distancia, donde tú puedas herirle y él a ti no. Has de aprovechar la mayor longitud de tu *gladius* frente a su sica. Esa será tu única ventaja.

Una portezuela se abrió sobre su cabeza y la tarima comenzó a ascender lentamente hacia la arena.

Aferró con fuerza su *gladius*. Era un arma de origen hispano; una adaptación de

las largas espadas tajantes de los galos, provista de una aguzada punta que también la hacía útil para la estocada. Fabricada en las grandes factorías de Roma, la calidad del hierro dejaba mucho que desear; por ese motivo, en los últimos años la hoja se había vuelto más ancha y corta. Aunque los jinetes y la infantería auxiliar empleaban una espada más larga, en general la longitud de esta arma romana se había reducido. Eso convertía aquella esgrima en un intercambio de puñaladas a corta distancia. Algunos gladiadores utilizaban puñales; al exponer más el brazo, se habían desarrollado aquellas protecciones. Acostumbrado al bosque de lanzas y largas espadas de los galos, Marco no estaba habituado a tener a su adversario tan encima.

La trampilla se abrió y un torrente de luz le deslumbró. Escuchó un tremendo clamor. Uno tras otro, los luchadores emergieron de la arena, como salidos de las profundidades del Hades. El ascensor finalizó su recorrido acompañado por el ritmo de las trompetas. Las gradas formaban un mar humano; miles de espectadores presos de una pasión que rayaba la locura. Manchas de un rojo oscuro resbalaban por los muros pintados de púrpura y teñían la arena de escarlata.

Encontró al Arcadio junto al *summa rudis*, el juez de arena. Otras cuatro parejas combatirían al mismo tiempo; entre ellos, se encontraba Mucro. La categoría de un gladiador se medía por lo avanzado de la hora en la que pisaba la pista, y Marco había dejado de luchar al mediodía para hacerlo casi al anochecer. Los combates de última hora eran los más esperados.

Todos saludaron al palco. Una pareja de esclavos mostró unos carteles con su nombre y la escuela de procedencia.

—¡El Arcadio, el más famoso de nuestros *auctorati*! —anunció un individuo togado.

—¡Arcadio! ¡Arcadio!

El público comenzó a corear el nombre de su adversario. Un niño de diez años se apoyó en la balaustrada para hacer un explícito gesto a Marco, arrastrando su pulgar por el cuello. Cuando el Arcadio saludó a las gradas, la ovación se convirtió en tempestad. La muchedumbre se revolvió como las olas de un océano encrespado.

De nuevo, Marco se preguntaba qué hacía allí.

Los poetas imaginaron Arcadia como una idílica tierra de pastores, sumidos en una apacible existencia repleta de paz y armonía. Obligados a sobrevivir en una áspera y montañosa tierra del Peloponeso central, atrapados entre las continuas guerras de argivos y espartanos, los arcadios se habían convertido en un pueblo de duros y obstinados guerreros. Casi la mitad del ejército de mercenarios griegos que acompañó a Jenofonte desde el corazón del Imperio persa procedía de allí y, a juzgar por el correoso aspecto de aquel gladiador, las cosas no habían cambiado en los últimos años. Armado con un puñal curvo llamado «sica» y un escudo más pequeño que el suyo, compensaba esa desventaja con dos grebas altas y unos acolchados para

proteger las piernas.

Marco puso el pie izquierdo sobre una marca de cal en la arena. El *summa rudis* se situó entre ambos.

Las reglas eran sencillas. La lucha se desarrollaba sin asaltos ni interrupciones; era posible establecer descansos, de mutuo acuerdo o decretado por el *summa rudis*, aunque solo en casos excepcionales. El combate terminaba cuando uno de los dos estuviera muerto, incapacitado, o si, a causa del cansancio o las heridas, alzaba el índice y el anular para rendirse. En ese caso, su destino dependía de Marcelo, el patrocinador de los juegos, tras consultar al público. Si desobedecían, el árbitro los golpeaba con su bastón. Más allá de eso, todo estaba permitido.

El sonido de una tuba anunció el comienzo del combate.

Hubo varios golpes de tanteo. Perseo estaba en lo cierto: las cuchilladas impactaban en su escudo con una fuerza brutal. Al sostenerse mediante un asa en su centro, el escudo se abatía si recibía un golpe en la parte superior. Para evitarlo, Marco debía apoyar el hombro en la cara interna, y los ataques del Arcadio se lo estaban machacando.

Vio venir una nueva cuchillada y dio un paso atrás; la sica pasó a un palmo de su rostro.

Al verlo retroceder, el público comenzó a abuchearle. Los espectadores de la parte superior de las gradas apenas podían distinguir los detalles; se contagiaban del ánimo de las primeras filas de équites y senadores.

Si no sabes combatir, solo eres consciente de dos dimensiones. Gracias a la instrucción, comienzas a ver tus acciones de una forma tridimensional, como si las observaras desde fuera. Es la diferencia entre contemplar un bajorrelieve o una escultura. Entonces descubres que la clave reside en controlar la distancia.

Guardar la distancia. Dominar el espacio vital. Mantenerse siempre alerta. Protegerse en todo momento. En el pasado, Marco no lo había hecho y había quedado marcado en el rostro de por vida. Jamás volvería a cometer ese error.

El Arcadio se le echó encima. Su sica trazó un arco, buscando su hombro izquierdo por encima del escudo. Marco corrigió su posición con la pierna retrasada, mientras buscaba su muslo con la espada. Escuchó un sonido metálico: había chocado contra la greba.

Entonces sintió el golpe.

Años antes, cuando su centuria estaba defendiendo la puerta de un fuerte, una veintena de tracios intentaron echarla abajo con un ariete empapado en brea, al que habían prendido fuego. Para evitarlo, los legionarios tuvieron que apoyarse en el postigo. Cuando la tablazón de roble se hizo pedazos, la punta de hierro candente alcanzó de lleno en el hombro de Marco, hundiéndose en su carne.

Esta vez el dolor fue peor.

La sica atravesó cuero y madera. La parte superior de su escudo se había hecho pedazos, y la sangre chorreaba por el brazo. Marco dio dos pasos atrás. Descubrió una melladura en su hoja; modificó el agarre, para cambiar de filo, mientras oía los abucheos de un rebaño de necios que jamás habían pisado un campo de batalla. Trató de encauzar su ira contra el Arcadio.

El gladiador tracio alzó los brazos, contagiado por la euforia de un público que lo jaleaba. Eso hizo que Marco le perdiera el respeto. O tal vez el miedo se volvió tan intenso que se olvidó de los imbéciles que le observaban.

El Arcadio lanzó una estocada y él dio un paso atrás. De nuevo, trató de acercarse, y Marco saltó hacia un lado. Una nueva puñalada se quedó corta. El público gritaba, indignado, pero él los ignoró. Combatiría a su modo, como siempre había hecho. Con aquella decisión, estaba destruyendo el único puente tendido a su espalda: si se rendía, jamás le perdonarían la vida. El coste de un gladiador sin renombre era asumible para Marcelo. Su única forma de salir con vida era la victoria.

Las acciones del Arcadio se volvían vistosas, sin un sentido táctico. Jugaba con él, le obligaba a retroceder. De su propia herida no dejaba de manar sangre. Podía sentir su calor deslizándose hasta la mano con la que sujetaba el escudo, hecho pedazos en la parte alta. Sabía que ese era su punto débil. Bastaba una nueva estocada para convertir su hombro en un amasijo de carne. A su rival eso no se le escapaba, y él sabía que lo sabía. Vio cómo el Arcadio se giraba para observar el palco: desde su escaño de plata y marfil, Mecenas esbozó un asentimiento.

Recordó las lecciones de geometría de su padre: la distancia más corta entre dos puntos no es el arco, sino la línea recta. Velocidad frente a fuerza; debía jugar con ambas.

Su enemigo dio medio paso al frente, evaluando su reacción. Él no se movió. Un tenue ademán. Marco bajó su espada. El Arcadio se le echó encima y lanzó un nuevo gancho. Él dio un paso atrás con la pierna izquierda y utilizó el giro del cuerpo para segar el espacio que los separaba.

Había ensayado aquel golpe miles de veces frente al poste. Un tajo ascendente, en diagonal, de derecha a izquierda. La fuerza no solo surgía del brazo y el dorsal, sino de desplazar el peso del cuerpo de una pierna a otra.

Mientras su hombro salía del alcance de la sica, buscó el brazo estirado. Cuando su pie izquierdo pisó la arena, la hoja atravesó las escamas de metal y el acolchado de la *manica*, seccionó el antebrazo y amputó la extremidad. La sica saltó hacia un lado, con la mano aún aferrándola. El Arcadio regó la arena con su sangre y cayó de rodillas, sujetándose el muñón.

Un tajo no es más rápido que una estocada, pero la línea recta es más corta que el arco.

El Arcadio se alzó sobre sus rodillas y adoptó la posición de «recibir el hierro».

Marco dirigió su mirada hacia el palco. El heredero de la República era incapaz de ocultar su descontento: había preparado un combate fácil para su campeón y este le había dejado en entredicho. Vio cómo Mecenas le susurraba algo al oído, y pudo imaginar el qué. Lisiado e incapaz de empuñar de nuevo un arma, el Arcadio había perdido todo su valor; en esas circunstancias, ofrecer una muerte al público era algo que se podían permitir. De este modo, les demostraría que no escatimaba en gastos.

Asqueado, alzó su brazo para mostrar el pulgar, solicitando que la vida de su adversario fuera perdonada. Un gesto tan poco habitual que arrancó el aplauso del público, de modo que Marcelo se vio obligado a acceder. Marco ayudó al Arcadio a incorporarse y se dirigió hacia la puerta triunfal, donde sus compañeros le aguardaban.

—Bien hecho, hermano —le dijo Mucro.

La familia Varrón Murena había sobrevivido, salvo un par de *tertius palus* que abandonaron la arena por la otra puerta, la consagrada a Libitina, la diosa de la muerte. Critias revisaba un brasero lleno de barras de hierro mientras su ayudante Cnemo empleaba un mortero para preparar emplastes.

El dolor le devolvió a la realidad. El médico vertió un chorro de vinagre en la herida de su hombro y aplicó sobre ella el cauterio. La rapidez con la que el anciano detuvo la hemorragia le sorprendió.

—Podrías ejercer en el Palatino —le dijo.

—El lema de la escuela empírica de Alejandría es «curar con medicamentos, no con elocuencia» —respondió Critias—. El éxito de un médico no siempre responde a su capacidad para curar. El primer griego que llegó a Roma para ejercer nuestra profesión fue Arcágato, pero se ganó una pésima reputación por utilizar el cauterio y realizar amputaciones. Por entonces, los romanos desconocían la cirugía, y a ese paleta de Catón le parecía una aberración. En sus escritos, aconseja usar encantamientos para curar las luxaciones...

Catón, *el Censor*, aseguraba que los médicos griegos se habían conjurado para matar a los extranjeros gracias a su medicina. Y lo hacían cobrando, para inspirar confianza.

—Asclepiades de Bitinia, por el contrario, sedujo a los nobles gracias a su brillante oratoria y su oposición a las sangrías —añadió Critias—. Casualmente, sus dietas coincidían con los gustos de sus adinerados clientes: evitaba los purgantes y recomendaba reposo y masajes. Incluso recetaba vino y música para curar la fiebre.

—Tú también estás en contra de las sangrías.

—Sí, pero no porque sea algo que agrada a mis pacientes —repuso el médico—. Si dejáramos decidir a la plebe sobre cuestiones de Estado, las arcas públicas se vaciarían para organizar unos juegos.

Marco dirigió su mirada hacia el palco. Finalizados los combates, Marcelo había

decidido entregar a Perseo la palma al mejor luchador. Mientras el gladiador ascendía en dirección al palco, resonaron unas trompas y desde lo alto del auditorio unos esclavos comenzaron a arrojar pan a las gradas donde se encontraba la plebe. Hombres y mujeres se disputaron a empujones las hogazas y se arrodillaron para buscar a tientas las monedas y las placas de bronce, que, más tarde, podrían canjear por regalos. El resto, en pie, ovacionaba, eufórico, al heredero de Augusto.

—Pensaba que los atenienses creíais en la democracia —dijo al médico.

—Aristóteles distinguió entre democracia y olocracia —respondió Critias—. En la primera, el pueblo elige a aquellos que considera mejores para gobernarle, mientras que la segunda está regida por los caprichos de la muchedumbre: todos opinan sobre cualquier cosa y se creen sabios en cualquier materia. La democracia se basa en una injusticia: la opinión de una persona sabia y honesta vale lo mismo que la de cualquier hijo de puta egoísta e ignorante. Y a partir de esa injusticia, se pretende construir un sistema justo, como si cualquier acto despiadado, decidido por mayoría, dejara de serlo. Roma no está preparada para esa forma de gobierno —sentenció el médico—. Quizá ninguna sociedad lo esté.

Marco observó a la pareja de criados que, ataviados como Caronte y Mercurio, cargaba con varios cuerpos sin vida, mientras Velox empleaba su cuchillo para arrancar un jirón de piel del antebrazo de su adversario muerto.

IX

El Aventino había sido uno de los barrios plebeyos de Roma. Hacia el final de la República, una nueva generación de comerciantes y libertos comenzó mudarse a él y, a medida que los precios de los alquileres y los terrenos resultaban cada vez más elevados, las viejas casas fueron sustituidas por suntuosas viviendas ajardinadas. Los pobres tuvieron que trasladarse a la zona de los grandes mercados a orillas del Tíber. De este modo, la colina se convirtió en el nuevo barrio de las clases acomodadas. Por eso, Tito Fabricio lo había elegido como lugar de residencia.

Su mansión se alzaba en la vertiente norte, no muy lejos del templo de Minerva. A través de las balconadas, más allá de la vaguada del circo Máximo, era posible contemplar el Palatino, donde se hallaba el complejo residencial del primer ciudadano de Roma. Una circunstancia que no era casual y que dejaba de manifiesto las ambiciones de su dueño.

En aquella casa, Cintia se sentía sola. Su relación con Vitruvia resultaba cada vez más distante y la actitud de la servidumbre hacia ella, una vez convertida en celebridad, deambulaba entre una falsa indiferencia y un ambiguo resentimiento. El desinterés que mostraban las criadas que la peinaban hacia una obra de mimo que estaba en boca de todos era demasiado notorio como para no ser forzado.

Al ver entrar a Fabricio, las doncellas se inclinaron ante su amo. Los ojillos inquietos del promotor cultural evaluaron a la actriz, y una sonrisa de suficiencia teñida de cinabrio afloró en su delgado rostro. Cintia tuvo que reconocer que aún sentía una vaga gratitud hacia el hombre que había hecho posible su sueño. Enterró esa emoción, para que no la traicionara, hasta convertirla en una pieza más de su registro, a la que podría recurrir en cualquier momento.

A un gesto del amo, las tres ornatrices abandonaron la alcoba. Por un instante, la mirada de Fabricio permaneció fija en la puerta.

—El éxito trae consigo la admiración, pero también los celos —aseguró—. Debes acostumbrarte.

La piel tostada de Cintia apenas pudo disimular su rubor. En ocasiones, Fabricio parecía capaz de interpretar hasta el más leve gesto, y eso la hizo estar aún más alerta. Tomó el vestido de seda roja que le ofrecía para colocarlo por encima de su cuerpo y se admiró ante el espejo: aquel finísimo tejido dejaba entrever demasiado. Y ese no era el principal problema.

—No puedo aceptarlo.

—Esta noche debes dar buena imagen —dijo Fabricio—. Ya me devolverás el dinero.

Comprendía la intención oculta de aquella maniobra. Si aceptaba aquel regalo, formaría parte de su larga lista de favores por devolver y supondría plegarse a sus

deseos, lo cual sentaría un precedente. Si decidía negarse, parecería amedrentada; una muestra de debilidad que sin duda Fabricio explotaría en el futuro. Con cualquier decisión que tomase estaría sometiéndose a él.

—Pruébate, quiero ver cómo te queda —insistió.

Cintia comenzó a desabrocharse la túnica. Él no hizo ademán de apartar la mirada. Deseaba una claudicación en toda regla, solo podía acceder o renunciar.

Una vez más, Fabricio pareció adivinar sus pensamientos.

—Batilo no habla muy bien de ti —murmuró abstraído—. Cree que no estás preparada para el cargo.

Como primer actor, Batilo se había acostumbrado a construir la obra en torno a su papel. Cintia no se lo había permitido, y por ello su interpretación fue mediocre; era algo que, al parecer, no le había perdonado. Batilo había sido el amante de Fabricio antes de que este se lo cediera a Mecenas, y había recurrido a su influencia sobre ambos para tratar de menoscabar su puesto de *archimima*.

—He visto cómo mirabas tu nombre en los carteles —dijo Fabricio, bajando la voz.

Cintia no respondió. Su madre tenía artritis en las manos y llagas en las rodillas de fregar el suelo de la casa de Vitruvia. Le había enseñado a llevar una vida honesta, y eso no había evitado que tuviera que ceder a los caprichos de su dueño. Tuvo que criar a una hija sola para, años después, seguir fregando los mismos suelos. Cintia se había jurado a sí misma que jamás pasaría por aquello.

Desabrochó el último botón y soltó el cordón que ceñía su cintura. Hizo descender el vestido hasta que cayó al suelo. Durante todo este tiempo, evitó su mirada. Afuera, resonaron unos pasos en el pasillo. Pudo reconocer la voz de Vitruvia, hablándole a su hija.

Hasta entonces, Cintia había creído que podría controlar la situación. Se dijo con fatalismo que ya no había marcha atrás y, al saber que no era cierto, descubrió que solo buscaba una justificación para acallar su conciencia. En realidad, aún estaba a tiempo de no ir a la fiesta, pero deseaba hacerlo. Había trabajado demasiado como para perder aquella oportunidad. Todo tenía un precio, incluso ella misma.

Los pasos se alejaron y terminó de vestirse. A su espalda, Fabricio le abrochó un collar de esmeraldas en el cuello. Antes de hablar, le puso unos brazaletes de oro blanco en las muñecas.

—Ya puedes mirarte.

Cintia obedeció. Ante la imagen que le devolvía la lámina de bronce bruñido, apenas se reconoció. El suntuoso vestuario de escena no dejaba de ser un disfraz, un artificio para encarnar a un personaje; aquel atuendo no formaba parte de ella. Contempló su aspecto y vio una tentación, un modo de dejar atrás sus problemas. Cada vez que se miraba ante el espejo, imaginaba un precio.

Un par de literas de cedro labrado aguardaban en la puerta, junto a una docena de corpulentos portadores de raza negra. El frescor de la noche apagó el rubor de sus mejillas. Se tumbó en un lecho cubierto de seda y empleó las cortinas para ocultarse de todas las miradas. En la calle, había visto pasar cientos de literas como aquella, y jamás había imaginado que viajaría en una. Cerró los ojos e inspiró profundamente.

—Qué elegante estás esta noche. —La voz de Vitruvia la había sobresaltado.

La editora apartó las cortinas para recostarse a su lado. Llevaba un vestido de color cobalto y dos pulseras de plata junto al collar de amatistas de Éfeso que, años antes, había comprado. Sin embargo, con el cabello recogido y cubierto con su palla, su modesto aspecto contrastaba con el suyo.

—Gracias —respondió—, me miras con buenos ojos.

—Nunca te había visto tan maquillada. Ni siquiera en el escenario.

Cintia guardó silencio. Entonces supo que lo más difícil sería soportar la carga de una nueva máscara sobre su rostro. Tragarse el miedo, el asco y la vergüenza; mentir o callar para proteger a su antigua dueña de esa realidad que había elegido. Algo que, tarde o temprano, la alejaría aún más de ella.

Los jardines de Mecenas se hallaban en el Esquilino, más allá de las murallas Servianas. Un inmenso complejo de lujosas villas rodeadas por un espléndido paisaje de huertos, canales y bosques, construido por Mecenas sobre un antiguo cementerio. El consejero del *princeps* residía en una mansión distribuida en tres terrazas con vistas al monte Albano, no muy lejos de los santuarios de Minerva y Apolo. Junto a los primeros grandes jardines de tipo persa y una piscina cubierta de agua caliente, una torre elevada en la parte más alta de aquel vergel permitía admirar la ciudad y las montañas que la rodeaban.

Mecida por el incesante traqueteo, Cintia observaba desde su litera la hueste de musas, piérides y ninfas de mármol que flanqueaban la vía empedrada. Toda la aristocracia romana se había reunido, tanto équites como senadores; el rostro de muchos de aquellos varones togados le era familiar, al haberlo visto en relieves o pinturas. Sus acompañantes podían catalogarse como esposas engalanadas o cortesanas a sueldo, un grupo más notorio dada su juventud y belleza.

Los lechos se arracimaban en torno a las fuentes y los estanques; en cada claro del bosque brillaban miles de candiles. La puesta de sol había ahuyentado la calima; los estanques y fuentes transmitían un agradable frescor. Grandes braseros de bronce perfumaban la atmósfera con mirra. Murmullos, risas y una cautivadora melodía de tibia los envolvían. Los esclavos deambulaban de un sitio a otro, cargados con fuentes y jarras de plata.

Mientras caminaban, Fabricio saludaba a un invitado tras otro. Su mente registraba cada suceso, cada identidad, cada conversación, archivándolos en su memoria. La mayoría de aquellos nobles eran *pergraecari*, apasionados por «vivir a

la griega», potenciales clientes para sus negocios. Había proporcionado a Mecenas las distracciones para aquella velada; atentados contra las viejas costumbres que competían para escandalizar a los tradicionalistas. Al son de sus canciones lascivas, las bailarinas de Gades balanceaban sus caderas; alentadas por los aplausos, se inclinaban hasta el suelo entre el crepitar de las castañuelas. Unos equilibristas saltaban a través de círculos en llamas, mientras docenas de muchachas tañían la sambuca, y los grotescos bufones les hacían reír con sus payasadas. Recién llegadas de Alejandría, la capital del placer, cuyos palacios llevaban el nombre de célebres prostitutas y actrices de mimo, habían sido adiestradas en las ciudades del delta del Nilo, que ya gozaban de una sórdida reputación antes de las conquistas de Alejandro: Naucratis, patria de las hetairas más famosas por su belleza, y Canopo, *la Ramera*.

Vitruvia advirtió que los ojos negros de Cintia se abrían ante aquella ostentación. De súbito, se convirtió en una extraña. Todos la admiraban al pasar; los hombres con un atisbo de deseo, acompañado de la furibunda réplica de su esposa. La actriz les devolvía una mirada felina; sus gruesos labios esbozaban una sonrisa confiada, serena, desafiante. Bajo la seda translúcida, su figura era perfecta y sinuosa. Cintia había nacido esclava, y ahora, libre de las ataduras de la servidumbre, exhibía ante ellos todo el deslumbrante potencial de una mujer triunfadora.

Solo quien se hubiera criado junto a ella podría saber que estaba muerta de miedo.

Una elegante dama de unos cuarenta años se aproximó para darles la bienvenida, acompañada de una muchacha. Su rostro ancho y apacible parecía un retrato de la perfecta matrona romana.

—Me alegro de veros —les dijo Octavia, con una cálida sonrisa—. ¿Quién es esta joven?

—¿Quién va a ser? —respondió Vitruvia.

—¿Cintia? —preguntó la noble, fingiendo incredulidad—. Pero ¿qué ha pasado con esa chiquilla con trenzas?

—He crecido —dijo la actriz, esbozando un respetuoso saludo.

Un mar de arrugas se formó en la frente de Octavia.

—¿Alguna relación a la vista...? —apuntó mientras miraba de reojo a Tito Fabricio.

«Esta mujer ingenua no tiene nada de ingenua», pensó Cintia. Sin duda sabía del interés de su hijo hacia ella; estaba claro que Vitruvia no tardaría en enterarse.

—De momento, ninguna —respondió, de forma ambigua.

Octavia, la hermana de Augusto, se había ganado por igual el cariño del pueblo y de la nobleza; tal vez porque siempre hacía lo correcto, cuando nadie tenía la entereza de hacerlo. Había dado tres hijos a su primer esposo, Cayo Claudio Marcelo, y más tarde dos hijas a Marco Antonio. Cuando este la repudió en favor de Cleopatra, ella no solo crió a los cinco niños, sino también a los dos vástagos que Antonio tuvo de

un matrimonio anterior. Tras el suicidio de los dos amantes en Alejandría, se hizo cargo de la descendencia de su esposo con la reina egipcia. Cleopatra Selene era la única superviviente de aquella camada real; una hermosa muchacha de diecisiete años que parecía dotada del fuerte carácter de su madre. Se rumoreaba que había sido prometida al rey Juba de Numidia.

—Hay una lectura en el auditorio —les dijo Octavia—. Imagino que dará pie a una de esas aburridas tertulias literarias. ¿Te importa que te arrebate a tu esposa? —le preguntó a Fabricio.

Deseaba hablar con ella en privado y nadie podía negarse.

—En absoluto —respondió Fabricio—. Vamos, te presentaré a Marcelo —añadió dirigiéndose a Cintia.

Vitruvia vio que se perdían entre los invitados para dirigirse hacia el heredero de la República, rodeado por su escolta de pretorianos. La editora escuchó algunos comentarios susurrados que le desagradaron. A su lado, la voz de Octavia la sobresaltó:

—Sé el cariño que le tienes a Cintia.

Su patrona no pasaba nada por alto y tenía buenos informadores. Debía atribuir a sus palabras todo su significado.

—Mi hijo es un buen muchacho... —añadió la noble—, pero me preocupa la influencia que otros ejercen sobre él. Cuida de tu antigua doncella. Fabricio tiene demasiadas ambiciones.

Octavia dirigió una inquieta mirada a su alrededor sin que su vista descansara sobre nada en concreto. No había duda de a quién se refería. Mecenas había sumido al adolescente en una orgía sin fin, y para ello contaba con la inestimable ayuda de Tito Fabricio. ¿Se trataba de una velada disculpa de su patrona? Hubiera sido impertinente preguntarlo. Algo parecía arañarle el pecho desde dentro.

Una vez obtenida la manumisión, los libertos quedaban vinculados por lazos jurídicos con su antiguo dueño. Podía entregarlos en arrendamiento para que prestasen servicios a terceros o exigirles una parte de los beneficios que obtuvieran de su oficio. Y eso incluía la prostitución. Había matronas que no dudaban en instituir un lupanar en el atrio de su casa, para obtener una parte de las ganancias de sus libertas.

Si Cintia deseaba calentar el lecho de Marcelo, no podría hacerlo sin su consentimiento.

—Ella ya ha tomado su decisión —le recordó Octavia.

—¿Libremente?

—Tú sabes mejor que nadie que ninguna mujer es libre.

La noble pretendía recordarle que, en el pasado, no la había ayudado sin más; en aquel mundo, esas palabras no existían.

—¿Y de este modo quedaría saldada mi deuda? —preguntó la editora. Las

implicaciones de aquel sórdido *quid pro quo* eran demasiado turbadoras como para pensar en ellas.

—Puedes verlo así, si lo deseas.

Aquella poderosa mujer era su patrona. Su hermano Augusto la adoraba, y ella ejercía una influencia sobre él casi mayor que la de su esposa, Livia. Gracias a ello, había conseguido que el *princeps* concediera una pensión vitalicia a su padre Vitruvio y había sufragado la edición de sus diez libros de arquitectura, lo cual supuso un espaldarazo a su negocio editorial.

Octavia era su patrona y Cintia su liberta: la noble prefería que su hijo tuviera como amante a alguien que pudiera controlar, pues, al fin y al cabo, formaba parte de su clientela. Era conocida su enemistad con Livia, que aspiraba a que su hijo Tiberio se convirtiera en el heredero. La editora había descubierto que la relación entre Octavia y Mecenas también era tensa.

Entraron en el auditorio de Mecenas; una enorme sala rectangular de ochenta pies de longitud por treinta y cinco de anchura, convertida en triclinio gracias a varias decenas de lechos. Las paredes alcanzaban los veinte pies de altura y sostenían un soberbio techo abovedado. En el ábside con forma de hemiciclo en un extremo, ante un modesto auditorio de siete filas de asientos, un erudito leía su obra en voz alta.

Era Tito Livio, afamado historiador, de visita en Roma procedente de Patavium. Acababa de publicar el libro IX de su *Desde la fundación de la urbe*, en el que pretendía relatar toda la historia de Roma. Una colosal empresa que, dada su minuciosidad, superaría el centenar de volúmenes y podría llevarle décadas. Frente a él se encontraba Virgilio, autor de las *Geórgicas* y las *Bucólicas*, que ahora trabajaba en la *Eneida*, su obra maestra. Su amigo Horacio se había sentado a su izquierda; al otro lado, Tibulo y Propercio comentaban algo en voz baja mientras Ovidio, con una copa en la mano, los escrutaba con una cínica sonrisa. Una estatua de Talía, la musa de la comedia, con una corona de hiedra y una máscara risueña en la mano, presidía el acto.

Al ver llegar a la editora, Ovidio se levantó para hacerle un sitio a su lado, pero ella prefirió acomodarse en el asiento que Tibulo le ofrecía. Aquel équite de treinta y dos años, de noble porte y refinados modales, había compartido tienda con Mesala Corvino durante la campaña en Aquitania, y era el poeta más destacado de su círculo literario. Tres años antes, le publicó un volumen con diez poemas. A pesar de su escasa producción literaria, muchos le consideraban el mejor elegiaco latino. Ovidio, que demostraba una manifiesta admiración hacia él, parecía buscar cualquier excusa para acercarse.

Virgilio retiró su corpachón para hacerle espacio a la editora. De compleción recia y tez morena, su rústico aspecto era el que cabría esperar de un hombre que pertenecía a una familia de campesinos de las proximidades de Mantua. A pesar de

sus cuarenta y siete años, el amor por la naturaleza que había conocido en su infancia aún estaba presente en su mirada retraída y tímida.

—No te has perdido nada —murmuró Tibulo.

Vitruvia se sentía intimidada. Desde la Atenas de Pericles, jamás se había reunido tanto talento literario bajo un mismo techo.

La escolta de Varrón Murena se detuvo ante las puertas de la mansión de Mecenas. Su habitual séquito de gladiadores y libertos transmitía esa formidable imagen que todo noble desea. Sin embargo, una escolta más numerosa también hubiera dado la impresión de que temía por su seguridad y, sobre todo, podía despertar ciertas suspicacias. Así pues, había decidido que solo le acompañaran Perseo y Marco, los dos héroes de moda, junto a una docena de miembros de su escuela.

Descabalgaron ante el liberto que recibía a los invitados y una pareja de esclavos se hizo cargo de sus monturas. Extramuros, la servidumbre celebraba su propia fiesta: el anfitrión los había obsequiado con vino y dulces, lo cual había congregado un ejército de prostitutas en busca de clientes.

Varrón Murena encarnaba toda la austera elegancia que cabría esperar de un senador romano. Cada pliegue de su *toga praetexta* estaba en su lugar, como si fuera una estatua del foro. Sudaba. A pesar de la finísima urdimbre, envolverse con veinte pies de lana podía resultar sofocante, incluso en una noche como aquella. Sin embargo, era la prenda que todo ciudadano debía llevar en cualquier acto público, cumpliendo con las tradiciones, símbolo de su rango y de la civilización romana.

—Acostúmbrate —dijo Mucro—. Ahora eres una celebridad.

Marco entregó las armas a su camarada. Le habían permitido llevar una espada a la cintura; durante aquel breve trayecto desde la isla Tiberina, casi pudo sentirse libre. Perseo y él cruzaron la verja de hierro para acompañar al senador hacia los jardines. Allí los aguardaba una mujer morena, con unas bonitas facciones de las que destacaba una nariz afilada, que en lugar de ensombrecer su belleza le otorgaba un fuerte carácter. La comisura de sus labios se alzaba levemente y, durante un instante, sus ojos examinaron a Marco.

—Estás preciosa, hermana —dijo Varrón Murena.

Terencia sonrió. Se mostró halagada, a pesar de que era algo que ya sabía. Besó al senador en las mejillas.

Cayo Cilnio Mecenas acudió a darles la bienvenida:

—Podéis uniros a la fiesta.

Llevaba un collar de hierro en el cuello, del que colgaba una lámina de bronce con su nombre cincelado. Su andrajosa túnica, hecha jirones con esmero y zurcida por todas partes, estaba impregnada de perfumes de Arabia. Llevaba del brazo a su amante Batilo, travestido, con los labios pintados de carmín y el rostro blanqueado

con albayalde; una ostentosa peluca de tirabuzones rubios completaba su disfraz de alcahueta.

Varrón Murena observó a su cuñado de los pies a la cabeza, con los ojos entrecerrados. Solo una leve tensión en su ancha mandíbula y el movimiento de las aletas de su nariz al inspirar otorgaron movimiento a su rostro. Al devolver el saludo, dio la impresión de que iba a escupir:

—Gracias.

«Desde la cabeza se pudre el pescado». Fatigados por el obsceno lujo, la aristocracia romana jugaba a ser pobre. Trataba de imitar la «vida inimitable» que, según se rumoreaba, había llevado Marco Antonio en compañía de la reina egipcia. Vestidos con las ropas de sus sirvientes, se decía que los amantes vagaban de noche por los barrios marginales de Alejandría, frecuentando tabernas y burdeles, e incluso llegaron a participar en peleas callejeras. Disfrazados como rufianes y prostitutas, tras haber recibido las enseñanzas de filósofos y retóricos, muchos nobles romanos simulaban el habla vulgar de la Suburra y pronunciaban blasfemias propias de verduleras.

—Así que estos son los dos gladiadores que nos han sorprendido hoy —dijo Mecenas—. Perseo, tienes que hacer una visita a Marcelo. Al parecer, desea conocerte.

A rey muerto, rey puesto. Esa misma tarde, Marco había derrotado al campeón del heredero, con quien se había dejado ver a lo largo de los últimos días, y eso había dado pie a infinidad de chanzas. Mecenas no tardaba en buscarle un sustituto.

—Y tú debes de ser Prudes... —añadió el noble, usando el sarcástico nombre que la plebe había otorgado a Marco, que significaba «prudente».

Marco soportó el escrutinio del équite en silencio; intuía su irritación, soterrada bajo una gruesa capa de maquillaje, sofisticación y parsimonia. Sabía que su misión allí iba más allá que hacer de escolta: Perseo y él se habían convertido en mascotas exhibidas en público.

—Tuve suerte —dijo finalmente. Había sonado a excusa, aunque eso no pareció satisfacerle.

Terencia tomó a su hermano del brazo para conducirlo hacia una espléndida fuente de estilo neoático, separándole de su esposo. Conversaron en voz baja, con los dos gladiadores caminando tras ellos:

—¿Alguna novedad? —preguntó Varrón Murena.

—Augusto está enfermo, y esta vez es grave —respondió Terencia—. Hace dos noches me despertaron sus toses. Tuve que llamar a su médico, Antonio Musa. Padece una afección hepática y están intentando curarle con baños calientes.

A causa de su enfermedad, el *princeps* había trasladado su residencia hasta los jardines de Mecenas, un buen lugar para acantonar a la guardia pretoriana, desde el

que se controlaba parte de los acueductos: la sequía estaba afectando al suministro de ese otro bien esencial. Sin embargo, las palabras de aquella atractiva mujer dejaban entrever mucho más que la gravedad de la enfermedad de Augusto, pues también evidenciaban que los libelos que circulaban por Roma eran ciertos.

Mecenas era de origen etrusco, un pueblo extravagante y lascivo, famoso por la costumbre de compartir a sus esposas. Eran mujeres refinadas y hermosas, aficionadas al lujo, al vino y a la danza, que acudían a fiestas mientras ellos compartían lecho con muchachos untados en aceites. «Toscana» aún era sinónimo de «mujer fácil». Se decía que Mecenas se había casado mil veces, y que solo había tenido una esposa. A pesar de sus continuas rupturas y reconciliaciones, aquella aventura para él no era más que una travesura libertina. Sin embargo, en Roma lo más importante era el qué dirán. La *dignitas*. Nadie seguiría a un hombre con el honor mancillado, y si la noticia trascendía no podría asumirlo. Repudiar públicamente a Terencia no solo supondría reconocer la veracidad de los rumores, sino también acusar de adulterio al dueño de la República.

Aquel triángulo amoroso podía saltar en pedazos en cualquier momento, y sus consecuencias eran inimaginables.

Tras una cortina de lirios, Marco descubrió los *Astragalizontes*, de Policleto, una soberbia escultura de una pareja de niños desnudos jugando a las tabas, tallada cuatro siglos antes en Atenas. Su atención recayó de nuevo sobre Varrón Murena, que se había reunido con un enjuto individuo de unos cincuenta años. Tenía el cabello largo encanecido, cuidadosamente perfumado con óleos, piel morena y una mirada astuta. Su túnica de seda egipcia, teñida en dos tonos de púrpura, poseía una barroca decoración cuya suntuosidad solo podía advertirse de cerca. Sobre ella, un *himation* teñido de azafrán persa envolvía su fibroso cuerpo.

—¿Qué ha traído a Herodes, el Grande, a Roma? —preguntó Varrón Murena en griego.

Marco decidió fingir que no entendía nada. Sin duda, era el motivo por el que el senador empleaba la *koiné* helenística.

—Saludos, viejo amigo... —Herodes poseía un extraño acento. Su madre era árabe y su padre idumeo, un pueblo obligado a convertirse al judaísmo por Alejandro Janeo, aunque nadie los consideraba como tales, ni siquiera ellos mismos. Su lengua materna era el griego, pero poseía la ciudadanía romana, a pesar de que en la urbe solo era otro sofisticado monarca oriental, vestido de acuerdo con las modas helénicas. Seguramente, ni él mismo sabría cuál era su patria—. Te presento a mis hijos Alejandro y Aristóbulo —añadió—. Los he traído para que sean educados en la corte.

Dedicó un gesto afectuoso a sus dos vástagos. Años atrás, había ordenado decapitar a su esposa Mariamme, la madre de aquellos jóvenes, a causa de sus

sospechas de infidelidad. No era el único familiar al que había hecho ejecutar, y sin duda no sería el último.

—Dicen que estás interesado en adquirir parte del grano egipcio —apuntó Varrón Murena—. Creo que hablaste de ello con mi primo, el legado de Siria.

Si la sequía había llegado hasta los fértiles valles de Galilea y la meseta cerealista de Perea, la situación en Oriente debía ser grave en extremo. Marco tuvo que esforzarse por aparentar que no entendía ni una palabra.

—Sí, lo hice —respondió Herodes con desdén—. Hablaré con quien haga falta para garantizar la autonomía de mi reino. La construcción de Cesarea ha avivado la economía, y el dinero recaudado supone mil talentos anuales. Diez millones de denarios son un manjar muy succulento para los publicanos.

El comercio de la seda, los perfumes e inciensos de Arabia, y las perlas y los tigres de la India hacían que cada año salieran de la República más de cien millones de sestercios. La seda se pagaba a peso de oro y una perla de buen tamaño podía suponer varios millones. Las caravanas venidas del este llegaban hasta las ciudades del borde del desierto sirio, como Petra o Gerasa, y se dirigían hacia Alejandría, Seleucia Pieria, Tiro o Sidón para embarcar sus mercancías. Dado que Jerusalén y las ciudades de Galilea constituían un paso obligado, Herodes había emprendido un colosal programa de obras públicas. La nueva ciudad marítima de Cesarea dispondría de un enorme puerto para explotar aquella ruta comercial, y su construcción suponía grandes ingresos para los proveedores de materiales y contratistas, a la vez que daba trabajo a decenas de miles de lugareños.

Hábil militar y taimado político, implacable y vengativo, Herodes prefería que el oro circulase a mantenerlo bajo llave. Por ese motivo, las sociedades de publicanos soñaban con hacerse con la concesión de la recaudación de impuestos de aquella tierra. Al igual que aquel reyezuelo oriental, Marco sabía muy bien lo que eso significaba: ciudades y campesinos exprimidos al recaudar más de lo estipulado mientras sobornaban a los gobernadores provinciales para que mirasen hacia otro lado. Corruptelas que, a tres mil millas de Roma, el *princeps* no podría evitar.

—Ten cuidado —le advirtió Varrón Murena—. Muchos podrían malinterpretar tus palabras.

—Mis súbditos aman a Augusto y están agradecidos por su protección. Nadie olvida la presencia de las legiones en Antioquía.

El ejército acantonado en Siria, bajo el mando del familiar de Varrón Murena, suponía una amenaza constante para el reino herodiano, que se extendía por Judea, Idumea, Samaria, Galilea y Perea. Aquella ilusoria independencia no engañaba a nadie.

—En Cesarea construiré un templo consagrado a Augusto —señaló, adulador.

—Dicen que también deseas ampliar el Templo de Jerusalén.

—Las dos terceras partes de la población judía viven fuera de mi reino, sobre todo en Egipto y Siria —señaló con una sonrisa cínica—. El templo es un centro de peregrinación, lo cual supone más ingresos.

De nuevo, era una verdad a medias. Con aquella decisión, Herodes trataba de compensar a la población judía por el escándalo de fundar una ciudad cuyo nombre honraba al primer ciudadano de Roma.

Varrón Murena trató de aprovechar esa concesión:

—Respecto a lo que dijiste...

—Ya hablaremos más adelante. —Aquello dejaba una puerta entreabierta.

Herodes sabía nadar entre dos aguas. Su padre, Antípatro, se había ganado la amistad de Pompeyo y más tarde la de César, su enemigo. Tras el magnicidio, Herodes se codeó con Cayo Casio, uno de sus asesinos, y, cuando los conspiradores fueron derrotados en Filipos, logró ganarse el favor de Marco Antonio. Sobrevivió a una ofensiva de los partos y de sus enemigos judíos, y tras obtener la amistad de Cleopatra y los triunviros, recuperó su reino después de una cruenta guerra de tres años. Cuando el fin de los amantes parecía inminente, cambió de bando una vez más para jurar lealtad a Augusto.

Ante todo era un superviviente. Su origen idumeo despertaba la antipatía de los judíos, que constituían algo menos de la mitad de la población de su reino, a su vez dividida en varias facciones religiosas, entre ellas los fanáticos zelotes. El resto eran, en su mayoría, descendientes de cananeos, que hablaban lengua griega o arameo. Los judíos consideraban que aquella tierra era un regalo de su dios único, por lo que eran frecuentes las agresiones contra ellos. Se decía que aguardaban la llegada de un profeta que expulsaría a los impíos, que, en esencia, eran todos aquellos que poblaban la Tierra, salvo ellos mismos. Por si fuera poco, aquel mosaico de etnias y religiones tributario a Roma estaba atrapado entre las dos mayores potencias del mundo conocido: la República y el Imperio parto. Sin duda, uno de los mayores temores de aquel monarca oriental era que su reino acabase convertido en una provincia romana, pero no debía de ser el único.

La trama se volvía más compleja. Cada vez entraban más actores en escena, y Marco ignoraba cuál era su papel.

Varrón Murena tomó a Herodes del brazo para llevárselo a un lugar apartado. Marco decidió entrar en el auditorio. El níveo suelo de mosaico de la sala contrastaba con el rojo de las paredes pintadas con cinabrio; no pudo evitar que su atención se desplazara a los frescos.

El estilo formado por elementos arquitectónicos en perspectiva había pasado de moda. En su lugar, estaba en boga ese otro ornamental que su padre adoptivo tanto despreciaba: paisajes de colores irreales y decoraciones con objetos fantásticos. Pinturas que no imitaban la realidad y la mimesis habían sido el canon desde los

tiempos de Platón y Aristóteles. Un abuso de pigmentos cada vez más caros, como la púrpura o el cinabrio, que contrastaba con la austera tetracromía de los clásicos. Lo que antes se conseguía mediante ingenio artístico ahora se lograba dilapidando dinero.

Marco se dirigió hacia el ábside. Allí, un individuo de unos treinta y tantos años leía en voz alta un volumen de historia. Supuso que se trataba de Tito Livio. El pasaje, extraído de su quinto libro, narraba uno de los momentos más oscuros de la historia romana, cuando la tribu gala de los senones saqueó Roma:

—«Entre Quinto Sulpicio, tribuno militar, y Breno, rey de los galos, se llevó a término una negociación que fijó en mil libras de oro el precio de la ciudad que gobernaría el mundo. A este hecho, ya de por sí vergonzoso, se sumó una humillación: los galos trajeron pesos falseados; al rechazarlos el tribuno, el galo añadió con insolencia su espada a los pesos y pronunció una frase intolerable para los romanos: «¡Ay de los vencidos!»».

Entonces la vio. La estola azul contrastaba con su piel tostada; se había recogido el cabello en lo alto de la coronilla y unos mechones negros caían sobre los hombros. Los ojos grises chispearon al reconocerle y, durante un brevísimo instante, su rostro se crispó, como si se hubiera topado con un fantasma. En cierto modo lo era: para ella llevaba más de un año muerto. No obstante, la facilidad con la que recuperó la compostura le inquietó. Vio que su mirada reparaba en su indumentaria de gladiador y supo que había comprendido lo esencial: estaba allí asumiendo una falsa identidad.

—«Pero los dioses y los hombres impidieron que los romanos se viesan rescatados, pues dio la casualidad de que, antes de que el execrable pago se efectuase, no estando pesado todo el oro, se presentó el dictador para ordenar que los galos se retirasen. Al negarse, alegando que ya se había hecho un trato, les dijo que un pacto realizado sin la aprobación del dictador no tenía validez, y les advirtió para que se dispusieran para el combate. Ordenó a los suyos que pusieran en un montón los bagajes y preparasen las armas, para reconquistar la patria mediante el hierro y no con el oro...».

—¡Bravo! ¡Bravo! —exclamó Ovidio, batiendo palmas—. Estimado Livio... ¿Acaso no dijiste en una ocasión que el pasado puede lamentarse, pero no rehacerse? Pues bien: acabas de demostrarnos que no es cierto...

El joven, achispado por el vino, se había puesto de pie y aplaudía, haciendo gala de un malévolo sarcasmo.

«La patria se restaura con el hierro y no con el oro». En aquella nueva versión de la historia, el dictador Furio Camilo reaparecía de forma providencial acompañado de un ejército que hasta entonces había permanecido oculto, y lograba derrotar a los galos. De este modo, la literatura se convertía en un bálsamo que mostraba un pasado distinto, aquel que nos gustaría que hubiese sido. Allá donde la verdad nos duele, se

apela a la ficción.

—¿Acaso despreciáis su obra? —le preguntó Virgilio, entre toses. Era tísico y, en ocasiones, escupía sangre. Tuvo que limpiarse la boca con un pañuelo que le entregó Eros, su secretario, con quien mantenía una larga relación a la griega.

—En absoluto —respondió Ovidio—. Prefiero acudir a las lecturas de Livio, donde se reúnen los verdaderos amantes de la literatura, antes que a las de Cornuto. No vayan a considerarme uno de tantos aduladores que acechan su herencia...

Vitruvia tomó un sorbo de su copa y aprovechó para observar a Marco, más atenta a su expresión que a los comentarios. El joven poeta malinterpretó aquel mudo vínculo y se prestó a añadir:

—Parece que Varrón Murena desconfía de nosotros y ha traído una escolta —señaló, observando a Marco—. No estaría de más que el Senado volviera a expulsar a los gladiadores de Roma por el peligro que suponen.

Hablaba en griego, para que el aludido no le entendiera. Hubo un murmullo; en boca de Ovidio, cualquier insinuación adquiriría connotaciones sexuales.

—Platón creía que los poetas debían ser expulsados de Atenas —respondió Marco, empleando el dialecto ático que le había enseñado su maestro Diógenes, más arcaico y culto que la *koiné* helenística—. Gracias a la elocuencia que les otorga su arte, pueden hacernos creer en cosas irracionales o despreciables.

Las risas resonaron en el auditorio, ante la sorpresa de Ovidio.

—¡Bravo! —celebró Tibulo—. Este gladiador tiene una lengua tan afilada como su espada.

—Sin embargo —intervino Vitruvia con la vista fija en él—, Aristóteles creía que, a pesar de ser una mentira, un relato de ficción puede permitirnos alcanzar una verdad superior.

Marco se perdió en sus ojos grises, como los de una gata que juega con su presa antes de devorarla.

—La historia ha de mostrar la verdad —le respondió.

—La historia solo muestra hechos, no verdades —insistió ella—. Las verdades las alcanzamos al interpretar los hechos de forma honesta. ¿Se adentró César en la Galia para defender a la Narbonense de una amenaza, o más bien para enriquecerse gracias al oro de los galos? ¿Qué explica mejor la ambición de César, sus *Comentarios* o la ambición de Eteocles y Polinices en la obra de Esquilo?

El auditorio enmudeció; su hermanastra tenía ese talento. Criticar al padre adoptivo del primer ciudadano de Roma no era nada aconsejable, especialmente en aquel lugar.

—En ocasiones, la verdad ha de estar supeditada a un fin superior —farfulló Livio, retomando el hilo de la conversación. —Famoso por su carácter sobrio y conservador, su ciudad natal era un feudo político senatorial. No podía ocultar sus

simpatías hacia los optimates, hasta el extremo de que Augusto le había llamado «pompeyano», aunque la restauración de las antiguas tradiciones emprendida por el *princeps* coincidía plenamente con sus propios anhelos—. A juzgar por sus indecentes elegías, Ovidio es incapaz de entenderlo.

—Iba a componer un canto heroico lleno de sangrientas batallas, pero Cupido me robó el pie —ironizó, satisfecho de que la atención recayera de nuevo sobre él.

—¿Tenéis algo en contra de poemas como la *Ilíada*?—le preguntó Virgilio. Era fácil imaginar lo que pasaba por la cabeza del autor de la *Eneida*.

—No estoy en contra de los cantos épicos, sino de la función que desempeñan —razonó el joven poeta—. Tampoco tengo nada en contra del elegante estilo de Livio, sino del fin que otorga a su prosa empapada de poesía y retórica. Esa prosa hace que arrasar una ciudad sea un ejemplo a seguir y que resulte inmoral hacerle el amor a una mujer hermosa.

—¿Y es que no lo es, si está casada? —preguntó el historiador, observando a Vitruvia—. Nuestra obra debe infundir en la ciudadanía el amor al oficio de las armas.

—«Es dulce y honorable morir por la patria» —recitó Horacio. Y enseguida añadió—: y necesario para garantizar el futuro de Roma.

Con cuarenta y dos años, era gordo y de corta estatura. A pesar de su afición a la buena vida, tenía tendencia al mal genio, y demostraba una enorme devoción hacia su amigo Virgilio. Su primer libro de *Odas* le había encumbrado como poeta lírico, aunque las críticas recibidas hicieron que abandonara ese género «frívolo» para consagrarse a la epístola poética de contenido moral. Algo que se ajustaba muy bien a los intereses de Augusto.

—¿Y acaso hacer el amor no es también necesario para asegurar el futuro de Roma? —le respondió Ovidio.

—Siempre habrá gente dispuesta a fornicar. —Horacio había asegurado que se mantendría célibe hasta la muerte.

—Por desgracia, no siempre. Al menos no conmigo —replicó Ovidio, llevándose su copa a los labios.

—Un poeta no debería malgastar su talento en frivolidades —sentenció Horacio, alardeando de la fe del converso—. Gracias a recordar el valor de nuestros antepasados, la ciudadanía estará dispuesta a defender la República ante cualquier amenaza.

—Muchas veces lo que amenaza nuestra libertad no es un ejército extranjero —replicó Ovidio, insólitamente sobrio—. Y pensar tan solo en el valor de nuestros antepasados hace que no nos demos cuenta. Hoy en día, se requiere más valor para publicar una elegía erótica que para sacar a la luz un solemne canto épico. Aunque, sin duda, en tu opinión no tiene nada que ver el hecho de que nuestro anfitrión te

pague por escribir, ¿verdad?

Horacio había sido tribuno militar bajo las órdenes de los asesinos de César. Tras su derrota en Filipos, le fue confiscado su patrimonio y tuvo que ganarse la vida escribiendo. Una vez bajo la protección de Mecenas, pronto cambió de bando.

—Muchacho, si yo tuviera todo tu dinero —espetó Horacio, iracundo—, también podría ser un ácrata.

Propertio inclinó el rostro para ocultar su sonrisa. Aún no había cumplido los treinta años y ya era famoso por sus poemas eróticos. Su negativa ante la petición de Mecenas de abordar el género épico le había distanciado del consejero del *princeps*, que dejó de ser su benefactor. Tal vez por ello detestaba a Horacio, y mantenía una fría relación con Tibulo, amigo de este.

—Tanto a la adúltera como a la puta se las desprecia —sentenció Ovidio—. Una folla con quien quiere, y otra con quien le paga, pero eso a nadie le importa. En realidad, es más fácil que el hijo de un liberto pueda estudiar poesía que lo haga el de un acaudalado équite. La lírica solo es admitida como adorno, mas no como oficio.

Homero, el más grande de los poetas, había vivido en la más completa pobreza. La mayoría de quienes ejercían ese oficio debían encontrar un protector para garantizarse el sustento. Haciendo gala de un cínico sarcasmo, el dictador Sila asignó una pensión vitalicia a un poeta que le había dedicado un pésimo poema laudatorio, a condición de que no volviera a escribir jamás. Ovidio tuvo que enfrentarse a su padre tras abandonar sus estudios de derecho para formarse en literatura.

Todo ello hizo que Marco recordara uno de los motivos por los que había decidido abandonar el oficio de arquitecto y escultor. El otro había clavado sus ojos grises en él.

—«Retroceded, escritores romanos; retroceded, griegos» —recitó Propertio—. «No sé qué cosa más grande que la *Ilíada* está naciendo...».

Era un guiño dirigido a un buen amigo. Virgilio sonrió con timidez y se levantó para recitar un pasaje de su *Eneida*. Había redactado un borrador en prosa, con un argumento que más tarde reelaboró a medida que componía sus doce cantos. Decidió leer el sexto, que era del que se sentía más orgulloso.

Al igual que las artes plásticas, la literatura romana había estado bajo la sombra de la griega; dividida entre el barroco estilo asiánico y la simplicidad del clásico. Este último entroncaba con los antiguos valores romanos que defendía Augusto. Dignidad, austeridad y sencillez eran los principios que se habían impuesto en todas las artes. Atrás quedó el afectado abuso de helenismos propio de los neotéricos; la literatura latina al fin había encontrado su identidad. Y, sin embargo, era su visión romántica, y no su clasicismo estético, lo que hacía que aquella generación de literatos fuera inmortal. Una idealización del pasado frente a la degradación moral actual; contemplar el presente como lo que ha dejado de ser, y no como lo que es. Una

nostalgia que trascendía al individuo; la de un pueblo que añoraba una vida en paz que jamás había existido.

Nacidos en colonias de campesinos y soldados, conocedores de la vida rural, marcados con las cicatrices de las interminables guerras, en una época en la que todo templo en ruinas era reconstruido, todo manuscrito antiguo copiado y toda tradición restaurada, una vez adquirida una sólida educación griega, aquellos poetas quisieron evocar un pasado que los habitantes de la tumultuosa urbe eran incapaces de imaginar.

Al contrario que griegos y celtas, Roma no poseía una épica nacional. Ni la obra de Ennio ni la de Nevio hundían sus raíces en la tradición oral; eran epopeyas cultas de influjo helénico, desconocidas para el pueblo llano, que reflejaban una visión del mundo que les era extraña. Unos dioses sujetos a pasiones humanas, que imponían un caprichoso destino a los mortales; algo en lo que no veían reflejada su historia. La *Eneida* suponía la búsqueda de una auténtica épica romana. A primera vista, a imitación de la obra de Homero, pues Virgilio hacía descender a la estirpe de la ciudad dominadora del mundo de los supervivientes de Troya. Sin embargo, al convertir a Eneas en un piadoso caudillo dispuesto a cumplir con el designio de los dioses fundando una nueva Troya, creaba una visión positiva de la historia que los llevaba desde sus modestos orígenes a la recuperación de una edad de oro primigenia.

Toda esa nostalgia, esa ansia de paz y la búsqueda de una identidad propia encontraban en la *Eneida* su paradigma. Y convertía a aquella generación de literatos en la más poderosa herramienta al servicio de Augusto. Los cimientos ideológicos de su régimen jamás habrían podido fraguarse sin una literatura sincera, capaz de fascinar con esa nueva era de paz y prosperidad bajo el gobierno de un solo hombre:

*Inclina ahora aquí tus dos ojos; contempla a esta gente
y a tus romanos. Aquí, César y toda la progenie de Julo,
que ha de venir bajo el eje del magno Cielo.
Este es el hombre, este es, el que a menudo oyes
que te es prometido,
Augusto César, raza de un dios, que fundará los siglos
de oro nuevamente en el Lacio, en los campos otrora
gobernados por Saturno.*

Marco sentía la mirada de su hermanastra como una presencia física. Vio que le hacía un discreto gesto, antes de abandonar la sala. Él contó hasta cien mientras aparentaba prestar atención al poeta, y a continuación salió por la otra puerta para reunirse con ella.

Sabía dónde encontrarla.

En un pequeño claro reposaba una de las más sobresalientes esculturas de Roma. La obra maestra de Agesandro, Polidoro y Atenodoro de Rodas; un enorme conjunto esculpido en un único bloque de mármol, que mostraba a Laocoonte siendo castigado por los dioses a morir estrangulado por serpientes marinas junto a sus dos hijos. El sacerdote había advertido al resto de los troyanos que, si aquel caballo de madera entraba en la ciudad, caerían en una trampa de los aqueos. Su cuerpo en tensión evidenciaba su dolor, mientras dirigía su rabiosa mirada al cielo por aquel inmerecido tormento.

La editora, de pie ante la estatua, se aproximó a él. Por un momento, dio la impresión de que iba abrazarle. El sonido de su propia voz la detuvo:

—¿Qué haces aquí?

Guardar la distancia. Dominar el espacio vital. Mantenerse siempre alerta. Protegerse en todo momento. Marco había quedado marcado, por dentro y por fuera. Ella no dejaba de indagar en su rostro, como si no le reconociera.

—Creo que debería ser yo quien hiciera esa pregunta —respondió—. Hace casi dos años, nuestros padres recibieron una carta diciendo que habías desaparecido durante una misión. Y ahora te encuentro aquí.

Él prefirió permanecer en silencio, sin apartar la mirada, evaluando sus intenciones. Su proximidad avivaba aquel deseo de sentirla en sus brazos y acabar con aquella farsa. Las palabras de Vitruvia le sacaron de su ensueño:

—Si mi esposo te descubre...

La advertencia reavivó el rescoldo de un fuego apenas extinto, capaz de inflamarse al más mínimo soplo.

—¿Forma parte de la conspiración? —preguntó Marco.

Había creído entrever alguna clase de lealtad hacia Fabricio, tal vez el fruto de los años de convivencia. O quizás el temor a las consecuencias que aquel furtivo encuentro pudiera acarrear a su matrimonio. Con su pregunta, había esperado derruir sus defensas. En su lugar, vio que su rostro mostraba algo muy parecido a la compasión:

—Créeme, Fabricio es capaz de hallar mil formas para sacar provecho a cualquier información.

No añadió nada más y él se sintió estúpido. Vitruvia siempre lograba que dijera mucho más que ella. Incluso cuando él hubiese formulado la pregunta. Poco antes, Ovidio le había descrito como uno de los gladiadores de Varrón Murena, y acababa de confesar tácitamente cuál era su motivo para asumir esa identidad. Constatar que aquel sutil intelecto superaba con creces el suyo le hacía sentirse incómodo.

—¿No vas a responder a mi pregunta? —preguntó Marco.

—¿No vas a decirme qué haces aquí y dónde has estado todo este tiempo? —respondió la editora—. Tengo derecho a saberlo.

—Hay cosas que, por tu propio bien, es mejor que no sepas. —Eran, más o menos, las palabras que ella había pronunciado un año atrás. Deseaba herirla, recuperar el terreno perdido. Solo logró quedar aún más en evidencia.

—Marco, eres tú quien no sabe nada. —Habló con la dulzura de una madre a un hijo—. Seguramente, ni siquiera sabes el objetivo de tu misión.

—Pero tú sí sabías que iban a tratar de matarme.

Todo estaba yendo demasiado lejos, pero era incapaz de callar. Recordó las viejas simpatías republicanas de su hermanastra. ¿Cómo pudo saber que Fanio Cepión iba a sabotear su misión, dos años atrás? «Hay gente poderosa, a la que no interesa que esta guerra termine», le había dicho. Y no se había equivocado. La sospecha de que le ocultaba algo importante no hizo más que avivar su irritación.

—No lo sabía —respondió ella—. Solo... lo sospechaba.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que estás metido en algo muy peligroso. Debes abandonar tu misión, sea cual sea. Fanio Cepión es amigo de Varrón Murena. Ahora mismo está en Puteoli, supervisando sus negocios, pero pronto regresará a Roma y, tarde o temprano, te reconocerá. Si eso ocurre, desearás estar muerto.

—¿Qué clase de negocios?

—¿Cuánto tiempo crees que podrás sobrevivir en la arena? —replicó ella, con hermetismo—. Ya no se trata de matones de barrio: te encontrarás ante los mejores luchadores de la República.

—Estoy preparado para morir.

Trató de mostrarse seguro de sí mismo. No lo hizo mal; tal vez hubiera engañado a cualquier otro.

—«Si la muerte fuera un bien, los dioses no serían inmortales» —recitó ella—. Veo que no eres consciente de algo importante: el *princeps* está enfermo.

—Eso ya lo sé.

—Y como también sabrás, ha elegido a Marcelo como sucesor, tras desposarlo con su hija Julia —dijo Vitruvia, con una mueca cargada de ironía—. Pero él es aún muy joven. Apenas ha desempeñado magistraturas, no cuenta con suficiente *auctoritas*.

—Si Augusto muere, deberá disputarse la sucesión con Marco Vipsanio Agripa. —Marco se veía arrastrado por las implicaciones de lo que había descubierto aquella misma noche.

Agripa, la mano derecha de Augusto, ansiaba vestir la púrpura, y por ello trataba de menoscabar la influencia de Mecenas, el otro tradicional confidente, al que Marcelo había convertido en su guía. Al parecer, su esposa, Terencia, se había convertido en la amante del primer ciudadano de Roma y compartirla con él tal vez pudiera consolidar su amistad, o hacerla pedazos. Marcelo estaba desposado con

Julia, la hija de Augusto, mientras que Tiberio estaba prometido con Vipsania, la hija de Agripa. Este se había casado con Claudia, la hermana de Marcelo, sobrina del *princeps*. A pesar de solo tener quince años, estaba previsto que Druso, el hermano menor de Tiberio, se uniera con Antonia Menor, hija de Octavia, la hermana de Augusto.

Ese enrevesado y, en ocasiones, casi incestuoso entramado de bodas de conveniencia estaba concebido para fortalecer los lazos entre los miembros de la familia imperial y sus allegados. La precaria salud del gobernante hacía que la cuestión sucesoria quedara abierta. Octavia había logrado que su hijo Marcelo fuera el heredero, mientras que Livia ambicionaba que lo fuera Tiberio, el mayor de sus dos vástagos. Por ese motivo, ambas cultivaban una tensa aunque educada enemistad entre sí. Como virtuosa matrona romana, a Livia no parecían importarle demasiado las infidelidades de su esposo con Terencia, la esposa de Mecenas, e incluso se rumoreaba que era ella quien le buscaba todas esas hermosas jóvenes de buena familia por las que sentía predilección, pues él siempre estaba demasiado ocupado redactando leyes para defender la familia y castigar el estupro.

También se decía que el cariño que Tiberio le profesaba a Vipsania era sincero y que su futuro enlace había servido de base para su alianza con Agripa. Sin embargo, los divorcios de conveniencia entre aristócratas eran casi tan frecuentes como aquellas bodas. Su propio padre, Tiberio Nerón, no había tenido problemas en separarse de Livia para que Augusto pudiera unirse a ella. Aquella sucesión de esponsales, en definitiva, no había evitado la despiadada lucha dinástica que estaba teniendo lugar. Solo la habían hecho aún más retorcida, adulterándola con grandes dosis de amor, lujuria y celos.

—Marcelo procede de una de las familias más nobles de Roma, mientras que Agripa es un «hombre nuevo» sin ningún antepasado ilustre —aseguró Vitruvia—. El joven goza de mucho prestigio entre las clases altas, pero se dice que la mano derecha del *princeps* tiene inclinaciones republicanas. Los nobles pueden asumir que la República esté en manos de un solo hombre, como ya ocurrió con Mario, Sila o el mismo César. Sin embargo, que el poder se transfiera de forma hereditaria, sería casi sinónimo de monarquía.

Marco sabía que, dentro del ejército, Agripa poseía un enorme prestigio. No obstante, si Marcelo heredaba el nombre, la clientela y el patrimonio de César Augusto, muchos le jurarían lealtad: al fin y al cabo, era él quien pagaba a las legiones.

Apoyo de la nobleza, control del ejército, popularidad entre la plebe y dinero: esos eran los cuatro pilares que, durante casi un siglo, habían dictaminado quién gobernaba la República. En caso de que Augusto muriera, Roma se encontraría en la antesala de una nueva guerra civil, y de momento ambos contendientes parecían estar

en tablas. En todo, salvo en un único punto. Algo que podía descompensar la balanza de poder de forma irreversible.

Vitruvia supo que al fin había comprendido:

—Marcelo necesita ganarse el favor del pueblo y, como edil, tiene un modo a su alcance, para lo cual cuenta con el apoyo de Mecenas. Durante los próximos meses, en la arena del foro se decidirá quién va a ser el dueño de la República. Marcelo tendrá que dar al público lo que desea, y el público solo quiere sangre. Él se la dará, no lo dudes, sin importarle el dinero, y todos le amarán por ello.

—¿Y qué pintan Fanio Cepión y Varrón Murena en todo esto?

Ella contemplaba la oscuridad.

—¿Es que no vas a decir nada más? —insistió Marco, alzando la voz.

—Lo único que debes saber es que, en todo esto, soy la única persona a la que le importa si vives o mueres —dijo, y se dio la vuelta para regresar al auditorio.

X

El tráfico rodado en Roma durante el día estaba prohibido, así que, en cuanto el sol se ocultaba tras el monte Janículo, las calles se convertían en una barahúnda de carros cargados con cajas, sacos y ánforas. De regreso a la isla Tiberina, la escolta de Varrón Murena se encontró la vía Labicana abarrotada; por todas partes resonaban las voces de los arrieros y el mugir de los bueyes. La marcha de los carros resultaba demasiado lenta y los había obligado a cabalgar por la cuneta en una sola fila. Ya habían dejado atrás los jardines de Mecenas y, a lo lejos, se vislumbraban las luces de la puerta Esquilina, donde confluían las tres principales calzadas que llegaban a la capital desde el noreste.

A lomos del caballo, la vista de Marco alcanzaba hasta donde moría la luz de las antorchas.

—Un hermoso paisaje —ironizó Velox.

Sobre aquella desolada cumbre del Esquilino, más allá del recinto sagrado de las murallas Servianas, se extendía una enorme necrópolis donde eran abandonados los cadáveres de los indigentes, los esclavos y los ajusticiados. Tumbas miserables en un suelo sembrado de osamentas, desperdicios y escombros por el que merodeaban los perros salvajes, los cuervos y los lobos que bajaban de las montañas en busca de alimento.

Marco no dejaba de darle vueltas a su encuentro con Vitruvia. Las parcas habían entrelazado las hebras de su destino de una forma cruel y caprichosa, como solo una mujer era capaz de hacer.

—Os he visto —le dijo Perseo.

Se giró alarmado, aunque, al ver su expresión, sintió alivio. Un gladiador reunido a solas con una dama de clase ecuestre; algo demasiado habitual como para no alcanzar una conclusión errónea. Una vez más, dejó que Perseo completara un cuadro del que solo conocía una ínfima parte.

—¿La conoces? —le preguntó.

—Conozco a muchas mujeres, y sé a cuáles evitar —aseguró el *primus palus*—. Acepta un consejo: aléjate de ella. Ni tan siquiera Mecenas consiente que alguien se meta en lo que es suyo. Solo se lo permite a quien está por encima de él, y porque le interesa.

—¿Qué sabes de ella?

—Únicamente rumores —admitió Perseo—. Hace años, se decía que Tito Fabricio pretendía utilizar a su esposa para satisfacer sus ambiciones. Ahora ella regenta un próspero negocio editorial, y al parecer su esposo goza del favor de Augusto. ¿Eso no te dice nada?

—Una mujer no es propiedad de nadie.

—Marco, jamás confundas lo que es con lo que te gustaría que fuera —respondió Perseo—. La realidad es obstinada y siempre acaba imponiéndose.

Escrutó su mirada y halló tozudez.

—Yo también creía en un profundo sentimiento que va más allá de lo carnal, en dos almas gemelas fundiéndose en un abrazo sin fin y todo eso —prosiguió el hoplómaco—. Hasta que me di cuenta de que, casualmente, todas las mujeres que me gustaban eran hermosas. Y eso me indujo a pensar que, tal vez, mis motivaciones no fueran tan elevadas y sí bastante venéreas. Lo cierto es que, haciendo un listado de todas las estupideces que he cometido en mi vida, que a decir verdad son muchas, he descubierto que en la mayoría había una mujer de por medio.

A su lado, Mucro profirió un exabrupto: frente a ellos, un lujoso carruaje les dificultaba el paso. Sus conductores se giraron para echar una furtiva ojeada a sus armas. Hubo algo en su expresión que le escamó.

A Marco aún le costaba dormir toda la noche; su cuerpo le despertaba para los cambios de guardia. Ante cualquier situación anómala, no dejaba de evaluar las posibles amenazas. Eran hábitos de los que le costaba desprenderse. Quien ha sido soldado jamás deja de serlo.

Su vista escrutó el cementerio en tinieblas. Los caballos resoplaban inquietos. Examinó la carga de las carretas, el forcaz lleno de cestos. El aspecto del arriero no era el propio de un hombre de campo. La vanguardia de su columna había rebasado el suntuoso carro que obstruía la cuneta. Pronto Varrón Murena llegaría a su altura. Su vista se desplazó hasta el eje trasero del vehículo: la suspensión parecía forzada hasta el límite.

Marco azotó las ancas del caballo.

Resonó un griterío. Las puertas del carruaje se abrieron y, del interior, salieron media docena de hombres armados. Marco giró su montura y tiró con fuerza de las riendas. El bocado se clavó en el paladar de la bestia, que coceó de dolor. Los cascos golpearon de lleno a dos de ellos. Descabalgó. El senador trataba de despojarse de su toga. Bajo ella, colgada del cinto, llevaba una daga. Uno de los atacantes aferró las riendas para derribarlo.

Marco desenfundó la espada. En la izquierda, blandía el puñal. Dio un paso atrás, y una hoja pasó a cuatro pulgadas de su rostro. Lanzó una estocada y rebanó una garganta. El senador estaba herido en el tórax; no parecía grave. Vio a otro más. Detuvo un tajo con el tercio fuerte y le apuñaló en el vientre con la zurda. Intuyó un nuevo ataque. Cruzó las dos armas, como unas tijeras, y le amputó el antebrazo. Al girarse, descubrió a un nuevo enemigo, que Perseo acuchilló por la espalda.

Estaban rodeados. Otro vehículo se había cruzado al otro lado de la calzada. Perseo, Mucro, Varrón Murena y él quedaron aislados de la vanguardia que dirigía Velox. Los gladiadores arrastraron a su patrón hacia el laberinto de tumbas que se

extendía a ambos lados de la carretera, como una siniestra prolongación de la ciudad.

Corrieron a ciegas, cargando con Varrón Murena. Pronto su vista se habituó a la oscuridad. La luna, en cuarto creciente, seguía oculta tras las nubes. Atrás, a cien pasos, un enjambre de antorchas oscilaba en la negrura. Los caballos no podían adentrarse en la gigantesca necrópolis. Sus gritos les llegaban apagados. Se abrieron paso a tientas, hacia el sur, con las murallas siempre a su derecha. Mucro y Marco cargaban con los brazos del senador sobre sus hombros, cuya entrecortada respiración les resonaba en el oído.

Tuvieron que detenerse a descansar junto a un tosco altar de toba. Marco se encontró ante la férrea mirada del senador.

—¿Cómo supiste que iban dentro?

—Los flejes de suspensión estaban forzados —le respondió—. Soportaban mucho peso.

Varrón Murena examinó su herida y recompuso su aspecto mientras echaba una ojeada hacia atrás.

—Nos atacaron en la confluencia entre la vía Tiburtina y la Labicana, poco antes de la puerta Esquilina —señaló, reflexivo—. Sabían que teníamos que pasar por allí a la fuerza. La elección del lugar fue acertada; la de los hombres, no.

Sin duda poseía experiencia militar. Tenía razón. Había sido un plan bien trazado, ejecutado por matones de los que se alquilan por un denario en cualquier taberna. La encerrona había logrado separarlos de su escolta, y, sin embargo, aquellos patanes no eran rival para tres gladiadores, dos de ellos *primus palus*.

—No dejan de subestimarme —se lamentó el noble.

Se ocultaron tras el altar al oír unos pasos que se detuvieron a unos treinta pies de distancia. Habían reunido a más hombres.

—¿Adónde habrán ido? —El temblor de la voz dejaba clara su aprensión.

No era a ellos a quienes temían. Las Doce Tablas prohibían los enterramientos dentro de las murallas de Roma, y por eso las tumbas se amontonaban en los baldíos de la periferia, a lo largo de los márgenes de las vías que llegaban desde todos los confines de Italia. De noche, aquel laberinto de sepulturas se convertía en el refugio de toda clase de malhechores. Saqueadores de tumbas en busca de ungüentarios, lucernas y figurillas de bronce; no respetaban ni las monedas dejadas para Caronte. Los mendigos acudían a alimentarse de las ofrendas dejadas en los altares. Las hechiceras aprovechaban la oscuridad para recoger la médula y el hígado de los cadáveres, que luego empleaban para preparar sus conjuros. No era el mejor lugar para aventurarse de noche.

Las pisadas resonaban cada vez más cerca. La luz de sus antorchas creaba un oscilante océano de sombras. Una docena de matones se detuvo a diez pasos; no se atrevían a adentrarse más.

—No pueden estar lejos —dijo alguien que parecía su líder—. Esperadlos en la puerta Querquetulana: tratarán de tomar la vía Tusculana para llegar al foro. Tulio los aguarda en la puerta Celimontana. El resto daremos vueltas hasta encontrarlos: no deben atravesar las murallas.

Sostenía una tea, que iluminaba unas facciones de comadreja que Marco no olvidaría fácilmente. Sus perseguidores dieron media vuelta para regresar a la calzada que habían dejado atrás.

—No podemos regresar a la casa de Mecenas —masculló Varrón Murena—. Si Velox y el resto no han venido a ayudarnos, significa que están muertos.

¿Formaba parte su cuñado de aquel intento de homicidio? Marco lo consideró improbable. Sin duda, habría encontrado mejores formas de acabar con él.

—Es posible que alguno haya sobrevivido —dijo Mucro—. En ese caso, buscarán refuerzos en la isla Tiberina.

Varrón Murena esbozó un vago gesto, dando a entender que no podían contar con esa eventualidad.

—La única opción es que sigamos la muralla hacia el sur —apuntó Marco—, pasar de largo la puerta Querquetulana y la Celimontana hasta llegar a la puerta Capena. Una vez allí, podremos llegar a la isla Tiberina.

En aquella dirección, la muralla bajaba hacia el valle situado entre el Esquilino y el monte Celio, hasta llegar a un miserable arrabal. Luego ascendía de nuevo hacia la cima de este último para rodear su cumbre. Una vez dejado atrás el bosque de Egeria, la muralla se precipitaba hacia el fondo de la vaguada que separaba esta colina del Aventino: allí encontrarían la puerta Capena. Dos millas a través de un laberinto de chabolas y tumbas, rodeados de enemigos, sumidos en la oscuridad. Los vigiles jamás patrullaban por aquel paraje donde la civilización no existía.

—Es muy arriesgado —dijo Mucro, quien mejor conocía la zona—. Debemos buscar un sitio seguro hasta que amanezca.

—¿Algún amigo por aquí? —preguntó Perseo.

Varrón Murena se encogió de hombros. Aquel no parecía el lugar más idóneo para buscar entre las amistades de un senador.

—Los amigos se pueden comprar —respondió—. Pero no llevo oro encima.

—La promesa de un senador tal vez podría valer —aseguró Mucro—. Conozco a un grupo de... bandidos. Tienen un refugio no muy lejos de aquí.

Su patrón solo dudó un instante antes de asentir. Marco evaluó la situación. Varrón Murena estaba herido, sabía que no podría soportar una larga marcha. No parecía grave, pero les hacía ir más lentos, y solo le buscaban a él. Si los abandonaba, podría escapar y reunirse con Tiberio. Estaría a salvo y no volvería a verlos jamás.

Descartó la idea y tomó el brazo del senador para ayudarlo a incorporarse. Al hacerlo, supo que este había notado su indecisión.

Siguieron caminando hacia el sur. La luna apenas asomaba entre los jirones de nubes. Las murallas Servianas habían sido construidas con bloques de toba oscura y su altura era de treinta pies. Sin otro modo de orientarse, trataron de mantener aquel almenado horizonte siempre a su derecha.

Descubrieron un pálido haz de luz a cien pasos frente a ellos.

—Vamos a echar un vistazo —dijo Mucro.

Una exedra semicircular les sirvió de momentáneo refugio. Marco y Mucro dejaron a su patrón en el interior de la cripta, acompañado de Perseo, y se aproximaron con cautela hacia la tenue claridad que asomaba de una informe construcción. A diez pasos, el hedor los golpeó en el rostro y tuvieron que taparse la nariz con las manos. Frente a ellos, la chimenea de un crematorio vomitaba una espesa nube negra; entre la tablazón de su destartalada puerta se filtraba la oscilante luz de una inmensa hoguera. Un par de voces surgían de su interior:

—Hemos tenido suerte, Sergio. Vaya que sí.

Un gemido de satisfacción respondió a la voz cascada de un anciano.

—Venga, termina de una vez —insistió.

—Sí, sí...

Los gladiadores desenfundaron sus armas ante la entrada de aquel minúsculo edificio de mampostería cubierta por una bóveda. Los gruñidos eran cada vez más fuertes. A Marco le escocían los ojos a causa del humo; la peste se volvió insoportable.

—No debe de tener más de dos días —dijo el viejo más allá de la puerta—. Sí. Sin duda, somos afortunados.

—Tierna, muy tierna... —gruñó un retrasado.

Echaron la puerta abajo. Hacia el fondo del cuchitril, junto a la boca de un enorme horno, una docena de cadáveres yacían amontonados. Tendido sobre una mesa, el cuerpo desnudo de una muchacha recibía los envites de un corpulento joven con aspecto de retrasado, que, con la túnica alzada y los calzones en las rodillas, culeaba torpemente entre sus piernas. A su lado, un anciano tullido, sostenido con muletas, los observaba con fascinación. Su boca entreabierta, de la que caía un hilillo de baba, esbozó una grosera mueca al verlos entrar.

—¿Se puede saber qué...?

Marco dio una patada a una de sus muletas y el viejo cayó sobre el montón de despojos humanos. Mucro amenazó a su ayudante con un puñal. A pesar de no tener muchas luces, el muchacho no creyó sensato intervenir y siguió embistiendo al cadáver.

—Tiernecita, como a mí me gusta —gimió.

—¿Qué queréis? —La voz del viejo sepulturero estaba impregnada de pánico.

Examinaron su aspecto. Los esclavos condenados a mantener encendidos los

crematorios eran considerados los más miserables entre los miserables, y se les rapaba la mitad de la cabeza para señalar su infamia. Ni siquiera las rameras que ejercían su profesión entre los sepulcros en ruinas los soportaban; jamás podían deshacerse del pestilente hedor que los rodeaba.

—Necesitamos ropa —dijo Marco, y se dirigió hacia una montaña de túnicas raídas. A su lado, encontró una cesta llena de cabellos de mujer que venderían a los fabricantes de pelucas. Poco más podrían encontrar de valor entre aquellos despojos.

Eligieron cuatro ajadas túnicas de color pardo, con las que esperaban pasar desapercibidos.

—Podéis quedaros con las nuestras, creo que salís ganando con el canje —dijo Mucro, señalando al montón.

—Sí, señor —respondió el anciano.

—Tierna, muy tierna... —añadió el imbécil.

Se reunieron de nuevo con Perseo y Varrón Murena. Tuvieron que dar varias vueltas hasta encontrar el muro de mampostería que cerraba la cripta.

—¿Quiénes son estos dos? —preguntó el hoplómaco al descubrir al viejo cojo y al retrasado.

—Nuestros nuevos guías —respondió Mucro—. Nos acompañarán durante un rato, ¿verdad?

La pareja de esclavos se limitó a asentir. El senador se puso la túnica raída que le ofrecían sin hacer preguntas, tras despojarse de un par de anillos de oro que guardó en su ropa interior.

De este modo reanudaron la marcha. La metrópoli de tumbas se volvía cada vez más densa. Altares funerarios cubiertos de frisos, siguiendo la moda del sur de Italia, entre túmulos de tipo etrusco que se veían obligados a rodear. Los sepulcros más lujosos se apiñaban en torno a las calzadas; los más antiguos eran los más próximos a los accesos de la ciudad.

Gracias a ello, Marco dedujo que habían dejado atrás la puerta Querquetulana.

—En el fondo os entiendo —les dijo Perseo a la pareja de esclavos—. Lucrecia, mi primera esposa, era frígida. En la cama, ni tan siquiera se movía: se limitaba a abrirse de piernas. Era como hacerlo con un cadáver.

—La mía, en cambio, era una histérica —aseguró Mucro.

—¿Gritaba al hacer el amor?

—Vaya que sí. La oía desde la taberna.

Marco tropezó con algo, y un objeto metálico rodó por el suelo. Lo buscó a tientas para estudiarlo: una placa de bronce con una inscripción grabada. Magia negra, el arte de las brujas de Tesalia; láminas con conjuros para atar a los difuntos sumidos en la desgracia: niños, parturientas o ajusticiados, cuyo odio hacia los vivos sería encauzado contra la víctima elegida.

Dejó aquella maldición donde la había encontrado para reanudar la marcha.

—Allí es —les dijo Mucro.

La silueta del muro encalado se recortaba nítidamente en la oscuridad. El cerramiento de un colegio funerario, lugar de descanso de quienes en vida desearon asegurarse una tumba digna mediante el pago de una cuota mensual, para no legar aquella carga a su descendencia. La hiedra y los grafitis cubrían los altos muros de ladrillo de aquel recinto en ruinas provisto de una arcada de acceso. Los mausoleos se amontonaban en su interior, convirtiéndolo en una fortaleza de diez pies de altura. Habían encendido una hoguera en el patio, y sobre la techumbre se intuían varias figuras humanas.

—Menudo vertedero... —murmuró Perseo.

—No quieren que nadie se meta en sus asuntos —aseguró Mucro.

A lo largo del dintel de la entrada había una inscripción dedicada a Laverna, la diosa etrusca del Inframundo, cuyo culto se había extendido entre los criminales de Roma. Existía un altar consagrado a ella en la puerta Lavernalia del Aventino.

Oculto bajo la sombra de un sepulcro, un individuo rechoncho los observaba:

—Mucro, maldito bastardo. ¿Qué haces aquí? —dijo con una sonrisa en su rostro cetrino—. Imaginaba que estarías desangrándote en algún anfiteatro de mala muerte.

El ladrón se pasó la mano por su raída túnica teñida de púrpura, tal vez saqueada de alguna tumba, y se la ofreció al gladiador, que la estrechó con cautela.

—No me ha ido mal, Balbo —replicó Mucro—. ¿Cómo va todo por aquí? ¿Sigue el viejo al mando?

—Salvio le quitó el puesto —farfulló; eso no parecía agradaarle—. Muchas cosas han cambiado por aquí, aunque otras siguen igual. Pasad, no os quedéis ahí parados.

Tuvieron que dejar sus armas sobre una mesa junto a la puerta. Obedecieron a regañadientes, reacios a entrar desarmados a una guarida de ladrones. En el interior, una veintena de harapientas figuras bebían un oscuro brebaje en cuencos de madera y, junto a la hoguera, unas líneas pintadas en el suelo delimitaban un círculo donde una pareja peleaba a puñetazos y patadas. *Pankration*. En griego, «todas las fuerzas». En aquel tipo de lucha todo estaba permitido, salvo morder y sacarse los ojos, aunque los espartanos lo obviaban. Cuando, en el transcurso de unos juegos olímpicos, un juez recriminó a un lacedemonio que estaba mordiendo al contrario «como una mujer», él le respondió que lo hacía «como un león».

—Cuidad de nuestros guías —dijo Mucro, sarcástico.

Balbo condujo a los dos esclavos del crematorio hasta un subterráneo.

Salió a su encuentro un sujeto de mediana edad; fibroso, de facciones afiladas como el pedernal tallado, y con unos ojillos crueles que no dejaban de evaluar su aspecto.

—Mucro...

—Salvio, cuánto tiempo.

—Este no es un buen lugar para hablar —contestó el otro, mientras estrechaba la mano del gladiador—. Vamos a un sitio más tranquilo.

Entraron en una cripta decorada con tapices deshilachados. Una mesita de cedro y una cama de bronce hacían de mobiliario, junto a un brasero cubierto de verdín y un ánfora que desprendía un olor nauseabundo; tal vez anchoas o arenques podridos. Colgado del techo, entre ristras de ajos y cebollas, un barroco candil de bronce capuano les regalaba su miserable luz. Aquel botín, sustraído en lujosas viviendas del Aventino, adornaba el interior de un sepulcro en ruinas.

Se sentaron en el suelo y Salvio les ofreció algo de vino.

—Estaréis sedientos —les dijo.

Varrón Murena se acomodó sobre las losas con esfuerzo. A pesar de que la herida no era profunda, había empapado su nueva y andrajosa túnica. Durante el trayecto no había pronunciado un solo quejido.

Entró una mujer de piel pálida, vestida con una túnica negra, los pies descalzos y el cabello suelto. A juzgar por su aspecto, era una de tantas busconas que se ofrecían a los estibadores de Emporium, que incorporaba a sus venéreas prácticas otras más arcanas, como la de invocar a Hécate y a la cruel Tisífone, la de hacer «descender la luna» con su rueda mágica o la de embrujar a incautos con estatuillas de cera.

—Buenas noches, Canidia —dijo Mucro.

Ella los saludó con un gesto. Rasgó la túnica de Varrón Murena para descubrir la hemorragia y sumergió un paño oscuro dentro de un cuenco que llevaba bajo el brazo. Sus manos ajadas, como si acostumbrara a cavar la tierra con las uñas, limpiaron la herida del senador con minuciosidad, mientras los gladiadores daban buena cuenta del vino.

—¿Qué os ha traído hasta aquí? —les preguntó Salvio.

A pesar de sus ropas, Varrón Murena no pasaba ni de lejos por esclavo. Ni siquiera con un puñal en la garganta habría abandonado la altivez propia de su clase. Aunque no sería sensato reconocer que se trataba de un senador.

—Necesitamos refugio —respondió Mucro—. Solo por esta noche, mañana nos iremos.

—¿Os persiguen?

—Podemos pagar, si es necesario —añadió el gladiador.

Al parecer, lo era.

—¿Cuánto podéis ofrecer?

Por un instante, Mucro dirigió una mirada a Varrón Murena. Bastó para que Salvio se diera cuenta de quién estaba al mando.

—Dos áureos —dijo el gladiador—. Mañana, cuando estemos a salvo.

—No es mucho —respondió Salvio con cinismo—. Pero por ser tú será

suficiente.

La tensión disminuyó, aunque no para Marco. Demasiadas cosas no encajaban. Canidia había llegado con lo necesario para atender a un herido. Salvio solo mostró desconcierto al descubrir a Mucro allí. Sabía que alguno de ellos tenía mucho dinero. Solo era una sospecha, y el tiempo resultaba vital.

—Iré a buscar ayuda —dijo Marco.

—No es necesario —señaló Salvio, ofreciéndole más vino—. Aquí estáis a salvo.

—No me buscan a mí. —Se dirigía también a Varrón Murena—. Puedo llegar a la puerta Capena y tratar de reunirme con el resto. Estaré de regreso antes del amanecer. Así podremos pagaros antes.

Había hablado más de la cuenta, pero Salvio no se inmutó. Lo que le había dicho no era nuevo para él.

—Aun así, es muy peligroso —insistió el bandido.

Más allá del umbral, sus hombres no les quitaban el ojo de encima. Eso aumentó su ansiedad. Escrutó a sus camaradas para ver si se habían dado cuenta. Mucro parecía confiar demasiado en sus viejos amigos. Perseo estaba demasiado fuera de sitio como para que algo le resultara anómalo. Buscó un modo de advertirlos. Solo era una sospecha, tal vez se equivocaba, ya habían arriesgado demasiado.

El senador hizo un gesto de asentimiento, y a Salvio no le quedó más remedio que aceptar.

—Está bien —les dijo—. Necesitarás alguien que conozca el camino. Vedio y esos dos te acompañarán.

Señalaba a un tipo enjuto y desgarrado, de cabello pajizo. Mientras atravesaba el patio, Marco tuvo que esforzarse para no mirar atrás. Sintió un gran alivio cuando le devolvieron su espada. Al salir se perdió en la oscuridad, acompañado de aquellos tres fuera de la ley, y siguió la muralla hacia el sur.

Los sepulcros dieron paso a las chabolas sin que pudiera precisar en qué momento habían dejado atrás la necrópolis para adentrarse en el arrabal; estaba desierto, nadie se atrevía a abandonar de noche su hogar. Los más pobres habitaban en las depresiones de las siete colinas, antiguos pantanos, que corrían el riesgo de convertirse en un cenagal ante cualquier crecida del Tíber. Lugares donde a veces el aire se volvía irrespirable, a causa del polvo y el humo de los talleres y de los millares de braseros y lucernas.

Caminando a tientas, entre aquella ciudad hecha de cañas y barro, Marco no daba la espalda a sus acompañantes.

—¿Esos son los jardines de Asinio Polión? —forzó su acento hasta convertirlo en el latín de provincias que hablaba su madre.

—Sí —dijo Vedio—. Es por allí.

Se dirigían hacia el sur, aunque no en dirección a la puerta Capena. Y aquel

roblechal solo podía ser el bosque de Egeria, entre la falda del monte Celio y la vía Apia. Los jardines construidos por Asinio Poli6n estaban m1s al sureste: aquellos hombres querían alejarle de la ciudad. Le habían tomado por uno de los muchos recién llegados a Roma y, al ponerles a prueba, obviaron la norma básica para mantener cualquier engaño: mentir solo en lo indispensable. Ahora tenía a un bandido a cada lado, y a Vedio en algùn lugar a su izquierda. En cualquier momento recibiría una cuchillada.

Desenfundó su espada. El pomo golpeó en la cara de quien tenía más cerca. Con un movimiento, le hundió la hoja bajo su mandíbula. Detuvo una estocada dirigida a su pecho, y derribó al segundo maleante de una patada. Tuvo que retroceder cuando Vedio se le echó encima.

Uno ya estaba muerto. Los otros dos se habían plantado ante él, blandiendo sus armas, y trataban de rodearle.

—¿Por qué?

—Llegaron poco antes que vosotros —respondió Vedio—. Nos ofrecieron parte de la recompensa.

—Nuestro patrón es rico —dijo Marco—. Puede superar cualquier oferta.

—Lo siento. Siempre es mejor unos áureos en la mano que una simple promesa. Esta noche habrá una fiesta de iniciación y tus amigos serán el plato fuerte.

Aprovechando la oscuridad, Marco lanzó un tajo que les obligó a retroceder y se dio la vuelta para salir corriendo. Buceó en las tinieblas en dirección al bosque; los dos ladrones le persiguieron.

Se había tirado un órdago y ahora suponía un lastre. En otras circunstancias, tal vez le habrían dejado huir, pero en el refugio aseguró que se reuniría con sus amigos más allá de la puerta Capena. Sin duda, el jefe de aquellos bandidos les había ordenado que no le dejaran con vida.

Tropezó con algo y cayó al suelo; sintió un tremendo dolor en la espinilla. No parecía rota. El quejido les dijo a sus perseguidores dónde encontrarle. Se incorporó para seguir corriendo y pudo llegar a la arboleda. Comenzó a atravesar la espesura. Uno se encontraba a cinco pasos tras él. Una rama se cruzó en su camino. En lugar de esquivarla, Marco la aferró con fuerza y siguió trotando. Se giró hacia el bandido y la soltó: el matorral le golpeó en la cara como un látigo. Cegado por el dolor, Vedio se llevó las manos al rostro. Marco saltó sobre él, y comenzó a apuñalarlo en el suelo. Tuvo que morderle la mano para que dejara de arañarle la mejilla.

Al girarse, vio al otro bandido trotando hacia él. Si hubiera ido más retrasado, tal vez Marco habría podido hacer algo para detener aquel tajo dirigido a su sien. Una azada surgió de la oscuridad y golpeó al bandido en la frente. Su cuerpo cayó al suelo, sin vida, con el apero hundido en el cráneo. De entre los arbustos surgió un hombretón y se lo arrancó de la cabeza.

Marco se vio rodeado por un grupo de hombres y de mujeres armados. Aquel era el bosque de Egeria, una de las camenas, las ninfas de los manantiales de la puerta Capena. Se creía que el agua de aquellas fuentes otorgaba la fertilidad, y por ello las embarazadas les dejaban ofrendas de leche. Los bosques sagrados eran inviolables y en ellos jamás entraban los vigiles; se habían convertido en el refugio de prófugos de la justicia.

—¿A qué has venido aquí? —le preguntó un tipo corpulento, con las letras «FVG» tatuadas en la frente. Le acompañaba una gruesa mujer que parecía ser su pareja.

—Buscaba un sitio para pasar la noche —respondió, señalando los cadáveres.

El hombretón le aferró del antebrazo y observó el *stigma* grabado en su piel.

—¿Te has fugado? —Alguien le desgarró el cuello de la túnica, dejando a la vista las marcas del látigo en su espalda.

—*Damnatio ad ludum*—mintió Marco—. Me trajeron a Roma para los Juegos Megalenses. Aproveché un descuido para escapar.

Los proscritos bajaron las armas y comenzaron a desvalijar a los cadáveres.

—Está bien —asintió el gigante—. Puedes quedarte si quieres.

Aquel bosque se había convertido en su hogar y la hospitalidad era un deber, incluso entre aquellos desgraciados. Allí estaría a salvo, podría descansar. Sería una locura regresar al refugio de aquellos bandidos. Esa misma tarde, Varrón Murena le había utilizado como un jugador de *petteia* que no duda en deshacerse de una ficha sin valor. Arriesgar la vida por él no tenía sentido; además era amigo de Fanio Cepión, y tal vez su muerte desbarataría una conjura.

El recuerdo de su antiguo legado avivó esa llama que jamás se extinguía del todo. Debía regresar, si quería completar su misión y vengarse. Pero, a pesar de ello, Marco era demasiado terco para engañarse a sí mismo: su deuda de sangre solo otorgaba sentido a una decisión que, muy a su pesar, ya había tomado. En el pasado, había jurado no dejar atrás a ningún compañero de armas, y Mucro y Perseo lo eran.

—Gracias por vuestra ayuda —les dijo—. He de irme.

El viaje de vuelta resultó mucho más fácil. Rodeó la cumbre del monte Celio siguiendo la sombra de las murallas, hasta vislumbrar a lo lejos la tenue luz de la hoguera por encima de la pared. Cuando oyó un apagado sonido de flauta, recordó las palabras de Vedio acerca de un rito de iniciación. Pudo hacerse una vaga idea de a qué se refería. Cargando con un hatillo sobre el hombro, decidió apretar el paso.

Se aproximó en silencio y escaló el muro para asomarse por encima del borde. Dentro del cerramiento, una docena de espectros se agitaban en una danza extática. Unos con túnicas blancas y el rostro pintado de albayalde; otros teñidos de hollín y con ropajes negros. Los primeros danzaban bajo la luz de la luna, mientras que el resto lo hacía entre las sombras de la noche. Vestidos como lémures, espectros

condenados a vagar eternamente, los bandidos conducían al esclavo idiota hacia un ara.

—Yo no he hecho nada —protestó—. No he hecho nada...

—Compórtate con nobleza —le dijo Salvio.

Varrón Murena y los gladiadores observaban la escena, maniatados, en el hueco entre dos panteones. Un orondo individuo, con un cinturón rojo púrpura como única vestimenta, vertió un cuenco de vino sobre la cabeza del retrasado. Tras la libación, le obligaron a dar una vuelta en torno al altar siguiendo el ritmo de la flauta.

Entonces tumbaron al esclavo del crematorio sobre el ara. Comenzó a gritar. El arúspice le hizo un profundo corte en el tórax con un cuchillo. Extrajo el corazón para partirlo en dos mitades, que repartió entre los más jóvenes. El idiota dejó de convulsionarse mientras su sangre resbalaba por el altar.

Salvio les habló en voz alta:

—Jurad sobre el corazón que jamás desertaréis ni cometeréis traición, aunque se os someta a tortura y os arranquen los ojos.

Marco había oído rumores acerca de los rituales místéricos que las bandas de criminales realizaban bajo los auspicios de Laverna y los manes. Hasta entonces, había pensado que solo eran patrañas para asustar a los niños.

Los iniciados comenzaron a devorar la carne cruda.

Ya había visto suficiente. Trepó hacia la parte alta de un columbario y utilizó los nichos como escalera para descender hasta el recinto. Caminaba oculto entre las sombras, con la espalda pegada al muro. Los bandidos entonaban cánticos dedicados a las vísceras de la víctima. Una jarra comenzó a circular entre ellos de mano en mano; estaban borrachos, y eso supondría una ventaja.

Sus amigos le vieron cuando se hallaba a seis pasos. Mucro tenía la cara como si le hubiera pasado un carro por encima. Marco se reunió con ellos, dejó el hatillo en el suelo y lo abrió. Una sonrisa se dibujó en el rostro de su amigo cuando descubrió el contenido: eran las armas de Vedio y sus hombres.

Fue una cuestión de prioridades. Primero cortó las ataduras de Perseo; le hizo un tajo en el brazo, pero a él pareció no importarle. Salvio los vio y todo se fue al traste. Su grito hizo que los bandidos recogiesen sus armas a toda prisa. Marco se situó a la espalda de Varrón Murena mientras sus dos camaradas recogían las espadas. El senador contemplaba al líder de los criminales como si calculase las medidas de su ataúd.

—Quítame la mordaza —farfulló a través del tejido.

—¿No prefieres que...?

—Primero la mordaza.

Con las manos aún atadas a la espalda, Varrón Murena se encaró a los bandidos.

—¿Sabéis a quién habéis apresado?

Al fin Marco pudo deshacerle de sus ataduras. El noble se frotó las muñecas con parsimonia ante una hueste de espectros armados.

—¡Eso no importa! —aulló Salvio.

Los bandidos se habían detenido. La voz de Varrón Murena era del tipo que solo se oía desde la Rostra. Su misma actitud proclamaba que era un aristócrata.

—Mi nombre es Licinio Varrón Murena, hermano del difunto cónsul; senador de Roma y dueño de la *ludus gladiatoria* que lleva mi nombre. Y quien está a mi diestra es Perseo, *primus palus* de mi escuela, vencedor en la arena en sesenta ocasiones. Pensad bien las palabras que vais a pronunciar, pues, una vez que hayan salido de vuestra boca, ya no habrá marcha atrás. Si traicionáis vuestra hospitalidad y logro sobrevivir, os juro por mis antepasados que no me detendré hasta veros a todos colgando de una cruz.

—¿Ha dicho Perseo? —preguntó uno de los bandidos.

—Yo vi su combate en Pompeya; fue hace un par de años —dijo otro.

Miraban a Salvio, resentidos. No les había dicho que aquel hombre era un senador. La familia Varrón Murena tenía fama de ser implacable; además, tres de sus gladiadores se hallaban ahora a su lado, espada en mano. Que Marco hubiera regresado con vida, significaba que él solo había acabado con tres de sus mejores hombres.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —espetó Balbo.

Marco intuyó una soterrada disputa por el liderazgo. Los bandidos parecían divididos: algunos se mostraban leales a Salvio, mientras que el resto se agrupaba tras Balbo. El líder parecía acorralado. Bajó el arma ante ellos y se acercó a Marco, conciliador, tendiéndole la mano en un gesto de disculpa. Él también se aproximó, ofreciéndole la zurda. Todos se relajaron.

Entonces, rápido como una serpiente, Salvio lanzó una estocada.

Nuestro yo racional nos dice que no debemos matar. Por eso, si queremos superar ese obstáculo, debemos acallararlo de algún modo. Para lograrlo, Salvio y su cofradía de ladrones recurrían a aquel ritual.

Prometeo había robado el fuego de Zeus para dárselo a los hombres y, de este modo, les otorgó la civilización. Al comer carne cruda, los seguidores de Laverna rechazaban el fuego, la civilización. Liberaban su naturaleza salvaje. Vencían al mayor escrúpulo, el de comer carne humana, y así regresaban a un estado animal. De este modo, las fronteras entre bestias y hombres se abolían: para matar daban rienda suelta a su instinto.

Pero el instinto nos traiciona. Es él quien nos dice que debemos encogernos ante un ataque, y así perdemos el centro. Hace que nos concentremos solo en la hoja que nos amenaza. Hace que nos olvidemos de la existencia del otro brazo.

La *armatura* obliga a demoler ese instinto que la naturaleza nos ha otorgado, para

poner otro en su lugar. Uno que te hace ser consciente de tu brazo izquierdo. Un instinto que te enseña a luchar con las piernas y a mirar en todo momento al contrario; a golpear con todo el cuerpo, sin perder el equilibrio; a controlar el espacio, a dominar el miedo.

Al intuir la estocada, Marco no tuvo tiempo de interponer su arma, ni tampoco de dar un paso lateral. Si retrocedía, la hoja podría seguirle. Tuvo que apelar a ese instinto adquirido gracias a las horas de entrenamiento. Una respuesta ante un determinado estímulo. Una acción mecánica, previamente aprendida. Una apuesta al todo o nada.

Su mano izquierda, tendida hacia Salvio, se convirtió en un arma: salió disparada hacia el frente. El plano de la espada de su adversario se deslizó por la cara externa de su antebrazo mientras él alzaba su *gladius*. El ladrón había girado el cuerpo para imprimir velocidad a la estocada; su brazo izquierdo había quedado atrás. No pudo detener la doble acción simultánea: la hoja de Marco se adentró en su pecho. Herido de muerte, cayó al suelo.

El gladiador se encaró a los ladrones. De aquel modo, su líder había intentado forzarlos a luchar; trató de saldar la disputa mediante hechos consumados. El desenlace les recordó con quiénes estaban tratando. La endiablada inteligencia de Varrón Murena no lo pasó por alto:

—Gracias, seréis recompensados —le dijo a Balbo—. Sé que jamás habríais cometido esta traición a sabiendas.

Hubo expresiones de alivio. Aquellas palabras no solo dejaban abierta la posibilidad de una salida honrosa, sino de obtener los áureos prometidos. Fue lo que desequilibró la balanza. Poco después, los gladiadores caminaban en dirección a la puerta Capena, custodiados por una decena de ladrones. Nadie albergaba dudas de que la finalidad de aquella escolta era asegurarse de que el noble cumpliera con su palabra.

Amanecía cuando pisaron las losas de la vía Apia, desgastadas por los millares de rodadas de carros. Junto a la puerta Capena, un grupo de hombres armados les aguardaban. Marco contempló de nuevo el rostro de comadreja de quien lideró la emboscada en la confluencia entre la vía Tiburtina y la Labicana.

Estaba maniatado. Hermes y Velox le acompañaban, junto al resto de la familia Varrón Murena. En total, casi treinta gladiadores.

—Necesito oro —dijo el senador.

Hermes le entregó una bolsa de cuero, y él se la arrojó a Balbo, que logró cogerla al vuelo. Cuando la abrió, quedó atónito. Casi fue posible ver el reflejo dorado en sus ojos mientras balbuceaba unas palabras de gratitud.

Tras cumplir con la promesa que había hecho, Varrón Murena se reunió con sus hombres.

—Matadlos a todos.

Los gladiadores obedecieron sus órdenes. Acuchillaron a los bandidos mientras estos trataban de huir hacia el cementerio. Sus gritos pudieron oírse desde la cima del monte Celio.

XI

Vitruvia oía los chillidos de las gaviotas y el gemido del viento en la lona con los ojos entrecerrados. Navegaba en un *lembus*, junto a un timonel y diez remeros; un pequeño esquife perdido bajo la inmensa bóveda celeste de la bahía de Neápolis.

En los recuerdos de su infancia, los acantilados se erguían como las columnas en ruinas de un templo de titanes, cubiertas por un manto verde. Su memoria se remontaba a la cálida aspereza de la arena bajo los pies, al sol acariciándole la piel desnuda antes de bucear en un océano turquesa. Juegos compartidos bajo el frescor de los pinos, entre espliego y eneldo, junto a una niña morena con la que cocinaba barro para alimentar a sus muñecas.

Aquel pinar ya no existía. Una muralla de hormigón y piedra lo había sepultado, junto al recuerdo de todos sus juegos. Habían dejado atrás el embarcadero de Puteoli y, ante ellos, al sur de los campos Flégreos, se hallaba una enorme sucesión de dársenas. Una década atrás, Marco Vipsanio Agripa había hecho conectar el lago Averno y el Lucrino con la ensenada mediante una serie de canales, formando el puerto Julio. Este colosal conjunto portuario, al que llegaban mercancías desde todo el Mediterráneo, mostraba una frenética actividad; los *lenunculi* habían abandonado el dique seco y permanecían atracados, a la espera de remolcar los cargueros que dentro de unos días traerían el trigo egipcio.

Más allá de la proa, a los pies de la escarpada península que cerraba la bahía por occidente, se encontraba Baiae. Los barcos de recreo de las familias más opulentas de Roma abandonaban los muelles para dejarse arrastrar por el viento, entre las liburnas que regresaban al lago Misenum tras patrullar el Tirreno. A los pies del monte Procida, con la entrada protegida por dos rompeolas paralelos, aquella base naval, repleta de astilleros, muelles y barracones, albergaba cincuenta naves de guerra. Era la flota más importante de la República, que aseguraba el control de un imperio asentado en torno al Mare Nostrum, cuyo corazón era aquella bahía.

Vitruvia había descubierto que su infancia era solo un recuerdo, y que este solo era una ilusión.

*Odio y amo. Me preguntas que por qué lo hago.
No lo sé, solo sé que sucede y me atormenta.*

Los versos de Catulo no alcanzaban a describir lo que sentía. Marco estaba vivo. Era como si una plegaria se hubiese cumplido; ese tipo de cosas con las que solo se fantasea, pero que jamás ocurren. El tiempo había erosionado la esperanza, y, ahora, a pesar de todo su júbilo, se sentía furiosa con él.

Buscó una salida en aquel tortuoso cementerio de recuerdos. Era obvio que su

hermanastro desempeñaba alguna clase de misión y se preguntó a las órdenes de quién. Sabía que Augusto, Agripa y Mecenas tenían espías en cada legión, colegio e institución de la República. Aunque también era posible que fuera uno de los hombres de Tiberio. En todo caso, significaba que algún miembro de la familia imperial había hecho espiar a Varrón Murena. Y su amistad con Fanio Cepión era conocida en Roma.

¿Estaban al corriente de que Cepión lideraba alguna clase de conspiración contra el *princeps*? Si así era, debería mantenerse alejada de él, o en cualquier momento recibiría alguna incómoda visita. Sin embargo, Marco no podría ocultarse de su antiguo legado durante mucho tiempo. Fanio Cepión pronto regresaría a Roma, y se reuniría con Varrón Murena. Si descubría con él a su hermanastro, su agonía se prolongaría durante días.

El esquife se aproximó a una barcaza. Una pareja de marinos arrió la vela, mientras el resto bogaba para amurar su nave a la otra. Vitruvia saltó por la borda para pisar la otra cubierta; se enorgulleció de haberlo logrado sin ayuda. Allí, Fanio Cepión supervisaba la carga recién estibada en la bodega, unos grandes cajones repletos de cereal. Húmedo, su cabello rubio y rizado se le pegaba a las sienes; era extraño que alguien de su posición no delegara aquellas tareas tan nimias. La editora reparó en el individuo de piel oscura que le acompañaba: silencioso y de movimientos felinos, parecía la alargada sombra de un filósofo estoico.

En la popa, un capataz pelirrojo azotaba a dos parejas de esclavos encadenados a los remos. Una escena poco habitual, pues los remeros solían ser hombres libres. El senador se dirigió hacia ella exhibiendo una despiadada sonrisa.

—La vanidad echa a perder el carácter, ¿no crees? —dijo, a modo de saludo—. No hay mejor modo de arruinar a un esclavo que decirle que ha hecho bien su trabajo.

—¿Qué clase de hombre eres? —le preguntó Vitruvia.

—Para ti soy Melpómene.

La musa del canto y la tragedia. Madre de las sirenas, cuya hermosa voz arrastraba a los marinos a la perdición. En una de sus manos sostenía un cetro y una corona; en la otra, un puñal ensangrentado.

—¿Qué deseas de mí?

—Necesito que traduzcas una obra de teatro griega.

—¿De qué tipo?

—Una tragedia, con su puesta en escena. Sé que has aprendido mucho de la compañía teatral de tu esposo. Quiero que adaptes el *Edipo* de Sófocles.

Ella permitió que la viera fruncir el ceño. La historia de Edipo formaba parte del ciclo tebano, que había sido tratado por los tres grandes dramaturgos griegos: Esquilo, Sófocles y Eurípides. Incluso César había escrito una tragedia sobre él. A pesar de que en toda obra teatral el desafío consistía en presentar de una forma

original un argumento ya conocido, aquella se había estrenado en Atenas cuatro siglos antes. Desde que Aristóteles escribió su *Poética*, se la había considerado uno de los mayores logros de la creación humana. Era difícil creer que pudiera ser mejorada.

Cepión se adelantó a cualquier réplica:

—No quiero que te limites a traducir un texto griego. Sé que posees un sutil talento literario, capaz de construir imágenes de una belleza envenenada. No se trata de rehacer unos diálogos: necesito que pongas tu alma en el empeño.

La idea de que aquel patricio hubiera leído alguno de sus versos le produjo una honda inquietud.

—¿Qué deseas? —repitió Vitruvia.

—Lo mismo que tú, aunque jamás lo hayas dicho en voz alta —respondió Cepión—. Es un deseo que te consume por dentro. Una oscura ambición que, en ocasiones, te desborda y que es capaz de romper esa fría coraza que has construido.

Era inútil negarlo. Parecía saberlo todo sobre ella.

—Quieres que Augusto muera —concluyó Fanio Cepión—. Sé lo que intentó hacerte.

Era cierto, tenía sus motivos.

—¿Cómo debo abordar la obra? —preguntó.

—«Todos los Gobiernos mueren por la exageración de su principio».

La editora había leído a Aristóteles a los doce años, pero aquella cita no le decía nada. Al parecer, Cepión quería jugar con ella.

—A medida que escribas, lo irás descubriendo —añadió—. Comprenderás cuál es el tema que se debe tratar y cómo has de hacerlo. Será una revelación. —Hablaba sin prisas, mirándola a los ojos, a la espera de cualquier vacilación—: A partir de ahora yo seré tu musa.

Un golpe de mar meció la embarcación y las gaviotas chillaron por encima de sus cabezas.

Vitruvia decidió regresar a su biblioteca. Lejos de ella se sentía incompleta, como si le hubieran amputado una parte de sí misma. La vida es conciencia de lo que nos es posible, y aquellos libros le transmitían una agradable sensación de poder.

Encontró a su hija Fabricia en el atrio, acompañada de los dos retoños de la cocinera. Las niñas intercambiaban frases a voz en grito mientras el pobre muchacho, cuatro años mayor, obedecía sus indicaciones con resignación.

—Al hombre le cuesta muy poco esfuerzo atraer la desgracia... —recitó Fabricia.

Se habían empolvado el rostro con harina y habían enrojecido los labios con algo que parecía fresa. Él iba envuelto en una sábana, a modo de toga, y ellas habían tomado prestados dos vestidos de su alcoba. Sentados sobre las escaleras que hacían de auditorio, una docena de muñecos se habían convertido en su público.

—Ve a hacer tus ejercicios de caligrafía —le dijo a la niña.

Fabricia apeló a todo su talento dramático para esbozar un afectado ademán de desesperación. No cosechó ningún éxito. Tuvo que obedecer a su madre y se despidió de su amiga. El joven parecía aliviado. Ya en la biblioteca, la editora se sentó junto a ella y desenrolló sobre la mesa el *Edipo* de Sófocles.

Layo, el rey de Tebas, se había casado con una noble llamada Yocasta. Al consultar al oráculo de Delfos, este les anunció que ambos engendrarían un hijo que daría muerte a su padre. Por ello, los esposos decidieron no compartir lecho. Sin embargo, una noche en la que Layo se embriagó, ignoraron la advertencia y concibieron a un niño. Poco después del parto, Layo se lo entregó a un pastor, para que lo abandonase a una muerte segura en el monte Citerón. No obstante, el pastor se apiadó de él y confió la criatura a un corintio, que, a su vez, se lo confió a sus reyes, que lo criaron como si fuera suyo.

Edipo creció sin saber quiénes eran sus auténticos padres. Con el tiempo, consultó al oráculo, que repitió su vaticinio: Edipo matará a su padre y se casará con su madre. Creyendo que se refería a su familia adoptiva, huyó lejos de Corinto; el destino hizo que durante su viaje se topara con Layo. Tras una disputa en una encrucijada, Edipo acabó con él y con su comitiva. Sin saber que había asesinado al rey de Tebas, liberó a la ciudad de la amenaza de la Esfinge, un monstruo que asolaba su campiña y devoraba a quien no fuera capaz de resolver sus enigmas. Edipo logró adivinar un acertijo y ella se suicidó. Gracias a esta proeza, le aclamaron como tirano de Tebas, y accedió a desposarse con Yocasta, sin saber que se trataba de su madre.

Al cabo del tiempo, una terrible plaga asoló la ciudad; los pastos se secaban, las cosechas se echaban a perder y una peste diezmaba a los tebanos. Averiguaron que se trataba de un castigo de los dioses. Cuando Edipo indagó sobre la identidad del asesino de Layo y sus propios orígenes, encontró al pastor al que el antiguo monarca había entregado a su hijo y, gracias a él, descubrió la verdad: él era ese niño. Así pues, sin saberlo había cometido parricidio e incesto, lo cual había traído la desgracia a Tebas.

Con las manos apoyadas en las sienes, Vitruvia trató de encontrar un tema para reelaborar la trama. ¿Qué esperaba Fanio Cepión de ella? ¿Cómo podía mejorar aquella obra? Y lo más importante de todo, ¿qué papel desempeñaba una simple pieza teatral en una conspiración contra el primer ciudadano de Roma?

Las grandes tragedias hablan de ideas; las malas solo muestran sucesos. En el teatro, el espectador se convierte en explorador de un mundo al que interpreta y que hace suyo. No hay dos personas para las que un mismo poema signifique cosas iguales, y es posible encontrar algo distinto cada vez que se relee. El tema central de aquel drama era la fuerza del destino: cuanto más trata Edipo de rehuirlo, tanto más se aproxima a él. Nada de eso tenía que ver con Augusto. Debía encontrar algo

relacionado con la figura de Edipo como soberano, burlar a las Doce Tablas y recurrir a alguna alegoría para abordar el tema.

En griego, su título era *Oidipous tyrannos*. Aunque en Roma «tirano» resultaba despectivo, muchas tiranías, como la de Pisístrato en Atenas, fueron gobiernos eficientes en los que el pueblo obtuvo poder a costa de los oligarcas. Los tiranos eran quienes ascendían al poder por sus propios medios o eran elegidos por aclamación popular, tal y como fue el propio Edipo. Para referirse a un rey establecido por linaje, los helenos recurrían al término *basileus*.

Vitruvia trató de encontrar semejanzas. Edipo se hizo con el gobierno de Tebas tras derrotar a la Esfinge, un monstruo con cabeza de mujer, cuerpo de león y alas de pájaro que procedía de Etiopía o Egipto. Una vez que esta se suicidó, los tebanos, agradecidos, entregaron a Edipo su gobierno: la analogía con Cleopatra resultaba clara. Además, en aquella historia subyacía una paradoja sutil e inquietante: al descubrirse que Layo es en realidad el padre de Edipo, este pasa de ser *tyrannos* a *basileus*. Su victoria sobre la Esfinge enmascara el hecho de que, al transmitirse el poder de padre a hijo, se había instaurado una dinastía.

Ya tenía el eje de su historia.

Vitruvia se sobresaltó al oír un ruido a su espalda. Descubrió a Tito Fabricio apoyado en la puerta.

—¿Me puedes decir dónde has estado?

Ella hizo un gesto a su hija y el ama de cría se la llevó al atrio. Se levantó de la silla para responder a su esposo:

—Fui al muelle. No hay nada más que explicar.

—¿Has estado más de una hora a solas con otro hombre y crees que no tienes nada que explicar?

Sabía que tenía confidentes entre sus criados. Sin embargo, le sorprendió la rapidez con la que le habían informado, a pesar de haberse separado de ellos en el embarcadero. Aun así, experimentó un enorme alivio al descubrir que su esposo había malinterpretado el motivo de su encuentro con Fanio Cepión. Trató de convertir su furia en desprecio:

—¿Es que has estado espiándome? ¿Cómo te atreves, precisamente tú, a insinuar...?

«La mujer del César no solo ha de ser honesta, también debe parecerlo». Por tradición, un hombre podía repudiar a su esposa solo por salir a la calle con la cabeza descubierta. Incluso a la más intachable, su marido podía llevarla ante la justicia por cualquier motivo sin importancia. Por costumbre, la tutela legal de una mujer pasaba del padre al esposo. A pesar de que en los últimos años esa cesión era infrecuente y Vitruvia seguía bajo la potestad paterna, su situación era muy vulnerable.

Habían transcurrido cinco años desde que decidió invertir su modesto patrimonio

en aquella labor editorial que pudo consolidar gracias a la publicación de los libros de arquitectura de su padre, costeados por Octavia. Desde entonces, su vida no había transgredido los límites del tácito acuerdo con su esposo: mantenerse en su papel tenía su pequeño negocio como contrapartida. Ahora aquel precario acuerdo parecía a punto de venirse abajo.

—¡Tengo derecho a saberlo! —espetó Fabricio.

Trató sujetarla del brazo y ella le detuvo con un gesto. Fabricio enmudeció ante su mirada:

—No te atrevas a ponerme las manos encima.

Su esposo mudó de expresión en tan solo un latido.

—Claro que no, querida —espetó entre dientes—. No hace falta que sea yo. —Un parpadeo le hizo saber que había encontrado una herida abierta—. Ni tampoco hace falta que sea contigo —añadió, observando a la niña que jugaba en el patio.

Jamás se atrevería. Estaba bajo la protección de Octavia y tenía poderosos amigos. Sin embargo, a pesar de que era costumbre que la mujer conservara a sus hijos tras el divorcio, legalmente no tenían ese derecho. Fabricio podía repudiarla y hacer que jamás volviera a ver a la niña. No le había dado un varón y, desde entonces, no habían vuelto a compartir lecho. Descubrió que, para su esposo, la criatura que jugaba en el jardín solo era un medio para controlarla. Y también supo, por su mirada, que Fabricio intuía que ella acababa de darse cuenta.

El dormitorio permanecía en penumbra. Las franjas de luz que se filtraban por las contraventanas se proyectaban sobre su cuerpo, que yacía desnudo sobre unas sábanas que formaban anárquicos pliegues, como las olas de un mar embravecido.

Por un momento, Cintia no supo dónde estaba. Abrió los ojos y su vista recorrió las paredes en penumbra con frescos pintados en oro y lapislázuli. Inspiró el aire impregnado en sudor, diluido en incienso y lavanda. Entonces sintió un brazo que estrechaba su cintura, buscando el calor de su cuerpo, y los recuerdos asaltaron su mente. Una vez más, sintió esa clase de vergüenza nacida del conflicto entre lo que se busca y lo que se desea.

Artemiodoro creyó que, si una niña soñaba con sí misma devorando su propia carne, se convertiría en prostituta. En sus sueños, Cintia siempre se había imaginado como actriz; aunque, para alcanzar la meta que se había impuesto, había tenido que vivir de su cuerpo y soportar el estigma de vender caricias. Se decía que toda actriz era una prostituta, pues exhibía su cuerpo desnudo en público, y que toda prostituta era una actriz, pues debía fingir en el lecho. Hasta entonces, las noches como aquella solo habían sido una contrapartida. En la cama, siempre se abstraía con la anticipación de recibir el aplauso del público; esa sensación de euforia que se apoderaba de ella cuando una multitud percibía cada uno de sus gestos, fundiéndose con sus emociones, que le devolvían en forma de ovación. Una vez que se había

sentido ese instante de gloria, no era fácil volver a ser una esclava. Sin embargo, los ecos de esos aplausos se habían ido poco a poco extinguiendo y ya no existía esa coartada.

Se apoyó sobre el codo para incorporarse, tratando de no despertar a Marcelo. Halló su ropa arrugada en el suelo y se vistió lentamente. Sus pies desnudos resonaron sobre el mármol de la alcoba con un ritmo apagado. En el espejo, el carmín de sus labios se había difuminado y la sombra de ojos caía por las mejillas, como el rostro de una muñeca siniestra. Vertió agua en la jofaina y se frotó la cara para devolverle algo de tersura.

A su lado, siempre había estado Marcelo. Los asientos solo estaban libres a su lado. Todos desaparecían, dejándolos a solas. Nada nuevo en su vida. O, mejor dicho, en la que otros habían elegido para ella. Recordó que su mayor miedo había sido no agradarle. A medida que el vino se agotaba, la tenue envoltura de decencia comenzó a resquebrajarse. Los verdaderos caracteres comenzaron a aflorar y la fiesta se convirtió en un mercado. Maduros senadores abrazaban la cintura de enjoyadas cortesanas; todo el estamento político de la ciudad en busca de una mujer bella o un muchacho agraciado, mientras la servidumbre se asomaba para curiosear y se repartía las sobras del banquete. Años atrás, Cintia se habría encontrado entre ellos. Por ese motivo, junto al heredero de la República sentía un remoto eco de orgullo, a pesar de ser un juguete sometido a su capricho.

Atravesó las cortinas que ondeaban mecidas por la brisa y llegó a la balconada, cubierta por una intrincada celosía. La luz de la tarde la deslumbró. El sol comenzaba a declinar en un cielo limpio de nubes y el Tíber se había convertido en un hilo de plata que atravesaba la inmensa aglomeración urbana.

Roma estaba a sus pies.

Una pareja de doncellas se presentó para conducirla hasta unas termas de mármol donde solo había mujeres. Su techumbre estaba sostenida por una decena de columnas de orden jónico. Cintia se sumergió en la piscina y se dirigió hacia una cascada surgida de las fauces de una hidra tallada en *lapis porfirites*, de un hermoso rojo violáceo. El agua caliente apenas logró relajarla. Sentada en el borde del estanque, las esclavas cepillaron su cabello con peines de marfil. Masajearon suavemente sus sienes y recogieron su oscuro cabello en trenzas que se unían mediante un rodete en la nuca.

Oyó unos pasos apagados. Por el rabillo del ojo intuyó una presencia que trató de ignorar. Una muchacha con una larga melena que caía húmeda sobre su espalda se le acercaba por el agua, formando diminutas olas que se estrellaban contra su cuerpo. El sudor le caía por la cara y descendía entre sus senos hacia el vientre. El rostro le resultaba familiar, así que Cintia hizo un discreto ademán para examinarla. Una fugaz sonrisa le bastó para saber que se había dado cuenta. No podía ignorar más aquel

escrutinio.

Su indecisión pareció darle alas:

—Felicidades, me han dicho que tu obra ha ganado el primer premio —dijo la joven. Su lengua saboreó la humedad que perlaba sus labios perfilados con carmín.

—Gracias —respondió. Había bajado las manos en un impulso de cubrirse.

Jugaba con ella, como una gata satisfecha, y la comisura de sus labios esbozaba una enigmática mueca. Cintia deseaba marcharse, pero no quiso ser quien cediera.

—Marcelo puede hacer más cosas por ti —añadió la joven—. Solo debe negociar con Fabricio los detalles...

—Eso no será necesario —respondió Cintia.

No deseaba depender más de su *dominus gregis*. Sabía lo difícil que resultaría abandonarlo una vez que se hubiera acostumbrado a aquel lujo. Ya había llegado hasta donde quería.

—No te aconsejo que dejes la protección de Fabricio. —Ignoraba cómo aquella joven podía saber tanto sobre ella—. El mundo puede ser un lugar peligroso para mujeres como tú.

El cumplido resultó tan sugerente como si lo hubiera susurrado un hombre, y las imágenes que trajo a su mente le produjeron una turbadora emoción, mezcla de sensualidad y vergüenza. Una ola de excitación le erizó la piel sin que pudiera evitarlo.

Abandonó las termas, irritada. Tendría que haber reaccionado antes. En la exedra, las ornatrices la rodearon para secarle el cuerpo con paños y acomodarla sobre un sillón de mimbre. Añadieron una sombra negra a sus ojos y tiñeron sus labios de color rubí, mientras parloteaban en un extraño dialecto griego. Una de ellas dio un sorbo al perfume para pulverizarlo sobre su rostro con la boca. Las otras dos extrajeron aceites de unos pequeños ungüentarios de alabastro para perfumarle el cuello con resina de ciprés y el pecho con polvo de cardamomo aplicado con plumas de cisne. Impregnaron de esencia de lirio su cabello y entrelazaron en él guirnaldas de rosas silvestres. Seguidamente, le pintaron con carmín las aureolas de los senos, que más tarde recogieron con unas redecillas de hilos dorados, y le trajeron un vestido corto de color nácar, largo hasta las rodillas, adornado con hojas de cerezo.

Cintia tomó el espejo que le ofrecían y contempló a Kraneia, una de las ocho hamadriades, las ninfas arbóreas. Aquel sofisticado maquillaje hacía que se sintiera una mujer distinta.

El mayordomo la condujo a través del pórtico que bordeaba el jardín, provisto de un barroco artesonado de nogal cubierto con pan de oro. Bajo una pérgola envuelta de parras, se habían dispuesto media docena de lechos. Envueltos en *himations* griegos, el séquito de parásitos y clientes de Marcelo yacían indolentes entre hermosos cuerpos femeninos caracterizados como hamadriades. En torno al pórtico, se habían

desplegado una veintena de pretorianos; el último cerco de las formidables medidas de seguridad que siempre acompañaban al heredero de la República. Más allá de la puerta, un tropel de mendigos aguardaba a que arrojaran los cubos con los desperdicios.

Marcelo hizo un gesto a Cintia, y ella se apresuró a presentarse ante él. Le temblaban las piernas al caminar. Bajo el tenue vestido, sus senos vibraron al descender por las escaleras. Se detuvo ante ellos, dejando que todos admirasen su aspecto.

—Siéntate a mi lado —ordenó el joven heredero.

La actriz se recostó junto a él y entornó la cabeza para saludar a Mecenas, acomodado en el lecho preferente. Un muchacho desnudo yacía a su lado, con la mejilla apoyada en su regazo mientras él le acariciaba la cabeza como a un gatito. Tenía la mirada perdida a causa del opio.

En Roma, el almuerzo acostumbraba a ser ligero: agua y algo de pan acompañado de fruta o queso. Sin embargo, los cocineros de Tito Fabricio eran capaces de sorprender con los platos más refinados aderezados con especias traídas del otro extremo del mundo: sesos de alondra con miel, vulvas de cochinilla, talones de camello y pezones de cerda sumergidos en *garum* de Cartago Nova. El precio de un simple rodaballo de sus piscifactorías podía superar el de un buey. Los sirvientes deambulaban con la vajilla de plata sin importarles que su dueño y los invitados escenificaran aquel extravagante festín.

—¿Tienes sed? —le preguntó Marcelo.

Un *minister* tomó una jarra y escanció vinagre en una copa de oro cincelado. A continuación, depositó en su interior un par de perlas del mar de Eritrea y agitó el recipiente para que comenzaran a disolverse. El joven heredero saboreó buena parte de su contenido y ofreció el resto a la actriz. Aquel sorbo suponía su sueldo de diez años, así que no pudo negarse.

Marcelo introdujo los dedos en su plato y sumergió un pedazo de asado en *garum* para ofrecérselo a uno de los catadores que probaba los alimentos. Cintia comió sin apetito, mientras Mecenas le sometía a un continuo escrutinio. Al cabo, el équite hizo un gesto a su secretario, y este entregó un rollo de papiro a Marcelo.

—Es el programa de los Juegos Apolinales —explicó.

Mientras el joven leía, una pareja de esclavos les sirvió ostras del lago Lucrino, lenguas de flamenco y un vesuvinum enfriado con nieve, un vino procedente de las faldas del Vesubio.

—¿Cuánto me va a costar todo esto? —preguntó Marcelo.

—El dinero no importa —aseguró Mecenas—. Tarde o temprano, los rumores de nuestras desavenencias con Agripa llegarán a oídos de tu tío. Entonces tendrá que reunir al Senado para designar a un sucesor. Es importante que antes te hayas ganado

el favor de la plebe.

—Si no me elige a mí —preguntó Marcelo, dubitativo—, ¿qué...?

—Lo hará —le interrumpió Mecenas—. Será el pueblo quien se lo pida.

—Pero si escoge a Agripa...

—En ese caso, habrá que actuar.

El joven prestó de nuevo atención al programa de los próximos juegos.

—Entonces espero que esta vez todo salga mejor —masculló al recordar. Depositó su copa vacía sobre la mesa y un sirviente se apresuró a llenarla de nuevo.

—Lo del Arcadio fue una lástima —dijo Mecenas con sequedad.

—Elegiste mal a su adversario —le recriminó Marcelo, más confiado—. Las decisiones importantes no deben tomarse a la ligera.

—Ese error no se volverá a repetir. —El maduro équite apenas podía ocultar su irritación—. De momento, podemos utilizar la situación en nuestro provecho.

—¿Te refieres a esos dos gladiadores?

—Pedí a Varrón Murena que les trajera a la fiesta —asintió Mecenas—. Creo que tienen potencial. Perseo es el nuevo héroe de moda, harías bien en dejarte ver junto a él.

—¿Igual que el Arcadio?

—El Arcadio era griego, y la plebe odia a los griegos. Eso era un inconveniente. Sin embargo, Perseo es uno de ellos: un plebeyo que ingresó en una escuela de gladiadores para pagar los funerales de su padre. Muchos le ven como a un hijo modélico. Habría que dar a conocer esa faceta y ocultar otros detalles... inconvenientes.

Marcelo asintió, satisfecho.

—Respecto a Prudes...

—La plebe lo detesta —espetó Mecenas—. Un antiguo criminal, que especula con la victoria. Cobarde y taimado, es el perfecto antagonista para nuestro héroe. Solo hay que hacérselo ver. Al final, el pueblo descubrirá que en Roma impera la justicia.

Aquella expresión de odio hacia Prudes era sincera. Cintia picoteaba de su plato mientras veía cómo se gestaba aquella farsa, no muy distinta a la que ella misma había interpretado en el lecho. Aunque «mentir» era un modo muy burdo de referirse a aquel acto de sugestión colectiva. Era mentir y luego olvidar que se había mentado; persuadir a otros de que era cierto, y luego interpretar que todo aquello era una verdad más que obvia.

—¿Y todo este dinero? —preguntó Marcelo.

—La guerra de Marco Primo en Tracia supondrá nuevos ingresos para el erario, con los que podremos sufragar los festivales —replicó el équite—. Tiberio reclama parte de los fondos destinados a los juegos para comprar trigo. Le he dicho que hace

tiempo que se han agotado.

Dio la impresión de que el joven recordó algo:

—¿Qué noticias hay sobre la sequía?

—Le he dejado los informes a Gorgias —dijo Mecenas, aludiendo al secretario.

Cuando el liberto trajo un montón de rollos de papiro, Marcelo esbozó un gesto hastiado, como al espantar a una mosca.

—Luego —masculló—. Ahora estoy ocupado.

Dejó su copa sobre la mesa, y el *minister* se apresuró a llenarla. Mecenas había creado para él un elíseo en el que satisfacer hasta el último capricho. A cambio, delegaba sus decisiones en él. De este modo, el équite empleaba su propio dinero para corromperle. Marcelo era, en sí mismo, una alegoría de Roma.

XII

Cientos de volúmenes sobre leyes, economía y política, escritos estoicos y obras de historia se apilaban, meticulosamente ordenados, en la biblioteca de Varrón Murena. La débil claridad que atravesaba las contraventanas se reflejaba sobre el suelo marmóreo y los anchos muros de piedra hacían que la estancia resultase inusualmente fría. Una sensación que tal vez solo obedeciera al contraste con el tórrido patio, pero no evitó que Marco sintiera un escalofrío.

Deambuló frente a una sucesión de bustos para enfrentarse al escrutinio de aquellos rostros de mirada severa. A su lado, una colección de arte barato se mezclaba con un *Apolo* de Mirón sin nada especial, más allá del gusto de su propietario. En el ábside, sobre una mesa de nogal abarrotada de documentos, había un busto de Terencia. La penumbra, el silencio y la total ausencia de vida hacían que de aquella habitación emanara el espíritu reverente de un templo.

Descubrió que el senador le observaba desde la puerta con expresión ambigua. Era la primera vez que Marco pisaba la segunda planta de la casa, y ahora su dueño le descubría admirando aquellas esculturas; para ser un simple desertor, tal vez demostraba demasiado aprecio por el arte. Varrón Murena se aproximó a la mesa cojeando. Critias le había cosido la herida sin interesarse en ningún momento por su origen; al parecer, el médico griego había aprendido a no hacer preguntas.

—Hay que dar una respuesta contundente. —Hermes caminaba dos pasos detrás de su patrón.

—¿A quién? —respondió el senador.

Era una buena pregunta. Velox había pasado toda la mañana buscando una respuesta. En ese momento entró en la sala, limpiándose las manos de sangre con un trapo.

Cuando los atacaron en la confluencia entre la vía Tiburtina y la Labicana, los caballos se encabritaron. Velox no pudo elegir peor momento para sufrir uno de sus ataques de pánico: aterrado por los relinchos, huyó en dirección a la puerta Esquilina. El resto de la escolta corrió tras él, dejando atrás a Varrón Murena y a sus tres acompañantes. Cuando se recuperó, Hermes ya estaba en camino, alertado por un mensajero. Pronto se hizo cargo de la situación; sin embargo, la demencia del antiguo legionario los había condenado a deambular por la necrópolis y el arrabal durante toda la noche.

Hasta entonces, Velox había sido el brazo ejecutor de Hermes, quien le hacía el trabajo sucio, algo para lo que no se requerían demasiadas luces. No obstante, ahora había quedado en evidencia. Por ese motivo, había torturado al líder de los bandidos que habían capturado como si tuviera algo personal contra él.

—¿Qué has averiguado? —le preguntó Varrón Murena.

—Los contrataron esa misma tarde —farfulló el gladiador—, en una taberna de la Suburra. Recibieron una bolsa de plata y acordaron otras dos más a cambio de tu cabeza.

Demasiado improvisado, incluso para unos matones de tercera. ¿A qué se debían tantas prisas?

—¿Quién les pagó? —preguntó Hermes.

—Un joven bien vestido, de rango ecuestre —respondió Velox—. Buena planta y refinados modales. Iba acompañado de dos tipos, uno bajito, con marcas de viruela en la cara, y un muchacho desgarbado. Dijeron que el encargo formaba parte de un juramento a Némesis.

Quinto. No podía ser otro. Marco supo que se trataba de un mensaje dirigido a él. De esa forma su amigo le decía que todo había sido una maniobra para que se ganara la confianza de su patrón. Aquella improvisación cobraba sentido: el plan habría sido urdido poco después de su victoria en la arena, al saber que acompañaría al senador a la casa de Mecenas. Sin duda, Tiberio sabía que aquella emboscada jamás tendría éxito; fue la enajenación de Velox lo que hizo que la situación se les fuera de las manos.

La mente de Varrón Murena parecía considerar quiénes podían desear su muerte. Al cabo de un rato desistió: la lista debía de ser demasiado larga.

—Hay que adelantar los planes.

Hermes esbozó un gesto de asentimiento.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Marco.

—Significa que nos vamos de viaje.

Acción y reacción. La retorcida maniobra de Tiberio había traído consigo unas consecuencias inesperadas y, a pesar de todo, se había salido con la suya: Marco había entrado en el círculo de confianza de Varrón Murena. Eso le situaba más cerca de su objetivo, aunque también de Fanio Cepión: era una cuestión de tiempo que se encontraran de nuevo. Debía descubrir qué tramaban los conspiradores antes de que sucediera.

Iba a retirarse cuando la voz de Varrón Murena le detuvo:

—¿Necesitas algo?

—Sí —respondió—: un baño.

Su patrón accedió. Al fin pudo salir de la casa.

Le hubiera gustado reunirse con Quinto, pero no quiso tentar a la suerte. En su lugar, atravesó el puente Fabricio, que unía la isla Tiberina con el Campo de Marte, para pasear por la inmensa explanada que se extendía al norte de la ciudad, más allá de las murallas, entre la vía Flaminia y una amplia curva que formaba el Tíber. Desde muy antiguo, aquel había sido el lugar donde los jóvenes se ejercitaban a diario en el uso de las armas; con el tiempo, la ciudad lo fue engullendo a medida que se poblaba

de edificios.

Los Juegos Megalenses habían concluido con una insolente ostentación de lujo. Finalizadas las carreras de caballos, una procesión encabezada por los sacerdotes de Cibeles había desfilado por el circo Máximo portando las tradicionales imágenes de los dioses. Al fin, la normalidad había regresado a las calles y cientos de puestos de verduras y hortalizas abarrotaban el foro Holitorio. Marco se dispuso a admirar una ciudad muy distinta a la que había conocido en su infancia.

A su izquierda se encontraba el circo Flaminio, una pista rectangular donde se realizaban carreras de carros; a la derecha, los templos de Belona y Apolo Sosiano. Ante él se alzaba el pórtico de Octavia, construido por Augusto en honor a su hermana, que rodeaba los templos de Júpiter Stator y Juno Regina, las dos deidades más respetadas en Roma. Desde allí podía contemplar la imponente figura del teatro de Pompeyo, cuyo níveo mármol resplandecía bajo el sol de la mañana.

La calzada le condujo hacia la Saepta, un patio rectangular de mil quinientos pies de longitud y doscientos de anchura, con dos enormes pórticos y una gran sala cubierta. Julio César había iniciado su construcción, y Lépido la había retomado. Marco Vipsanio Agripa adornó su fachada con mármoles y frescos después de transformar su lateral izquierdo en el pórtico de los Argonautas, en honor a sus victorias navales en Nauloco y Accio. Su nombre pasó a ser Saepta Iulia. Había sido la sede de los comicios, el lugar donde el pueblo se reunía para legislar, tomar decisiones y elegir a los magistrados. Ahora, en ella se celebraban luchas entre gladiadores.

Junto a aquel soberbio edificio, en el corazón del Campo de Marte, se encontraban las termas de Agripa, una enorme sauna cubierta por una cúpula que se había convertido en los primeros grandes baños de Roma. A su izquierda, Agripa había hecho construir un lago artificial, el Stagnum. En las inmediaciones, la basílica de Neptuno conmemoraba una vez más sus triunfos navales.

Al norte de las termas, Marco se encontró ante un colosal edificio. Lo había visto infinidad de veces en planos, dibujos y maquetas en el estudio de su padre adoptivo; había paseado por su interior en su imaginación y ahora se adentraba en él: era, literalmente, un sueño hecho realidad. En el friso del pórtico de entrada, una inscripción decía: «Marco Agripa, hijo de Lucio, cónsul por tercera vez, lo hizo». Se trataba del Panteón. En el pronaos encontró estatuas de Augusto y Agripa entre otras de deidades asociadas a la familia Julia, incluido Julio César divinizado. Una vez dentro, alzó la vista para admirar aquella majestuosa cúpula de hormigón revestido de mármol, la más grande jamás construida: su altura de ciento cincuenta pies coincidía con el diámetro de su base. El óculo de veintinueve pies de diámetro proyectaba un círculo de luz sobre el bruñido suelo de mármol.

De nuevo en el exterior, recorrió la vía Flaminia hasta llegar al mausoleo de

Augusto. En su testamento, Marco Antonio había dejado constancia de que deseaba ser enterrado en Alejandría, lo cual sirvió de excusa para la guerra civil entre ambos triunviros. Mediante aquel gigantesco túmulo circular de muros concéntricos de ladrillo, cubierto de cipreses y coronado por una estatua con su propia efigie, el *princeps* proclamaba que él sería sepultado en Roma.

Las obras no concluían. Bajo los auspicios de Agripa se estaba construyendo el Aqua Virgo, un acueducto para proveer de agua a sus baños. Hacia el suroeste, cientos de albañiles asentaban los cimientos de un puente que conectaría el Campo de Marte con el Trastévere: se lo conocería como el puente de Agripa.

Mirase donde mirase, todos aquellos espléndidos edificios que habían cambiado para siempre la imagen de la Ciudad Eterna le remitían a un solo hombre.

Se sentó en un banco de los jardines que rodeaban al Stagnum, el enorme estanque rectangular en el que se bañaban docenas de jóvenes. Al contemplar la estatua de un atleta desnudo limpiándose el aceite del cuerpo con un estrígilo, le asaltó una insólita melancolía. Pronto cumpliría los veintisiete años y había abandonado sus estudios de arquitectura. Siempre había soñado con realizar algún proyecto tan grandioso como aquellos, pero ya era demasiado tarde: en el mejor de los casos, solo sería un arquitecto mediocre.

Admiraba aquella escultura cuando se topó con un anciano envuelto en un amarillento *himation* griego. Súbitamente reconoció aquel rostro apacible de pómulos hundidos y cabello alborotado: era Diógenes, su antiguo maestro de escultura. A juzgar por su vacía mirada, se había vuelto ciego.

El anciano tropezó y cayó de bruces al suelo. Sin detenerse a pensar, Marco se apresuró a ayudarlo:

—Gracias —murmuró Diógenes mientras se incorporaba—. Lo siento, mi vista ya no es lo que era...

Un joven esclavo, que se había separado de él, le sujetó del otro brazo y el anciano le propinó un afectuoso cachete en la mejilla.

—Me interesan las estatuas, aunque ahora solo puedo palparlas —le dijo a Marco, en busca de conversación—. ¿Puedes describírmela?

Se había recortado la barba, aunque no igual en cada mejilla, por lo que su escuálido rostro poseía una armonía imperfecta. Marco trató de marcar un acento y hacer su voz más grave:

—Es una copia del Apoxiomeno de Lisipo. Se halla en la transición del arte clásico al helenístico: posee la sencillez del primero, pero no su frontalidad. La cabeza es más pequeña de lo establecido por el canon de Policleto. En lugar de ser la séptima parte de la altura total del cuerpo, es casi una octava. Eso estiliza la figura y le otorga una mayor elegancia.

Ceñirse a un canon. Marco experimentó una nueva aflicción.

—Sabes de lo que hablas —comentó Diógenes—. ¿Cuál es tu nombre?

—Marco Castricio. Yo también fui escultor.

—¿«Fuiste»? —le preguntó el anciano con sarcasmo—. Un artista nunca deja de serlo. ¿Qué es lo que te preocupa, muchacho?

Se sentaron de nuevo en el banco. Hacía años que Marco no podía expresar en voz alta sus inquietudes; a pesar del peligro de que le reconociera, poder hablar con su antiguo maestro le resultaba liberador:

—Aristóteles dijo que la filosofía cultiva su propia inutilidad y que eso la hace libre. Con la escultura, yo no tuve esa suerte.

—Entiendo. El arte es un medio de transmitir ideas. Esa es la base de su grandeza, pero al mismo tiempo es su maldición.

—Es más que eso —dijo, sacando a la luz todos sus fantasmas—. Los griegos establecieron nuestra concepción del arte, según la cual su finalidad sería la de plasmar un orden para crear belleza. Ceñirse a un canon, a una estructura racional y mensurable. A partir de este principio, ¿cómo es posible hablar de un arte basado en la libertad?

—¿Por eso abandonaste la escultura?

—No tenía nada que contar.

—Escuchándote, nadie lo diría —respondió Diógenes, tras un carraspeo—. Hace tres siglos, Aristóteles ya formuló esa pregunta: ¿cómo debemos regir nuestra vida? ¿Cuál ha de ser la guía para nuestros actos? La filosofía, la religión y el arte han tratado de encontrar una respuesta, cada cual a su modo. Cada pintura, poema o escultura trata de dar sentido a una parte de nuestra existencia y, en ese intento, se da esta paradoja. Cuanto más grande sea nuestro conocimiento sobre los principios del arte y la faceta del mundo que deseamos plasmar, menos opciones tendremos a nuestro alcance. Sin embargo, cuanto más diluida sea nuestra impresión sobre ambos, tanto más falsa y vacía será nuestra obra. Por eso, las limitaciones impuestas por las circunstancias no inhiben nuestra libertad, sino que la inspiran.

Tal como decían los estoicos, somos actores en un drama: no podemos elegir nuestro papel, pero podemos escoger interpretarlo bien. Marco observó al anciano, que, durante años, había sido para él un ejemplo. Comprendió que si la plebe no hacía caso a los filósofos, comprometidos con sus problemas, era porque predicar la virtud no servía para enardecer a las masas. Como gladiador, era más famoso que cualquier filósofo estoico. Sin embargo, ¿qué había hecho por ellos?

Se despidió de Diógenes para regresar a la mansión de Varrón Murena. Debía prepararse para un viaje.

La vía Ostiense nacía en el foro Boario, pasaba entre el Tíber y el Aventino, y atravesaba las murallas de la ciudad por la puerta Trigémica. Desde allí, corría paralela al río a lo largo de veintidós millas de llanuras y suaves colinas; un apacible

trayecto que apenas les llevaría tres horas a caballo.

—¿Cuál será nuestra misión? —Marco cabalgaba junto a Hermes. No quería demostrar un excesivo interés sobre el propósito del viaje, aunque quizá resultase igual de sospechoso no hacerlo.

—Hay que escoltar un cargamento de grano, desde Ostia hasta Emporium. Nos reuniremos con los hombres de Fanio Cepión... Veo que le conoces.

Los ojos del lanista permanecían fijos en él; tuvo que esforzarse para no eludir su mirada.

—Trabajé en su hacienda —respondió secamente—. No llegué a conocerle.

—Entonces tuviste suerte.

Era junio y los campos parecían fértiles, aunque, más allá de las vegas, el Lacio se mostraba pardo. El Tíber se había convertido en una transitada vía que unía la capital con el puerto de su desembocadura, y cientos de barcazas remontaban su curso, remolcadas por recuas de bueyes desde la orilla.

—¿Dónde está Perseo? —Marco trató de cambiar de tema.

—De visita en casa de Mecenas. Al parecer, deseaba conocerle.

Se oyeron risas sofocadas y Hermes no se molestó en ocultar su sonrisa. Conociendo las apetencias del consejero de Augusto, aquella frase poseía un doble significado.

A orillas del camino, una necrópolis les dio la bienvenida a Ostia. La vía Ostiense desembocaba en el decumano máximo y la ciudad se extendía a ambos lados de la calle principal, que se bifurcaba antes de llegar a una hermosa playa en la orilla oriental de la boca del río. Ostia había sido la primera colonia fundada por Roma. Enriquecida por el comercio, la mayor parte de sus cuarenta mil habitantes estaban vinculados de un modo u otro con el puerto que unía a la urbe con su imperio. Desde allí era posible navegar hasta Cartago en poco más de tres días; se necesitaban seis para llegar a Tarraco y nueve para desembarcar en Gades. Sin embargo, las limitaciones al calado que imponía el cauce del Tíber, en cuyo lecho no dejaba de acumularse cieno y arena, hacían de ella solo un puesto intermedio entre Roma y el complejo portuario de la bahía de Neápolis.

Tras dejar atrás el teatro, los gladiadores desfilaron ante una sucesión de almacenes y panaderías. Las enormes factorías de pan estaban provistas de enormes molinos accionados por mulas que tiraban incansables de las norias, mientras los hornos irradiaban un calor asfixiante. Antes de llegar al foro, tomaron una calle hacia la derecha y, girando de nuevo a la izquierda, enfilaron por un estrecho vial hasta llegar a una taberna situada frente a un bloque de viviendas. Un grupo de estibadores almorzaban ante uno de los mostradores, que, cubierto de lajas de mármol, daba al exterior; pocos podían permitirse una modesta cocina en el cubículo de su *insula*.

—Tenemos tiempo de sobra, así que podemos tomar algo —les dijo Hermes

mientras descabalgaban—. Recordad que debemos obrar con discreción.

Las paredes del interior, pintadas de rojo y amarillo, estaban cubiertas de frescos que mostraban los platos de la casa; construían un amplio espacio, saturado por el grasiento olor que desprendían los hornillos del mostrador, tras el que se amontonaban las ánforas. Del techo abovedado, saturado de humo, colgaba un bosquecillo de morcillas rojizas. El propietario era un individuo chaparro con una hilera de dientes carcomidos, tan irregular como un ejército en desbandada. Sus enormes ojos se asomaban entre los párpados como si fueran a saltar al vacío.

—¿Qué queréis? —les preguntó.

—Seis vasos de vino y algo de comer —dijo Hermes—: seis salchichas calientes, con una hogaza de pan para compartir.

—¿Nada más? —El tabernero señaló con un gesto a una sirvienta siria sentada junto a las escaleras que conducían a la segunda planta. Pintado junto a la puerta, vieron el tosco retrato de un falo.

Por toda respuesta, los gladiadores tomaron los vasos y se acomodaron en torno a una de las mesas, junto a la entrada a un minúsculo jardín. Más allá de unas cortinas, oyeron los lamentos de un desafortunado cuando sus cuatro dados cayeron con el mismo número, formando la «tirada del perro».

Un grupo de individuos de aspecto arrogante y que calzaban cáligas atravesaron la puerta; de sus cíngulos militares colgaban espadas y puñales. Marco recordó que, como cuestor ostiense, Tiberio había establecido allí su residencia para controlar la llegada del trigo a la capital. No resultaba nada extraño la presencia de pretorianos en aquel enclave portuario, como tampoco lo era que no les quitasen la vista de encima: su aspecto de sicarios los delataba.

El cabecilla de los soldados se aproximó hacia ellos. Ceñía un *gladius* en el costado izquierdo: dedujo que se trataba de un centurión.

—He visto tu cara antes... Eres Hermes, ¿verdad?

El aludido apenas levantó la vista del vaso.

—Te vi luchar en Paestum, cuando solo era un muchacho —prosiguió el pretoriano—. Dioses. Creía que, a estas alturas, ya estarías muerto...

Hermes guardaba silencio, obstinado, pero él se apoyó en su mesa y le resultó imposible ignorarlo:

—Me gustaría que nos explicaras cómo lograste que tu sica se colara bajo su escudo —dijo el soldado—. Vamos, levántate. Si nos enseñas cómo lo hiciste, te invitaré a un trago.

Le ofreció un vaso de vino. Hermes aferró su mano con la zurda y la apretó con fuerza; los tendones de su antebrazo se tensaron, todos oyeron el crujir de la cerámica al romperse. Las facciones del pretoriano se crisparon de dolor y el vino se le escurrió entre los dedos, hasta formar un charco rojizo sobre la mesa, mezclado con sangre.

—Escúchame bien, porque no te lo voy a repetir —masculló Hermes, con el rostro a menos de un palmo del suyo—: no soy uno de tus esclavos. Si vuelves a hablarme así, te rajaré desde el cuello hasta la ingle como a un cerdo. ¿Está claro?

Cuando le soltó la mano, el centurión dio dos pasos atrás. Su mirada vagó hacia los soldados, que observaban a los gladiadores en silencio.

En el ejército, todos despreciaban a los pretorianos, a quienes consideraban unos blandengues con un sueldo inmerecido. Sin embargo, todos sin excepción aspiraban a ingresar en las cohortes pretorianas para disfrutar de un plácido destino en la capital. Muy pocos lo lograban, pues se trataba de tropas de élite. Ahora, ante sus compañeros de escuela, no se atrevían a mover un dedo. Marco contempló la imagen de Némesis grabada a fuego en su piel y descubrió una vaga emoción. Tras reflexionar un instante, supo que se trataba de orgullo. Sabía cómo funcionaba aquello; lo había experimentado antes, en el ejército y con sus amigos de la Suburra. Trató de desterrarla de su mente o, de lo contrario, tarde o temprano le llevaría a la tumba.

—¿Es que no sabéis leer? —les gritó el tabernero, señalando un fresco que mostraba el rótulo: «¡Vayan a pelearse afuera!».

Hermes se levantó para dirigirse al mostrador, y se llevó una mano a la cintura. El tabernero se había olvidado de respirar. Cuando bajó la vista, se encontró ante un puñado de monedas de cobre. Daba la impresión de que se le había aflojado el esfínter.

—Terminaremos de comer en la calle —dijo el lanista, y sus hombres abandonaron la cantina.

—Discreto como una puta en el templo de Vesta —murmuró Marco.

—Hermes odia a los legionarios —dijo Mucro—. Teniendo en cuenta lo que le hicieron, no le culpo...

Al tomar las riendas de sus caballos, Hermes se dirigió a ellos:

—Hay que conseguir un turno de embarque.

—Yo me encargo —se ofreció Velox.

—No —respondió él—. Marco, irás tú, y Mucro te acompañará.

La expresión de Velox evidenciaba su contrariedad.

El colegio de los *codicarii infernates* tenía su sede en la plaza de las Corporaciones de Ostia. La pareja de gladiadores atravesó la monumental entrada orientada hacia el norte, hasta llegar a un imponente atrio de trescientos cincuenta pies, tan reciente como el teatro tras el que se encontraba; buenos exponentes de la prosperidad del antepuerto de Roma. Cruzaron un corredor cubierto para acceder al pórtico de las oficinas. El suelo de mosaico mostraba los símbolos de cada colegio y corporación, ya fueran navieros o comerciantes: barcos, delfines y medidas de cereal reproducidos con teselas negras y blancas. Una vez en el despacho, Marco preguntó

al rechoncho oficinista. Él le entregó un pedazo de corteza con unas indicaciones garabateadas.

—Las naves os aguardan en el muelle III —les dijo.

Se reunieron con el resto en el embarcadero, que estaba abarrotado de barcas. Marco se encontró de nuevo con el capataz de la hacienda de Cepión. Su cabello, de un rojo incandescente, parecía flamear a cada paso. Seis hombres le escoltaban; su actitud era sosegada y, al mismo tiempo, amenazante, como la de quien es capaz de romper un brazo con la calma de un funcionario al redactar un informe. De entre ellos sobresalía una desgarbada figura de piel oscura con una melena negra que le caía sobre la espalda.

—El *ergastularius*—murmuró Marco.

—Veo que lo conoces —dijo Mucro—. Es el último juguete de Fanio Cepión. Al parecer procede del sur de la India: era hijo del sacerdote de una siniestra diosa de seis brazos.

Los acompañaba un individuo con el refinado aspecto de un funcionario de alto rango. Para su sorpresa, se trataba del propietario de la villa próxima a la vía Apia donde había tenido lugar la extravagante boda homosexual. Al parecer, Manio Agrícola era uno de los *mensores frumentarii* que controlaba la recepción del grano y, aunque fingía no conocerlos, era incapaz de ocultar su ansiedad.

—Llenaré los *digmata*.

Sostenía un pequeño recipiente que contenía muestras del grano que sería transportado por cada barca. Una vez sellados y etiquetados, se registraba el nombre del patrón y la embarcación, además del rango y la unidad de los legionarios que habían supervisado el cargamento. De este modo, las autoridades se aseguraban que la carga no fuera adulterada durante el trayecto río arriba.

El funcionario entró en la bodega de la primera gabarra con una bolsa a la espalda; al cabo regresó con una vasija de cerámica precintada con su correspondiente etiqueta. Era obvio que no había tenido tiempo suficiente para tomar las muestras. Una tras otra, repitió la operación en las doce naves que componían la flotilla y, al fin, se despidió de ellos con un apresurado gesto, dando a entender que estaba ocupado.

Hermes se dirigió hacia el capataz y su silencioso acompañante:

—Gracias por haberlo traído hasta aquí. A partir de ahora, nosotros nos haremos cargo.

—Nuestro amo nos ha ordenado que escoltemos el cargamento hasta Emporium —señaló el pelirrojo.

El lanista se vio obligado a asentir.

—Está bien —concedió—. Somos catorce, así que viajaremos uno en cada barca. Marco y Mucro irán en la que cierre la marcha.

El hindú se dio la vuelta sin pronunciar palabra y sin que Hermes lo perdiera de vista. La relación entre Fanio Cepión y Varrón Murena no parecía falta de mutuos recelos.

Mucro y Marco se dirigieron a su embarcación. Al igual que el resto, era una *navis caudicaria* diseñada para el transporte fluvial, una robusta barcaza de poco calado y fondo plano, con poco más de cincuenta pies de eslora y una capacidad de tres mil ánforas. Poseía un mástil a proa, provisto de una vela cangreja sin botavara, en cuya base se fijaba el cabo del que tiraban los bueyes que los remolcarían. El capitán era viejo, de rostro curtido sin afeitar y que exhibía unos hombros nevados de caspa, a pesar de su calvicie. Una tripulación formada por cinco malolientes pescadores etruscos le acompañaba.

—¿Sois nuestra escolta? —les preguntó.

La idea de contar con una pareja de guardianes parecía divertirle. Marco estrechó la mano al capitán y ayudó a Mucro a subir a cubierta. Saltaba a la vista que jamás había pisado una embarcación.

A medida que arribaban a Ostia, las barcasas aguardaban su turno para ser remolcadas, tenían preferencia las que transportaban grano o aceite. Haciendo uso de los remos, la nave capitana se aproximó a la otra orilla del río, donde se encontraban las yugadas de una docena de bueyes que los arrastrarían. Una tras otra, el resto de la flotilla fue haciendo lo mismo. Ellos fueron los últimos. Cuando les arrojaron la sirga, los marinos ataron la gruesa maroma al mástil y la fijaron a un cabrestante en la popa. Las yuntas comenzaron a tirar de las gabarras río arriba; el camino de sirga corría paralelo a la ribera occidental del Tíber.

—¿Cuánto tardaremos? —preguntó Marco al capitán.

—Son diecinueve millas, y nos llevará tres días. Al venir del norte, el viento tramontano hace aún más difícil navegar contracorriente.

Al poco de dejar atrás el embarcadero, el primer meandro los obligó a torcer a babor. La sirga y el timón hicieron virar la embarcación por avante y la vela flameó. Tuvieron que agacharse cuando el trapo pasó de un costado a otro. Mucro, a punto de ser decapitado por la escota, profirió un exabrupto.

—¡Ten cuidado, novicio! —gritó el capitán, y la tripulación rio con ganas.

A partir de entonces, el curso del río se hizo más rectilíneo, a medida que atravesaban prados y bosques de pinos. Marco observó que, en la proa, un marino sondeaba continuamente el lecho del río con una pértiga, y el capitán se percató de ello.

—Es fácil embarrancar en el alfaque de la desembocadura —le explicó—. Ese banco de arena se forma al menguar la fuerza de la corriente, poco antes de llegar al mar. Allí el calado solo es de un par de pies; por eso hay que dragarlo. Una vez superado ese obstáculo, la profundidad puede variar: de diez a treinta pies;

normalmente hacemos este trayecto en invierno o primavera, cuando el cauce es mayor. Ahora, a causa de esta maldita sequía, las posibilidades de encallar se multiplican.

—¿Qué tal el viaje desde Puteoli?

—Dejamos atrás la bahía de Neápolis hace cinco días. La tramontana no ha ayudado, pero aquí estamos.

La navegación marítima se iniciaba a finales de mayo. Asumiendo el riesgo de tempestades, era posible realizar una navegación de cabotaje desde principios de marzo, y así remontar el Tíber sin complicaciones. Se encontraban a mediados de abril, y hacía tiempo que Fanio Cepión enviaba grano a la capital desde su hacienda; parecía el momento idóneo, pues el cauce del río mermaba en verano. Sin embargo, ¿por qué había dicho Varrón Murena que estaban adelantando los planes? Tal vez las bodegas ocultaban algo más: al fin y al cabo, habían enviado a más de una docena de hombres para escoltar un simple cargamento de trigo. ¿Por qué otro motivo habrían sobornado a uno de los *mensores frumentarii* que controlaban los transportes?

Con los brazos cruzados en la regala, Marco decidió que tenía que hallar una respuesta a cualquier precio.

La nave fue perdiendo impulso a medida que se aproximaba a un nuevo recodo del río. El cable de remolque gimió por el esfuerzo; allí la corriente era más fuerte. La sirga iba sujeta a un cabrestante en la popa, para permitirles avanzar allá donde resultara más duro a las yuntas. Los marinos hicieron girar el torno fatigosamente y, poco a poco, recuperaron la velocidad. Sentado en la proa, Mucro afilaba su espada, sin inmutarse.

—¡Echadnos una mano! —gritó uno de los marinos.

—Que os jodan —le respondió.

A su lado, Marco no dejaba de reflexionar. ¿Qué tramaban Fanio Cepión y Varrón Murena? Con un millón de habitantes y un consumo medio de cuarenta modios de trigo por persona al año, Roma necesitaba cuarenta millones de modios de cereal para alimentarse. De esa colosal cantidad, ocho millones estaban destinados a los doscientos mil beneficiarios de los subsidios públicos.

El grano debía traerse en barco, pues ningún otro medio de transporte era viable. Los bueyes que tiraban de los carros debían alimentarse de cereal y pastos. Por ese motivo, una carga de sesenta modios de trigo duplicaba su precio una vez recorridas trescientas millas, mientras que traerlo en barco desde Alejandría solo aumentaba su coste una sexta parte. Una nave tipo *corbita* podía cargar con cincuenta mil modios de trigo: eso suponía que eran necesarios ochocientos transportes al año. El trigo egipcio se cosechaba entre abril y mayo, y la temporada de navegación se cerraba hacia los idus de noviembre. Un viaje desde Puteoli a Alejandría apenas duraba entre diez y catorce días, pero, en sentido inverso, suponía el doble de tiempo, a causa del

viento dominante: la flota alejandrina acostumbraba a llegar a Italia hacia la primera mitad de junio. Una vez en Puteoli, el grano era estibado en embarcaciones como aquella, que, más tarde, remontaban el Tíber. Sin embargo, dado que la estación seca dificultaba el transporte por el río, buena parte procedía del año anterior.

Cada *navis caudicaria* tenía una capacidad media de diez mil modios. Por tanto, eran necesarios cuatro mil trayectos como aquel y, además de trigo, debían fletarse vino y aceite, materiales de construcción y toda clase de productos. Una vez almacenado en los Horrea Sulpicia de Emporium, el trigo de los subsidios se repartía cada mes en forma de pan, gracias a unas contratas que se encargaban del molido y el horneado.

Por primera vez, Marco fue consciente de las enormes dificultades logísticas a las que Tiberio, como cuestor ostiense, se enfrentaba. Repasó mentalmente todas aquellas etapas, una tras otra: si Fanio Cepión deseaba romper esa cadena en algún punto, debía encontrar el eslabón más débil.

Sentado a su lado, Mucro seguía afilando su espada. Con el tiempo, había descubierto que para él era un modo de ahuyentar sus inquietudes.

—¿Te preocupa algo?

—Ten cuidado con Velox —masculló el hombretón—. Siempre ha sido el brazo derecho de Hermes y ahora te considera una amenaza.

—¿Crees que intentará algo?

—Velox solo conoce un modo de anular una amenaza.

En ese momento, el siroco acudió en su ayuda para inflar las velas.

Se detuvieron para pasar la noche en Puilia Saxa, un viejo embarcadero de vigas de aliso construido en un recodo del río, junto al camino de sirga. Pese a que había varias posadas para que las tripulaciones pernoctaran, Hermes no deseaba alejarse de las embarcaciones, y por ello acamparon junto al muelle, en un bosquecillo de pinos.

Desde allí, era posible contemplar las ruinas de Ficana, un laberinto de decrepitos muros de adobe cubiertos de hiedra junto a la vía Ostiense, en la otra orilla. Seis siglos atrás había sido una próspera ciudad del Lacio, hasta que fue conquistada por Anco Marcio, nieto de Numa Pompilio, el segundo rey de Roma. Sus habitantes fueron deportados hasta el Aventino tras ser incendiada.

Una flotilla de barcasas descendía, arrastrada por la corriente, a lo largo de la otra ribera. Su propio viaje se hacía lento: en aquella jornada habían recorrido más de siete millas.

Mientras los gladiadores encendían las hogueras, el capataz ordenó que encadenaran a los remeros a los árboles y ellos, exhaustos, se dejaron caer al suelo. Un criado ató a una pareja de enormes perros a su lado. Cuando depositaron unos cuencos con gachas ante ellos, los esclavos tuvieron que disputarse la comida con los animales.

El capataz sonrió al darse cuenta de que Marco le observaba.

—El amo los compró siendo cachorros —le dijo—. Me ordenó que alimentara a los esclavos con las sobras de su comida, que los obligara a recoger sus heces con las manos. Con el tiempo, aprendieron que la vida de un animal valía más que la suya.

Los molosos se sentaron sobre sus cuartos traseros y el capataz les acarició el pelaje del cráneo.

—Un día, el amo retorció el cuello de uno de los cachorros ante ellos, solo por capricho, y en sus ojos pude ver hasta qué punto había llegado su desesperación. Destruir la esperanza es lo más difícil de todo...

El pelirrojo le dio la espalda. Hermes les ordenó formar un perímetro de guardia en torno a las gabarras, divididos por parejas. Los marinos acudieron a las tabernas para dormir bajo techo, y los arrieros adecentaron a las bestias en las cercas; con una docena de bueyes por barcaza, formaban una manada enorme.

Marco ocupó su puesto y desenrolló la esterilla para tumbarse. Era una noche despejada y una enorme luna se reflejaba en el Tíber bajo un cielo cuajado de estrellas. Hacia el norte, descubrió el Carro, además de Orión, las Pléyades y el Boyero.

—¿Te importa hacer la primera guardia? —le preguntó Mucro, mientras se sentaba a su lado—. ¿Qué miras?

—Según los griegos, Zeus, el padre de los dioses, logró seducir con malas artes a Calisto, una ninfa de los bosques —respondió—. Su esposa Hera, movida por los celos, la convirtió en un oso. Un día, Arcas, el hijo cazador de Calisto, se topó con su madre y a punto estuvo de matarla, pero Zeus se lo impidió. Para alejar a Calisto de cualquier otro peligro, la lanzó al cielo, y la convirtió en estrellas. Transformó a Arcas en oso e hizo de él una nueva constelación, para que su madre no estuviera sola. Él es la Osa Menor, y en la punta de su cola se encuentra la estrella polar, guía de navegantes y viajeros.

—¿Y esa mancha blanca?

—Es la Vía Láctea. Dicen que fue creada por Hera, tras derramar su leche mientras amamantaba a Heracles, el hijo ilegítimo de su esposo.

—¡Joder! Zeus ha dejado el cielo espolvoreado con su puterío.

Durante un largo rato, Mucro permaneció tumbado, en silencio. Creía que se había dormido cuando oyó de nuevo su voz:

—¿Sabes qué? He decidido intentarlo con Herennia.

—Me alegra oírlo.

Hermes llegó de entre los árboles, siguiendo la ronda para supervisar los turnos de guardia. Se sentó junto a ellos y, al hacerlo, se llevó las manos a las rodillas. Su rostro se convirtió en un pliego arrugado de pergamino.

—¿Duelen? —preguntó Mucro con sarcasmo.

—Es la humedad —respondió—. Y los años.

Entonces oyeron los gritos. Los tres gladiadores corrieron hacia el pinar espada en mano. Tumbado sobre la grava, descubrieron a uno de los esclavos del capataz aullando de dolor:

—¡Me queman! ¡Dioses!

Marco tomó sus manos para examinarlas: estaban negras, podridas, calcinadas. Otro esclavo aquejado de aquella enfermedad, que algunos llamaban «fuego del Tártaro». Convulsiones; esta vez, el vientre también le ardía. El muchacho se retorció en el suelo, encogido sobre sí mismo, y el capataz ordenó a sus hombres que lo arrojaran al río. Después de debatirse en el agua, su cuerpo se perdió en la oscuridad, arrastrado por la corriente. El *ergastularius* observó al capataz mientras se dirigía hacia la posada para pasar la noche. Hizo un gesto a Hermes y ambos se reunieron en un lugar apartado.

De regreso a su puesto, Marco se recostó sobre una roca y se cubrió con la manta. Cerró los ojos. Hacía años que su vida había cobrado un rumbo propio y que todos sus antiguos sueños de juventud se habían ido al traste. No solo se habían esfumado, sino que también se habían pervertido. Ahora se sentía vacío, sin ninguna meta, más allá de saldar una vieja deuda de sangre. Trató de convencerse de que solo se debía al cansancio. Aguardó tumbado hasta que el sonido de las voces se fue apagando, al igual que las llamas de las hogueras, y solo oyó el murmullo del río.

Había llegado el momento.

Tras comprobar que Mucro estaba dormido, se levantó para dirigirse a las naves. Dio un rodeo para evitar el claro del pinar, y utilizó la sombra de los árboles para ocultarse. Cuando oyó los pasos de un centinela, se tumbó en el suelo. Esperó, con el rostro pegado a la hierba, hasta que pasó de largo y se incorporó de nuevo. Le temblaban las piernas. No quiso pensar en las consecuencias de que le descubrieran. En su lugar, centró toda su atención en caminar sobre la grava del embarcadero sin que el sonido de sus pasos le delatase.

Saltó a la cubierta de una de las barcasas y retiró la tablazón que cubría la escotilla para acceder a la bodega. Buscó a tientas entre los cajones donde se almacenaba el grano y trató de abrir uno de ellos. Descubrió que estaba sellado con un precinto de plomo y ahogó una maldición: si lo rompía, sabrían que alguien había estado husmeando. Demasiado riesgo; así que, resignado, trepó hasta la cubierta.

Se disponía a cerrar la escotilla cuando oyó el sonido de unos pasos a su izquierda. No tuvo tiempo de esconderse; casi se dio de bruces con el capataz. Al reconocerle, este se detuvo.

Sus ojos se entrecerraron con malicia para evaluarle. Entonces desenfundó una daga y trató de apuñalarle. Marco, por puro instinto, le pateó en el pecho y salió despedido hacia atrás. El capataz volvió a saltar sobre él. Esta vez logró inmovilizar

su arma, y los dos forcejearon.

Empezaron a sonar voces. Los centinelas saltaron a la barcaza con antorchas y los sujetaron. Los llevaron a rastras hasta el embarcadero, donde se encontraban Hermes y el *ergastularius*. Marco trató de sostenerles la mirada, a pesar de estar a punto de orinarse encima. La vista del hindú deambuló por el círculo de hombres que se había formado en el muelle y pudo oír su voz. A pesar del acento extraño, resultaba serena, algo que contrastaba con su aspecto salvaje.

—Al parecer, tenemos un traidor entre nosotros... —No tuvo que hacer ningún gesto para acallar a su gente; aquella frase fue suficiente.

—¡No sé qué mentiras os habrá contado, pero este maldito esclavo está resentido conmigo! —gritó el capataz—. Solo fui a la barcaza para...

—Marco no ha dicho nada —señaló Hermes con calma—. Has sido tú quien lo ha hecho.

—¿Y qué diablos hacía él allí? —preguntó Velox, dando un paso al frente.

El antiguo legionario no desaprovechó la oportunidad de menoscabar su posición. ¿Realmente creía que era un espía o solo pretendía poner en tela de juicio la confianza que Hermes depositaba en él? La estúpida suficiencia de su rostro no decía nada al respecto.

—¿Qué sabemos de él? —preguntó, dirigiéndose a Hermes—. ¿De dónde ha salido?

—Deserté —respondió Marco secamente—. Unos bandidos me apresaron y Fanio Cepión me compró para trabajar en su hacienda. Preguntádselo a él, si dudáis de mi palabra.

Señaló al capataz. Poniéndole como testigo, pretendía demostrar lo absurdo de la acusación, a pesar de que le diera pie a intervenir. Aquel era un riesgo asumido. El *ergastularius* sabía que su historia era cierta, al menos hasta donde él la conocía, y el pelirrojo no parecía tener ninguna baza oculta para usar en su contra. Aliviado, Marco expulsó el aire que retenía en los pulmones.

—Oí unos ruidos mientras montaba guardia —prosiguió—. Al llegar al embarcadero, le descubrí en una de las gabarras.

—¿Y por qué no diste la voz de alarma? —espetó Velox.

—Solo oí unos pasos, no sabía que fuera un intruso. Me asomé a la bodega y, cuando quise darme cuenta, me atacó.

—¡Mentira! —aulló el capataz—. ¡Fui yo quien te oyó saltar al barco y traté de impedir que sabotearas la carga!

—¿Me oíste desde la posada? —le respondió, sarcástico—. Debes de tener un oído muy fino.

Toda arma tiene dos extremos, la empuñadura y la punta. El capataz siempre se había encontrado en el lado más cómodo y no sabía reaccionar cuando la hoja le

amenazaba. Esa torpeza quizá fuera su salvación.

Entonces, desde las naves atracadas, llegó Pulcher.

—¿Todo en orden? —le preguntó Hermes.

—La carga sigue sellada —respondió el retiario.

En ese momento, intervino Mucro:

—Marco creció en mi barrio. Incluso Hermes lo conoció de niño. Si estás sugiriendo que es un traidor, Velox, tendrás que demostrarlo. —Dio un paso al frente, con el acero desnudo. Su nariz de tubérculo se había teñido de un rojo incandescente.

Marco observó a su alrededor. Los hombres de Fanio Cepión los escuchaban con indiferencia, dispuestos a cumplir las órdenes del *ergastularius*; no demostraban ninguna lealtad hacia el capataz y, por ello, se preguntó qué clase de instrucciones les habría dado su amo. Tal vez el hindú fuera un hombre de confianza, para controlar al administrador de la hacienda. Por su parte, los miembros de la familia Varrón conocían a Velox y les era fácil imaginar los motivos de la acusación. Mucro rara vez hablaba en defensa de alguien, y por eso sus palabras adquirirían un enorme peso. Hermes los observaba en silencio.

—Agripa tiene espías en todas partes —protestó Velox, mientras manoseaba su bolsa, tal vez considerando la idea de añadir un nuevo *stigma* a su colección.

—Si es un espía de Agripa, ¿cómo es que no sabe nada de...? —espetó Mucro, pero se contuvo—. Hace unos días, Marco nos salvó la vida mientras tú salías corriendo. Podría haber huido y no lo hizo. Mientras que tú, maldito tarado, te tiras al suelo cada vez que oyes rebuznar a un asno.

—Silencio —dijo Hermes.

Los gladiadores enmudecieron. El *ergastularius* hizo un gesto y sus hombres sujetaron al capataz y le golpearon en la cara. El hindú se aproximó hasta situar su rostro a tres pulgadas del suyo.

—¿Te has vuelto loco?! —chilló el capataz—. No te imaginas lo que el amo te hará por todo esto....

El *ergastularius* sonrió. Era una sonrisa gélida, desprovista de humor; el capataz se retiró de él tanto como pudo.

—Crees saberlo todo acerca del dolor —dijo el hindú—. Pero te equivocas. Voy a enseñarte algo...

Se despojó de la túnica, dejando el torso al descubierto. El pecho y la espalda estaban surcados por una maraña de cicatrices, junto a otras heridas recientes. Algunos eran cortes producidos por un objeto afilado y había frases escritas empleando un extraño alfabeto. Otras eran quemaduras, visibles a pesar de su piel oscura, y en la espalda se podían apreciar las huellas del látigo.

—Solo cuando te hayas hecho esto en tu propia carne, podrás hablar sobre lo que es el dolor.

El capataz era incapaz de ocultar su terror. El *ergastularius* tomó asiento en el suelo para hablarle:

—Sabemos que has estado robando al amo.

El pelirrojo negó con un gesto, aunque su expresión lo decía todo. Entonces, el hombre de piel oscura desenrolló un envoltorio de cuero sobre el regazo, para desplegar una colección de cuchillos y útiles de carnicero.

—Me has visto otras veces, ¿verdad?

El aludido era incapaz de articular palabra.

—Otros usan mandiles de carnicero: no les gusta mancharse de sangre. —Hizo una pausa, mientras recapacitaba—. Hay quien es capaz de matar pronunciando una sola palabra; sin mirar a su víctima a los ojos, sin escuchar sus gritos ni mancharse con su sangre...

El *ergastularius* inspeccionó su instrumental hasta dar con una cuchilla de su agrado, que comenzó a afilar con una piedra. Su prisionero cerró los ojos y murmuró en voz baja. Él alzó la vista, divertido.

—Te voy a contar un secreto: pierdes el tiempo. Ningún dios vendrá en tu ayuda. A todos los hemos creado para esconder nuestro miedo.

—¿Miedo?

—El miedo al vacío. Ningún dios me obliga a hacer esto... —con un gesto aludió al puñal que tenía en la mano—, ni siquiera el amo. Actúo así por voluntad propia. Nosotros somos los únicos responsables de todo lo que ocurre en este mundo. No busques a nadie a quien culpar.

—Tú eres el verdugo.

—¿Quién es el monstruo, capataz? —Pronunció aquella última palabra con infinito desprecio—. ¿Quien tortura y mata a una mujer, o quien le ordena hacerlo? ¿Acaso crees que por haberte convertido en la voz del amo no eres responsable? Aterrorizado, el tipo observó a su alrededor; no encontró ninguna compasión en sus hombres, solo un inmenso alivio al saber que no ocupaban su lugar. Marco sentía lo mismo; dio media vuelta para regresar al campamento, pero Hermes le sujetó del brazo:

—Tienes que hacerlo tú.

Tomó la cuchilla que le ofrecía el *ergastularius* y contempló al capataz: el rostro amoratado por los golpes y la ropa llena de sangre, la frente empapada en sudor y el cabello rojizo alborotado.

No fue una muerte rápida. Los gritos se prolongaron durante toda la noche y les impidieron dormir. Los marinos y arrieros se alejaron haciendo gestos contra el mal de ojo. Ni siquiera las tripulaciones acampadas en la otra orilla lograron conciliar el sueño.

Entre chillidos y lamentos, el capataz lo reconoció todo. Admitió haber sustituido

el trigo por centeno en las raciones de los esclavos de la hacienda, para lucrarse con lo escatimado. Iba a robar los *digmata* cuando se topó con Marco. Confesó haber falseado los libros de cuentas y dijo que el dinero estaba enterrado en el jardín de su casa. Reconoció haber organizado una red de prostitución entre la servidumbre y, lo que es peor, sin que el amo obtuviera una parte de los beneficios. Se inculpó de haber concedido privilegios a algunos muchachos a cambio de favores. Y no dejó de hablar hasta la tercera vigilia.

Cuando terminó de arrancarle las uñas con las tenazas, comenzaron a desollarle. Entonces los gritos se convirtieron en alaridos. Al fin, el capataz calló para siempre y su cuerpo ensangrentado se volvió inerte.

Marco se alejó de él, exhausto, con la túnica empapada en sudor y sangre. El frescor de la brisa nocturna le devolvió súbitamente a la realidad. Sumido en la oscuridad de la noche, se sintió solo. Alzó la vista para contemplar el firmamento, y esta vez no encontró a ningún dios. Solo un vacío inmenso, tan grande como el de su propia alma. Cerró los ojos, tratando de ahuyentar las imágenes que acudían a su mente. Pero no pudo. Y ya no tenía a nadie a quien culpar.

XIII

Las dos jornadas restantes transcurrieron sin novedad. Era media tarde cuando llegaron a Emporium, un inmenso complejo de almacenes construido extramuros, más allá de la puerta Trigémica, en la orilla oriental del Tíber, al sur del Aventino. La flotilla atracó en el muelle de sillería, con la proa orientada hacia el cauce del río para no ser arrastrada por la corriente. Mientras los marinos ataban las gabarras al amarradero de travertino tallado en forma de cabezas de animales, los gladiadores se abrieron paso entre un bullicio formado por estibadores, funcionarios y comerciantes que vociferaban en un centenar de lenguas.

Marco cargó el petate al hombro y admiró el lugar. Más allá de las aduanas y las instalaciones portuarias, se erguía el gigantesco pórtico Emilio, con más de mil seiscientos pies de largo por doscientos de ancho, cubierto por cincuenta bóvedas dispuestas en cuatro filas. Los Horrea Sulpicia eran tres enormes almacenes construidos detrás de él, con las naves dispuestas en torno a unos patios; algo más al sur, había nacido una colina gracias a los fragmentos de las ánforas de aceite llegadas de la Bética.

Los gladiadores rodearon el pórtico para entrar en uno de los almacenes. Los recibió la imponente tumba del cónsul Sulpicio Galba, proclamando el origen de la riqueza de su estirpe.

—Tengo que entregar los *digmata*—dijo Hermes.

El *horrearius* recogió los recipientes sellados y anotó el nombre de los patrones y las naves en el registro. Tras ello, ordenó a un grupo de esclavos que descargara el cereal.

Mientras cumplían los trámites, Marco paseó por el interior de aquella inmensa construcción. No muy lejos de las oficinas, se almacenaba una inmensa cantidad de leña y aceite, que el millón de habitantes de la urbe emplearía para calentar e iluminar sus hogares. La preocupación ante el peligro de incendio era palpable, a juzgar por la presencia de surtidores de agua y las cuadrillas de bomberos. ¿Acaso pretendía Fanio Cepión sabotear los almacenes mediante un incendio? Lo consideró improbable. Había completado su misión sin descubrir nada importante. Salvo por la formidable escolta que había acompañado a la flotilla de gabarras y el incidente con el capataz, no había visto nada fuera de lo normal.

—Nos vamos —le dijo Hermes.

Velox los aguardaba con los caballos en una de las salidas que desembocaba en la vía Ostiense. Al parecer, el *ergastularius* y los hombres de Cepión los acompañarían hasta la isla Tiberina, y eso no era nada halagüeño.

Alrededor de Emporium se había congregado una enorme multitud de curiosos que una cohorte urbana y varias centurias de pretorianos trataban de mantener alejada

del perímetro vallado. El puerto del Aventino se encontraba más allá del recinto amurallado de Roma; así pues, los soldados iban armados con la panoplia completa. Sus yelmos y cotas de malla resplandecían bajo el hiriente sol de la tarde.

Al salir, un enjambre de curiosos se apiñó a su alrededor.

—¿Venís de Ostia? —les preguntó un tipo bajito, de aspecto plebeyo—. ¿Habéis traído trigo?

—Sí. —Marco no supo qué añadir; la ansiedad ante la escasez de pan era palpable.

La estación estival acostumbraba a teñir de dorado las siete colinas y el calor despertaba en sus habitantes el deseo de refrescarse en el Tíber. Sin embargo, aquel verano el río se había convertido en un lodazal de fétidas charcas de agua estancada donde los peces se pudrían al sol y cientos de mujeres y niños se agolpaban para llenar los cántaros y las ánforas.

Entraron en la ciudad por la puerta Trigémina, una vez rebasado el puente Sublicio, y se abrieron paso por las calles que recorrían la orilla. Los cuernos de la abundancia que Augusto había hecho esculpir en los edificios públicos aparecían tachados con groseras pintadas. Otras se mofaban de la pacificación del norte de Hispania y del cierre de las puertas del templo de Jano; la propaganda de Augusto era incapaz de ocultar que la guerra cántabra estaba muy lejos de finalizar.

A su derecha, una muchedumbre se agolpaba ante un templo erigido en la falda septentrional del Aventino, no muy lejos del circo Máximo. Consagrado a la diosa de la agricultura, la importancia política de aquel modesto santuario era, sin embargo, enorme. No solo se había convertido en la sede de los magistrados plebeyos, sino también en el lugar donde se repartía el pan de los subsidios.

—El templo de Ceres se incendió hace ocho años —dijo Mucro—. Augusto lo hizo reconstruir, pero hay quien lo considera un mal augurio.

Atravesaron el puerto Tiberino, el vetusto embarcadero de Roma, tras el cual se hallaba el foro Boario. Una vez allí, pudieron ver la isla Tiberina.

La mansión de Varrón Murena estaba abarrotada, sumida en un insólito ajeteo. En el patio, las comitivas de varios nobles aguardaban sin poder ocultar su inquietud. Nada más descabalgar, Hermes se dirigió a la segunda planta.

—Será mejor que tú también vengas —le dijo a Velox.

Vestido con una elegante túnica de seda, Perseo los aguardaba junto al corredor que conducía a los establos.

—Fijaos, si es el nuevo lameculos de Marcelo... —vociferó Mucro—. ¿Qué haces mezclándote con simples mortales, Perseo? Por cierto, ¿te encuentras bien? Parece que sientes una ligera incomodidad al sentarte.

El hoplómaco se levantó de su asiento esbozando una enigmática sonrisa y les estrechó la mano.

—¿Todo bien? —preguntó.

Por un momento, Marco sintió la mirada del gladiador horadándole. Después de aquella demencial noche en el cementerio y el arrabal, la actitud de Perseo hacia él se había vuelto más cordial; sin embargo, ahora mostraba una indefinible cautela. Sin saber por qué, le asaltó una turbadora intuición: Marco era *myrmillo* y Perseo hoplómaco, gladiadores de categorías rivales.

—¿Qué ocurre? —inquirió Mucro—. Al llegar aquí vimos...

—El grano comienza a escasear —dijo Perseo—, al igual que el suministro de agua.

—¿Y qué va a hacer Marcelo al respecto? —preguntó Marco.

—Organizar unos juegos. Hacia las calendas de julio, durante los Juegos Apolinales, protagonizará la clásica peregrinación por los templos para ahuyentar a los males. Y, a finales de mes, celebrará por todo lo alto la Neptunalia, la fiesta en honor a Neptuno para conjurar la sequía.

—Eso me tranquiliza —respondió, sarcástico—. Cuando Agripa desempeñó el cargo de edil hizo construir fuentes y acueductos, y restauró la cloaca Máxima. Ese niño no hace más que dilapidar el erario público.

—Explícaselo a la plebe. —Perseo se encogió de hombros—. Están encantados con sus medidas. Nadie desea ver una cloaca, por muy necesaria que sea. Ver a Cintia desnuda en escena resulta mucho más estimulante.

Roma contaba con cuatro acueductos: Aqua Apia, Aqua Anio Veto, Aqua Marcia y Aqua Tepula. Durante su edilato, Agripa realizó mejoras en este último e hizo reparar el resto, además de erigir ciento treinta depósitos de agua y mil doscientas fuentes, todo a costa de su patrimonio. Años después, había ordenado construir otros dos acueductos, el Aqua Iulia y el Aqua Virgo, que aumentarían en un tercio el suministro de agua a la capital. Las obras no habían concluido.

Agripa había sido ingeniero militar y pensaba como tal. Mecenas, por el contrario, aconsejaba al joven heredero en lo que resultaba más útil para ganarse el favor del pueblo. La plebe deseaba evadirse de la miseria en la que vivía y acudiría eufórica a los espectáculos que Marcelo preparaba para ellos. Esa idea reavivó su inquietud.

—¿Tendremos que participar en los Juegos Apolinales? —preguntó Marco a Perseo.

—Sin duda —respondió el hoplómaco—. Mecenas ha recurrido a todos los lanistas de Italia.

—¿Tú y yo?

Perseo le observó fijamente antes de contestar:

—Es más que probable. —Gracias a sus reuniones con Marcelo y Mecenas, era obvio que sabía algo más, aunque no quisiera decirlo.

Marco trató de cambiar de tema:

—¿Has conocido a Cintia?

—No tanto como quisiera —dijo con una sonrisa de depredador. Algo más serio añadió—: Es la nueva amante de Marcelo. Sé que fue la doncella de Vitruvia...

De nuevo, esa expresión suspicaz. Perseo no era ningún idiota. Debía ser más cauto.

—Marco... —le dijo—, una mujer puede ser ingenua, puede ser hermosa o puede ser inteligente, pero resulta imposible que sea las tres cosas al mismo tiempo. Desde luego, Cintia no es tonta, y Vitruvia tampoco. Los hombres nos volvemos estúpidos ante esa clase de mujeres, y eso es algo que ellas saben usar en su provecho.

No supo qué responder. ¿De dónde había sacado su hermanastra el dinero necesario para su negocio editorial? ¿Por qué los tratados de su padre, que ella había publicado, estaban dedicados a Augusto y le había concedido una pensión? Podía seguir eludiendo aquellas preguntas, pero eso no cambiaría la realidad.

—Por cierto —añadió Perseo—, nos ha visitado tu antiguo dueño. Llegó a primera hora, junto a diez senadores. Han estado reunidos con Varrón Murena toda la mañana. Si quieres saludar a Fanio Cepión, está en la segunda planta.

No supo interpretar el sarcasmo. Se trataba de una advertencia; el hoplómaco había percibido su inquietud. Tratando de mostrarse tranquilo, se despidió de él y de Mucro para llevar su caballo al establo. Tenía que buscar una excusa para abandonar la casa sin levantar sospechas o, al menos, buscar un lugar donde ocultarse hasta que Cepión se marchara. En la caballeriza, los animales pastaban en sus pesebres mientras el mozo de cuadra ensillaba uno de ellos.

—Déjalo ahí —dijo Vesto al verle entrar—. Tengo que preparar a *Niké* para Velox, más tarde me encargaré de él.

Marco anudó las riendas en el dornajo y, una vez retirada la silla, fingió inspeccionar los cuartos traseros de su montura. El muchacho acariciaba con cariño las crines de la yegua que atendía.

—Tienes un largo viaje, pequeña...

Había ensillado a otros tres caballos y las alforjas estaban llenas. Se preguntó qué se traían entre manos. Días atrás, Varrón Murena había asegurado que adelantarían sus planes, y ahora enviaba a Velox a una misión, tras reunirse con Fanio Cepión, Sulpicio Galba y una decena de senadores.

Marco atravesó el vestíbulo tratando de evitar que le descubrieran, consciente de que, si se topaba con Cepión, su vida no valdría nada. Una turba de indigentes le rodeó ante el templo de Esculapio. Se detuvo ante un tullido con las piernas amputadas, sentado sobre un pequeño carro que movía con dos tacos de madera atados a las manos. Le llamaban Diocles, en honor a un famoso auriga. El letrero que colgaba de su cuello aseguraba que era veterano de la Legión X. Muchos mendigos

recurrieran a mentiras como aquella para despertar la compasión de los transeúntes. Sin embargo, la mirada de Diocles irradiaba el orgullo del veterano, esa absurda autoestima de quien ha logrado sobrevivir una y otra vez a la muerte. Lo único que a él mismo le había permitido encontrar un lugar en el mundo, aunque tal vez solo sirviera para crear otro ficticio, ajeno al real, donde conceptos como el honor y la lealtad tenían algún sentido.

Ambos se observaron durante un instante, compartiendo una extraña complicidad. Quien ha sido soldado jamás deja de serlo. Marco extrajo un par de sestercios de su bolsa para entregárselos.

«Las bestias salvajes de Italia tienen su refugio; pero los que combaten y mueren por ella no poseen más que el aire y la luz. Sin casa, como vagabundos, erran con mujer e hijos. Los generales mienten a sus soldados cuando, antes de la batalla, los instan a defender sus tumbas y santuarios contra sus enemigos, pues ninguno de esos romanos posee un altar familiar o una tumba de sus ancestros. Por el lujo y la riqueza de otros combaten y mueren; ellos, de quienes se dice que son los amos del mundo, no tienen siquiera un puñado de tierra que les pertenezca».

Cien años antes, ese había sido el discurso de Tiberio Sempronio Graco para defender su reforma agraria. Un proyecto de ley que establecía un límite de extensión a las tierras públicas entregadas en usufructo a cada ciudadano, para que las restantes pudieran ser redistribuidas en lotes entre los desposeídos y los legionarios licenciados a cambio de una retribución simbólica. Eso chocaba frontalmente con los intereses de los optimates, los grandes terratenientes que hasta entonces habían gobernado la República, liderados por la poderosa familia de los Escipiones.

Cuando Tiberio Sempronio Graco trató de ser reelegido de forma inconstitucional para prolongar su mandato y consolidar sus reformas, un grupo de hombres armados, encabezados por Escipión Nasica, masacró a sus seguidores en la colina Capitolina. Tiberio murió de un mazazo en la nuca. Arrojaron su cuerpo al Tíber, con lo que se le negó cualquier sepultura. Mientras tanto, el pueblo cuyos intereses había defendido se apresuró a saquear su casa.

La reforma agraria fue sacada adelante por su hermano Cayo Sempronio Graco, que también logró aprobar la Lex Frumentaria, gracias a la cual el Estado debía suministrar pan a la plebe a un precio módico. Sin embargo, una vez agotado su mandato, el Senado, controlado por los optimates, comenzó a demoler una tras otra sus reformas. Las disputas entre ambos bandos se convirtieron en batallas campales. Cuando trataba de calmar los ánimos, la escolta de varios senadores rodeó a Cayo, quien, antes de ser linchado, ordenó a un esclavo que lo matara. Uno de sus amigos le decapitó y rellenó su cabeza con barro: los optimates habían ofrecido su peso en oro a quien se la entregara.

Durante los siguientes sesenta años, la Lex Sempronia frumentaria se convirtió en

un caballo de batalla que enfrentó a optimates y populares. El tribuno de la plebe Publio Clodio Pulcro la amplió, haciendo que el trigo fuera gratuito, y legalizó de nuevo los *collegia*, que rápidamente se convirtieron en bandas armadas. Cuando Clodio fue asesinado por otro populista radical llamado Anio Papiano Milón, sus seguidores convirtieron a la Curia en su pira funeraria.

Durante su primer consulado, Julio César trató de reinstaurar la ley agraria de Tiberio Sempronio Graco, para repartir las tierras públicas entre la plebe y los veteranos de Pompeyo. Una vez más, se encontró ante la oposición de buena parte de la Curia. Marco Porcio Catón empezó a hablar sin parar, y César ordenó a sus lictores que se lo llevaran. Algunos senadores abandonaron la sala. Cuando les preguntó por qué lo hacían, respondieron que preferían estar en la cárcel con Catón, antes que en el Senado con él. Un anciano senador, llamado Lucio Gelio, declaró que aquella ley no entraría en vigor mientras él viviera. Cicerón, mostrando su acostumbrada sagacidad, apostilló con sarcasmo: «Al parecer, Lucio Gelio solicita un breve aplazamiento antes de que se apruebe la ley».

César decidió llevar su propuesta a los Comicios. El otro cónsul, Marco Calpurnio Bíbulo, yerno de Catón, trató de impedirselo. Pero César era un hombre con recursos. Los veteranos de Pompeyo llegaron en masa a la capital. Asaltaron a Bíbulo en plena calle, rompieron los fascas de sus lictores y volcaron un cesto lleno de estiércol sobre su cabeza. Cuando la asamblea popular aprobó la Lex Iulia Agraria, Bíbulo decidió dedicarse a escrutar los cielos en busca de presagios, sin salir de casa. Era costumbre designar cada año por el nombre de los dos cónsules electos; aquel pasaría a la historia como «el año de Julio y César».

Por obra de César, el legado de los Graco había permanecido intacto, y más tarde, Augusto, su heredero, fijó el número de beneficiarios de los subsidios en doscientos mil ciudadanos. Desde niño, Marco había sentido una enorme admiración por César, a quien su padre había servido hasta que fue herido en la Galia. Gracias a él su madre había obtenido la ciudadanía, y sus entregas de pan habían ayudado a su familia a subsistir.

A lo largo de los últimos días, Marco se había preguntado por qué estaba arriesgando su vida, cuál era la causa por la que luchaba, si solo trataba de satisfacer una venganza. Al contemplar a aquel veterano lisiado, al fin lo había recordado.

Una hora después, Velox recorría a caballo las calles del Quirinal acompañado de otros tres gladiadores. Los conspiradores sin duda sospechaban que Agripa, o algún otro miembro del gabinete del *princeps*, podría haber apostado espías en torno a la casa, y una comitiva más numerosa tal vez hubiera despertado sospechas.

El gladiador atravesó las murallas de Roma por la puerta Colina, que desembocaba en la vía Salaria, una antigua calzada que se dirigía hacia el este. Marco, que le había seguido entre el tumulto, le vio detenerse ante una pequeña casa

adosada a unas letrinas; en el soportal un barbero afeitaba a un cliente. Este advirtió las cáligas de una docena de individuos que se aproximaban y recogió a toda prisa sus utensilios para marcharse.

Todo fue rápido. Cuando los gladiadores quisieron reaccionar, habían apuñalado a dos por la espalda. El tercero les dio más problemas, hasta que Annio y Niñato lo degollaron. Marco descubrió a Velox con el arma desenvainada y la espalda apoyada en la pared del pórtico. Sus ojos deambularon de un rostro a otro; los entrecerró con rencor al reconocerle.

—Así que era cierto —espetó con desprecio—. Eres un maldito traidor...

Sin embargo, era incapaz de ocultar su miedo. Sin duda sabía por qué aún seguía con vida y parecía dispuesto a todo para impedirlo. Su mano derecha aferró con fuerza la empuñadura de su arma hasta que los nudillos se volvieron blancos. Desde el interior de la casa, una voz le detuvo:

—¿Tito?

Una anciana de cabello revuelto se había asomado por la puerta entreabierta, con un ademán de inquietud dibujado en su apacible rostro.

—¿Mamá? —respondió Velox, mientras ocultaba su arma. Se dirigió hacia ella, para evitar que escudriñara más allá de la esquina y descubriera los dos cadáveres.

—¿Quiénes son estos hombres, hijo? —preguntó la anciana—. ¿No habrás vuelto a hacer algo malo?

La expresión del gladiador mostraba una desesperación mayor que al verse acorralado. Dirigió una mirada de súplica a su compañero de escuela.

—No —dijo Marco, con la vista fija en Quinto.

La anciana observó la mano derecha del antiguo centurión; lucía un anillo de oro, símbolo de su pertenencia a la clase ecuestre, rango que despertaba entre la plebe un temor reverente.

—No —asintió Quinto—. Nos han encargado una misión y su hijo se ha ofrecido a ayudarnos. Ha venido a despedirse.

—¿Una misión importante? —En el rostro de la anciana había brotado una sonrisa.

—Sí, una de vital importancia para Roma —corroboró Quinto—. Es muy peligrosa, tal vez no regrese...

—Adiós, hijo —se despidió la anciana, adoptando toda la dignidad que cabría esperar en una matrona romana—. Sé valiente y escríbeme.

—Eso haré, madre —respondió Velox.

Le arrastraron hasta el interior de las letrinas. Las paredes de sillería estaban cubiertas de pintadas de prostitutas que ofrecían sus servicios, y una pequeña hornacina contenía una efigie de Hércules. A la derecha, había un corredor con un banco corrido provisto de agujeros para hacer de vientre. Los legionarios que

acompañaban a Quinto cerraron la puerta y se apostaron en la entrada; la estancia quedó sumida en la penumbra.

—En la escuela, nadie la conoce —dijo Velox, nervioso, refiriéndose a su madre—. Ni siquiera sabe que formo parte de ella. Quizá podamos llegar a un acuerdo...

Annio comenzó a recitar en voz alta:

—«Igual que no es posible la alianza entre leones y hombres, ni el acuerdo entre lobos y corderos, tampoco puede haber pactos ni amistad entre nosotros».

El gladiador dio dos pasos atrás.

—Yo no sé nada —dijo—. Aparte de Fanio Cepión y Varrón Murena, los planes solo los conocen Hermes y el *ergastularius*.

—Lo siento —repuso Marco—, ya sabes cómo funciona esto.

Velox tensó ligeramente su mandíbula, al recordar la última noche del capataz. Sabía que, aunque les dijera la verdad desde el principio, querrían asegurarse de que no les ocultaba nada.

—¿Cuál es tu misión? —le preguntó Quinto.

—Entregar esto —dijo, depositando sobre las letrinas un minúsculo rollo de papiro—. Es un mensaje para un armador de Castrum Truentinum.

El puerto de Asculum: desde allí se fletaban naves hacia Oriente. Si la carta iba dirigida al gobernador de Siria o al de Macedonia, resultaba ingenioso. Con un buen caballo, aquellas ciento sesenta millas por la vía Salaria se podían realizar en cinco o seis días. Cualquiera que quisiera interceptar un mensaje habría aguardado en Ostia, el puerto de Roma.

—Si nos has mentido... —le advirtió Quinto.

—Ya lo sé. —El gladiador dirigió una mirada hacia la casa y arrojó al suelo su espada.

Velox era rápido. Cuando Niñato trató de sujetarle, le golpeó en el rostro y huyó por el corredor. Marco corrió tras él, a sabiendas de que no había salida. Al llegar, descubrió al gladiador blandiendo un puñal. Dio un paso atrás, y vio cómo arrojaba algo a una de las letrinas. A continuación, Velox se clavó el arma en el lado izquierdo del cuello y abrió un surco hasta llegar a la garganta. La sangre manó como al rasgar un pellejo de vino, hasta formar un charco en el suelo. Marco se arrodilló junto a él.

—No le hagáis daño —dijo Velox, entre toses.

Él asintió, mientras Niñato trataba de taponar la herida con un pedazo de tela; la hoja había desgarrado la yugular y la carótida. El gladiador sabía lo que hacía: vena y arteria se habían convertido en un manantial. Al cabo de unos instantes, murió desangrado.

Marco tomó el trapo que le ofrecían para limpiarse las manos.

—Ten cuidado —murmuró Annio a su lado—: Tiberio no juega limpio contigo.

Quinto apareció en el pasillo e hizo un gesto a sus hombres.

—Deshaceos del cadáver y esperadme fuera —les ordenó—. Aseguraos de que nadie entre.

Annio y Niñato se llevaron a rastras el cuerpo sin vida de Velox, no sin antes dedicar a su camarada una mirada de advertencia. Marco se encaró al centurión:

—Su madre...

—Esa vieja no me interesa —aseguró—. Y la emboscada ante la puerta Esquilina no fue idea mía, sino de Tiberio. Le dije que era muy arriesgado...

—Seguro que eso no le quitó el sueño.

Quinto decidió ignorar su comentario.

—Diocles nos hizo llegar tu recado —prosiguió—. Registramos las gabarras: no hemos encontrado nada anómalo, salvo que la carga era de centeno y no de trigo.

—El funcionario que chantajeamos tenía que supervisarla —señaló Marco—. Debió de falsificar los *digmata*. Fanio Cepión ha estado cultivando centeno en su hacienda...

Quinto comprendió lo que su amigo quería darle a entender.

—Parece una maniobra comercial fraudulenta —asintió—. Fanio Cepión y Varrón Murena pretenden vender trigo adulterado con centeno para aumentar su margen de beneficios. El *princeps* ha fijado unos precios por ley, y los optimates ya no pueden especular como antaño.

Desde siempre, los nobles se habían enriquecido gracias al hambre. En años de carestía, compraban el trigo en provincias para almacenarlo, a sabiendas de que su precio se dispararía a causa de la escasez, y lo vendían cuando la plebe, desesperada, estaba dispuesta a pagar cualquier precio por una hogaza de pan.

—¿Podrá Augusto sufragar los subsidios y, al mismo tiempo, controlar los precios? —preguntó Marco—. La guerra cantábrica se ha reanudado...

La llegada del tesoro egipcio a Roma había desencadenado una bajada de los precios y el interés de los préstamos obligaba a una emisión de moneda casi insostenible. Augusto esperaba que el oro que albergaban las montañas del noroeste de Hispania sirviera para paliar el colosal gasto público. Sin embargo, a pesar del prematuro triunfo celebrado en la capital, la guerra cantábrica aún estaba lejos de concluir, las arcas públicas se encontraban cada vez más vacías y, para comprar trigo, el *princeps* tendría que recurrir a su propio patrimonio.

—Existen problemas aún mayores —aseguró Quinto, eludiendo responder.

—La salud del *princeps*.

—Augusto está muy enfermo, hay quien cree que va a morir —admitió—. Ayer reunió al Senado, para designar a su sucesor, pero la Curia solicitó que no lo hiciera. Si se decantaba por Marcelo o Agripa, desencadenaría una guerra civil. En su lugar, entregó los documentos oficiales al cónsul y su sello a Agripa.

—Muy conveniente.

—En el Senado no ocurre nada que a Augusto no le convenga. Con esta decisión, la posición de Marcelo comienza a declinar. Aunque la situación es crítica no solo por la disputa entre los dos herederos. El Senado es un nido de sedición que ambiciona restaurar la oligarquía republicana; los équitos son un poder en la sombra que trata de destruir el mismo tejido del Estado. Mientras tanto, a la plebe solo le interesan los juegos circenses y las entregas de pan.

—¿Qué pasará si Augusto muere?

—La República acabaría en manos de Agripa. Marcelo es aún muy joven, ni siquiera es senador. No tiene la *auctoritas* suficiente.

—Cuenta con el apoyo de Mecenas.

—Mecenas solo apoya a Mecenas. Ha sumido a ese adolescente en una espiral hedonista para poder manipularlo a su antojo, y para ello cuenta con Tito Fabricio. Marcelo ni siquiera ha tenido la sensatez de ocultar sus excesos ante los ojos del pueblo. Toda Roma sabe que celebra un festín diario, mientras el suministro de pan pende de un hilo. ¿Qué más has averiguado?

—En la fiesta de Mecenas, Varrón Murena se reunió con Herodes —respondió—. Pretendía ganarse su apoyo.

Su amigo sufrió una nueva conmoción.

—Eso supone otro nuevo jugador en el tablero. El legado de Siria es primo de Varrón Murena. Al ser una provincia imperial, fue designado por Augusto, pero la reciente muerte del cabeza de familia tal vez haya cambiado sus lealtades.

—¿La situación en Oriente es peligrosa?

—Más de lo que te imaginas —replicó Quinto—. La enfermedad del *princeps* ha hecho que las provincias sean una clase con el maestro ausente. Marco Primo, el procónsul de Macedonia, ha organizado una campaña militar en Tracia sin autorización.

—Un gobernador provincial iniciando una guerra en busca de dinero y prestigio... Eso supone volver a los viejos hábitos republicanos.

—Las limitaciones que impone el nuevo régimen a la carrera de los senadores, despojándolos de la posibilidad de enriquecerse gracias a la guerra, han hecho que aumente el descontento incluso entre los miembros del partido augústeo. Al fin y al cabo, es la confluencia de intereses lo que mantiene unida una facción política.

No era difícil entrever la raíz del problema. De todas las provincias imperiales del este, Siria era la más próspera. El legado tenía cuatro legiones bajo su mando, con las que defendía la frontera del Éufrates contra los partos. Por su parte, el ejército de Macedonia controlaba Grecia, además de la ruta entre Italia y Asia. Una rebelión de los gobernadores de Siria y Macedonia dejaría a Egipto, el granero de Roma, en una situación muy vulnerable. Si además los conspiradores se ganaban el favor de Herodes y llegaban a algún acuerdo con los partos, todo el precario equilibrio de

poder alcanzado en Oriente se vendría abajo.

—¿Y qué hay de Roma?

—Circulan libelos por la ciudad, que han dado lugar a infinidad de rumores —respondió Quinto; de nuevo le dio la impresión de que eludía algo—. Algunos ensalzan tu victoria sobre el Arcadio y se burlan de la incapacidad de Marcelo para elegir a sus paladines. Otros hablan de las infidelidades de Terencia y presentan a Mecenas como un afeminado y complaciente cornudo.

—Hay algo más que no deseas decirme y no eres capaz de ocultar.

Se diría que a Quinto le asaltó una repentina acidez en el estómago.

—Hace ocho días, tu hermanastra se reunió con Fanio Cepión en Puteoli. Creemos que ella también está implicada en la conspiración.

—¿De qué modo?

—¿Tú qué crees? Es editora. Tiberio está convencido de que desempeñará un importante papel, sea el que sea.

Al recordar las simpatías republicanas de su hermana adoptiva, experimentó un repentino acceso de vómito. Se fraguaba una guerra civil entre los herederos de Augusto, y estos a su vez se enfrentaban a los republicanos. Los conspiradores tal vez planeaban una revuelta en Oriente mientras una despiadada lucha por la popularidad tenía lugar en Roma, que se decidiría mediante pan y circo. El futuro de la República quizá dependiera de sus decisiones, y esa era una responsabilidad que Marco ignoraba si podría asumir. Por si fuera poco, Vitruvia también estaba implicada.

—Marco... —dijo Quinto—, amor y libertad son incompatibles. Quien ama siempre será un esclavo.

Le entregó la espada consagrada a Némesis que habían guardado desde que hicieron la *devotio* dos años atrás. Marco la extrajo de su funda: un hierro opaco, sin apenas brillo, repleto de melladuras. Su viejo amigo le dirigió una gélida mirada antes de despedirse:

—Recuerda cuál es tu deber.

Marco se aseguró de que todos se hubieran marchado antes de indagar en el interior de la letrina. Hundió el brazo en el agujero para buscar a tientas entre las heces. Encontró algo duro y lo depositó bajo el chorro de una fuente para limpiarlo de excrementos: se trataba de dos tablillas de madera, unidas mediante tiras de cuero hasta formar un cuaderno. Según la etiqueta de cuero, era un mensaje dirigido a un armador de Castrum Truentinum. Cortó el sello con un cuchillo y separó las tablas. En su interior, habían rebajado la madera para verter una película de cera coloreada. Sobre ella, habían inscrito con un punzón:

III·III·I·V·I·III·II·III·III·V·III·V·III·III

Era una sucesión de números: tres, cuatro, uno, cinco, uno, cuatro... Tal vez un

libro de cuentas, o quizás una relación de fechas. En todo caso, algo que investigaría por su cuenta. Annio le había advertido de que Tiberio no jugaba limpio con él, y acababa de descubrir que su hermanastra estaba implicada en la trama: sin duda, ambos hechos estaban relacionados. Ahora sabía por qué Tiberio no confiaba del todo en él, y aquel mensaje constituía una baza oculta que podría emplear en cualquier momento.

Salió a la calle y recorrió la vía Salaria en dirección a la puerta Colina, para regresar al Quirinal. Al pasar ante un templo erigido junto a la calzada, se topó con otro fantasma de su pasado.

XIV

Cintia se apeó de la litera e hizo un gesto a su escolta para que aguardara junto a la puerta de la casa de Vitruvio. Por un instante, observó a los cuatro porteadores y a la pareja de esclavos galos que, desde hacía tiempo, la acompañaban a todas partes. Tito Fabricio gustaba de proteger sus inversiones. De aquel modo, le recordaba a la actriz que ella era una de estas.

Un matrimonio cuchicheó mientras la escrutaban de pies a cabeza. Él se mostraba serio, con una actitud de persona importante, mientras la mujer caminaba envarada a su lado. Pudo distinguir la furibunda mirada que dedicó a su hijo cuando su atención recayó sobre ella. Era en la calle donde Cintia era testigo de la hipocresía de Roma, del despiadado contraste entre la cara que le mostraban durante el día, cuando la despreciaban por su oficio, y las que encontraba cuando subía al escenario.

Su madre le aguardaba en la puerta de la casa donde se había criado. Una mujer menuda de una belleza marchita, que no osaba pronunciar una palabra más alta que otra, salvo con ella. Vio cómo examinaba su aspecto con disgusto.

—Buenos días, madre —dijo Cintia, forzando una sonrisa.

—¿No vas demasiado llamativa?

Su madre admiraba el brillo de la seda sobre su cuerpo. El vestuario de una esclava doméstica solía ser una sencilla túnica de lino, ceñida con una cinta bajo el busto. Los vestidos eran la moneda de cambio habitual por los favores nocturnos; por ese motivo, para muchas esclavas su modesta indumentaria se había convertido en un símbolo de virtud, mientras que lucir un hermoso atuendo era declarar que habían cedido a la insistencia del amo.

A Cintia le asqueó la hipocresía de aquella mujer que había compartido lecho con el dueño de la casa hasta quedar encinta, con lo que la había condenado de por vida a no conocer un padre. Aquella mirada solo le reprochaba el no guardar las apariencias.

—¿Cómo has conseguido el dinero?

—Soy actriz —respondió secamente.

Había obtenido veinte mil sestercios por interpretar a Ónfale; ningún otro oficio femenino reportaba una suma semejante, salvo el de meretriz. Por un momento, deseó que su madre no fuera tan diáfana. Hacía tiempo que había descubierto que no tenía nada de que hablar con ella. Para aquella ama de cría iletrada, el teatro no era más que una frivolidad, mientras que para Cintia era su vida.

La expresión de su madre se apaciguó al ver llegar a un joven por la calle. Apocado y poco agraciado, su aspecto resultaba anodino, a pesar de su rico vestuario.

—¿Conoces a mi hija Cintia?

El muchacho, de casi su misma edad, sonrió con timidez.

—Solo del escenario —admitió—. Tu Ónfale me encantó.

Su voz afectada dejaba entrever un soterrado deseo de agradar que le resultó empalagoso. Aquel era el preludio de una conversación forzada por la cortesía que Cintia no deseaba iniciar.

—Me alegro. —Una tibia sonrisa se formó en sus labios—. Si nos disculpas...

Tomó a su madre del brazo para entrar en la casa. Una vez en el vestíbulo, el ama de cría le habló en voz baja, con ese tono maternal y autoritario que la caracterizaba:

—Deberías ser más amable con él.

—Creo haber sido educada. —Trató de eludir el tema, aunque sabía que sería imposible.

—Escucha, Cintia..., es hijo de un comerciante de vidrio al que conocí hace unos días. Se trata de un buen partido. —Y añadió, como si estuviese hablando con una niña—: Recuerda que una mujer como tú no puede aspirar a más.

Su madre jamás la había aceptado como era. Siempre la comparaba con otras jóvenes, por lo que ella tuvo que aprender a ser distinta. El suyo había sido un amor condicionado, que solo afloraba cuando una de las partes actuaba conforme a las expectativas de la otra. De ese modo, Cintia había forjado su talento como actriz.

Un enorme perro surgió del atrio, emitiendo un gutural rugido.

—¡Kérberos!

El animal se detuvo inquieto ante Cintia, que se acuclilló para acariciarle la cabeza.

—Hace mucho que no nos veíamos, ¿verdad? —dijo, mientras el perro ladraba de alegría.

Al alzar la vista, encontró a Vitruvio acompañado de su esposa Claudia. Alto y corpulento, serio y distante, su presencia le intimidaba. Aquellos ojos grises, idénticos a los de su hija, la observaban con fijeza, rodeados de una telaraña de arrugas. Le apenó descubrir que el cabello comenzaba a escasearle en la frente.

—Bienvenida a casa, Cintia —dijo el arquitecto.

—Bienvenida a nuestro hogar —añadió Claudia. Era el lenguaje de una matrona romana, hecho de dobles sentidos, que otorgaban un nuevo significado a cada palabra.

Cintia se apresuró a exponer el motivo de su visita:

—Quisiera comprar la libertad de mi madre.

Vitruvio asintió. Cintia creyó ver en su esposa una expresión de alivio.

—Por supuesto —asintió el arquitecto—. Tu madre siempre me ha servido con lealtad. Lo que pides es justo.

Por un instante, eludió su mirada, tal vez temiendo que pudiera malinterpretar sus palabras; hubo una leve tensión en la mandíbula de su esposa. La actriz fingió no darse cuenta.

—Este gesto dice mucho de ti —añadió al cabo. Como siempre, educado y

correcto. Sin embargo, hubiera deseado algo más de él. Bastaba que sus labios pronunciaran una sola palabra.

—¿Te apetece un refresco? —Claudia había roto un silencio incómodo: no sabía si sus intenciones iban más allá. A Cintia no le seducía la idea de ser servida por su madre.

—Me temo que he de irme.

—Vuelve cuando quieras.

Examinó la voz de Claudia en busca de algún vestigio de ironía, pero no lo encontró. Su hostilidad hacia ella, nacida del miedo a que algún día reclamara un sitio en aquella casa, le había exigido una dedicación constante y, una vez liberada su madre, nada la ataba a aquel lugar. Supuso que al fin Claudia se había dado cuenta, y sus palabras eran lo más parecido a una disculpa que podía pronunciar.

La actriz abandonó el hogar en el que se había criado y, una vez en la litera, ordenó a su escolta que la llevara, a través del Quirinal, en dirección a la puerta Colina. Atravesaron las murallas de Roma hasta llegar a un pequeño templo. La actriz bajó del palanquín, ascendió por las escaleras del podio y pasó junto a cuatro grandes columnas para acceder al pronaos. La cámara interior permanecía en penumbra, iluminada por lucernas. En su centro, la estatua de una hermosa mujer desnuda le sonreía.

Era Venus Erycina, la diosa de las prostitutas. La Venus del Capitolio velaba por la fertilidad de las mujeres honestas; por ello se había construido aquel santuario, más allá de las murallas de Roma, para que las mujeres públicas pudieran venerar a la diosa en su advocación más venal sin que supusiera una deshonra para la ciudad.

Cintia depositó una brizna de incienso sobre el fuego del ara. La deidad estaba cubierta por ramas de mirto y de menta, y por coronas de juncos entrelazados con rosas. Ofrendas y exvotos para quien favorecía las ganancias y preservaba la belleza de sus devotas. A su lado, se hallaba una anciana vestida con la toga de las mujeres públicas; su rostro, lleno de pústulas, evidenciaba las huellas de la edad y las enfermedades propias del oficio.

Regresó a la calle y, al descender por las escaleras del templo, echó un vistazo a su alrededor: su litera había desaparecido, al igual que su escolta. Desconcertada, rodeó el santuario y vagó entre los transeúntes que se dirigían a la ciudad. Un grupo de jóvenes sentados en unos soportales comenzaron a seguirla. La molesta sensación de sentirse observada hizo que Cintia apartara la vista. Si hubiese sido un hombre, habría supuesto un desafío; pero era una mujer sola en plena calle, con ropas de seda, junto al templo de Venus Erycina.

Cuando alcanzó la pubertad, su madre le había enseñado a salir a la calle envuelta en la palla, a rehuir las miradas y fingir decencia, mientras los hombres trataban de adivinar las formas de su cuerpo bajo el manto. Ahora se sentía expuesta, como si

llevara su condición de mujer pública escrita en la frente.

Irritada, Cintia los miró a los ojos, y su gesto fue interpretado como aceptación. Los dos más osados la rodearon, en un acoso disfrazado de galantería.

—Si vais a ofrecerme ayuda, olvidadlo —les dijo.

Ambos se detuvieron. Sus risas resultaron forzadas.

—Podríamos pasarlo bien —respondió el más alto.

—Ya tengo quien me acompañe.

—No creo que quiera acaparar a una mujer tan hermosa como tú. —La libertad con la que hablaban de ella la indignó—. Sería muy egoísta por su parte.

Entonces le vio llegar. Caminaba con una bolsa de cuero en la mano, el cabello castaño alborotado y una expresión preocupada en el rostro surcado por aquella cicatriz. Cuando descubrió a Cintia ante él, Marco mostró su desconcierto. Luego, observó a los dos jóvenes. Su mirada suponía un desafío, un marcar el territorio; de ella se pasaba al verbo y de él a algo más que palabras. No fue necesario: al ver el *stigma* de su antebrazo, los dos muchachos bajaron la vista y se marcharon.

Se dirigió hacia la actriz y le dedicó una mirada limpia e intensa, tan franca que no resultaba insolente. La luz del mediodía marcaba aquellas afiladas facciones curtidas por el sol que tan bien recordaba. Cintia se sumergió en sus ojos negros. Al hablar, se mostró más insegura de lo que a ella le hubiese gustado:

—Te creía muerto.

—Lo estaba —respondió—. Perdona..., no debes decírselo a nadie.

—¿Ni siquiera a ella? —Su expresión le dijo que Vitruvia ya lo sabía, y eso le dolió.

Cintia había crecido observándole desde la distancia, viendo cómo se alejaba cada vez más de ella, a medida que su posición en la casa se consolidaba. Su orgullo se veía herido por la indiferencia, a pesar de su afectuoso trato. Cuando Claudia le ordenó que compartiera lecho con él, sabía que solo trataba de alejarle de su hija, pero no le importó. Aquellos encuentros nocturnos tejieron una urdimbre de ilusiones que pronto los hechos se encargaron de arruinar.

—Ha sido un placer encontrarte —dijo Marco—. Si puedo ayudarte en algo...

No sabía si estaba sola y, de ese modo, abría la posibilidad de prolongar su encuentro. Él ya la había rechazado en una ocasión y temía que volviera a hacerlo; sin embargo, si dejaba pasar aquella oportunidad, tal vez nunca se encontrarían de nuevo.

—¿Quieres acompañarme? —le preguntó Cintia, sin esbozar ningún gesto que delatase sus emociones—. Así podríamos hablar y recuperar el tiempo perdido.

—Me encantaría.

Mientras paseaban hacia el Quirinal, Cintia sonrió relajada al percibir su ansiedad. Marco intuyó un sutil cambio en su actitud y dio un paso más allá.

—Veo que te van bien las cosas —dijo, admirando su aspecto.

La actriz trató de verse a sí misma a través de los ojos de un extraño.

—He ganado la palma en los Juegos Megalenses.

—Me alegro.

Al ver que eludía su mirada, ella se preguntó si estaba al tanto de su relación con Marcelo; no cabía duda: lo estaba. Su relación con el heredero de la República hacía que aquella frase adquiriese un significado muy distinto del que pretendía. Se vio desbordada por la vergüenza; ella misma había convertido sus sueños en algo obscuro.

—Voy a abandonar la compañía de teatro de Fabricio. —Sonó como una disculpa, por lo que, de inmediato, se arrepintió de haberlo dicho. Hacía años que no dejaba de lado ese juego de máscaras que había creado para ella; esa clase de desnudez la hacía sentirse vulnerable.

Se decía que, cuando un actor se ponía una máscara, era poseído por el espíritu que habitaba en ella; su propia actitud cambiaba al asumir otros rasgos. A diario interpretamos distintos roles en función del momento, variaciones a una misma melodía. El peligro consiste en que esa careta se funda con el verdadero rostro hasta que resulte imposible despojarse de ella.

Durante un largo rato, ambos caminaron en silencio.

—Estás realmente hermosa —dijo Marco, sin saber por qué.

—No tienes por qué adularme.

—Lo sé. —Y se apresuró a añadir—: Lamento no haberte escrito durante estos años, pero no te olvidé.

El corazón de Cintia se detuvo. En el pasado, se había entregado a él; no había un rincón de su cuerpo que no conociera. Sin embargo, la sonrisa que ahora compartían creaba un vínculo aún mayor entre ellos.

—¿Nos dirigimos hacia el Vicus Longus? —Cintia señaló la vaguada que se extendía entre el Quirinal y el Viminal.

—Allí es difícil encontrar un cuarto limpio —respondió Marco, con una sonrisa cómplice—. Seguro que tú conoces algún buen lugar.

Fue como recibir una bofetada. Cintia recordó la última vez que le había visto, en una licenciosa fiesta en Portus Victoriae. Ahora la descubría sola ante el templo de Venus Erycina, vestida de seda y con el cabello sin cubrir. Le había confesado que deseaba su compañía y la arrogancia masculina había hecho el resto; se maldijo a sí misma por su ceguera.

—¿Tan difícil resulta de entender? —dijo, encarándose a él.

—¿El qué? —Marco parecía desconcertado.

—Mi cuerpo es lo único que vendo. El afecto es mi regalo.

El tono era seco, contaminado de amargura. Instintivamente se llevó la mano al

colgante de ámbar que llevaba al cuello. Él mismo se lo había regalado, años atrás. Al darse cuenta, Marco tuvo la decencia de sonrojarse.

—Lo siento... —balbuceó a modo de disculpa.

—No importa. —La frustración cobró forma de un modo súbito.

Tras la discusión con Vitruvia y la visita a su madre, se sentía más sola que nunca, y no deseaba perderle también a él. Se sabía capaz de interpretar ese papel, convertirse en la clase de mujer que él esperaba que fuera. Solo suponía una nueva máscara, pero esta vez el precio que pagar era demasiado alto.

—He de irme —dijo con determinación.

—No, espera. —Marco aferró su brazo para impedirlo.

—¡Suéltame!

Intimidado ante la hostilidad de su voz, obedeció. Se sentía furiosa con él por haberle hecho considerar aquella idea, aunque solo fuera por un instante. Tenía que alejarse. Se había roto algo intangible y nada de lo que dijera podría arreglarlo.

Apresuró el paso para cruzar la calle.

De niña, las historias del teatro le decían que un día encontraría a un hombre que vendría a rescatarla. Más tarde, hubo un tiempo en el que se atrevió a soñar con un hogar y un velo anaranjado; ilusiones nacidas en habitaciones de madrugada en compañía de desconocidos. Pero los años fueron pasando hasta que se dio cuenta de que, si no buscaba ella misma una salida, nadie lo haría en su lugar. Ahora él la despreciaba por su modo de lograrlo.

En el otro extremo de la calle, se topó con un palanquín de ébano. Cuando las cortinas se apartaron, en su interior vio el rostro del joven que, poco antes, le había presentado su madre.

—¡Cintia, qué sorpresa! —exclamó sonriendo—. ¿Dónde has dejado tu litera? No deberías deambular sola por este barrio. Si quieres, puedo llevarte...

La actriz echó la vista atrás. A treinta pasos, Marco aún la observaba; por puro despecho, decidió subirse a la litera.

—He de ir a los jardines de Mecenas —dijo a los porteadores.

Corrió las cortinas y el palenque se puso en marcha. Devolvió al joven una sonrisa mientras trataba de disimular su desagrado. Sentía su presencia a su lado, casi notaba su aliento en la mejilla.

—Tu madre me ha hablado muy bien de ti —apuntó el muchacho.

Cintia notó cómo su mirada reptaba por su cuerpo, pero tuvo que fingir que no se daba cuenta.

—Espero no ser una molestia —respondió—. ¿De dónde vienes?

—He estado en el mercado. —Sonrió con entusiasmo—. Fíjate en lo que he encontrado...

Desenvolvió un paquete para enseñarle una pintura. La tabla mostraba los rasgos

de una famosa actriz de mimo; el artista había sabido reflejar fielmente sus rasgos, pero era una imagen adulterada. Se trataba de uno de tantos retratos hechos por y para hombres, en los que la modelo se convertía en un fruto imaginado, al que la fantasía masculina otorga forma. Al admirar el retrato, no se sentía como una mujer mirando a otra; era como ver a una mujer siendo observada por un hombre.

—Citeris... —dijo, para ocultar su falta de entusiasmo.

—¿La conociste?

—En una ocasión vi una de sus obras.

—Debías de ser una niña.

—Me gustaba ir al teatro, aunque... tenía que sentarme en la parte alta de las gradas. —Se sintió incómoda al referirse a su antigua condición de esclava—. Apenas veía nada, solo podía intuir unas figuras moviéndose sobre el escenario. Entonces cerraba los ojos y me dejaba llevar por la música.

Por un momento, se sintió invadida por la nostalgia. Entonces la litera se detuvo. El joven apartó las cortinas y Cintia descubrió que se encontraban ante una lujosa vivienda del Vicus Longus, tan anodina como su propietario.

—Ven, te voy a enseñar algo —dijo el joven—. Luego te llevaré a casa.

—No te molestes...

—No es ninguna molestia —insistió—. Acompáñame, te va a encantar.

La tomó del brazo y, una vez más, tuvo que ceder. Atravesaron el vestíbulo para llegar a un amplio atrio y la condujo hacia una estancia.

—¿Qué haces? —preguntó Cintia, cuando atravesaron el umbral.

—Cierro la puerta —le respondió—. No quiero que mi madre nos vea.

Bajo la luz de las lámparas de aceite, descubrió que las paredes estaban cubiertas de rostros. Algunos sonreían y otros esbozaban una expresión atormentada: doncellas, efebos, sátiros y ancianos. Había más de cuarenta tipos de máscaras para los diferentes personajes del teatro, con rasgos correctos o facciones desfiguradas. La mayor parte de ellas eran de mujer, y el modo de ser expuestas revelaba el carácter meticuloso y paciente del coleccionista. Por lo demás, la estancia estaba vacía, solo una mesa y un diván robaban espacio al santuario.

—Mi padre me compró todo esto. —El joven esperaba que esa declaración despertara en ella alguna reacción. Decepcionado, descolgó una de las caretas para entregársela—. Todos nos ponemos una careta —prosiguió—. Pero una mujer con un rostro como el tuyo no debería hacerlo.

Cintia se sentía cada vez más incómoda.

—He de irme —dijo.

El joven se interpuso en su camino cuando se dirigió hacia la puerta.

—¿Qué has venido a buscar?

—Nada —respondió.

Él no dejaba de mirarla a los ojos. El silencio se volvió aún más embarazoso.

—¿Estás segura?

—¿Qué podría querer?

—Dinero. —El joven depositó una pequeña bolsa sobre una mesita y sonrió.

Cintia era consciente de su condición, la había elegido por voluntad propia. Le dio más asco imaginar el modo en que podía tratar al resto de las mujeres, antes de la mezquindad de aquel gesto.

—Haz el favor de dejarme pasar.

—Claro, luego nos iremos —dijo, y la empujó contra la pared.

Cintia trató de gritar, pero él le tapó la boca con la mano mientras deslizaba la otra por el hombro para desabotonarle el vestido.

—Suéltame, por favor —murmuró, tratando de serenarse.

—Solo quiero que me enseñes algo. Concédeme ese capricho y luego podrás marcharte.

Asustada, la actriz apoyó las manos sobre su pecho y forcejeó. Arrinconada contra el muro, fue incapaz de liberarse.

—¿No quieres enseñármelas, después de haberlo hecho en público? —masculló el joven en su oído.

Cuando vio que su resistencia cedía, comenzó a desabrocharle la parte superior de la túnica. Actuaba sin prisas, mirándola a los ojos, a la espera de un ruego. La actriz supo que había percibido su desagrado hacia él y que eso le había herido en su orgullo. Verse rechazado por una mujer que se exhibía desnuda en escena: no existía mayor humillación.

—Sí, eres muy guapa —añadió con dulzura—. Tú lo sabes y lo utilizas para obtener lo que deseas. ¿No te das cuenta de que eso te está robando la oportunidad de encontrar a tu alma gemela?

Asustada, Cintia se dejó desnudar. Había decidido que así todo terminaría antes. Sintió que el rubor caldeaba sus mejillas, contrastando con el frío sobre su piel. El joven soltó el último botón, e hizo descender la parte superior del vestido hasta su cintura.

—Eres preciosa...

Se hallaba expuesta ante él, con el vello erizado y los pechos trémulos por su agitada respiración.

—¿Ya has visto suficiente? —Intentó zafarse, pero de nuevo sus manos se lo impidieron.

Hubo un forcejeo lleno de rabia. Él la sujetó por las muñecas para tumbarla sobre el diván. Cintia sintió el peso de su cuerpo sobre ella, aplastándola, y la invasión de su lengua en la boca. Apartó el rostro, para no besarle, y él la mordió en el hombro. Su voz se convirtió en un gruñido en su oído:

—Sabes lo que va a pasar. No tienes forma de evitarlo, pero puedes elegir cómo lo vas a afrontar.

A punto de llorar, se negó a que esa emoción la venciera. La suya era una profesión infame: podía hacerla pasar por aquello sin que se considerase un delito.

El joven se alzó ante ella para despojarse de la túnica, dejando un torso carente de vello al descubierto. Sus manos se afanaron para subirle el vestido hasta la cintura y separar sus piernas. Por un momento, el tiempo se detuvo. Notó cómo hurgaba en su intimidad, cómo forzaba sus muslos para abrirse paso en su cuerpo. Gritó al recibir la brutal acometida, y el dolor crispó su rostro hasta convertirlo en una máscara de desesperación. Sintió una intensa quemazón, un escozor lacerante como una cuchillada. Pronunció un estrangulado chillido de impotencia y una mano amordazó su boca. Se retorció bajo él; su peso le impedía respirar.

Con la mirada perdida en el techo, su cuerpo era zarandeado por los fuertes envites. Unas ávidas manos recorrían hambrientas su cuerpo mientras escuchaba sus jadeos. Sabía que tarde o temprano ese momento llegaría, había sido ingenua al pensar de otro modo. Aquel era otro peaje en su huida de la miseria. No había podido escapar de la maldición de Pandora.

El joven esbozó una grotesca mueca y se vio sometido a violentos espasmos. Una oleada de terror la asaltó y trató de empujarlo. Él sujetó su melena con una mano y tiró de ella para inmovilizarla sobre el diván. Se dejó caer sobre su cuerpo mientras gemía y balbuceaba su nombre. Cuando al fin se detuvo, Cintia solo oyó su respiración entrecortada. Se preguntó cómo había permitido que aquello sucediera y, esta vez, no pudo contener las lágrimas.

El chico se incorporó sobre el codo para mirarla a los ojos.

—¿Más relajada? —susurró mientras le acariciaba el cabello.

Sintió el cálido aliento en su mejilla y el fuerte olor de su perfume cuando la besó en la frente. Piel contra piel, empapada en su sudor, Cintia asintió. Resultaba más fácil dejar que usaran su cuerpo a ceder a aquella obsesión de crear una intimidad forzada.

Entonces oyó unos pasos a su derecha. Trató de atisbar por encima de su hombro, pero el joven se lo impidió. Oyó murmullos y el tintineo de una hebilla. El acolchado del diván cedió cuando alguien se arrodilló junto a ella. El cuerpo que tenía encima se retiró y otro ocupó su lugar. Trató de apartarse, pero se vio aplastada por un torso rechoncho y cubierto de vello. Sin dejar de mirarla a los ojos, el rollizo individuo la sujetó por los brazos. Por un momento sus ojos la examinaron con una ansiedad enfermiza; una expresión de incredulidad y excitación desfiguraba su rostro. Comprendió que para él era una fantasía hecha realidad: la famosa e inalcanzable actriz estaba desnuda ante él.

—Así que tú eres la reina Ónfale... —dijo sonriendo—. Puedes chillar todo lo

que quieras: aquí nadie te oirá.

Entonces supo que aquel hombre quería hacer que gritara.

El actor, con el rostro cubierto por una máscara, bailaba a trompicones, con unos pasos anárquicos que apenas seguían la melodía de la tibia. Era la primera vez que se escenificaba una obra de pantomima en Roma, una comedia en la que un solo histrión encarnaba varios personajes y, al parecer, interpretaba al «Hércules Loco». Un sector de los asistentes comenzó a burlarse de él y a abuchearle.

—¡Inútil! —dijo alguien—. ¡Yo soy capaz de llevar mejor el ritmo!

Las carcajadas resonaron desde las últimas gradas del teatro. El actor se detuvo, se despojó de la máscara y se encaró con el público. Su rostro, congestionado por la furia, irradiaba un infinito desprecio.

—¡Idiotas! —gritó—. ¡Estoy representando el papel de un loco!

Era habitual que, si un actor no hacía bien su labor, el respetable le silbase e incluso arrojara basura al escenario. La plebe, acomodada en la parte alta del auditorio, no siempre tenía la cultura necesaria para apreciar el teatro griego. Prefería los combates entre gladiadores, las carreras de carros y el mimo, el único género teatral en el que aparecían mujeres que se desnudaban al finalizar la obra. Recién llegado de Cilicia y dotado de un fuerte carácter, Pílates, junto a su rival Batilo, eran los responsables de haber traído la pantomima a la capital.

—En una ocasión —murmuró Mesala Corvino desde la segunda fila de asientos—, Augusto acusó a Pílates de ensordecer a la audiencia con sus gritos. El actor respondió que le convenía que el pueblo solo le prestara atención a él.

La mirada de Vitruvia deambuló inquieta por las gradas.

—No deberías decir ese tipo de cosas —le advirtió.

—La política consiste en escenificar una farsa —respondió el senador—. Aparentar que no existe un problema y, al mismo tiempo, actuar contra él; fingir que alguien es tu amigo, cuando en realidad no lo es. Muchos son incapaces de mantener ese cinismo, o acaban creyéndose sus propias mentiras. Ni Augusto ni yo tenemos ese problema.

Mesala Corvino había sido proscrito poco después del asesinato de César. Tras la batalla de Filipos, solicitó el perdón e ingresó en el partido augústeo. Su hermana Valeria estaba casada con un primo del *princeps* y, a pesar de todo, seguía siendo un republicano convencido. La naturaleza de su relación con Augusto solo ellos dos la conocían.

—Ha sido una suerte que tú y tu esposo hayáis regresado a Roma para asistir a los Juegos Apolinales —dijo Sulpicia—. De lo contrario, te habrías perdido esta obra.

Vitruvia sonrió por cortesía. Tito Fabricio no pudo poner ninguna objeción a que acompañara a Sulpicia al teatro junto con su amiga Atilia, sin que supusiera un insulto hacia su tío, un antiguo cónsul de moral intachable. Si demostraba en público

que dudaba de la fidelidad de su esposa, solo estaría alimentando los rumores. Sin duda, Sulpicia lo sabía y jugaba con ello.

Abandonaron el teatro de madera erigido de forma temporal en el foro Boario, junto al santuario de Hércules, más allá del cual fluía el Tíber. De camino hacia el Aventino, se toparon con un tumulto ante el templo de Ceres. La multitud que abarrotaba la plazuela increpaba a una pareja de libertos griegos. Estos, tras abandonar su comercio de perfumes, subían por las escaleras del podio para refugiarse en el interior del edificio, donde se hallaban las oficinas de los ediles y tribunos de la plebe. Los agresores se detuvieron ante la puerta, quizás al recordar que aquel santuario era inviolable.

La escolta de Mesala Corvino formó una barrera para proteger a su patrón y a las tres mujeres. Vitruvia sintió el brazo del senador sobre sus hombros y vio cómo introducía una mano bajo la toga: hacía días que el senador siempre salía de casa armado.

Sulpicia observaba al escuálido individuo que instigaba a la turba desde el pedestal de una estatua. Su rostro mezquino parecía congestionado por la furia.

—¡Si no hay trigo para todos, es por culpa suya! —gritó—. ¿Por qué debemos compartir nuestro pan con unos extranjeros? Tipos que, hasta hace poco, solo eran esclavos...

La masa rugió: era lo que deseaban oír. Al fin podían descargar su frustración contra alguien. Desde hacía años, Roma se veía invadida por toda clase de granujas que se hacían pasar por adivinos, que predecían diversos desastres para luego ofrecer un remedio. Supuestas brujas tesalias, astrólogos griegos y magos caldeos o babilonios utilizaban la superstición del vulgo en su provecho. El Senado tuvo que tomar medidas para expulsar de la urbe a aquel ejército de charlatanes, detentadores de toda clase de extravagantes secretos inmemoriales. Sin embargo, el poder que ejercían sobre el populacho era enorme.

Ante la carestía, aquel populista solo les decía lo que ya sabían, que los libertos griegos eran los culpables de todo. Apalea a un puñado de comerciantes no ayudaría a alimentar a sus familias, pero, por un momento, les hacía pensar que estaban haciendo algo.

Un destacamento de cohortes urbanas, armados con porras, se abrió paso entre el gentío para bajar al orador de su improvisado estrado.

—¡Así trata Augusto al pueblo! —aullaba—. ¡Ved cómo el tirano favorece a los extranjeros!

Una vez dejado atrás el tumulto, Vitruvia suspiró aliviada. La flota Alejandrina acababa de llegar a Puteoli y, a pesar del júbilo inicial, los rumores de que sus bodegas estaban medio vacías habían circulado de boca en boca. Los libelos que se leían en voz alta lo corroboraron y el pueblo se indignó porque trataban de engañarle.

La artimaña de Tiberio para que no cundiera el pánico no había tenido éxito, y ahora la plebe desahogaba su impotencia con los extranjeros.

Desde hacía dos siglos, no habían dejado de llegar inmigrantes a la capital. Primero los campesinos itálicos arruinados, que se habían visto obligados a vender sus granjas a los terratenientes. Más tarde vinieron los refugiados de las innumerables guerras que habían asolado Italia, desde la expedición de Aníbal hasta los conflictos civiles. Esa masa de indigentes se mezcló con la plebe romana censada en rediles, cuyas cabezas se contaban como si fueran reses en el mercado. La Lex Licinia Mucia expulsó a millares de inmigrantes de origen itálico, y décadas después miles de falsos ciudadanos romanos fueron deportados gracias a la Lex Papia. Sin embargo, las inspecciones de los pretores eran incapaces de descubrir a todos los residentes ilegales, y los repartos de pan a costa del Estado no dejaban de atraer a más y más expatriados. Julio César tuvo que elaborar un censo para descubrir a los impostores y limitó el número de beneficiarios: de los trescientos mil plebeyos que formaban la *plebs frumentaria*, despojó de sus derechos a la mitad.

Para entonces, las continuas conquistas habían traído a Roma millares de esclavos de origen oriental, que, una vez emancipados, adquirían la ciudadanía romana. De este modo, la urbe se fue poblando de libertos de origen griego, cuya sólida educación les permitía desempeñar con éxito toda clase de profesiones liberales. Esto supuso la ruina de los rudos artesanos y comerciantes locales. Los sofisticados helenos, amantes de los libros y de la buena conversación, eran vistos con desprecio por el populacho romano, y Augusto tuvo que restringir por ley el número de manumisiones para poder mantener los subsidios. La urbe estaba atestada de una plebe sin empleo, ociosa y desarraigada. La sequía estaba haciendo que aquel desprecio se transformara en odio, y los disturbios como aquel se habían generalizado.

—Aunque necesarias, las entregas de trigo han hecho que el pueblo crea que todos sus problemas debe solucionarlos el Gobierno —dijo Mesala Corvino—. Acostumbrado al pan sin sudor, el pueblo es incapaz de valorarlo, como sucede con la seguridad que le otorgan las legiones. Los consideran un fruto de la naturaleza, no un logro de la civilización. Antes, la plebe reclamaba tierras para poder trabajar. Ahora, exige que Augusto la alimente.

Como militar, Mesala Corvino había conocido el mundo que existía más allá de las fronteras de la República: un universo violento, en el que no se podía esperar la ayuda de un Estado, que, en ocasiones, ni siquiera existía.

—Ahora que se han dado cuenta de que el grano egipcio no es ilimitado, recurren a la violencia para defender sus privilegios de clase —concluyó—. Cada plebeyo se ha convertido en un pequeño optimate. Deseos sin límite e ingratitud hacia quien los satisface: los rasgos propios de un niño mimado. Vitruvia trató de descartar esa idea:

—El grano que exigen es un bien público.

—Ese trigo se lo arrebatamos cada año a Egipto, África y Sicilia. Lo que la plebe desea es que otros trabajen en su lugar —razonó el senador—. El vulgo es incapaz de construir ideas políticas; solo sabe seguir a un individuo, y el éxito de su discurso reside en la simplicidad del mensaje. La plebe detesta todo lo que no es ella misma y, cuando actúa, lo hace de la única forma que conoce: destruye y lincha.

Mesala Corvino echó un vistazo hacia atrás antes de reanudar la marcha.

—Recuerda todo esto cuando te reúnas de nuevo con Fanio Cepión —añadió—. Debes aprender a olvidar. Si sigues por ese camino, no podré protegerte.

Sulpicia dirigió una explícita mirada a Vitruvia, y ella sintió que el estómago se le encogía. Fanio Cepión y Varrón Murena sin duda estaban buscando apoyos entre los sectores republicanos de la clase senatorial; aunque ninguno supiera en qué consistía la conspiración, buena parte de la Curia ya estaba al corriente de que tramaban algo.

Y, sin duda, también Augusto. Al igual que Mecenas y Agripa.

—«Es difícil escribir contra quien puede proscribir». —Sulpicia había citado a Asinio Polión, otro senador que dirigía un cenáculo literario.

Vitruvia cada vez tenía más claro cómo desarrollar su adaptación de *Oidipous tyrannos*. Una vez establecida la identificación entre Augusto y Edipo, la obra cobraba sentido ante sus ojos cada vez que la releía. Como si los hechos que estaban sucediendo en Roma se ajustaran a un patrón establecido por Sófocles cuatro siglos atrás. En la tragedia, una terrible plaga asolaba Tebas y sus campos; los pastos se secaban y las cosechas se echaban a perder. La peste diezmaba a sus habitantes y todo era por culpa de un crimen que había quedado impune. Y quien había cometido ese pecado que les había traído la desgracia era Edipo, su gobernante.

De momento, ese año había venido acompañado de aquella terrible sequía que hacía que el grano escaseara. Sin embargo, una extraña aprensión atenazaba a la editora; en un recóndito lugar de su mente, tenía la certeza de que pronto una peste asolaría Roma.

—¿Por qué no hablamos sobre algo de lo que todos podamos opinar? —preguntó Atilia.

Al igual que la editora, Sulpicia era una *matrona docta*, aunque, en la alta sociedad, la educación solo fuera un mero adorno femenino, como el tejer, la horticultura o el tocar la lira. Además de bella y poseer buenos modales, a una dama solo se le exigía que no metiese la pata en las reuniones sociales, y pocas veces podía hacerlo más que al demostrar que sabía más que un hombre. Años atrás, Atilia les había confesado que dejó de leer porque le hacía ver su vida como algo deprimente. Ahora, con dos hijos y un séquito de criadas a su servicio, se sentía completa. En el fondo, reflexionó Vitruvia, la cultura solo sirve para ser, no para tener.

—Por cierto, ¿qué hay de Cintia? —dijo Atilia, animada al poder hablar de

cotilleos—. Dicen que la han visto con Apio Valerio, el promotor cultural de Agripa. Es posible que le haya ofrecido que trabaje para él.

—Eso no sucederá —aseguró Vitruvia.

—Sabes que ella jamás te perdonaría que la apartases del escenario —dijo Sulpicia.

—Hablé con Octavia —intervino la editora—. He tratado de que Cintia sea admitida en los Parásitos de Apolo. Mi esposo deberá buscarse un nuevo modo de ganarse el favor de Mecenas.

—¿Cómo crees que se lo tomará?

—Lo ignoro —respondió—. Estoy buscando un modo de decírselo.

Los Parásitos de Apolo era un colegio de actores de mimo, ajenos a las cofradías de Dionisio, que actuaban en la corte y en festivales. Tal vez ella no estuviera de acuerdo, pero debía asumir ese riesgo.

Cuando Cintia atravesó el vestíbulo, una sensación de irrealidad se había adueñado de ella. Sintió que había dejado atrás lo ocurrido. Se resistía a revivir la impotencia, el asco y la vergüenza; esa amalgama de imágenes y emociones que la asaltaba para desaparecer al cabo de un instante. Ahora lo recordaba como si se tratase del pasado de otra mujer. En su fuero interno, sabía que solo era una ilusoria barrera que aislaba su ansiedad del pánico, pero ser consciente de ello no cambiaba nada.

El portero había informado de su llegada al dueño de la casa. Tito Fabricio apareció en el atrio con un manojo de cartas en la mano.

—Vitruvia ha ido al teatro —dijo al verla, mientras entregaba los documentos a su ayudante.

La actriz esbozó un gesto ausente.

—Disculpa, no sabía adónde ir.

El comerciante de arte hizo un gesto para que los criados los dejaran a solas.

—¿Qué te ha pasado?

—No quería que Marcelo me viera así.

Se sentía ofuscada, incapaz de pensar con claridad. Se dio cuenta de que tenía el cabello revuelto y trató de recogerlo.

—Puedes darte un baño —dijo Fabricio, señalando una de las habitaciones—. Haré que te traigan ropa.

—Te lo agradezco.

Entró en el dormitorio y una doncella le trajo una túnica y una jofaina con agua para asearse. Se preguntó cómo había llegado tan pronto y supuso que habría estado escuchando tras la puerta. Se desnudó y sumergió la esponja para limpiarse un mordisco en el pecho izquierdo. Escocía. Aún sentía el tacto de aquellas manos, como si las llevara pegadas a la piel. La criada aún seguía en pie a su lado.

—Ya puedes marcharte.

—Señora...

—¡Dejadme sola!

Obedeció y cerró la puerta al salir. Cintia se sentó en el borde del lecho y lavó su intimidad; el agua quemaba las llagas de su piel, pero no logró despojarla de la sensación de suciedad que la embargaba. Se vistió despacio, tratando de dominar el temblor de las manos. Entonces descubrió a Fabricio a su lado y quiso cubrirse.

—No te asustes, solo quiero ayudarte —le apartó un mechón de su rostro que dejó al descubierto un golpe en la sien.

Cintia no deseaba que nadie la viera así y las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos sin que pudiera evitarlo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Fabricio—. Tu escolta me ha dicho que te separaste de ellos en el templo de Venus...

La actriz se encogió de hombros, aturdida, dando a entender que no sabía qué había pasado.

—Todas esas marcas en tu cuerpo... ¿Te forzaron?

Ella rehuyó su mirada, Fabricio le pasó el brazo por encima del hombro y esta vez no pudo contener el llanto.

—Has hecho bien en venir, aquí estás a salvo —le susurró al oído—. No deberías haberte separado de tu escolta; una mujer como tú no puede estar sola. Pero no debes culparte..., siempre me tendrás a tu lado. Ahora debes regresar junto a Marcelo y hacer todo lo que te diga.

Fabricio la aferró entre sus brazos hasta que cesó el llanto. Mientras tanto, le acariciaba el pelo y le decía que la quería como a una hija.

—Ya pasó todo, niña.

Cintia sintió la húmeda presencia de sus labios en la frente.

Al girarse, descubrió a Vitruvia de pie junto a la puerta. Se separaron y el comerciante de arte se despidió de Cintia con una caricia en la mejilla, mientras ella se abotonaba el vestido sobre el hombro desnudo. Fabricio pasó de largo ante su esposa. «Nunca olvides que todo lo que hay en esta casa me pertenece», le dijo con la mirada.

Una vez abandonó la estancia, Vitruvia cerró la puerta.

—¿No vas a decirme nada?

Cintia pudo ver el desprecio reflejado en el rostro de Vitruvia y se dirigió hacia el diván, dándole la espalda para doblar su vestido.

—¿Qué crees que hemos estado haciendo? —preguntó, indolente—. Tal vez temas que arruine vuestro idílico matrimonio. ¿Te asusta la idea de que también me acueste con él? —Hizo una pausa, atenta a su reacción, antes de añadir—: Sé que Marco está vivo.

En otras circunstancias, Vitruvia tal vez habría fingido indiferencia, pero las palabras de su antigua doncella habían derruido sus defensas.

—¿Dónde? —preguntó.

—En el templo de Venus Erycina —respondió la actriz, recogiendo el cabello—. Vi el *stigma* en su antebrazo y me dio a entender que os habíais encontrado. Más tarde quiso que nos viéramos a solas.

Aquella verdad a medias había logrado su objetivo; Vitruvia comprendió que todos esos detalles no podrían ser inventados.

—¿Y qué...?

—¿De verdad quieres saberlo?

Una sombra de comprensión recorrió el rostro de la editora cuando su mirada se detuvo en las marcas del cuello de la joven. Sabía que Marco podía tomar lo que quisiera de ella sin tener que dar nada a cambio.

—¿No ibas a decirme que no estaba muerto? —Cintia decidió pasar a la ofensiva.

—Consideraré que no sería prudente... Él... corre un grave peligro.

«No sabes hasta qué punto», pensó la actriz, que terminó de abrocharse el vestido y abandonó la habitación. Vitruvia se quedó sola con sus pensamientos.

XV

La procesión fúnebre acompañó a la parihuela con el difunto hasta la necrópolis que se extendía más allá de la puerta Querquetulana. No pudieron exponer el cuerpo de Velox en el atrio durante tres días, tal y como dictaba la costumbre. Cuando lo hallaron, el cadáver apeataba. A pesar de que los esclavos domésticos lo habían lavado con perfumes y ungido con óleos, no lograron mitigar el hedor que desprendía. Por ese motivo, el velatorio se limitó a colgar el habitual ramo de ciprés en la puerta y a apagar el fuego del hogar en señal de duelo.

El cortejo iba precedido por los músicos que tañían la marcha fúnebre y por un histrión que imitaba los groseros ademanes del gladiador. No había imágenes de antepasados, y las plañideras procedían de un prostíbulo del Velabro; sus cabellos, sueltos en señal de duelo, adquirirían un aspecto lúbrico. Los camaradas del difunto se habían rascado la bolsa para alquilarlas y muchos esperaban un servicio completo una vez finalizado el entierro. Velox rara vez abonaba las cuotas del colegio funerario. Así pues, también tuvieron que sufragar aquel ritual que evitaría que su alma vagara eternamente como un espíritu atormentado.

Llegaron al lugar de la sepultura; era de noche, pues la muerte resultaba contaminante. El sonido de la flauta presidía la ceremonia, oficiada bajo la luz de las antorchas. Depositaron el cuerpo sin vida sobre la pira funeraria. Hermes le abrió los ojos para que pudiera contemplar por última vez la luz de la luna y dejó un as sobre su vientre, destinado a Caronte, el barquero que transportaría su alma a través del Estigia. Añadieron un par de túnicas, una espada y su bolsa de cuero llena de *stigmae*, para arrojar tres puñados de tierra sobre él. Una vez colocados los objetos que el difunto emplearía en la otra vida, los gladiadores le llamaron varias veces por su nombre:

—¡Velox! ¡Velox!

El lanista tomó una antorcha y prendió fuego a la pira.

—Velox, siempre fuiste un compañero leal —dijo—. Que en el Hades tu alma alcance al fin la paz. Invoco a los vientos para que tu cuerpo arda con fuerza.

A falta de familiares, los compañeros de escuela lanzaron jacintos y nardos a las llamas, que comenzaban a engullir el cadáver. Pulcher arrojó una figura de bronce de alguna divinidad protectora; Mucro, una lucerna que le iluminaría durante el oscuro camino hacia el Hades. Marco se desprendió de un ungüentario con aceites.

—Que la tierra te sea leve —dijo.

Uno tras otro, los gladiadores repitieron aquella frase, antes de alejarse.

Los esclavos vertieron agua y vino en la pira; más tarde recogerían las cenizas en la urna, para guardarla en uno de los nichos.

Cuando le ofrecieron la jofaina, Marco se lavó la cara con agua perfumada y

contempló la enorme hoguera. El calor le abrasó el rostro, pero no sentía ni un ápice de remordimiento; quiso creer que se debía al ritual de purificación que acababa de realizar. Al día siguiente se celebró el banquete para honrar la memoria de su compañero.

El atrio de la mansión de Varrón Murena se había convertido en un gigantesco triclinio iluminado por teas y candiles. Los lechos formaban un arco en el patio cubierto y no faltaba de nada en las mesas. Sin embargo, a pesar de la alegre música que intentaba levantar el ánimo, la tensión entre los miembros de la escuela era palpable. Marco conocía bien esa clase de estipendios: era la generosidad de un general antes de enviar a sus hombres al combate.

—¿Qué te preocupa, Marco? —Al parecer, Mucro no había pasado por alto su inquietud.

Trató de utilizar la situación en su provecho:

—Primero la emboscada ante la puerta Esquilina y ahora esto.

—Varrón Murena trama algo con Fanio Cepión —añadió Mucro, bajando la voz—. Algo grande, que nos está poniendo a todos en peligro.

—Él ha pagado todo esto —dijo alguien, refiriéndose al banquete.

Garum y liquamen, salsas de pescado podrido que servían para enmascarar el sabor de la carne pasada. El precio de los alimentos en los mercados que se montaban cada nueve días comenzaba a resultar disparatado. Los granjeros de la campiña del Lacio no desaprovechaban la oportunidad de lucrarse.

—Marco, ¿dónde estuviste después de que regresarais de Ostia? —le preguntó Perseo, sombrío.

Había esperado que alguien formulara aquella pregunta y no le extrañó que fuese él.

—¿Te refieres a cuando Velox desapareció?

—Me han dicho que, días antes de morir, te acusó de ser un traidor.

—Entonces tal vez deberías tener cuidado con lo que dices.

El aludido aferró con fuerza su copa. Marco sabía que el resto de los gladiadores los observaban. La noticia de su futuro encuentro en la arena había corrido de boca en boca y, gracias a ello, era fácil interpretar aquellas desavenencias con la rivalidad previa a un combate. Tras su intervención en la emboscada nocturna y el haber desenmascarado al capataz, Marco se había ganado el aprecio incluso de los más veteranos. Como celebridad, Perseo era, por el contrario, el rival que batir. Su éxito con las mujeres y sus triunfos en la arena hacían que resultara difícil sentir simpatía hacia él.

Decidido a ignorarle, Marco prestó atención a Mucro. El suburano observaba embobado cómo Herennia se chupaba el garum de los dedos, introduciendo una yema tras otra en la boca. Saltaba a la vista que, en su imaginación, aquello no era salsa de

pescado, y tampoco se encontraban en una cena.

El hombretón dio un largo trago a la jarra para infundirse ánimos.

—Esta noche voy a intentarlo —dijo a Marco—. ¿Algún consejo?

—Trata de no ser tú.

Su camarada asintió con vehemencia; no había prestado atención a sus palabras. En ese momento, el mayordomo se presentó ante Marco.

—El amo desea que te reúnas con él.

La orden podía significar cualquier cosa, aunque la ausencia de guardias siempre era una buena señal. ¿Sospechaba también su patrón de él? Siguió al liberto hasta la segunda planta. Se dirigía hacia la biblioteca cuando descubrió que continuaba subiendo por las escaleras hacia el tercer piso, donde se hallaban los aposentos de Varrón Murena.

Entraron en una amplia exedra iluminada por candiles, con el sobrio mobiliario de un espartano. Sentado ante una mesa abarrotada de volúmenes, al senador le acompañaban Critias y Hermes. El lanista, de pie en una esquina, iba desarmado. El médico se dirigió a una alacena para escanciarse una nueva copa de vino. Desde que llegó a la escuela, Marco solo le había visto en dos estados, borracho o a punto de embriagarse; daba la impresión de que se encontraba más próximo a eso último.

Aquello no parecía un comité de ejecución. Así pues, exhaló el aire que había retenido. Al estudiar la expresión de su dueño, reconsideró la idea.

—Dicen que descubriste al capataz de Fanio Cepión husmeando en la bodega de una de las gabarras —aseguró Varrón Murena, tan directo como siempre.

—Así es —respondió.

—¿Qué opinión te merecía?

—Le odiaba. —Había decidido no mentir más de lo necesario, así que permitió que aquel sentimiento aflorara.

—Por eso lo seguiste —dijo Varrón Murena—. Buscabas una oportunidad de vengarte. ¿Es que sospechabas de él?

—Sí. —Marco pudo intuir la satisfacción de su patrón cuando creyó que le había obligado a admitirlo—. En la hacienda se rumoreaba que el capataz escatimaba la comida de los esclavos para luego venderla.

Hubo algo en la expresión de Varrón Murena que le dijo que había tocado una fibra sensible. No fue capaz de precisar cuál.

—En la casa de subastas de Puteoli, le vi hablando con el cuestor ostiense —señaló—, y durante el trayecto en barco parecía muy nervioso. Jamás perdía la calma.

No añadió nada más y supuso que, gracias a sus palabras, las sospechas del senador se confirmaban. Un esclavo ambicioso y sin escrúpulos resultaba fácil de corromper y, por tanto, era la elección idónea para un espía. Resultaría fácil tentarle con oro. Una vez que hubiera actuado en contra de su amo, sería más fácil

chantajearlo. Ante la amenaza de una delación, se mostraría dispuesto a todo. Marco creyó ver cómo aquellas ideas se deslizaban por la mente del senador: el mejor modo de convencer a alguien sobre algo es hacerle creer que la idea ha sido suya.

—¿Es posible saber cuándo mataron a Velox? —La pregunta de Varrón Murena iba dirigida a Critias. Este dejó de prestar atención a su copa; una maraña de arrugas se formó en su cara.

—En verano, el cadáver suele hincharse a partir del tercer día —respondió—. Entonces cambia de color y aparecen las larvas, unos diminutos gusanos albinos. Después del sexto día, comienza a rezumar líquidos y se le desprende la piel... Velox aún no había llegado a ese estado.

—Cuando lo descubrieron, el cadáver tenía entre tres y seis días.

—No es fácil de precisar, pues la putrefacción depende del calor —señaló el médico, sin comprometerse—. Si, por ejemplo, el cuerpo hubiera estado a la sombra...

Critias se encogió de hombros y dio un nuevo trago.

—Hallaron el cuerpo cinco días después de que partiera —dijo Hermes—. Eso significa que lo asesinaron el día que abandonó la casa o el siguiente.

—Un mercader lo encontró a veinte millas de Roma; una jornada de marcha por la vía Salaria —señaló Varrón Murena—. Es probable que lo mataran al día siguiente. ¿Algo más?

—Velox era diestro —señaló el médico, al sentirse aludido—. La herida estaba en el lado izquierdo del cuello. Una muerte rápida, típica de un gladiador que «recibe el hierro». Es posible que se la hiciera él mismo.

El senador asintió, ensimismado, y le hizo un gesto para que se retirara. Critias obedeció tras apurar el contenido de su copa. Entonces Varrón Murena se dirigió a los dos gladiadores.

—Velox tenía que entregar un mensaje a Marco Primo, el procónsul de Macedonia. Ayer Tiberio presentó una denuncia contra él, acusándolo de iniciar una guerra en Tracia sin autorización. Yo seré su defensor.

Cinco días antes, Marco había informado a Quinto de la reunión de su patrón con Herodes, mientras averiguaban que los conspiradores habían enviado un correo a Oriente. Tiberio había atado cabos y no perdió el tiempo.

—Si el otro mensaje también ha llegado a sus manos... —murmuró Hermes.

—En ese caso, Tiberio no hubiera acusado solo a Marco Primo —respondió Varrón Murena—. Cepión y yo estaríamos muertos.

—Entonces significa que Velox logró ocultar el mensaje antes de suicidarse...

—O que aún no han logrado descifrarlo —señaló Varrón Murena.

Marco trató de ocultar su nerviosismo. Significara lo que significara la enigmática sucesión de números que encontraron en la letrina, bastaba para delatar a los

conspiradores; sin embargo, se había negado a entregársela a Tiberio. Si tanto él como Varrón Murena averiguaban que la tenía en su poder, las consecuencias serían despiadadas. Por otro lado, seguía ignorando el motivo por el que se encontraba allí. El senador pareció percibir su desconcierto:

—Necesitaré una escolta en el juicio. Alguien de confianza, que sepa desenvolverse en ambientes más... mundanos. Quiero que tú seas uno de ellos.

No pudo más que asentir. Había ocupado el lugar de Velox como hombre de confianza de Hermes y eso le acercaba aún más a su objetivo, aunque también implicaba una situación más preeminente y, sobre todo, vulnerable.

Una discreta mirada a la mesa le dijo que aquella montaña de papiro estaba formada por antologías de leyes, actas judiciales y dictámenes de juristas: Varrón Murena se preparaba para la primera fase del juicio. Si el pretor aceptaba la demanda, tal y como era probable, el proceso sería encauzado hacia un tribunal permanente. Entonces el veredicto dependería de cinco jueces elegidos por sorteo de una lista de miembros de la clase senatorial y la ecuestre, que, con Augusto agonizando, eran libres de dar rienda suelta a sus simpatías republicanas.

Durante siglos, la aspiración de todo senador había sido convertirse en gobernador provincial para esquilmar una provincia a su antojo, o iniciar una guerra para enriquecerse gracias al botín y la venta de esclavos. Era difícil que un juez condenara a Marco Primo por hacer algo que, de estar en su lugar, él mismo habría hecho. Tiberio aún no había cumplido los diecinueve años, mientras que Varrón Murena era un veterano jurista. El defensor contaba con más tiempo en sus intervenciones y la presunción de inocencia jugaba a su favor; además, a igualdad de votos del jurado, el acusado sería absuelto.

Marco observó de nuevo al senador. A pesar de ser un hombre parco en palabras, su rostro irradiaba confianza.

En el atrio, la fiesta iba decayendo. Los criados cargaban con los borrachos hasta sus cubículos, y una pareja de adolescentes ebrias contribuía a que Perseo engrandeciera aún más su leyenda. Recostado sobre uno de los lechos, Mucro había hundido el rostro en el cuello de Herennia, que gemía aplastada bajo su corpachón mientras le alborotaba el cabello.

Marco se alegró de que le fueran bien las cosas. Para él, quedar en evidencia ante una mujer se había convertido en una especie de hábito.

Recordó su encuentro con Cintia. Durante años, había sido la doncella de su hermana adoptiva, una muchacha de ojos negros que siempre sonreía. Hasta que se dio cuenta de que solo lo hacía con él. El tiempo la había convertido en una mujer de una feminidad devastadora; le fue imposible no sentirse atraído por ella. Tras ver cómo Velox se abría el cuello ante él, deseaba compartir alguna intimidad con alguien. La actriz se dio cuenta del poder que ejercía sobre él y de nuevo le sonrió.

Marco solo quiso disfrutar mientras pudiera, hasta que descubriese que no era la clase hombre que imaginaba. No tardó demasiado. Gracias a su estupidez lo había echado todo a perder, y la sonrisa de Cintia se había esfumado para siempre. Fue como destruir un hermoso cuadro. Uno más que añadir a su larga lista de errores.

Mantener la distancia. Rehuir la proximidad, no estar seguro. Por hacerlo en la arena, le habían apodado con sorna Prudes. Eso le hizo recordar a Vitruvia, y sintió una nueva punzada en el pecho. Durante años se había esforzado por desterrarla de su memoria. No porque ella lo mereciera, sino porque él lo necesitaba. Finalmente lo logró, aunque cada día sentía ese mismo dolor cada vez que la olvidaba.

Decidió buscar algo en lo que mantener ocupada su mente. Entró en el cubículo y trancó la puerta por dentro. Colocó el taburete bajo la viga del techo y, una vez sobre él, palpó en una pequeña abertura oculta entre las tablas. Suspiró al descubrir que aún seguía allí: si alguien encontraba el mensaje, su vida valdría menos que nada. Depositó el bulto sobre la cama y abrió un pequeño hatillo para estudiar de nuevo las tabillas de cera.

Examinando aquel objeto, sondeó el abismo ante el que se encontraban. El gobierno del Imperio era sinónimo del control de las legiones asignadas a una serie de provincias. De entre ellas, Siria poseía una especial importancia y su gobernador era familiar de Varrón Murena. Su ejército mantenía a raya a los partos y aseguraba el control de los reinos títeres orientales, de entre los que destacaba el de Herodes el Grande. Por su parte, el ejército de Macedonia dominaba Grecia y la ruta desde Italia hacia Oriente. Una sublevación de los gobernadores de Siria y Macedonia haría que los conspiradores se hicieran con la parte más rica del imperio y amenazaría a Egipto, un reino que Augusto gobernaba como feudo personal. Su importancia en el suministro de grano a la capital era de tal magnitud que había prohibido que cualquier miembro del Senado lo visitara, y por ello sus gobernadores eran prefectos de clase ecuestre. El primero de ellos, Cayo Cornelio Galo, fue juzgado por alta traición cuando erigió estatuas con su imagen por todo el Nilo e hizo inscribir sus hazañas en las pirámides. Más tarde se suicidó.

Su sucesor, Elio Galo, dirigió una expedición militar hacia Arabia Felix, que, a causa de su aislamiento, jamás había sido dominada por ninguna potencia extranjera. Su importancia económica no era menor que la de Egipto. La principal ruta del comercio desde la India era a través del golfo Arábigo, y por ello se encontraba en poder de los árabes: seda, especias y perfumes, mirra e incienso, todo a cambio de oro y plata. Cien millones de sestercios abandonaban la República cada año a causa de aquel intercambio y, por ese motivo, Augusto ansiaba controlar las etapas del trayecto. Entregó a Elio Galo la Legión III Cirenaica y la XXII Deyotariana, además de tropas auxiliares de Judea y Nabatea. La campaña fue un fracaso y se sospechaba que Sílabo, el ministro del rey de Arabia Nabatea, que había sido su guía, pudo actuar

de mala fe. Algo probable, pues los nabateos mantenían buenas relaciones con los árabes meridionales y no estaban interesados en que aquella lucrativa ruta comercial dejara de atravesar su país.

Poco después, el prefecto de Egipto, Cayo Petronio, había tenido que defender el Alto Nilo de la invasión de la reina nubia Candace. El año anterior, su ejército llegó a las proximidades de Meroe, la capital de Nubia, y se hizo fuerte en Premnis. Meses atrás, la guarnición había sido atacada por los nubios y se ignoraba cuál había sido su suerte.

En el otro extremo del mundo, contra todo pronóstico, cántabros y astures seguían sin someterse. Dos años antes, Augusto había cerrado solemnemente las puertas del templo de Jano tras regresar del norte de Hispania, un golpe de efecto con el que anunciaba el advenimiento de la paz romana. Sin embargo, había exhibido la piel del oso antes de cazarlo, y eso no solo menoscababa su *auctoritas*: la guerra hacía que no se hubiera podido iniciar la explotación de las minas de oro del septentrión hispano, esencial para sanear el déficit público.

En ese momento, Augusto estaba gravemente enfermo, y Agripa y Marcelo se disputaban la sucesión. El abastecimiento de grano a la capital corría grave peligro, y lo único que hacía Marcelo era organizar juegos. Fanio Cepión y Varrón Murena tramaban una conspiración en Roma y, tal vez, planeaban una sublevación de las legiones de Siria y Macedonia. Si lograban el apoyo del rey Fraates de Partia, la situación se volvería crítica, pues los reyezuelos orientales no tardarían en seguirlos.

Una guerra en el este parecía inminente. Tiberio pretendía evitarlo mediante un juicio. Pero el joven hijo adoptivo del *princeps* no tendría nada que hacer ante la experiencia de un reputado orador y jurista como Varrón Murena. La absolución de Marco Primo supondría un duro revés para Augusto y daría alas a los conspiradores.

Necesitaban saber cuáles eran sus planes. Y todo dependía de que Marco lograra descifrar aquella enigmática sucesión de números:

III·III·I·V·I·III·II·III·III·V·III·V·III·III

En la Novena Legión, Marco había enviado informes topográficos cifrados y, por tanto, estaba familiarizado con la criptografía militar. El código más común era sencillo, aunque efectivo: consistía en sustituir una letra por otra que se encontrase más atrás en el alfabeto, en un número de posiciones establecido. César empleaba un salto de cuatro letras y, por tanto, la «D» era sustituida por una «A». Augusto había implantado una clave con un desplazamiento de solo una letra.

Sin embargo, lo que tenía ante sí era una sucesión de números: tres, cuatro, uno, cinco, uno, cuatro... Tal vez estaba ante un libro de cuentas... o ante una relación de fechas. Examinó el aspecto de aquellas dos tablillas atadas con tiras de cuero en el dorso. No encontró nada anómalo: madera de pino, con la cera teñida de rojo, sin

ninguna marca a la vista. Para enviar mensajes ocultos, en ocasiones se establecían convenciones para que el soporte de escritura fuera un mensaje en sí mismo: si, por ejemplo, se enviaban unas tablillas de cera roja, significaba «estoy en peligro». De ser así, jamás podría sacar nada en claro.

El desánimo comenzaba a apoderarse de él cuando recordó las palabras de Varrón Murena: si no habían llevado a Fanio Cepión y a él mismo ante la justicia, eso significaba que Velox había ocultado el correo antes de suicidarse, o que aún no habían logrado descifrarlo. Por tanto, «podía» ser descifrado.

Sin duda, Marco Primo había imaginado un regreso triunfal a Roma sobre un carro áureo tirado por caballos blancos. En su lugar, él y su comitiva, un puñado de lictores que apenas podían cargar con los fasces, tuvieron que desfilar por las calles atestadas del Velabro. A su paso solo encontró el habitual tumulto de putas, ropavejeros, mendigos, falsos sacerdotes y rateros que infestaban los márgenes del Tíber. Una pareja de ancianos, que rebuscaba entre la basura amontonada en la orilla, alzó la vista para verle pasar a caballo antes de regresar a su tarea.

Varrón Murena se reunió con él a la altura del puente Fabricio. Mientras escoltaba a su dueño, Marco descubrió que el procónsul de Macedonia era tal y como había imaginado, solo que al revés. Carecía del aspecto regio que caracterizaba a la clase senatorial, y su cabello pajizo, casi albino, resultaba inusual en un romano. Flaco y de nariz afilada, más bien parecía una cigüeña torpe y desgarrada, aunque sus ojillos desprendían la astuta mirada de los patricios del más rancio linaje.

—Ya he redactado la alegación —le dijo Varrón Murena—, aunque lo más probable es que el pretor la desestime.

—¿Vamos a solicitar un sobreseimiento? —La voz de Marco Primo sonaba ronca, como si gritase a diario.

—No conviene a nuestros planes —replicó el otro senador—. Hay que resolver todo esto cuanto antes.

Sin duda, el resto de los gobernadores provinciales estaría pendiente de la evolución del proceso, y sus decisiones dependerían del veredicto. A pesar de que Tiberio podía obtener un aplazamiento de hasta cuatro meses para recabar datos, él también deseaba un juicio rápido.

—¿Estás seguro? —dijo Marco Primo.

—Si el cónsul Calpurnio Pisón o alguno de los pretores más afines a Augusto no han recurrido a su *imperium* para emplear su poder coercitivo en tu contra es porque Tiberio no tiene pruebas suficientes.

—Si lo hicieran, aún tendría derecho a una *provocatio ad populum*. —Aquella frase sonaba a pregunta—. El juicio se trasladaría a los Comicios...

En el escuálido rostro de Marco Primo se dejó ver la preocupación de todo patricio ante la sola idea de que las asambleas populares le acabaran juzgando. Como

jurado, la plebe siempre se mostraba voluble y manifestaba su envidia y resentimiento hacia los nobles. Ni los más virtuosos se salvaban, ni siquiera en la democracia ateniense. Por condena popular, Milcíades, el héroe de Maratón, murió en la cárcel, y Temístocles, el salvador de Grecia en Salamina, fue desterrado.

Y, desde luego, Roma no era Atenas.

—Augusto ha trasladado esos juicios a juzgados permanentes —ironizó Varrón Murena—. Como representante del pueblo, actúa como juez en su lugar; por tanto, ahora se llama *provocatio ad caesarem*.

—Su precario estado de salud...

—Según mi hermana, aún sigue grave —aseguró para calmarlo—. Pero, aunque no lo estuviera, Augusto tiene que aparentar una imagen de justicia.

—Entonces, ¿qué crees que ocurrirá?

—El pretor aceptará la demanda y derivará la segunda fase de la instrucción a un tribunal permanente dirigido por el pretor urbano. Una vez allí, lograremos la absolución, para que puedas regresar a Macedonia y continuar con nuestros planes.

Atravesaron el puente Fabricio en dirección a la isla Tiberina. Desde aquella plataforma, el cauce del Tíber se asemejaba al meado de un asno. Durante la época estival, Roma era invadida por una sofocante canícula que hacía que todos los años la aristocracia se refugiase en sus mansiones de la bahía de Neápolis. Esta vez, el verano les trajo una marea de polvo arrastrada por un siroco asfixiante. El sol abrasaba en la frente, aunque fue al pasar ante el templo de Esculapio cuando Marco creyó haber descendido al Inframundo.

Se decía que las almas condenadas al Tártaro eran conducidas a través del Flegetonte, un río de fuego que lo rodeaba; una vez allí, Tisífone y las furias los atormentaban con antorchas y látigos candentes. Ese año, algún cruel y caprichoso dios había decidido que la plebe sufriera ese mismo tormento en las calles de Roma. Una muchedumbre de apestados hacía cola ante el templo de Esculapio, torturados por atroces dolores, para hacer ofrendas en busca de curación. Los mendigos se agolparon en torno a los senadores para mostrarles la putrefacción que les corroía pies y manos, implorando una limosna. Los gladiadores tuvieron que apartarlos a empujones para que los nobles entraran en la casa de Varrón Murena.

Mientras observaba cómo la turba asaltaba a otro transeúnte de aspecto adinerado, Marco se topó con Critias.

—Temen infectarse —dijo—. Creen que se trata de lepra.

—A los leprosos se les pudre la cara, y esta enfermedad solo afecta a manos y pies —respondió el médico, desdeñoso. Tomó el pequeño odre que colgaba de su cintura para dar un largo trago.

—Han pasado la noche en las escaleras del templo, entre las serpientes sagradas —le informó Marco. Tras aquel ritual, los enfermos describían sus sueños a los

sacerdotes de Esculapio, y así averiguaban el modo de sanarlos—. ¿Servirá de algo?

—En medicina, conoces la teoría cuando sabes por qué alguien enferma, aunque desconozcas la cura —dijo Critias—. Y dominas la práctica cuando conoces un remedio, aunque ignores cómo funciona. Para esos meapilas, la teoría y la práctica se confunden: sus pacientes mueren y no saben por qué.

Se dispuso a dar un nuevo sorbo de vino; Marco le arrebató el odre para arrojarlo al suelo.

—Míralos bien —espetó, encarándose al médico—. Esto no es ninguna broma.

Por primera vez, Critias se mostró serio.

—Los síntomas suelen ser alucinaciones, vómitos, convulsiones y gangrena en las extremidades. Comienzan como un frío intenso que pronto se convierte en una quemazón acompañada de cambios de color y, finalmente, llega la gangrena. Algunos logran sobrevivir, pero quedan mutilados. Existe otra variante: el enfermo padece fuertes dolores abdominales que concluyen en una muerte súbita.

—¿Habías visto esta enfermedad antes?

—Sí, en la Galia, pero... —El griego enmudeció—. No tiene sentido. Suele aparecer en años con una primavera húmeda y tras un invierno frío.

—¿Sabes qué la produce?

—Marco..., el ansia de saber forma parte del espíritu humano —respondió Critias, taciturno—. Es un deseo impuesto por el instinto de supervivencia. Sin embargo, en ocasiones pierde su sentido original, pues solo conduce a la muerte.

—¿Estás diciendo que hay cosas que resulta peligroso saber?

—Estoy diciendo que es inútil buscar un porqué, si con ello te juegas la vida y no puedes cambiar nada.

Critias recogió su odre del suelo y lo sacudió de polvo, antes de regresar a la mansión de Varrón Murena.

Marco descubrió que Hermes le aguardaba junto a la puerta y supo que había escuchado parte de su conversación. Atravesaron juntos el vestíbulo en dirección al patio, donde los gladiadores entrenaban con escudos de mimbre y espadas de madera, repartidos por parejas. Los golpes resonaban con un eco en las paredes del pórtico. Marco se despojó del manto, bajo el cual había ocultado su espada; el lanista la estudió con atención:

—Es un *gladius* militar.

Él asintió, temiendo verse obligado a inventar alguna historia sobre aquella arma consagrada a Némesis. Sin embargo, no hizo ninguna pregunta. Marco se despojó de la túnica y recogió una de las espadas de madera del cesto.

—¿Has luchado alguna vez con lanza? —le preguntó Hermes.

—No.

Como a la mayoría de los romanos, a Marco no le gustaban las lanzas. Era un

arma extranjera, propia del enemigo, barata y efectiva. Desde las largas *sarissas* de los ejércitos helenísticos a las rudimentarias *frameas* de los germanos, su mayor alcance les otorgaba una gran ventaja frente a alguien que empleara una espada.

Hermes se revistió con la panoplia de hoplómaco para encararse a él. Supo que iba a impartirle una clase.

—El escudo va sujeto al antebrazo mediante correas, y eso permite sostener la lanza con las dos manos —le dijo—. Perseo lo hace por el centro, como si fuera un bastón largo; así puede atacar con ambos extremos.

Entrenaron durante casi una hora.

Marco había mejorado respecto a la última vez que se enfrentó a él; sin embargo, pronto se vio superado y, con la lanza, ya no existía la excusa de que su adversario fuera zurdo. Desde joven, había creído que bastaba con rebasar la punta de un arma de asta para que esta resultara inútil. No era tan fácil. El vértice de hierro entraba y salía continuamente de tu alcance y, si se empleaba con ambas manos, adquiría una enorme fuerza. Bastaba un pequeño cambio en la posición de las manos para que, haciendo palanca, el extremo saliera disparado de un punto a otro a una velocidad endiablada. La lanza permitía media docena de diferentes agarres y, sostenida por el centro, era posible golpear con sus dos extremos.

La actitud de Hermes se fue volviendo más agresiva; sentía cómo su irritación aumentaba. Creyó que le estaba presentando más problemas de lo esperado, y eso le llenó de júbilo.

Descubrió su error cuando recibió una tremenda estocada en el frontal del casco.

Salió despedido hacia atrás y rodó por el suelo. El impacto estuvo a punto de romperle el cuello. Aturdido, trató de despojarse del yelmo y, cuando lo logró, descubrió que, a pesar del grosor del metal, estaba abollado en su parte anterior. Hermes sostenía la mitad de su bastón; el resto, hecho astillas, estaba desperdigado por el suelo.

—Sé lo que pasa por tu mente —le dijo—. Te he visto entrenar y luchar: para que el adiestramiento sea útil, debes verlo como un combate real. Cuanto más sudas aquí, menos sangrarás en la arena.

«No existen las armas; tú eres el arma». Recordó aquella frase que Hermes había pronunciado cuando él solo era un niño. En su fuero interno, Marco no se creía un combate con armas de madera. Para él, los entrenamientos solo eran un modo de ejercitar la técnica: a la hora de la verdad, consideraba más importantes la actitud y la sangre fría. En ese momento se sabía capaz de alcanzar un estado de furia reprimida, una tranquilidad contra natura en la que su mente, vacía de emociones, se concentraba en la lucha. El pugilato era la única disciplina de la palestra que consideraba «real»; aunque, años atrás, a causa de sus estudios en escultura, tuvo que abandonarla, por miedo a destrozarse las manos.

—¿Crees que con un *rudis* no es posible matar a un hombre? —Hermes recogió del suelo la espada de madera que había dejado caer y golpeó con ella un ánfora. Era enorme, con las paredes de dos dedos de grosor; estaba llena de agua: una pareja de esclavos apenas podía levantarla.

Su golpe la hizo pedazos.

El lanista le obligó a practicar con aquel bastón de punta acolchada, bajo la premisa de que, para enfrentarse con éxito a un arma, antes debía saber cómo usarla. Marco llegó a entrenar diez horas al día; sabía cuál era el motivo de aquel repentino interés por su formación. Perseo se había convertido en el héroe de moda, y Marcelo se dejaba ver a su lado. Aquella relación solo respondía a su interés por cultivar una imagen, pues, para cualquier aristócrata, el mejor modo de obtener popularidad era fingir que compartía los intereses de la plebe. A pesar de su esmerada reputación de «hombre del pueblo», César había sido muy criticado por leer su correspondencia durante el transcurso de los juegos. Poco después del juicio, Marco se enfrentaría a Perseo; si lograba derrotarle, la imagen del heredero de Augusto se resentiría.

Eso era algo que, por algún motivo, los conspiradores deseaban.

XVI

—Se acepta a trámite la acusación. Será de aplicación la Lex Iulia de Maiestate —dictaminó el pretor, en la abarrotada sala de la basílica Emilia—. La segunda fase del proceso tendrá lugar en las nonas de julio, en un tribunal permanente dirigido por el pretor urbano.

Marco observó al procónsul de Macedonia: siguiendo la costumbre, había acudido al juicio con el aspecto de un injuriado: sin afeitado y con el cabello revuelto, vestía una sobria indumentaria oscura. Su esposa, con la clásica estola de matrona y una palla que cubría su cabello con modestia, se había despojado de las joyas. Sus tres vástagos, de menos de diez años de edad, lucían las oportunas ojeras acentuadas con hollín y habían sido aleccionados para simular el llanto. En ocasiones, la acusación alargaba el proceso de forma innecesaria, solo para obligar al reo a mantener aquel deplorable aspecto. Esta vez, las dos partes buscaban un veredicto rápido.

A su lado, envuelto en una toga *praetexta* de senador, Varrón Murena parecía una de las esculturas marmóreas del foro que hubiese cobrado vida. Como defensor, había objetado que Tiberio desempeñaba el cargo de cuestor y que la ley prohibía que un magistrado en funciones actuase como acusador en un juicio. Su alegación fue desestimada y el dictamen había llegado apenas media hora después; el público que abarrotaba la sala se mostró decepcionado; era un heterogéneo auditorio formado por los aplaudidores a sueldo de ambas partes, los habituales curiosos y los aprendices de derecho.

Solo un par de años antes, quizá Tiberio se habría encontrado entre ellos. El joven aún no había accedido al Senado y, por tanto, lucía una sencilla toga sin ninguna orla o distintivo. A pesar de ser corpulento, el acné del rostro acentuaba su juventud. Junto a él, ataviado como correspondía a un équite, Quinto los escrutaba con hostilidad, fingiendo no conocer a Marco de un modo tan convincente que casi le vio como enemigo.

—Era de esperar —dijo Varrón Murena, nada más pisar el foro—: este magistrado es muy afín al *princeps*. Sin embargo, el pretor urbano tiene fama de ser ecuánime, y los cinco jueces que formarán el tribunal se elegirán por sorteo entre los inscritos en el *album iudicium*. Una lista de más de un millar de posibles candidatos, formada por senadores y équites de entre veinticinco a sesenta años que jamás hubieran sido condenados por un delito.

—El sorteo condicionará el veredicto —concluyó Marco Primo—. ¿Por qué tan poca convicción cuando trataste de recusar a Tiberio?

—Porque, a pesar de ser ilegal, nos conviene —respondió Varrón Murena—. El partido augústeo habría elegido a otro, y prefiero enfrentarme a un jovenzuelo

inexperto antes que a un jurista de prestigio.

El linaje de Tiberio había dado a la República veintiocho cónsules, cinco dictadores, seis triunfos y dos ovaciones, pero él apenas contaba con algo tan esencial como la *auctoritas*. La carrera política de un miembro de la clase senatorial transcurría por una serie de magistraturas, que se iniciaban con el vigintivirato y el tribunado militar. Para acceder al Senado, era preciso haber desempeñado la cuestura o la edilidad, y Augusto había fijado la edad de ingreso a esos cargos en veinticinco y veintisiete años. Marcelo y Tiberio accedieron a ambas magistraturas menores mucho antes de lo establecido, con apenas diecinueve, pero aún no podían sentarse en la Curia, y ese era un requisito indispensable para contar con *auctoritas*, un concepto aristocrático de base más ideológica que jurídica. El prestigio y la experiencia ganados durante años respaldaban sus opiniones, al igual que ocurría, en sus respectivos ámbitos, con filósofos y juristas.

El poder del *princeps* no se basaba en poderes constitucionales, como el *imperium* o la *potestas*: en el fondo, residía en algo tan difuso y al mismo tiempo esencial como era la *auctoritas*. Aunque por ese mismo motivo, para los miembros del jurado, Tiberio solo era un jovenzuelo de buena familia con ínfulas.

—Contamos con la simpatía del Senado —apuntó Marco Primo—. ¿Qué pasa con la plebe?

—Sin duda, Mecenas se encargará de organizar unos fastuosos Juegos Apolinales. El perro de Alcibíades servirá a nuestros intereses...

Familiar de Pericles y discípulo de Sócrates, Alcibíades fue el mayor despilfarrador de Atenas, al que nadie superaba en vicios ni en virtudes. Poseía un hermoso perro, famoso en la ciudad. Un día, para escándalo de todos, Alcibíades decidió cortarle el rabo. Cuando sus amigos le recriminaron su crueldad, él les respondió sonriendo: «Dejad que hablen de mi perro. Mientras lo hacen, no dirán nada sobre otros asuntos más importantes».

—¿Qué haremos hasta la segunda fase del juicio?

El gobernador de Macedonia se mostró más confiado.

—Debemos acudir a una reunión secreta.

Con ciento cincuenta mil espectadores vociferando en las gradas, el circo Máximo era el lugar idóneo para planear una conspiración. La pista, de casi cuatrocientos pasos de longitud y de unos cincuenta de ancho, estaba rodeada por un canal para proteger al público de las bestias. En la espina dorsal de aquel inmenso óvalo cubierto de arena, las estatuas de decenas de divinidades flanqueaban las catorce figuras ovals y delfines bronceos que servían de marcador.

Dos siglos antes, los organizadores de los festivales idearon un medio para sufragar el enorme coste de mantenimiento de caballos, de aurigas y de los enormes establos erigidos en el Campo de Marte. Cualquier ciudadano, sin importar su rango,

podría aportar una suma a cambio de una participación en los beneficios. Ese había sido el origen de las cuatro facciones que daban color a las gradas: verdes, azules, rojas y blancas.

En el palco, Marcelo se puso en pie y arrojó un paño al aire. En un extremo de la pista, las puertas de las *carceres* se abrieron y ocho cuadrigas salieron disparadas.

—Buenos caballos —dijo Lisímaco—. ¿De dónde proceden?

—La mayoría de Libia —respondió Varrón Murena—. El resto de Hispania y Capadocia.

Hablaban en griego, entre el estruendo de la multitud, a sabiendas de que la veintena de gladiadores que los rodeaban no entendían una sola palabra. Marco se esforzó por aparentar que le interesaba lo que sucedía en la pista, sin dejar de prestar atención a la conversación que mantenían a apenas dos pasos de él.

—Dicen que el viento Céfito es el que preña a las yeguas de Lusitania —comentó Marco Primo, sentado en un escaño sobre la rampa de tierra que hacía de graderío.

Él y Varrón Murena rodeaban a Lisímaco, acomodado sobre un butacón cubierto de almohadones de seda; le acompañaban un cortejo de esclavos con parasoles y flabelos. Los vendedores ambulantes de vino, comidas y baratijas con la imagen de aurigas vagaban a su alrededor sin atreverse a acercarse, intimidados por su escolta.

Los carros se aproximaban a los tres pilares del extremo de la espina y entonces abandonaron los carriles para tomar la curva lo más cerrada posible. Una bestia relinchó al recibir un latigazo en el hocico y su cuadriga a punto estuvo de colisionar. En ese momento todo estaba permitido, salvo golpear al resto de los aurigas.

—Espero no haberte comprometido al solicitar esta reunión —dijo Varrón Murena.

—Los motivos de mi viaje a Roma no son ningún secreto, senador —replicó Lisímaco—. Fraates de Partia me ha enviado para reclamar a Tirídates, que ahora se encuentra en Antioquía bajo la protección de Augusto, tras haber intentado usurpar su trono. También quiere a su hijo, que, raptado por Tirídates, ahora está en la urbe.

Al oír hablar de un embajador parto, Marco había imaginado algún decadente oriental de piel oscura. En su lugar se encontró ante un individuo de ojos azules como zafiros, cabello pajizo y ademanes serenos, vestido con una elegante túnica griega. Bien pensado, no resultaba extraño que Fraates hubiera escogido a aquel aristócrata de Seleucia, una ciudad fundada en Mesopotamia por uno de los generales de Alejandro. Se decía que, mientras que medos y persas eran leales a los partos, al compartir una lengua irania y el culto a Zoroastro, las ciudades helenísticas no ocultaban su simpatía hacia Roma. Eso hacía que un súbdito de sangre macedónica fuera la elección más lógica para liderar una embajada en la capital de la República, aunque también la más arriesgada.

—¿Puedo preguntar cuál ha sido la respuesta del gabinete del *princeps*?—

preguntó Varrón Murena.

—Las exigencias de Agripa eran previsibles, así que tampoco son un secreto —respondió Lisímaco, no sin ironía—. Está dispuesto a entregarnos al niño, a cambio de las diez águilas de las legiones derrotadas al invadir nuestros dominios, además de los prisioneros de guerra. Un precio que se me antoja excesivo.

Los partos controlaban un imperio que se extendía desde el Éufrates hasta la India. Mientras Mitrídates fue un enemigo común, consideraron a Roma una potencia aliada. Sin embargo, tras la campaña de Pompeyo, Siria pasó a ser una provincia, y tanto Armenia como Capadocia se convirtieron en protectorados romanos. La República trató de extender su influencia aún más al este, hacia la Media Atropatene, cuyos monarcas, deseosos de librarse del yugo parto, se declararon vasallos de Roma.

Había dos gallos en el mismo corral. Roma reclamó la ciudad mesopotámica de Edesa, y Partia declaró la guerra a Armenia, lo cual desencadenó la expedición de Craso y el terrible desastre en Carras. Tras el nuevo fracaso de Marco Antonio, Fraates logró unificar Armenia con la Atropatene bajo el gobierno de un rey títere. Por fortuna para los intereses romanos, en ese momento estalló una guerra civil entre Fraates y un pretendiente al trono, llamado Tirídates.

El resultado de aquella disputa fue el exilio del derrotado Tirídates, a quien Augusto había concedido refugio en Siria. En Roma, muchos echaban en cara al *princeps* el no haber aprovechado las circunstancias para hacerse con el control de Armenia y la extensa región comprendida entre el Cáucaso, el Ponto Euxino y el Caspio. Los nobles ansiaban una nueva guerra y consideraban una obligación moral recuperar los estandartes perdidos en Carras y Fraaspa. Sin embargo, Augusto deseaba estabilizar la frontera oriental por una vía diplomática y no mediante las armas; con aquella embajada, Fraates le estaba ofreciendo la oportunidad.

—He enviado una carta a mi señor exponiéndole las condiciones de Roma —añadió Lisímaco.

—Querrás decir las condiciones de Augusto —señaló Marco Primo.

—De momento, esa apreciación es redundante.

Cien mil espectadores se pusieron en pie para gritar. Al tomar de nuevo la curva, una cuadriga de los azules había cerrado el paso a un competidor que, incapaz de controlar a sus caballos, se estrelló contra las columnas. Marco tuvo que esforzarse para mostrar entusiasmo. Los «naufragios» eran habituales y constituían el punto álgido del espectáculo. La esperanza de vida de un auriga era inferior a la de un gladiador.

—Tal vez no lo sea en el futuro —dijo Varrón Murena.

—A partir de este momento, la conversación pasa a ser comprometedor —señaló Lisímaco—. Imagino que sabrás que hay espías de Agripa entre el público.

El senador hizo un gesto de asentimiento. En el centro de la pista, los esclavos

inclinaron el cuarto huevo del marcador. Solo quedaban tres vueltas.

—¿Puedes hablar en nombre del Senado? —preguntó el embajador parto.

—Solo de una parte de él.

Un fatigado gesto de Lisímaco dio a entender que no era suficiente.

—¿Qué esperas conseguir? —le preguntó Varrón Murena.

—Para Augusto, Tirídates no vale nada. Estimo que, tras varios meses de negociaciones, aceptará entregarme tanto a él como al niño. Sé que en Roma hay quien desea otra guerra, pero el *princeps* no se arriesgará a un nuevo desastre. Los estandartes pueden ser un buen sucedáneo para un desfile triunfal.

—«Los persas solo enseñan a sus hijos tres cosas: a montar a caballo, a disparar el arco y a decir la verdad» —recitó Varrón Murena con sarcasmo. Fraates era muy impopular entre sus súbditos y eso convertía a Tirídates en una baza que Roma podía emplear para desestabilizar su reino.

—Herodoto no conocía a los partos —respondió el embajador oriental—. Y yo soy griego.

A punto de concluir la séptima vuelta, seis cuadrigas se dirigían hacia la meta a toda velocidad. Un ensordecedor rugido de júbilo resonó en el valle de Murcia cuando un carro rojizo cruzó la línea el primero, mientras un mar de lienzos encarnados se agitaba en las gradas.

—El *princeps* está muy enfermo. —Marco Primo miraba hacia el Palatino, donde se alzaba, imponente, la mansión de Augusto—. Es posible que pronto debas reunirte con el Senado.

—No tengo prisa —señaló Lisímaco.

En las proximidades, comenzó la disputa por las apuestas. Esgrimiendo sus bastones, varios miembros de las cohortes urbanas tuvieron que intervenir.

—Al enviar una embajada a dos mil millas —dijo Varrón Murena—, Fraates ha demostrado demasiado interés como para que tu indiferencia resulte creíble.

—¿Eso es lo que piensas?

—Es lo que pensará Agripa.

—En tal caso, la mano derecha del *princeps* desconoce cómo funciona la política en Asia. Los mayores enemigos de Fraates se encuentran en su propia familia.

La ansiedad del público se dirigió de nuevo hacia la pista cuando las tubas anunciaron unos juegos troyanos. Dos equipos de jinetes, formados por jóvenes de las mejores familias, demostrarían su destreza con espadas de madera. Los conspiradores se levantaron de sus asientos para abandonar el circo.

—Sabes cuál es mi misión y qué espero conseguir —dijo Lisímaco—. Tendréis que hacer una oferta mejor.

—¿Qué quiere Fraates por apoyar nuestra causa? —preguntó Marco Primo a regañadientes.

Rodeado por su escolta, el embajador parto se detuvo un instante, para mirarlos fijamente. Su sonrisa era la de un mercader que ha encontrado dos postores dispuestos a pujar hasta el límite por su mercancía.

—¿Qué han querido nuestros dos imperios durante medio siglo, senador? —dijo, antes de perderse entre el gentío.

Ante ellos, un grupo de jóvenes con túnicas rojas se abrazaban llenos de júbilo y celebraban a gritos su victoria, mientras el resto los increpaba a voces. Hinchidos de orgullo, se sentían grandes, triunfadores en una falsa guerra en la que no arriesgaban nada. Un espectáculo en el que el individuo, amparado en el anonimato de las gradas, se convertía en masa mediante una ceremonia de desenfreno y catarsis.

Salieron del circo, abriéndose paso a empujones, hasta toparse con un nuevo tumulto del que resonaban carcajadas. La representación tenía lugar en plena calle, sin ningún escenario, solo una cortina pintada como telón de fondo: era una *atellana*, una comedia popular de tradición itálica. El argumento, en gran parte improvisado, recreaba su combate con el Arcadio durante los Juegos Megalenses mediante personajes estereotipados. Marco, armado como *myrmillo*, llevaba la máscara de Dossenus, el jorobado astuto y sagaz, mientras que el Arcadio adoptaba el papel de Bucco, el bocazas. Su lucha era presenciada por Maccus, un tontorrón enamorado, y Pappus, un viejo insensato envuelto en una estridente toga: no era difícil ver retratados a Marcelo y Mecenas.

Dossenus señaló algo más allá de la espalda de su adversario; cuando Bucco se giró, intrigado, le cortó el antebrazo. Una mano de lino encolado voló hacia el público, entre carcajadas. El joven Maccus gesticulaba, iracundo, mientras su maduro mentor esbozaba un afeminado ademán tratando de acaparar la atención. Marco oyó la discusión de unos jóvenes, entre los cuales reconoció a Lucio Ahala, al que había conocido durante la *cena libera*.

—Ese Prudes es un cobarde sin honor. —Un muchacho rollizo pronunciaba su nombre con un desprecio que rozaba el odio—. ¿No visteis cómo retrocedía? Eludió luchar, el Arcadio cometió un error y él lo aprovechó. ¿Qué mérito tiene su victoria?

—Solicitó clemencia para su adversario —protestó Ahala.

—Lo hizo para despojarle de la gloria de morir en la arena —espetó el gordinflón—. Amputándole el brazo, se aseguró de que no pudiera empuñar de nuevo un arma. El Arcadio no lo pudo soportar y murió de pena.

—Dicen que fue a causa de la infección de sus heridas —dijo Ahala.

—¿Es que estás de parte de ese bastardo? —preguntó el gordo, iracundo—. Un *noxius*, un maldito criminal, eso es lo que es. El matón a sueldo de un noble. Al menos fue Perseo quien se llevó la palma...

—Dicen que se hizo gladiador para pagar los funerales de su padre —apuntó una adolescente con manifiesta admiración.

Marco se apresuró a marcharse antes de que lo reconocieran.

«El teatro es lascivia; el circo, ansiedad; y la arena, crueldad». La fiesta de Atis se había celebrado a lo largo de la segunda quincena de marzo y los Juegos Megalenses, que dieron comienzo a principios de abril, duraron siete días. A mediados de mes, llegó el turno de la Cerialia, fiesta en honor a Ceres, y en los idus tuvieron lugar los Juegos Agonales, con competiciones ecuestres, atléticas y musicales. Siete días después, llegó el momento de la fiesta de las Vestales, y solo hubo que aguardar otros dos días más para la Vinalia, en honor a Júpiter. El mes de abril concluyó con la Floralia, cuyos festejos llegaron a las calendas de mayo. Entonces hubo más juegos, esta vez en honor a Marte, y luego los Juegos Taurios, con la habitual cacería de toros y las carreras de caballos.

Ahora Roma celebraba los Juegos Apolinales. Nueve días antes de las calendas de julio, la Neptunalia trataría de ahuyentar la sequía. Más tarde, vendrían las Furrinales, las Vertumnales, las Vinales, las Vulcanales, los Juegos Romanos...

Mientras Augusto agonizaba y sus herederos se disputaban la sucesión, los conspiradores fraguaban una guerra civil, el suministro de trigo peligraba, la economía estaba al borde del colapso y todo Oriente pendía de un hilo, al pueblo solo le preocupaba qué carro atravesaba antes una línea de cal. Marcelo estaba organizando aquella orgía de espectáculos sin escatimar un sestercio y todo con una intención: otorgarles una evasión fácil a sus problemas.

La cultura del ocio se había convertido en un derecho, al igual que el pan ganado sin sudor. Durante la República, los nobles pugnaron entre sí por ofrecer los espectáculos más espléndidos, pues era el mejor modo de asegurar su elección; una vez asumido el cargo, debían robar del erario para satisfacer sus deudas. El *princeps* y su familia habían comprendido las reglas de aquel juego, y las ciudades de provincias, deseosas de emular cualquier novedad venida de la capital, se habían contagiado de aquella espiral que parecía no tener fin. El circo Máximo podía albergar a la sexta parte de la población de la urbe. Sin nada de qué preocuparse, la plebe permanecía ociosa, inmersa en una rutina que deambulaba entre los espectáculos y las termas.

En las calles, las tertulias sobre actualidad política habían dado paso a acaloradas discusiones entre los seguidores de gladiadores y aurigas. Toda una generación de jóvenes había construido su modo de vida en torno a aquellas diversiones; el circo y el anfiteatro se habían convertido en sus templos, y el foro era ya un liceo donde cientos de adolescentes que jamás habían empuñado un arma opinaban con suficiencia sobre la esgrima de sus ídolos.

Roma, cuya austeridad había hecho enrojecer a la mismísima Esparta, se había convertido en lo que más despreciaba.

XVII

El juicio iba a celebrarse en el pórtico del extremo sur de la basílica Emilia, frente al templo de Vesta. Desde la columnata de aquel modesto santuario, una pareja de vestales ataviadas de blanco murmuró algo al ver pasar a Marco Primo entre la comitiva de gladiadores. La plebe, impaciente, se amontonaba en los accesos al anfiteatro erigido en el foro, ajena al proceso en el que se iba a decidir el destino de la República. Con un puñal oculto bajo la túnica, Marco escoltaba al procónsul, que, ansioso, escrutaba el severo rostro de Varrón Murena.

—¿Vamos a recusar a alguno de los jueces? —preguntó.

—No, y dudo que Tiberio lo haga —respondió el jurista—. De los cinco jueces, dos son abiertamente republicanos. El resto forma parte del partido augústeo, pero, ahora que el *princeps* está enfermo, considerarán los intereses del posible sucesor.

—Si prefieren a Marcelo, votarán en mi contra —murmuró Marco Primo—. Si son leales a Agripa, quién sabe: la mano derecha de Augusto jamás ha ocultado sus simpatías republicanas.

El pórtico no era amplio. Frente a la entrada, sobre una plataforma elevada, se habían sentado los cinco jueces y el pretor urbano. Dado que el magistrado no tenía por qué estar versado en leyes, le acompañaban media docena de asesores. Los bancos de la acusación y la defensa se encontraban a ambos lados, uno frente al otro, y los asientos del público formaban un arco a su alrededor.

Augusto había fijado el número de senadores en seiscientos; en la sala apenas habría la duodécima parte, pero lo que ocurriera aquel día sin duda llegaría a oídos del resto. Los demás asientos estaban ocupados por équitos y su clientela se amontonaba en la entrada. Más que un juicio, parecía una reunión de la Curia. De pie, ante el banco de la acusación, Marco descubrió a Tiberio; al seguir la dirección de su mirada, reconoció las facciones de un rostro cuadrado de nariz gruesa, que revelaban el carácter duro e inflexible de un pugilista. Responsable de las construcciones que estaban transformando Roma, lo había conocido durante un trayecto en barca, mientras supervisaba las reparaciones de la cloaca Máxima que había dirigido Vitruvio. Era Marco Vipsanio Agripa, el general más reputado de la República, responsable de las victorias en Nauloco y Accio.

Le acompañaban otros destacados miembros del partido augústeo. Cayo Antistio conversaba en voz baja con Estatilio Tauro. Aclamado tres veces *imperator*, Antistio poseía el derecho de designar cada año un miembro del colegio de pretores. El otro extremo de la sala parecía ocupado por senadores de una posición más ambigua, como Valerio Mesala Corvino o Junio Silano; en apenas una década, la lealtad de este último había deambulado entre Lépido, Marco Antonio y Augusto. En torno al banco de la defensa, Sulpicio Galba parecía liderar el grupo más hostil al régimen. Marco

descubrió, aliviado, que Fanio Cepión no se hallaba entre ellos. Pocos se atrevían a declararse en público en contra del *princeps*, aunque la mayor parte de la Curia lo detestaba.

Cuando los cinco jueces prestaron juramento, el pretor urbano se dirigió a Marco Primo:

—¿Admite su culpabilidad el acusado?

—No, magistrado —replicó Varrón Murena—. Mi defendido se declara inocente de los crímenes que se le imputan.

—Entonces, el fiscal tiene la palabra.

La oratoria y el derecho, los dos mayores logros intelectuales de la civilización romana, iban a escribir un nuevo capítulo de la historia aquel día. Tiberio caminó hasta situarse en el centro de la sala:

—Es posible que vosotros, jueces, o alguno de los presentes os extrañéis de que alguien de mi edad, sin apenas experiencia en jurisprudencia, actúe como acusador contra un miembro destacado del Senado. Sin embargo, no dudo ni un instante de que, cuando conozcáis los crímenes cometidos por Marco Primo, todos comprenderéis mis motivos.

Mesala Corvino esbozó una sonrisa tibia. Se decía que Tiberio empleaba su florido estilo como modelo de oratoria, y por ello estudiaba al joven con atención: era su primer juicio, pero no lo parecía. Su carácter reservado, en ocasiones tímido, tal vez le ayudaba a enmascarar el nerviosismo. Su tono de voz al formular el exordio transmitía convicción y franqueza; sin embargo, la reputación de Varrón Murena como jurista era considerable.

—En los idus de mayo de este año, Marco Primo, como procónsul de Macedonia, emprendió una guerra ilegal contra el reino odrisio de Tracia. No buscaba el bien de la República, sino su lucro personal. Dejó desprotegida la provincia que le habían confiado, para atacar a un pueblo con el que habíamos firmado un tratado de paz. Tampoco hubo ningún *casus belli*, pues los bárbaros se habían mantenido dentro de sus fronteras. Ni siquiera fue una conquista para engrandecer nuestro imperio: Marco Primo regresó a Macedonia con trescientas libras de oro y diez mil prisioneros, que vendió a las sociedades de publicanos. Casualmente, Fanio Cepión, amigo de Varrón Murena, el defensor del acusado, tiene participaciones en todas ellas. Los hechos son simples, senadores: Marco Primo emprendió una contienda cruel y devastadora, en la que murieron miles de inocentes, solo para saciar sus ansias de riqueza.

»Provincias saqueadas, maltratadas, asoladas hasta los cimientos; aliados y tributarios del pueblo romano arruinados y sumidos en la miseria; todos piden no ya una esperanza de salvación, sino un consuelo para su ruina.

Un murmullo se extendió por la sala. Tiberio había finalizado su narración citando las *Verrinas*, de Marco Tulio Cicerón, discurso pronunciado durante el

proceso contra Cayo Verres por los abusos cometidos en su provincia. Esa obra maestra de la oratoria había convertido al procónsul de Sicilia en un paradigma de corrupción.

—La cuestión que debéis considerar en esta causa es sencilla —prosiguió Tiberio—: ¿tenía derecho Marco Primo a invadir Tracia? La Lex Iulia de Maiestate, bajo cuya jurisdicción nos encontramos, dice, de forma textual: «Es un crimen de alta traición intervenir en los asuntos del Estado sin autorización». Previamente, la Lex Cornelia de Maiestate ya castigaba a cualquier gobernador que abandonara su provincia sin permiso para iniciar una guerra.

»Esta —proclamó Tiberio, mostrando un rollo de papiro— es un acta del Senado de hace cuatro años, de cuando la Curia concedió a Cayo Julio César Octaviano un *imperium proconsulare* para una década. Entonces se crearon dos clases de provincias: imperiales y senatoriales. Las primeras, fronterizas o no pacificadas, se encontrarían bajo la autoridad del *princeps*, mientras que las segundas dependerían directamente del Senado.

»La esencia de ese *imperium* era que Augusto ejerciera su poder sobre las provincias con presencia de legiones. Y este —alzó otro documento— es un mandato decretado por Augusto, en el que ordena que ningún procónsul o propretor emprenda una campaña militar sin su consentimiento. Unos deseos que, por algún motivo, Marco Primo ha decidido obviar.

Los mandatos eran instrucciones dirigidas a funcionarios y gobernadores provinciales. En principio, solo poseían validez sobre el destinatario, aunque su reiteración las había convertido en recomendaciones para quien desempeñara el cargo. Desde un punto de vista legal, el argumento de Tiberio resultaba endeble, pues Macedonia era una provincia senatorial sobre la que el *princeps* no ejercía su *imperium proconsulare*. El hecho de que Ilírico, Macedonia y África, a pesar de serlo, contaran con la presencia militar suponía una anomalía al modelo creado cuatro años antes, que la enfermedad de Augusto había dejado al descubierto.

—¿Acaso os he de recordar —prosiguió Tiberio— que la *auctoritas* de Augusto se basa en el juramento de fidelidad que hizo toda Italia poco antes de la guerra contra Egipto y Marco Antonio? En ese solemne momento, mi padre adoptivo juró, sobre la tumba de sus antepasados, que traería una nueva era de paz y prosperidad a Roma.

Tiberio había apelado a la *fides*, el cumplimiento a la palabra dada, uno de los pilares inspiradores del pensamiento jurídico romano. Cualquier juramento, en una sociedad cuya urdimbre social se basaba en relaciones de fidelidad entre familias, patronos, clientes, amos y libertos, adquiriría un enorme poder simbólico. Allá donde la ley no le asistía, Tiberio recurría a la emotividad.

—A continuación —anunció—, voy a leer las opiniones de Aulo Ofilio sobre este

caso.

—Qué raro —masculló Varrón Murena con sarcasmo.

Había llegado el momento de los *responsa*, los dictámenes de los juristas que, con su *auctoritas*, avalarían la acusación. Aulo Ofilio, discípulo de Sulpicio Rufo, había sido amigo íntimo de César y era muy afín a Augusto.

—«La razón de emprender una guerra siempre ha de ser el deseo de vivir en paz» —leyó Tiberio—. Eso dice Marco Tulio Cicerón en *Sobre los deberes*, pues incluso al hacer la guerra se ha de ser justo. Las convenciones para la contienda forman parte del *ius gentium*, la «ley de las naciones», unas obligaciones morales para todos los seres humanos. Un conflicto solo ha de iniciarse para repeler una agresión, o como represalia por la violación de un tratado. Para que una guerra sea justa, ha de existir un *casus belli* o, de lo contrario, la República perderá el favor de los dioses.

Un nuevo rumor, esta vez de sorpresa. No importaba que Roma llevara seis siglos declarando guerras «defensivas» hasta hacerse con un vasto imperio; la obra de Cicerón ejercía un enorme peso sobre el pensamiento jurídico romano. Además la cita dejaba abierta una cuestión inquietante: tal vez Marco Primo fuera el responsable de los males que asolaban Roma.

Tiberio se dispuso a exponer sus conclusiones:

—Al iniciar una despiadada campaña para saciar su desmedida avaricia, Marco Primo ha violado las leyes de Roma, los mandatos del *princeps*, la ley de las naciones y la de los dioses. ¿Qué más crímenes puede cometer un solo hombre? Por ello, solicito a los jueces que le declaren culpable y que, según establece la Lex Iulia de Maiestate, se le requisen sus bienes y se le condene al exilio.

La audiencia, cuyo estado de ánimo influía en los jueces, parecía dividida, y los abucheos o aplausos eran, en ocasiones, más importantes que los propios discursos. A pesar de tener fama de ecuánime, el pretor urbano tampoco era inmune a su influencia. Tiberio tomó asiento. Varrón Murena ocupó su lugar:

—Sé que muchos os preguntáis por qué he aceptado defender esta causa, a pesar de las terribles consecuencias que podría acarrear. Pero ¿qué pasaría si nadie se atreviese a contradecir los caprichos de la familia que nos gobierna? Si defendiendo a Marco Primo no es solo porque estoy convencido de su inocencia, sino porque, de no hacer nada, la República se hundiría aún más en la tiranía.

»¿Qué puedo decir del acusador, a quien Teodoro de Gádara, su propio maestro de retórica, llamó «barro amasado con sangre»? Ningún miembro del linaje de los Claudios se ha presentado jamás ante un tribunal implorando perdón o con vestimentas de duelo, ni aun acusados de un delito castigado con la pena capital.

»¿Pretende darnos lecciones sobre respeto a los dioses? Todos sabemos que su antepasado Publio Claudio Pulcro, el día antes de una batalla, al ver que los pollos de los sacrificios se negaban a alimentarse, los arrojó al mar diciendo que bebieran, ya

que no deseaban comer. La consecuencia de su impiedad fue una ignominiosa derrota ante los cartagineses en Drépano.

»¿Qué puede saber él de dignidad? Su padre, seguidor de Marco Antonio, tuvo que ocultarse como un proscrito y más tarde entregó a Augusto, su enemigo, a su esposa, Livia, de una forma servil y rastrera. Incluso asistió a la boda, acompañando a la novia como lo hubiera hecho un hermano.

Marco observó la mueca que Tiberio dedicaba a Varrón Murena; una sonrisa gélida, desprovista de humor; el resto de las facciones permanecían inalterables. Era el juramento de un cazador a una presa que, tarde o temprano, desollaría viva. El exordio suponía una breve introducción al discurso, en la que se buscaba el favor y la atención del público. No era extraño que se despreciara al adversario, pero Varrón Murena estaba mostrando una insólita hostilidad hacia Tiberio y su linaje. Marco comprendió que, al hablar del juramento de su padre adoptivo, el joven había dicho que Augusto lo realizó sobre la tumba de «sus antepasados», es decir, los de la familia Octavia, y los del rancio linaje de los Claudios. Sin duda, Varrón Murena se había dado cuenta de ese matiz y trataba de explotarlo.

—«El crimen de alta traición consiste en disminuir de algún modo la dignidad, grandeza y autoridad del pueblo o de aquellos a quienes el pueblo confirió sus atributos» —recitó Varrón Murena—. Esa es la esencia de la Lex Iulia de Maiestate. Tiberio ha presentado las actas del Senado en las que los padres conscriptos le concedimos «libremente» —dijo con infinito sarcasmo— un *imperium* extraordinario sobre una serie de provincias. Sin embargo, eso solo sucedió después de que Augusto devolviera al Senado el gobierno de la República. ¡Y Macedonia no se encontraba entre ellas! Como provincia senatorial, esa autorización, de ser necesaria, debería proceder de la Curia.

—¡Bien dicho! —gritó alguien.

Su discurso daba rienda suelta a un descontento acumulado durante casi una década. El pretor urbano tuvo que alzar la voz para contener el clamor y permitir que el defensor prosiguiera.

—Tiberio ha tratado de convencernos de que la esencia del poder que concedimos a Augusto era que no se emprendiera ninguna guerra sin su consentimiento. Pero eso atenta contra los *mos maiorum*, los usos y costumbres de nuestros antepasados. El derecho consuetudinario, aquel que tiene su origen en la naturaleza y ha sido conformado por el uso y la costumbre, establece, desde hace siglos, que se confíe en los gobernadores provinciales sobre la conveniencia de iniciar o no una guerra. A pesar de no estar recogidas en las Doce Tablas, esas normas han sido la fuente esencial de nuestro derecho desde la fundación de Roma. Y, como Augusto nos ha recordado ininidad de veces, su cumplimiento es la garantía de la armonía con los dioses.

Se creía que la prosperidad de la urbe era una retribución de los dioses por su fidelidad hacia ellos y los antepasados; por ese motivo, la propaganda de Augusto le presentaba como el restaurador de las antiguas tradiciones. Empleando ese argumento en su contra, Varrón Murena insinuaba que, tal vez, el *princeps* fuera el responsable del hambre y la peste que asolaban Roma.

—«En tiempos de guerra, la ley enmudece» —añadió, citando el *Pro Milone*, de Cicerón—. Al igual que vosotros, jueces, yo también he servido en el ejército. Marco Primo recibió informes de que los odrisios preparaban una incursión de rapiña y tuvo que tomar una determinación. ¿Debería haber esperado a ver su provincia invadida, sus ciudades saqueadas y sus campos arrasados para intervenir? ¡Qué fácil es cuestionar aquí, cómodamente sentados, al amparo de la paz que nuestras legiones nos otorgan, las duras decisiones de aquellos que duermen en tiendas desde las que se puede ver al enemigo!

—¿El fiscal desea leer los informes? —preguntó el pretor urbano, mientras recibía los documentos de manos de Varrón Murena.

—¿Proceden de alguna unidad de *speculatores*, o de las sociedades de publicanos a las que Marco Primo vendió los prisioneros de guerra? —preguntó Tiberio. Ante el elocuente silencio del aludido, añadió—: Entonces no será necesario, gracias.

Tras carraspear, Varrón Murena reanudó su discurso:

—Tiberio nos ha hablado de ambición desmedida. ¿Acaso Julio César, padre adoptivo del propio Augusto, no emprendió la conquista de las Galias sin el consentimiento del Senado, solo para aliviar sus enormes deudas? ¿Es que ahora Augusto exige a sus iguales que hagan lo que jamás hizo su propio padre? Aunque Macedonia se encontrara bajo su *imperium proconsulare*, él no está en disposición de ejercerlo a causa de su enfermedad. ¿Por qué, jueces, un senador de Roma no podría ejercer su derecho ancestral de decidir sobre la conveniencia de iniciar una guerra?

Hubo más gritos de apoyo. Varrón Murena recurría a la ficción que el propio Augusto había desarrollado para menoscabar su posición. Era una farsa según la cual el *princeps* solo era un ciudadano más, con algunos poderes excepcionales y una *auctoritas* superior al resto. Ahora, ante el vacío de poder causado por su ausencia de la vida pública, esa ficción se volvía en su contra. Más allá de valorar la decisión de Marco Primo, en la sala se estaba juzgando la base constitucional del principado.

Varrón Murena retomó la palabra:

—¿El fiscal acepta que, si hubiera contado con la autorización de Augusto, las acciones de Marco Primo no habrían atentado contra ninguna disposición de la Lex Iulia de Maiestate?

Cuando Tiberio hizo un vago gesto de asentimiento, su adversario esbozó una expresión lobuna.

—En ese caso, llamo a declarar a Marco Claudio Marcelo.

Los senadores se miraron entre sí, buscando al joven heredero en la sala. Los lictores del pretor eran incapaces de ocultar su desconcierto.

—Encontraréis a mi hermanastro en el palco del anfiteatro, cumpliendo con sus obligaciones como edil —los informó Tiberio.

La razón de la fuerza o la fuerza de la razón. Para Marco, aquella disputa había sacado a la luz los fantasmas de su pasado. Platón creyó que la ley era la conveniencia del más fuerte, y Cicerón que la fuerza era el derecho de las bestias. No bastaba con que Roma fuera capaz de someter a los pueblos: debía demostrar que tenía derecho a hacerlo. ¿Acaso era así? Como soldado, él se había hecho muchas veces esa pregunta.

Al cabo, Marcelo llegó vestido con una ostentosa toga de seda que contrastaba con la pálida indumentaria del público. Se presentó ante el tribunal, acompañado por Mecenas.

—¿Reconoces este documento? —le preguntó Varrón Murena.

El rostro del joven perdió cualquier vestigio de color.

—No.

—Sin embargo, tiene tu sello —añadió el senador. Alzó la voz para dirigirse a toda la sala—: En esta carta, Marcelo, el heredero de Augusto, concede a Marco Primo el derecho de emprender una guerra en Tracia.

El auditorio se convirtió en una suerte de mercado. Varrón Murena entregó el rollo de papiro al pretor, que esbozó un solemne asentimiento tras verificar el contenido del documento. Marco observó a Tiberio; a pesar de su contrariedad, supo que era algo que había previsto.

—Mi defendido declara que en todo momento actuó con la aprobación de Marcelo y del propio Augusto.

Ante las palabras de Varrón Murena, el alboroto se hizo aún mayor. A causa de su enfermedad, el *princeps* no podía contradecirle, y el testimonio escrito de Marcelo hacía que aquella afirmación resultase verosímil.

—Su turno, fiscal —dijo el pretor.

Tiberio se aproximó al testigo como un cazador al acecho.

—Marcelo, ¿podrías decirnos qué magistratura desempeñas?

—Sabes perfectamente que...

—Responde, por favor.

—Edil.

—Entonces, ¿con qué autoridad concediste a Marco Primo el derecho a iniciar una guerra?

—Como bien sabes, soy el «heredero» de Augusto. —Aquella palabra parecía envenenada.

—¿Y acaso ignoras que el *imperium proconsulare* no es un poder delegable, ni

tampoco transferible por herencia?

Marcelo enmudeció, aunque la mirada de desconcierto que dirigió a Mecenas fue más que elocuente.

—El testigo puede retirarse —concluyó el acusador.

Tiberio se había visto forzado a elegir. Si defendía la capacidad de Marcelo para ejercer el *imperium proconsulare* de Augusto, estaría legitimando una sucesión dinástica y, con ello, habría definido su gobierno como monarquía. Y eso era una de las pocas cosas en las que senadores, équites y plebe estaban de acuerdo en despreciar. Si no lo hacía, y negaba la legitimidad de Marcelo para actuar en nombre de su padrastro, quizá ganase el juicio, pero se habría visto obligado a reconocer ante la Curia que el poder de su padre adoptivo, ya moribundo, se basara exclusivamente en su *auctoritas*.

Tiberio había logrado que la acusación de violar la Lex Iulia de Maiestate siguiera en pie. Sin embargo, en aquel juego de tablero, él y Varrón Murena habían intercambiado dos fichas de muy distinto valor.

El pretor urbano concedió de nuevo la palabra al defensor.

—Me dispongo a leer los *responsa* —anunció—. Marco Antistio Labeón ha redactado mi informe.

Resonó un murmullo de expectación. A pesar de su juventud, Labeón era uno de los juristas más reputados de Roma. Hijo de un experto en derecho, su rivalidad con Aulo Ofilio y sus seguidores había dado lugar a dos escuelas jurídicas enfrentadas. La transformación de Roma desde una minúscula ciudad-estado hasta un enorme imperio había hecho que muchas de sus leyes estuvieran obsoletas, y el respeto a la tradición obligaba a reinterpretarlas. Eso hacía que las opiniones de los juristas de prestigio poseyeran un enorme peso, y la hostilidad de Labeón hacia Augusto era ya proverbial.

—El estado de causa jurídica se divide en dos tipos: absoluta y asuntiva —dijo Varrón Murena—. La absoluta contiene cuanto es suficiente para establecer si algo es justo o injusto: sucede cuando el acusado ha actuado conforme al derecho. La asuntiva se produce cuando ella misma no contiene apoyos firmes para rechazar la acusación y busca medios de defensa externos a la causa. Uno de ellos puede ser la «transferencia de la acusación», si es posible trasladar a otra persona la responsabilidad del hecho que se imputa.

»En mi opinión, a pesar de que Marco Primo admite haber realizado los actos de los que se le acusa, es posible aplicar esa transferencia de culpabilidad. Con independencia de que Marcelo tuviera la capacidad legal para otorgar el derecho de iniciar una guerra, está fuera de duda que el procónsul actuó de buena fe, al pensar que no contradecía los deseos del *princeps*.

Un inmenso estupor se propagó por el pórtico. El pretor tuvo que ordenar a gritos

que los senadores guardaran silencio. Varrón Murena se dispuso a exponer sus conclusiones:

—A causa de la fogosidad de la juventud, Tiberio ha acusado a Marco Primo de violar las leyes de Roma, los mandatos del *princeps* y la ley de las naciones. Para ello, ha citado varias veces a Marco Tulio Cicerón. Algo insólito, dado que fue su padre adoptivo quien firmó su condena de muerte. —Hubo risas entre el público—. Sin embargo, en *Sobre los deberes*, Cicerón deja claro que la justicia no debe confundirse con la ley. La justicia, como concepto universal, ha de imperar por encima de todas las leyes, o de lo contrario «la extrema justicia acaba convertida en injusticia extrema».

»Sin embargo, ha quedado demostrado que el gobernador de Macedonia no vulneró la Lex Iulia de Maiestate, pues no se le había dirigido un mandato expreso, y Macedonia es una provincia senatorial, que no se encuentra bajo el *imperium proconsulare* de Augusto. Si debiéramos juzgar a alguien, es a Marcelo, por ejercer de forma ilícita un poder concedido a su tío durante un periodo de diez años. —El defensor se plantó ante los jueces con una solemnidad teatral—: «En la duda prevalece la equidad». «La obligación de probar incumbe al demandante». Durante siglos, estos principios han sido dos de los pilares de nuestro derecho. Por ello, solicito la absolución de Marco Primo de los cargos que se le imputan.

Dicho esto, el senador se sentó de nuevo junto a su defendido. Su expresión dejaba claro que se sentía ganador.

—¿Desea añadir algo el fiscal? —preguntó el pretor urbano.

Tiberio se levantó de su asiento para contestar.

—Quisiera formular una pregunta al defensor.

—Proceda.

—Por lo que ha dicho Varrón Murena, debemos entender que Augusto desempeña su puesto preeminente en la República solo a partir de una *auctoritas* que lo sitúa por encima del resto —razonó Tiberio—. Una *auctoritas* basada en el respeto del pueblo hacia un líder que les ha traído la paz, después de ser aclamado *imperator* por sus legiones. Un poder que, por desgracia, su enfermedad le impide ejercer. ¿No es así?

—Así es —confirmó Varrón Murena.

—En ese caso —concluyó Tiberio—, llamo a declarar a Cayo Julio César Octaviano.

El murmullo se convirtió en estruendo cuando el público vio entrar a Augusto en la sala. No parecía moribundo; su aspecto, sereno y arrogante, era el de siempre. Su vestimenta resultaba tan sencilla como sus ademanes; la corta estatura de su proporcionado cuerpo era lo único que le restaba dignidad. Se situó ante el fiscal de forma solemne, no sin antes dedicar una mirada altiva a Varrón Murena.

—De nuevo, solo haré una pregunta —dijo Tiberio—. ¿Diste tu aprobación a

Marco Primo para que iniciara una guerra en Tracia?

—No —respondió Augusto—. Antes de que tomara posesión de su cargo en Macedonia, le expresé mi deseo de que respetara las fronteras y los tratados firmados con nuestros aliados.

—Esta es la voluntad de quien nos ha traído la paz romana —proclamó Tiberio—. Alguien cuya *auctoritas* ha reconocido el propio defensor.

Con aquella maniobra, el juicio se había convertido en un enfrentamiento entre la palabra de un procónsul y la del heredero de Julio César, *imperator, princeps* y Augusto, quien ejercía el control sobre las veintiséis legiones de Roma.

—¿Desea el defensor interrogarle? —preguntó el pretor urbano.

Varrón Murena se dirigió con determinación hacia el centro de la sala, hasta encararse a Augusto:

—¿Acaso no es cierto que en Egipto has sido coronado «rey»? —pronunció la última palabra con el desprecio de la que solo sería capaz un optimate—. ¿No es verdad que has prohibido que cualquier senador pise el reino que ostentas como propiedad privada? ¿No es cierto que pagas a las legiones de tu propia bolsa y que por ello te son leales? ¿No es verdad que utilizas el grano del Nilo para comprar al populacho? ¿No es cierto, en definitiva, que en tus decisiones confundes el interés público con el privado? ¡Y ahora acusas a un miembro del Senado de utilizar a sus legiones para enriquecerse!

—¿Me está acusando Varrón Murena de emplear mi patrimonio para pagar aquello que Roma no puede? —respondió Augusto—. ¿O de utilizar el grano egipcio para alimentar a los desfavorecidos? En ese caso, puedes subir a la Rostra para decirle al pueblo romano que estás en contra de que se les entregue pan y se pague a sus legiones.

Los asistentes guardaron silencio mientras imaginaban la escena: si Varrón Murena aceptaba el desafío, sus restos mortales acabarían desperdigados por el foro. Acorralado, el senador enrojeció de ira.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Quién te ha pedido que vengas? —gritó, señalando al *princeps* con el dedo.

—El interés público.

Un nuevo murmullo, esta vez de admiración. Augusto habría podido fácilmente intimidar al tribunal, pero decidió acudir como un simple testigo, mientras que Varrón Murena había perdido la compostura. En ese momento, Marco supo que todo estaba sentenciado. Tiberio había actuado con una tercera intención. Primero les había hecho creer que buscaba una condena para Marco Primo, a sabiendas de que Varrón Murena trataría de utilizar la farsa de Augusto en su contra. Gracias a ello, había logrado que uno de los líderes de la conspiración reconociera en público la *auctoritas* de su padre adoptivo. Y eso le puso en bandeja el golpe final que supuso la llegada del propio

Augusto.

Tres votos a favor y dos abstenciones condenaron a Marco Primo al exilio.

Era de noche cuando regresaron a la isla Tiberina. La comitiva acompañó a Varrón Murena con una antorcha en la mano; la otra sobre la empuñadura de la espada, oculta bajo el manto. El funeral de Velox fue más animado que aquella sombría procesión por las callejuelas del Velabro. Pasaron ante un vetusto templo en cuyo soportal las esposas de artesanos y comerciantes, hasta entonces respetables, ofrecían su cuerpo acompañadas de sus hijas. El pudor de las busconas disminuía a medida que la carestía acrecentaba su desesperación.

Mientras caminaban, Marco se esforzaba para que ningún gesto delatase su satisfacción ante el desenlace del juicio. Ajeno a las maquinaciones de su patrón, la mente de Mucro también parecía estar en otra parte:

—Mañana te enfrentarás a Perseo.

Él asintió con la cabeza.

—¿Cómo lo ves? —añadió el suburano.

—No será fácil —reconoció.

—Marco..., no te ofendas por lo que te voy a decir —masculló Mucro—. Solo en uno de cada cinco combates el público desea la muerte del perdedor. Sal a la pista y hazlo bonito, no te compliques. Y si no lo ves claro, levanta los dos dedos en cuanto puedas. He visto a Perseo infinidad de veces en la arena. Créeme, es mejor jugarse la vida a los dados que tratar de acabar con él.

Era un buen consejo. Implicaba una posibilidad entre diez de morir. Encontró esa idea reconfortante y, una vez más, se preguntó qué le movía a hacerlo. Dos años atrás, al referirse a la arena, había dicho que, para que el valor fuera útil de verdad, debía existir una causa por la que luchar, y él no acababa de encontrar la suya. Saldar su deuda de sangre con Fanio Cepión habría sido más fácil si se tratara de asaltar su comitiva espada en mano, nada más. En su lugar, debía afrontar un peligro tras otro y matar a alguien al que no odiaba.

La identidad de Prudes, el gladiador, se estaba adueñando de él. Lo había obligado a convertirse en algo de lo que había huido durante toda su vida; ya no sabía a quién obedecía su voluntad. Ignoraba si había matado a Velox porque suponía una amenaza, o porque detestaba el olor de su bolsa de cuero y su mezquindad. Tal vez aquella misión solo le otorgaba una coartada para sacar a la luz una parte de sí mismo que jamás había estado dispuesto a asumir. La desoladora verdad es que no temía lo que pudiera ocurrirle al día siguiente. Su mayor miedo era dejar de saber quién era.

Al fin llegaron a la casa. La luz de las lámparas de aceite apenas mitigaba el sombrío aspecto del atrio, tan solo desfiguraba las facciones de los bustos depositados en el sagrario. La sucesión de candiles adosados a las paredes del corredor que conducía al patio hacía que este se perdiera en la oscuridad.

—¿Qué es eso? —preguntó Mucro.

La puerta del dispensario permanecía entreabierta, y una mancha oscura asomaba por debajo. Marco tomó uno de los candiles y se asomó más allá del umbral.

La sangre reseca no parece sangre, reflexionó, sino más bien una flema melosa y negruzca, como *garum* podrido. Descendía por un reguero continuo, empapando la túnica, como manchas de humedad en las paredes de una casa abandonada. Habían desgarrado la prenda, que dejaba al descubierto un tórax blanquecino, cuyas costillas se marcaban bajo la piel como los barrotes de una jaula. De la herida asomaban las vísceras y manaba a borbotones toda aquella podredumbre. Inclínada, la cabeza del médico tenía una expresión agónica y antinatural; su rostro partido por un surco rojizo dejaba al descubierto parte del cráneo, como si fuera una máscara de piel sobre una débil membrana de carne.

—Primero Velox. Ahora Critias —murmuró Perseo.

Al girarse, Marco se dio cuenta de que la mitad de la escuela se había congregado más allá de la puerta. No supo cuánto tiempo había estado contemplando el cadáver.

—Marco ha estado con Varrón Murena —farfulló Mucro, mirando fijamente a Perseo—. No ha podido ser él.

Vitruvio acostumbraba a decirle que toda tragedia siempre trae consigo algo útil. La desconcertada expresión de Perseo era una muda disculpa por haber dudado de él. Un gesto que Marco agradeció, aunque al día siguiente tuviera que matarle.

XVIII

Desde el tejado, el estrecho callejón parecía un abismo. Marco se asomó por la cornisa del bloque de viviendas para mirar hacia abajo y experimentó un repentino vértigo. Tuvo que retroceder y echar el cuerpo hacia atrás.

Tenía diez años, y había aceptado el desafío de Numerio por pura obcecación. En ese momento, a solas con él, a sesenta pies por encima de la calle, se arrepentía de su arrogancia. Apenas tres pasos separaban un edificio del otro; se sabía capaz de saltar aquella distancia. Pero era noviembre y había llovido. Un estúpido resbalón y se hundiría hasta el fondo del oscuro pasadizo, cinco pisos más abajo.

A su espalda, Numerio le estaba observando. Dio tres pasos atrás para tomar impulso y se detuvo. Entornó el rostro por encima del hombro. El rudo muchacho, tres años mayor que él, sonreía con suficiencia.

—¿Tú no tienes miedo? —le preguntó.

—Claro —respondió Numerio—. De lo contrario, ¿qué sentido tendría?

Jamás supo por qué lo hizo. No fue para demostrar nada a nadie. Marco tomó impulso y saltó por encima del abismo que se abría a sus pies.

Un combate es como saltar una sima: cuanto menos pienses en ello, más fácil resultará. Eran los Juegos Apolinales. Roma rugía por encima de sus cabezas. Sentados en el hipogeo, bajo la plataforma de roble cubierta de arena, los gladiadores oían el clamor de un público enfervorecido. Dos días antes, había tenido lugar la peregrinación por los templos para traer la lluvia, pero nadie lo recordaba. Por cada espectáculo gladiatorio se celebraban seis competiciones de carros y diez festivales de teatro. El coste de cada luchador muerto y traer a las fieras desde cientos de millas de distancia los convertían en un evento excepcional. Todos querían sangre y estaban allí para dársela. Marco se resistía a creer que aquello no tuviera más sentido que satisfacer los caprichos de una plebe ociosa. Aquella lucha por la supervivencia, en la que cientos de hombres se desangraban día tras día, debía conducir a algo, a un fin último, fuera el que fuera, que tal vez solo los dioses conocían.

Observó a Perseo, sentado ante él. La cresta de su yelmo, coronada por un grifo, símbolo de Némesis, le recordó cuál era su meta. El afán de venganza le había llevado hacia una senda sin salida, y ahora debía enfrentarse a ello. Pero ¿qué le movía a él? Perseo era un *auctoratus*, un hombre libre; sin embargo, aún permanecía en la escuela. Los ojos oscuros del hoplómaco le devolvieron la mirada.

—Te preguntas qué hago aquí, ¿verdad? —masculló, con una tenue sonrisa.

El gesto de Marco pareció otorgar vida a sus palabras.

—¿Recuerdas a Ajax? Era un luchador famoso. Mi primera vez tuve que enfrentarme a él. Al parecer llevaba más de treinta combates sin conocer la derrota..., imagino que sabrás cómo me sentía.

Lo sabía bien. Desde los nueve años, Marco había entrenado a diario con una espada de madera, con la idea de emplear algún día otra de metal. Cuando ese momento llega, descubres que has pasado media vida preparándote para un solo instante. Todo ese esfuerzo y sacrificio al fin servirán para algo, aunque solo sea para probarte a ti mismo.

—Luchamos durante casi una hora; aquello parecía interminable —murmuró Perseo—. Al fin, Ajax logró despojarme del arma y me encontré con la punta de su *gladius* en mi garganta. Hinqué la rodilla en tierra y aguardé, dispuesto a afrontar el momento fatídico. Mientras oía los gritos del público, no me atrevía a alzar la vista. Notaba la punta de la espada presionando sobre mi clavícula y una ansiedad que crecía a cada instante. —El gladiador esbozó una extraña mueca—. Entonces el organizador alzó el pulgar y pude levantarme. Sin embargo, al atravesar la puerta triunfal, percibí una vaga frustración. Me faltaba algo. Quería volver a sentir la amalgama de emociones que había dejado atrás. Al igual que el rechazo de una mujer no hace más que acrecentar tu deseo, me había vuelto adicto a la arena.

»Eso me animó a continuar. A partir de entonces, entrené más duro y fui derrotando a un adversario tras otro. No era la muerte lo que buscaba, sino la excitación del ritual. Por ella merecía la pena asumir cualquier riesgo.

»Para entonces, el pueblo había creado un ídolo. Un personaje ficticio, al que acabé asumiendo como identidad: para Perseo no existe la inseguridad ni el miedo; despierta la atracción de las mujeres y la admiración de los hombres. Creí no necesitar nada más y, por ello, acabé renunciando a mi verdadero nombre. Odias esta maldita farsa, pero amas lo que te hace sentir. ¿Quién no querría cambiar su vida por la de alguien al que todos consideran un dios? —Perseo aferró con fuerza su lanza—. Todo se lo debo a esto —sentenció—. Sin ella no soy nada.

Una pareja de esclavos les trajo unas ánforas. Marco experimentó un momento de pánico, como ante una caterva de jinetes suevos: sabía lo que la presencia de aquellos jóvenes significaba.

—¿Queréis agua? —les preguntaron.

—Dame vino —dijo Perseo, con su habitual sonrisa.

Marco tenía la lengua áspera y deseaba serenar su ánimo. Iba a tomar la copa que le ofrecían cuando percibió una presencia a su lado.

—No conviene que nada te enturbie el juicio —dijo Varrón Murena, que le tomó del brazo para conducirlo hasta una hornacina excavada en la roca donde se hallaba una minúscula figura iluminada por dos candiles de barro.

Por un momento, Marco consideró la idea de realizar una ofrenda ante aquella imagen de Júpiter, por modesta que fuera, y entonces recordó los gritos del capataz implorando la ayuda de los dioses, durante toda una noche, sin que sirviera para nada.

—¿Te preocupa algo? —le preguntó el senador.

—Él es mejor que yo. Jamás podré vencerle.

—Ahora ya tienes una ventaja —murmuró Varrón Murena—: tú sabes que vas a morir.

Entonces comprendió que ceder al miedo no consiste en huir. El verdadero temor es saberse impotente ante el destino e implorar ayuda mediante sacrificios, como un muchacho asustado que intenta ganarse el favor del matón de la escuela. Vencer al miedo consiste en saber que vas a morir y que solo puedes elegir tu modo de hacerlo. Supone entender que la cobardía es ceder a la tiranía del miedo. Es saber que en la vida solo existes tú y la muerte, y que nada de lo demás importa.

Cuando el senador se alejó, Marco sintió la presión de una mano sobre su hombro.

—Marco... —le dijo Mucro—, me gustaría pedirte un favor.

—Haré lo que pueda.

—Antes de morir, Petraites me pidió que cuidara de Herennia. Él era como un hermano para mí, y suponía un honor. Me gustaría que me prometieras que, si no sobrevivo a esta tarde, tú te harás cargo de ella.

—Tienes mi palabra.

—Gracias. —El suburano se ajustó la *manica* antes de subir a la plataforma que le llevaría a la pista.

—Mucro...

—¿Sí?

—Si mueres, ¿yo también podré tirármela?

Las carcajadas del hombretón resonaron en el subterráneo mientras ascendía hacia la arena. Marco estudió su propia panoplia, comprobando que todo estuviera en orden.

Las armas del gladiador estaban diseñadas para enfrentar a tipos de combatientes con distinto armamento, lo cual los obligaba a desarrollar un modo de lucha diferente. Del mismo modo que, ante el Arcadio, había tratado de mantenerse alejado, la longitud de la lanza de Perseo le obligaba a hacer lo contrario. Su adversario se sentiría cómodo en una distancia desde la que él podía atacar, sin arriesgarse a recibir un golpe. Marco saltó sobre el tablado justo en el momento en que este comenzaba a elevarle hacia la arena. El clamor de la multitud se mezclaba con la fanfarria de las tubas. Desde los toldos que cubrían la cávea, una nube de pétalos de rosa caía sobre la pista, salpicada de sangre como nieve escarlata.

Ante él, Perseo surgía desde las entrañas de la tierra.

—¡Perseo! ¡Perseo! ¡Perseo!

El hoplómaco alzó sus armas para saludar y la muchedumbre enloqueció. Cuando Marco trató de imitarle, un tremendo abucheo resonó desde el auditorio. Sin duda, Mecenas había hecho circular rumores sobre su cobardía, y los comediantes

callejeros no habían ayudado a lavar su imagen. Los *scutarii*, que se suponía que debían animarle, no ocultaban su desprecio hacia él, y sus abucheos se confundían con el de los *parmularii*, los seguidores de los gladiadores de escudo pequeño.

En la salutación, Marco dedicó al palco una reverencia sarcástica. Mientras se presentaba ante su adversario y el *summa rudis*, trató de olvidarse de todo.

Apenas hubo prolegómenos. Se situaron en sus marcas y, a una señal del juez, comenzó la pelea. Más allá de la rejilla de bronce que protegía su rostro, la lanza de Perseo se movía como una avispa. Su mayor alcance le permitía llevar la iniciativa; sabía muy bien cómo mantenerlo a distancia.

Trató de acercarse. Perseo hizo palanca con el astil y el hierro aguzado descendió sobre la cabeza de Marco a toda velocidad. Alzó su escudo para detener el ataque, pero la punta se frenó en seco y el otro extremo le golpeó en la rodilla descubierta. Un rugido de júbilo resonó en las gradas.

Cojeando, Marco dio un paso atrás. El agarre a dos manos permitía al hoplómaco golpear con más fuerza y modificar la trayectoria a su antojo. Bastaba con mover un palmo la posición de ambas manos para que el plano de ataque variara por completo.

Marco cargó de nuevo y Perseo barrió el suelo ante él con la punta de su lanza, obligándole a frenar en seco. El asta continuó con su movimiento circular y se elevó para golpearle en el casco. Apenas le hizo daño, pero el público vociferó; uno de tantos gestos inútiles al servicio del aplauso fácil.

Irritado, Marco se adelantó una vez más para robarle la distancia. Un lanzazo en la visera del yelmo le detuvo. El impacto fue tan violento que le hizo tambalearse. Aturdido, soltó un exabrupto.

Habían entrenado juntos; se habían estudiado mutuamente. Perseo conocía bien sus defectos y lo estaba demostrando con creces. Una vez más, Marco cargó contra él. El hoplómaco le golpeó con el asta en el antebrazo y su espada cayó al suelo. Tuvo que emplear el escudo para embestir. Su adversario saltó hacia atrás. El ataque se quedó corto, pero al menos pudo recuperar el arma.

Por primera vez, Marco recordó el consejo de Mucro de solicitar clemencia. Algo en su interior, tal vez el orgullo, le hizo descartar la idea. En su lugar, trató de concentrarse. Al estudiar las evoluciones de su oponente, descubrió que jadeaba por el esfuerzo. Daba la impresión de que sus fuerzas se agotaban. En una batalla, los relevos entre líneas siempre otorgan algún descanso, pero en la arena era distinto. Al parecer, Perseo apenas tenía fondo. Jamás se había dado cuenta, aunque ahora no importaba: debía utilizarlo en su provecho.

La única ventaja de luchar con dos armas contra alguien que emplea una lanza a dos manos es la posibilidad de realizar ataques simultáneos. A pesar de su destreza, Perseo empleaba una rutina de golpear y parar, en una acción tras otra. Él podía cubrirse y atacar al mismo tiempo. Decidió intentarlo, de modo que recompuso su

guardia. Apoyó la hoja del *gladius* sobre el borde superior de su escudo, a la espera del siguiente ataque.

La espada ha de moverse en todo momento apuntando al contrario, como si se desplazara sobre un embudo cuyo vértice siempre está orientado hacia él. No detienes en seco un ataque; lo desvías hacia un lado, o haces que muera al deslizarse por tu hoja. De este modo, cuerpo, mente y espada actúan como una cuña.

Perseo cambió el agarre para tratar de rejonearle en el cuello desde arriba. Marco se abalanzó sobre él. La lanza resbaló sobre su escudo pasando sobre su cabeza, mientras él dirigía una estocada hacia el muslo. La punta abrió un surco en el acolchado sin llegar a la carne, pero obligó al hoplómaco a retroceder. Marco sintió que se tambaleaba y le siguió presionando, lanzando cuchilladas a ciegas por debajo de la rodela de hierro. Ante sus ojos, todo era un entrechocar de metal.

Aquel modo de lucha no difería del que había practicado en el ejército: soportaba golpes de lanza, protegido tras su escudo, mientras él y sus compañeros avanzaban paso a paso, cortando y tajando, como una marea humana que engullía a sus enemigos. Los impactos resonaban en su casco, su brazo izquierdo estaba entumecido por los golpes del asta de fresno. Aun así, siguió avanzando: paso, tajo, paso, cuchillada... Por primera vez, el público le animaba y siguió arrollándole, con una estocada tras otra.

Soltó su propio escudo para sujetar a su adversario por la visera del yelmo, sin dejar de apuñalarle. Se sentía eufórico, había dado rienda suelta a su ira. Al fin luchaban a su modo. Los movimientos de su oponente eran cada vez más torpes y siguió acuchillándole sin parar.

Tropezó y ambos cayeron al suelo. Mientras rodaban por la arena, siguió buscando un hueco para hundir su hoja en la carne. Marco sintió un fuerte golpe en la espalda, pero no se detuvo. Un nuevo estacazo le hizo gritar una maldición. Al girarse, descubrió al juez de arena. Se incorporó a duras penas, y observó el cuerpo que yacía sin vida en el suelo, encogido sobre un charco de sangre.

Su mano extendida aún mantenía los dos dedos alzados para solicitar clemencia. Jamás supo durante cuánto tiempo había estado apuñalando a un cadáver.

A partir de ese momento, sus recuerdos se volvían confusos. Recordaba los aplausos del público cuando le entregaron una rama de palmera y que tuvo que dar una vuelta a la pista sosteniéndola en alto. Al cruzar la puerta triunfal, se topó con un Hermes extrañamente sombrío. La mayor parte de la escuela había sobrevivido, pero nadie, ni siquiera Mucro, salió a su encuentro para felicitarle. Decidió visitar el depósito de cadáveres.

Los gladiadores caídos yacían sobre el suelo. Se los quemaba con hierros candentes para asegurarse de que no seguían con vida y, a continuación, les abrían el cuello. Desfiló ante aquella colección de cadáveres, contemplando un cuerpo

mutilado tras otro, hasta que al fin encontró a Perseo. Lo habían desnudado; pudo contar, por lo menos, una veintena de heridas en el vientre y el costado izquierdo. Uno de los operarios recogía los humores que aún manaban de ellas en un recipiente cerámico. A la sangre de gladiador se le atribuían virtudes afrodisiacas; algún acomodado patricio pagaría una fortuna por una cura para su impotencia.

Al contemplar las facciones de su compañero de escuela, comprendió la utilidad de aquellos yelmos; solo entonces fue consciente de lo que había hecho. Resulta más fácil matar a un ser anónimo, antes que a alguien con rostro. Tras estudiar el color de su lengua, sus pupilas dilatadas y aquella expresión ausente, también comprendió lo que había pasado. A medida que el combate había ido transcurriendo, los movimientos de Perseo se habían vuelto más torpes. «No conviene que nada te enturbie el juicio», le había dicho Varrón Murena. Recordó el vino que le habían entregado a Perseo poco antes de salir a la arena y la insistencia de su patrón para que él no bebiera.

Estigia es el río que separa la tierra del Hades; su nombre en griego significa «odio». Se decía que Aquiles había sido sumergido en sus aguas poco después de nacer y que por ello se había vuelto invulnerable.

Marco sabía que sumergirse en el odio no hace a nadie invulnerable. Había cruzado infinidad de veces esa frontera que separa a los muertos de los vivos, al adentrarse en ese mundo sin reglas, donde las únicas leyes las imponía uno mismo.

La guerra. Creces en un mundo que te dice que no debes matar, y un día se convierte en tu obligación. Te dicen que lejos de Roma es distinto, que hacerlo es tu deber. Te enseñan cómo es la guerra y cómo es tu enemigo. Pero cuando encuentras en su cadáver un mechón de cabello y un tosco caballo de madera, descubres a alguien obligado a luchar tras abandonar la cosecha, tras dejar su granja en manos de su mujer e hijos. Una talla a medio hacer, un juguete inacabado; ilusiones infantiles abortadas por la ambición humana. Los legionarios que luchaban en la Galia odiaban más a los partos que aquellos que combatían en Oriente.

No odias a tu enemigo. Eso lo haría más fácil. Y el odio no te hace invulnerable; debes encontrar un modo de deshacerte del remordimiento. Para Marco el Hades era una disociación nacida en su mente que le permitía alejarse de esa parte de sí mismo que despreciaba. Incapaz de controlar la realidad que le rodeaba, su cuerpo solo obedecía al entrenamiento: era mejor no sentir nada antes que sentirse de aquel modo.

Su conciencia creaba una barrera, y solo en el Hades podía librarse de ella. Una vez allí, la supervivencia se convertía en una coartada para hacer lo que la moral le prohibía. Era el momento de su revancha. Contra todos. Contra el mundo. Una sensación de poder le embriagaba y, en el fondo, sabía que no era distinto a Fanio Cepión. Todo en lo que creía no era más que una farsa construida para ocultar su miedo al vacío.

Algunos, como Velox o su viejo camarada el optión, jamás regresaban del Hades. Ese era el mayor riesgo del soldado..., y los juramentos que se hacen sobre las negras y emponzoñadas aguas del Estigia siempre deben cumplirse. Marco se recordaba día y noche cuál era su misión, que debía matar a Fanio Cepión para ahogar su odio; si no cumplía ese juramento, sufriría el castigo de los manes. No importaba nada más, por trágico que fuera. Pero ya no podía mantener el autoengaño. Además, había algo que le aterraba, mucho más que el ser descubierto. Lo que más temía era alcanzar su objetivo, depositar un arma ensangrentada en un templo consagrado a la diosa de la venganza, quedar atrapado para siempre al otro lado del Estigia y que nada de ello le hiciera sentirse en paz.

Aquella noche deambuló por Roma buscando un lugar donde esconderse de sí mismo.

El tugurio del Velabro apestaba a mugre y orín. Entre el entrechocar de las jarras, las diputas de los parroquianos y las canciones soeces de los borrachos, Marco bebía en silencio mientras un estibador del puerto Tiberino farfullaba algo a su lado. El vino era áspero, malsano, y sospechaba que el camarero, a escondidas, lo mezclaba con agua. Pero aquella noche esa clase de mezquindades no le importaban; él mismo acaparaba todo su desprecio.

Alzó la vista del vaso y descubrió ante él a la última persona en el mundo con la que hubiera deseado encontrarse. Trató de ignorarle, pero no tuvo suerte. Alegre como un niño, Lucio Ahala se sentó a su lado.

—Sirve otra al campeón —dijo al camarero—. ¡Esta tarde ha ganado la palma!

El joven le pasó el brazo por el hombro para abrazarle.

—Vi el combate —aseguró Ahala con entusiasmo—. Cuéntame cómo fue. ¡Dioses! Le acuchillaste en el suelo como a un cerdo.

Marco tomó la copa que le ofrecía y dio un largo trago. Su vista se nublaba por momentos.

—Y decían que eras un cobarde —prosiguió el muchacho—. Yo siempre te defendí, sabía que eras un verdadero gladiador. Sí, señor, todo un hombre. Te echaste encima de ese bastardo y le apuñalaste sin descanso: nunca he visto tanto odio. Mientras alzaba los dedos pidiendo clemencia, tú te mostraste implacable. Y toda esa sangre. Me gustaría saber qué se siente al...

Marco se llevó el vaso a los labios. Conocía bien el color de la sangre, el sonido de unos huesos al astillarse, el hedor de las entrañas al salir del vientre. Si había acudido a ese tugurio era para olvidarlo.

—... la cuchillada con la que le atravesaste el bazo. Y le apuñalaste en...

Ahala estaba tan cerca de él que podía sentir su aliento en la cara. Entonces bajó la vista, para rehuir su mirada, y reconoció el colgante de ámbar de su cuello. Al darse cuenta, el joven sonrió.

—Era de una actriz —dijo—. Se llama Cintia, seguro que la conoces. Hace poco estuve con ella: el dueño de su compañía me dijo dónde podía encontrarla. Es amigo de mi padre, se llama...

—Tito Fabricio.

—Así es —asintió sonriendo—. Había descubierto que pretendía abandonar su compañía.

Ahala, contento por haber captado la atención de su ídolo, se mostró aún más animado.

—La abordé en el Quirinal hace unos días: acababa de salir del templo de Venus Erycina. Como soy un caballero, le ofrecí subir a mi litera. —Le guiñó el ojo con picardía—. Enseguida me di cuenta de su arrogancia. Se ríen de nosotros, ¿sabes? Disfrutan exhibiéndose. Se creen mejores que nosotros, solo hay que mirarlas a los ojos. ¿Te lo puedes creer? Una actriz, una simple ramera, despreciando a un ciudadano.

Dio un nuevo sorbo y continuó parloteando, incansable.

—Tuve que engañarla para que entrara en mi casa. Entonces, la acorralé contra una pared y comencé a desabrocharle el vestido. Ella me rogó que no lo hiciera. Ni en mis mejores sueños lo hubiera imaginado... Estaba ante mí, desnuda, temblando como una cría. Fue delicioso ver cómo perdía toda su soberbia ante mis ojos. La orgullosa actriz me suplicaba y no pude controlarme. Cuando al fin me tuvo entre sus piernas, se volvió mucho más dócil... —Le dio un codazo, en un gesto de complicidad masculina. Su satisfacción aumentaba por momentos—. Llamé a unos amigos para que se divirtieran con ella —concluyó—. Quise quedarme este colgante como recuerdo.

Apuró su vaso mientras Marco le observaba con una expresión vacía. Depositó su copa sobre la mesa con un ruido sordo.

—Este vino es asqueroso —dijo el gladiador, con una mueca—. ¿Nos vamos? Podemos ir a otra taberna, para que me cuentes los detalles. Conozco una en el puerto.

Marco apretó su brazo, en un ademán de confianza, y Ahala sonrió. Esa noche iba a disfrutar de la compañía de un *primus palus*.

Salieron al exterior. La luna derramaba una luz sucia sobre las calles del Velabro. Caminaron por una plazuela en tinieblas, entre prostitutas y borrachos; una pandilla de niños famélicos rebuscaba en el suelo donde había tenido lugar el mercado. Ante un portón entreabierto, una mujer ofrecía a su hija para servir en la casa. La expresión hastiada ante su insistencia evidenciaba que no era la primera en traer una descendencia incapaz de alimentar. Tal vez probaría suerte durante un par de días antes de llegar a un acuerdo con algún prostíbulo.

Pasaron ante una vivienda pegada a la orilla del Tíber; el río se había convertido

en un vertedero de ánforas rotas y de restos de pescado diseminados por el fango.

—¿Has estado alguna vez con una actriz? —preguntó Ahala—. Dicen que Perseo compartió lecho con todas las de Roma. ¿Podríamos entrenar juntos algún día? Mi padre cree que debo mejorar mi esgrima.

Marco le aferró del cogote para estampar su rostro contra la pared, haciéndole gritar de dolor. Su cabeza hizo un cráter en la cal antes de desplomarse. El gladiador impidió que cayera mediante un rodillazo en el vientre. Ahala gimió, aterrado. Cayó al suelo, y Marco le pisó la cara: comenzó a patear mientras pedía auxilio a gritos. Las putas se escondieron en los tugurios; nadie se atrevió a acercarse.

El joven recibió una patada en las costillas que le hizo toser sangre. Marco se sentó a horcajadas sobre su pecho. El primer puñetazo le fracturó el pómulo; el chasquido del hueso resonó como al partir una rama. Ahala trató de cubrirse el rostro con las manos y balbuceó una disculpa. Él le golpeó de nuevo. El muchacho trató de zafarse, pero Marco le retorció el brazo. Los ligamentos del codo crujieron al desgarrarse. Los sollozos se convirtieron en alaridos. Alzó la otra mano para cubrirse y el gladiador le golpeó en la garganta. Ahala dejó de respirar. Recibió otro golpe en la boca que le rompió varios dientes.

Jadeando, Marco se puso en pie mientras él gateaba por el suelo, aún sin comprender. Se llevó las manos a la cara y observó las palmas, horrorizado: era la primera vez que contemplaba su propia sangre y comenzó a chillar, hasta que su voz se quebró y se convirtió en llanto:

—Solo quería ser como tú.

El gladiador se giró hacia él y descubrió de nuevo aquella expresión que detestaba. Bajó la vista, asqueado. El muchacho le pidió perdón por algo que no entendía. Entre la basura, Marco encontró lo que buscaba. Recogió un pedazo de jarra y se sentó sobre él. Le golpeó con ella en el rostro, para arrancarle aquella expresión. Machacó sus facciones con furia, empleando todo el peso del cuerpo, hasta convertir su cara en un amasijo de sangre, huesos y cartílago. Hasta que, al fin, Ahala dejó de moverse y un lacerante dolor en la mano le obligó a parar, pero no sin antes haber comprobado que aquella maldita expresión se había esfumado para siempre.

Regresó a la casa de Varrón Murena con la mano destrozada, borracho y cubierto de sangre. El portero le vio llegar como uno de los supervivientes de Cannas. Una vez en su cubículo, Cnemo le entablilló el meñique y el anular tras colocarle un par de falanges en su sitio. En la parte inferior de los dedos, el fragmento de cerámica había cortado los tendones y tuvo que coserlos. El vinagre en la herida escocía casi tanto como su estómago.

—Tu mano no es un martillo —murmuró el médico, antes de irse.

Marco entrecerró los ojos, ignorándole, y se tumbó sobre el camastro. La cabeza le daba vueltas como una peonza. Logró enfocar la vista y en el muro descubrió la

imagen de un gladiador agonizando en la arena. Ahogó una carcajada: bastan dos puntos y una raya para que veamos un rostro. Tratamos de buscarle un sentido a todo, incluso a una mancha en la pared. Interpretamos la realidad para extraerle un significado; deseamos comprenderla, pero al mismo tiempo la falseamos.

Se incorporó para buscar a tientas el orinal bajo el camastro. Solo pudo regurgitar un líquido rojizo entre arcadas. Cuando terminó, descubrió a Hermes, de pie en el umbral.

—¿Cómo estás? —le preguntó el lanista.

Mientras se acomodaba sobre el borde del camastro, Marco trató de rehuir su mirada.

—A veces, matar a un hombre me hace sentir bien. Otras veces, mal. —Las palabras resultaron tan agrias como el sabor de su boca.

—Ese es el problema.

—¿Cuál?

—Que, al hacerlo, sientes algo. —Hermes observaba su mano inútil, envuelta en un lienzo de lino—. Al mirar atrás, siempre queremos encontrarle un sentido a todo —murmuró—. El único sentido que he descubierto en mi pasado es que me ha hecho ser quien soy. A todos nos pasa lo mismo, por eso a veces no somos conscientes de cuándo nos equivocamos. Lo único bueno que tiene este maldito oficio es que cualquier error te deja marcado para siempre... —Alzó su antebrazo izquierdo para mostrarle una cicatriz que lo atravesaba desde la muñeca hasta el codo—. Lo vi en tus ojos aquel día —añadió—; de niño, cuando viniste por primera vez a la escuela. Para ti esa cicatriz en la cara es el recordatorio constante de que jamás debes bajar la guardia. Eso hace que desconfíes de todo, hasta de tu buena suerte. Además, hay una decisión pasada de la que te arrepientes. Está ahí, dibujada en tu rostro, junto a esa vieja herida.

»Hagas lo que hagas, todo acaba formando parte del pasado. Los hombres que mataste terminan tan enterrados en tu memoria como sus cadáveres en la tierra. Solo hay una clase de error que hace que un hombre se pregunte, durante el resto de su vida, qué hubiera sido de él si, en algún momento, hubiera actuado de otro modo.

Aquellas tardes leyendo libros de historia en la biblioteca de su padre habían proporcionado a Marco una visión desapasionada. Acostumbrado a contemplar una realidad ya conformada, rara vez se preguntaba «qué hubiera ocurrido». Hasta el día en que no se atrevió a hacer lo que más deseaba y, en cambio, eligió lo que más dolía. Era inquietante resultar tan diáfano para su maestro de armas.

—Nací como un noble de Iliria —dijo Hermes—. Vivía en Metulum, en Liburnia, junto a mi mujer y mis hijos. Por entonces, los jápidos habíamos firmado un tratado de paz con la República y pagábamos un tributo. Pero sufríamos la rapacidad de los gobernadores provinciales. Hace veinticinco años, se organizó una revuelta. Mi

esposa me pidió que no me uniera a ella, y no le hice caso. Acudí a la guerra, nos derrotaron y me deportaron a Roma, para convertirme en gladiador. En la arena, lo único que me animaba a seguir era la idea de regresar junto a mi mujer y mis hijos. Con el tiempo mudé de apariencia y costumbres, adquirí fama y riqueza; ante mis ojos, el mundo se hizo más grande, e incluso cambiaron mi nombre por el de un dios griego. Yo solo pensaba en mi familia.

»Cuando Varrón Murena me concedió la libertad, fui a buscarlos. Habían pasado quince años. Aquí me conocen como «el ilirio»; cuando regresé a mi hogar, todos me llamaban «el romano». De nuevo, mi tierra estaba en guerra con Roma, y Augusto en persona dirigía el asedio a Metulum. Desde sus murallas, mis paisanos rechazaron un ataque tras otro y destruyeron varias torres de asedio. Fue inútil. Antes de que las legiones rebasaran el último cerco, decidieron suicidarse junto a las mujeres y niños, tras prender fuego a las casas. Mi familia murió en aquel infierno. Descubrí que, algunos años antes, ella se había casado con otro hombre. Tuve que regresar a Roma. —Los goznes crujieron cuando el maestro de armas entornó la puerta para marcharse—. El pasado es el pasado —dijo al cruzar el umbral—. No intentes regresar a él, porque jamás lo encontrarás tal y como lo dejaste. Haz caso a Heráclito: es imposible bañarse dos veces en el mismo río.

XIX

A medida que la litera se aproximaba, la mansión resultaba más imponente. Se erguía en un paseo del Palatino, por encima de una breve cortina de pinos que proyectaba una dura sombra a sus pies. Vitruvia apartó las cortinas para contemplar aquel soberbio edificio de dos plantas. Construido en sólida mampostería, blanca como los huesos de un cadáver, el sol del mediodía derramaba sobre él su luz inmisericorde, trazando duras sombras sobre la fachada sin lograr arrancarle ningún vestigio de color.

Pocos podían presumir de tener la casa de Rómulo en el vecindario. Cuando la cesta que llevaba a Rómulo y Remo por el Tíber encalló en una cueva no muy lejos de allí, los gemelos fueron amamantados por una loba. Roma había nacido en aquella cima, y desde entonces restauraban continuamente la choza de zarzo y paja en la que había vivido su primer rey. Con el tiempo, la primera de las siete colinas se convirtió en la residencia de las familias más opulentas y se había llenado de mansiones como aquella.

El palanquín atravesó la verja de hierro forjado; cuando sus puertas chirriaron al abatirse, los porteadores se adentraron en el patio. La editora experimentó una súbita aprensión cuando ambas se cerraron con un estruendo. El jardín estaba desierto: ni siquiera el viento mecía los árboles, como si fueran parte de un fresco. Solo oía el trinar de los estorninos.

—«De todo lo que tiene vida y pensamiento, las mujeres somos el ser más desgraciado. Necesitamos comprar un marido a peso de plata y aceptar que sea el dueño de nuestro cuerpo. Ese es el peor de los males. La prueba reside en saber si el esposo es bueno o malo, pues el divorcio no es honroso para nosotras y no podemos repudiarle. Si nuestro esfuerzo se ve coronado por el éxito, y nuestro cónyuge convive con nosotras sin aplicarnos el yugo por la fuerza, nuestra vida es envidiable. Pero, si no, es mejor morir. Dicen que vivimos en la casa una vida carente de peligros, mientras que ellos luchan con la lanza. Necios. Preferiría tres veces mantenerme firme con el escudo que enfrentarme una sola vez al parto».

Fanio Cepión recitaba bajo la sombra de una escultura de Prometeo. Castigado por Zeus, el titán amigo de los mortales había sido encadenado a una roca y una pareja de buitres le arrancaba a jirones el hígado para devorarlo.

—Medea de Eurípides —añadió—. Astuta, cruel, traicionera y seductora. Mujeres que no emplean la violencia, sino una manipulación sutil, despiadada, basada en fuerzas inconscientes, imperceptibles para la mayoría de los hombres...

El senador esbozó un gesto cortés; una invitación a que la acompañara. Por un momento, Vitruvia consideró inapropiado entrar sola en la casa de un hombre. Al cabo, se apeó de la litera, sorprendida ante ese recato entre conspiradores. Las

habitaciones habían sido decoradas con elegantes frescos y suelos de mosaico con teselas en blanco y negro; pilastras y frisos de alabastro, ónix y otros exóticos mármoles.

—Medea, Pandora, Helena, Circe... —murmuró Cepión—. ¿Te das cuenta de que en todas las historias la perdición siempre tiene forma de mujer?

—Tal vez sea porque las escribieron hombres —respondió Vitruvia—. Deduzco que has leído mi *Edipo*.

—Y yo que has comprendido el tema que se debe tratar.

Al contemplar aquella expresión satisfecha, mezquina, casi perversa, sintió una gélida sensación en el pecho, cortante como una cuchilla. Los rumores sobre las malas cosechas habían comenzado en primavera; sin embargo, ignoraba cómo podía saber Cepión que aquel año habría una plaga, a no ser que hubiera alcanzado algún oscuro pacto con Febris. Se obligó a descartar la idea; ni siquiera él podía doblegar la voluntad de los dioses. Los acontecimientos cada vez se ajustaban más al patrón establecido por Sófocles siglos atrás, y eso solo podía deberse a la casualidad.

El senador le ofreció asiento en una sala en cuyas paredes destacaban dos grandes grifos en estuco blanco. Se sentaron en una pareja de escaños.

—Augusto se ha recuperado gracias a los cuidados de Antonio Musa. —Cepión supo interpretar su expresión.

La editora había deseado que el *princeps* muriera, pues de ese modo su plan sería innecesario. Descubrir lo contrario supuso una decepción, a pesar de que no creía en la justicia poética, más allá de los poemas.

—Augusto ahora cuenta con la *tribunicia potestas* —dijo el senador—: investido con los poderes de un tribuno de la plebe, podrá convocar al Senado, promover leyes y vetar cualquier decisión de un magistrado. También le han concedido el *imperium proconsulare maius et infinitum* sobre todas las provincias imperiales, sin límite de tiempo. A cambio, ha renunciado al consulado; a partir de ahora, no ejercerá esa magistratura. Por su parte, Agripa ha obtenido el *imperium maius proconsulare* por cinco años en todas las provincias imperiales. Marcelo ha sido nombrado senador y se le permitirá ser cónsul diez años antes de lo estipulado.

—El *princeps* ha construido los cimientos constitucionales de su monarquía —concluyó Vitruvia.

El juicio a Marco Primo había sido el desencadenante de un proceso fraguado durante años y, mientras eran testigos de un cambio sin precedentes en la historia de Roma, la atención del pueblo deambulaba entre los juegos circenses y el suministro de pan. En aquel momento, la plebe estaba dispuesta a ceder su gobierno a quien pudiera darles de comer, y solo había un hombre capaz de hacerlo. Se decía que, después de que Augusto expusiera su reforma en la Curia, uno de los senadores murmuró: «Te respondería si pudiera».

Treinta y cuatro años antes, cuando una cruel hambruna se propagó por la ciudad, la población se congregó en el Capitolio, donde se había reunido el Senado, y amenazaron con quemarlos vivos e incendiar los templos si no les entregaban pan. Hasta entonces, Vitruvia había creído que Augusto solo sería uno de tantos «hombres fuertes» que habían dominado Roma a lo largo del último siglo: Cayo Mario, Sila, Pompeyo o Julio César. Revestido el *princeps* con aquellos poderes, a los que pronto se añadirían otros, la desaparición de esa amalgama de oligarquía y democracia que había sido la República era ya irreversible.

La editora se preguntó a quien había favorecido aquella plaga. ¿Realmente creía Fanio Cepión que una obra de teatro podría darle la vuelta a la situación? ¿Cómo esperaba que el pueblo culpara a Augusto de la epidemia?

—Aunque tuviéramos éxito, durante un tiempo reinaría el caos —masculló.

—Si tu hija enfermase, ¿dejarías de darle su medicina solo porque su sabor resulta desagradable?

Vitruvia entregó a Cepión una copia de la versión definitiva de su *Edipo* y se despidió de él para regresar a la litera. Mientras cruzaba el peristilo, un sonido metálico la sobresaltó y la curiosidad pudo con ella: más allá de una puerta entreabierta, vislumbró una estancia abarrotada de armas.

Al girarse, se topó con el *ergastularius*. Balbuceó una disculpa y atravesó la sucesión de pasillos con el hombre de piel oscura varios pasos tras ella. Deseaba acelerar la marcha, pero solo mostraría su miedo. No quiso mirar atrás. Cruzó el corredor sin dejar de observar la sombra que aquella desgarrada figura proyectaba sobre el mosaico ante ella. Oía sus pisadas, con un creciente temor que le oprimía el estómago. Casi se disponía a correr cuando halló la salida. Buscó a tientas la manecilla, mientras oía la pesada respiración cada vez más cerca. Al fin, encontró el pestillo y abrió la puerta.

El sol abrasaba, pero esta vez le resultó agradable. Caminó por el jardín sin mirar atrás y, al llegar al carruaje, comprobó que el *ergastularius* no había abandonado la casa. Subió a toda prisa y ordenó a los portadores que se pusieran en marcha. Solo cuando las puertas de hierro se cerraron tras ella, exhaló el aire que retenía en los pulmones. Trató de serenarse, mientras el palanquín recorría la calle hacia la vertiente sur del Palatino. Aquel repentino temor hizo que se preguntara una vez más por qué se había involucrado en aquella conspiración.

Cuando la litera pasó ante la fachada de un soberbio edificio, dejó de hacerlo. Vitruvia entrecerró los ojos al contemplar la corona de hojas de roble colgada sobre la puerta de entrada, a cuyos lados se habían plantado un par de laureles. Aquel enorme complejo residencial distribuido en dos terrazas que asomaban por encima del valle de Murcia era la residencia de Augusto, al que, cuatro años antes, el Senado había concedido aquella corona cívica por salvar la República.

La editora apartó las cortinas para mirar hacia el otro lado, donde Livia tenía su residencia. Hacía años que evitaba aquel lugar. Recordó con aprensión su primera visita a la casa de aquella matrona que trenzaba los hilos de la República al mismo tiempo que tejía una túnica a su esposo, haciendo pasar la lanzadera con insólita destreza entre los hilos de la urdimbre.

Habían transcurrido cinco años desde que pasearon juntas por aquel jardín. Incapaz de ocultar su pasión por la horticultura, la esposa del *princeps* le había mostrado las especies de higuera creadas por ella, además de la receta de un bálsamo. Era octubre, refrescaba; así pues, se sentaron junto al telar, en un triclinio decorado con frescos que imitaban, con un realismo admirable, el exuberante jardín. Rodeados de verdor, los pajarillos pintados picoteaban frutos silvestres entre madroños, adelfas, cipreses y robles.

Vitruvia tomó el huso y la rueca por pura cortesía; hacía años que no hilaba.

—Desde que mi esposo vio esa escultura, me han hablado mucho de ti —aseguró Livia—. Dicen que eres culta, refinada, inteligente... y ambiciosa.

Se refería a la *Venus* tallada meses antes por su hermano adoptivo, en la que ella había servido de modelo. Su esposo la había rechazado por no adecuarse a sus caprichos; Vitruvio, su padre, se vio obligado a venderla. La idea de que, en algún lugar, el dueño de la República hubiese admirado una imagen de ella desnuda le produjo una inquietud desconocida hasta entonces.

—Es un gran admirador de la belleza —dijo la noble; su boca minúscula, de labios delgados, le dedicó una sonrisa.

Vitruvia observó aquel rostro ancho y ovalado de grandes ojos negros; el parecido con Tiberio era evidente, aunque mostraba un carácter afable inusual en su hijo. Su sobria y elegante estola y la ausencia de joyas le otorgaban un aspecto regio que rozaba lo ascético. Una hermosa noble de rancio linaje, capaz de enamorar al dueño de la República. Los matrimonios entre aristócratas se adecuaban a las necesidades políticas, pero todos decían que el afecto que unía al *princeps* con su esposa era sincero.

—Sin embargo —añadió Livia—, mi esposo no desea tediosos cortejos ni tampoco enfados; tampoco celos o inoportunos dolores de cabeza.

Sirvió dos vasos con vino de Pucium, una selecta variedad del golfo de Trieste. La joven rehusó su ofrecimiento.

—Por mi parte, no quiero reuniones a escondidas, ni mentiras para justificar sus retrasos —declaró Livia sin más—. Si buscase una compañía para él, su relación con ella debería ser solo física. En caso de que sufriera algún retraso en... el ciclo, debería informarme cuanto antes. No es fácil encontrar a una joven que reúna todos esos requisitos. Pero, si es lista, podría sacarle partido a la situación.

Vitruvia recordó que fue su esposo quien insistió en que acudiera a aquella visita

de cortesía, y se dio cuenta de que su opinión no importaba. Sintió la angustia oprimiendo su estómago, unida a la rabia y a una amarga impotencia. Se aferró a su coraza con todas sus fuerzas.

—Por cierto —dijo Livia, haciendo la inflexión propia de quien cambia de tema—, mi marido desea construir una biblioteca junto al templo de Apolo y necesitará un proveedor.

Ignorando el comentario de su anfitriona, Vitruvia se incorporó para aproximarse a una de las mesas y tomó un retrato en encáustica depositado sobre ella. Comparó el rostro pintado en la tabla con la mujer que la observaba. Superados los treinta años, el paso del tiempo comenzaba a marcar diferencias.

—¿Qué pasaría si esa joven lograra ejercer alguna influencia sobre él? —preguntó—. Quién sabe lo que podría susurrarle al oído en el lecho, si, además de joven, es culta, refinada, inteligente... y ambiciosa.

El rostro de la aristócrata entró en tensión músculo a músculo. Para conservar su posición en la corte, Livia alentaba la inclinación de su marido hacia las damitas bobas de buena familia. Sin embargo, no deseaba que ninguna le hiciera sombra.

—Tienes razón —respondió—. Tal vez no sea la clase de joven que busco.

A partir de entonces, las puertas del Palatino se cerraron a las aspiraciones de Tito Fabricio, y eso acrecentó su hostilidad hacia ella. Por fortuna, también le trajo la amistad de Octavia, enemiga acérrima de Livia, que tras aquel incidente decidió costear la edición de los libros de arquitectura de Vitruvio. Al fin y al cabo, la enemiga de una enemiga se convertía en amiga. Para Livia, le dijo, su éxito como editora sería un recordatorio constante de que la esposa de Augusto no era omnipotente.

La litera comenzó a descender por las escaleras de Caco. Desde allí pudo contemplar el valle de Murcia y, más allá, el Aventino. Era el décimo día antes de las calendas de julio y se celebraba la Neptunalia, los juegos en honor a Neptuno para conjurar la sequía: en el circo Máximo la plebe rugía, enardecida por las carreras de cuadrigas. Más allá del Tíber, el monte Janículo había adquirido una deprimente paleta de tonos pardos.

Días atrás, Vitruvia había decidido trasladar la mayor parte de su biblioteca a la mansión de su esposo en el Aventino, en unas dependencias adosadas al peristilo. Llegados desde Puteoli, los criados habían descargado cientos de cajas repletas de volúmenes que ahora el encargado clasificaba con minuciosidad.

—Buenos días, Anteo.

El joven liberto contempló fascinado el movimiento de los labios de Cintia al pronunciar aquellas palabras. Parecía tan sorprendido de que hubiese recordado su nombre que no acertó a responder.

—¿Te has olvidado de hablar? —le preguntó la actriz.

—No..., solo disfrutaba del momento.

Los ojos negros de Cintia chispearon al sonreír, aceptando el cumplido, y él quedó prendido de ellos. Había acompañado a Vitruvia hasta Roma para transcribir su *Edipo*, y la posibilidad de toparse con la actriz resultaba alentadora, pero aquella situación no la había imaginado ni en sus mejores sueños.

—Pues deberías intentarlo más a menudo —dijo Cintia—. Me refiero a lo de hablar.

—No deposites demasiadas esperanzas en mí —respondió, dejando un manojito de rollos sobre la mesa—. Soy un tipo sin gracia que intenta parecer simpático. Solo me muestro ocurrente tras la tercera copa.

—En ese caso, tal vez debiéramos vernos en otro momento más favorable.

Por un instante, Anteo pareció considerar la idea de que todo estaba yendo demasiado bien. Las mujeres como aquella no solían interesarse por el encargado de una librería. Sin embargo, su mente debió de encontrar alguna razón que lo justificaba.

—Supongo que sería demasiado esperar que hayas venido solo a decírmelo —dijo, más animado.

—Tu patrona me ha enviado a buscar unos documentos —respondió la actriz, con un adorable mohín—. No te importará que pase, ¿verdad?

De nuevo, Anteo sopesó la posibilidad de que fuera mentira. Si no lo era, y se negaba a dejarla entrar en la biblioteca, arruinaría cualquier arrebatado de afecto en el futuro. Si lo era, la dama de compañía de su patrona solo husmearía entre unos libros. En un lado de la balanza veía la posibilidad de una cita con Cintia; en la otra, la posible bronca de la editora. Cuando la actriz ensanchó su sonrisa, hizo un gesto hacia la puerta.

Una vez dentro, su expresión se volvió vacía. Cada vez le costaba más interpretar aquel papel. Se sentía incómoda ante cualquier intimidad, aunque fuera ficticia. Anocheceía, no disponía de mucho tiempo, así que trató de centrarse en lo que la había llevado hasta allí.

Observó las estanterías abarrotadas de volúmenes. Al parecer, Vitruvia había traído desde Puteoli sus legajos personales y las obras de mayor valor. Sobre la mesa de trabajo, encontró las elegías que había compuesto. Se sentó para leer los cuatro poemas con atención. Los dos primeros describían el afecto entre dos jóvenes que se habían criado juntos; a pesar de que el argumento se desarrollaba en una esfera emocional, se intuía que alguna barrera los separaba. No le extrañó que la editora no quisiera publicarlos; bastaba una simple firma al pie de aquellos versos para exponer en público una parte inconfesable de su vida.

La tercera elegía era un lamento ante la traición del ser querido. La infidelidad con una esclava resultaba tan desoladora como su lamento ante lo absurdo de sentirse

traicionada. La desaparición del joven en el último poema, sin que se explicara el motivo, sumía a la poetisa en una amarga desesperanza, zarandeada por una amalgama de emociones a la que hacía frente con una serenidad sombría.

Sumergirse en el alma de su antigua dueña le resultó a Cintia tan turbador como verse a través de los ojos de quien había sido una hermana en todo salvo en el nombre. Se sintió una traidora. Le había causado una herida en lo más hondo y, una vez cicatrizada, la había reabierto gracias a una mentira.

Entonces, sobre la mesa encontró otro manuscrito. Una etiqueta de cuero revelaba su título: *Oidipous tyrannos*. Se trataba de una nueva versión del *Edipo* de Sófocles, traducida al latín. Cintia leyó el rollo de papiro con ojo experto.

En aquella adaptación, la obra había cambiado de forma turbadora. Se trataba de una mutación sutil, creada a partir del subtexto y las indicaciones dirigidas a los actores. El juego simbólico de la puesta en escena hacía que el original variara por completo. El reparto no se refería al protagonista con el latino *rex*, sino con el griego *tyrannos*; a pesar de que el uso de grecismos era habitual en las tablas, suponía un matiz envenenado. Edipo dejaba de ser un trágico monarca, incapaz de gobernar su destino, para encarnar a un déspota cuya ascensión al poder, mediante el asesinato, hacía que su gobierno estuviera marcado por la infamia y, a causa de ello, su pueblo fuese castigado.

El régimen de Augusto se basaba en algo vital, y al mismo tiempo intangible: el consentimiento del pueblo a ser gobernado. Y era ahí, en el campo de las ideas, donde Vitruvia parecía decidida a presentar batalla.

En los márgenes del manuscrito, había indicaciones sobre el tipo de caligrafía y, encima de la mesa, algunas muestras de pergamino de baja calidad, propias de una edición barata, que no dejaría evidencias acerca de su procedencia. Cintia no sabía mucho sobre libros, pero dedujo que aquella edición se distribuiría de forma clandestina. La presencia de Anteo en la casa cobraba sentido; la editora necesitaba un escriba de su entera confianza. Se había involucrado en un juego peligroso, y la actriz sabía muy bien que cualquier conspiración contra Augusto o sus herederos estaba condenada al fracaso.

Llevándose las manos a las sienes, reflexionó durante un momento. Escondió el manuscrito de *Edipo* y el de las elegías en el bolso. Tras despedirse de Anteo, se dirigió al peristilo, donde le aguardaba Tito Fabricio.

—¿Encontraste algo?

—Al parecer, está trabajando en esto —respondió Cintia, y le entregó un rollo—. Son unas elegías, dedicadas a su hermanastro.

Fabricio la tomó del brazo para conducirla hacia el jardín; una vez más, tuvo que acceder.

—Me intrigaba saber hasta dónde estarías dispuesta a llegar —dijo, sonriendo con

satisfacción—. Nunca imaginé que fueras capaz de tanto.

Mientras sus pasos los llevaban por el camino empedrado que conducía a la salida, una amalgama de emociones vagó por el rostro de Fabricio. Deformadas por las sombras, sus afiladas facciones mostraban una inquietante determinación.

—Necesito que hagas algo más.

Un palanquín de cedro labrado cubierto con cortinas aguardaba ante la puerta, junto a cuatro corpulentos porteadores de raza negra. En su interior, sobre el camastro cubierto de seda, había una máscara de teatro con los rasgos de Ariadna. Cintia comprendió su significado.

—Por favor —dijo, dando un paso atrás—. No puedes pedírmelo. Yo no soy tan...

—¿Tan qué? —espetó Fabricio—. ¿Es que solo lo eres un poco?

A lo largo de los últimos días, había descubierto a una mujer desconocida hasta entonces; una que apenas ponía reparo a sus deseos. Quiso forzarla hasta el límite.

—Cintia, durante años he visto cómo mirabas al resto de las actrices —manifestó con suficiencia—. Tú has elegido este camino, yo solo te ofrecí una oportunidad.

El comerciante de arte vio cómo la vergüenza teñía su rostro, y supo que no le culpaba a él, sino a sí misma. Un logro fraguado a fuego lento, consumado el mismo día que la forzaron. Fabricio se sentó en el borde de la litera; disfrutaba con aquella situación. No solo por ser testigo de su claudicación, sino por saberse el artífice. Decidió emplear el último recurso a su alcance:

—No querrás que le diga a mi esposa cómo conseguí este manuscrito, ¿verdad?

Cintia obedeció y se puso la máscara. Al recostarse sobre el lecho descubrió un par de argollas atadas al cabecero. Extendió las manos. Fabricio cerró las esposas en sus muñecas. Un chasquido metálico le anunció que ya no había marcha atrás. La litera se puso en marcha por la vía que atravesaba la colina; pronto dejaron atrás el templo de Minerva.

Durante un largo rato, Cintia sintió el traqueteo, oyó el sonido de los grillos y las cigarras. Cerró los ojos e inspiró profundamente; el perfume de las sábanas enmascaraba cualquier otro olor. Más allá del tenue dosel, unos viajeros comentaron algo en un rudo acento campesino. Supo que se dirigían hacia el bosque de Simila, al sur del Aventino, y la ansiedad fue creciendo tanto como su impotencia.

De pronto, emergió un recuerdo y su cuerpo se tensó. Aquella situación le evocaba lo que había pasado hacía unos días. Cualquier estímulo arrastraba a otro como una sombra. Imágenes fugaces, emociones efímeras, que la perseguían sin que pudiera evitarlo. Como si aquella tarde hubiese quedado enquistada en su mente y fuera a acompañarla de por vida. La angustia de verse indefensa, aplastada bajo el peso de un cuerpo; una desesperación que le hizo desear que todo sucediera cuanto antes, y que ahora la avergonzaba. Hacía días que evitaba la compañía de cualquier

hombre.

El palanquín se detuvo y lo depositaron sobre el suelo. El sonido de unas pisadas sobre una senda pedregosa le erizó el vello. La idea de que la descubrieran de aquel modo le produjo vértigo. Puso a prueba la resistencia de las argollas, pero fue inútil. Inspiró de nuevo, tratando de serenarse.

Uno. Dos. Tres pasos. Las suelas de madera de un calzado femenino resultaban inconfundibles. Una delicada mano engarzada en anillos de oro apartó las cortinas para descubrir un rostro adolescente, adornado con plata y coral. Las suaves formas de su cuerpo permanecían ocultas bajo un somero traje de piel de cervatillo, decorado con trenzas de lana blanca. Su mano izquierda sostenía una varita de tallos de hinojo con una piña de pino en el extremo. El cabello caía formando una cascada oscura sobre sus hombros desnudos; reconoció a la joven que la había abordado en las termas de Marcelo, aunque, una vez más, un vago vestigio de recuerdo le dijo que la había visto antes en algún otro lugar.

Soltaron sus ataduras. Aturdida, Cintia logró ponerse de pie. Su respiración resonaba agitada bajo la máscara.

—¿Celebras los ritos de noche o por el día? —Al hablar, los ojos de la muchacha seguían fijos en ella.

Sintió su mirada reptando sobre su piel, tratando de hurgar en su alma. El instinto le dijo qué papel debía interpretar.

—La mayoría de noche —respondió—: las tinieblas traen devoción.

—Para las mujeres, las tinieblas son engañosas y corruptoras.

—También de día se puede inventar maldad.

Era una bacante. La sacerdotisa del culto secreto a Baco. El Dionisio griego, el Hacedor de Vino, el Señor de las Bestias, el Cazador Cornudo. Una vez confirmados sus temores, sintió que algo se encogía en su vientre.

—Acompáñame —dijo la joven—. Pronto la comarca entera danzará, cuando Bromio conduzca sus cortejos a la montaña. Allí nos aguarda el festejo femenino, lejos de telares y ruecas.

Al adentrarse en el bosque, la actriz sintió el mullido césped bajo los pies. A medida que se aproximaban, la melodía de una tibia se hacía más audible. En un pequeño claro, descubrió un tejo centenario. El rugoso tronco ascendía como una monumental columna hacia las ramas, salpicadas de pequeños frutos de un rojo intenso. En torno a él, a la luz de una fluctuante hoguera, decenas de figuras danzaban al son de las flautas y timbales. Las mujeres, desnudas, llevaban coronas de flores y hojas de parra en los cabellos. Los hombres, ataviados como sátiros y silenos, se habían ceñido a la ingle unos enormes falos de madera de higuera. Una gran copa de dos asas pasaba de mano en mano; el aroma del incienso acrecentaba la sórdida atmósfera que los envolvía.

Era la danza de las ménades.

—¡Evohé! ¡Evohé!

Bajo una cortina de hiedra, los aguardaba un joven con una máscara, una corona de parra y una piel de leopardo por vestimenta: Dionisio, el dios del vino, del delirio místico y del teatro. Su doctrina misteriosa no solo era un culto dominado por mujeres, sino también un modo de concebir la vida. Y para ingresar en él, había que pasar un ritual que traía consigo la revelación de una doctrina secreta.

Cintia observó la máscara de madera de olivo que, depositada sobre una columna, presidía la ceremonia. Aquellas reuniones se celebraban sin ninguna clase de distinción social; orgías en torno al vino en las que todo estaba permitido. Por ese motivo, el Senado las había prohibido más de un siglo y medio atrás: siete mil acólitos fueron llevados ante los tribunales, acusados de toda clase de crímenes. Aunque el verdadero escándalo suponía que cualquier joven de buena familia podía entregarse a una docena de esclavos. Desde entonces, los misterios báquicos se habían convertido en un culto clandestino. La fecha y el lugar de sus reuniones eran un secreto que pasaba de boca en boca entre sus acólitos.

La bacante se aproximó a Cintia para entregarle un cálamo y un papiro, en el que escribió su nombre. Vestida como Ariadna, la esposa de Dionisio, se uniría a él en una boda celebrada en el Inframundo.

—Es ciceón —la joven le ofreció la copa de dos asas—, la bebida de los misterios.

La actriz apuró el contenido de un solo trago; sabía a cebada fermentada, con cierto regusto a menta. Notó cómo su consciencia se diluía e iniciaba el descenso al Hades, llamado catábasis. A su alrededor, la música resonaba incansable, salvaje, mientras las ménades danzaban con un sensual embrujo.

La bacante extendió su mano y Cintia la tomó, tal vez por miedo a que le fallaran las piernas. Vio que la sujetaba del mentón de la máscara para conducir su boca hasta la suya. La lengua se deslizó por la abertura y luego entre sus labios; la actriz se vio envuelta en su perfume. La bebida sagrada pasó de una a otra durante un lapso eterno. En ocasiones, Cintia se había esforzado por apartar la mirada de los cuerpos de sus compañeras de reparto. Había luchado contra aquella atracción antinatural, y ahora no tenía por qué hacerlo. Se sentía liberada. Estaba sucediendo y no era tan terrible como había imaginado. Cuando la bacante se separó de ella, percibió el intenso aroma del ciceón en su aliento.

Cogidas de la mano, la llevó hasta Dionisio. Una mezcla de excitación y miedo asaltó a Cintia, tan fuerte como la droga que había ingerido. Siguiendo la melodía de una flauta frigia, la danza se volvió desenfrenada.

—Hace miles de años, Dionisio descendió al Hades y trajo de vuelta a Ariadna —dijo la bacante—. Esta noche lo celebramos.

Una sensual ovación resonó en el bosque como respuesta a la ancestral letanía. Dionisio se acercó a Cintia y, a través del tejido, exploró las formas de su cuerpo hasta detenerse en la cintura. Ella se dejó abrazar dócilmente y su resuello se convirtió en jadeo cuando le desabotonaron el vestido. Bajo la seda, se deslizaron sus senos, rotundos sobre aquel cuerpo esbelto moldeado por la danza. Sus gruesos labios esbozaron un rictus trágico cuando las dos máscaras se tocaron y él se apoderó de ellos.

La respiración de la bacante resonaba en su oído, aquel cuerpo cálido se deslizaba sobre su espalda. Las yemas le acariciaban la piel y bajaron hacia el vientre. La respiración de Cintia se aceleró al sentir aquel suave tacto aún más abajo. Le susurraron palabras, pero no quiso escucharlas; todo su mundo se concentraba en aquella caricia. Quiso retirarse, pero su cuerpo no respondió; al menos, no del modo en que esperaba. Arqueó las caderas de forma inconsciente y una mano se deslizó entre sus piernas. Dejó escapar un gemido. Fue la señal de su rendición.

Dionisio se recostó en la hierba y ella se sentó a horcajadas sobre él. Pronto se vio aplastada entre dos cuerpos; uno cálido y suave, a su espalda, y la firme presión de un torso masculino en el pecho. Sentía cómo su excitación crecía con cada palpitación. Los dedos de la bacante le ayudaron a adentrarse en ella y de su boca escapó un lamento.

Con las palmas afianzadas en el suelo, la actriz puso en práctica sus clases de danza. Su melena, lacia y negra, se deslizó sobre sus hombros, mientras los pechos se mecían al ritmo de su agitada respiración. Dos parejas de manos recorrían su piel, tres cuerpos desnudos meciéndose en una cadencia compartida, en la que ella era el nexo de unión. Echó su cabeza hacia atrás y arqueó la espalda. Una boca se apoderó de su cuello y el tórrido aliento la encendió; Cintia sollozó ante aquellas manos que la hacían sufrir de placer. Sus ojos turbios la miraron salvajes por un momento antes de centrarse de nuevo en el hombre, y continuó moviendo las caderas. Su cuerpo se zarandeaba, su expresión era una mezcla de satisfacción y agonía. Aguardó hasta sentir las sacudidas del dios que se retorció bajo ella y le acogió en su interior con toda la intensidad del clímax.

Dionisio quedó tumbado en la hierba. Cintia se dejó caer sobre él. Durante un momento descansaron el uno sobre el otro, con los ojos entrecerrados. La bacante le acariciaba la espalda y sus dedos mesaron el cabello que le cubría el rostro. Entonces Dionisio se despojó de la máscara. Como había imaginado, era Marcelo.

—Nadie debe saber lo que ocurre aquí —dijo en su oído—. Ni una sola palabra a mi madre.

Durante un instante, Cintia rehuyó su mirada.

—Mi esposo no te cree capaz de guardar un secreto —dijo la bacante.

Aquella risa inocente, arrogante y seductora se convirtió en el recuerdo más nítido

de aquella noche. Al fin la actriz recordó dónde había visto por primera vez a aquella joven. Fue en el teatro de Pompeyo, en primera fila, cuando interpretó a Ónfale.

Era Julia, la hija de Augusto.

XX

La gota fría normalmente llegaba en otoño. Hacia octubre, el mistral arrastraba desde el mar las nubes que traerían los primeros aguaceros. Los campesinos, que hasta entonces habían aguardado para sembrar los campos, rezaban a los dioses para que la lluvia fuera abundante. Sin embargo, aquel agosto, Eolo se mostró despiadado. Tras diez meses de sequía, el Mediterráneo vomitó una devastadora tormenta sobre el Lacio; al cabo de apenas un par de días, el cauce del Tíber había ascendido más de diez pies. La corriente arrastró árboles, chozas, ganado y todo lo que encontró a su paso; al llegar a Roma, se desbordó.

El río anegaba periódicamente los valles. Por ese motivo, los primeros habitantes de la urbe se asentaron sobre las siete colinas. No obstante, hacía treinta y un años que los romanos no habían visto una inundación como aquella: cuando el agua se retiró, dejó tras de sí una ciudad hundida en una ciénaga. En los barrios bajos, la humedad erosionaba los muros de las viviendas y sus moradores tuvieron que dormir en los tejados. Anegadas, las primeras plantas de los bloques de pisos se volvieron inhabitables. Los comerciantes sacaban cubos de agua de sus establecimientos y trataban de limpiar las mercancías que habían logrado salvar de los saqueadores. Los pozos y las fuentes, enfangados, hicieron que la fiebre se propagara de casa en casa. El hedor y la humedad, unidos a la asfixiante calina, resultaban insoportables.

Con el agua por las rodillas, Marco observó a un grupo de esclavos amontonando los cadáveres que flotaban junto al circo Máximo. Ascendió por las escaleras de Caco, al suroeste del Palatino, sin hacer caso a los mendigos que aguardaban en aquella angosta pendiente para solicitar una limosna a gritos. Hijas y despojos de una sociedad opulenta, un ejército de putas trató de tentarle con sus cuerpos corroídos por la fiebre y el vicio, pero la mirada de Marco se dirigía hacia lo alto. A su izquierda se hallaba el templo de la Vitoria y más allá el de Cibeles, venerada en forma de piedra negra caída del cielo. Al otro lado se alzaban los imponentes muros de la mansión de Augusto. La escalinata desembocó en una transitada calle que él tomó a la derecha para pasar bajo el arco erigido en honor a Gayo Octavio, el padre mortal del primer ciudadano de Roma.

Una vez dentro del recinto, se encontró ante el templo de Apolo. Sabía que el interior estaba repleto de esculturas griegas, como una Diana de Timoteo y un Apolo de Escopas, además de los libros sibilinos. A ambos lados de aquel santuario de mármol de Luna y puertas de oro y marfil, había dos mansiones. La del lado occidental era la residencia privada de Augusto, donde este hacía su vida cotidiana; la residencia pública, casi gemela y destinada a los actos oficiales, era donde recibía a sus clientes y subordinados. Una puerta permanecía abierta y, gracias a ello, pudo vislumbrar un sobrio mobiliario sobre un suelo de mosaico.

—¿Todo bien? —le preguntó Quinto.

Su amigo le aguardaba junto a Tiberio, cuyo semblante evidenciaba su malestar. Cinco centuriones pretorianos y una pareja de bárbaros los acompañaban. Augusto había sustituido a su guardia personal de vascones de Calagurris por otra formada por germanos. Ajenos a cualquier interés político en Roma, su lealtad hacia el *princeps* era inquebrantable.

—No me han seguido —dijo, y Tiberio supo reconocer el matiz en su respuesta.

—La situación es grave y Marcelo está acabado. —El joven noble no ocultó su desprecio—. Mecenas y él organizaron los Juegos Apolinales y la Neptunalia por todo lo alto, con ofrendas y hecatombes para conjurar la sequía. Ahora, los barrios bajos de Roma son un cenagal, y el Campo de Marte se ha convertido en un pantano. Todos se lo tomarían a risa, si no estuvieran desnutridos y enfermos.

La plebe había acudido a los juegos de Marcelo para evadirse de la deprimente realidad, pero la naturaleza les había recordado que había cosas de las que era imposible evadirse. La civilización del espectáculo es cruel. Siempre pendiente de la novedad, el pueblo olvida pronto y, sin memoria, se muestra voluble y caprichoso. Los que aplaudían a Marcelo durante los juegos, ahora le echaban en cara su despilfarro.

—El fiel de la balanza se decantaba más por Agripa —dijo Marco.

—Sin embargo, Augusto lo ha enviado a Oriente, investido con un *imperium proconsulare* por cinco años sobre todas sus provincias —señaló Tiberio—. Le devolverá a Fraates a su hijo, a cambio de los estandartes perdidos.

Aquel inesperado viaje había generado el rumor en Roma de que se trataba de un retiro forzoso; pero no se envía a nadie al exilio investido con poderes extraordinarios y al mando de un ejército. Desde su residencia en la isla de Lesbos, la mano derecha del *princeps* podría controlar Siria y Macedonia, además de negociar con los partos, Herodes el Grande y el rey Obodas de Arabia Nabatea.

—La situación en Oriente parece resuelta —concluyó Marco—. Dicen que, una vez que Agripa regrese, sofocará la guerra cántabra. Para Augusto, eso supondría admitir ante todos su dependencia hacia él, al menos en cuestiones militares.

—La familia Vipsania es humilde —manifestó Tiberio—. Agripa sabe que, a pesar de sus convicciones republicanas, la clase senatorial le considera un advenedizo. Llamarle «hombre nuevo» sería casi un eufemismo.

Sin duda, aquel patricio adolescente sabía de lo que hablaba.

Pasearon por el complejo residencial, dispuesto en dos terrazas unidas mediante escalinatas, que asomaban sobre el circo Máximo. Una vez dejado atrás el templo de Apolo, se adentraron en el pórtico de las Danaides, en cuyo centro había un altar consagrado al dios de la luz y la verdad. En torno al soportal, realizadas en hierático estilo arcaico, una sucesión de esculturas de mármol negro mostraba las cincuenta

hijas de Dánao, que asesinaron a sus esposos, los vástagos de Egipto, la misma noche de bodas. En los edificios de Augusto, la presencia simbólica de su victoria sobre Marco Antonio y Cleopatra era recurrente y rara vez sutil.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Tiberio.

Marco rehuía su mirada.

—Varrón Murena drogó a Perseo antes del combate. Supongo que para menoscabar la imagen de Marcelo. —Puesto que el noble no dijo nada, Marco se apresuró a añadir—: Corre el rumor de que los almacenes de Emporium están casi vacíos.

—El trigo está a punto de agotarse —admitió Tiberio—. He comprado más en Mauritania, en la Galia, Hispania, el Ponto... Llegarán más cargamentos. Al menos, ahora será más fácil remontar el Tíber.

Su macabro sentido del humor le asqueó. La quinta parte de la población de la urbe dependía de los repartos de pan para alimentarse; en caso de que ese grano no llegara a tiempo, la situación se volvería desesperada. ¿Disponía de fondos suficientes para adquirir el grano necesario, transportarlo a la capital y pagar las contratas para su molido y horneado? Tiberio se estaba mostrando más ambiguo de lo habitual, y además había algo anómalo en aquella reunión: hasta entonces, el noble había delegado en Quinto para darle instrucciones. Debía existir un motivo importante, que aún no había expuesto.

—El médico de la escuela fue asesinado mientras estábamos en el juicio —dijo Marco, retomando el informe—. Las sospechas ya no recaen sobre mí.

—¿Sabes quién lo hizo?

Esbozó un vago gesto de negación.

—Tuvo que ser alguien de la escuela —declaró—. La situación dentro de la familia gladiatoria resulta cada vez más tensa. Saben que Varrón Murena amañó mi combate contra Perseo y que sus maquinaciones los están poniendo en peligro. De entre todos, Mucro parece el más descontento.

—Jamás se rebelará contra su amo, mientras el ama de llaves pueda pagar las consecuencias —murmuró Tiberio—. Ella tiene que desaparecer.

Marco se detuvo, y ocho suboficiales de alto rango tuvieron que imitarle.

—No puedo matar a Herennia.

—Nosotros podríamos hacernos cargo —señaló el joven aristócrata.

—No..., no será necesario.

Siguieron reconociendo las defensas. Adosado al lado occidental del pórtico de las Danaides, el barracón de la guardia de germanos controlaba las escaleras de Caco, uno de los pocos accesos al Palatino. En el otro extremo del patio se hallaban las dos bibliotecas, una latina y otra griega; los muros que las rodeaban eran igual de formidables.

Bajaron por las escaleras hacia el bosque de Apolo, un jardín en cuyo centro se alzaba el ara de la Roma Quadrata. El parque asomaba más allá del farallón del Palatino como una gigantesca balconada de trescientos sesenta pies de lado; un enorme bastión que dominaba el valle de Murcia. Desde él se podía contemplar el circo Máximo y, más allá, la colina del Aventino.

—¿Algo más? —preguntó Tiberio.

—Sí, una pregunta —dijo Marco—. ¿Qué sabes de mi hermanastra?

El noble no dejaba de observar su mano derecha, aún vendada.

—Visitó la residencia de Fanio Cepión aquí, en el Palatino, durante la Neptunalia. Mis hombres no tuvieron problemas en seguirla. Si tu antiguo legado no tomó ninguna medida para evitarlo, significa que desea que se sepa.

—Un modo de implicarla.

—La Curia sabe que él y Varrón Murena planean alguna clase de conspiración —afirmó Tiberio—. Si tienen éxito, todos lo celebrarán, no lo dudes, incluso los que votaron a favor de otorgar nuevos poderes al *princeps*. Sin embargo, tras el juicio a Marco Primo y la reaparición de Augusto, ningún senador, ni tan siquiera los más fervientes republicanos, se atreverá a formar parte de la conjura.

Eso haría que los conspiradores actuasen a la desesperada. Todavía podían jugar su baza en la capital, y Vitruvia suponía un nuevo factor en el juego. Uno potencialmente peligroso para Tiberio. Resultaba lógico que el noble desconfiara de él, aunque no por ello menos irritante.

—No sé hasta qué punto está relacionada con la conjura —dijo el joven cuestor—, pero te aseguro que ella no es mi objetivo.

Eso significaba que no deseaba su muerte, aunque no dudaría en ordenarla si eso le ayudaba a desbaratar los planes de los conspiradores. Igual que con Herennia.

—¿Crees que, si hablastes con ella, te diría algo? —Quinto, que hasta entonces había permanecido en silencio, le ofrecía una posible salida. Convencer a Vitruvia para que delatase a los conspiradores tal vez fuera la solución. Sin embargo, aun sin saber qué papel podía desempeñar una editora en la conjura, si es que ejercía alguno, era improbable que Cepión le hubiese contado algo comprometedor.

—Podría intentarlo —dijo al fin—. ¿Quién más lo sabe?

Observaba a Tiberio, a la espera de cualquier gesto que delatase una mentira. Cuando al fin habló, intuyó que decía la verdad, o que era muy bueno mintiendo:

—Agripa tiene espías en todas partes y ha logrado infiltrar a uno de ellos en casa de Marcelo. Él y yo canjeamos noticias.

Todo político era ante todo un traficante de información. Tiberio informaba a su futuro suegro de lo que, gracias a Marco, sabía sobre Varrón Murena, a cambio de quién sabe qué. Si el joven lo había admitido, tal vez fuera porque temía que, de no hacerlo, la lealtad de su agente en la casa de Varrón Murena no valiese nada.

Entonces se preguntó qué haría Tiberio si descubriese que tenía aquel mensaje en su poder.

—¿Qué te parece todo esto? —preguntó el noble.

Marco echó un nuevo vistazo a su alrededor. Superada la enfermedad, Augusto había regresado a aquel complejo residencial. Si los conspiradores deseaban atacar contra su vida, tendrían que asaltar aquella elegante fortaleza, aniquilar una cohorte pretoriana y a su escolta de germanos antes de que el resto de las guarniciones de la capital pudieran reaccionar. Estimó que al menos harían falta seis mil hombres armados.

Sin nada más de que hablar, decidió regresar a la casa de Varrón Murena.

Roma, dominadora del mundo, se había convertido en una ciudad de mendigos. Los había por todas partes, bajo los pórticos o apiñados en las escalinatas de los edificios públicos. Las clases altas se habían refugiado en sus casas de campo o en las mansiones de la bahía de Neápolis; solo transitaban por las calles de la urbe dentro de sus literas y rodeados por una nutrida escolta.

Al contemplar el templo de Esculapio, Marco se vio arrastrado hacia una realidad que había creído dejar atrás: las heridas de los moribundos apilados en sucias tiendas de campaña solo eran sustituidas por los estigmas del hambre y aquella plaga que corroía manos y pies. El zumbido de una nube de mosquitos los envolvía; el ensordecedor preludio de la malaria. El verano era la estación de los desfiles fúnebres, pero aquel año las muertes no iban acompañadas de ningún ritual.

En la entrada de la mansión, el portero montaba guardia acompañado de ocho gladiadores. Dentro del vestíbulo, Marco encontró una multitud. Se había acostumbrado a la cola que, a primera hora de la mañana, formaban los clientes del senador para presentarle sus respetos a cambio de comida, dinero y algún presente. El patrón les daba instrucciones mientras guardaban su turno en función de su rango, vestidos con la clásica toga. Dada la riqueza del dueño de la casa, ese ritual podía prolongarse hasta la hora tercera. Esta vez, Varrón Murena había reunido a su clientela al completo, sus instrucciones debían ser extensas y la retribución económica mayor. Algunos abandonaban el edificio con un sospechoso bulto bajo el brazo.

Se adentró en el patio, donde entrenaban una veintena de gladiadores. Todos le siguieron con la mirada mientras se aproximaba. Con la mano derecha aún vendada, Marco no tenía que completar las prácticas. Tomó una espada de madera del cesto y comenzó a golpear el poste, empleando la zurda.

Tac-tac-toc-toc.

Tac-tac-toc-toc.

Le había llevado tres días aprender a afeitarse con la izquierda, y diez más lograr que la otra no permaneciera inerte. Sus intentos de escribir acababan como los

ejercicios de caligrafía de un crío de seis años. Respecto al dibujo, ni siquiera se planteaba un sencillo boceto.

Tac-tac-toc-toc.

Tac-tac-toc-toc.

El escudo no era solo una defensa, sino también un arma. Por ello desde niño había ejercitado las dos manos, pues el luchador ideal es ambidiestro. Sin embargo, en un combate en formación todo soldado ha de ser diestro, o de lo contrario se abriría una brecha en la línea. Por ello, hacía años que Marco no practicaba con la zurda y era necesario repetir veinte mil veces un movimiento para, llegado el momento, realizarlo de forma inconsciente. No solo su cuerpo debía interiorizar de nuevo las acciones: su mente debía verlas como ante un espejo.

La *armatura* no enseña a vencer a los demás, sino a superarse a sí mismo. Para mejorar, debes estudiar todas tus acciones y las posibles consecuencias; eso te obliga a verte desde fuera. La vida es solo la consecuencia de las decisiones que tomamos en cada encrucijada. De nuevo, eso le hizo recordar. Debía seguir entrenando, mantener su mente ocupada. Solo de aquel modo lograba ahuyentar la culpa. Abandonó a Cintia en la calle y la habían violado. Matar al culpable no cambiaba lo ocurrido, y él no podría esbozar ni siquiera el boceto de un relieve. La esperanza de trabajar como arquitecto o escultor se había desvanecido. Todo acto tiene sus consecuencias.

El *rudis* se astilló cuando sus golpes se hicieron más violentos. Marco lo arrojó al suelo y tomó otro del cesto. Se le habían cargado los músculos del hombro. Debía relajarse o el ejercicio no serviría de nada.

Vio a Mucro dirigirse hacia él con una jarra de agua en la mano. Tomó el recipiente que le ofrecía para dar un largo trago y se limpió el sudor de la frente. Se sentaron en el pórtico, con la espalda apoyada en las columnas. Apenas habían hablado sobre la muerte de Perseo.

Recordó las órdenes de Tiberio: debía asesinar a la mujer del hombre que tenía a su lado. No estaba preparado para ello. Matar a un criminal o a un soldado era una cosa, acabar con la vida de una inocente era otra bien distinta. Aunque se resistía a admitirlo, el noble tenía razón. Hasta entonces, Mucro no habría tenido nada que perder si se rebelaba contra su amo. Él mismo le había convencido para que se uniese a Herennia y, a partir de entonces, tenía un punto débil.

Para hacer creíble la farsa, Marco había tenido que ganarse su confianza. En lugar de crear un personaje y tratar de vivir una mentira, se limitó a ocultar la parte de sí mismo que lo habría delatado. Dejó aflorar emociones reales en los momentos precisos, para no mentir más de lo necesario; de lo contrario, le habrían descubierto. Ahora la amistad que le unía a Mucro era real, su juramento a Némesis le había conducido hasta aquella situación y, esta vez, si cumplía las órdenes, no podría cargar con la culpa.

El suburano parecía preocupado.

—¿Todo bien? —le preguntó Marco.

—La muerte de Velox fue un gaje del oficio —dijo, sin más preámbulo—. Lo de Critias es distinto: ha sido alguien de la escuela.

—¿Has averiguado algo?

Sabía que Mucro había preguntado entre los antiguos criminales condenados a una *damnatio ad ludum*. Los vínculos que aún mantenían con el hampa de los barrios bajos hacían de ellos una fuente muy fiable.

—Hablé con el *collegium* —respondió el suburano—. Ninguno de los guardias que controla el acceso a la armería está implicado. Uno de los prisioneros está enganchado al opio. Pensé que tal vez... Le dimos una buena paliza, pero no sabía nada.

Las armas permanecían bajo llave en la armería y el encargado llevaba un inventario. En caso de que tuvieran que cumplir con alguna misión para el patrón, se las entregaban en la puerta y debían devolverlas al regresar. Solo los *auctorati* y los miembros del círculo de confianza de Varrón Murena podían tener algún puñal o espada en propiedad.

—¿Alguno de los bárbaros? —preguntó Marco.

—Apreciaban al viejo, a todos les salvó la vida alguna vez —respondió Mucro—. Y no es solo eso lo que me preocupa... Te ascendieron a *primus palus* de la noche a la mañana y drogaron a Perseo para que lo mataras. Nos utilizan como juguetes; parece que cualquier cosa vale con tal de dejar a Marcelo con el culo al aire: por algún motivo, el patrón lo detesta.

Varrón Murena odiaba a los hijos adoptivos del *princeps* tanto como a él mismo, y la mala salud de Augusto era bien conocida. Tal vez el plan de los conspiradores fuera asesinar a Marcelo para agotar la línea sucesoria. Como había señalado Tiberio, los orígenes humildes de Agripa le privaban del apoyo del Senado; al contrario que Augusto, no contaba con el nombre de César. Como mucho, podría aspirar a ser un nuevo «hombre fuerte» que tutelase la República durante algún tiempo. Quizás el plan de Fanio Cepión y de Varrón Murena demostraba una visión mucho más a largo plazo de lo que suponían. Las formidables medidas de seguridad que rodeaban a Augusto hacían improbable que él fuera su objetivo.

—Dentro de poco, se celebrarán los Juegos Romanos, y dicen que será algo grande. —Marco echó un vistazo al patio; solo vio a un puñado de *primus palus* rodeados de novatos—. La escuela está mermada...

—Todas lo están —señaló Mucro—. Pero la nuestra en especial. Se rumorea que Hermes saldrá de nuevo a la arena.

Aquella noticia supuso un sobresalto. No era extraño que viejos ídolos retirados, que ya habían obtenido la libertad, combatieran en ocasiones excepcionales. ¿Había

presionado Mecenas a su cuñado para que la gran estrella regresara al anfiteatro? Dudaba que su influencia sobre él llegara a tanto, lo más probable era que hubiese pagado una obscena suma de dinero. Marcelo deseaba distraer a la plebe de sus problemas, y, para lograrlo, estaba dispuesto a todo. Los lanistas de toda Italia no desaprovechaban la oportunidad de embolsarse una fortuna.

—Fanio Cepión y Varrón Murena traman algo —masculló Mucro—. No dejan de hablar con malditos orientales...

Su camarada no era tan estúpido como para ignorar, a esas alturas, que Marco hablaba griego. Sabía que había prestado atención a la charla de su patrón con Lisímaco; tal vez también la de Herodes.

—Preparan un magnicidio —le explicó en voz baja—. No sé contra quién, ni tampoco cómo pretenden hacerlo.

—Si se salen con la suya, se cubrirán de oro —asintió Mucro—. Nosotros nos jugaremos la piel para obtener nada más que migajas.

—Si las cosas van mal...

—Necesitamos un plan de contingencia.

De nuevo, Marco había logrado que la idea no pareciera suya. Dejó fluir las palabras que había preparado para la ocasión:

—Si hablamos con quien no debemos, llegará a oídos de Varrón Murena. Creo que puedo convencer a los bárbaros para que se unan a nosotros. Tú podrías reunirte con los criminales.

—¿Qué les digo?

—La verdad. ¿Qué posibilidades de éxito tienen los conspiradores? Tras el juicio a Marco Primo, sin duda Augusto los vigila. Si puede demostrar que traman algo, nos interrogarán para obtener una confesión. Y ya sabes lo que eso significa.

Mucro se levantó cuando vio llegar a Cnemo por el pórtico. El médico hizo un gesto a Marco para que lo acompañara al dispensario. Una vez dentro, le hizo sentar sobre uno de los camastros. Retiradas las vendas, Cnemo observó su mano con desazón. Hacia el arranque de los dedos, la herida había cicatrizado, aunque apenas podía flexionar el índice y el anular. A pesar de que todavía conservaba la movilidad en el pulgar, su mano se había convertido en una torpe e insensible garra que apenas podía sostener el escudo.

Al ver la expresión del joven médico, supo que jamás volvería escribir.

—¿Se puede saber qué tramáis? —murmuró Cnemo, mientras aplicaba un ungüento sobre la cicatriz.

—Hablábamos de Critias. —A juzgar por su cínica expresión, el médico debió de suponer que solo era una verdad a medias—. ¿Qué hizo antes de su muerte? Es decir, cuando...

—¿Cuando no estaba borracho? —replicó, sarcástico—. Parecía preocupado y, al

mismo tiempo, inquieto. Esa mañana fue a una pequeña biblioteca del teatro de Pompeyo. Trajo consigo un viejo volumen escrito en griego. Estuvo varias horas leyéndolo. Fue algo extraño.

—¿No era normal que buscara libros?

—Por supuesto que lo era —respondió el médico—. Sus conocimientos no provenían del aire. Lo que me extrañó fue la temática.

—¿No era de medicina? —preguntó, decepcionado.

—Se trataba de una especie de tratado esotérico, atribuido a Céleo.

En efecto, no resultaba fácil imaginar al médico interesado en un escrito apócrifo del mítico primer sacerdote del culto a Deméter, diosa griega de la agricultura.

—Además —añadió Cnemo—, tras su muerte, no hallé el volumen en el dispensario. Ha desaparecido.

—¿Qué me puedes decir de sus heridas? —Marco había bajado aún más la voz; su acompañante se mostró intranquilo.

—Un trabajo limpio. No había ningún corte en las manos o antebrazos, fruto de la clásica posición de defensa. Tampoco había evidencias de ensañamiento. Solo un golpe en el lado izquierdo del rostro, que le desgarró la frente, y una cuchillada mortal en el costado.

—Obra de alguien que sabe emplear un arma.

—¿Te extraña? —preguntó Cnemo, como si hubiese sorbido vinagre—. Le mataron dentro de esta casa.

Un miembro de la familia Varrón; era la única explicación posible.

—Demasiado torpe —murmuró Marco, desconcertado—. Critias deambulaba por las noches de taberna en taberna. Hubiera sido fácil asaltarle en un callejón, y todos habríamos pensado en un robo.

—Hay dos cosas más —añadió Cnemo, adquiriendo valor—. La herida en la cara es vertical, desde la mandíbula hasta la frente. Un desgarró de un palmo de longitud, no un corte.

Comprendió lo que quería decir. No le atacaron con un arma blanca, y si le hubiesen golpeado con una porra la lesión se encontraría en la parte superior del cráneo.

—¿Y la segunda herida?

—Cualquier médico que haya trabajado en una escuela de gladiadores la reconocería: obra de una espada corta o un puñal. Lo que la hace inusual es que atravesó el hígado, justo bajo el diafragma.

Se trataba de un detalle importante, del que no se había percatado cuando encontró el cadáver: el hígado se encuentra en el costado derecho del vientre.

—El asesino de Critias es zurdo.

—Al menos uno de ellos —señaló Cnemo—. La contusión en el rostro parece

obra de un diestro.

Marco se levantó del camastro para dirigirse hacia la puerta. En el borde exterior, hacia la altura de los ojos, descubrió una mancha oscura. La estudió con atención: parecía sangre coagulada. Critias era aproximadamente de su misma altura, así que pudo imaginar el origen de la herida vertical en el lado izquierdo de su cara. Eso explicaba por qué la trayectoria del golpe no venía de arriba, no era necesario buscar dos asesinos.

No fue un ataque inesperado, Critias sabía que lo iban a matar. Trató de encerrarse en el dispensario, alguien dio una patada a la puerta desde fuera y él salió despedido contra la pared. Aturdido por el golpe, le acuchillaron en el hígado. Fue una muerte rápida. El trabajo de un profesional, de un hombre zurdo.

Se despidió de Cnemo para regresar a su cubículo. Había dos cuestiones que debía investigar. Una era la muerte de Critias; la otra, la más importante, el significado de las tablillas de cera que guardaba en su cuarto. Sin saberlo, el joven médico le había dado la clave para estudiar aquel mensaje cifrado que había arrebatado a Velox y que releyó hasta que lo memorizó.

Buscar lo improbable. Debía encontrar lo que resultase anómalo, aquello que no podía responder al azar. El resultado de una causa oculta, de una voluntad consciente. Al repasar mentalmente los dígitos, había encontrado un patrón. Tal vez no señalase la senda correcta, pero tenía que comprobarlo. Entró en el minúsculo dormitorio y atrancó la puerta desde dentro. Extrajo las tablillas de cera de su escondrijo y las abrió sobre el camastro.

III·III·I·V·I·III·II·III·III·V·III·V·III·III

Eran catorce dígitos, un número par. Por tanto, había considerado la idea de que fuera una relación de fechas: el primer número podría significar el mes; el segundo, el día. No obstante, lo había descartado.

La clave era Macedonia. Se trataba de un mensaje dirigido a Marco Primo, su procónsul. Sin duda, buena parte de su oficina estaría compuesta por libertos de origen griego. El código le era desconocido porque tenía que ser descifrado en aquel antiguo reino helénico, y no en Roma.

Buscó algo que no pudiera responder al azar. Al repasar mentalmente los números, una cosa le llamó la atención: su valor siempre variaba entre el uno y el cinco, y las posibilidades de que esto ocurriera sin motivo eran muy remotas. Esa era la clave. Recordó que, en uno de sus libros, Polibio describía un sistema de cifrado para ser transmitido mediante luces de antorchas, en el cual las letras del alfabeto se distribuían en una tabla de cinco filas y otras tantas columnas, de forma que los números se definían gracias a las coordenadas de cada casilla. De este modo, la A se convertía en I·I, la B en I·II, la C en I·III, y así sucesivamente.

Excitado, tomó el cálamo y trazó rápido una serie de líneas, letras y dígitos sobre un pedazo de corteza de sauce, hasta componer una tabla:

IIIIIIIIIVABCDEFIIFGHIKIILMNOPIIIIIQRSTVVXYZ

Luego, usando los pares de cifras como coordenadas, fue anotando una serie de letras en uno de los márgenes: O, E, D... Su corazón se aceleró al descubrir que, en efecto, componían una palabra. Al llegar a la última letra, se detuvo. Entonces, leyó el nombre griego que formaban: *Oedipvs*.

Edipo. ¿Qué podía significar?

Alguien llamó a la puerta. Escondió las tablillas de cera en el recoveco de encima de la viga y desatrancó el postigo. Cuando abrió, se encontró con el mayordomo.

—El amo desea verte.

Le alegró ver que a Varrón Murena tampoco le iban bien las cosas. Se reunió con él en el despacho de la tercera planta. Los rollos y legajos que había reunido para preparar el juicio aún estaban sobre la mesa, aunque apartados para hacer sitio a varias jarras de vino, ahora vacías. Con el cabello revuelto y unas profundas ojeras, el senador esbozaba un rictus trágico al contemplar el busto de su hermana. Marco casi pudo leer su mente. ¿Augusto había logrado engañar a Terencia sobre su estado de salud, o es que ella le había traicionado? En política, el juego de lealtades no entendía de lazos de sangre.

Su patrón apenas alzó la vista al descubrir su presencia; la exánime luz de los candiles convertía las cuencas de sus ojos en dos pozos sin fondo. Hizo un gesto huraño para que se sentara y sus manos proyectaron dos sombras sobre la mesa, negras como tarántulas. Marco no apreció la comodidad que prometía el escabel cubierto de seda.

—Cree que puede tomar todo cuanto desea —dijo Varrón Murena, observando el busto de Terencia—. No sabes lo que es ver a tu hermana deshonrada por un tirano.

El sarcasmo oculto en aquella frase hizo que Marco sintiera una súbita náusea. Recordó las palabras de Perseo. ¿De verdad Vitruvia había sido amante del *princeps*? Eso tal vez explicase su visceral odio hacia él. Casi deseó que fuera cierto, para poder justificar su amistad con Fanio Cepión.

—Era una muchacha inocente, hasta que se casó con ese corrupto afeminado...

Varrón Murena se negaba a admitir que su hermana visitase el lecho de Augusto seducida por el poder, tal y como parecía probable. Marco se preguntó si él también se engañaba a sí mismo. Cepión había utilizado ese odio para hacer que Varrón Murena formara parte de la conjura; tal vez incluso fuera el responsable de las pintadas y libelos obscenos sobre aquella relación ilícita. Por su parte, Tiberio no había comprendido por qué el senador se había involucrado en la trama. A pesar de haber estado a la vista desde el principio: la conducta de Varrón Murena le resultaba incomprensible solo porque era un hombre moral.

¿Le ocurría lo mismo a él con Vitruvia? Dio un largo trago a la copa que le había ofrecido, para no tener que pensar en ello.

—Los asesinos de César se equivocaron —dijo Varrón Murena, que estaba ebrio; eso dejaba abierta la posibilidad de que hablara más de la cuenta—. No basta con apuñalar al tirano. La plebe seguía adorándole, gracias al dinero dilapidado en juegos y repartos de pan...

Durante un largo rato, le dejó divagar. Estaba solo, abandonado. Su único aliado era un lunático obsesionado con el poder; una relación basada en un odio común. Escuchando los desvaríos de un borracho, la conspiración fue cobrando forma ante sus ojos. Antes de cometer el magnicidio, los conspiradores tenían que arruinar la reputación de su víctima. Pero seguía sin saber de quién se trataba.

Horas antes, Tiberio había dicho que Marcelo estaba acabado. ¿Significaba que él era su objetivo? Recordó las intrigas de Varrón Murena por menoscabar su imagen. Si las medidas de seguridad que rodeaban al joven eran enormes, las de Augusto resultaban formidables. Nadie podía acercarse a menos de cien pasos de él con un arma en la mano. Y Agripa, el otro heredero, no se encontraba en Roma: eso dejaba a Marcelo como la opción más probable. Sin embargo..., quizá su propósito fuera acabar con la vida de Mecenas y de ahí los libelos sobre su esposa Terencia, que lo retrataban como un cornudo pusilánime. Era obvio que Varrón Murena también estaba resentido con él y resultaba una presa mucho más fácil.

—Imagino que fue duro —le dijo el senador, observando su mano vendada—. Pero ahora sé que puedo confiar en ti.

De nuevo, la frase resultaba tan sarcástica que casi se le escapó una carcajada. Amañar su combate con Perseo había hecho que el odio que antes sentía hacia Cepión se trasladara hacia él. Esa clase de desprecio que solo puedes sentir hacia quien te obliga a odiarte a ti mismo.

—Mañana te necesitaré a mi lado: he de hablar con alguien —concluyó Varrón Murena—. Una vez que haya llegado a un acuerdo con él, la suerte estará echada. El resto de los detalles los sabrás en su momento.

Lo dijo sin inmutarse. Tenía una baza escondida. Había algo importante que hizo que la inquietud de Marco aumentara. Eso sí, fuera como fuera, había ascendido más en su nivel de confianza. Tal vez, en el pasado, Varrón Murena había entablado alguna conversación similar con Hermes, pero no sabía si aquella idea debía alentarle. Lo que sí sabía era que pronto se encontraría de nuevo con su antiguo legado, Fanio Cepión.

Varrón Murena estaba en lo cierto: el desenlace estaba a punto de producirse.

XXI

Iba a ser un día difícil. Había muchas cosas por hacer. Marco decidió centrarse en la primera. Una cuadrilla de bárbaros rubicundos le observaron con atención cuando atravesó el patio para reunirse con ellos en el pórtico. Vindiacos, un enorme galo de origen ambiano, se había convertido en su líder. Su subalterno, Aenor, era un marcomano de rostro cuadrado y mirada serena, con brazos como jamones.

—Saludos, amigos —les dijo—. Hace un buen día, ¿verdad?

—¿Hablas galo? —Extrañado, Vindiacos le respondió en latín. Aprovechó su desconcierto para sentarse a su lado.

—Era la lengua en la que me cantaba mi madre, cuando era niño —respondió.

—¿Y a cuántos galos has matado desde entonces?

«La verdad solo engendra odio», había escrito Terencio. En Roma, las verdades a medias eran el aceite que engrasaba las relaciones sociales. Aquellos bárbaros, nacidos en las frías e inhóspitas tierras del norte, no conocían ni el vino ni el aceite. Su mundo estaba hecho de mentiras o verdades desnudas.

—A unos cuantos —reconoció.

En algún lugar, el viento tramontano agitó unas contraventanas, haciendo chirriar las bisagras de madera.

—¿A qué has venido? —intervino Aenor.

Marco conocía la rivalidad que existía entre ambos. La mayor parte de los bárbaros de la escuela eran germanos y galos; si lograba ponerlos de su parte, el resto los apoyaría.

—Nuestro patrón trama algo.

—No me digas —respondió Vindiacos, sarcástico—. Creía que los asesinatos, las emboscadas y los chantajes eran algo común en Roma.

—Si no tiene éxito, nuestras vidas no valdrán nada.

—Dinos algo que no sepamos. —Aenor parecía interesado en remarcar su presencia.

Marco retuvo aquel detalle mientras trataba de ahogar su irritación:

—Él y Fanio Cepión pretenden asesinar a un miembro de la familia imperial —manifestó—. En la escuela, hay quien no desea jugarse la vida en las intrigas de Varrón Murena. ¿Qué hay de vosotros?

—Nadie defenderá a nuestro amo. —Vindiacos pronunció aquella palabra con todo el desprecio acumulado durante años de cautiverio—. Tampoco participarán en luchas entre romanos.

Al mentir, tratamos de distanciarnos del hecho. Si alguien se siente seguro de su posición, dice que hará algo. Cuando se sabe en un terreno enfangado, habla en plural para eludir el compromiso. Aquel matiz resultaba desalentador.

—¿Os reuniréis con el resto? —Marco dirigió una mirada a Aenor, para que confirmara las palabras del galo.

Él agradeció la deferencia con un asentimiento.

—Que tengas suerte, Marco Castricio —dijo, a modo de despedida.

Caminó por el patio en dirección al vestíbulo. A la mayoría de los gladiadores, la expectativa de recuperar la libertad les hacía asumir los riesgos del oficio. Era la zanahoria que, colgada ante el hocico del asno, le hace tirar del carro. Hasta entonces, para los miembros de la familia Varrón Murena, los encargos de su patrón habían sido un buen modo de llenarse la bolsa. La huida era una alternativa imposible y la desobediencia era castigada con el látigo y la cruz. Sin embargo, ante aquella situación, ese recurso basado en el premio o el castigo no estaba tan claro. Los hechos podían hacer que el fiel de la balanza se decantase por cualquiera de los dos lados.

Mucro le aguardaba en la puerta. Junto a otros cuatro gladiadores, acompañarían a Varrón Murena hasta la Saepta Julia, en el Campo de Marte. Marco le habló sin rodeos.

—¿Y bien? —La expresión de su amigo era, en sí misma, una respuesta.

—Los condenados *ad ludum* se mantendrán a la expectativa.

Igual que hacía el Senado con Fanio Cepión y Varrón Murena: simpatizar con su causa, pero no implicarse sin tener garantías y, en función de lo que sucediera, sumarse a uno u otro bando. «La victoria tiene muchas madres, mientras que la derrota es huérfana», había dicho Aristóteles. Así era la política, sin importar a qué nivel se desarrollara, ya fuera en la Curia o en una escuela de gladiadores. Tanto los criminales convictos como los prisioneros de guerra esperaban una demostración de fuerza, al igual que los nobles de Roma.

Al menos existía una posibilidad, y eso era mejor que nada.

Apio Salonio Pera era un tipo extraño. A pesar de su cuerpo escuálido, poseía la facultad de inquietar gracias a su aspecto incluso a media docena de gladiadores. La puerta de entrada a su destartalada tienda de perfumes se hallaba en el grandioso pórtico de la Saepta Julia, y desde él podía admirar el templo de Minerva. Pero regentar un negocio bajo la serena y atenta mirada de la diosa de la sabiduría, patrona de los artesanos, no había otorgado al dueño de aquel comercio un aspecto demasiado cuerdo. Su cabello castaño caía por ambos lados de su frente como las cortinas de un teatro, ocultando unos ojillos que se movían inquietos como siguiendo el vuelo de una serpiente.

—Mis perfumes vienen de Paestum, los mejores de toda Campania —le dijo a Varrón Murena, gesticulando—. Los tienes de aceite de Venafrum, de oliva verde, de sésamo o de almendras amargas...

Ambos deambulaban por el angosto establecimiento, repleto de estanterías llenas de frascos, ánforas y ungüentarios con toda clase de aromas, esencias y bálsamos.

Marco, acompañado de Hermes y Mucro, aguardaba junto a la entrada.

—Veo que también comercias con *silphium* —apuntó el senador.

Se decía que de aquella planta se aprovechaba todo. De sus flores se extraía perfume; del tallo, una especia para condimentar; y con la resina y las raíces se preparaban remedios contra la tos, la indigestión y los dolores. Incluso se utilizaba como crecepelelo.

—Si buscas un abortivo para tus esclavas, no encontrarás nada mejor —aseguró Apio Salonio con un desquiciado entusiasmo—. Basta una pelotilla de lana mezclada con esta resina para provocar la menstruación.

—Estoy más interesado en tu faceta como orador —señaló Varrón Murena con cautela—. Te has convertido en una celebridad. Gracias a ti, la plebe sabe que, si no hay suficiente grano, es por...

—Por todos esos malditos libertos que han invadido la urbe como una plaga —espetó Salonio, con la voz envenenada por el odio—. Unos afeminados, nacidos en la esclavitud, que nos han convertido en extranjeros en nuestra propia tierra. ¡Sí, una Roma griega, llena de bocas inútiles, charlatanes y cultos estrafalarios! —Alzó la voz para hablarle al vacío—. El Orontes y el Nilo vierten sus fétidas aguas en el Tíber, y traen su pomposa lengua, sus costumbres perversas y amaneradas, sus flautistas maricas y sus rameritas orientales...

Súbitamente, Apio Salonio enmudeció y sus dientes rechinaron. Su cuerpo raquíptico se volvió rígido y comenzó a convulsionarse; las facciones se descompusieron. Salonio aferró un rollo de papiro y se lo llevó a la boca para morderlo con fuerza; cerró los ojos, con la frente crispada y empapada en sudor. Tras inspirar repetidas veces, al fin logró serenarse. Buscó a tientas un vaso de agua sobre la mesa y lo bebió de un solo trago. Buena parte del contenido rezumó entre la comisura de sus labios.

Varrón Murena depositó una mano sobre su hombro para hablarle al oído.

—¿Qué ocurriría si alguien les dijera que solo deseas eliminar la competencia? La plebe es muy voluble... ¿Te imaginas qué pasaría si se presentaran ante tu negocio?

Egipto era el mayor productor de perfumes del Mediterráneo; de hecho, estaba desplazando a los de Campania, el tradicional suministrador de Roma.

—Los libertos griegos se han hecho con la venta de los perfumes para banquetes y baños públicos —admitió—. Aún conservo la distribución en templos y las ceremonias fúnebres, pero me están robando el mercado y han creado un *collegium aromatariorum* para defender sus intereses.

—¿Producción o comercio?

—En mi caso, solo comercio. Los perfumeros locales no pueden competir con los productos egipcios, y el *silphium* solo crece de forma silvestre en la costa de Cirene: todos los intentos por cultivarla en Italia han fracasado. Se está convirtiendo en un

monopolio. Cada vez escasea más y vale su peso en denarios.

—La producción local está pasando a manos de libertos griegos.

—Solo en apariencia —señaló Salonio—. Los aromas importados de Arabia, Partia y la India son muy caros: el bálsamo de Judea se vende a mil denarios por sextario y la canela llega a los trescientos denarios por libra. La inversión resulta tan elevada que solo está al alcance de équites y senadores. Pero, a pesar de que es un negocio lucrativo, nadie desea que se le relacione con él.

Los tradicionalistas consideraban el uso de perfumes una costumbre afeminada y decadente, propia de orientales. Su elaboración era una *ars sordida*, una profesión tan denostada como la de proxeneta o lanista.

—Déjame adivinar... —dijo Varrón Murena—; algún adinerado équite, como Tito Fabricio, los financia. Ponen a cargo del negocio a alguno de sus libertos, a cambio de la mitad de las ganancias y los intereses sobre el préstamo.

—En ocasiones, incluso se quedan con parte de su herencia. Fabricio se ha hecho con la concesión de los espectáculos y juegos que está organizado Marcelo. Es quien más ha salido ganando en todo esto. Ese maldito «promotor cultural» —espetó con desprecio—. ¿Qué es la cultura, sino saber lo que otros pensaron e hicieron? ¿Por qué necesitan tanto los amantes de lo griego conocer las ideas de otros? ¿Es que no pueden pensar por sí mismos? El verdadero saber no se obtiene gracias a los libros, sino tras percibir la podredumbre que nos rodea. Es abrir los ojos y ver... La cultura no dignifica al hombre, sino la libertad. Y para alcanzarla lo más importante es saber cómo ganar dinero.

El rostro de Apio Salonio se crispó por un momento; de nuevo, tuvo que inspirar para sosegar.

—Muy cierto —asintió Varrón Murena.

—Supongo que ahora me dirás cuál es el motivo de tu visita —concluyó. Esbozaba una sonrisa paternalista, que más bien parecía el preludio de un acto incestuoso.

—Necesito tu influencia sobre la plebe. Busco a un gran orador, a la altura de los grandes —reconoció Varrón Murena mientras le pasaba la mano por el hombro—. Por cierto, es hora de almorzar. ¿Conoces Las Cuatro Hermanas? Podríamos charlar allí mientras tomamos algo.

El rostro del perfumero irradiaba satisfacción al comprobar que un senador reconocía su talento. Cerró con celeridad su establecimiento y ambos se dirigieron hacia una taberna de la Saeptra. Marco los siguió hasta la puerta, junto con la escolta del senador.

Al parecer, Apio Salonio era el responsable de algunos linchamientos de libertos griegos que estaban teniendo lugar en Roma. La impotencia popular ante la carestía de alimentos hacía que toda clase de oportunistas y visionarios, que hasta entonces

apenas habían contado con seguidores, cobrasen una gran popularidad. El resentimiento ante la superior cultura griega permanecía soterrado, y el mismo Augusto lo había alimentado para utilizarlo en contra de Marco Antonio y su amante egipcia. Comprendió que aquel poso de odio, fermentado durante décadas, podía estallar en cualquier momento.

Dado que durante la República no había existido una fuerza de orden público, el único modo de llevar a alguien ante los tribunales, si poseía dinero e influencia, era reclamar justicia a gritos ante su casa, implorando la ayuda de los vecinos. Ese derecho, recogido en las primeras leyes escritas de Roma, se llamaba *quiritare*. Reclamar la protección del pueblo; si el crimen resultaba especialmente odioso, en ocasiones se llegaba a la lapidación o a quemar la casa del malhechor. Por eso, durante siglos, las revueltas que asolaron la capital se habían considerado una suerte de justicia popular.

En la Suburra, Marco había aprendido dos cosas. La primera era que todo hombre siempre cree tener la justicia de su lado. Y la segunda, que el culpable de sus males siempre será otro.

Mientras esperaban ante la taberna, vieron que se formaba un inmenso corro de gente en la Saepta. Se trataba de un espectáculo ambulante de gladiadores, en su mayoría esclavos prófugos. Uno de ellos era un hombretón de piernas arqueadas con un collar de hierro en el cuello del que colgaba una placa. Se enfrentaba a un muchacho de apenas dieciséis años.

Gladiador significa «hombre de la espada». Al aceptar ese oficio para luchar y matar por dinero, caían en la infamia, igual que una mujer que renuncia a su virtud a cambio de unas monedas. Prostitúan su *virtus*, que era el bien máspreciado de cualquier romano: tanto su virilidad y su coraje como su rectitud moral.

Marco y Hermes se acercaron, movidos por la curiosidad, y observaron la escena con pesadumbre. Cada vez eran más corrientes esas luchas callejeras protagonizadas por jóvenes que renunciaban a su honra a cambio de un puñado de ases. Armado con una espada mellada y un escudo, el muchacho luchó con más voluntad que destreza hasta que su defensa cayó hecha pedazos. El público comenzó a burlarse de él y a arrojarle heces de perro. Tuvo que retirarse y pasó junto a ellos. Hermes le entregó un denario.

—La virtud está en la lucha —le dijo el lanista.

En la improvisada arena apareció una pareja de *paegniarii*. Un enano vestido como *secutor* se enfrentaba a otro gladiador payaso con la panoplia de retiario.

Tras aquel incidente, pasó una hora hasta que Varrón Murena abandonó la taberna para reunirse con sus hombres y se despidió del perfumero con un cordial gesto.

—¿Todo bien? —le preguntó Hermes.

—No conozco a ningún idiota que no se emocione ante una pata de jabalí con

piñones, dátiles y mostaza regada con un vino de Falerno —murmuró Varrón Murena—. Para embaucar a estos patanes, basta con buscar una buena taberna. La plebe ha de ser ignorante para poder estafarla con impunidad.

El senador los excusó de sus deberes y los gladiadores se desperdigaron por las tabernas. Marco buscó una excusa para separarse del resto y se encaminó en dirección al teatro de Pompeyo. Deambuló por el pórtico del edificio hasta detenerse ante una de las puertas. Se adentró en la biblioteca. A través de una sucesión de ventanas, los rayos de sol teñían de oro la nube de polvo que le envolvía. Las librerías estaban abarrotadas por una montaña de volúmenes de todo tipo y una manada de gatos correteaban entre ellas.

Aquel era el último lugar que Critias había visitado antes de morir.

Una vez dentro, se topó con un anciano de grandes mostachos, canoso, de aspecto desaliñado, acuclillado en el suelo y rodeado de gatos. Depositaba un cuenco de leche para que los animales bebieran de él y, al oír sus pasos, alzó la vista y le dedicó una sonrisa apacible.

—Pasa, no te preocupes... Me llamo Dannotalos. Por favor, siéntate.

Ofreció a Marco un polvoriento escaño, y él se acomodó en un minúsculo taburete, con un gato sobre el regazo. Desconcertado ante aquella insólita hospitalidad, trató de iniciar una conversación:

—¿A qué se dedica?

—Daba de comer a los gatos —respondió Dannotalos, señalando el animal que sostenía, como si aquella fuera una respuesta obvia.

—Me refiero a si se gana la vida como librero.

—Esta biblioteca permanece abierta para todo el que quiera entrar. Y si alguien me pregunta, le respondo. —Hizo una pausa, recapacitando—. Respecto a mi vida, la dedico a muchas cosas. Ahora mismo estaba dando de comer a los gatos.

—¿Le gustan los gatos? —le preguntó, solo por decir algo.

—En realidad, no mucho —respondió, mientras acariciaba al animal, abstraído—. Pero soy druida.

—No sabía que hubiera druidas en Roma.

—Pues ya ve. —El gesto de Dannotalos le dio a entender que se encontraba ante uno.

—¿Y qué tiene eso que ver con los gatos?

—Nada. —Dannotalos hizo una pausa, aunque al final pareció recordar algo—: Ah, es verdad. La religión celta establece que, tras la muerte, el alma pasa de un ser a otro; algo así como la metempsícosis pitagórica. Por eso procuro tratar bien a los gatos. Nunca se sabe: tal vez alguno de ellos sea mi tío Ucuétis.

—¿Y cree en todo eso?

—Claro —respondió, desconcertado—. ¿Qué clase de druida sería si no lo

hiciera?

Marco trató de encauzar la conversación:

—Me han dicho que un amigo vino aquí hace unos días. Se llamaba Critias.

—¿«Se llamaba»? —La frente del druida se arrugó formando una maraña de pliegues.

—Lo asesinaron —le informó Marco—. Trato de averiguar quién lo hizo.

Dannotalos asintió, taciturno, antes de levantarse del asiento. De golpe, su rostro había envejecido veinte años. Echó un vistazo a la camada de gatos; tal vez consideraba la idea de que, en ese momento, el médico griego maullara bajo la mesa.

—Critias y yo éramos buenos amigos —dijo, y Marco no lo dudó ni un instante—. La última vez que me visitó estaba interesado en los misterios eleusinos... —Comenzó a registrar entre tratados de medicina, plantas y toda clase de extraños cultos orientales para buscar el registro—. Se llevó un tratado apócrifo de Céleo, uno de los primeros sacerdotes de Deméter —contó.

—¿Y no lo devolvió?

—No, y eso me resultó extraño.

Sin duda, la desaparición del médico le había preocupado y ahora veía confirmados sus temores. Al fin, el druida halló un rollo de papiro en una de las cajas y lo depositó sobre una mesa abarrotada de opúsculos y legajos. Marco se inclinó para examinar el inventario de la biblioteca.

—Lenguaje griego —leyó Dannotalos—, una versión arcaica del dialecto ático. Escrito en bustrófedon, que consiste en transcribir un renglón de izquierda a derecha, y el siguiente de derecha a izquierda, y así de forma sucesiva. Es propio de textos muy antiguos.

—¿De qué trataba?

—Critias se mostró interesado en la elaboración del ciceón, la bebida ingerida durante los misterios eleusinos.

Marco se llevó la mano a las sienes. Eso significaba que la muerte de Critias estaba de algún modo relacionada con el culto místico a Dionisio, o con los ritos de las diosas Deméter y Perséfone celebrados en Eleusis. Al igual que la Ceres romana, Deméter era la diosa de la agricultura; su hija Perséfone era la reina del Inframundo. Resultaba inexplicable que alguien hubiera asesinado a Critias solo por haber leído aquel enigmático volumen.

Aunque, a decir verdad, ni siquiera estaba seguro de que ese libro estuviera relacionado con su muerte.

—¿Te ha servido de algo? —preguntó Dannotalos.

—No —respondió—. Es decir, no lo sé.

—Una respuesta siempre trae consigo nuevas preguntas.

—Muchas gracias por todo.

Marco abandonó la biblioteca. De nuevo en el pórtico, pasó junto a la Curia donde Julio César fue asesinado: su puerta había sido tapiada, pues se trataba de un lugar nefasto. Mientras caminaba por el enorme peristilo de columnas de granito que rodeaba el jardín, comenzó a oír una alegre música; sin duda había algún recital en la sala de conciertos. Ante la puerta, vio a una niña de seis años jugando con su ama de cría. Reconoció el rostro de enormes ojos oscuros y se quedó de pie ante ella.

—¿Quién eres? —La muchacha había advertido la atención que le dedicaba.

Marco la había visto dos años atrás, en Cantabria, pero a causa de su corta edad ella no le recordaba. Se acuclilló para ponerse a su altura. El ama de cría depositó la mano sobre el hombro de la niña, al parecer desconfiando de su aspecto.

—Soy un gladiador —respondió. Tal como esperaba, el rostro de Fabricia se iluminó de excitación.

—¿Has matado a muchos hombres?

La sonrisa de Marco se le pudrió en el rostro; logró recomponer su expresión para responder:

—¿Y tú, qué quieres ser de mayor?

—Deseo ser actriz —dijo la niña—, pero Cintia me ha dicho que pinto muy bien.

—¿Estos son tus dibujos? —le preguntó, señalando los rollos que llevaba bajo el brazo.

Ella asintió con vehemencia.

—¿Puedo verlos?

Fabricia le mostró un par de bocetos. Su madre le había entregado unos pliegos de papiro para que los garabateara, a pesar de lo que costaban.

—Son muy buenos —dijo Marco—. ¿Este quién es, Hércules?

—No, es Ulises matando a Polifemo —protestó la niña—. Fíjate: solo tiene un ojo.

—Procura dibujar de izquierda a derecha —le aconsejó—. De ese modo, evitas emborronar el boceto con la mano.

—Creía que los gladiadores solo sabíais matar a gente —dijo Fabricia. Al ver su mano derecha añadió—: ¿Ya no podrás volver a dibujar?

Marco le recogió un mechón tras la oreja antes de incorporarse. Entonces, Fabricia salió corriendo para abrazar las piernas de su madre.

Habían llegado una vez iniciado el concierto, pues Tito Fabricio no deseaba que una excesiva puntualidad delatase algo más que un tibio interés hacia aquel recital. La mayor parte de los senadores veraneaban en sus villas de la campiña, y por ello el auditorio no estaba muy concurrido. Recién llegada de Éfeso, la orquesta de *ioculatores* interpretaba la tibia, el pandero, la lira e incluso un órgano hidráulico. El músico pulsaba las teclas que hacían salir el aire de la cámara eólica por los ocho tubos metálicos de su base, mientras una pareja de jóvenes accionaba los émbolos.

Una vez terminada la primera pieza, el público comenzó a aplaudir y Ovidio saludó a Vitruvia con la mano. Su sonrisa pícaro se esfumó al encontrarse ante una expresión hastiada. La editora no deseaba alimentar los celos de su marido, de modo que decidió ignorar al joven poeta. Ambos se habían acomodado en la primera fila, entre el séquito de Cayo Cilnio Mecenas. La sala estaba abarrotada de poetas y amantes del arte. El menor de los hermanos Sosii abandonó su asiento para ponerse en pie y se dirigió a los asistentes:

—Queridos amigos, hoy tenemos una sorpresa —anunció—. Acabamos de publicar unas elegías que Tito Fabricio ha compuesto en honor a Mecenas, nuestro benefactor. Espero que, gracias a ellas, nuestro amigo común sea reconocido como un auténtico poeta.

Fabricio pasó de largo ante su esposa para dirigirse al estrado donde se hallaban los músicos. Extrajo un rollo de papiro del interior de su toga y, tras desenrollarlo, comenzó a leer en voz alta.

Al oír el primer verso, Vitruvia palideció.

Las elegías que había compuesto plasmaban emociones; apenas se referían a hechos o circunstancias concretas. Por ese motivo, a medida que abandonaban los labios de su esposo, cada verso cobraba un nuevo significado. Narraban una historia distinta: la del director de una compañía teatral que mantenía una relación con un joven actor, hasta que su adinerado patrón le arrebató sus favores.

Todos sabían que Batilo había sido el amante de Tito Fabricio hasta que decidió cedérselo a Cayo Cilnio Mecenas. De este modo, las protestas de la poetisa ante la infidelidad de su amado se trasladaban a aquel trío, y su desaparición final se transformaba en una huida al lecho del patrón de las artes.

Mientras recitaba el poema que ella había compuesto, Fabricio la observaba, a la espera de cualquier reacción, para recrearse en su dolor. Ese sería su postrero triunfo; así Vitruvia mantuvo su rostro inalterable, sin dejar de sostenerle la mirada, mientras él pronunciaba las palabras que, meses atrás, se había arrancado del alma. Con aquella obra había abierto de par en par las puertas que siempre mantuvo cerradas, y él las había traspasado, para corromper una declaración de amor hecha de sueños rotos y desnudez.

Al fin le había despojado de su coraza para dañarla de una forma tan íntima como jamás había logrado, como cuando compartieron lecho por primera vez y él la miró a los ojos mientras la desgarraba por dentro. Meses entregada a una rutinaria brutalidad nocturna, viendo cómo su esposo cerraba los ojos para imaginar que yacía sobre un muchacho. Hasta que al fin concibieron a su hija. Más tarde, tuvo que ver su desprecio cuando Fabricio examinó la ingle de la criatura que había albergado en sus entrañas y aún permanecía unida a ella por un cordón.

Cuando finalizó el recital, un enjambre de parásitos y aduladores rodeó a Fabricio

para darle la enhorabuena. Vitruvia se levantó del banco con parsimonia y, dándole la espalda, abandonó la estancia mientras Ovidio la observaba apesadumbrado.

—Mi hermano y yo nos vemos obligados a reconocer nuestra derrota —dijo el mayor de los Sosii—. Habíamos desafiado a Fabricio para que se mostrara a la altura de los grandes literatos, y lo ha logrado.

Ovidio alzó la voz para que todos pudieran oírle:

—«Estos son malos tiempos. Los hijos han dejado de obedecer a los padres, y todo el mundo escribe libros».

Los editores se giraron, atónitos, ante aquella cita de Cicerón. Tito Fabricio dio dos pasos hacia el joven poeta con una venenosa expresión en el rostro.

—¿Acaso no os gusta mi composición?

—El poema me ha parecido conmovedor. Pero hay palabras que sobran.

—¿Qué versos os desagradan?

—Ninguno. Me refería a las dos palabras del final —respondió—. Basta con añadir una falsa firma para que el lamento por la muerte de un ser amado se convierta en una superficial disputa por los favores de un esclavo.

El auditorio enmudeció, como si alguien hubiese orinado sobre la llama sagrada del templo de Vesta. Había poetas que vendían su obra para que algún mecenas la firmara con su nombre; era frecuente, aunque *plagiarius* significaba «ladrón». Cuando Ptolomeo, fundador de la biblioteca de Alejandría, organizó un concurso literario y un miembro del jurado le demostró que varios participantes habían copiado sus composiciones, el rey egipcio hizo que fueran condenados por robo. A pesar de ser habitual, el plagio era un acto inmoral y execrable. Durante unos instantes, el comerciante de arte observó a Ovidio de pies a cabeza.

—¿Cuál de las dos cosas que poseo envidiáis más, mi talento como poeta o mi esposa? —preguntó con parsimonia.

—Me es imposible estar celoso, pues está claro que no posees ninguno de los dos —respondió el joven—. Ambos son un don que hay que cultivar, y jamás he visto que lo hayáis hecho.

Vitruvia oyó el alboroto mientras se alejaba a través del inmenso pórtico. Había algo más que la atormentaba. Solo existía un modo de que su esposo hubiera podido conseguir el manuscrito de las elegías: según Anteo, Cintia había visitado su biblioteca dos días antes. Se sintió traicionada por alguien a quien había amado como a una hermana. Cerró los ojos con fuerza, tratando de contener las lágrimas, y al abrirlos de nuevo descubrió a su hija hablando con Marco.

Fabricia, nada más verla, corrió a su encuentro. Él observó cómo sus labios perfilados se convertían en una dura línea ausente de emoción. Sus ojos grises le fulminaron.

—Estás loco —le dijo, mirando a su alrededor—. ¿Qué haces aquí?

Ignoraba quién, de entre la servidumbre, informaba a su esposo. Pero si alguien reconocía a su hermanastro, las consecuencias serían terribles. Tras un instante de vacilación, Marco ignoró su pregunta; en su lugar, rebuscó en la pequeña bolsa de cuero que colgaba de su cinto.

—Me gustaría que le devolvieras esto a Cintia —dijo, mientras extendía el brazo para entregarle un colgante de ámbar—. Pídele perdón de mi parte. Ella lo entenderá.

Vitruvia reconoció la baratija que le ofrecía con la mano envuelta en una sucia venda. No hizo ningún gesto para aceptarla. Había dudado de la actriz, pero aquella expresión era, en sí misma, una confesión.

—¿Cómo pudiste? —preguntó, masticando cada sílaba.

A Marco le sorprendió la dureza de sus palabras. Tuvo que rehuir su mirada gris, que centelleaba como un puñal.

—Sabes que estás implicada.

—¿Quién lo sabe? —Los ojos de la editora se volvieron opacos y su rostro se ensombreció.

—Te reuniste con Fanio Cepión en la bahía de Neápolis a bordo de un esquife hacia las calendas de mayo —dijo Marco—. Y durante la Neptunalia visitaste su casa en el Palatino.

Al fin pudo ver un rastro de inseguridad en ella, aunque no perdió aquella exasperante compostura. Decidió utilizar la última baza a su alcance:

—También sé lo de *Edipo*.

Vitruvia escrutó su expresión, alarmada. Solo era un órdago, en realidad no sabía nada, pero había tocado una fibra sensible. Fuera lo que fuera, estaba involucrada. Y eso le inquietó.

—Estás en peligro —concluyó—. Debes contármelo todo.

Implicaba reconocer que, en realidad, desconocía sus planes. Vio que los hombros de la editora se relajaban y sus ojos chispeaban, a medida que la certidumbre se asentaba en su endiablada mente femenina. Una vez más, fue consciente de que aquel frágil cuerpo albergaba un intelecto mucho más afilado que el suyo.

—No es necesario que diga nada —le respondió—. Muy pronto lo descubrirás.

Era un desafío, una declaración de guerra.

—¿Os está molestando, señora? —Era Anteo, que había venido a recogerla. En cualquier momento aparecería su esposo.

—No —respondió Vitruvia—. Es alguien que conocí en el pasado.

Marco sintió la mirada despectiva del liberto y a punto estuvo de romperle la cara. Él debió de intuirlo y dio un paso atrás. Una imagen asaltó su mente, algo ocurrido días antes. De forma inconsciente, manoseó su herida. Cuando se giró de nuevo hacia ella, ya le había dado la espalda, aunque estaba convencido de que no había pasado por alto su gesto. Tras dedicar un nuevo escrutinio a Anteo, abandonó el pórtico para

perderse en el Campo de Marte.

Baiae era un enorme complejo de termas, jardines y opulentas mansiones construidos en la agreste ladera oriental del cabo Misenum. Próxima a los campos Flégreos y famosa por sus aguas termales, había sido el lugar de veraneo de los más adinerados aristócratas, como Craso, cuya riqueza aún era proverbial, o Licinio Lúculo, apodado el Jerjes con Toga, además de Pompeyo *el Grande* y el famoso orador Hortensio. Llamada por algunos «el vórtice del vicio», poseía conjuntos escultóricos, un lujoso teatro y un ninfeo destinado a espectáculos acuáticos.

Marcelo había acudido a las termas en busca de una cura para su enfermedad. La antigua mansión de veraneo de Julio César estaba en el punto más elevado de aquel promontorio costero, por encima del complejo de terrazas que rodeaban el pequeño lago; unido a la bahía mediante un canal, en él atracaban las lujosas embarcaciones de recreo.

—Julia, ¿recuerdas lo que me dijiste sobre olvidar?

Los dedos de Cintia se hundieron en las sienes de la noble para trenzar su cabello, que caía a ambos lados del rostro. Aquellos ojos, oscuros y apagados, eran un reflejo de su estado de ánimo. Ambas se habían acomodado sobre asientos de mimbre en una de las terrazas. Desde allí, al otro lado de la bahía, teñida de oro por la moribunda luz del sol, Puteoli era un cúmulo de destellos hacia levante. Más allá, recortado en el horizonte, se erguía el gigantesco Mons Vesuvius.

—Te dije que debías olvidar lo que te hicieron —respondió la hija de Augusto.

La actriz agradeció el frescor de la brisa marina que vino a rescatarla de la irrealidad que la embargaba. Hacía tiempo que se sentía vacía, embotada ante cualquier afecto. La bacanal había sido su antídoto para asumir aquella forma de vida. Tras lo ocurrido en los últimos días, había convertido su cuerpo en una herramienta al servicio de sus ambiciones.

—Ahora tú debes hacer lo mismo —le dijo a Julia.

La puerta se abrió y un sirviente entró en la terraza. Julia descubrió la mirada del criado recreándose en el hombro desnudo de la actriz y sus ojos centellearon.

—Cúbrete —ordenó a Cintia.

La hija del *princeps* jamás había tenido una amiga; había crecido entre doncellas, esclavas y amistades de conveniencia. A pesar de todo, la actriz sentía que Julia le demostraba cariño, aunque a su manera.

Octavia se presentó en compañía de un individuo de mediana edad con una sobria indumentaria griega. Vestir de blanco, el color del luto, no era algo inhabitual en aquella matrona que rondaba los cuarenta años. El dolor que reflejaba su expresión marchita sí lo era.

—Quisiéramos hablar contigo, muchacha. —El griego se dirigía a Cintia, que se levantó para acompañarlos a una estancia contigua.

—Viejo inútil —masculló Julia.

Antonio Musa era el médico personal de Augusto. Mediante un tratamiento de baños de agua caliente con compresas frías, había logrado sanar al soberano de la República; gracias a ello, se embolsó una fortuna, además de obtener la manumisión y el derecho a llevar anillos de oro. Un privilegio al que, a juzgar por sus manos encallecidas, el liberto griego no ejercía.

Esta vez, al emplear ese mismo tratamiento con Marcelo, no había tenido éxito.

—No sabemos cuál ha sido el origen de su mal —dijo, mientras entraban en una exedra—. He recurrido a la hierba picra de Teomisión, una panacea capaz de curar cualquier veneno..., pero Marcelo dejó de respirar.

Chapurreeba latín con dificultad, así que decidió hablarle en griego.

—Sabemos que ha hecho todo lo que ha podido.

Él agradeció su cortesía con una sonrisa cansada; había pasado dos días sin dormir. La hermana de Augusto les ofreció asiento y los tres se acomodaron en unos divanes.

—¿Qué te parece mi sobrina? —preguntó de forma abrupta.

La actriz había sido la doncella de Vitruvia, cuya familia era cliente de Octavia. Por ese motivo había depositado su confianza en ella; sin duda, también era consciente de que su presencia allí no obedecía a sus propios deseos.

—No le ha faltado de nada —respondió con cautela.

—Es una malcriada —corroboró Octavia—. Le hubieran venido bien un azotes de niña, pero ya es demasiado tarde. Mi hermano no ha tenido más hijos que ella y no ha sabido educarla. Se ha convertido en una criatura caprichosa, egoísta y vanidosa. Me odia porque no le consiento nada.

Tal vez ese fuera uno de los motivos, aunque no era difícil imaginar el resto.

—Veo que te ha tomado cariño —añadió, mientras se estrujaba las manos, más apática de lo habitual. Jugo de adormidera, supuso Cintia. No le apetecía hablar sobre ello.

—¿Has formado parte de sus... reuniones privadas? —La expresión del médico le decía que sabía la respuesta.

La actriz esbozó un gesto de asentimiento.

—Es algo que no conviene que trascienda —añadió Octavia.

La propaganda de Augusto le presentaba como el restaurador de la moral pública y las viejas costumbres romanas. Si alguien descubría que su joven heredero había muerto por la ingestión de drogas en el transcurso de una bacanal, mientras el pueblo pasaba hambre, podría considerarse, por decirlo de algún modo, inapropiado. Sería un nuevo escándalo que sus enemigos políticos, los republicanos, no tardarían en utilizar en su contra.

—¿Conoces a alguien más que acudiera a esas reuniones?

Cintia hizo un nuevo ademán, esta vez de negación. En aquellas ceremonias, los seguidores de Dionisio gozaban juntos del milagro de la vida, entregándose a desconocidos, y una vez finalizadas regresaban a su monotonía. Buena parte de los vástagos de las mejores familias de Roma participaban en las bacanales, y el *dominus* era el único que conocía sus nombres. Solo unos pocos participaban en el más secreto ritual: la elaboración de la bebida sagrada.

—¿Quién preparaba el ciceón? —preguntó el médico.

No era difícil imaginar el porqué de su pregunta. Rodeado en todo momento por una centuria de pretorianos, y con una hueste de catadores a su servicio, el único momento en el que Marcelo pudo ser envenenado fue en alguna de las bacanales. El anonimato del culto a Dionisio hacía que cualquiera pudiese estar implicado.

—Julia —respondió la actriz—. En ocasiones, yo la ayudaba.

De nuevo, parecía una respuesta que ya sabían.

—¿Has visto a mi sobrina en compañía de Livia? —preguntó Octavia.

—No. ¿Por qué?

La esposa del *princeps* era aficionada a la horticultura y cultivaba toda clase de plantas en su jardín; algunas curativas, otras ornamentales y otras letales. El mito de la malvada madrastra respondía a que, una vez que una mujer hubiese enviudado, algo habitual dada la diferencia de edad en los matrimonios de la nobleza, dependería de un hijo varón para subsistir. En caso de que existieran varios herederos, cualquier matrona intentaría por todos los medios que uno de sus vástagos fuera el cabeza de familia. El poder del *pater familias* era enorme, e incluía el derecho sobre la vida de los hijos y la tutela de las mujeres. Se trataba, en definitiva, de una pugna al todo o nada, que hacía que las intrigas en el seno de una familia fueran aún más despiadadas que entre rivales.

No era ningún secreto que Livia Drusila había tratado de convertir a su primogénito en el heredero de Augusto. Después de Agripa, Tiberio era el que salía más beneficiado de aquella muerte. Era fácil imaginar lo que Octavia pensaba en esos momentos.

—Gracias por haberme mantenido informada —dijo, tras reflexionar—. Los funerales tendrán lugar durante los Juegos Romanos —añadió, antes de irse.

En aquellos festivos, las obras de teatro se sucedían a lo largo de cuatro días, junto con una solemne procesión, carreras de carros de estética homérica y otros festejos. Sin duda, Augusto se encargaría de que, al coincidir con las exequias de su hijastro, los espectáculos fueran aún más grandiosos, aunque fuera difícil imaginar cómo podrían superar a los que Marcelo había organizado en vida.

XXII

La mano apenas le dolía, aun convertida en una torpe garra. Marco se ciñó el tahalí en el costado izquierdo y ocultó la espada bajo los pliegues del manto. En las legiones, aquel era un privilegio reservado a los centuriones; no pudo evitar la sensación de haber sido ascendido y esbozó una tenue sonrisa.

Al recordar la guerra, siempre descubría cosas que jamás había visto antes. El ejército está lleno de normas absurdas, que ni siquiera comprende quien las impone. Rutinas carentes de sentido que se reproducen solo porque un día a alguien lo obligaron a hacerlo, y acabó por creer que eso le hacía ser quien era. Pérdidas de tiempo, como limpiar un arma que ya está limpia, solo para mantener tu mente ocupada y no pensar en lo que has hecho, en lo que estás a punto de hacer, en que, dos millas más allá de una empalizada, miles de bárbaros esperan una oportunidad para matarte. Incapaz de justificar tus actos, ni siquiera tratas de entenderlos. En el fondo, era lo que distinguía al soldado del guerrero: la capacidad de obedecer las órdenes de alguien que, en otras circunstancias, consideraría un sádico.

Quien ha sido soldado jamás deja de serlo.

Dentro del cubículo, Marco ocultó las tablillas con el mensaje de Velox bajo su túnica. Podía ser una baza por emplear, ya fuera con Varrón Murena o incluso con Tiberio. Tampoco estaba seguro de cómo encajaría el joven cuestor el repentino cambio de planes. Prefirió no pensar más en ello y abrió la puerta. Toda la familia Varrón Murena se había congregado en el patio de la casa. Llevaban ocultos los *gladii* bajo los mantos y mostraban un sereno nerviosismo que ya conocía: era el de una legión preparada para entrar en combate.

—¿Estamos todos? —preguntó Varrón Murena.

—Sí —respondió Pulcher—. La escuela al completo..., salvo Hermes.

Vindiacos y Aenor no parecían contentos de estar allí. Marco se preguntó de qué habrían hablado con el resto de los prisioneros de guerra.

—Como ya sabéis, hoy preciso vuestra ayuda —dijo el senador, plantándose ante ellos—. Os daré las órdenes a medida que sean necesarias, pero debéis saber que, si me servís bien, os entregaré diez mil sestercios a cada uno. Siempre he sido generoso con vosotros y hoy es el día en el que, quizás, alguno pueda ganarse la libertad.

Eran treinta gladiadores, así que aquello suponía trescientos mil sestercios. Si Varrón Murena estaba dispuesto a desprenderse de esa suma, es que tenía grandes expectativas. Su pequeño ejército privado, formado por sus familiares y clientes, se había desplegado por toda la ciudad. Sin duda, Fanio Cepión y el resto de los senadores también habían hecho lo mismo y, a pesar de que la mayoría no estuvieran implicados, todos se mantendrían a la espera. Si los conspiradores alcanzaban su objetivo, fuera el que fuera, se unirían a la revuelta apostando sobre seguro.

—¿Preparado para lo de esta tarde? —le preguntó Mucro.

Ese mismo día tendrían lugar los combates gladiatorios. Marco casi lo había olvidado.

—Estaría preparado si supiera con quién voy a luchar —respondió.

—A todos les pasa lo mismo —respondió el suburano.

—¿Y qué hay de Hermes?

—La leyenda regresa al anfiteatro —le confirmó—. Esta vez no viene con nosotros, se estará preparando para lo de esta tarde. Si consigue una nueva palma, hará lo que muy pocos han logrado: recibir una espada de madera por segunda vez, y en esta ocasión de manos del *princeps*.

A una orden del senador, los gladiadores abandonaron el patio para salir a la calle. Mientras cruzaban el puente Fabricio, la gente se apartaba a su paso, asustada. Al contemplar aquella treintena de hombres, una honda emoción hizo que Marco se llevase la mano al antebrazo para observar la marca en su piel. Era un *stigma*; señalaba un antes y un después en su vida. Un derecho ganado con sudor y sangre; un respeto logrado mediante sacrificio y dolor. La marca de un destino impuesto, pero también compartido. Algo en su interior le decía, por muy irracional que fuera, que mataría para defender a sus compañeros de escuela y ellos también lo harían por él.

Una vez en las angostas calles del Velabro, Marco se separó del resto al ver una hilera de ánforas adosadas a una fachada. El rótulo de la tintorería rogaba a los transeúntes que les donaran sus orines para fabricar lejía. Se detuvo ante una de ellas para responder a la petición. Fingiendo no conocerle, Annio se colocó a su lado y le imitó.

—Será hoy por la mañana, en el teatro —dijo Marco en voz baja.

—Tiberio está preparado —masculló el hombrecillo—. ¿Crees que los conspiradores estuvieron implicados en la muerte de Marcelo?

Recordó las palabras que escuchó en boca de Varrón Murena, días antes: no basta con apuñalar al tirano. Para matar al hombre, antes hay que destruir al héroe; arruinar su reputación. En Roma, el respeto público era la parte más importante del patrimonio de un noble, y los mejores modos de obtenerlo eran el pan y el circo. Aconsejado por Mecenas, el joven edil había ignorado el primero, y había dilapidado el dinero del erario en este último. Ahora toda la ciudad le detestaba; a nadie le importaba su muerte. Los asesinos de Marcelo habían esperado a ver hundida su popularidad para envenenarlo.

—Tal vez el asesinato que planearan fuera el suyo —respondió Marco—, pero ignoro cómo habrían podido lograrlo.

—Al parecer, ese pipiolo participaba en bacanales —dijo Annio—. Tiberio sospecha que fue entonces cuando le envenenaron.

Recordó el viejo volumen que había encontrado Critias en la biblioteca, poco

antes de ser asesinado. Un tratado atribuido a Céleo, que explicaba la elaboración del ciceón, la bebida de los misterios de Dionisio. ¿Fue el modo en que envenenaron a Marcelo? ¿Qué conexión podía existir entre los conspiradores y el culto a Dionisio? Quizá Tiberio solo trataba de confundirle y, en realidad, había sido su madre quien, de algún modo, había envenenado al otro joven, para convertirle en heredero. El cuestor ostiense desconfiaba de su lealtad y tal vez había mentido a su amigo para que le facilitara una información falsa.

—En secreto, Augusto ha reunido a todos los pretorianos —le informó Annio—. Las nueve cohortes se han desplegado por toda la ciudad.

—¿Y Herennia?

—Niñato y yo la hemos hecho desaparecer.

Por un momento, Marco guardó silencio, para evaluar las posibles consecuencias de su decisión.

—Una cosa más... —añadió Annio—. No olvides que, si las cosas se tuercen, los pretorianos no saben que estás con nosotros. Si te descubren, tratarán de matarte.

Intercambiaron un gesto de despedida. Mientras se alejaba de las letrinas, la mente de Marco era un hervidero. No dejaba de preguntarse en qué consistía el plan de Fanio Cepión y Varrón Murena, y cuál era el papel del extravagante vendedor de perfumes, si es que desempeñaba alguno.

Se reunió con Varrón Murena y el resto frente al teatro de madera del foro Boario. Cinco mil ciudadanos se habían congregado y, al parecer, no se trataba de una obra de mimo, sino de la representación de algún clásico griego. Todos lucían togas impolutas, y la multitud se agolpaba en los accesos para tomar un sitio lo más próximo al escenario. El senador distribuyó a sus hombres por el auditorio, por parejas, tratando de que su rudo aspecto no los delatara; a Vindiacos y Aenor, cuyas rubicundas cabezas sobresalían por encima del tumulto, no les resultaba fácil. Al entrar, Marco y Mucro pasaron junto a un contubernio de pretorianos vestidos de paisano que los escrutaron con atención.

Una melancólica procesión acompañaba al cuerpo de Marcelo a lo largo del valle de Murcia, en dirección al foro. Aquel desfile, que rodeaba la colina donde había nacido Roma, sería uno de tantos fastuosos espectáculos que habían tenido lugar aquel año.

Un palanquín de bronce cincelado con apliques de plata transportaba el cadáver, rodeado de muchachos con flabelos de plumas de pavo real que ahuyentaban a las moscas. El cortejo de músicos con trompas interpretaba una solemne melodía fúnebre, que iba creciendo en intensidad. Decenas de actores con el rostro cubierto por las máscaras de los Claudios precedían al féretro, ataviados como senadores, cónsules o generales, si habían celebrado algún triunfo. Entre ellos, luciendo una armadura dorada, destacaba Marco Claudio Marcelo, vencedor de los galos y

conquistador de Siracusa, el único general romano, junto a Publio Cornelio Escipión, que pudo jactarse de haber derrotado a Aníbal.

Cada vez que fallecía el miembro de alguna noble familia, se tomaba un molde de su rostro para realizar una máscara de cera. Batilo se había puesto la de Marcelo y le imitaba en lenguaje y gestos. Cuando finalizase el funeral, ese rostro artificial se depositaría en un sagrario del atrio, junto con los del resto de sus antepasados. De este modo, la dignidad de un linaje se establecía según el número de efigies que atesoraba en su casa y que exhibía en ceremonias como aquella. En esta ocasión, su número era tan elevado que las transportaban seiscientos carros.

Tras aquella inmensa columna, los familiares del difunto habían abandonado el colorido de sus vestidos para adoptar el tradicional blanco del luto; las mujeres iban con el cabello suelto y desaliñado. Un ejército de plañideras cerraba aquella gigantesca procesión creando una cacofonía de lamentos y llantos.

Vitruvia apartó las cortinas de su litera para contemplar a Cintia, que destacaba entre los bailarines y actores de mimo. Iba descalza, para distinguirse de los intérpretes de tragedia y comedia, que calzaban zuecos y coturnos. Aquel sensual espectáculo apenas rebasaba los límites de la decencia; exóticos bailes de cuerpos entrelazados, meciéndose al compás de una música grave y solemne, en los que se mostraba procaz y seductora. La actriz se topó de bruces con Batilo, que exhibía el rostro de Marcelo. Hubo un momento de vacilación, en el que ella, aturdida, apartó la vista y se topó con la mirada gris de Vitruvia. Al reconocerla, recompuso su expresión y esbozó un cínico saludo.

Mientras su litera se alejaba hacia el foro Boario, la editora trató de sondear sus emociones. Jamás había dudado de Cintia. Debía de existir alguna razón por la que había entregado a su esposo las elegías, no podía creer que la hubiera traicionado. A lo largo de los últimos días, ambas se habían esforzado por aparentar una normalidad que no existía. En sus breves encuentros hablaron de trivialidades; un compendio de frases hechas que apenas lograba ocultar su malestar. El silencio se había convertido en una soterrada disputa entre ambas.

Vitruvia trató de centrarse en lo inmediato. Dentro de unos momentos iba a representarse su *Edipo* y apenas podía controlar su ansiedad. Había dejado de preguntarse cómo Fanio Cepión supo de la existencia de aquella plaga meses antes de que apareciera. Su mente racional le decía que era un mal que él mismo había provocado; sin embargo, gracias a su intuición, sabía que Augusto era el responsable de la plaga que había transformado los barrios bajos de Roma en un nuevo Tártaro.

¿Debía seguir, a pesar de todo? Había reflexionado sobre ello, día tras día; era algo que la atormentaba. Gracias a traer la ansiada paz, a sus regalos y a los repartos de pan, Augusto se había convertido en una figura inviolable para el pueblo. Muy pocos se atrevían a criticarle en público. Ante aquella carestía, todos culpaban al

arrogante Marcelo, a Tiberio, como cuestor ostiense, o incluso a los libertos. Pero nadie, más allá de los équites y senadores, osaba cuestionar abiertamente al heredero de César. No temían a la guardia pretoriana, sino al rechazo de sus iguales. A un tácito pacto de silencio. Gracias a ello, Augusto había logrado controlar las ideas de la plebe; además, mediante el control de los espectáculos, también dominaba sus emociones.

Bastaba con que alguien dijera la verdad en voz alta para destruir ese miedo.

Entonces recordó las armas que Fanio Cepión almacenaba en su vivienda. Vitruvia no era tan ingenua como para ignorar que el noble planeaba alguna clase de revuelta y que eso supondría regresar a los viejos tiempos de los motines y las guerras civiles. «Haz justicia, aunque para ello se destruya el mundo», se dijo. Y al recordar aquella máxima de los estoicos, en su interior halló una insólita determinación.

En el teatro se había reunido el pueblo de Roma, aunque la cávea solo fuera un modo de reafirmar las clases sociales. Los senadores ocupaban las primeras filas, seguidos de la clase ecuestre, mientras la plebe abarrotaba la parte alta del auditorio. Marco descubrió a Vitruvia sentada no muy lejos de la orquesta. Pese a que quizá solo fuera una casualidad, su presencia le alarmó. ¿Qué hacía ella sola en aquel lugar? Dispersos entre el público, Quinto y varios hombres de Tiberio observaban el escenario con fingida indolencia. Quiso ocultar su satisfacción: podrían resultarle de gran ayuda si las cosas se complicaban.

—De modo que así es un teatro por dentro... —masculló Mucro, tan perdido como un pordiosero picto en la corte de Jerjes.

Al levantarse el telón, se creó un súbito silencio y sobre las tablas apareció una pareja de actores. Calzando coturnos que aumentaban su altura, sus rostros estaban cubiertos por máscaras de tragedia, en una mueca de perpetua aflicción. Eran Edipo y la Esfinge, tocada con el disco solar de Isis, una clara alusión a Cleopatra. En aquel pasaje introductorio sin diálogos, Edipo había traído la salvación a Tebas. Con el monstruo muerto a sus pies, se mostraba como un benéfico rey preocupado por su pueblo.

Marco recordó el nombre escrito en las tablillas de cera que aún ocultaba bajo la túnica: Edipo. Entonces supo cómo había colaborado Vitruvia en la conspiración: aquella adaptación latina de la obra de Sófocles era obra suya. Y si Varrón Murena había enviado un mensaje a Marco Primo con ese nombre, significaba que en aquel teatro iba a suceder algo importante para la conjura.

—¿Y toda esa gente del fondo? —preguntó Mucro, cuando aparecieron el resto de los intérpretes.

—Es el coro —le respondió Marco—. Representa a un grupo de ancianos tebanos que aconseja al protagonista. El que está ante ellos es el corifeo, y es quien los dirige.

Cuando una melodía de tibia resonó en la cávea, la obra dio comienzo con las

palabras de Edipo:

—Hijos míos, nueva estirpe del viejo Cadmo, ¿por qué estáis sentados de este modo, coronados y con esos ramos de suplicantes? Tebas está llena de incienso, de súplicas y de lamentos.

Un sacerdote le respondió:

—La ciudad, tú mismo lo ves, zozobra. Apenas puede asomar la cabeza por encima de un mar de sangre: se marchita en los brotes granados de la tierra, se marchita en los pastos y los rebaños de bueyes, y en los partos estériles de las mujeres...

—Pero ¿quién coño habla así? —dijo Mucro.

—¡Silencio! —masculló un espectador.

—Cállate tú, espantajo —replicó el gladiador—. O te pego un puntazo y te abro el culo como una flor.

En el escenario, el rey tebano respondía:

—Pobres hijos míos, con ansias que ya conozco os habéis dirigido a mí. Bien sé que enfermáis, pero ninguno hay entre vosotros que esté tan enfermo como yo.

Un murmullo se extendió por el auditorio. Las similitudes con lo que había ocurrido en Roma durante los últimos meses eran demasiado evidentes como para pasarlas por alto. «El arte da forma a la vida», había dicho Diógenes en una ocasión. Una tragedia es la escenificación de una idea. Marco se preguntó cuál era la de su hermana adoptiva.

Edipo envió a su cuñado Creonte al oráculo de Delfos, para preguntar sobre la causa de los males. Poco después, este regresó con la respuesta a su consulta:

—Diré lo que escuché del dios —aseguró el tebano—. Febo nos ha ordenado, con toda claridad, que expulsemos el miasma que se nutre de esta tierra.

—¿Cuál es la purificación? —preguntó Edipo—. ¿Cómo podemos salir de la desgracia?

El miasma. Una mancha moral cuya expiación solo podía lograrse mediante sacrificios. La fortuna de una ciudad nacía de la concordia entre los dioses y sus gobernantes, lo que aseguraba la protección divina. Cualquier ofensa contra ellos traía consigo la desgracia.

Sobre el escenario, Creonte expuso el origen de la maldición de Tebas:

—Layo era el anterior rey de esta tierra, mi señor.

—Lo sé de oídas —respondió Edipo—: jamás lo vi.

—Los dioses reclaman que se castigue a sus asesinos, quienes quieran que sean.

Sobre las tablas, el monarca pronunció un edicto.

—Anuncio lo siguiente: si entre vosotros hay alguien que sepa quién dio muerte a Layo, le ordeno que lo revele. Cualquier testigo que pueda ayudar a esclarecer el suceso será recompensado y, si el culpable no se entrega, solicito a los dioses que él y

su familia sufran el peor de los castigos.

El coro le respondió que ninguno de ellos había matado al anterior rey, ni tampoco sabían la identidad del asesino. En su lugar, le aconsejaron que reclamara la presencia de un adivino ciego, llamado Tiresias, para que le ayudase a esclarecer lo ocurrido.

Una vez en escena, el vidente eludió responder:

—¡Terrible resulta la verdad cuando no aporta nada de provecho al que la conoce!

Ante su negativa a colaborar, Edipo se indignó y comenzó a insultar al adivino. Irritado, Tiresias aseguró que el rey pagaría las consecuencias del edicto que él mismo había pronunciado.

—¡Ay, riqueza y monarquía, cuán grande es la envidia que nos acecha! —se lamentó Edipo al oírle—. A causa de la autoridad que la ciudad puso en mis manos, el leal Creonte, amigo desde siempre, ahora trata de derrocarme. Sin duda ha sobornado a este mago marrullero, un mentiroso y charlatán que es ciego cuando se trata de su oficio.

—¿Quién es el más ciego de los dos, Edipo? ¿Acaso sabes quién eres? ¿Te has dado cuenta de qué clase de enemigo eres tú para tu propia gente? —respondió Tiresias. A continuación añadió—: Aunque el asesino de Layo se crea extranjero, es tebano de nacimiento y dentro de poco él también quedará ciego.

Tras aquel vaticinio, el augur abandonó el escenario. Poco después, llegó a oídos de Creonte que Edipo estaba convencido de que deseaba arrebatarse el trono. Dudó entre acudir a la corte para explicarle que no codiciaba su puesto o huir.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mucro en voz baja.

—El autor obliga a Creonte a tomar una decisión —respondió Marco—. De este modo, muestra el verdadero carácter del personaje.

—Entiendo —gruñó el hombretón—. Podría haber huido, pero prefiere hablar con él. A los amigos se los conoce en los momentos difíciles.

Al fin, Creonte se presentó ante el rey:

—No me acuses a partir de una simple sospecha, pues tan injusto resulta creer que los traidores son buenos como que los buenos son traidores. Pronto descubrirás la verdad, ya que el tiempo es quien muestra al justo. Al desleal se le descubre en un solo día.

Yocasta, esposa de Edipo y hermana de Creonte, apareció en escena para mediar en la disputa:

—Escúchame atentamente, pues descubrirás lo poco que sirve la adivinación —dijo al rey—. Hace años, Layo, mi anterior marido, recibió un oráculo según el cual su destino sería morir a manos de un hijo que naciera de él y de mí. Yo di a luz un niño, y, antes de que pasaran tres días, ordenamos que fuera abandonado en una montaña. Años después, a Layo lo asesinaron unos bandidos en una encrucijada. Así

que el vaticinio de Apolo jamás se cumplió. Por tanto, no hagas caso a los oráculos: si un dios pretende algo, lo deja bien claro y no se sirve de enigmas.

A medida que Edipo indagaba acerca de la identidad del asesino de Layo y sobre sus propios orígenes, la intriga sobre los males que asolaban la ciudad fue creciendo, al igual que la ansiedad del público.

Todos sabían que Edipo estaba convencido de que era inocente y que él no era el causante de la corrupción de Tebas. También sabían que Edipo pensaba que Tiresias intentaba engañarle, a él y a los tebanos, pero que al hacerlo solo se estaba engañando a sí mismo. La tragedia de Sófocles estaba construida sobre una compleja superposición de lecturas; el contraste entre el conocimiento del público de la verdad y lo que Edipo sabía sobre sí mismo. Algo solo posible gracias a la visión omnisciente del teatro.

Yocasta comenzó a sospechar y, por ello, rogó a Edipo que no escrutara más en el pasado. Sin embargo, el rey decidió reunirse con el pastor al que, años atrás, Layo había entregado al niño, para que lo abandonara en un inhóspito monte.

—¡No le escuches! —vociferó alguien.

Los espectadores rogaban a gritos a Edipo que no ahondase más en la verdad. Su angustia era cada vez más palpable. Sabían lo que iba a pasar, pero no deseaban verlo representado, pues entonces se convertiría en real. En ese momento, el pastor expuso ante todos la verdad desnuda: aunque Layo y Yocasta le entregaron a su hijo recién nacido para que lo abandonase, prefirió entregárselo a los reyes de Corinto, que lo criaron como si fuera suyo.

Una vez adulto, un vaticinio le advirtió de que se casaría con su madre y asesinaría a su padre, por lo que decidió marchar a Tebas, para evitar que se cumpliera. Sin embargo, en el camino se encontró con Layo, a quien mató sin saber que en realidad era su padre, y más tarde se casó con su esposa, sin saber que era su madre. De este modo, Edipo había cometido los dos peores crímenes imaginables: parricidio e incesto. Algo que había condenado a la ciudad.

Incapaz de asumir aquella revelación, Yocasta se suicidó. Atormentado, Edipo se clavó las agujas de sus broches en los ojos. Al finalizar la obra, el tirano se dispuso a recluirse en su celda:

—Me voy —dijo Edipo—, pero a condición de que me llevéis lejos de esta tierra.

—Eso es competencia de los dioses —respondió Creonte.

—¡Pero ellos me aborrecen!

—En ese caso, pronto obtendrás tu deseo.

Sobre el escenario, comenzaron a brotar flores de seda. Una mujer salió de entre bastidores con un niño en brazos y exclamó: «Mi hijo ha sanado». Una vez castigado el tirano, la prosperidad había regresado a la ciudad.

El público guardaba un silencio reverente; la superposición de lecturas se repetía.

Gracias a la tragedia, todos «sabían» que Augusto, al igual que Edipo, era el responsable de los males que asolaban la urbe. Y también «sabían» que Augusto estaba convencido de que era inocente, pero que solo se engañaba a sí mismo.

Sin embargo, en realidad, el público no sabía nada.

—¡Hay que echar a ese hijo de puta del Palatino! —aulló un individuo gordo tras levantarse.

—¡Sí, todo esto es por culpa de Augusto! —exclamó otro.

Sin duda, provocadores contratados por Varrón Murena y Fanio Cepión; tal vez acólitos del colegio de canéforos de Cibeles. Su ira comenzó a contagiarse por las gradas.

—¡Nos dijo que habría trigo para todos! —aulló el espectador al que Mucro había hecho callar—. ¡Mi hijo ha muerto de fiebres! ¡Le consumió el fuego del Tártaro!

Un sujeto envuelto en una toga raída se subió al escenario para dirigirse a la multitud. A pesar de su parecido con Tiresias, a Marco le resultó extraño ver a Apio Salonio lejos de su comercio de perfumes.

—Mierda —masculló.

Presa del delirio, Salonio agitó los brazos con violencia mientras se golpeaba el pecho.

—¿No os habéis preguntado por qué el fuego del Tártaro solo ataca a los pobres? —voceó a las nubes—. ¡Si fuera una enfermedad contagiosa, nadie estaría a salvo!

Señaló con el índice a un grupo de senadores, que, rodeados de su séquito, trataban de abandonar el auditorio.

—Los dioses saben que Augusto os ha estado comprando con su pan —anunció con voz gimiente—. Por eso Ceres ha maldecido el grano que nos entrega. ¿Por qué la enfermedad comenzó a propagarse con la llegada de los primeros cargamentos del año? ¡Esa cosecha está maldita! ¡Con su trigo, Augusto nos ha estado envenenando!

Como una señal llegada del cielo, Apio Salonio cayó al suelo y comenzó a echar espumarajos por la boca. Se decía que la epilepsia era un regalo que los dioses concedían a quienes se comunicaban con ellos y, por ese motivo, la llamaban «la enfermedad sagrada».

Premeditado o no, fue el acto escénico final, que logró enfervorecer a la audiencia.

—¡Justicia! —rugió alguien.

—¡Al Palatino! ¡Al Palatino!

Los accesos del teatro se convirtieron en un torrente de gente agolpándose. Mucro, furioso, trataba de abrirse paso a empujones.

—Maldita sea —espetó—, ¿cómo termina la historia?

Vitruvia había olvidado una parte importante de la leyenda de Edipo, recordó Marco. Tras el destierro del rey tebano, sus dos hijos, Eteocles y Polinices, se

enzarzarón en una lucha fratricida que trajo la desgracia a Tebas y la muerte de ambos. La metáfora final resultaba inquietante, pues auguraba una nueva guerra civil en Roma.

Días después, nadie sería capaz de precisar cómo empezó todo. Ni siquiera los que habían presenciado la tragedia hubieran podido asegurar que fue en ese momento cuando se inició la revuelta que, como una nueva plaga, se propagó por los barrios bajos de la urbe. Desde el foro Boario se extendió hacia el Velabro, el barrio Etrusco, el foro Romano, la Suburra y el Argiletto, hasta llegar al último rincón de una ciudad de un millón de habitantes que, al fin, podían desahogar su frustración contra algo. El desorden condensó todo el odio y la impotencia suspendidos en el aire durante meses, alimentados por la miseria.

Cuando los gladiadores dejaron atrás el teatro, la muchedumbre los arrastró hacia el valle de Murcia. Para entonces, Marco había perdido de vista a Quinto y a sus hombres. La familia Varrón Murena se había dispersado, confundándose con la multitud. Su aspecto de matones profesionales los delataba, pero poco parecía importar.

—¡Augusto ha traicionado la voluntad de César! —gritaba un anciano, contagiado por la euforia reinante—. ¡Ya no vela por los intereses del pueblo! ¡Se ha convertido en un optimate!

Un grupo de guardias urbanos surgió desde las puertas del circo Máximo y empezó a apalearle. El tumulto se había convertido en una excusa para los ajustes de cuentas, tanto por parte de los rebeldes como de las fuerzas del orden.

—¡Ayudadle! —dijo Varrón Murena.

Los gladiadores desenfundaron sus armas y corrieron hacia los guardias. Una treintena de luchadores profesionales contra una centuria de vigilantes armados con bastones. Tras un intercambio de golpes y cuchilladas, los obligaron a retroceder y la muchedumbre comenzó a recoger adoquines para arrojarlos. Bajo una continua lluvia de piedras, los urbanos se refugiaron en las gradas del circo, que se convirtió en una fortaleza asediada. La plebe, envalentonada, se congregó ante las escaleras de Caco.

—¡Les hemos hecho huir! —aulló un muchacho—. ¡Jodeos, cabrones!

Eran, en su mayoría, jóvenes de los barrios bajos, a los que la necesidad extrema había llevado hasta el límite. Entre ellos, algún individuo bien vestido, varias mujerzuelas y una pareja de ancianos. Se formó un corro alrededor de los cadáveres de los guardias urbanos.

—¡Hay que derrocar a Augusto! —gritó el viejo que acababa de ser apaleado—. ¡Debemos tomar el Palatino!

Habían hecho huir a un destacamento de cohortes urbanas y lo celebraban como si hubiesen derrotado al ejército de Jerjes. Rabia de vivir en un mundo que no les

pertenecía, de su incapacidad para cambiar nada. Alimentados de sueños vacíos que les habían hecho asumir sus propias cadenas. Vivir evadiéndose de los problemas, en lugar de enfrentarse a ellos. Aquel fue un momento de lucidez, de euforia y de enajenación colectiva, que les enseñó que la verdadera libertad nace en la mente.

—¿Alguno de vosotros tiene experiencia militar? —preguntó Marco.

Nadie respondió, como si esa cuestión no importara. Observó a un niño de once años que recogía piedras del suelo.

—¿Dónde están tus padres?

—Muertos. Se los llevó la plaga.

Varrón Murena les había ordenado que se hicieran pasar por amotinados. En ese momento, Marco se veía inmerso en una farsa dentro de otra farsa. Un agente de Tiberio interpretaba el papel de un gladiador, que a su vez fingía ser un insurrecto.

—¿Qué hay de los pretorianos? —Marco trató de hacer reflexionar al anciano.

—Hay tres cohortes por Roma y el resto está en las inmediaciones —respondió, tapándose una brecha de la frente—. En la casa de Augusto solo permanece la guardia germana.

Asaltar la casa del primer ciudadano de la República, por la fuerza. No era un plan muy sofisticado. Mucro pudo interpretar su expresión: a pesar de no saber de táctica, él también era consciente de que era un suicidio. La obra de teatro había liberado toda la indignación y la impotencia contenidas durante meses. Los conspiradores sabían que la plebe jamás seguiría a unos nobles descontentos.

Armados con piedras y palos, un millar de insurgentes corrió hacia las escaleras de Caco. La escalinata era un angosto pasaje que ascendía entre el podio del templo de la Victoria y el muro occidental de la residencia de Augusto. Allí, un puñado de soldados cubiertos de metal de pies a cabeza podía enfrentarse con éxito a toda la población de Roma; en su mente, Marco recordó las Termópilas. Por si fuera poco, la escolta personal del *princeps* contaba con una cohorte pretoriana como refuerzo. En total, casi un millar de soldados con la panoplia completa, que podrían arrojar proyectiles desde las troneras de los barracones.

—Acompañadlos —ordenó Varrón Murena.

Era la hora de ganarse la recompensa prometida. Tal vez el senador no esperara que muchos sobrevivieran, de modo que el gasto no resultaría tan oneroso. Los gladiadores desenfundaron sus armas a desgana y se apresuraron a seguir al anciano, convertido en el improvisado líder de la revuelta. Marco iba a unirse a ellos cuando una mano aferró su hombro: Varrón Murena hizo un gesto a sus hombres de confianza para que lo acompañaran, Mucro y Pulcher entre ellos. Vindiacos y Aenor se situaron a su lado, tan silenciosos como siempre.

—No te separes de mí —le dijo a Marco—. Te necesitaré a mi lado.

Su voz sonaba decidida. Los conspiradores habían fraguado en secreto su plan

durante meses. Ahora había llegado el momento.

Las llamas engulleron el féretro de Marcelo mientras una silenciosa muchedumbre se agolpaba en torno al enorme mausoleo que su tío había hecho construir para él y su familia en el Campo de Marte. Previamente, la procesión había llegado al foro Romano y los actores con las máscaras de los antepasados subieron a la Rostra para sentarse en sillas de marfil. Augusto pronunció entonces el discurso fúnebre, con el templo de la Concordia y la colina del Capitolio como fondo. Cintia se sintió impresionada por aquel espectáculo lleno de solemnidad y grandeza.

De regreso a la mansión de los jardines de Mecenas, la actriz recordaba la mañana, mientras depositaban en el sagrario la máscara extraída del cadáver. Una vez junto al resto de las efigies que, ennegrecidas por el tiempo, habían desfilado en la ceremonia, el rostro de Marcelo sería coronado con laurel en las fiestas y se le rendiría culto doméstico. Aquel joven apuesto, lleno de ambición, había pasado a ser un recuerdo; su rostro de cera pintada, provisto de un realismo inquietante, parecía dirigirle una mirada acusadora.

—Has estado magnífica, Cintia —dijo Julia.

Al besarla, su denso perfume provocó que la actriz evocara imágenes de cuerpos abrazados. Era algo que contradecía aquel sobrio aspecto de viuda intachable; vestida de blanco, la hija de Augusto se había recogido el cabello, que permanecía cubierto por la palla.

—Gracias —respondió.

Siguió a Julia hasta el banquete fúnebre, que tenía lugar en la parte posterior de la casa, donde cientos de invitados almorzaban sobre los lechos desperdigados por el jardín.

—¿Dónde has estado? —Con la excusa de protegerla, el *princeps* había restringido la libertad de su hija; sin embargo, Julia no había pasado por alto su tardanza.

—Después del entierro me reuní con... una amiga —respondió.

—¿En casa de Fabricio?

La actriz se preguntó si había ordenado que la siguieran, aunque finalmente descartó la idea.

Al atravesar el vestíbulo, Fabricia había corrido hacia ella para mostrarle una máscara de barro secada al sol que había pintado de vivos colores. Se había puesto perdida, así que decidió llevarla al impluvio para lavarle las manos, mientras la pequeña no dejaba de sonreír. Siempre había tenido un encanto especial con los niños. Tal vez porque la cautivaban, y ellos podían percibir cuándo una emoción era sincera. Una capacidad que al hacernos adultos perdemos.

Acomodó a Fabricia en su regazo para limpiarle las manos en el estanque y, al hacerlo, inspiró el agradable olor que desprendía su pelo. Disfrutó del suave contacto

con aquella frágil criatura, mientras la niña admiraba el brillo de sus joyas y su vestido de seda.

—De mayor quiero ser como tú —le dijo.

¿Por qué había sentido esa congoja al oírlo? Cintia había llegado hasta donde se había propuesto. Disfrutaba de una posición con la que jamás habría soñado y, sin embargo, no deseaba esa vida para aquella inocente criatura. Tal vez su mente aún permanecía anclada en esa decencia hipócrita que su madre le había inculcado. O quizás, en el fondo, se engañaba a sí misma.

Entonces Fabricio atravesó el peristilo para recibir una visita. Pasó de largo, sin dedicarles una sola mirada ni prestar atención a la niña. Le dolía el modo en que ignoraba a su propia hija. Poco después, el comerciante de arte entró en la exedra junto a un senador de cabello rubio rizado, con un pálido rostro de fauno. Al parecer, se llamaba Fanio Cepión.

Sus recuerdos se desvanecieron cuando Julia le ofreció una copa y apuró el contenido de un único trago. Inspiró profundamente antes de acompañarla hacia el jardín. El efecto que creaba el vestido al amoldarse a su cuerpo resultaba mayor de lo esperado. Marcelo había exhibido su trofeo ante todos. ¿Y qué mejor modo que sobre un escenario? Su condición de amante del heredero de la República la había convertido en la cortesana más solicitada de Roma. Notaba todas las miradas sobre ella mientras se disputaban su compañía. Cintia coqueteaba y reía, al saberse el centro de atención y, aun así, se sentía incómoda. No conocía a nadie y, más allá de la atracción, percibía indulgencia.

—«Cuando era joven, Lais resultaba indomable a causa de su fortuna, y era más fácil obtener una entrevista con el sátrapa Farnabazos antes que con ella. Pero después de recorrer la larga senda de los años, con la armonía de su cuerpo desvanecida, resulta tan fácil verla como escupir. Puedes pagarle con tres óbolos y acepta tanto a viejos como a muchachos».

Se dio la vuelta, al reconocer la voz de Apio Valerio.

—¿No has leído a Epícrates? —le preguntó el équite, mientras le ofrecía una copa de zumo de granada—. La belleza es efímera. Sácale partido mientras puedas.

Ante aquella sonrisa de granuja distinguido, el cuerpo de Cintia se envaró. Si llegaba a oídos de Fabricio que hablaba en público con su rival, hombre de confianza de Agripa, su carrera peligraría. Él se debió dar cuenta de su inquietud y esbozó un ademán cómplice para tranquilizarla. La actriz sabía que, entre las virtudes del équite, destacaba la discreción.

—Ya te advertí que, una vez dentro, te resultaría difícil renunciar a esto. —Con la mirada perdida en el vergel cuajado de estatuas, el promotor cultural parecía bucear en sus recuerdos.

«Al entregarte por dinero, asumes la desigualdad», le había dicho Vitruvia. Como

si ella hubiera podido elegir con quién compartir su vida y a quién entregar su cuerpo. Al aceptar la protección de Fabricio, Cintia era consciente de que había emprendido un viaje del cual, si regresaba, jamás volvería siendo la misma. En el fondo, le halagaba percibir la admiración, la rivalidad y los celos de la nobleza. Su nueva condición había abierto para ella unas puertas que, de cualquier otro modo, permanecían cerradas. Al principio, fue el peaje que tuvo que pagar por subir al escenario; ahora lo veía como una prolongación de este. Tras lo ocurrido en los últimos meses, la farsa en el lecho no significaba nada. Sentía que al fin había encontrado su lugar.

—¿Conoces a los hermanos Sosii? —le preguntó Apio Valerio, y aludió con un gesto a los recién llegados.

—Solo de oídas.

Los dos editores eran, en lo esencial, idénticos. Ególatras y prepotentes, con unos ojillos mezquinos y astutos. Años atrás, debieron de ser fornidos, aunque la grasa había ido engullendo su cuerpo. El menor iba del brazo de una bella adolescente que tal vez pudiera ser su hija, si no fuera porque ningún padre permitiría a su retoño acudir a un funeral con un vestido de seda translúcida y los labios pintados como una felatriz de Gades. Bastaba comparar su edad y aspecto para imaginar la naturaleza de su relación, aunque todos fingieran lo contrario. Al igual que en el teatro, donde asumimos una realidad aun sabiendo que es falsa.

—Encantado de conocerte, Cintia —dijo el mayor de los Sosii, con una sonrisa impostada.

—Si me disculpáis, he de hablar con unos amigos. —Apio Valerio se mostró fiel a su tácito pacto de discreción y se dirigió hacia un matrimonio de aspecto distinguido.

—¿Qué es de Vitruvia? —preguntó el menor de los Sosii.

—Siempre ocupada con su trabajo. —Ella se preguntó si sabían cuál había sido su papel en el robo de las elegías.

—Sí, siempre sepultada entre libros, visitando una biblioteca tras otra... —ironizó el editor—, ignorando que las decisiones importantes, que hacen progresar un negocio, se toman en lugares como este.

—Si no fuera por ello, no podríais enriqueceros reeditando sus obras.

—Como dijo Publio Sirio: «Nadie puede ganar sin que otro pierda». Es cierto —admitió—, pero es ley de vida que los necios trabajen para que la gente despierta se aproveche de ello. Tú, por el contrario, eres lista y ambiciosa. Si quieres algo, no paras hasta conseguirlo... Ahora que Marcelo ya no está entre nosotros, tal vez dispongas de tiempo para hacernos una visita. Descubrirás que Psique es muy cariñosa.

Se refería a la joven que los acompañaba. Ambas se miraron a los ojos,

estudiando las facciones que los aceites resaltaban, y aquellas que dejaban latentes. El maquillaje no es más que una máscara, y el talento de una cortesana se mide por su capacidad para saber qué clase de mujer quieren que sea. No era difícil imaginar lo que aquellos dos hombres buscaban.

—Por supuesto —añadió el editor—, antes hablaremos con Fabricio...

En ese momento, se presentó un joven patricio rodeado por una escolta de soldados. A medida que cruzaba el jardín, Cintia reconoció al cuestor ostiense y al apuesto individuo que lo acompañaba. Tiberio tenía la túnica empapada en sudor y no se molestó en ocultar el *gladius* que colgaba de su cintura, lo cual le convirtió en el blanco de todas las miradas. Presentó sus respetos a Octavia con un somero gesto que ella aceptó con una fría corrección y, al ver a los editores, se dirigió hacia ellos con paso decidido.

—Saludos, joven vástago de los Claudios —declaró el mayor de los Sosii, inclinando el rostro.

—Tal vez este no sea el momento más adecuado... —dijo Tiberio mientras observaba a las mujeres—. ¿Os importaría responder a unas preguntas?

Su ademán cansado, sereno y autoritario dejaba claro que le daba igual resultar inoportuno, y que tampoco le importaba si eso los molestaba o no.

—Por supuesto —respondió el menor de los Sosii.

—Ha estallado una revuelta en las calles y creemos que está relacionada con esto. —Les mostró un tosco rollo de papiro—. Es la adaptación de una obra de Sófocles que circula por Roma. Trato de averiguar quién está detrás de este libelo.

Les entregó un burdo volumen en cuya etiqueta podía leerse «Edipo tirano». No era algo nuevo. En un principio, Augusto había imitado la práctica de César y trató de contestar en público a los pasquines. Fue en vano, y ahora perseguía a sus autores: había prohibido la publicación de cualquier escrito bajo seudónimo.

—Papiro barato y pésima edición, muy apresurada —dijo el mayor de los Sosii, con un empalagoso tono paternal.

—Entonces pregunto al editor adecuado, ¿verdad? —replicó el joven.

—Yo..., nosotros publicamos toda clase de obras —admitió—. Pero jamás osaríamos copiar nada que cuestionase...

—Este tipo de libros subversivos más bien parecen fruto de otra mano —se apresuró a añadir su hermano.

Cintia supo que tratarían de relacionar a Vitruvia con los libelos; un modo de eludir la acusación y de paso eliminar una incómoda competencia. La actriz introdujo la mano en su bolso y acarició el rollo de papiro que guardaba. Había esperado la oportunidad de emplearlo. Siempre llevaba consigo el manuscrito que había descubierto en la biblioteca de Vitruvia para una ocasión como esa. Supo que, al fin, había llegado el momento.

—Mi señor, hace días encontré esto...
Extrajo el pequeño volumen para entregárselo a Tiberio.

XXIII

La monumental entrada estaba rematada por un frontón con el relieve de una loba amamantando a dos niños de pecho. Había sido construida en la base de la terraza que se extendía ante los templos de Cibeles y de la Victoria. A ambos lados de la puerta, las esculturas de otros gemelos, Cástor y Pólux, sujetaban a sus caballos por las riendas. Varrón Murena golpeó la tablazón revestida de bronce. Un individuo ataviado con pieles la abrió. Al reconocer al senador, les hizo un gesto y tomó una tea para conducirlos a través del oscuro pasillo. Marco y el resto de los gladiadores los siguieron.

La plaza construida sobre sus cabezas estaba sustentada por una sucesión de arcadas. Cuando las dejaron atrás, se adentraron en un lóbrego corredor, solo iluminado mediante lucernas depositadas en hornacinas. Varrón Murena se detuvo.

—El resto esperad aquí. No dejéis que nadie entre —ordenó, e hizo un ademán a Marco para que lo acompañara.

Las paredes de ladrillo se convirtieron en una mohosa caverna que la naturaleza había excavado en la base del Palatino. Se adentraban en la Lupercal, en el corazón de Roma, el lugar donde siete siglos antes habían sido amamantados Rómulo y Remo, los míticos fundadores de la urbe. La gruta comenzó a ensancharse.

—Hay un pasadizo que conduce al interior de la casa de Augusto —le explicó el senador, mientras dejaban atrás a sus compañeros de escuela.

Al parecer, la revuelta solo era una distracción mientras llegaban al complejo residencial por un acceso secundario para cometer el asesinato. ¿El plan de los conspiradores era tan sencillo? Le costaba creer que Tiberio hubiera dejado ese cabo suelto. Observó a su guía, uno de los lupercos, elegidos cada año entre los ciudadanos más ilustres de Roma. Quince días antes de las calendas de marzo, durante las Lupercales, oficiaban el sacrificio de un perro y un macho cabrío presidido por el Flamen Dialis y las vírgenes vestales. Más tarde, el colegio de lupercos desfilaba solemne por toda Roma, completamente desnudos todos. No le extrañó que simpatizaran con los conspiradores.

Por fin llegaron al fondo del subterráneo. Un imperio de ochenta millones de almas afianzado en tres continentes había nacido en aquella sombría gruta que apestaba a humedad. La cavidad natural había sido horadada para dar forma a un ninfeo rectangular con un ábside provisto de una fuente. El techo abovedado estaba pintado con escenas sobre la fundación de Roma: Eneas huyendo de Troya, Rómulo y Remo llegando hasta aquella cueva en una cesta arrastrada por el río. Hacia el fondo, un fresco mostraba el momento en que la loba amamantó a los gemelos, y ante él se hallaba el ara consagrada al fauno Luperco. Sentado sobre ella, estaba Fanio Cepión.

—Cuánto tiempo, ¿verdad?

Al girarse, Marco descubrió al *ergastularius* y a media docena de hombres armados. Reconoció el rostro de alguno de ellos; eran los guardianes de la hacienda. Su mirada regresó al rostro de Varrón Murena, que lo observaba impasible.

Cepión saltó de su asiento para plantarse ante él.

—¿Te has fijado en ellos? —dijo, aludiendo a la multitud que habían dejado atrás—. En el fondo, no son más que animales. Solo les interesa satisfacer sus instintos: alimentarse, conservar su miserable vida. Pero tú eres capaz de aceptar una misión suicida solo para alcanzar tu meta.

Marco reflexionó a toda prisa. Afuera, los amotinados trataban de asaltar el Palatino. ¿Sabían los conspiradores que les esperaba una cohorte pretoriana, además de los germanos?

—En realidad, tú y yo no somos tan distintos —prosiguió su antiguo legado—. Yo también estoy dispuesto a todo para satisfacer mis ambiciones. Aunque, por desgracia, uno de los dos debe desistir. Ellos lo hacen, renuncian a su libertad a cambio de pan y circo.

El gladiador escrutó el rostro de Varrón Murena.

—Por supuesto, sabíamos de tu presencia en la casa. —Cepión fue capaz de leer su muda pregunta—. Tu hermana ha trabajado para nosotros durante todo este tiempo: ella misma te delató.

«Destruir la esperanza es lo más difícil de todo», había dicho el capataz. Rastreo el rostro de su antiguo legado en busca de algún vestigio que delatara su mentira. No lo encontró. Sus facciones se mantenían inalterables, como esculpidas en alabastro.

—¿Por qué ordenasteis a Hermes que matara a Critias? —les preguntó.

—¿Qué te hace pensar que lo hicimos? —Al parecer, Varrón Murena rehusaba hablarle; dejaba que Cepión se recreara en su triunfo.

—Le apuñalaron en el costado derecho: fue obra de un zurdo. Solo alguien de la casa pudo hacerlo, y Hermes no acudió al juicio.

Por toda respuesta, Fanio Cepión le arrojó un amarillento rollo de papiro. Tenía manchas de sangre. Los extremos del pliego de cualquier volumen estaban sujetos a dos varas de madera. Para leerlo, había que desenrollarlo con la mano derecha mientras se recogía con la otra sobre el vástago izquierdo. Cuando se llegaba al final, se rebobinaba para volver al inicio. No lo habían hecho. Marco abrió aquel arcano libro en el mismo pasaje en el que Critias lo había dejado poco antes de morir. Estaba escrito en un dialecto griego muy arcaico, en bustrófedon:

El ciceón se elabora a partir de poleo y cebada sumergidos en agua. Sin embargo, para que la diosa nos conceda la visión, no sirve cualquier cereal: se han de examinar los cultivos y buscar manchas oscuras, a orillas de ríos o en lugares húmedos. Durante la cosecha, las espigas muestran las

puntas negras y pegajosas al tacto. Es fácil encontrarlo en campos de centeno tras una primavera lluviosa. El parásito adopta la forma de un minúsculo espolón negro que sobresale de la espiga. Se han de mezclar dos minas de grano por cada ánfora de agua.

El don que Perséfone disemina por los campos permite descender al Inframundo, pero no se debe abusar de él, a riesgo de quedar recluido en el Hades. Ya sea en forma de ciceón o en forma de harina de pan de centeno, el consumo continuado produce fiebre y visiones. El fuego del Tártaro abrasa manos y pies, y acaba sumiendo a la víctima en una inmensa agonía.

El fuego del Tártaro. Solo era una plaga nacida del centeno en terrenos húmedos; sin embargo, aquel invierno había resultado seco en extremo. Entonces recordó el dique que Cepión había hecho construir en su hacienda para anegar los campos, y el cereal que guardaba en sus almacenes. Una vez más, había tenido la verdad ante él.

Pan y circo: los dos pilares que aseguraban el control de la plebe. El plan de los conspiradores era sabotear el suministro de trigo para provocar aquella revuelta, gracias al parásito empleado en los ritos místicos. Critias reconoció los síntomas de la enfermedad y trató de investigar su origen en la biblioteca. Eso supuso su sentencia de muerte.

—Esa turba jamás llegará a la casa de Augusto —les dijo.

—Por supuesto que no —contestó Cepión, mientras le arrebatava el rollo de papiro—. Sin embargo, cuando los pretorianos entren en acción, me temo que la masacre será inevitable. Eso hará que la plebe descubra que está oprimida.

Una hipocresía muy propia de su antiguo legado.

—Acaba ya con esto —espetó.

—¿Matarte ahora? No. Aún tienes que enfrentarte a Hermes, lo hemos anunciado por toda la ciudad. Protagonizaréis el gran combate de esta tarde, ante toda Roma. —Cepión sofocó la risa—. Tu maestro de armas tendrá un combate fácil. En Puteoli solo venciste a unos luchadores de tercera, con el Arcadio tuviste suerte, y mataste a Perseo gracias a que amañamos la pelea. Afróntalo: eres un fraude, Prudes. ¿Qué posibilidades tienes de ganar?

—Tal vez tenga suerte.

—Me temo que no. Correrás la misma suerte que Perseo. La misma que tu hermanastra.

Por primera vez, Marco mostró un atisbo de inquietud. Cepión no lo pasó por alto:

—Esta mañana visité a Tito Fabricio, mientras ella estaba en el teatro. Qué fácil

fue convencerle de que su esposa mantenía una relación ilícita contigo. A lo largo de los últimos días, sus reuniones clandestinas han alimentado sus sospechas, ¿sabes? Tu cuñado es muy... temperamental. Y ella no sabe mantener la boca cerrada. Me temo que el desenlace será trágico —concluyó Cepión—. Tú morirás esta tarde. Ella lo hará en breve. La compañía teatral desaparecerá y no quedarán testigos.

Aproximó el ajado volumen a una antorcha y el papiro comenzó a arder hasta convertirse en un montón de cenizas sobre el suelo de mosaico. El *ergastularius* se dirigió hacia Marco con unos grilletos de hierro en la mano:

—Las manos bien a la vista.

Marco se aproximó a él, ofreciéndole las manos. Cuando su pie izquierdo tocó el suelo, la rotación de la cadera hizo que su pierna derecha saliera disparada. La tibia golpeó al hindú en la cara externa de la rodilla; el chasquido resonó con un eco sordo en la caverna. El *ergastularius* se encogió de dolor. Él aferró su cabeza con ambas manos para propinarle un rodillazo en el rostro. Cogió el cuerpo inconsciente, con la nariz aplastada, y lo empujó contra los hombros de Cepión para huir.

Marco corrió por la cueva en dirección a la salida mientras ellos le perseguían. Al llegar a las arcadas, se toparon con Mucro y el resto de los gladiadores que acudían alertados por los gritos.

—¡Apresadle, es un espía! —gritó Varrón Murena—. ¡Fue él quien mató a Velox!

La noticia supuso una conmoción para los miembros de la escuela. Vindiacos entrecerró los ojos, tal vez considerando su conversación pasada bajo la luz de aquella revelación. A su lado, Aenor aferraba con fuerza su espada. Mucro no daba crédito a lo que acaba de oír. Fanio Cepión y Varrón Murena se encontraban ya ante ellos.

—¿Es verdad lo que dice? —preguntó Mucro.

Atrapado entre los matones de Cepión y sus compañeros de escuela, Marco decidió huir hacia el frente.

—Mi nombre es Marco Vitruvio Rufiano —dijo, alzando la voz—, *mentor* de la Legión IX Hispana y *speculator* bajo las órdenes de Tiberio Claudio Nerón. Hace dos años, Fanio Cepión masacró a mis camaradas, y por ello he jurado venganza sobre esta espada consagrada a Némesis.

Fortuna y Némesis. Las estatuas de aquellas diosas se hallaban en todas las escuelas de gladiadores, y para cualquier guerrero la *fides* era la esencia de su código de honor. Había logrado captar su atención.

—¡Os daré veinte mil sestercios a cada uno si lo detenéis! —aulló Varrón Murena.

Eso animó a Marco a proseguir.

—Augusto sabe que Varrón Murena y Fanio Cepión pretenden conspirar contra él, y por ello han desplegado a nueve cohortes pretorianas por toda la ciudad. Su plan

está condenado al fracaso. Prometo una amnistía para quien se niegue a participar en él.

Fanio Cepión les habló por primera vez:

—¿Vais a confiar en la palabra de alguien que os ha estado mintiendo durante todo este tiempo?

—Cepión ha cultivado centeno infectado por un hongo en su hacienda de Puteoli y luego lo ha almacenado en los Horrea Sulpicia —prosiguió Marco—. Ese grano adulterado es el responsable del fuego del Tártaro que ha asolado los barrios populares. Él y Varrón Murena han estado envenenando a Roma para provocar esta revuelta: la plaga no es ningún castigo de los dioses. ¡Que Júpiter disponga de mi cuerpo! ¡Que Tius y Sucellos hieran mis ojos y yo quede ciego si mis palabras no son ciertas!

Era una ordalía. Había apelado a los dioses de la ley y de la justicia, garantes de la fidelidad en los juramentos. Celtas y germanos guardaron un silencio reverente. Y al observar la expresión del resto, Marco supo que, al igual que él, habían comprendido por qué aquella enfermedad los había acompañado durante todo ese tiempo. La respuesta era el centeno: todo aquel que se alimentaba de él moría de fiebre y gangrena.

En la hacienda, los esclavos que trabajaban en la casa, y tenían acceso a los almacenes, al poco tiempo enfermaban. Más tarde, trasladaron un cargamento desde Ostia hasta los Horrea Sulpicia, tras haber chantajeado al funcionario responsable de su supervisión. Durante la travesía por el Tíber, la afección de los remeros hizo que Hermes y el *ergastularius* dedujeran que el capataz los había estado alimentando con el centeno infectado. Para ganarse unos denarios escatimando el trigo de sus raciones, aquel pobre idiota había puesto el plan en peligro. Previamente, Varrón Murena se había reunido con el propietario de los almacenes que albergaban el grano de los subsidios. Una vez mezclado el centeno contaminado con el trigo de los repartos entre la plebe, aquella peste se había propagado por toda Roma.

Observó a los condenados al *damnatio ad ludum*: nacidos en los barrios populares de la urbe, muchos habían perdido algún familiar después de que sus miembros se pudrieran entre fiebres. Todo encajaba demasiado bien como para ponerlo en duda.

La presencia de Cepión en aquella cueva no tenía sentido y, al mirar a los ojos de Varrón Murena, se dio cuenta de que él también lo sabía. El antiguo legado quiso recrearse en esa situación de poder; restregarle su triunfo por la cara. Cepión estaba acostumbrado a satisfacer todos sus deseos y, por puro capricho, él mismo le había dado la información que acababa de utilizar en su contra. Dos años antes, en Cantabria había vislumbrado aquel resquicio de debilidad; su odio hacia él le había hecho cometer un error fatal.

—Como tú declaras de viva voz, sea tu palabra derecho —recitó Mucro,

haciéndose a un lado.

Marco se abrió paso entre sus compañeros de escuela. Los gladiadores formaron un muro a su espalda, impidiendo que los hombres de Cepión pudieran seguirle. Antes de irse, intercambió una mirada con Fanio Cepión y su antiguo amo. «No lo comprenden», pensó al advertir su desconcierto. Para ellos, eran solo juguetes. Con el tiempo, de una persona no recuerdas lo que ha dicho, o incluso lo que ha podido hacer, sino lo que sientes por ella. En la memoria, las emociones son lo único real.

Atravesó la puerta, con Mucro a su lado.

—¿Tius y Sucellos? —preguntó el suburano en voz baja.

—En la Galia, los auxiliares germanos perjuran por Tius cuando discuten por las putas. El otro no tengo muy claro quién es.

—Lárgate enseguida —masculló Mucro.

—Dentro de dos días, en la taberna El Fénix.

Se estrecharon la mano para despedirse.

Las calles se habían convertido en un campo de batalla; y el Palatino, en una isla asediada. Formando en testudo, los pretorianos impedían a los sublevados ascender por las escaleras de Caco, un angosto pasaje con apenas espacio para cuatro hombres codo con codo. En el valle de Murcia, la muchedumbre había invadido el circo Máximo y trataba de arrancar los marcadores de bronce. Lo destrozaban todo, para desahogar su furia, mientras los comerciantes, armados con cuchillos, defendían sus negocios.

Entonces oyó el sonido de las tubas.

Era la primera vez que Marco contemplaba el despliegue de dos cohortes. Siempre lo había presenciado desde dentro: el espectáculo resultaba, al mismo tiempo, terrible y fascinante. Desde el este, llegados de la vía Apia, los pretorianos formaron ante la multitud. Resonaron los *cornua* y, cubiertos de hierro y bronce, novecientos sesenta legionarios cargaron con un estruendo aterrador; una inmensa marea humana se precipitó en dirección opuesta. A pesar de superarlos en una proporción de diez a uno, todos buscaron refugio en los barrios bajos. Un soldado sabe que siempre tendrá a sus compañeros junto a él. Rodeados de desconocidos, los miembros de una turba no confiaban en nadie.

—¡Pan! ¡Están entregando pan! —Un joven llegó corriendo desde el otro extremo de la explanada y señalaba el templo de Ceres.

Los escasos amotinados que aún no habían huido empezaron a correr en desbandada hacia el santuario.

—¡Deteneos! —gritó el anciano que había dirigido la efímera revuelta—. ¡Venderemos caras nuestras vidas!

Un hombretón fue el único que se molestó en contestarle.

—Lo siento —dijo—. Tengo que alimentar a mis hijos.

Marco se abrió paso a empujones hacia la falda del Aventino, tratando de no ser aplastado. Allí, los pretorianos habían formado un perímetro alrededor del templo de Ceres y, desde el podio, los funcionarios arrojaban hogazas a una ávida muchedumbre que reclamaba pan a voz en grito. Tuvo que dar un rodeo para ascender hacia la residencia de Tito Fabricio. Había visto la litera de Vitruvia marchar hacia allí poco antes de que la revuelta estallara. Esperaba llegar a tiempo.

Mecida por el traqueteo de la litera que atravesaba a toda prisa el Clivus Publicius, Vitruvia se sentía satisfecha. En las obras de mimo, el espectador rara vez debía interpretar nada. Solo eran un deslumbrante espectáculo en el que la nobleza exhibía ante el pueblo toda su opulencia y poder. Una realidad que podía ser admirada o envidiada, pero jamás puesta en duda. Tal vez, gracias a su *Edipo*, el pueblo comenzaría a hacerlo. En ese momento, los libelos que había editado circularían por toda la ciudad. Pasarían de mano en mano a escondidas, se harían copias clandestinas e incluso se leerían en voz alta en las tabernas. Se sentía embriagada por ese poder: publicar libros que, en lugar de dejar el mundo tal como era, lo mostraban de un modo distinto y, gracias a ello, lo transformaban.

Ya no había retirada posible. Si descubrían al autor de aquel *Edipo tirano*, la condena sería el embargo de bienes y el destierro, tal vez incluso la pena capital. Debía regresar a la mansión de su esposo y destruir el manuscrito original que aún guardaba en su despacho. Una vez hecho esto, habría eliminado cualquier prueba que la implicara.

Se apeó del palanquín ante el vestíbulo. Al entrar, la mansión se mostró ante ella insólitamente vacía y silenciosa, ajena al acostumbrado ajeteo. Supuso que los disturbios habían alterado a la servidumbre. Nada más pisar el atrio, se detuvo. Sentado en un rincón, sumido en la penumbra, Fabricio la aguardaba con una copa de vino en la mano. A su lado, sobre una mesa, una jarra reposaba vacía.

—¿De dónde vienes? —La voz de su esposo resultó opaca. Sus ojos proyectaban una mirada penetrante que reptaba de un punto a otro, y a veces permanecía fija sin motivo, como si tratara de extraerle sentido a la nada.

—He ido al teatro.

—¿Eso es todo?

—Sí —respondió con cautela—. ¿Ocurre algo?

El comerciante de arte se levantó de su asiento para acercarse. Su figura a contraluz se recortó sobre la puerta. Pensaba que estaría en las exequias de Marcelo, que se celebraban en los jardines de Mecenas; su esposo rara vez dejaba de acudir a esa clase de reuniones sociales. Vitruvia escrutó su rostro, tratando de encontrar algún vestigio de emoción; al no lograrlo, su incomodidad se convirtió en inquietud.

—Empecemos de nuevo... —dijo Fabricio—. ¿Dónde has estado?

Una vez más, se preguntó por el motivo de su enfado. Tal vez había roto alguna

de las tácitas normas que habían establecido y recordó las dudas que tenía sobre acudir al teatro sola. Durante años, se había resistido a dejarse amedrentar hasta el extremo de cambiar sus hábitos. Ahora se daba cuenta de hasta qué punto lo había hecho.

La idea de que su marido hubiera descubierto su papel en la revuelta que estaba teniendo lugar le aterró. Descartó la idea y atravesó el atrio. Al ver que Fabricia no estaba en su dormitorio, experimentó un sobresalto. Había ordenado al ama de cría que, después de almorzar, la mantuviera ocupada en sus prácticas de lectura.

Tito Fabricio sonreía ante su desconcierto.

—¿Dónde está mi hija? —le preguntó.

—¿Con quién has estado?

Vitruvia le dio la espalda, ignorándole, pero una garra aferró su hombro. Al girarse, se encontró ante una expresión de odio que jamás había visto.

—¿Adónde crees que vas? —Fabricio trató de arrastrarla hasta el peristilo. Esperaba una súplica y solo halló desprecio. La observó detenidamente con una mueca de asco—: Virtuosa, elegante, culta... —espetó—. Y, en el fondo, eres como Cintia. Capaz de cualquier cosa.

—La manipulaste —susurró ella entre dientes.

—Jamás la obligué a nada —respondió el comerciante de arte, recuperando la compostura; había visto una debilidad—. No sé qué te habrá contado acerca de esas representaciones privadas que tú rehuías por decencia... Pero te aseguro que Cintia sabe emplear muy bien sus armas.

Cuando Fabricio deseaba algo de un magistrado, se reunía con él acompañado de alguno de sus actores. Los senadores se mostraban encantados de mostrarse en público en compañía de las celebridades y, si eso no bastaba, hacía que sus obras respaldaran sus maniobras políticas. Aristócratas de provincias deseosos de empaparse del hechizo de Roma a los que invitaba a cenas y a representaciones teatrales hasta doblegar sus deseos. Su compañía de teatro no era más que un refinado prostíbulo, y el escenario el mejor modo de exhibir su mercancía. Su elenco de actores abarcaba todos los gustos imaginables; del mismo modo que averiguaba las preferencias de sus clientes en materia de pintura, era capaz de intuir otra clase de apetitos. Fabricio podía hacer realidad cualquier fantasía: ahí residía su éxito. Al darse cuenta de que su esposa lo sabía, se apresuró a continuar:

—Siempre supe que, tras esa máscara de muchacha ingenua, era capaz de cualquier cosa. Incluso entregarme el manuscrito de «tus» elegías. —Puso especial énfasis en aquellas palabras—. Tu «hermana» tiene un cuerpo precioso, pero al final es como todas.

Era la primera vez que pronunciaba esa palabra en voz alta. Aquel parentesco era una verdad tan obscena y evidente como lo que, durante años, había sucedido sin que

ella se diera cuenta. Abrumada por las consecuencias de lo que había propiciado al traer a Cintia a la casa, un repentino dolor le atenazó el pecho. Una clase de dolor que jamás había esperado sentir y cuyo nombre ni siquiera su mente se atrevía a dar forma. Su hermana. Por primera vez, esa palabra estaba impregnada de un sentido de posesión que, hasta entonces, solo había sentido hacia Marco. Su hermana. Era incapaz de asumir que la había perdido: Tito Fabricio se la había arrebatado. Una vez muerto Marcelo, Cintia no tendría más alternativa que prostituirse para su esposo.

—¿Dónde está Fabricia? —le preguntó.

—No voy a tolerarte ni una humillación más —espetó él—. Siempre me has mirado con desprecio. Lo he soportado, incluso he intentado ser bueno contigo..., pero se acabó. Arruinaste mi oportunidad de obtener el favor de Augusto con tu hipócrita farsa de decencia, y ahora compartes lecho con tu hermano a mis espaldas.

Solo entonces comprendió. Su marido odiaba a Marco de una forma enfermiza; años antes, le había roto la mandíbula, y era incapaz de olvidarlo. Hasta entonces, nadie le había puesto la mano encima: Fabricio sentía miedo de él, y por eso le odiaba. Ahora proyectaba todo ese odio hacia ella. La revelación de que aún seguía vivo y compartían lecho era como si Marco hubiese regresado de la tumba para infligirle la peor de las ofensas.

—Te quise a mi lado para cultivar mi imagen —concluyó Fabricio, con la voz envenenada—. Para que me dieras un hijo varón que jamás me has dado. Para ganarme el favor del *princeps*... Ahora que, gracias a tus elegías, he ganado prestigio, ya no me sirves de nada.

—Si le has hecho daño a mi hija, haré que te maten.

Fabricio se aproximó a ella para aferrar su rostro con violencia. Al descubrir la demencia en sus ojos, la editora sufrió un temblor en las piernas y, por primera vez, sintió miedo. Anteo llegó corriendo desde el corredor, alertado por una de las doncellas.

—¡Detenedle! —gritó el dueño de la casa—. ¡Haced lo que os he ordenado!

El mayordomo y una pareja de sirvientes sujetaron al escriba para golpearle. Los criados, que hasta entonces habían aguardado en las dependencias, entraron en la biblioteca de Vitruvia y comenzaron a vaciar las estanterías. Hicieron pedazos los volúmenes, apuntes y legajos para amontonarlos en el suelo del peristilo.

—¡No! —Vitruvia trató de impedirlo, pero su esposo la retenía con fuerza.

Incapaz de zafarse de él, extrajo fuerzas de su desprecio y le sostuvo la mirada; algo que no hizo más que acrecentar su ira. Fabricio la aferró del pelo para obligarla a contemplar cómo los sirvientes desgarraban los rollos de papiro y los arrojaban sobre el empedrado del patio.

Los libros son pensamientos plasmados; ideas que adoptan una forma física; la respuesta a cientos de preguntas y, en ocasiones, el vestigio de una emoción sentida.

Huellas del pasado y esperanzas de futuro, son parte de una cadena de sucesivas copias, que, una vez rota, desaparecerá para siempre. Vitruvia había dedicado una década a reunir aquella colección de volúmenes que ahora, uno tras otro, su esposo destruía ante sus ojos. Aquellos manuscritos llenos de poemas que había compuesto eran una parte de sí misma que jamás recuperaría.

Uno de los criados llegó con una tea, y entonces la montaña de papiro comenzó a arder. A medida que las llamas crecían, aumentó su impotencia; derrotada, Vitruvia dejó de debatirse y cerró los ojos, para no ver cómo aquella parte de sí misma, que había creado, conservado y dado forma, perecía.

—¿Qué has hecho con Fabricia? —preguntó, con la voz hecha añicos.

Fabricio la observaba, asqueado. Entonces resonó un estruendo, seguido de un entrechocar de armas y corazas. Una docena de pretorianos entró en el peristilo y la servidumbre se apartó a su paso. El comerciante de arte debió de comprender el motivo de aquella repentina visita y esbozó una mezquina sonrisa de satisfacción: al parecer, alguien le iba a ahorrar el trabajo sucio. Arrojó a su esposa al suelo y se alejó de ella.

Sin embargo, los soldados le rodearon para inmovilizarle. Sus criados, al verlo, dieron un paso atrás. Vitruvia observó con desconcierto cómo se llevaban a rastras a su marido, mientras él gritaba protestas y amenazas, recordándoles cuál era su rango. Antes de que abandonaran la casa, se desgañitó para hablarle:

—¿Dónde está mi hija?

Una de las doncellas trató de tranquilizarla:

—Señora, hace unas horas Cintia se la llevó. Dijo que se lo habíais pedido.

De rodillas, Vitruvia se llevó las manos al rostro y le dio gracias a los dioses, inspirando varias veces para ahogar su ansiedad. A su lado, las llamas de la siniestra pira se alzaban por encima del techo del compluvio. Corrió hacia el fuego para intentar salvar algunos legajos, aquellos de los que sabía que no había copias. Sentía cómo el calor le abrasaba las manos y el asfixiante humo la impedía respirar. La doncella la aferró del brazo para tratar de impedirselo, pero fue incapaz de detenerla.

De súbito, otras manos la sujetaron, la alzaron en vilo y la llevaron a rastras hasta el pórtico. Vitruvia jadeó entre toses y descubrió que el fuego había hecho que le salieran ampollas en las manos. Al levantar la vista, se encontró ante el rostro de Marco.

—¡Apagad el fuego o se propagará por toda la casa! —Ante aquella autoritaria voz de soldado, la servidumbre corrió hacia el impluvio para llenar cubos de agua.

—¡Anteo! —chilló Vitruvia.

El liberto yacía en el suelo, con la espalda apoyada en una de las columnas del pórtico. Tenía una mano en el costado y entre sus dedos manaba sangre a borbotones. Un cerco de un rojo oscuro se extendía por su túnica: alguno de los criados lo había

apuñalado. Marco lo recogió del suelo para cargar con él y, tomando a la editora del brazo, atravesaron el vestíbulo de la casa. Debía ir hasta el barrio etrusco, no muy lejos de allí. Con suerte, aún estarían a tiempo de detener la hemorragia.

Vitruvia se dejó llevar sin oponer resistencia, incapaz de reaccionar. Las calles eran un caos, nadie sabía a ciencia cierta qué sucedía. Las noticias llegaban desde todas partes y corrían por la ciudad de boca en boca; algunas, magnificadas por la euforia, aseguraban que la plebe había ascendido por el Clivus Palatinus hasta llegar a las puertas de la casa de Augusto. Otras, espoleadas por el terror a la guardia pretoriana, hablaban de una masacre; el resto elogiaban el inesperado reparto de pan del cuestor ostiense.

Al norte del Palatino, una multitud surgió de la Suburra y el Argiletto para invadir el foro Romano. Una cohorte de pretorianos descendió desde el Capitolio y, en esos momentos, defendía el templo de Saturno, que albergaba el tesoro de la República, y trataba de expulsar a los sublevados de la Curia y las basílicas. En la vertiente oeste de la colina en la que había nacido Roma, la protesta había degenerado en un sinfín de saqueos en los comercios del Velabro. Los pretorianos y las cohortes urbanas no se atrevieron a desplegarse por las estrechas callejuelas y decidieron avanzar por las principales arterias hasta el foro Boario. Allí, el teatro de madera se había convertido en una gigantesca pira cuyas llamas amenazaban con extenderse a los bloques de viviendas.

Al sur del Palatino, ante la residencia de Augusto, yacían casi un centenar de cuerpos sin vida, y la mujer que Marco tenía a su lado era, en parte, la responsable. Lo había planeado todo de una forma fría y calculadora, junto a Fanio Cepión, el hombre al que más odiaba.

El cuerpo de Anteo le resultaba cada vez más pesado y tuvo que detenerse un momento para descansar. Vitruvia sostenía un pedazo de tela para taponar la herida mientras el rostro del escriba, perlado de sudor, palidecía por momentos.

—Lo siento —les dijo—. Solo quería ayudar.

—No pasa nada —respondió ella—. No te preocupes, te pondrás bien.

Parecía ausente, narcotizada por el dolor. Marco era incapaz de imaginar cómo aquella muchacha que conoció en el pasado había podido cambiar tanto. Aunque quizá solo se engañaba a sí mismo y siempre había sido así.

Ante ellos, un grupo de exaltados incendiaba el comercio de una familia de libertos de origen griego. Un matrimonio de mediana edad recibía patadas mientras yacía en el suelo. Alguien llevó a rastras a su hija de doce años hacia un callejón contiguo, y pudieron oír sus gritos. Una antigua ley prohibía matar a una mujer si era virgen.

Reanudaron la marcha para entrar en un portal y se apresuraron a subir las escaleras, dejando tras de sí un reguero de sangre. Anteo apenas podía mover las

piernas, así que tuvieron que llevarle en brazos.

—Lamento ser una molestia —murmuró.

Una vez en el cuarto piso, Marco llamó a una puerta. Niñato, espada en mano, apareció en el umbral y, al descubrir al herido, les indicó que le acostaran sobre un camastro. Herennia salió de una de las habitaciones y trató de ayudarlos.

—¿Cómo está Mucro?

—Ha huido a la Suburra, para refugiarse en el *collegium* —respondió Marco—. Nos reuniremos con él en El Fénix. Disculpa por todo esto.

El joven médico hizo un gesto a Vitruvia para que desgarrara las sábanas. Sobre el colchón comenzaba a extenderse una mancha oscura.

—No importa —dijo Herennia—. Tus amigos me lo explicaron.

Había pedido a Niñato y Annio que la retuvieran allí hasta que todo terminase. Tal vez aquella historia sobre una conspiración en ciernes le hubiera parecido extraña; en ese momento, bastaba con asomarse a la ventana para convencer a cualquiera.

La editora seguía rasgando la tela a toda prisa para hacer vendas, hasta que la mano de Niñato la detuvo.

—Déjalo, ha muerto. No podemos hacer nada más por él.

El rostro de Anteo estaba pálido y tenía la boca entreabierta, como si quisiera pronunciar una nueva disculpa. Sus ojos abiertos contemplaban la mugre del techo: sería el último recuerdo que se llevaría de este mundo. Marco se volvió hacia su hermanastra.

—Tenemos que hablar en privado —dijo al resto.

Llevó a Vitruvia hasta un dormitorio y cerró la puerta tras él. Solo había una pequeña ventana y la estancia permanecía en penumbra. Cubierto de hollín y salpicado de sangre, el vestido azulado de la editora reflejaba la escasa luz que atravesaba las cortinas. Intentaba limpiarse la sangre de Anteo de las manos, llenas de llagas a causa del fuego.

—Lo lamento —dijo Marco.

Ella iba a darle las gracias cuando su voz la detuvo.

—Es una pena que no hayáis alcanzado vuestro objetivo —añadió—. Utilizar a toda esa gente como carnaza no os ha servido para nada.

Hablaba sin prisas, mirándola a los ojos, a la espera de un paso atrás. Pero ella se mantuvo firme, sin apartar la vista. Una hora antes, Cepión le había dicho que supieron de su presencia en la escuela gracias a ella. Se había negado a admitirlo; sin embargo, era la única persona con la que el noble estuvo en contacto y que lo supiera.

—¿Cuándo me delataste?

—¿Qué?

—¿En qué momento le dijiste a Fanio Cepión que seguía con vida, en la casa de

Varrón Murena?

—Jamás hice tal cosa —masculló entre dientes. Tomó un trapo húmedo del aguamanil y comenzó a frotarse las manos. Solo logró extender aún más la sangre.

—Entonces, ¿por qué te uniste a la conspiración?

Marco había escrutado su expresión, atento a la emoción que debía transmitir. Elaborar una mentira requiere concentración, lo cual restaba expresividad al gesto. Aquella sutil crispación en las cejas resultaba casi imposible de fingir. A no ser que fuera una mentirosa consumada.

—¿Por qué lo hiciste tú? —preguntó Vitruvia—. ¿Qué te ha llevado a trabajar para Augusto?

Fría, como la náyade de un lago helado. Solo había destilado un ápice de emoción al pronunciar aquel nombre, y era puro odio.

—Tu amigo Fanio Cepión trató de matarnos en Cantabria —respondió Marco—. A mí y a mis camaradas. Organizó una emboscada para asesinar al líder de la insurgencia y así prolongar la guerra. Se trataba de un lucrativo negocio para sus sociedades de publicanos. Muchos de mis compañeros de la Novena murieron. ¿Es que no lo sabías?

—Sabía que los publicanos tramaban algo —admitió—, pero ignoraba que Fanio Cepión estuviera implicado.

Pudo percibir su desconcierto. Resultaba creíble, a pesar de todo. Cepión había recurrido a hombres de paja para dirigir su entramado de empresas, títeres de clase ecuestre que solo obedecían sus órdenes. No existía ningún documento que lo incriminase. Incluso a Tiberio le resultó imposible demostrar su conexión con esas sociedades.

—En su hacienda, Cepión ha cultivado centeno infectado con un parásito —prosiguió—. Lo almacenó en los Horrea Sulpicia para mezclarlo con el trigo de los repartos de pan. Eso ha sido el causante de la plaga que ha assolado Roma. Gracias a ello, y a tu obra de teatro, ha logrado desencadenar una revuelta. Tu talento ha servido muy bien a sus propósitos.

Al verla manosear aquel trapo teñido de sangre, supo que al fin había logrado hacer mella en su coraza. Decidió abrir una fisura en cuanto pudiera.

—Tú... te aprovechaste de Cintia —masculló Vitruvia con desprecio.

—Tu esposo hizo que violaran a tu hermana porque quería abandonar su protección —espetó—. ¿Tampoco lo sabías? Tal vez estabas demasiado ocupada reuniéndote con conspiradores.

Vitruvia se sentía ofuscada, incapaz de pensar con claridad. ¿Por qué le había mentido Cintia? ¿Por qué se había llevado a su hija? Sabía que la actriz había recibido una oferta para trabajar para Apio Valerio, el promotor cultural de Agripa, rival de Tito Fabricio. Tras interpretar a Ónfale, su fama había aumentado, y sin duda

su esposo quería tenerla bajo control, antes de que algún otro protector le desbancara. Abstraída, la editora empleó su vestido para tratar de librarse de la sustancia pegajosa que aún tenía en las manos. Marco la aferró del brazo y señaló hacia la puerta.

—Pues bien, mira a tu liberto —masculló—: ahora tú también sabes lo que es matar a alguien. ¿Estás satisfecha?

La editora se zafó de él para gritarle a la cara:

—¡Augusto es un tirano!

—Demasiado odio hacia alguien con quien has compartido tanto —respondió Marco, dejando que saliese a la luz su propia inseguridad—. Cualquier medio es lícito para sacar tu negocio adelante, ¿verdad?

Ante aquellas palabras, Vitruvia guardó silencio. Intuyó un temblor en sus labios, y de nuevo esa crispación en las cejas. Hubo un leve estiramiento en el cuello, cuando tensó la quijada. De repente, le cruzó la cara de una bofetada.

—¡Cabrón! ¿Eso piensas de mí?

Le dio otro manotazo. Apenas pudo detenerla cuando se disponía a pegarle de nuevo. Aferró con fuerza sus muñecas y ella trató de zafarse de él. Aplastada contra la pared, su delgado cuerpo forcejeaba. Jadeando, Vitruvia apoyó la frente en su pecho y comenzó a sollozar de impotencia.

—¿Cómo has podido? —murmuró—. Hijo de puta.

La abrazó mientras ella aún trataba de golpearle. Le acarició el pelo rizado a la vez que ella le insultaba en voz baja. Le susurró al oído, tratando de tranquilizarla. Sintió la humedad de sus mejillas y el fresco perfume de rosas; sus piernas temblaban. Habían permanecido ligados durante años, tras haberse condenado a sí mismo, y aquel destierro solo le había llevado hasta esa habitación. Esa certeza le hizo olvidarse de todo, salvo de lo que en ese momento sentía.

Comenzó a besarla; por un instante, creyó que iba a abofetearle de nuevo. Vitruvia le aferró del cuello y sus bocas se buscaron a destiempo, con urgencia, mientras el abrazo que los unía se volvía violento. Se detuvieron durante un instante, mirándose a los ojos. No se atrevían a ir más allá. Marco comenzó a desabotonarle la túnica, atento a su reacción, temeroso de que el momento se esfumara, como tantas veces. La ropa cayó al suelo con un murmullo y su melena oscura se derramó sobre su rostro. Ella la recogió hacia un lado y dejó que se adueñara de su cuello. Se estiró como una gata al sentir sus labios deslizándose por la garganta y su respiración agitada se convirtió en jadeo. Entornó el rostro y, al encontrarse con su mejilla, depositó un beso sobre la cicatriz que nacía en la frente y llegaba a la mandíbula.

Se dedicaron a reconocerse, a explorar viejos rincones que ya conocían, aunque jamás con el tacto. Vitruvia cerró los ojos para recrearse en el sabor de su boca y dejó que la pasión contaminase aquel instante hasta convertirlo en el acto de entrega de quien busca una segunda oportunidad. Marco abrazó su cintura para recostarla en el

lecho y quedó de rodillas ante ella, inmóvil, admirando su cuerpo desnudo, como si no acabara de creérselo.

Apoyada en los codos, un destello de pudor hizo que Vitruvia mirara hacia abajo. Supo que al fin iba a ocurrir. Regresó a sus ojos, para fulminarle con una mirada profunda, cargada de intención, y él se despojó de la túnica. Vitruvia extendió los brazos por encima de la cabeza y, al tumbarse, sus breves pechos quedaron aplastados. Arqueó las caderas para mostrarle el camino que debía seguir. Cuando se tumbó sobre ella, la pelvis salió a su encuentro para recibirle y su voz estalló en un lamento. Aquel frágil cuerpo aceptó la invasión abrazándole con fuerza; era un momento ansiado, inevitable. Entonces clavó los ojos grises en él y le susurró «dímelo» al oído. Marco no pudo negarse y se desnudó de nuevo ante ella.

No volvieron a intercambiar palabras. Todo lo que necesitaban decirse lo transmitieron con caricias y miradas. Vitruvia alzó las piernas para abrazar su cintura mientras él se movía sobre ella, con las palmas hundidas en la cama, viendo cómo sus pechos vibraban con los empujes. Ella se mecía bajo él, despacio, mientras le recorría la espalda con las manos. Las sonrisas se diluyeron a medida que llegaban hasta el final. Vitruvia ahogó un grito, sus piernas se crisparon y apenas pronunció un gemido que se quebró, convertido en llanto. Se dejó caer hacia atrás y quedó tendida en el lecho con los ojos cerrados y la respiración entrecortada.

Marco se hizo a un lado, para no aplastarla, y ella apoyó la mejilla en su pecho. La mano izquierda recorrió el hombro desnudo como si quisiera memorizar su forma. Sentía la caricia de su pelo y los latidos sobre el pecho, hasta que la respiración sosegada le dijo que dormía. Apartó con delicadeza el viejo mechón rebelde de su frente y vio que el rostro de la joven había recuperado la inocencia perdida. Aquel instante parecía extraído de una vida distinta; el tiempo no existía sin la luz del sol que se lo recordara. El mundo se había vuelto un lugar más hermoso. A lo lejos, les llegaba apagado el rumor de la multitud que abarrotaba el anfiteatro erigido en el foro.

Eso le hizo recordar.

Se levantó en silencio para escudriñar a través de las contraventanas. Los pretorianos patrullaban las vías más transitadas mientras la población se apresuraba a regresar a sus hogares. El plan de los conspiradores había fracasado. Tiberio había recurrido con acierto a la estrategia del palo y la zanahoria: dio a elegir a la plebe entre pan gratuito o enfrentarse a las cohortes pretorianas. Para la mayoría, la decisión resultaba obvia.

El pequeño ejército de Varrón Murena se había disuelto y todo había terminado con el fallido asalto al Palatino y una sucesión de saqueos. Los idealistas y los desposeídos en busca de justicia habían sido reemplazados por criminales, ajustes de cuentas y el odio desatado hacia los extranjeros. Esto hizo que los comerciantes y

pequeños propietarios vieran la revuelta con más hostilidad; supieron que era preferible un tirano a la anarquía.

Sin embargo, Marco no dejaba de preguntarse una cosa: ¿por qué no le habían matado cuando tuvieron la oportunidad? ¿Por qué Fanio Cepión y Varrón Murena querían que luchara contra Hermes esa misma tarde? Hasta entonces, la elección de sus adversarios no había sido casual, siempre había respondido a una lógica retorcida. Varrón Murena le había emparejado con el Arcadio, dando por perdido el combate, para no sacrificar a un gladiador valioso, y su victoria amañada contra Perseo había servido para menoscabar la reputación de Marcelo. El regreso de Hermes a la arena y su combate con él también debían albergar una intención oculta.

Observó la ropa desperdigada por el suelo, manchada de hollín. Las tablillas con el mensaje que había arrebatado a Velox se habían cuarteado por el fuego, cuando sacó a Vitruvia de la hoguera. Las recogió para abrirlas: parte de la cera se había derretido, dejando a la vista unas letras labradas en la oquedad de la madera. Su corazón comenzó a latir con fuerza. Tomó un cuchillo y raspó la película de cerumen sobre la que se había escrito en clave «Edipo». Bajo ella, había un texto griego sin cifrar.

Oidipous solo había sido un precinto: el verdadero mensaje estaba oculto bajo él, e iba dirigido a Marco Primo. Describía el plan de los conspiradores, punto por punto. Hablaba de la sublevación de las provincias de Oriente, de sus negociaciones con los partos, de la revuelta en Roma causada por el centeno infectado... y del intento de asesinar a Augusto en el transcurso de unos juegos.

«¿Crees que con un *rudis* no es posible matar a un hombre?». Recordó las palabras de Hermes, el día en que hizo pedazos una enorme ánfora con su espada de madera. No era difícil imaginar qué pasaría si se tratase de una persona: un tajo como aquel bastaría para destrozarle el cráneo. Todo estaba claro. No había entendido los motivos de Varrón Murena para participar en la conspiración, pero el modo en el que pretendían asesinar a Augusto era muy simple.

Nadie podía acercarse a menos de cien pasos de Augusto con un arma. Así que Hermes acabaría con su vida con la espada de madera que él mismo le entregaría. En el fondo, Marco y él no eran tan distintos: a ambos les movía la venganza. Cepión también había actuado a tercera intención. Primero, organizó la obra de *Edipo* para desencadenar aquella revuelta y asaltar la casa de Augusto. Gracias a ello, esperaba una masacre que aumentaría el odio de la plebe. Esto allanaría el camino para su auténtico objetivo: asesinar a Augusto en el palco del anfiteatro, ante los ojos de todos.

Y él era el único que podía evitarlo.

Contempló a la mujer que aún dormía en el lecho. El cabello rizado le cubría el rostro y sus pequeños pechos se mecían al ritmo de una plácida respiración. Una voz

en su interior le dijo que debía olvidarse de todo y acostarse de nuevo a su lado. Durante años, había deseado que llegase ese momento, y al fin había sucedido. No debía arriesgarse a perderlo todo para salvar la vida de un tirano. Si arrojaba las tabillas de cera al brasero, nadie sabría jamás que había estado al corriente. Nadie podría echarle nada en cara.

Nadie, salvo él mismo.

¿Cuál era la causa por la que luchaba? Llevaba años haciéndose esa pregunta, sin hallar una respuesta. Se dijo que, a pesar de todo, Augusto hacía algo por el pueblo, aunque lo mantuviera sumido en una deprimente rutina de entregas de pan y espectáculos. El padre carnal de Marco había jurado lealtad a Julio César, y él mismo lo había hecho con su heredero. Pero eso no bastaba para justificar ese irracional impulso de arriesgar su vida de nuevo. Tampoco lo hacía la posibilidad de que la muerte de Augusto cambiara la situación en Roma: si era asesinado, Agripa se haría con el control del ejército y regresaría a la capital ostentando sus nuevos poderes extraordinarios. En el fondo, Fanio Cepión era un iluso al pensar que el fin último de su plan, que el Senado recuperara su antiguo poder, tenía alguna posibilidad de éxito.

Recordó lo que se dijo a sí mismo, aquella misma mañana, poco antes de abandonar la casa de Varrón Murena: lo que realmente distinguía al soldado era la capacidad de cumplir con su deber, sin necesidad de comprender el porqué de sus actos.

Y quien ha sido soldado jamás deja de serlo.

Se vistió en silencio para salir del dormitorio y cerró la puerta tras él. Niñato había adecentado el cuerpo de Anteo, ayudado por Herennia. No le preguntaron nada sobre lo ocurrido dentro del cuarto. Afuera, resonó el griterío de la muchedumbre, cuando un gladiador recibió el golpe fatídico. Enfervorecido, el público gritó: «¡Habet!».

—¿Hace mucho que empezaron? —preguntó.

—A la hora sexta, hacia el mediodía —dijo Niñato—. Ya es la hora décima, y los combates parecen a punto de finalizar.

Y, como plato fuerte, Hermes lucharía al final: apenas faltaba una hora. Aún estaba a tiempo de impedirlo. Se ciñó un puñal a la cintura, bajo la túnica, y se apresuró a salir a la calle.

—Cuidad de ella —les dijo, señalando la alcoba.

Recorrió el Velabro a toda prisa, para dirigirse hacia el foro. El anfiteatro aún mostraba huellas de los desórdenes, pero Augusto no había interrumpido las exequias en honor a Marcelo; habría supuesto reconocer el descontento de la plebe. El mejor modo de minimizar lo sucedido era no alterar el programa.

Se adentró en los accesos del edificio en dirección al palco, donde una veintena de pretorianos montaban guardia. Marco se presentó ante el centurión.

—Tengo que reunirme con Tiberio.

El aludido, de rango ecuestre, esbozó una mueca sarcástica. Con la túnica manchada de hollín y sangre, el aspecto de Marco no era el propio de alguien que frecuentara la compañía del hijo adoptivo de Augusto.

—Tiberio no ha acudido a los juegos —respondió, lacónico.

—He de hablar con Augusto —dijo, señalando el palco—. Tenéis que dejarme pasar.

Los soldados se interpusieron en su camino. Era frecuente que la plebe tratara de llegar hasta el *princeps*, o a algún destacado miembro del Senado, para atosigarle con toda clase de peticiones.

—¡Pretenden asesinar a Augusto! —gritó—. ¡Debo avisarle!

Los pretorianos rieron ante aquella ocurrencia: en torno al auditorio, se habían desplegado dos cohortes. Sin duda, habrían oído excusas más imaginativas para tratar de acceder al dueño de la República. Desesperado, Marco se dio cuenta de que jamás podría avisarle del peligro. El sol se aproximaba a la cumbre del Janículo: la última serie de combates iba a comenzar. Si trataba de buscar a Annio o algún otro hombre de confianza de Tiberio, no llegaría a tiempo de evitar que Hermes subiera al palco.

Entonces, uno de los soldados pareció reconocerle:

—Pero si es Prudes... —repuso, sarcástico—. ¿No deberías estar preparándote para luchar contra Hermes?

—¿Eres Prudes? En ese caso, podrás ver a Augusto —dijo el centurión—. Es decir, si antes vences a Hermes...

Los pretorianos estallaron de nuevo en carcajadas. Gracias a ello, Marco imaginó que nadie había apostado ni siquiera un as por él. No obstante, eso le mostró la única alternativa que tenía ante sí, si deseaba impedir el magnicidio.

—Tienes razón. —Marco regresó al corredor, en dirección a los subterráneos.

El clásico murmullo del hipogeo antes de los combates se esfumó con su llegada. A medida que recorría el oscuro corredor, los púgiles sentados a ambos lados se giraron para observarle. Él se despojó de la túnica y comenzó a ajustarse la *manica* en el brazo izquierdo. Las correas no se ceñían bien en el otro costado, por lo que uno de los asistentes tuvo que ayudarle. Hermes le observaba con atención, revestido con la panoplia de tracio y con el yelmo sobre el regazo. Marco trató de ocultar el temblor de las piernas cuando se ajustó la greba en la espinilla. Uno tras otro, los gladiadores subieron a los elevadores que los llevarían a la pista, donde vociferaba la multitud.

Al fin se quedó a solas con Hermes.

—¿No quieres saber por qué lo hago? —preguntó el ilirio.

—Augusto mató a tu familia, arrasó tu ciudad y esclavizó a tu gente —respondió Marco—. ¿Cómo descubristeis que yo era un espía?

—Velox tenía que entregar el mensaje en una *mansio* a cinco millas de Roma.

Hallaron el cadáver quince millas más allá, siguiendo la vía Salaria. Debisteis averiguar los detalles de su misión antes de acabar con él.

Esa revelación confirmó lo que ya sabía y más le importaba.

—Si logras tu objetivo, sabes lo que te harán, ¿verdad? —le preguntó.

Hermes no se molestó en contestar. El tormento por el que había pasado el capataz no sería nada comparado con lo que le aguardaba en caso de asesinar al dueño de la República.

Descubrir que iba a luchar contra un hombre dispuesto a todo añadió una nueva inquietud al tener que enfrentarse a alguien que ya era un ídolo en la arena cuando él jugaba con espadas de madera. Un hombre sin esperanza no conoce el miedo. Y tras su reencuentro con Vitruvia, él tenía demasiado que perder. Aunque eso también le daba motivos para buscar la victoria.

Uno de los asistentes llegó para avisarlos de que había llegado su turno. Ambos subieron a las plataformas y comenzaron a ascender; cuando las portezuelas se abrieron sobre sus cabezas, un torrente de luz cayó sobre ellos. Diez mil gargantas rugieron al verlos. Marco trató de olvidarse de todo. Se encaminaron hacia el *summa rudis*, que los aguardaba con su largo bastón en las manos.

—Ya conocéis las reglas —dijo, lacónico.

Tuvo que leerle los labios bajo el bramido del público. La advertencia iba dirigida a él; su combate con Perseo había dado que hablar y, aunque su agresividad le había reconciliado con la plebe, pocos árbitros simpatizaban con un luchador que se saltaba las normas.

Solo le faltaba tener al juez de arena en su contra.

Mientras se dirigía hacia su marca, Marco sintió una súbita sequedad en la garganta. Los asistentes exhibieron carteles con sus palmarés. No quiso leerlos: el contraste resultaba despiadado. Puso el pie izquierdo sobre la línea de cal y, al cabo, lo sustituyó por el derecho.

Había empezado con mal pie.

Un diestro no estaba acostumbrado a luchar contra zurdos, aunque para un zurdo era habitual enfrentarse a diestros. «Si la vida te golpea, también te empuja en una dirección». Con la mano derecha inútil, apenas capaz de sujetar el escudo, Marco tuvo que aprender a emplear la otra; de ese modo, esperaba anular aquella ventaja. Aunque la superioridad de Hermes sobre él no solo residía en ese detalle.

—¡*Pugnate!*

Los gladiadores se aproximaron, evaluándose. Caminaban con el cuerpo ladeado, para ofrecer un menor blanco. Marco no halló ningún defecto en la guardia del hombre que tenía ante él. Ningún sistema de lucha puede basarse en la propia superioridad, en saberse más fuerte o más hábil. Si una técnica solo funciona si eres más rápido que tu oponente, ¿qué pasará cuando te encuentres ante alguien que lo sea

más que tú? Sin embargo, solo superaba a Hermes en un punto. Desde que abandonó Puteoli, Marco se había entrenado a conciencia, día tras día, y aún no había cumplido los treinta años. Él rondaba ya los cincuenta.

De modo que trató de arrollarle. No supo qué ocurrió. Su escudo golpeó al otro y la estocada se le quedó corta. El tercer ataque hendió el aire, y a punto estuvo de gritar cuando la sica le tajó el muslo. El público rugió de entusiasmo. Dio dos pasos hacia atrás para examinar el corte. No era grave, pero había salido herido del primer intercambio de golpes.

Hermes combatía de forma austera, sin desperdiciar un ápice de energía. Parecía esculpido en piedra, sus pasos eran muy cortos. Sin embargo, en un instante sus acciones se volvían explosivas. Intentó concentrarse en la pelea. Vio otra oportunidad, amagó un tajo alto y cambió el plano para buscar bajo el escudo. La punta de la sica se clavó en su hombro. Se echó hacia atrás. Algunas correas de la *manica* habían saltado y tuvo que retroceder para arrancar los trozos que le estorbaban. El auditorio rugía, preso del delirio.

Siempre un paso por delante de él, como si pudiera leerle el pensamiento. Marco había previsto que el hueco en la guardia de su oponente fuera un señuelo, pero no supo cómo reaccionar al descubrir que el segundo error también lo era.

Hermes luchaba buscando la tercera intención. Todos sus ataques eran reales: el primero y segundo también podían matarle. Si quería vencerle, Marco tendría que aprender a hacerlo.

La tercera intención. Al recordar lo que le había conducido hasta allí, se dio cuenta de que todo el mundo había actuado con una tercera intención oculta. Tiberio lo hizo en el juicio, para lograr que su oponente reconociera la *auctoritas* de Augusto. Varrón Murena había fingido ignorar que él era un espía, a sabiendas de que informaría a Tiberio, pero solo de aquello que deseaba que supiera y para que él se confiara. Por su parte, Fanio Cepión había arrastrado a la plebe a una revuelta sabiendo que fracasaría, para fingir que deseaba una masacre mientras mantenía su verdadera baza oculta.

Marco dirigió su mirada hacia el palco, donde se hallaba Augusto, que les observaba con indolencia. El primer ciudadano de Roma no era consciente de que estaba luchando por su vida. Para él solo era otro títere anónimo, cuya muerte serviría de espectáculo.

La ira nunca es la opción acertada, pero a Marco le hizo reaccionar. Buscó la distancia corta, y los escudos resonaron con un estruendo. De joven, había entrenado en el *pankration*; una lucha sin armas en la que todo estaba permitido, salvo morder y sacar los ojos. Hermes no pudo prever una técnica que le era desconocida: el rodillazo en el muslo le hizo perder el equilibrio. Marco experimentó un enorme júbilo al ver cómo su arma se adentraba en la guardia de su oponente y rasgaba las

escamas de hierro que protegían su brazo.

A cambio, recibió una cuchillada en el pecho. Retrocedió jadeando, con una mano en la herida. La ovación del auditorio le llegó apagada a través del metal.

Durante el transcurso de unos juegos olímpicos, un famoso púgil, Euridamas de Cirene, recibió un tremendo puñetazo en la boca que le rompió los incisivos. En lugar de escupirlos, decidió tragarse los dientes, para ocultar su debilidad al adversario: desmoralizado, este fue incapaz de vencerle. Si no logras superar al contrario, siempre te queda la esperanza; pero, cuando has dado lo mejor de ti sin conseguir nada a cambio, es cuando te vienes abajo. Los conductores del carro de Ares, dios de la guerra, se llaman Fobos y Deimos: el miedo y el terror. Si al luchar dejas que el miedo tome las riendas, estás acabado.

«Todo lo que temes se halla en tu mente».

Decidió descender al Hades. Esa emoción intensa y al mismo tiempo irreal que se apoderaba de él cuando la muerte solo era una cuestión de azar. Hermes se acercó lentamente. Ambos adoptaron una nueva posición de guardia, estudiando la posición del contrario, en busca de cualquier defecto para utilizarlo en su contra.

El yelmo de gladiador te aísla del mundo exterior. Dentro de él, solo huele a bronce y sudor; no oyes nada, salvo el sonido de tu propia respiración; observas a tu adversario a través de una rejilla y has perdido la visión periférica. Sin embargo, es esa pérdida de sentidos la que te hace más consciente de tu cuerpo.

Durante un instante, Marco sintió el dolor de su herida, la sangre que caía por el costado, su aliento atravesando el visor. Un reguero de sudor se deslizaba por su frente, sin que pudiera librarse del cosquilleo. Sentía el peso del escudo tirando de su mano derecha; el cansancio se iba adueñando de su cuerpo. Su posición era ligeramente ladeada, con la espada apuntando en todo momento al contrario. «En ocasiones, dejas tu lado exterior al descubierto».

Conocía bien esa tara, fruto de sus años como legionario. Al descubrir ese defecto en su guardia, apenas tuvo tiempo de reaccionar. Hermes también lo había visto y dio dos pasos hacia él, con el escudo adelantado. Marco empleó el suyo para detenerlo. Ambos chocaron con un estruendo, pero solo era un señuelo: el arma del ilirio trazaba un arco en busca de su hombro derecho.

Dio un paso atrás con la pierna adelantada, hasta quedar de lado. El arma de su rival pasó a cinco pulgadas de su pecho, y él, empleando la fuerza del giro, lanzó un tajo horizontal. Hermes, que lo había previsto, se cubrió con el escudo. Entonces, Marco hincó la rodilla en tierra, para cambiar el plano de ataque, y la hoja de su *gladius* se coló bajo la guardia hasta abrirle un surco en el vientre.

Pudo oír el gemido. El ilirio cayó de rodillas, a su lado, y sus entrañas se desparramaron por el suelo como al desgarrar una bolsa de pescado. El hedor de las heces le golpeó de lleno en el rostro, a pesar del facial del casco. Entonces, Marco

oyó un ahogado estruendo a través del metal y alzó la vista, para contemplar una tormenta. En su lugar, descubrió a diez mil hombres y mujeres puestos en pie, ovacionándole.

Tuvo que apoyarse en el escudo para incorporarse. Al hacerlo, contempló el cadáver de su antiguo maestro. «Si lo hubiera hecho aposta, jamás se lo habría creído». Sin embargo, pudo reconocer a tiempo ese error en su guardia y emplearlo como cebo, para sacar ventaja de su propia debilidad. Y después, una finta había vencido a otra finta.

De forma inconsciente, Marco había luchado buscando esa tercera intención.

XXIV

Cuando las puertas del carromato se abrieron con un estruendo, Fabricio entreabrió los ojos, cegado por el amanecer. Despojado de su anillo de équite y completamente desnudo, había pasado la noche con el cuello y las muñecas aprisionados en un cepo. Le dolía la espalda. El polvo y el orín de la paja del suelo de aquella ruinosa jaula con ruedas apestaban.

Tres siluetas se recortaron contra el cegador rectángulo de luz.

—Es hora de dar un paseo —le dijo una voz rota, procedente de la figura más gruesa.

Le arrastraron al exterior, y su vista se fue habituando a la claridad. Ante él, pudo distinguir los muros del Agger. Supo que se hallaban en el descampado de más allá de la puerta Esquilina.

—¡Soy Tito Fabricio, comerciante de arte de rango ecuestre! —dijo con rabia—. ¡No sé de qué se me acusa!

Mientras oía las risas del centurión y de los cuatro legionarios, advirtió que le conducían hacia una estructura de madera. Al reconocer su forma, Fabricio comenzó a chillar y a debatirse como un lunático, tratando de liberarse. Los soldados le sujetaron con fuerza para tumbarle sobre una enorme cruz depositada en el suelo; un poste de olivo con un travesaño en la parte alta. El patíbulo. El équite apenas podía creerlo; los ciudadanos romanos tenían el privilegio de solo poder ser ejecutados mediante decapitación..., salvo los condenados por alta traición.

El centurión le pisó la mano derecha con su cáliga, y le colocaron la punta de un clavo sobre la muñeca. Alzando un mazo, uno de los soldados se dispuso a martillar. El primer golpe hundió el vástago de hierro en la carne y Fabricio aulló de dolor. El segundo hizo que el clavo pasara entre los huesos del antebrazo, y el cuerpo del reo se crispó. El tercer golpe resonó apagado cuando la punta se adentró en la madera de olivo.

Una vez fijados los brazos al patíbulo, los legionarios giraron sus pies para clavarlos al poste. Desnudo y recostado sobre la cruz, Fabricio descubrió a Cintia de pie ante él, observándole. Trató de articular una pregunta, pero el repentino dolor de sus piernas se lo impidió.

—En el funeral, entregué a Tiberio el manuscrito de *Edipo tirano* —respondió la joven—. La letra coincidía con el original de las elegías que enviaste a los hermanos Sosii con tu firma. Unos respetables editores que no dudaron en entregárselo al cuestor en cuanto él se lo pidió. Resultó tan convincente para demostrar que formabas parte de la conspiración que no fue necesario celebrar ningún juicio.

Fabricio comprendió que, una vez muerto Anteo y quemados los documentos de la biblioteca de su esposa, nada podría relacionarla con los libelos.

—Me engañaste —balbuceó.

La actriz no se molestó en negar lo evidente.

—Construyes una máscara; tras ella, te muestras invulnerable. Tratan de atravesarla, una y otra vez, sin éxito. Pero, al escuchar unas palabras, esbozas un tenue gesto: un leve temblor de cejas, acompañado de un parpadeo. Algo sutil, casi imperceptible, que hará que crean que lo han logrado. Entonces, bajas la vista, hundes los hombros y, de inmediato, se sentirán en una posición de fuerza. Es demasiado atávico como para no caer en ello: el rubor femenino ante el poder del hombre. — Cintia le acarició la mejilla con el dorso de los dedos; su sonrisa rebosaba inocencia —. Los roles de género son un arma de doble filo: pueden hacernos creer nuestras propias mentiras.

Los soldados alzaron la cruz para hundirla en un agujero en el suelo. El cuerpo de Fabricio osciló con violencia y emitió un quejido cuando todo su peso recayó sobre los antebrazos, sujetos a la madera. La sangre comenzó a manar por sus heridas. Trató de hacer fuerza con las piernas, clavadas al poste, para no deslizarse sobre él. El dolor crispó su rostro antes de desistir. El tórax se hinchaba con cada jadeo, cada vez con más dificultad; al colgar de los brazos, la tensión le oprimía el diafragma, haciéndole difícil respirar. Intentó apoyarse de nuevo sobre los pies mientras un enjambre de moscas zumbaba a su alrededor. Durante un momento logró derrotar el dolor e inspiró tres veces, antes de emitir un lastimero sollozo cuando su cuerpo se deslizó de nuevo hacia abajo. La tortura le hizo llorar de impotencia.

Pronto, la necesidad de aire le obligaría a intentarlo de nuevo. Una agonía que podría prolongarse durante horas, e incluso días, hasta morir de asfixia o de insolación. El cadáver quedaría allí expuesto para que las cornejas y los buitres lo devoraran.

Cintia ya había visto suficiente.

Se dio la vuelta para regresar a su litera y contempló la doble línea fortificada custodiada por bastiones; era el Agger, el tramo de las murallas Servianas que defendía la ciudad por la parte más vulnerable. A veinte pasos de allí, el cuerpo de Apio Salonio, el comerciante de perfumes, colgaba de otra cruz.

—«Pues una mujer puede ser tímida y cobarde en la lucha, sin que se atreva a mirar el hierro. Pero cuando se la ultraja en lo concerniente al lecho, no existe alma más cruel que la suya».

Quinto soportó la dura mirada de la actriz con un apacible cinismo que rozaba la indiferencia. Sabía que una mujer como aquella estaría habituada a dos clases de trato: el de aquellos que se esforzaban por agradaarla, pues esperaban conseguir algo, y los que disfrutaban siendo desagradables, pues sabían que ese algo estaba fuera de su alcance. A no ser que pudieran comprarlo. El joven équite era consciente de no tener el aspecto de alguien con dinero ni con problemas de autoestima.

El silencio se prolongó hasta que Cintia decidió romperlo:

—Yo no le gusto, ¿verdad, Quinto?

—¿Es una pregunta con trampa? —respondió irónico, aunque a continuación añadió—: Me gusta la franqueza. No me gusta todo esto.

—¿Me creerías si te dijera que a mí tampoco? ¿Crees que acepté la oferta de Apio Valerio solo por el oro de Agripa? No sabes lo que es ver a tu hermana siendo destruida día tras día, sin poder hacer nada; obligada a aceptar normas, incapaz de controlar su vida, aislada de amigos y familia; requiriendo la aprobación de su esposo para todo; ver cómo la despoja de su estima y desgrana un afecto tras otro hasta desmenuzar su alma por entero. Hasta que lo acaba asumiendo y se siente fracasada como mujer, esposa y madre.

Quinto no cuestionó si mentía; en realidad, no tenía por qué.

—¿Y la muerte de Marcelo? —preguntó.

Los ojos de Cintia, negros sin matices, le devolvieron la mirada sin pestañear. «Agripa tiene espías en todas partes y ha logrado infiltrar a uno de ellos en la casa de Marcelo», le había confesado Tiberio a Marco, días atrás. Hacía tiempo que la actriz trabajaba para Apio Valerio, hombre de confianza de Agripa. Gracias a ello, la mano derecha del *princeps* había estado al corriente de las maquinaciones de su rival. Lo que la actriz nunca imaginó fue hasta dónde llegaría la ambición de Fabricio en su afán por retenerla a su lado. Aunque también hizo que, una vez arruinada la reputación de Marcelo, a Agripa no le resultara difícil convencer a su agente para que lo asesinara. A cambio, solo tuvo que detener a cinco jóvenes del Quirinal y hacerles pasar por una larga noche en la que descubrieron su lado más femenino. Al menos los que sobrevivieron.

Se rumoreaba que, dos días antes, Mecenas había asegurado que ahora el *princeps* solo tenía dos alternativas: o matar a Agripa, o convertirlo en su yerno. En efecto, aquella nueva boda de conveniencia parecía lógica, inminente, casi inevitable. Como única hija de Augusto, el destino de Julia era el de convertirse en el instrumento que garantizase la sucesión. Ostentando un *imperium maius proconsulare* por cinco años, convertido en el segundo hombre más poderoso de la República, Marco Vipsanio Agripa había sido el gran triunfador de aquella guerra, mientras que Cayo Cilnio Mecenas, cuya esposa era la hermana de uno de los conspiradores, había perdido el favor de Augusto.

—Todos mentimos a diario —dijo Cintia—. Lo hacemos cuando actuamos según lo que otros consideran correcto, o al encarnar a la persona que hemos decidido ser. Lo hacemos para protegernos de las consecuencias de nuestros actos, o al ocultarlos, al saber que otros no los aceptarían. ¿Debo decirle a mi hermana que esta cicatriz no me la hice de niña al caer? ¿He de explicarle qué tuve que hacer para que esos hombres me soltaran? Al final no sabes cuándo eres tú misma y cuándo interpretas un

papel.

La actriz se cubrió con el manto para regresar a su litera. Quinto admiró su figura, perfecta y sinuosa, mientras se recostaba sobre los cojines de seda, y sonrió. Cintia había tratado de justificarse ante él, sin tener ningún motivo para tal cosa. Por un momento, consideró la idea de que quizá deseaba que él hablara en su nombre, pero recordó su reencuentro con Vitruvia al devolverle a su hija. Solo podía haber una razón por la que le importara tanto lo que él pensara de ella, y la mente del équite comenzó a elaborar una estrategia, animado ante aquel desafío.

Neápolis había sido una antigua colonia griega aliada de Roma, algo todavía patente en el modo de vida de sus habitantes. Termas, gimnasios, teatros y escuelas de gramática se hallaban en cada rincón de aquella apacible ciudad de calles ordenadas en las que solo se oía hablar griego. En el barrio pesquero, las viviendas de una o dos plantas se amontonaban en torno al embarcadero, creando un confuso entramado de callejuelas, cuyos balcones, cubiertos por macetas y ropa tendida, casi se tocaban.

Las barcas de pesca se mecían plácidamente sobre las olas. Apestaba a pescado y, en lo alto, resonaban los chillidos de las gaviotas. Tres esclavos escoltaban a Fanio Cepión hasta un *phaselus* atracado en el muelle. Los marineros de la galera mercante habían desplegado la vela del único mástil, y el trapo flameaba mecido por la tramontana. Pronto llegaría la pleamar y podrían zarpar hacia Alejandría en aquella veloz nave impulsada por una veintena de remos.

Una vez a bordo, el noble descubrió a un individuo dentro del alcázar, con la túnica ceñida con un cingulo militar del que colgaba una espada en el costado izquierdo. El crujido de las tachuelas de sus cáligas resonó sobre la cubierta cuando se dirigió hacia él; era alto, de cabello oscuro; una cicatriz recorría su rostro en diagonal. Le acompañaban un joven desgarbado y un cuarentón de corta estatura, con el rostro salpicado de marcas de viruela. Todos tenían aspecto de soldado.

El legionario arrojó un rollo de papiro a uno de los esclavos que acompañaban al senador. Comenzó a leerlo. Antes de llegar al lacre estampado, dio media vuelta y abandonó el alcázar, seguido por el resto.

—¿Adónde vais? —gritó Cepión—. ¡Volved ahora mismo!

El noble escrutó al soldado de pies a cabeza, esperando que su severa mirada ejerciera el efecto acostumbrado. Sin embargo, se encontró ante una expresión vacía. Parecía cansado; sin duda había hecho un largo viaje para llegar hasta allí.

Por un momento, Fanio Cepión miró más allá del barco. Tal vez pudiera huir, antes de que se le echaran encima. Dio dos pasos hacia atrás mientras depositaba la mano sobre la empuñadura de la espada. Al abandonar la protección de la techumbre, el sol le dio de lleno en el rostro. Tuvo que entrecerrar los ojos al hablarle.

—Si logro salir de esta, sabré dónde encontrarte —espetó, mientras su espada

abandonaba la funda—. A ti y a tu familia. No podrás esconderte.

—Lo sé —respondió el soldado, sin tan siquiera pestañear.

Desolado, Cepión bajó la vista hacia el arma que aún aferraba con fuerza. Depositó la punta sobre su vientre, justo bajo el diafragma, aunque, al cabo de un momento, la dejó caer al suelo.

«Quien ha aprendido a morir ha aprendido a no ser esclavo». Aquella decisión le habría evitado regresar a Roma encadenado para sufrir una muerte ignominiosa: la decapitación pública en el Campo de Marte, tras la cual expondrían su cabeza como trofeo en la Rostra, donde la plebe la ultrajaría brutalmente.

Los conspiradores habían sido condenados sin estar presentes, y por ello se convirtieron en fugitivos. Poco después, detuvieron a Varrón Murena en Cilicia. A pesar de las protestas de su influyente cuñado, él y Fanio Cepión fueron ejecutados. Ese mismo día, cuatro soldados se reunieron en un minúsculo santuario del Capitolio, no muy lejos del templo de Júpiter Óptimo Máximo. El sombrío interior estaba saturado por la humareda del incienso. Ante ellos, una mujer alada sostenía una rama de manzano y una rueda. A los pies de la estatua se amontonaban armas, antorchas y serpientes, instrumentos de la venganza.

Niñato desenvolvió el paquete que sostenía bajo el brazo y entregó a Annio la espada que, llena de muescas y melladuras, había pertenecido al optión. El hombrecillo la depositó sobre el altar consagrado a Némesis, mientras Quinto, apoyado en el umbral, los observaba con una cínica sonrisa en los labios. Junto a él, Marco se mostraba aliviado; a pesar de no haber manchado aquella hoja de hierro con la sangre del legado, habían cumplido con su juramento.

Al salir, se encontraron con Tiberio, aún vestido con la toga praetexta de senador, que no llegaba a ocultar su juventud. Desde aquella cumbre colmada de santuarios, el corazón espiritual de la República, admiraron la ciudad que se extendía a sus pies.

—¿Qué tal ha ido la ceremonia? —preguntó Quinto.

El *princeps* había decretado unos solemnes sacrificios para celebrar el fin de la conjura, como si se tratase de la victoria en una larga guerra.

—Bien —respondió el noble—. A causa de la nueva sequía de este año, mi padraastro ha empleado su patrimonio para repartir pan. La plebe trató de obligar al Senado a que le nombrase dictador; en su lugar, él ha aceptado hacerse cargo del suministro de grano de forma permanente.

Se asomaron sobre la roca Tarpeya, el lugar desde el cual, en tiempos remotos, solían despeñar a los traidores.

—En vez de menoscabar la popularidad de Augusto —concluyó—, la conspiración ha servido para que la plebe sea aún más consciente de su dependencia de él. Además, ha promulgado una nueva ley para que quien desee organizar unos juegos deba contar con la aprobación del Senado. A partir de ahora, los festivales

ordinarios estarán organizados por los pretores, en lugar de por los ediles, y deberán costearlos con su propio patrimonio.

De nuevo, pan y circo. Tarde o temprano, los espectáculos se convertirían en un monopolio de la familia imperial. Una vez creados los cimientos constitucionales de su régimen, el *princeps* también se aseguraba el control de los dos pilares que le otorgaban el favor del pueblo. La República había muerto y de su cadáver nacía el Principado.

Descendieron por los cien escalones que conducían al foro Holitorio, el viejo mercado de verduras y hortalizas. Los campesinos vendían sus productos como antaño; la ciudad había recuperado la ajetreada normalidad que todos ansiaban.

—La paz romana —dijo Annio—. No sé si lograré acostumbrarme.

Tiberio miró hacia el Palatino. Su expresión era sombría.

—Los gastos del ejército, las obras y los juegos no hacen más que aumentar, y con ellos el déficit público —masculló ensimismado—. Quienes disfrutan de la ciudadanía romana no pagan impuestos directos, un privilegio que afecta a toda Italia y hace que el peso fiscal recaiga sobre las provincias. La riqueza está en manos de la aristocracia itálica: quienes más poseen apenas contribuyen a mantener el Estado.

»Establecer un impuesto sería considerado un acto de tiranía. En Italia, los ricos son cada vez más ricos, mientras los pobres son cada vez más pobres y, para mantener a la plebe, se ha de recurrir al erario. El comercio de productos de lujo genera un déficit de más de cien millones de sestercios al año: el oro acuñado abandona la República para no volver. Cuando se agoten las minas en Hispania, tal vez podamos conquistar Dacia; al parecer es una tierra abundante en oro. Y después, ¿qué?

»Hace falta reducir el gasto público superfluo, aumentar el peso fiscal entre las clases pudientes y poner a trabajar a la plebe. Sin embargo, la tierra se encuentra en manos de unos pocos y la productividad de los latifundios es, en realidad, escasa. Las explotaciones se centran en la vid y el olivo, lo que nos obliga a traer el trigo de fuera, y el coste de transporte aumenta su precio.

»Nuestro modelo económico resulta, en definitiva, insostenible, y solo puede mantenerse mediante la guerra. La paz romana y la Roma eterna son incompatibles.

Habían llegado a la orilla del río y, desde allí, observaron la isla Tiberina. Habían confiscado la mansión de Varrón Murena para ampliar las dependencias del templo de Esculapio.

—¿No hay solución? —preguntó Niñato.

—Quien intente resolver esos problemas tendrá que coger al lobo por las orejas —sentenció Tiberio—. Deberá enfrentarse al Senado, menoscabar el poder de los publicanos de rango ecuestre y reducir el gasto público; sin juegos, solo obtendrá el rencor de la plebe. Para alcanzar el bien común, tendrá que luchar contra todos.

No resultaba difícil imaginar por qué Augusto recelaba de aquel joven. Las ideas de Tiberio formaban una pieza que no encajaba en el mosaico que el *princeps* estaba construyendo.

—¿Quién sabe? —dijo Marco—. Tal vez algún día te veamos vestido de púrpura y podrás cambiarlo.

El fantasma de una sonrisa asomó en el rostro de Tiberio.

—Tendrían que obligarle —respondió, rotundo—. De momento, mi padrastro me ha encomendado una misión en Armenia, para recuperar las águilas en poder de los partos. Me acompañará Quinto, además de ese gladiador suburano del que me hablaste.

—He decidido retirarme —manifestó Annio—. Lesbia y yo hemos comprado una hacienda en Campania.

—Yo seguiré con mis estudios de medicina —se excusó Niñato—. Esa es mi vocación.

—¿Y tú, Marco?

—Mi destino está en Roma —respondió, aunque le fue imposible continuar.

Tiberio se dio cuenta de que estaba ante alguien cuyos actos entraban en conflicto con sus creencias. Sin embargo, la incertidumbre iba mucho más allá: una vez cumplida aquella venganza, Marco no sabía qué hacer con su vida.

—Marco Vitruvio murió en Cantabria —dijo Tiberio—. Ahora te llamas Marco Castricio, y eres libre de cualquier atadura. Respecto a tu futuro... La ceremonia de esta tarde le ha dado a mi padrastro una idea y necesitará un *artifex*.

—Una obra de encargo...

—No busco la adulación de un esclavo griego imitando a los clásicos. Quiero una obra original, capaz de reflejar el verdadero espíritu romano. Una obra que perdure durante siglos y que dé testimonio de nuestra civilización.

Marco miró hacia el norte. Al fin podría hacer realidad la imagen que, desde hacía meses, rondaba por su mente.

Epílogo

Una vez retirado el andamiaje, Marco depositó los planos sobre la mesa y caminó en torno al edificio recién concluido, con la excitación que precede a cualquier descubrimiento. Por un momento, permaneció en silencio, y solo se oyó el lejano gorjeo de las alondras. Pasó las yemas de los dedos sobre el relieve con la delicadeza de quien acaricia a un bebé. La pintura aún estaba fresca. La mano derecha le bastaba para sostener el mazo, y la zurda no había perdido su habitual destreza con el cincel, el puntero y la gradina, pero pintar los relieves estaba fuera de su alcance. Se alegró de contar con la ayuda de Fabricia; a pesar de que solo tenía dieciséis años, ya demostraba una enorme habilidad.

Por supuesto, la joven había ignorado sus indicaciones, y lo había hecho a su modo. Tuvo que reconocer que el tono azulado de las figuras situadas en segundo plano acentuaba la sensación de profundidad que había logrado mediante el uso combinado del altorrelieve y bajo relieve.

El friso mostraba una procesión de figuras togadas encabezada por Augusto, acompañado de sus lictores y flamines. Detrás se hallaba Marco Vipsanio Agripa, con la cabeza cubierta con la toga, y a continuación su esposa Julia, la hija del *princeps*. Al haberle dado cuatro hijos, personificaba el ideal de maternidad que postulaba Augusto y por ello había superado a Livia en prestigio... mientras no se aireara su vida privada. Tras ella caminaban los dos vástagos de Livia, Tiberio y Druso. La esposa de este último, Antonia, *la Menor*, le precedía llevando de la mano a su hijo Germánico. Antonia, *la Mayor*, la otra hija de Octavia y Marco Antonio, iba por delante de su esposo, Lucio Domicio Ahenobarbo. En el relieve opuesto del lado norte, hacia el comienzo de la procesión, había esculpido a Octavia y a Livia. Dado que no le había dado hijos varones, la esposa de Augusto había fallado en su labor de *mater familias*; su progenie procedía de su primer matrimonio.

Consciente de que no poseía la formación y la experiencia para acometer una obra de mayor envergadura, Marco había concebido aquel modesto edificio que integraba escultura y arquitectura. Un altar consagrado a la paz, tallado en níveo mármol de Luna, sobre un pedestal rodeado por una estructura rectangular de treinta pies, provista de dos puertas al igual que el templo de Jano.

Se dio la vuelta para contemplar el mausoleo de Augusto y, al otro lado, el panteón de Agripa, que se erguían a menos de trescientos pasos en el Campo de Marte: a pesar de sus reducidas dimensiones, su obra se mostraba a la altura. Paseó de nuevo a su alrededor, sin dejar de observarla. Flanqueando la puerta principal, un relieve mostraba a Eneas oficiando un sacrificio; el mítico ancestro de Augusto vinculaba su linaje con el de Venus, y a Roma con Troya. En la otra escena, Marte observaba cómo Rómulo y Remo eran amamantados por la loba. La decoración de la

puerta opuesta la formaban dos figuras femeninas que encarnaban la Tierra y Roma, rodeadas de plantas y animales. En los zócalos de aquel espléndido edificio, cientos de parras y hojas de acanto se entrelazaban en una eclosión de vida.

Vitruvia llegó con un libro recién editado en una mano y con su hijo en la otra. Un tenue haz de arrugas se formó en torno a sus ojos grises cuando admiró aquel soberbio trabajo de encargo, que combinaba el clasicismo griego con el realismo y la sobriedad del retrato romano. Una gran obra en el arte del relieve; no estaba nada mal para un agrimensor retirado.

Somos actores en un drama. No podemos escoger nuestro papel, pero podemos elegir interpretarlo bien.

Apuntes históricos

*HACE YA TIEMPO, DESDE QUE LOS VOTOS A NADIE VENDEMOS,
QUE HEMOS ABANDONADO NUESTROS DEBERES, PUES EL QUE
ANTAÑO*

*OTORGABA GOBIERNO, FASCES, LEGIONES, TODO, HOY SE
COARTA A SÍ MISMO Y SOLO DOS BIENES DESEA CON ANSIA:
PAN Y JUEGOS CIRCENSES.*

Desde los ilustrados dieciochescos, en su versión castiza del «pan y toros», pasando por Miguel de Unamuno y el resto de la Generación del 98, la décima sátira del poeta latino Juvenal se ha convertido en un referente obligado al hablar de cualquier estrategia mediante la cual un Gobierno mantiene la atención de la ciudadanía ocupada en diversiones banales, y alejada de los auténticos problemas. Aunque por fortuna esto nada tiene que ver con la realidad española actual, el lector habrá advertido que constituye el tema principal del presente libro.

Este apartado tiene como finalidad explicar qué hay de ficción en una novela cuyo argumento trata de aglutinar una serie de hechos que se produjeron en Roma durante el año 23 a.C. De entre ellos destaca la llamada «segunda reforma constitucional», en la que el Senado otorgó a Augusto una serie de poderes que vendrían a sumarse a los ya concedidos en el 27 a.C., lo cual supuso un punto de inflexión esencial en la transición política de la República al Imperio. Este convulso año también fue testigo de la grave enfermedad que padeció Augusto y de la enigmática muerte de Marcelo, su heredero, que puso fin a las disputas sucesorias con Agripa. Otros sucesos importantes fueron la inspección que, como cuestor, Tiberio realizó en los latifundios de Italia en busca de ciudadanos retenidos a la fuerza; la embajada que envió el rey parto Fraates a Roma; los soberbios espectáculos organizados por Marcelo; la crecida del Tíber y la plaga que más tarde asoló Roma, unidas a la carestía de cereal fruto de una severa sequía, que hizo que el emperador se hiciera cargo de la *cura annonae* en el 22 a.C. Ese mismo año, Augusto decretó una ley para controlar la celebración de festivales, de modo que un particular no podría patrocinar más de dos al año, y el número de gladiadores quedaría limitado a un máximo de ciento veinte. Asimismo, también transfirió la responsabilidad de organizar los festivales ordinarios de los ediles a los pretores, y a partir de entonces estos deberían sufragarlos con su propio patrimonio en lugar de recurrir a los fondos públicos. No obstante, a efectos de la novela, de entre ellos destaca la conspiración para asesinar a Augusto, orquestada por dos senadores, llamados Fannius Caepio y L. Licinius Varro Murena, cuyos nombres se han castellanizado como Fanio Cepión y Licinio Varrón Murena.

Para conocer todos estos hechos contamos con dos fuentes fundamentales, la *Historia romana*, de Dion Casio, y *Las vidas de los doce césares*, de Gayo Suetonio Tranquilo. La narración del primero resulta precisa y detallada, aunque en ocasiones no sigue un estricto orden cronológico, pues incluye digresiones y *flashbacks*, lo cual dificulta la reconstrucción de la secuencia de acontecimientos. Por tal motivo, distintos historiadores han situado los sucesos en momentos diferentes de los años 23 y 22 a.C., que pueden, o no, estar relacionados entre sí. De este modo, contradiciendo el relato de Dion Casio, hay quien traslada al 22 a.C. el juicio a Marco Primo, dado que el año anterior Tiberio desempeñaba el cargo de cuestor y la ley romana prohibía que un magistrado ejerciera de acusación en un proceso. También se han dado confusiones entre los personajes históricos que compartieron el nombre de Varrón Murena, como el cónsul elegido para ese año, A. Terencio Varrón Murena —que falleció poco después de asumir el cargo—, el ya conocido conspirador o un gobernador de Siria citado por Flavio Josefo con el escueto nombre de «Varrón».

Además de ser mencionada en las monografías centradas en el principado de Augusto, como *La revolución romana*, de Ronald Syme, o la biografía que Meyer Reinhold dedicó a Marco Agripa, la crisis del año 23 a.C. ha sido objeto de atención en artículos a cargo de historiadores como R. A. Bauman (1966), Michael Swan (1967) o Lawrence J. Daly (1978), mientras que David Magie (1908) estudió la misión de Agripa en Oriente, y Peter White (1991) se centró en la supuesta caída en desgracia de Mecenas. Otras obras, como *The Corn Supply of Ancient Rome*, de Geoffrey Rickman, centradas en fenómenos específicos, en este caso el suministro de grano a la capital, concretan algunos datos, como que el cargo de Tiberio fuera el de cuestor ostiense. Tampoco faltan los estudios que ponen en tela de juicio ciertas creencias: a pesar de que se ha considerado que las primeras obras de pantomima celebradas en Roma tuvieron lugar en el año 22 a.C. a cargo de Batilo y Pílates, Richard C. Beacham las retrasa hasta el anterior en su *Spectacle Entertainments of Early Imperial Rome*, dada la importancia de los festivales patrocinados por Marcelo.

Como es habitual, cada investigador interpreta los hechos desde una perspectiva distinta, de modo que, mientras que los estudios sobre la política interna romana relacionan la marcha de Agripa a Oriente con la cuestión sucesoria, aquellos que se centran en la política exterior la atribuyen a causas de tipo diplomático con el Imperio parto. He tratado de conciliar todos los puntos de vista en la medida de lo posible y, para establecer la secuencia de sucesos, me he basado en el artículo de Jerome S. Arkenberg publicado en dos partes en *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, con el título «Licinii Murenæ, Terentii Varrones and Varrones Murenæ: I. A Prosopographical Study of Three Roman Families» y «Licinii Murenæ Terentii Varrones, and Varrones Murenæ: II. The Enigma of Varro Murenæ».

Es fácil, en definitiva, que el lector encuentre divergencias entre el argumento de

esta novela y las hipótesis formuladas en algunas obras de divulgación. En general, se desconoce en qué consistió exactamente la conspiración de Fanio Cepión y Varrón Murena, abortada gracias a los informes de un tal Castricio. Aunque debió de ser importante, ya que Augusto celebró su fracaso con unos solemnes sacrificios, como si se tratara de una victoria militar. Cepión resulta un completo desconocido, y solo nos han llegado dos frases pronunciadas durante el juicio contra Marco Primo, en el que Tiberio hizo de acusador. También ignoramos la causa de la muerte de Marcelo; Dion Casio deja constancia de un rumor según el cual habría sido envenenado por Livia Drusila, pero él mismo resta credibilidad a esta hipótesis. Más tarde, Robert Graves utilizó esta suposición para su *Yo, Claudio*, y ha calado hondo en el imaginario popular, aunque es probable que el joven falleciera a causa de la pandemia que hubo aquel año en Roma.

Por tanto, el eje vertebrador del argumento de esta novela, el sabotaje al suministro de trigo a Roma, es totalmente ficticio, a pesar de que en ningún momento contradice las fuentes. Para imaginar el modo en que los conspiradores pudieron contaminar el grano de los Horrea Sulpicia (conocidos décadas después como Horrea Galbae), he recurrido al ergotismo, una enfermedad producida por la ingestión de un hongo llamado cornezuelo (*claviceps purpurea*) que brota en el centeno y otros cereales. El consumo prolongado de harina infectada por este hongo fue el responsable de una afección famosa durante la Edad Media bajo el nombre de *Ignis Sacer*, «fuego de San Antonio» o «fuego del infierno», que en las *Geórgicas*, de Virgilio, y en el *De rerum natura*, de Lucrecio, se relaciona erróneamente con la erisipela. Por otro lado, en *El camino a Eleusis: una solución al enigma de los misterios*, R. Gordon Wasson, Albert Hofmann y Carl A. P. Ruck establecieron la hipótesis de que el cornezuelo se empleara en la preparación de una bebida, hecha de cebada y poleo, llamada ciceón (*kykeon*), utilizada en los misterios eleusinos, los ritos de iniciación al culto de las diosas Deméter y Perséfone. Según estos investigadores, los alcaloides que contiene el cornezuelo serían la droga responsable de las visiones que las fuentes atribuyen a dicha ceremonia.

No existe constancia de que Marcelo y Julia, *la Mayor*, participaran en los rituales báquicos, aunque la hija de Augusto fue famosa por su promiscuidad y se dice que una noche organizó una orgía en el foro de Roma. Esto hizo que fuera repudiada por su padre y que acabara exiliada en la isla de Calabria. En todo caso, sirve de base para una licencia literaria que trata de ser coherente con lo poco que sabemos sobre ella. Para la recreación de la bacanal, me he basado en la tragedia *Las bacantes*, de Eurípides, y en los frescos de la villa de los Misterios de Pompeya, que muestran los pasos en la iniciación de una mujer en un culto misterioso a Dionisio. Respecto a la antropofagia ritual llevada a cabo por la banda de ladrones en el cementerio, he recurrido a la *Phoinikika*, de Loliano, una novela del siglo II d.C. parcialmente

conservada gracias a fragmentos de papiro, que describe una costumbre que Dion Casio también atribuye a Heliogábalo y a los seguidores de Catilina, y que Sabino Perea Yébenes ha estudiado en un artículo.

La bibliografía utilizada para recrear los diversos aspectos de la sociedad romana es muy extensa y resultaría aburrido enumerarla. No obstante, si alguien desea profundizar, la información concerniente a la gladiatura procede de los estudios de Marcus Junkelmann, ampliados por otros investigadores como Konstantin Nossov o Susanna Shadrake, mientras que la descripción del mundo del teatro es deudora de la obra de Richard C. Beacham, y el de la esclavitud se nutre de los trabajos de Keith Bradley.

El lector encontrará algunos nombres, como Hermes o Diocles, que en realidad se corresponden con personajes históricos posteriores. El primero procede de un epigrama que Marcial dedicó a un gladiador del siglo I d.C., mientras que el segundo fue un auriga de origen hispano, tal vez el más famoso de la Antigüedad, documentado gracias a la epigrafía del siglo II d.C. Por último, pese a ser ficticios, algunos pasajes están inspirados en hechos reales. El discurso *Pro Plancio*, de Marco Tulio Cicerón, en defensa del instigador de una violación múltiple a una actriz de mimo, que se fundamentaba en el argumento de que era una práctica habitual, me ha servido de base para reflejar una trágica realidad pasada.

Agradecimientos

Una vez más me veo obligado a agradecer a Silvia Carnicero su infinita paciencia por ejercer al mismo tiempo de musa, lectora y pareja abandonada. También debo dar las gracias a María Jesús Sánchez por sus sabios consejos y sus correcciones, pues han sido de gran ayuda en esa interminable labor de aprendizaje que supone escribir novelas.

Gracias también a Pedro Santamaría, compañero de la Generación Vargas, por compartir cervezas y opiniones sinceras. Y, una vez más, a Miguel Díaz de Espada por sus atinadas sugerencias, en especial con las escenas de acción. Gracias también a David Sanchidrián, alias *Perseo*, por prestar su apolíneo cuerpo para la portada de este libro.

Por último, quisiera agradecer a José Ángel Hierro y Enrique Gutiérrez que me dejaran acceder a su colaboración en el excelente libro *Cántabros, origen de un pueblo* antes de que se publicara, pues eso me permitió realizar algunos cambios de última hora en mi anterior novela, *Pax romana*.

Glosario

Según Dion Casio, Mecenas había aconsejado a Augusto «adornar Roma con total desprecio por el gasto y engrandecerla con espectáculos de todo tipo». En su testamento político, el primer emperador aseguraba haber ofrecido «tres veces espectáculos de gladiadores bajo mi nombre, y cinco veces bajo el de mis hijos y nietos». En ellos lucharon diez mil hombres y se dieron muerte a tres mil quinientas bestias.

Los *ludi circenses* consistían en carreras de carros, representaciones teatrales (*ludi scaenici*), exhibiciones de animales y competiciones atléticas de todo tipo. De entre ellos, destacaban los *ludi sollemnes*, que eran festivales religiosos de periodicidad anual, normalmente en honor de alguna deidad; mientras que los *ludi extraordinarii* tenían lugar en ocasiones excepcionales, como la celebración de alguna victoria militar. En el año 186 a.C. participaron por primera vez atletas profesionales griegos, aunque sus disciplinas deportivas nunca tuvieron mucha aceptación en Roma.

Los *ludi funebres* fueron unos juegos de patrocinio privado celebrados durante los funerales de grandes dignatarios. En el año 264 a.C., las exequias del excónsul Junio Bruto Pera incorporaron por primera vez combates entre gladiadores, que, llamados *munera*, tal vez tengan su origen en Campania. Con el tiempo se construyeron anfiteatros para su práctica; incluían *venationes* (cacerías), ejecuciones de criminales, escaramuzas entre equipos de gladiadores e incluso *naumachiae* (batallas navales en lagos artificiales). La creciente popularidad de los *munera* hizo que dejaran de lado su carácter funerario para formar parte de los juegos públicos, en un principio organizados por los ediles y, a partir del año 22 a.C., por los pretores.

Las sátiras, tragedias y comedias del teatro griego llegaron a Roma hacia mediados del siglo III a.C. por influencia de las ciudades helénicas del sur de Italia, y dieron lugar a varios subgéneros locales, como la *fabula praetexta* y la *fabula togata*, que desplazaron a otras modalidades escénicas itálicas como el *phlyax*, nacida en la Magna Grecia, y la *atellana*, de origen osco. El mimo se popularizará a partir de su incorporación en el libertino festival de la Floralia del año 173 a.C.; la pantomima llegó de la mano de Batilo y Pílates en el 23 a.C.

Archimimus (fem. *archimima*). Actor de mimo que dirigía un reparto que normalmente no excedía de tres intérpretes. Durante la obra actuaba como maestro de ceremonias, comentando la acción e introduciendo a los personajes.

Armatura. Según el tratado militar de Vegetio, fue un sistema de entrenamiento empleado tanto en las escuelas de gladiadores como en las legiones, en el que se empleaban espadas de madera y escudos de mimbre para golpear un poste hincado en el suelo. Este término también hace referencia al tipo de gladiador en función de su

armamento: tracio, *myrmillo*, hoplómaco, etc.

Atellana. Género teatral de tipo bufonesco y origen osco, cuyo nombre procede de la ciudad Atella, en Campania. Los actores empleaban máscaras grotescas para encarnar una serie de personajes estándar en comedias zafias, cortas y en gran medida improvisadas. Introducidas en Roma en el siglo IV a.C., estas obras aún eran muy populares en época augústea y se interpretaban tanto en latín como en osco. A causa de su carácter satírico e indecente, Tiberio trató de prohibirlas en el año 22 d.C.

Auctoratus (pl. *auctorati*). Individuo que ejercía como gladiador de forma voluntaria, para lo cual firmaba un contrato con el lanista o propietario de una escuela de gladiadores a cambio de una suma que, en época de Marco Aurelio, quedó establecida en dos mil sestercios. El *auctoratus* podía romper dicho contrato a voluntad tras pagar un importe preestablecido.

Bestiarius (pl. *bestiarii*). Asistente o domador que se hacía cargo de los animales que participaban en las cacerías de los anfiteatros. No debe confundirse con el *venator*.

Cáliga (lat. *caliga*, pl. *caligae*). Sandalia típica de los legionarios. Repleta de aberturas, tenía claveteadas unas tachuelas en la suela para mejorar el agarre.

Compositio. Emparejamientos en los combates entre gladiadores, decididos por el *editor*, de acuerdo con el lanista y los *doctores* tras considerar la categoría y experiencia de cada luchador. Konstantin Nossov cree que, dado que ningún *edicta muneris* o cartel anunciador conservado deja constancia de las parejas, esa decisión se debía tomar poco antes de los combates.

Cónsul. Durante la República fue la más alta magistratura de tipo ordinario, desempeñada por dos senadores elegidos cada año que ostentaban el mando supremo, tanto militar como político. En circunstancias extraordinarias, podían ser sustituidos por un dictador durante un periodo máximo de seis meses.

Corbita. Nave de carga romana, cuya forma panzuda explica su nombre latino: «cesta». Propulsada a vela, su capacidad podía oscilar entre ochenta y doscientas toneladas; podía alcanzar quinientas en casos excepcionales. A partir del principado de Augusto, su tamaño fue creciendo a medida que lo hacía el comercio mediterráneo: de una eslora máxima de veinticuatro metros se llegó a los cuarenta.

Cuestor (lat. *quaestor*). Magistrado menor encargado de administrar el erario público, cuyo número quedó fijado en veinte en época de Augusto. El cuestor

ostiense supervisaba la llegada de alimentos a la capital.

Damnatio ad bestias. Condena a ser despedazado y devorado por las fieras en el transcurso de una *venatio*.

Damnatio ad gladium. Condena a morir en un anfiteatro por la espada. Los reos se llamaban *noxii* y podían ser obligados a luchar entre ellos o contra gladiadores profesionales.

Damnatio ad ludum. Condena a ingresar en una escuela de gladiadores.

Doctor armorum. Instructor que adiestraba en la *armatura*, sistema de lucha con espada y escudo propio tanto de las legiones como de las escuelas de gladiadores.

Dominus gregis. Propietario de una compañía teatral. Puesto que los actores eran esclavos o libertos, normalmente eran arrendados a un noble para una representación; su *dominus* les entregaba una parte de lo percibido.

Edil (lat. *aedilis*). Magistrado menor encargado del mantenimiento del orden público en Roma, el abastecimiento de alimentos y la organización de los juegos públicos. Existieron dos parejas de ediles, una de las cuales era de origen plebeyo.

Ergastularius. Esclavo elegido por el amo para dirigir un *ergastulum*.

Ergastulum (pl. *ergastula*). Cárcel privada de esclavos propia de latifundios de zonas rurales; simples galerías excavadas en el suelo. Las condiciones de vida resultaban tan inhumanas que estas prisiones fueron prohibidas por el emperador Adriano.

Gladius (pl. *gladii*). Espada romana que, según Fernando Quesada, tiene su origen en una versión hispana de la espada de La Tène gala; se hizo la punta más aguzada y se adaptó la funda para que pudiera colgarse en bandolera, siguiendo la tradición mediterránea. Posteriormente, el *gladius hispaniensis* evolucionaría al tipo Mainz, el más común en época augústea, de una hoja más ancha y corta.

Gregarium (pl. *gregarii*). Gladiador que participaba en un *gregatim* o batalla campal en la arena. Normalmente se trataba de «recreaciones históricas» de hechos relacionados con el pasado griego o con la mitología.

¡Habet! «¡Lo tiene!». Grito habitual en el anfiteatro cuando un gladiador lograba herir al contrario.

Hipogeo (lat. *hypogeum*). Complejo subterráneo, situado bajo la plataforma de madera que sostenía la arena de un anfiteatro, donde aguardaban los gladiadores y las bestias de las *venationes*. Desde allí se accedía a la pista a través de unos elevadores accionados mediante poleas.

Hoplómaco (lat. *hoplomachus*). Tipo de gladiador con una panoplia defensiva similar a la del tracio, aunque sus armas eran una reducida versión de las del hoplita griego: un escudo circular metálico y una lanza, además de un puñal. Su yelmo poseía una cresta con una cabeza de grifo; como protecciones contaba con una *manica* en el brazo derecho, dos grebas altas y unos acolchados en los muslos. Su adversario habitual era el *myrmillo*.

Imperium. Poder que poseían los magistrados mayores (cónsules y pretores), entre los que destacaba la potestad para reclutar tropas y dirigir un ejército. También incluía la facultad de publicar edictos y ejercer un poder coercitivo (*coercitio*) que incluía el arresto y la pena de muerte; el condenado tenía derecho a ser escuchado por el pueblo (*provocatio ad populum*). Los magistrados menores contaban con otro tipo de poder de carácter menor, llamado *potestas*.

Imperium proconsulare maius et infinitum. «Imperio proconsular mayor e infinito». Poder concedido a Augusto gracias al cual adquiría los poderes de procónsul sobre todas las provincias; tenía un carácter superior al de cualquier magistrado.

Ludus gladiatoria. Escuela de gladiadores dirigida por un empresario llamado «lanista», despreciado socialmente. Los miembros de cada *ludus* formaban una *familia gladiatoria*. Durante el Imperio, las escuelas privadas siguieron en funcionamiento, aunque las más importantes eran de carácter estatal, dirigidas por *procuratores* de rango ecuestre. De entre ellas destacaba la *ludus magnus*, cuya sede se encontraba junto al Coliseo.

Manica. Protección que normalmente cubría el brazo derecho que sostenía el arma, empleada por los gladiadores y algunos legionarios. El tipo más común era de lino acolchado, sujeto a la extremidad mediante pequeñas correas, aunque también las había de escamas y placas metálicas.

¡Missum! Grito habitual en el anfiteatro para solicitar el perdón de un gladiador derrotado, una vez que este se había arrodillado para «recibir el hierro». Al solicitar clemencia, el público agitaba el extremo de las togas y los mantos, como si fueran pañuelos.

Munera sine missione. Combates entre gladiadores a los que se negaba cualquier posibilidad de supervivencia. Se obligaba a un reo a luchar contra el vencedor de un combate anterior, y así sucesivamente, hasta que solo uno quedara con vida. Fueron prohibidos en época de Augusto.

Myrmillo (o *murmillo*). Tipo de gladiador surgido hacia mediados del siglo I a.C. tal vez como una evolución del *gallus* (galo). Su armamento era similar al del legionario, pues empleaba un *gladius* y un escudo rectangular grande; la espinilla izquierda iba protegida con una greba corta; el brazo derecho, por una *manica*. El yelmo, provisto de una rejilla que cubría el rostro, solía ser plateado. Sus adversarios habituales eran el tracio y el hoplómaco.

Navicularii. Armadores de naves de transporte, normalmente agrupados en corporaciones o *collegia*. Poseían contratos con el Estado para el traslado de mercancías a Roma.

Navis caudicaria. Barcaza para el transporte fluvial remolcada desde la orilla, aunque también era apta para la navegación de cabotaje. El mástil de su única vela se encontraba hacia la proa, para servir de sujeción a la soga de remolque o sirga. Esta maroma se fijaba a un cabrestante situado en la popa, para poder avanzar río arriba cuando la corriente se lo hiciera difícil a las yuntas de bueyes.

Noxius (pl. *noxii*). Criminales condenados a morir en la arena mediante una *damnatio ad gladium*; tenían que luchar entre sí o enfrentarse a gladiadores profesionales.

Orquesta (gr. *orchestra*). Espacio pavimentado de un teatro que se encontraba entre el escenario y las gradas. A pesar de que en la Grecia clásica poseía una forma circular, en época romana era semicircular.

Palus. Poste de 1,8 metros de altura hincado en tierra con el que se entrenaban los legionarios y gladiadores.

Pankration. Del griego «todas las fuerzas». Era un arte marcial mixta de origen griego en el que se recurría a toda clase de golpes, llaves y presas. Solo estaba prohibido morder y sacarle los ojos al adversario, aunque los lacedemonios con frecuencia recurrían a ello, por lo que normalmente no participaban en las competiciones panhelénicas de esta categoría de lucha.

Parmularius (pl. *parmularii*). Seguidor de los gladiadores que empleaban escudos pequeños, como el tracio o el hoplómaco. Se desconoce si esta facción

contaba con algún tipo de organización o jerarquía, tal y como sucedía con los hinchas de las carreras de carros, aunque parece poco probable.

Pretor (lat. *praetor*). Magistrado mayor con *imperium* que se dedicaba a la administración de justicia. Se estableció el número de pretores en ocho; cada uno de ellos estaba a cargo de un tribunal. El pretor urbano no podía ausentarse de Roma y juzgaba a los ciudadanos romanos, mientras que el pretor peregrino hacía lo propio con quien no contaba con la ciudadanía.

Primus palus. Gladiador de la más alta categoría y experiencia, cuyo nombre deriva del poste de entrenamiento. Sabemos de su existencia gracias a estelas funerarias que citan los logros e historial de un determinado luchador, junto a su *armatura*, en función de la panoplia (tracio, hoplómaco, etc.). Susanna Shadrake cree que tal vez el *primus palus* pudiera haber desempeñado funciones de instructor en la escuela.

Probatio armorum. Revisión de las armas previa a un combate entre gladiadores, para asegurarse de que estuvieran afiladas.

Provocator. Tipo de gladiador surgido hacia finales de la República. Su armamento era similar al del *myrmillo* y, por tanto, iba armado con un *gladius* y un escudo de legionario. A modo de protecciones, contaba con una *manica* en el brazo derecho, una greba baja en la pierna izquierda y un pequeño peto metálico sobre los pectorales. Su yelmo parece ser una variación del «gálico imperial» legionario, con una protección añadida para el rostro. Junto al jinete o *eques*, era el único gladiador que se enfrentaba a otro de su mismo tipo.

Pugilato. Boxeo griego sin pausas ni asaltos en el que estaba prohibido abrazar al contrario. Por tanto, la competición se convertía en un sangriento intercambio de puñetazos que solo finalizaba con la rendición de uno de los púgiles. En época helenística se emplearon unos guantes, llamados *myrmex*: una piel de cordero que cubría el antebrazo, sujeta mediante unas correas de piel sin curtir que se enrollaban en los nudillos. En época romana, evolucionaría hasta una especie de puño americano de metal llamado *caestus*. Las descripciones de sus practicantes con las facciones desfiguradas por los golpes son frecuentes en la literatura de la época.

Recibir el hierro (lat. *ferrum recipere*). Posición arrodillada que adoptaba un gladiador derrotado, o que se había rendido, a la espera de la decisión del organizador de los juegos o *editor*.

Retiario (lat. *retiarius*). Tipo de gladiador con armamento fantástico surgido

durante el principado de Augusto. Armado con una red y un tridente, al igual que un pescador, no utilizaba yelmo, y su única protección era una *manica* en el costado izquierdo con un guardahombro metálico (*galerus*). Como arma terciaria, usaba un puñal. Su adversario habitual era el *secutor*; en ocasiones, se enfrentaba a dos de ellos sobre una plataforma elevada de madera llamada «puente», desde la que podía arrojarles piedras.

Rudis. Espada de madera utilizada en los entrenamientos, tanto en simulaciones de batallas como ante el poste. Citada por Tito Livio, Polibio y Vegetio, en las excavaciones del campamento militar de Carlisle se halló un ejemplar.

Scutarius (pl. *scutarii*). Seguidor o hinchas de los gladiadores que empleaban escudos grandes, como el *myrmillo* o el *secutor*.

Secutor (o *contraretiarius*). Adaptación del *myrmillo* para enfrentarse al retiario, su adversario clásico; la única diferencia era que su yelmo no poseía aristas para evitar que la red de su oponente quedara enganchada en él. Los combates entre tracio y *myrmillo* parecen ser los más habituales durante el siglo I d.C., aunque en las centurias siguientes son más populares los de *secutor* contra retiario.

Secundus palus. Gladiador de segunda categoría en función de su experiencia e historial. Esta denominación solo se documenta gracias a una estela funeraria hallada en Rávena, en la que a un *provocator* se le denomina *secundus palus*.

Sica. Espada corta o daga larga, de hoja curva, cuyo origen se encuentra en los Balcanes y era típica de tracios, ilirios y dacios.

Siparium. En el teatro romano existían dos clases de cortinas. El *auleum* era el telón que se alzaba y se bajaba al inicio y final de la obra. El *siparium*, por el contrario, resultaba más pequeño y ocultaba ciertas partes del frente escénico para poder cambiar la escenografía entre los actos.

Speculator (pl. *speculatores*). Espía que podía infiltrarse en territorio enemigo para obtener información o difundir rumores; por ese motivo, en ocasiones no era de origen romano. A veces sus labores se confundían con las de los *exploratores*, pues obtenían información geográfica del terreno y acerca de los movimientos de los enemigos. En otras ocasiones, realizaban labores de correo e incluso se encargaban de cometer asesinatos.

Summa rudis. Árbitro o juez de arena de los combates entre gladiadores. Acostumbraba a utilizar un bastón largo. Contaba con un asistente llamado *secunda*

rudis.

Tertius palus. Categoría de gladiador cuya existencia podemos suponer gracias a la existencia del *primus palus* y el *secundus palus*, ambas constatadas mediante la epigrafía.

Tracio (lat. *thraex*). Tipo de gladiador armado con una sica o *falx*, así como con un escudo pequeño rectangular, además de dos grebas altas, un acolchado en los muslos y una *manica* en el brazo derecho. Su adversario tradicional era el

Tribunicia potestas. Poder que habían ostentado los tribunos de la plebe durante la República, más tarde atribuido a Augusto. Gracias a él, su persona se volvía inviolable; estaba facultado para proponer leyes y plebiscitos, vetar cualquier decisión de un magistrado o institución e imponer castigos que podían llegar a la pena capital.

Venatio (pl. *venationes*). «Cacería». Espectáculo celebrado en circos y anfiteatros que tal vez tenga su origen en las cacerías que tenían lugar en el *leporarium*, un recinto donde se guardaban bestias salvajes en las villas. En ocasiones, el espectáculo podía consistir en exhibiciones de animales exóticos o en luchas entre fieras. Las *venationes* tenían lugar por la mañana e incluían el ajusticiamiento de criminales condenados a una *damnatio ad bestias*.

Venator (pl. *venatores*). «Cazador». Luchador que se enfrentaba a fieras; en época augústea poseía una panoplia semejante a la de un gladiador, como el *myrmillo* o el tracio. A partir de mediados del siglo I d.C., los *venatores* parecen desprovistos de protecciones, salvo por unas vendas que llevan en las pantorrillas, y van armados solo con una lanza o, más raramente, con una espada.



Yeyo Albás nació en Torrelavega (Cantabria) en 1972 y ha trabajado durante quince años en distintos campos de la divulgación histórica, como ilustrador y realizando documentales y cortometrajes. Tras formar parte del consejo de redacción de Memoria, actualmente colabora en la revista de historia militar Desperta Ferro. Pax Romana es su primera novela.